



Juan Valera

Historia y Política

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Valera

Historia y Política

Literatura arábica

Un joven orientalista de los más instruídos, discípulo tal vez de Gayangos o del Solitario, acaba de traducir de la lengua arábica, en romance castellano, una carta curiosísima que cierto sultán de Adel, nación bárbara al sur de Abisinia, dirigió, no recordamos bien en qué siglo, a la poderosa y graciosísima reina de la isla de Serendib, dándole las gracias por un notable servicio que le hizo ella.

Antes de trasladar aquí dicha, carta conviene, para su mejor inteligencia, que demos algunas noticias preliminares suministradas por el mismo mencionado orientalista.

Según éste, el reino unido de Serendib y Socotora florecía a la sazón en gran prosperidad y pujanza y era muy temido, merced a las numerosas armadas con que dominaba el vasto Océano, y dilataba su comercio desde Catay hasta Tule y otras remotísimas y casi ignoradas regiones del extremo Occidente.

Los serendibianos, orgullosos con la próspera fortuna, habían esclavizado y martirizado horriblemente a los hijos de Brahma y se divertían y medraban envenenando a los catayos; pero, prescindiendo de estas y de otras semejantes aberraciones, no se puede negar que eran acérrimos enemigos de la esclavitud y, por lo común, muy filantrópicos.

Para proteger la libertad de todas las cosas, empezando por la de los mares, tenían ocupados con sus hombres de armas y erizados de fortalezas, defendidas de balistas y catapultas, los islotes y los puntos todos del litoral de cada país de que por violencia o por engaño habían podido apoderarse. Así es que el más frívolo pretexto les bastaba para aprestar o echar a pique los barcos de otras naciones. En suma: no respetaban ni temían sino al gran Tamerlán de Persia, el kan de Tartaria, contra el cual habían impulsado a veces a Tamerlán por medio de intrigas, y a una distante y antigua colonia que se les había rebelado, transformándose en turbulenta, briosa y soberana democracia.

Con estos tres poderes solían ser los serendibianos débiles y hasta humildes y sumisos. En despique, trataban a casi todos los demás con una soberbia insoportable, y eran crueles y tenían muy malos hígados para los infelices a quienes la ira de Dios ponía bajo su dominio.

Esto consistía, sin duda, en que entonces aún no se había desarrollado mucho la civilización ni se había proclamado el dogma de la paternidad humana; porque, como ya hemos dicho, los serendibianos, por lo común, se pasaban de puro filantrópicos.

Pero vamos al caso. Contaban los serendibianos entre sus muchas posesiones la ciudad de Moka, en el reino del Yemen, la cual ciudad es la llave del estrecho de Bab-el-Mandeb, que da entrada al mar de Kolzun. El reino de Yemen o de Saba, que, cuando su gloriosa reina tomaba por consejo al propio Salomón y no a cualquier gentecilla, se había enseñoreado del mundo entero, estaba ya muy decaído de su antigua grandeza, y aguantaba sin chistar a los serendibianos establecidos y fortificados en Moka. Lo que no quiso aguantar el reino de Yemen, acordándose un poco de sus pasados bríos, fue el insulto que le hirieron los ladrones y piratas de que estaba compuesto el reino de Adel; a cuyo sultán se decidió al cabo a declarar la guerra.

Fácil hubiera sido para los sabeos el conquistar parte del país de Adel y civilizar a los incultos y feroces adelitas, si los de Serendib no hubieran protegido secretamente a aquellos bárbaros con armas y con dinero, y si la reina de Serendib no se hubiera descolgado con la más extraña pretensión que se registra en todos los anales del oriente.

El visir sabeo fue tan simple, que accedió a la pretensión y prometió no apoderarse del litoral de Adel para que no peligrase la libertad del mar de Kolzun, que sus majestades adelita y serendibiana tan bien defendían.

Este suceso dio ocasión a la carta que nuestro orientalista tradujo y que trasladamos a continuación para dar más variedad a La Malva, que no siempre ha de ocuparse de las cosas del día.

La carta es como sigue:

Así termina la epístola. La historia sólo añade que vencieron los de Saba. Esto no podía ponerse en duda. Lo que se ignora y hasta el día no ha podido desentrañar nuestro orientalista es si los sabeos sacaron alguna ventaja importante de la victoria. Mucho me interesan los sabeos, y quisiera yo que sacasen esa ventaja, a pesar del maquiavelismo de los serendibianos y de la simplicidad del visir.

Esperanza

Ella y la Libertad son hermosísimas: son inmortales y siempre jóvenes. Desde el origen de los tiempos, nació La Esperanza de las entrañas de la Libertad. Ellas son el consuelo de la raza humana, el numen que jamás la abandona, el estro que las agita y la lleva a un término dichoso, si es posible que alguno lo sea por completo en este pícaro mundo.

La Esperanza respeta y ama a la Libertad, como una buena hija respeta y ama a su madre.

Ya se entiende que hablamos de la verdadera Esperanza. Cuidado con confundirla con otra Esperanza bastarda, hija de la superstición. Tiene ésta la costumbre de emborracharse en casa de su madre y de salir luego por esas plazas blasfemando de la Libertad y de cuanto hay, si no de bueno, de menos malo, en este valle de lágrimas. Como presume de devota, quiere hacernos aborrecible la Tierra y ahorrarnos el Purgatorio ultramundano.

Por eso, el día 8 del pasado, en una de sus borracheras, llamó a la Libertad vieja, fea y hasta..., no nos atrevemos a decirlo. En suma: le dijo, con cierta malicia, que tenía muchos amantes.

Pero ¿cómo no ha de tenerlos? ¿Quién no la ama, si es que la conoce?

La Esperanza empieza por decir descaradamente que ella no la ama. Luego supone o deja entrever que tampoco la ama el señor Conde.

Hay más. La Esperanza cree que el señor Conde quiere matar a la Libertad. «Por el pronto, ya es un gran punto -dice- que empiece por matar infieles.»

Entre la Libertad y los infieles hay, según La Esperanza, muchos puntos de analogía. Sin duda, según La Esperanza, y precipitándonos con ella desde la cúspide de la premisa en el abismo de la consecuencia, será menester ser moro para ser liberal y ser servil para ser buen cristiano.

No la retrae de hacer esta deducción el haber visto el otro día al jefe de los liberales netos llorar de gusto y hacer pucheritos de tierna alegría o de alegre ternura porque se anunció que íbamos a matar infieles. ¿Si sería aquel llanto el del cocodrilo? ¿Si sería aquel llanto para engañar al señor Conde?

Según La Esperanza, el señor Conde es quien nos va a dar a todos un chasco pesado, matando a la Libertad en cuanto acabe de matar infieles.

Lo que extrañamos es que no haya muerto antes la Libertad, pues, como dice La Esperanza, con Libertad es imposible una guerra de religión.

La Esperanza entenderá seguramente por guerra de religión el convencer a trancazos a los infieles de la verdad de la nuestra.

¿Qué dirán los doce apóstoles y los setenta discípulos de este caritativo y dulce modo de predicación que recomienda La Esperanza?

Nosotros somos profanos y no queremos ni podemos imaginar lo que dirían. Nosotros, por nuestra cuenta, tampoco decimos nada; no hacemos más que reírnos.

¿Guerra de religión desea La Esperanza en el siglo XIX?... Menos desatinado nos parece el deseo de hacer la guerra materialmente, como se hacía en el siglo XII, abandonando los cañones rayados, olvidando la moderna disciplina y armándonos de lanza y rodela, como Don Quijote.

Si fuera cierta la máxima que hemos citado en el artículo que habla de nuestra erudición, aquella máxima que dice:

estaríamos ya con el alma en un hilo, aguardando nuestra perdición. Lo que es el juicio, si nos hemos de guiar por los deseos de La Esperanza, ya lo tenemos perdido.

Observaciones luminosas

sobre los varios modos que hay ahora de entender la Historia o de explicarla, aunque no se entienda

La Historia es un misterioso e inmenso jeroglífico, símbolo de la idea eterna que se va realizando en el tiempo por medio de la Humanidad. Es un Mane, Thecel, Phares, fausto o infausto, que ningún Daniel explica cumplidamente. Muchos son los intérpretes, pero todos interpretan a su antojo. El primero que llegó a descifrar el enigma (¡prodigio singular!) está ya muerto, y habla, sin embargo, y disputa, y hasta combate. Como el Cid, difunto, entró en batalla sobre Babieca, viene éste al certamen sostenido por escritores y periodistas.

Persuadido de que no ha muerto aún, es muy procaz e insolente. Quiere combatir, aunque no espera vencer:

como dice un antiguo poeta. Pero, muerto y todo, no se puede negar que la entidad de que hablamos, desasosiega, turba y aflige a veces a los vivos. Es la estatua del Comendador (por no traer siempre a cuento a la sombra de Banco), que anubla el regocijo de los que se sientan en el festín de la vida. ¿Y cómo no anublarlo, cuando dispone de un enjambre de Casandras-machos, de continuo afanados en predecir desventuras? Y lo peor es que no se las predicen sólo al partido dominante en el mundo, sino al mundo entero, en el cual tienen la conciencia íntima de que no volverán a mandar nunca. Por eso quieren derramar sobre él la copa de la ira de Dios, y por eso anuncian como muy cercanos los tiempos apocalípticos. Claro está que para anunciarlos tienen que saber a fondo no sólo las cosas pasadas y las presentes, sino también las venideras, con lo cual saben un punto más que el diablo, que de las cosas venideras nada sabe. Como el diablo, se han metido ellos a predicadores, y dicen: «Haced lo que digo y no lo que me veáis hacer.» Si se los acusa de que no dan el ejemplo, acuden siempre con el texto del apóstol:

Se guardan, empero, en el alma las sentencias de su verdadero apóstol, que es el padre Molinos; así es que procuran y buscan la vita bona, aun en este valle de lágrimas.

Aunque se acerque la consumación de los tiempos, consideran estos santos que *crux voluntaria mortificationum, pondus grave est et infructuosum, ideoque dimittendum*. Mas no es de su moral, sino de su filosofía de la Historia, de lo que debemos ocuparnos.

Rogadles que os descubran el enigma, y tomarán el tono de los inspirados y pronunciarán temerosas sentencias. Entonces se inmutará vuestro semblante, y se conturbarán vuestros pensamientos y las coyunturas de vuestros riñones se descoyuntarán (de espanto o de risa) y vuestras rodillas se batirán la una contra la otra. Ellos hablarán de esta suerte:

«Desde que terminó la era paradisiaca con la primera culpa del hombre, el humano linaje ha ido siempre de mal en peor hasta el siglo X u XI de nuestra Era, en que empezó a haber en el mundo un remedo de paraíso con las Cruzadas, con la sumisión completa de los pequeños a los grandes, con la santa miseria y con la ignorancia santísima. Así siguieron las cosas bastante bien hasta la época fatal que llaman los impíos del Renacimiento. En aquella época volvieron los hombres a gustar el fruto prohibido, buscaron la libertad, la ciencia y la riqueza, y quisieron sacudir el yugo que les habían puesto sus dominadores. El mundo desde entonces rueda de abismo en abismo, y no sabemos adónde irá a parar. España, gracias a Felipe II y a los imitadores de su sistema, a la Inquisición, al horror o al desprecio con que miró por mucho tiempo las nuevas ideas políticas y económicas, y al olvido en que puso el estudio del Universo visible, se conservó hasta muy tarde en su primer estado dichoso. Pero ya no tiene Inquisición, ni Felipes segundos, y su juventud va prestando un oído atento a la serpiente de las nuevas doctrinas. No hay pues, esperanza de salvación ni siquiera para España. Ya tenemos ferrocarriles, aunque malos, y telégrafos, y Constitución, y Prensa periódica. ¿Qué nos falta sino ver nacer el Anticristo o saber que ha nacido y que anda por el mundo, cuyo profetizado fin será muy en breve?»

Mas he aquí que no bien se escuchan estas palabras, acuden otros Edipos a explicar el enigma de la Esfinge. Los recién llegados no están muertos, pero están próximos a morir. Una decrepitud prematura ha trazado hondas huellas en su semblante. Su vista, débil y cansada, no acierta a percibir los signos fatídicos de la Historia. No ven más que tinieblas, y en medio de ellas seres que luchan como Jacob con el ángel.

A veces perciben algún resplandor efímero a manera de relámpago. Es Gutenberg, que descubre la Imprenta, o Copérnico, que para el Sol, o Galileo, que da movimiento a nuestro globo. Para ellos, sin embargo, no empieza a alborear sino en la orilla del Sena, a mediados del último siglo. El contrato social y la Enciclopedia son la luz de su aurora. Vapor de sangre derramada anubla esta luz; mas, al cabo, aparece pura y esplendorosa, por los años de 1812, en el horizonte de Cádiz. Desde entonces se han quedado estáticos, mirándola con la boca abierta, e imitan al doctor don Bartolo, y aunque se llaman progresistas, siguen inmóviles como una estatua, como la estatua de Mendizábal. Sólo pudieron estos infelices tartamudear algunas palabras vacías a propósito del misterio. Verdad es que no les dejaron tiempo otros que vinieron echándolos a empujones. Eran jóvenes muy presumidos y satisfechos, tenían traza medio de mercaderes, medio de estudiantes, y se gloriaban de descender de cierto Adán britano que vivió también en el último siglo.

«El destino de la Humanidad -dijeron éstos- es comprar y vender, producir y consumir. Sean libres las compras, las ventas, la producción y el consumo, y el interés individual, que es infalible, hará que todo vaya del mejor modo y que reine la paz octaviana. Las causas de todas las guerras y revoluciones han sido sólo la ignorancia de la economía. Apréndase y practíquese lo que nosotros enseñamos, y no habrá ni revoluciones ni guerras.

Desde Nebrot hasta el día, sólo las cuestiones económicas han tenido poder de agitar el mundo. Resuélvanse estas cuestiones y el mundo se quedará como una balsa. El vellocino de oro no era más que muselinas y otras telas de algodón que se vendían en Colcos; los argonautas, ciertos comerciantes que fueron a Colcos a establecer una factoría. Desde aquella época hasta la presente todo se explica por el mismo orden. La influencia que ha ejercido en el mundo el barbero Arkwriyth ha sido y es más poderosa que la de Napoleón I, con todas sus batallas y conquistas.»

Aquí interrumpió el discurso uno que estaba al lado del preopinante con cierto aire de plebeyo enriquecido y soberbio.

Era tan débil que caminaba apoyado en un sargentón para no caerse. Su presunción era, sin embargo, superior a su debilidad. Se juzgaba más sabio que todos; habló de esta suerte, con tono dogmático y desembarazado:

Vosotros decís la verdad y la negáis, tenéis razón y no la tenéis, veis una cosa y no veis otra. Yo solo veo todas las cosas. En el tesoro de vuestra ciencia hay un átomo de oro purísimo, y lo demás es alquimia. Yo solo poseo el crisol que depura el oro y le separa de todos los demás metales. Cada uno de vosotros posee una mínima parte de la verdad. Yo solo reúno estas partes y compongo el todo. Cada una de vuestras doctrinas es un veneno. Yo las purifico y de todas ellas extraigo el elixir de vida. El instrumento de que me valgo, para realizar este prodigio se llama criterio de elección. La Historia es para mí como un

campo de flores de donde saco la miel de mi doctrina. En una palabra: yo elijo y me reposo en el justo medio de todos los extremos. En él me hallo a gusto, y es menester conservarle y conservarme, y que la Humanidad no vaya adelante ni atrás, a fin de que sea feliz y de que yo me sostenga encaramado sobre sus hombros. Yo soy el conservador de lo que existe, porque lo existente es obra mía. Yo soy el mantenedor del equilibrio y del sosiego entre las diversas fuerzas que se combaten. Yo soy el conciliador de la libertad con la autoridad, del libre cambio con el sistema prohibitivo, de los ultramontanos con los regalistas, de los creyentes con los ateos y de los que piensan que todo va bien con los que piensan que todo va mal. Lo cierto es que todo va medianamente, aunque no es posible que vaya mejor; que estamos en una época mediana; que los que mandan deben ser medianos; que la clase dominadora es la mediana o media, y los partidos medios deben tener razón; que la razón misma no es más que lo que está en medio; que estar en medio es lo mismo que estar encima, y que por eso nosotros estamos en medio y encima de todo. Hemos llegado a donde se puede llegar buenamente. Non plus ultra es nuestra divisa. No hay más allá de libertad, ni de felicidad, ni de ciencia para el mundo.»

De repente, mientras que yo veía estas cosas y oía estos discursos en espíritu, apareció en escena un número crecido de gente moza que venía cantando aquellos versos de Espronceda:

Muchos de los que cantaban parecían llenos de entusiasmo y de buena fe. Noté, sin embargo, que no pocos tunos, hipócritas y ambiciosos se habían mezclado y confundido con aquellos jóvenes cándidos. Uno de éstos exclamó con acento lírico: «La Humanidad camina irrevocablemente hacia el bien y no se equivoca en el camino. Marcha sin detenerse, y los mismos que creen detenerla la empujan. Todo lo que ha sucedido y todo lo que sucede está bien; todo concurre al desenvolvimiento constante e indefinido de la idea, nada se destruye y todo se completa. Lo que parece mal aisladamente conviene a la armonía del conjunto. Las contradicciones van a resolverse pronto en una síntesis suprema. Las diferencias van a borrarse y la igualdad va a aparecer entre los hombres. Va a ser completa la autonomía del individuo, y, sin embargo, la Humanidad va a formar un todo perfecto y único. Cada individuo absorberá en sí a la Humanidad entera y la Humanidad absorberá en sí a todos los individuos para que se cumpla mi vaticinio y sea la Humanidad una y perfecta, y el individuo, libre, cabal y dichoso.»

Una matrona, que por momentos me parecía vieja, por momentos joven, que ya tenía cara de necia, ya de sabia; que ya parecía una reina, ya una esclava; ya un diablo de fealdad, ya una diosa de hermosura, tomó entonces la palabra, y dijo:

«Mancebo: Tú hablas según mi corazón y te ajustas a mis deseos y esperanzas. Todo lo que dices se me figura verdad. Sólo te equivocas en el tiempo. Tú imaginas que ya se realizan tus pronósticos, y aún tardarán por lo menos treinta o cuarenta siglos en realizarse. Yo no puedo ir más deprisa por más que te empeñes y me estimules; mas no por eso dejo

de agradecerte la impaciencia que muestras por mi felicidad. Cuando ésta se realice en la forma que tienes anunciada, yo levantaré un monumento colosal a tu memoria. Por desgracia, no podrá ser hasta dentro de unos cuantos miles de años, y tú entonces serás considerado como un mito. Serás lo que son ahora Lino u Orfeo. Conténtate con esto, y aunque sigas profetizando, dedícate a alguna cosa de utilidad inmediata, porque no es justo que vivas de continuo en lo futuro, o sea en Babia.»

Así dijo, y tan desconsoladoras frases me llegaron al alma y me arrancaron de allí aquella virtud representativa que me había hecho ver y notar cuanto dejo apuntado.

De la revolución en Italia

- I -

Vivimos, dicen muchos, en una edad agitadísima, en un período de transición, en una era de revoluciones en que nada hay estable y seguro, en que no se conoce más derecho que la fuerza, más justicia que la voluntad del mayor número; pero los que así se lamentan niegan de un modo implícito la evidente, providencial y perpetua agitación del humano linaje. Todos los períodos de su vida son otros tantos períodos de transición y de revoluciones. Desear el continuo reposo e imaginar que en algún tiempo le hubo es creer que la Humanidad cayó durante algún tiempo, y puede caer de nuevo, en un desmayo apacible; es pensar que ya ha tocado el término oscuro e indefinido de su carrera, y que podemos pararla para que en él se repose y duerma tranquila. Sería, pues, temerario y absurdo empeño el de los amantes de lo pasado, si procurasen hacerla retroceder, o el de los que se precian de conservadores, si quisieran pararla. No es esto lo que les incumbe, si bien tienen que cumplir un destino altísimo, si bien son, y nunca dejarán de ser, parte principal en el movimiento y desarrollo de la Historia. En esa pompa, en esa teoría sacratísima de la raza del hombre, en esa peregrinación maravillosa hacia la tierra prometida, si hay, y conviene que haya, profetas para que columbren lo por venir, son asimismo necesarios los guardadores de la antigua sabiduría y de la experiencia de los siglos; aquellos que, sin poner obstáculo al progreso, lo siguen y prudentemente lo ordenan; aquellos que conservan, como en el arca de una nueva alianza, las tradiciones que han de legitimarlo, santificarlo y hacerlo fecundo, enlazándolo con lo pasado. El criterio de éstos es el que debemos y queremos adoptar al juzgar el grande espectáculo que hoy nos ofrece la conmovida Europa, espectáculo que ha de mirar el filósofo con serenos ojos, confiando en la Divina Providencia y en el instinto divino de la Humanidad, desechando vanos temores y ahogando la envidia, que no por ser patriótica deja de ser mezquina.

España tuvo la primacía durante dos siglos en este gran sistema de estados europeos, confederados tácitamente por una misma civilización y por una misma tendencia, animados del mismo espíritu y caminando al mismo fin de extender por todo el orbe la fe cristiana con la persuasión, las ciencias y las artes con el comercio y con la guerra. Postrada ya España, y predominantes Inglaterra y Francia, todavía nos queda el consuelo de poder afirmar que, hasta sin tener en cuenta los raros descubrimientos de nuestros días, sobre todo

las aplicaciones del vapor y de la electricidad, eficaces y poderosos medios, nuestro predominio fue, más que los de ahora, benéfico a la civilización del mundo, a la propagación del cristianismo, a la elevación y redención de las razas degradadas, bárbaras o selváticas y a la comunión y consorcio de ellas con lo más noble y dichoso del linaje humano. En la época en que predominaban los españoles, todos los pueblos eran, más que en la presente, fanáticos, codiciosos y crueles; pero ni la crueldad, ni la codicia, ni el fanatismo bastaron a impedir que asimilásemos a nosotros a los indios de ambas Américas, haciéndolos compatriotas y hermanos nuestros. No así la gente anglosajona, que jamás se mezcla con el pueblo vencido; que no puede ni sabe conquistar sino humillando, extinguiendo o arrojando para siempre de sus hogares a la gente conquistada.

No en balde ni fuera de propósito vienen aquí, las anteriores reflexiones. La prostración de España no es sino relativa. Otras potencias de Europa, singularmente las dos arriba mencionadas, se le han adelantado, con rápido crecimiento, en población y en riqueza: pero España aún puede alcanzarlas. Nación cual la nuestra, que tan grandes obras ha obrado, no muere nunca, y sólo decae temporalmente; en ella vive un espíritu inmortal que ha de engendrar, sin duda, un nuevo y sublime pensamiento, y que ha de divulgarle por el mundo con sus armas y con sus naves. España, pues, puede mirar impassible y serena los acontecimientos que hoy se realizan y se preparan. Unida y armada para la propia defensa, apercibiéndose a cumplir en lo futuro destinos más altos, y segura de que, aun en el estado actual, lograría en una gran contienda inclinar notablemente la balanza con el peso de su espada, ni debe recelar para sí los infortunios de unos, ni envidiar la suerte de otros, si bien las flaquezas y errores ajenos han de servirle de escarmiento saludable, y los aciertos, de estímulo y de incentivo. Si llega la hora de un temeroso choque entre las potencias preponderantes, España, regida por un Gobierno firme, prudente y de altas miras, ora haciendo respetar y valer su neutralidad, ora poniéndose de un lado, no es de temer que padezca mengua, y sí de esperar que logre ventajas.

En esta situación, a mi ver favorable, España y cualquier español, sin ponerse en contradicción, por amor de la patria o por empeño de parecer en extremo celoso de su bien y seguridad con los intereses generales del mundo, pueden imparcialmente juzgar los hechos que ahora se ofrecen a su examen, y entre ellos el más culminante y trascendental, el conato de independencia y unión de Italia.

¿Y quién ha de negar que este conato es santo y noble, que esta aspiración es legítima? Es cierto que Italia, desde la caída del Imperio romano, no ha estado unida en un solo reino, sino bajo dos reyes bárbaros, Odoacro y Teodorico; pero muchas veces, y con admirable poder y gloria, ha estado confederada. La confederación era acaso la única unidad posible en la Edad Media, en que no habían llegado a formarse grandes nacionalidades, y confederación hubo en Italia. No hubo unidad completa; pero tampoco en Francia, en la Gran Bretaña ni en nuestra patria la hubo. Si después estas últimas naciones se han unido, e Italia no, no por eso se ha de argüir que la unidad es imposible y absurda, aunque sea difícil sobre manera.

Dos causas principales han concurrido y concurren a que se retarde, a que tal vez no se logre la unidad de Italia y su integridad e independencia; dos causas que honran y ensalzan a Italia, no que la desdoran. Es una el esplendor y poder de sus repúblicas, cuyo recuerdo

parece que se opone a confundirse y perderse en un solo Estado; es otra el señorío temporal del Papa.

El primer obstáculo no es tan difícil de superar, sobre todo cuando ya no existe sino como recuerdo. El condado de Barcelona era aún glorioso en realidad cuando se unió con Aragón, y Aragón cuando se unió con Castilla. Gloriosísima, maravillosa como una epopeya, fue la vida independiente de Portugal, y aún seguiría unido a España a no ser por la torpeza y desgobierno de los reyes austríacos. El segundo obstáculo es el que nos parece casi insuperable.

A pesar de todo, los italianos, y más los egregios que los vulgares, y más los que han vivido en edad relativamente próspera que los que han vivido en períodos de abatimiento, han deseado siempre con ardor la unidad y la independencia de la patria, haciendo todos constar de esta suerte que la patria común existía y existe, y no es una mera fórmula geográfica, como supuso el príncipe de Metternich. Petrarca en sus canciones, Dante en su Monarquía y en su poema soberano, y Maquiavelo en todas sus obras políticas, aspiran a la unidad de Italia. En nuestros días no ha nacido, sólo se ha renovado esa aspiración.

Italia no ha dejado nunca de ser fecunda en grandes ingenios. Sin embargo, puede asegurarse que desde principios de este siglo empezó en ella un renacimiento y desarrollo del espíritu que no podía menos de preparar y producir al cabo, en el terreno práctico, una revolución grandísima. Parini, con sus sátiras, avergüenza a los ociosos y a los afeminados; Alfieri enciende en el alma el amor de la libertad y de las grandes hazañas; Manzoni eleva el corazón con sus religiosos y patrióticos cantares; Leopardi presta a muchos italianos el furor de su desesperación; Amari se complace en recordarles as terribles Vísperas sicilianas; Romagnosi les enseña las ciencias políticas; Rosmini, Galuppi y Mamiani los arrebatan a las esferas de lo ideal con sus altas filosofías, y hasta un monje de Monte Casino, el padre Tosti, escribe la historia de la liga lombarda y ha ce revivir en la memoria de sus contemporáneos la gloria de aquellos que se igualaron en Legnano con los héroes de Maratón y de Platea.

Entre tanto, las revoluciones de otros pueblos y su anhelo contagioso de libertad, la heroica guerra de la Independencia de España, la no menos heroica de Grecia y hasta los estremecimientos convulsivos de Polonia, que se agitaba por sacudir el yugo, ofrecieron ejemplo e infundieron en Italia la emulación y el entusiasmo. Así es que en todo el primer tercio de este siglo han sido frecuentes en Italia las conjuraciones y los alzamientos. Tanto los fervorosos conspiradores de las sociedades secretas, cuanto muchos hombres de gobierno soñaban, como medio y hasta como fin de independencia, con el reino único, de que el primer Napoleón les había dado el modelo, aunque no independiente y cabal. Por otra parte, no faltaban republicanos y demócratas que suspiraban, o por una confederación de repúblicas, o por la república una e indivisible. Patriotas más avisados querían la liga de los príncipes contra el extranjero; pero los príncipes, recelando, acaso no sin motivo, de los patriotas, y atraídos por los lazos de parentesco y jerarquía, se ligaban los más con el emperador de Austria contra los patriotas, y no entre sí y con los patriotas contra el emperador. De este modo pesaba el despotismo austríaco, la tiranía de los bárbaros, como en Italia los llaman, sin querer convencerse de que ya no lo son, no sólo sobre Milán y Venecia, sino también sobre casi todos los estados independientes. Esta tiranía, con todo,

no era sentida del vulgo, sino de la clase ilustrada y aristocrática. El campesino de Lombardía no se avenía mal con la dominación austríaca, y tal vez vivía con ella dichoso. El Lazarón de Nápoles y el aldeano de la Calabria acaso ignoraban que había en el mundo una Lombardía, y que Lombardía estaba en Italia, y que era conveniente que Italia estuviese libre y unida. El espíritu de revolución era, por consiguiente, y aún lo seguía siendo en 1848, más que popular, aristocrático, escolástico y literario. Por esta razón, sin contar con la poderosa falta de acuerdo entre los príncipes y con la falta de avenencia entre republicanos y monárquicos, tuvo, a mi ver, tan mal éxito el levantamiento de 1848 y 1849. Si después se ha hecho popular ese espíritu de revolución, milagro ha sido de la actividad de los propagadores, de la torpeza y poco tino de los gobiernos a quienes no convenía, y de la astucia y constancia del Gobierno a quien conviene, y para quien, no sin aventurar mucho y no sin hacer inmensos sacrificios, va granjeando hasta ahora provecho crecido y no menor importancia.

Al transformarse ese espíritu de revolución en espíritu popular, de literario y aristocrático que era, se ha descartado del pensamiento neogüelfo y se ha hecho neogibelino; de federativo, con el Padre Santo a la cabeza de la federación, que era entre muchos, se ha hecho unitario, con Víctor Manuel por jefe. Examinemos rápidamente cómo y hasta qué punto se ha verificado este cambio.

Considerando los hombres prudentes que para arrojar a Austria del suelo italiano era menester o el auxilio extranjero, ocasionado a trocarse en nueva tiranía, o la unión de Italia en un solo reino, para lo cual convenía echar por tierra los tronos de algunos soberanos, no excluyendo el temporal del Padre Santo, lo cual era punto menos que imposible sin acarrear la ira de todos los estados católicos, o, por último, una Liga de los príncipes reinantes, empezaron, desde los tiempos de Gregorio XVI, a pensar en esta Liga, poniendo al frente de la acción a la casa de Saboya, y como presidente, director y santificador del pensamiento, al Papa. Esto fue lo que algunos calificaron de partido neogüelfo. Vinieron a dar importancia y vigor a este partido la aparición y la súbita celebridad de un libro singularísimo, así por la inmensa doctrina como por la viva y seductora elocuencia que en él resplandecen. Hablamos de El Primado italiano, de Gioberti.

Nunca se ha hecho de la religión católica una aplicación más elevada y grande a la filosofía de la historia y a los negocios profanos de la política. El libro de Gioberti puede servir de modelo y dechado a todos los escritores neocatólicos. Gioberti supone, como todos ellos, un lastimoso extravío de la Humanidad, que empieza con el Renacimiento y con la Reforma y que prosigue aún en espantable progreso. Gioberti, para corregir este extravío y marcar a los hombres el buen sendero, hace causa común, o, mejor diré, considera como la misma causa, la del predominio de su patria en la acción y en el pensamiento, y la del bienestar, armonía y salud del género humano. La teología católica es para Gioberti la virtud que crea y el lazo que une las ciencias todas: la filosofía platónica, hija de la tradición y revelación primitivas, santificada, iluminada y completada después por el catolicismo, la única filosofía primera; la ontología de la fórmula ideal, el fundamento del derecho, de las leyes y de toda metafísica. Para Gioberti, Descartes es un mal filósofo; su escuela psicológica, un sistema necio y mezquino; la Crítica de Kant y todas sus consecuencias, un panteísmo absorbente, que destruye la libertad del hombre. Para Gioberti, la civilización se ha torcido y viciado, va en rápida decadencia desde el

momento en que Italia, maestra de las gentes, empezó a decaer en el orden intelectual y en el orden político. Levantar a Italia de su postración es para Gioberti la salvación de Europa, es levantar de nuevo en alto el lábaro de la civilización cristiana, restablecer la armonía y la unidad; reponer, donde conviene y es justo, la iniciativa, el magisterio y la virtud de todo progreso. El admirable fervor, la erudición varia y profunda y la argumentación vigorosa de este libro fascinan cuando no convencen.

Difícil es dar cuenta en el breve espacio de este ligerísimo escrito de esa enciclopedia de Gioberti, donde se tocan todas las cuestiones que han podido y pueden agitar al espíritu humano, y donde, al propio tiempo, sin que lo voluminoso de la obra sirva de obstáculo, se hace de la manera más eficaz la propaganda revolucionaria. Baste decir que El Primado italiano, de Gioberti, leído por muchos y explicado y puesto por ellos al alcance del vulgo, preparó y precipitó la revolución en Italia. Los moderados y conservadores y las altas clases sociales de la sociedad se hicieron revolucionarios con el libro de Gioberti, tan monárquico y tan partidario del Papa. No pocos amantes de lo pasado se mostraron también deseosos de la revolución, imaginando, sin duda, que con ella iba a renacer el esplendor de Italia y que iban a renovarse los buenos tiempos antiguos y a recobrar el pontificado su preponderancia política en el mundo. Hasta muchos de los republicanos y demócratas, y tal vez el mismo Mazzini, fueron por un momento, o fingieron ser, giobertistas.

En esta disposición de los ánimos, vino a ocupar la cátedra de San Pedro un varón virtuosísimo, de corazón verdaderamente italiano, ansioso del bien general y sediento del amor de los pueblos. Exento de mundana ambición, nadie podía imaginar que Pío IX fuese un príncipe guerrero, un Papa batallador, como Julio II; esto repugnaba además abiertamente con la cultura de nuestro siglo, en el cual ni en sueños es tolerable ver al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo entrando por asalto en una ciudad o combatiendo al frente de un ejército. Muchos esperaban, con todo, que el Padre Santo, movido de su bondad y de su anhelo de que Italia fuese libre, consagraría la guerra contra los austríacos como a una nueva cruzada, e imitaría hasta cierto punto a Alejandro III, tomando místicamente la dirección de la empresa.

Con tan halagüeñas esperanzas, estalló a poco la revolución por toda Italia a los gritos de «¡Viva la Liga italiana!», «¡Viva Pío IX!», «¡Viva Gioberti!» El himno de Pío IX fue La Marsellesa, fue el Himno de Riego de aquellos patriotas. La revolución tomó el carácter neogüelfo del libro de Gioberti. La erudición, la filosofía, la teología y hasta el misticismo, que intervinieron en ella, la hicieron, por lo pronto, más propia de las clases elevadas y cultas que de la indocta plebe. Los austríacos eran los bárbaros y los soldados de la patria los cruzados; los tres colores de la bandera italiana simbolizaban las tres virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad. Italia misma estaba figurada por estilo profético en la hermosa Beatriz, que, después de largos años de dolor y de prueba, se le apareció a Dante en el Paraíso terrenal vestida con ropa de esos tres colores significativos.

Los primeros movimientos de la revolución tuvieron, por consiguiente, cierta índole científica, bien expresada en los Congresos dei scienziatti, y cierto viso de buen tono, de elegancia y hasta de galantería, merced a las princesas, duquesas y otras damas aristocráticas que predicaban la santa Liga, que con sus blancas y suaves manos colocaban en el pecho de los jóvenes caballeros la cruz roja, y que los animaban y los hacían más

caldi d'amor patrio con una dulcísima sonrisa. Entre estas ilustres promovedoras de la libertad y de la independencia descollaba la nobilísima, poética y erudita princesa de Belgiojoso.

El rey de Cerdeña Carlos Alberto tomó al fin el glorioso apodo de la Spada d'Italia y se puso con todo su brío a servir a la revolución. Las más gratas ilusiones llenaron el alma de los patriotas; antes que Inglaterra o Francia pensarán en ofrecerles apoyo, lo desecharon con aquel dicho celeberrimo de Italia farà da se.

Entre tanto, el bondadoso Pío IX, ensordecido con los cánticos de alabanza, con las aclamaciones y los vivas, y cegado por el humo del incienso que ardía en su obsequio en toda la península, no acertaba a descubrir claramente la tormenta que iba arreciando ni a comprender en toda su extensión y trascendencia el inmenso compromiso en que él mismo se había puesto. Pero los otros príncipes de Italia, y singularmente el rey de Nápoles, más amigos de Austria y del propio bienestar y reposo que de hacer de libertadores y propugnadores del bel paese dove il si suona, comprendían y aun exageraban todos los peligros de la revolución, renegaban cordialmente del Papa, que, a su ver, la había promovido, y prohibían que en sus estados se cantase el himno del Papa, como si este himno fuese una blasfemia.

La revolución de Francia, el socialismo y el comunismo, el derecho al trabajo, la Icaria, Proudhon, los húngaros, Kossuth, la Asamblea Nacional de Francfort y los filósofos alemanes armaron poco después tal estrépito en toda Europa, que vacilaron los tronos, ardió el mundo en motines, guerras civiles y asonadas, y no faltó quien creyese que eran llegados los tiempos apocalípticos y que se acercaba la consumación de los siglos.

Los príncipes de Italia, que hasta entonces habían seguido de muy mala gana el movimiento nacional, empezaron a serle abiertamente contrarios. Si por lo pronto contemporizaron con él, fue cediendo a la fuerza. El temor de los trastornos, el pavor que la democracia infundía, se acrecentaba y se corroboraba en ellos con el continuo recelar de la ambición de Carlos Alberto y con el amor que los vínculos de familia y la comunidad de intereses les inspiraba la nación austríaca. Así fue que ninguno de ellos entró de buena fe ni eficazmente en la Liga, ninguno de ellos se confederó contra los bárbaros, ninguno de ellos desenvainó su espada para coadyuvar con la de Italia en la noble causa de la independencia. Los patriotas empezaron, al fin, a abrir los ojos y a notar el desatino del plan de Gioberti, tan sublime y deslumbrador en la teórica.

Los valientes ciudadanos de Milán y de Venecia habían sacudido las cadenas, y el príncipe de Saboya salía a la defensa de su libertad con un ejército bien organizado; pero los otros pueblos de Italia, si permanecían quietos, nada podían hacer por sus hermanos, porque los príncipes no lo querían; y si trataban de agitarse o se agitaban para obligar a los príncipes, tenían que consumir tiempo, fuerzas y entusiasmo en luchas intestinas. Sólo podían acudir, y sólo acudieron, en auxilio de Carlos Alberto, pocos y mal disciplinados voluntarios, mozos, por la mayor parte, de escogida educación y blandas costumbres, más avezados a disputar en las aulas y a danzar en los saraos que a soportar el peso de las armas y las fatigas del campamento. La plebe, sobre todo la napolitana, poco entendía de su fraternidad con los lombardos.

Con todo, Pío IX, y aquí hablamos de él como soberano, como señor temporal y no como pontífice, hubiera podido remover los obstáculos, aunar los esfuerzos, vigorizarlos y dirigirlos contra el enemigo común. Pío IX, apoyándose en la revolución, hubiera podido obligar al rey de Nápoles a enviar en favor del de Cerdeña un ejército de cuarenta o cincuenta mil combatientes; hubiera podido reunir en los Estados Pontificios, en Toscana y en los ducados otro ejército no menos numeroso; hubiera podido autorizar la santa Liga, haciéndose jefe de ella; ordenar y encaminar al mismo objeto todas las voluntades, todas las energías, y hacer, en suma, sin el socorro extranjero, que Italia fuese libre desde los Alpes hasta el Adriático. La situación general de Europa estaba incitando a realizar este proyecto. Francia, republicana y dividida en bandos, no se hubiera opuesto; en Alemania, donde ardía la revolución, no se hubieran armado en favor de Austria, y este imperio, destrozado por interiores discordias, hubiera ofrecido corta resistencia a tan tremendo choque.

Gran plan hubiera sido éste en otro siglo; pero en el nuestro no era posible que el Padre común de los fieles se declarase jefe de una Liga armada contra católicos, suscitase discordias y guerras y olvidase los deberes de pastor y de vicario de Jesucristo por los de príncipe temporal y patriota. Pío IX, lleno de escrúpulos, retrocedió espantado ante la exigencia de que él mismo se pusiese al frente de aquella sangrienta lucha, y se horrorizó de aquella tempestad revolucionaria, a cuyo crecimiento y desarrollo tal vez con su bondad había contribuido.

La revolución, exasperada, salvó entonces los límites de lo justo, rompió todo freno, se manchó con el asesinato de Rossi y ocasionó la fuga de Pío IX.

La reacción, entre tanto, había logrado triunfar en muchos países, y, rota en Novara la espada de Italia y en Nápoles ahogado en sangre el espíritu de la revolución, sólo quedaron en pie las repúblicas de Roma, Toscana y Venecia, de las cuales las dos últimas cedieron al fin al poder austríaco, y la primera se derrocó al empuje de las bayonetas extranjeras, concitadas en todo el orbe católico por el mismo que Italia soñó un día como libertador. Pío IX, sin embargo, no puede ser tachado de falta de amor a la patria. Un amor más alto, una más santa caridad, un imperioso deber de conciencia, le movieron sin duda a llamar en su auxilio a los franceses, a los españoles y a aquellos mismos austríacos, aborrecidos dominadores de su patria.

Así acabaron de disiparse los generosos ensueños de Gioberti, y así se comprendió que era una ilusión irrealizable la de libertar a Italia con la Liga de los príncipes, más que italianos, austríacos.

El partido neoguelfo acabó o fue tenido por absurdo; el Papa, antes que por italiano, por católico; antes que por príncipe, por jefe visible de la Iglesia. El mismo Alejandro III, que se presentaba antes como modelo de Pío IX, se comprendió al fin que no había peleado por Italia, sino por la Iglesia, contra Federico Barbarroja, y que, reconocido por este emperador como Papa, se separó de la Liga, y acaso contribuyó a hacer inútiles aquellas hazañas heroicas que en pro de la independencia obraron las ciudades de Lombardía.

Apenas quedaron, por tanto, otras esperanzas que las de los demócratas en un nuevo y más vivo incendio revolucionario del mundo, y las que da César Balbo en su libro de este título, aunque más propiamente pudiera llamarse de los desengaños. Italia, según César Balbo, no podía ser libre sino cuando feneciese el imperio de los turcos y fueran repartidos sus despojos entre las naciones prepotentes, las cuales darían a Italia libertad e independencia y a Austria compensación con la parte más pingüe de los desmembrados dominios osmanlíes.

Por fortuna o por desgracia, que esto aún está por ver, no se contentaron los políticos de Turín con las esperanzas de César Balbo, y cifrando las suyas en el esfuerzo y fortuna de la dinastía sabauda, se fueron reponiendo de las pérdidas, espieron otra ocasión más favorable y, adoctrinados y escarmentados por la experiencia, buscaron alianzas poderosas y se apercebieron a nuevos combates, sin contar ya con el Padre Santo ni con ninguno de los otros príncipes de su misma nación.

- II -

Rápidamente, ya que no permiten mayor extensión las dimensiones de este periódico, hemos tratado de explicar las causas principales del descrédito en que cayó en Italia el partido neoguelfo o de Gioberti. En vano este filósofo entusiasta se había esforzado por dar nueva vida a la preponderancia política del Pontificado, no sólo en Italia, sino en el mundo; en vano revivía la memoria de Gregorio el Grande constituyendo la Confederación itálica; de Gregorio II, declarándose presidente y jefe de las ciudades que sacudían el yugo de los longobardos y de los griegos; de Gregorio VII, que humilló a los emperadores de Alemania, y de Alejandro III, que dirigió, consagró y bendijo aquella Liga vencedora de siete poderosos ejércitos germánicos. En vano se recordaban la energía, el valor, el patriotismo y las virtudes guerreras de otras épocas de menos gloria para Italia, aunque para el Pontificado igualmente gloriosas; y en vano se traían a la memoria las hazañas de Julio II y hasta las bizarrías de Clemente VII y de Pablo IV, amenazando el uno a Carlos V con la guerra para defender la libertad de Italia, en la cual -decía- consiste el honor y la seguridad de la Santa Sede, y proclamándose el otro, con marcada intención política, in excelso militantis ecclesie throno super gentes et regna constitutus, bizarrías ambas a que dieron lastimosas y airadas respuestas Borbón y el duque de Alba. En vano se procuraba dar un colorido liberal y patriótico a la resistencia pasiva, pero noble, de Pío VII contra el tirano de Europa. En vano, por último no considerando que eran otros los tiempos, animó una inmensa esperanza, con el advenimiento de Pío IX, a todos los corazones italianos. Pío IX se vio obligado a disiparla; Pío IX tuvo que decir a los diputados que le pedían la guerra contra el extranjero: «Pensad en que Roma no es ya grande por su poder temporal, sino por ser el asiento de la iglesia católica.»

Estas palabras fueron la abdicación terminante de la preponderancia política del Papa, abdicación que no hizo Gregorio VII desde su destierro de Salerno, ni cuando Roberto Guiscard saqueaba a Roma; abdicación que no hizo Clemente VII, prisionero de Carlos V; abdicación que no hizo Pío VII cuando tan indignamente fue arrancado de su trono y llevado lejos de su patria, sin que hubiese un italiano que saliese a su defensa; pero

abdicación ya necesaria en nuestros días, en los cuales las naciones adultas, si en las cosas de la fe pueden y deben seguir sometidas al jefe de la iglesia, rechazan a veces su dominación temporal, y aun muchas se asombran de verle contender por ella con todo ahínco y sin perdonar medio alguno.

Esta abdicación, por otra parte, era en extremo conveniente para desvanecer los ensueños ambiciosos de los italianos. Roma, ni con un tribuno como Arnaldo de Brescia o Rienzi, celebrado por Petrarca; ni con un buen emperador, como Dante quería; ni con el Papa-príncipe, como había pretendido Gioberti, era ya la Roma que inspiró este verso de Virgilio:

Roma no era ya grande sino por ser el asiento de la Iglesia católica y por sus recuerdos y sus ruinas.

Para acometer, pues, la grande empresa, no ya de reconquistar el mundo, sino de unir y libertar a Italia, eran menester otro pueblo y otro príncipe que los de Roma.

El mismo Gioberti, aunque infatuado con la política preponderancia romana, hubo de reconocerlo hasta cierto punto, designando al príncipe sabauda como jefe de la acción y dejando el pensamiento al Papa. «Vos -le dice a Carlos Alberto- estáis armado y puesto sobre el límite de la península para rechazar con una mano a los extranjeros y para convidar con la otra y llamar a vos a los príncipes y a los pueblos. Y damos por cierto que en tal caso vuestra virtud haría por nuestra patria o que un siglo ha hizo por la suya Federico de Prusia, cuando con un pequeño ejército se defendió contra toda Europa y que renovarían los milagros de heroica constancia con que un antepasado vuestro salvó la capital y el reino cuando más enemiga se mostraba la suerte. Por lo cual, valeroso príncipe, espera Italia que nazca de vuestra estirpe su redentor, y se atreve a dirigiros las siguientes palabras, que un italiano libre (Maquiavelo) dirigía hace tres siglos a un su eminente compatriota: «Ponga mano vuestra ilustre casa en este negocio con aquel ánimo y con aquella esperanza con que se acometen las empresas justas, a fin de que bajo vuestra bandera sea nuestra patria ennoblecida y bajo vuestros auspicios se verifique lo que dijo Petrarca:

Y no fue sólo Gioberti; los liberales todos de Italia, salvo algunos exagerados demócratas, reconocieron en el Piamonte lo que ahora se llama la hegemonía, esto es, la fuerza, la misión, el derecho del predominio. El Piamonte era la Macedonia de aquella nueva Grecia; Carlos Alberto debía imitar a Filipo; acaso hubo italianos apasionados y fervorosos que imaginaban ya ver en su hijo a un Alejandro. En suma: no hubo medio que no se emplease para excitar la ambición de la Casa de Saboya. Hasta se acuñó una medalla con un león que apretaba entre sus garras al águila austríaca, y con la efigie de Carlos Alberto que llevaba esta leyenda: «Aguardo mi estrella.» El mismo Radetzky aguijoneaba a

aquel príncipe a combatir contra él, apellidándole, en son de burla y de desprecio, futuro rey de Italia.

No negamos que la Casa de Saboya ha sido siempre ambiciosa; pero muy a menudo ha justificado su ambición con grandes hechos. Nosotros, españoles, no podemos olvidarlo sin olvidar la victoria de San Quintín. Nosotros no decimos, como el famoso Spínola, «que no se comprende por qué ceguedad España y Francia, en vez de empeñarse en continuas guerras por el duque de Saboya, no se pusieron nunca de acuerdo para dividirse sus estados y acabar con una potencia pequeña y egoísta que no reconocía otro derecho que el de la fuerza, no se creía ligada por ningún tratado y estaba siempre pronta a poner fuego a Italia a la menor esperanza de engrandecimiento»

Indudablemente, la Casa de Saboya ha pensado siempre en engrandecerse, y en esto se asemeja a otras muchas casas, a todas las casas soberanas; pero en nuestra época creemos que su ambición, en un principio al menos ha sido sobradamente motivada y justificada. Los actos que de esta ambición debían seguirse fueron, hasta para los italianos, más prudentes, hijos de la necesidad, y más que prematuros, tardíos. Los príncipes todos de Italia habían dado ya libertades a sus pueblos; los austríacos habían ya ocupado a Ferrara, violando los tratados y trayendo sobre sí la protesta del Papa, y el príncipe de Metternich había escrito ya su insolentísima carta al gran duque de Toscana llamando absurdas las reformas, oponiéndose a que se hicieran y mezclándose en los negocios interiores de un modo denigrante y atentatorio a la independencia de todos los estados de Italia; el Papa era liberal; el gran duque de Toscana era liberal, y ambos estaban ya desavenidos con el Austria, y el rey de Nápoles aparentaba ya por fuerza ser liberal, aunque no lo fuese, cuando Carlos Alberto tuvo que decir que estaba pronto a refrenar la insolencia del extranjero y tuvo que dar a su pueblo las reformas de que gozaban ya los otros. Más que adelantarse, quiso el rey de Cerdeña aparecer en esto reacio; más que tomar la iniciativa, quiso aparecer como movido por extraño impulso y por la imprescindible necesidad. Su amigo querido, César Balbo, a quien, a pesar de su prudente liberalismo y de sus pacíficas esperanzas, había tenido el rey lejos de sí por demasiado liberal, pudo exclamar entonces, lleno de alegría: «Por último. Veintisiete años hacía que estaba esperando en Carlos Alberto». Pero Carlos Alberto, si correspondió a esta esperanza, fue, como hemos dicho, después que la necesidad parecía que le impulsaba a ello, y después que los milaneses, habiendo logrado, en cinco días de un batallar heroico, arrojar de Milán a los austríacos, le llamaron en su auxilio.

Conocidos son del mundo todo el progreso y término infelicísimo de las dos campañas que hizo Carlos Alberto por la libertad de su patria. Los celos y rencillas de los otros príncipes, más que los excesos revolucionarios, contribuyeron a que todo se perdiera. El rey abdicó y murió de dolor en tierra extraña; la integridad del Piamonte se debió a la intercesión de Francia y de Inglaterra, y la paz se compró por la enorme suma de setenta millones de francos. Con tan tristes auspicios se ciñó Víctor Manuel la corona. Víctor Manuel sofocó, sin embargo, pronta y enérgicamente la sublevación de Génova e hizo reinar el orden en sus estados sin destruir la libertad, como hicieron otros príncipes, prevaleciendo de los desmanes revolucionarios para faltar a sus juramentos.

Mientras que el rey de Nápoles encarcelaba o declaraba traidores y viles al ministro Bozzelli, que había redactado la Constitución, y a cuantos se habían mostrado liberales y patriotas, en el Piamonte se levantaba una magnífica estatua a César Balbo, el cual siguió muy de cerca a mejor vida a su desgraciado amigo y señor, al que él mismo había llamado *sommo martire dell'indipendenza, somma vittima dell'invidie italiane*.

Víctor Manuel, a pesar de tantos desengaños, ni renegó de la libertad, ni desesperó de la salud de la patria; y mientras que los otros príncipes doblaban la cerviz al yugo austríaco y eran dóciles instrumentos de la política de los extranjeros opresores, cifrando en ellos la seguridad y duración de la propia tiranía, él hizo que en su reino prosperasen las libertades constitucionales, y se preparó a nueva lucha de más seguro éxito.

Un eminente hombre de Estado, el conde de Cavour, le secundaba en esta empresa. Al propio tiempo que el país se reorganizaba, ganaba nombre y crédito entre los extraños. La bandera constitucional del Piamonte, con los tres colores italianos, volvía a ondear gloriosa en el sangriento campo de Tchernaiá. El conde de Cavour tomaba después asiento en un Congreso europeo. El Piamonte, aquel pequeño estado, se colocaba en medio de las grandes potencias de Europa, y hacía oír su voz y abogaba por la causa italiana. Por un augusto enlace estrechaba, por último, su alianza con el emperador de los franceses, y tal vez desde luego le arrancaba la promesa de prestarle su auxilio contra el dominador de Lombardía.

La ocasión no podía ser más a propósito para que esta promesa se cumpliera. Austria, a la verdad, gozaba de paz interior y contaba con un ejército numeroso y disciplinado; pero se había enajenado las simpatías de todas las potencias. No podía esperar socorro ni de Rusia, hacia cuyo Gobierno había mostrado la más negra ingratitud hasta el extremo de maravillar al mundo, cumpliendo la profecía del príncipe de Swartzenberg; ni de la Gran Bretaña, donde el Gobierno la miraba con despego por su conducta, en la guerra de Oriente y en las inmediatas negociaciones diplomáticas, y donde el pueblo, tan amante de la libertad aun en los otros países, cuando esta libertad no se opone a su propia dominación y al interés de su comercio, la aborrecía por sus excesos en la reacción, habiéndolo mostrado harto violentamente y faltando a las leyes de la hospitalidad con un famoso general austríaco, a quien se acusaba de verdugo azotador de mujeres; ni tal vez, por último, de los otros estados alemanes, donde, a pesar del lazo federal, Prusia, conteniendo por la hegemonía, e influyente, si no predominante, ya que no desease, era de presumir que viera con íntimo deleite la humillación de su rival.

El emperador de Francia hubo de comprender entonces que, sin el más mínimo recelo de coalición y con no poca probabilidad, cuando no certidumbre, de materiales provechos, podía desenvainar la espada, hartar de gloria a su pueblo, siempre sediento de gloria, rodear y proteger la cuna de su hijo con nuevos laureles, ganarse la voluntad de los liberales favoreciendo una causa tan de ellos, y salir, aunque tarde, por primera vez a campana para igualar o superar las de su tío. Este plan, sin embargo, se hubiera frustrado o dilatado en su cumplimiento por la proposición de Rusia de someter al examen de un Congreso la situación de Italia, si el famoso ultimátum de 19 de abril de 1859 no hubiera hecho que se realizara.

Austria, después de aceptar la proposición de Rusia, provocó la guerra. Tal vez la movió a ello el mal estado de su Hacienda, empeñada como otras muchas de varias potencias de Europa, en sostener un ejército superior a los recursos de la nación, lo cual puede hacer preferible a la paz armada una guerra que dé motivo o pretexto para vivir sobre el país conquistado o para imponer contribuciones extraordinarias, cargando la mano a las provincias rebeldes, o que traiga por resultado una paz más segura y menos costosa. Tal vez el emperador Francisco José quiso, como mozo, hacer alarde de sus bríos, y viéndose con tantos soldados, sintió una irresistible curiosidad de ponerlos a prueba. Tal vez, y esto parece lo más cierto, se originó el ultimátum de errados cálculos diplomáticos del conde de Buol, el cual vio las cosas de muy diferente manera que Napoleón III. Mientras éste entrañaba en el pensamiento de las naciones europeas, el conde de Buol se atenía a las palabras de sus gobiernos y confiaba en ellas, interpretándolas favorablemente. Lord Derby había puesto en boca de la reina Victoria, al abrir aquel mismo año el Parlamento, que mantener la fe de los tratados era el objeto de su constante solicitud, y el Gabinete prusiano había hecho las más reiteradas protestas de amistad al de Viena, asegurándole que estaba decidido a sostener el statu quo territorial de Italia. Esto bastó, sin duda, para que el conde de Buol imaginase que la Confederación germánica, y quizá Inglaterra, iban a ponerse de su lado; que Europa toda iba inmediatamente a vedar que la paz se rompiera, y que Francia no osaría hacer la guerra contra la voluntad de toda Europa. Así, pues, con el propósito de dar a Austria una posición más digna y motivo de exigir más en un Congreso, se redactó probablemente el ultimátum; pero ni la Confederación germánica se agrupó bajo la bandera de Austria, ni Inglaterra salió a la defensa de los tratados, dejándola encomendada a la vocinglería de los periódicos absolutistas; y Austria, en cumplimiento de su amenaza, tuvo que invadir el Piamonte. Napoleón III acudió entonces a la defensa de su aliado con poderosísimo ejército, y se renovaron en Italia la revolución y la guerra.

No es dado asegurar hasta qué punto deseaba Napoleón III la revolución en Italia; pero sí que la deseaba. Al verle ir en apoyo de Víctor Manuel, nadie podía dudar de su deseo. La gente de Módena, Parma y Toscana, distraída la atención de los austríacos a un asunto más perentorio y urgente, había de sacudir el yugo de los príncipes, que en el de los austríacos se apoyaba. Esto era inevitable. El emperador de los franceses debía preverlo. El emperador debía prever asimismo, porque harto conocidos le eran el carácter y los antecedentes de los príncipes italianos, que los que cayesen del trono y abandonasen su tierra habían de buscar un asilo en el campamento austríaco; que el de Nápoles y el de Roma habían de ver con ceño aquella empresa, y que el del Piamonte había de hacer la más ineficaz propaganda para unir a sus estados los de los otros. Porque mientras estos soberanos se mostrasen, más o menos de la patria común, Víctor Manuel había de combatir denodadamente por ella, compitiendo él y su ejército con los soldados de su poderoso valedor, los cuales se creen, no sin disculpa para tanta jactancia, los primeros del mundo, y haciendo forzosamente del reino de Cerdeña el núcleo y el nervio de la nacionalidad italiana. Por eso puede decir Máximo d'Azeglio, aunque con sobrada pasión y dureza para los caídos, no sin cierto asomo de fundamento que «el Piamonte ha hecho la más invencible de todas las propagandas, la del valor, la de la libertad unida al orden, la de la reforma de las leyes, la del honor militar, la del entusiasmo patriótico. Su rey hacía la propaganda en medio de las balas y de la metralla, mientras que los príncipes destronados, después de haber huido, no de las violencias, sino del desprecio de sus súbditos, se habían pasado al enemigo. Estos

príncipes por su parte, hacían también la propaganda, y cada una de las dos propagandas ha dado su fruto».

No seré yo quien sostenga que para que este fruto madurase, acaso antes de sazón, no empleó el conde de Cavour artes menos heroicas e inocentes que las de su monarca; pero en el movimiento que siguió a la entrada del Ejército francés en Italia y a sus primeras victorias, había algo de irresistible y fatal, a que tenía que ceder Cavour mismo. Su responsabilidad es menor desde entonces, porque va como arrastrado a pesar suyo.

En nada se nota más esta distinción que hacemos de la responsabilidad de la conducta de Cavour, antes o después de la guerra, que en la anexión de la Saboya a Francia. Si Francia, como aparece, exigió la Saboya después de la guerra, no hay pretexto que la disculpe de esta exigencia interesada y opuesta a lo ofrecido, y que deslustra un poco los laureles ganados sobre Austria, más por miras de ambición que por el triunfo de una grande idea; idea que, a pesar de lo prometido, no triunfó tampoco por completo al firmarse la paz de Villafranca; Cavour, sin embargo, queda disculpado, porque cede a una necesidad imperiosa y se humilla ante la ley del agradecimiento. Si Francia exigió la Saboya antes de la guerra, toda la responsabilidad es de Cavour, y responsabilidad inmensa, ya que por esta cesión no pocos escritores, si bien parciales, como los de la Revista de Edimburgo, acusan al rey de Cerdeña de haber manchado o roto el escudo de sus armas, de haber renegado de su prosapia y de haber vendido su gloriosa cuna. Por dicha, el rey de Cerdeña halla en éste, como en otros puntos, más defensores que contrarios, los cuales defensores sin desconocer lo doloroso del sacrificio le dan por bien hecho en tan alta ocasión como la de vengar a un padre y realizar el pensamiento a que un padre consagró la vida. La nación italiana tampoco debe vituperar, sino compadecer, por esto a Víctor Manuel. Claro es que la nación española condenaría a cualquiera que pensase en proponer la cesión de una provincia a Francia, aunque fuera a trueque de Gibraltar, de Portugal y de sus colonias; pero la nación española tiene vida propia y grande, y puede esperar de sí misma cualquier aumento, en cuyo caso no se hallaba Italia, que ni vida propia tenía sino para llorar esclava.

Al quebrantar, no al romper, sus cadenas, Napoleón III empezó a demoler un edificio que se mantenía firme, y en cuyo centro, si aborrecido de muchos, se vivía con cierta seguridad, aunque lúgubre como la seguridad de una cárcel. No es, pues, de admirar que vacile ahora el resto del edificio, ni que haya quien quiera derribarle del todo para levantar otro nuevo sobre sus ruinas.

Esta obra de demolición y de reconstrucción en que Italia se halla empeñada ha hecho nacer cuestiones importantísimas. No vamos nosotros a buscarles una solución; pero sí trataremos de explicarlas en el artículo siguiente, que será el último de este breve trabajo. Sólo repetiremos ahora que, sin negar la ambición del Piamonte, dentro de ciertos límites y hasta cierto punto la disculpamos. Ambición que se enlaza con los nobilísimos e inmortales sentimientos del amor a la libertad y del patriotismo; ambición que va acompañada del valor guerrero y político bastante a luchar por estos sentimientos con persistencia y energía, es innegable que adquiere una legitimidad más eficaz a veces y más valedera que otras de que mucho se habla y a que se apela frecuentemente. Esta legitimidad la concede a veces el recto juicio, que suele ser revolucionario a despecho de los tratados. A fin de que el Piamonte no la pierda, conviene, con todo, que rijan y gobierne su ambición con el freno de

la prudencia, sin dejarla correr desatentada tras de nuevas conquistas y sin adoptar por divisa aquellas palabras de un personaje de Eurípides, palabras que César siempre tenía en los labios: «Bueno es ser justo; mas para reinar es permitida la violación de la justicia.»

- III -

Los portentosos adelantos de la industria, las grandes riquezas por ella creadas, el aumento de población consiguiente, la facilidad y prontitud de comunicaciones y la centralización y buen orden administrativos, conspirando tal vez a que en un porvenir cercano se realicen los ensueños de paz universal, dan por lo pronto a los modernos estados de Europa un poder desmedido, y a las guerras una violencia y unas proporciones horribles. Los medios de destrucción, hoy más eficaces que nunca, no sólo contribuyen a ello, sino que acaso no consienten que la ciencia militar propiamente dicha, esto es, la estrategia, dé, como en otras edades, tan clara muestra de sí; porque si bien la artillería y los movimientos en grandes masas son de importancia suma, suelen a menudo decidir la contienda, siendo para algunos lo único que la decide, el mayor valor personal, el empuje y la destreza de los soldados, los cuales, igualándose en la excelencia y perfección de las armas, en la severidad de la disciplina, y aun en la instrucción especial de sus jefes facultativos, acaban por encomendar al propio brío la victoria y riñen una serie de simultáneos y singulares combates. No es esto decir con Courier, escritor ingenioso, y que no era lego como nosotros, que no haya ciencia militar, sino que la inspiración vale más que la ciencia, y que valen más la resolución y energía con que un general se aventura, que los cálculos y experiencia con que se apercibe. Hay quien asegura que los austríacos, observando todas las reglas del arte, ganaron infinitas veces en simulacro la batalla de Solferino y sólo la perdieron cuando la pelearon de veras. Pero sometiendo estas dudas o cavilaciones profanas al fallo de los autorizados y entendidos en el particular, todavía puede afirmarse que las guerras, aunque por la mayor humanidad con que se hacen son menos de temer para los que no toman inmediatamente parte en ellas, causan en el día, más que en otras épocas, estragos y muertes entre los que pelean. Estos, por lo común, eran en lo antiguo relativamente pocos, porque ni el país que enviaba un ejército solía contar con recursos para mantenerle tan numeroso como ahora, ni proporcionarlos el país invadido, ni por su pobreza indemnizar los gastos después del vencimiento. Hoy, por el contrario, los ejércitos son o pueden ser numerosísimos como los de aquellos pueblos del Norte, que, impulsados providencialmente por un misterioso estímulo o movidos del hambre y acosados por pueblos no menos feroces, cayeron sobre el Imperio romano. Hoy producen la civilización, el refinamiento de las artes y los progresos de la economía política lo que antes la imprevisión y la barbarie; esto es, que un millón de hombres se encuentre, se combata y se destruya en un campo de batalla, lo cual, aunque se presta admirablemente a ello el ardor guerrero no apagado, sino más vivo y poderoso que nunca con la varonil civilización de la moderna Europa, repugna a la creciente filantropía y a las ideas económicas que ahora privan, y con las cuales se avienen mal las pérdidas de hombres y de dinero, gasto improductivo que ocasiona la guerra a vueltas de graves perturbaciones en el crédito y de no menor paralización en los cambios.

Sin duda, Napoleón III pensó en todas estas cosas sobre el sangriento campo de batalla de Solferino. Sin duda su corazón se movió a piedad al ver tanta generosa sangre vertida. Sin duda recordó aquellas nobles y cristianas palabras que Luis XV dirigió en Fontenoy al general inglés prisionero: «¿No valdría más pensar seriamente en la paz que hacer morir a tanto valiente?» Asimismo temió tal vez el emperador de los franceses que la revolución en Italia fuese más allá de lo que le convenía, y se disgustó de que ya hubiese ido algo más allá de los límites que él le había puesto al decir: «No vamos a Italia a fomentar desórdenes ni a quebrantar el poder temporal del Padre Santo, a quien hemos vuelto a colocar sobre su trono.» Parecieron, además, al emperador harto subido precio para el rescate de Italia los ya hechos sacrificios, y los mayores que aún habría que hacer para apoderarse de casi inexpugnables fortalezas, y vencer, no sólo al ejército que aún se hallaba delante, sino a 150.000 hombres que había en los estados de Venecia, y a otros 100.000 que se extendían desde Trieste a Viena, y que por los ferrocarriles podían inesperadamente acudir y entrar en batalla. Receló, por último, el emperador, que las otras potencias alemanas, alarmadas de sus triunfos, sospechosas de su ambición, y recordando la amistad y lazo federal que al Austria las ligaba, tomasen al cabo parte con ella para sostenerla en la posesión de unas provincias que los tratados de 1815 le aseguraban. Así es que, atendiendo más a tan altas consideraciones que a la promesa de hacer libre a Italia desde los Alpes al Adriático, dijo Napoleón III en una proclama que «la lucha iba adquiriendo proporciones que no estaban en relación con el interés de Francia en aquella guerra formidable», y se decidió a tomar la iniciativa para celebrar la paz.

Los preliminares de Villafranca fueron el resultado de esta decisión. En ellos se pactaron cosas imposibles, o al menos en extremo difíciles, y que no se han cumplido, como era de prever. Ambos emperadores, sin embargo, estrecharon entre sí una amistad sincera y grande, aunque repentina, y se causaron mutuamente una impresión indeleble, inefaçable; pero los duques de Toscana y Módena no volvieron a sentarse en el trono (del de Parma no se habló en Villafranca, lo cual dio lugar a una protesta del Gobierno español, que no surtió mejor efecto), y la Confederación italiana, con una provincia austríaca incluida en ella, no llegó a realizarse, ni el Padre Santo quiso o pudo ser presidente honorario de Confederación tan inaudita. La revolución siguió, pues, su marcha, mientras que en Zurich se conferenciaba para la celebración del Tratado de paz. Allí se determinaron los límites entre las provincias italianas de Austria y las recién cedidas al Piamonte. Allí se exigió por Austria, y se obtuvo del Piamonte, en virtud de esta cesión, que reconociese como suya la deuda lombarda de 150 millones de francos, y parte de la deuda general austríaca, hasta la suma de otros 250 millones. Allí, empero, tampoco fue posible conseguir la reposición de los archiduques, la Confederación, las reformas liberales del Padre Santo y del rey de Nápoles y los demás puntos convenidos y que ambos emperadores habían juzgado conducentes a la pacificación de Italia. A fin de que esta pacificación se lograra, así como también con el concienzudo propósito de que fuesen aprobados los nuevos arreglos territoriales por las potencias que firmaron el acta final del Congreso de Viena, se pensó entonces en un nuevo Congreso, en el cual interviniesen Austria, Francia, Gran Bretaña, Prusia, Rusia, Portugal, España y Suecia.

El Piamonte, a pesar de su acrecentamiento de población y territorio, se hallaba entre tanto en una situación difícilísima. Había hecho gastos enormes y contraído deudas para sostener la guerra; celebrada ya la paz, pero insegura, debía seguir gastando en sostener un

grande ejército; y esta misma paz traía a sus deudas un aumento de 400 millones de francos, sin contar lo que además tendría que pagar a Austria por la adquisición de los ferrocarriles de Lombardía. El Gobierno se sentía al mismo tiempo arrastrado por la revolución, que no le era dable contener, y sobre todas estas dificultades venía al cabo a ponerse la que suscitó Francia exigiendo la Saboya y el condado de Niza.

Hemos dicho que la anexión de la Saboya a Francia fue para el Piamonte un doloroso sacrificio, causa de las más acerbas censuras por parte de sus contrarios. La anexión de Niza lo fue más. Triste era para el rey de Cerdeña dejar a Francia un estado que fue durante muchos siglos el asiento solariego de sus mayores; pero la cesión de Niza y de su territorio, que siempre han debido considerarse como tierra italiana, envolvía una contradicción patente cuando se trataba de que toda Italia fuese una y libre de dominio extranjero.

Dos cosas principalmente han ofuscado el principio justificador de la revolución y de la guerra, y han hecho que la guerra y la revolución sean condenadas con cierta apariencia de justicia. Es la primera, que el Véneto y el temeroso cuadrilátero hayan quedado en poder de Austria, y la segunda, que guarde para sí Francia el condado de Niza, con lo cual, en vez de hacer a Italia libre, como se dijo, quedan, no ya una, sino dos naciones extrañas que dominan en parte de su territorio continental y que amenazan el resto.

Con la pérdida de la Saboya pierde, además, el Piamonte sus mejores soldados; ahora que tanto se habla de fronteras naturales, se queda sin fronteras naturales y da su propiedad legítima y fundada en larga prescripción y títulos reconocidos, por la precaria, intranquila y disputada posesión de otras tierras. El voto de los pueblos italianos, estamos persuadidos de que, por ahora al menos, es de unirse al Piamonte; pero esto no se justifica y aclara con el sufragio universal, que cuenta innumerables crédulos y que dista mucho de parecer infalible, aunque tal vez llegue a serlo dentro de tres o cuatro siglos, cuando el estado social sea muy otro de lo que es ahora. Esto se podrá aclarar y justificar por completo el día en que Francia aparte de Italia su mano protectora, y Austria vuelva a combatir con Italia solamente.

Para cuando llegue ese día, quizá no muy lejano, día inevitable si las esperanzas de César Balbo no se cumplen con la disolución del Imperio turco, el Piamonte debe prepararse; y ya internado en la senda que sigue, y escarmentado y receloso de alianzas itálicas, más que por ambición, por una fatal necesidad, tiene que buscar o que aceptar nuevas anexiones. Esto parece que sólo puede remediarse o por medio del Congreso europeo, ha tanto tiempo anunciado y no reunido, o con una más enérgica mediación que la hasta hoy ejercida por Inglaterra, Francia y Rusia, cuyos consejos, si estuviesen en consonancia, podrían convertirse en mandato.

Por desgracia o por fortuna de Italia, las naciones preponderantes de Europa, en virtud del desacuerdo y diferentes miras que tienen sobre este punto, han convenido hasta lo presente de un modo tácito o expreso en la no intervención. La revolución va, pues, caminando, y nadie acierta a predecir su paradero y término. Europa toda asiste a ella como a un espectáculo, ora censurando, ora aplaudiendo; pero sin consentir que nadie dé auxilio a los actores, a no ser con cierto recato y tal vez con la idea de hacer más lucida la función. Así es que, si por una parte se envían dineros y armas a Garibaldi y hasta se sospecha que

se protege indirectamente su desembarco en Sicilia, por otra se envían armas y dineros al Gobierno de Roma, y se le permite el alistamiento de voluntarios irlandeses, alemanes, franceses y suizos para que peleen contra los italianos.

Este reposo con que miran los gobiernos de Europa la revolución italiana se explica o se disculpa. La revolución no se ha manchado hasta ahora con grandes crímenes, venganzas, robos y muertes, por más que los periódicos absolutistas declamen y la acusen a menudo vagamente, y por más que los desórdenes sean propios e inevitables en época de trastornos y guerras civiles, en las cuales no es posible impedir que tome parte la gente forajida y desmandada, más audaz y dispuesta para la acción que los hombres de bien, por lo común mansos y pacíficos. Aun así, no creemos que pueda citarse, entre los hechos reprobables de los revolucionarios, algo de tan inútil crueldad como el bombardeo de Palermo, ni algo de tanto desorden e inmotivado derramamiento de sangre humana como el reciente motín de la Guardia Real en Nápoles, gritando: «¡Abajo la Constitución!»

Crímenes se han cometido en Italia por alguien que sirve la causa de la revolución, y crímenes que deben reprobarse altamente; pero no crímenes que basten a condenar la revolución, en cuyo nombre se han cometido. En Italia y fuera de Italia, en la edad presente y en las pasadas edades, apenas hubo jamás revolución, contrarrevolución o reacción más exenta de crímenes que esta que hoy en Italia se va llevando a cabo.

La gran cuestión entre los acusadores y los defensores de la revolución italiana no está, por consiguiente, en los hechos, sino en los principios, los cuales tienen más importancia y trascendencia que los hechos, y así, pueden ser legítimos, inocentes y saludables, como viciosos y dañinos. Claro está que estos principios que se discuten y sobre los cuales los enemigos de la revolución italiana dictan sentencia condenatoria, y la de absolución los amigos, no son el principio fundamental. Sobre esto no cabe discusión de buena fe. La unión y la independencia de la patria común podrá ser una ilusión irrealizable, engañosa y fecunda en amarguísimos y ásperos desengaños; pero nadie se atreverá a negar que es noble y generosa. El principio cuya bondad se discute no es éste, sino aquellos que se están aplicando a la realización de la unidad y de la independencia deseadas.

Hay también que distinguir entre los principios que paladinamente proclaman los revolucionarios y los manejos e intrigas de que se valen, con más o menos disimulo, para lograr sus intentos. No negamos ni disculpamos los malos medios, aunque se ordenen a un buen fin; pero el emplearlos nos parece frecuente y lastimoso achaque de la humana naturaleza. Si adolecen de él los revolucionarios italianos, los que allí defienden el régimen antiguo están aún más plagados del mismo mal, siendo su peor síntoma la impía mezcla que hacen de lo divino y de lo humano y la ceguedad o la descarada osadía con que identifican su mala y casi perdida causa con la de nuestra santa y verdadera religión, la cual ha de salir siempre triunfante, a pesar de ellos y de su aparente y nociva alianza.

De lo primero que acusan éstos al Piamonte es de la anexión de los ducados y de la Emilia, la cual anexión suponen que es contra todo derecho. Ojalá se pudiesen formular razonablemente acusaciones semejantes; porque sería prueba de que había, en efecto, en Europa un derecho constituido, reconocido de todos y fundado en la eterna justicia; derecho que fuese un crimen espantoso infringir y que asegurase la paz perpetua mejor que el

equilibrio europeo, cuyo sostenimiento ha hecho verter más sangre que se hubiera vertido sin equilibrio alguno, y mejor que la preponderancia de dos o tres naciones, que, si están de acuerdo, tiranizan y humillan a las otras, y si no lo están, se combaten encarnizadamente, envolviendo en la contienda al mundo todo. Pero ¿dónde está ese derecho respetado y digno de serlo? ¿Está en los tratados de Viena? ¿A cuántas cosas de las que allí se trataron no se ha faltado ya? Basta citar la separación de Bélgica del reino de los Países Bajos. En aquellos tratados, por otra parte, ni se atendió a la justicia ni se pensó en hacer una obra duradera, sino una obra de circunstancias, una obra, como dijo el mismo príncipe de Talleyrand, de la reacción contra la revolución, de las dinastías llamadas entonces exclusivamente legítimas contra las dinastías revolucionarias o napoleónicas. Los soberanos legítimos debían *ex jure postliminii* volver a ocupar sus tronos, y volver en este sentido las cosas todas, a su antiguo estado; pero, aún así, tal vez Joaquín Murat hubiera conservado el trono de Nápoles, a pesar de la Casa de Borbón, si no hubiese sido una especie de Ajax Telamónio, más terrible y duro para combatir que agudo y listo para las intrigas diplomáticas y políticas. Mientras tanto, donde no hubo dinastía legítima que reclamase, el antiguo régimen no volvió a restablecerse aunque los pueblos hubiesen sido notablemente perjudicados, o por las dinastías revolucionarias o por otras. Así es que Venecia no volvió a ser República, ni Polonia, monarquía. Mas para convencerse por completo de que ni siquiera se observó el principio, que al fin, aunque absurdo, es un principio, de devolver a cada dinastía sus antiguas posesiones, considerando a los pueblos como un patrimonio o heredad de los soberanos, citaremos para ejemplo, entre no pocos que pudieran citarse, el que viene aquí más a propósito, el del Padre Santo, a quien despojó el Congreso de Viena, a pesar de la protesta del cardenal Consalvi, de todo el territorio ferrarés al norte del Po, y de Aviñón, y del condado venaisino, dando a Austria el derecho, contrario a la independencia y soberanía de los Estados Pontificios, de guarnecer a Commachio y a Ferrara. Pour que la révolution finisse -había dicho el ya citado príncipe de Talleyrand-, il faut que le principe de la légitimité triomphe sans restriction; pero como ese principio no ha triunfado sin restricción, no es extraño que la revolución continúe; no es extraño que los pueblos de Italia se den a un soberano, italiano de pensamiento, cuando no de origen, con el mismo derecho con que han sido dados o vendidos en otras épocas a otros soberanos menos nacionales.

Surge, sin embargo, de estas anexiones una cuestión, que muchos pretenden que sea religiosa, y no meramente política: la del poder temporal del Papa. Sobre ella, desde que se publicó el folleto titulado *Le Pape et le Congrès*, debido, según todos los indicios, a la inspiración de un augusto personaje, han aparecido en Francia, en Italia y hasta en España, ora en favor, ora en contra del folleto susodicho, otra infinidad de ellos y no menor número de artículos de periódico y de cartas pastorales, logrando entre ellos ruidosa celebridad los de monseñor Dupanloup, por la poca o ninguna caridad cristiana con que trata a todos los que no piensan como él, sin perdonar a sus predecesores, y los de Villemain y Lacordaire, por la merecida y altísima reputación literaria de que ambos gozan. En todos estos escritos se ha discutido extensamente sobre el origen y legitimidad del poder temporal, ya ellos remitimos a nuestros lectores. Al hablar de esto no haríamos sino repetir lo que tantos han dicho ya. Sólo diremos, en resumen, que el poder temporal, ora se funde en donaciones falsas o verdaderas, como las de Constantino y la princesa Matilde; ora en rapiñas inicuas, como las de César Borgia; ora en conquistas benéficas, como las del cardenal de Albornoz, cuyas hazañas habrán leído los suscriptores a este periódico en los eruditos artículos del

señor Cánovas, es una soberanía profana, como todas las demás que hay en el mundo. No se puede sostener tampoco que esta soberanía es indispensable a la salud del catolicismo, porque ofenderíamos a una religión eterna y contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno, si supusiésemos que el vasallaje de tres millones de hombres y la posesión de un poco de terreno eran la garantía de su duración y de su independencia. Sostendremos, con todo, que es decoroso y conveniente que el Padre Santo sea soberano, esto es, que no viva en país gobernado por otro poder que el suyo. Mas para esto le basta al Sumo Pontífice la ciudad de Roma; y es de poco provecho, y corta gloria puede traer a la religión, el que conserve o recupere el Papa ciudades, tierras y súbditos que no le hacen más independiente porque no le defienden, sino que le obligan a buscar contra ellos protección y defensa, ya en un ejército austríaco, ya en un ejército francés, ya en un ejército de aventureros advenedizos.

No deseamos por esto que violentamente se le arranquen al Sumo Pontífice otra porción de sus estados, ni menos que pierda el rey de Nápoles los que le quedan en la Península. Sólo deseamos que estos príncipes entren de buena voluntad en la vía de las reformas y en la alianza con el Piamonte, y que el Piamonte cese de proteger a Garibaldi en su atrevida y prematura empresa de la total unión de Italia. Porque si el Papa y el rey de Nápoles siguen, por una parte, siendo favorables a los austríacos y contrarios a la idea italiana, nunca será posible la obra de la regeneración, teniendo en casa al enemigo más acérrimo; y, por otra parte, si el deseo de ver a Italia libre y unida no se refrena con la prudencia, hartos bien se puede conjeturar y temer que se malogre: el Papa podría huir de Roma, como la vez pasada, sublevando de nuevo contra su nación la ira de muchos estados católicos, y si esto no sucediese, y sí que Garibaldi, terminada felizmente su empresa, dilatase sin interrupción los dominios de Víctor Manuel desde el Etna hasta los Alpes, ni este soberano ni el heroico guerrillero podrían ya atajar la corriente revolucionaria; y arrastrados por ella, irían a chocar contra los austríacos, y quizá a perderse, como en las campañas de 1848 y 1849, o más miserablemente todavía.

A pesar de nuestro amor a Italia, maestra de las gentes, madre fecundísima de grandes capitanes, sabios, poetas y artistas, cuna de las artes, y hermoso trono desde donde dictan sus leyes y son la admiración del orbe, no desconocemos que el pueblo italiano carece aún de unión y de decisión bastantes para luchar con el Austria y sacudir por sí solo el yugo de la tiranía. Verdad es que la organización militar de toda la Península pudiera lograr esta victoria; mas para ello se necesita tiempo, y la revolución quizá no lo dé, y quizá apele de nuevo a Francia, mostrando su debilidad y exponiéndose a un desdén o a cambiar de yugo al querer quitárselo de encima. Francia, que no ayudó de balde la vez primera, ayudaría menos la segunda. La sangre de un pueblo y sus tesoros no se prodigan por mera filantropía y por una gloria estéril.

No son, por último, los hasta aquí enumerados los únicos peligros que amenazan la revolución de Italia, y los únicos obstáculos que se oponen a la unidad o independencia de esta nación. Fuerza es vencer asimismo la interior discordia, que puede desarrollarse más vigorosa que nunca en el seno de la revolución triunfante; ora por los celos de unas provincias con otras; ora por el nunca muerto espíritu municipal y por el renaciente recuerdo de las antiguas, gloriosas e independientes repúblicas; ora por los manejos y aspiraciones de Mazzini y de sus secuaces.

Tan ingentes dificultades son éstas, que no creemos que se superen, y recelamos que también esta vez tengan deplorable término las halagüeñas ilusiones de los italianos. Si no sucediese así y se realizasen, el éxito legitimaría la gloria de Víctor Manuel; hasta sus más declarados enemigos le llamarían gran príncipe; hasta los que ahora llaman a Garibaldi capitán de bandidos le llamarían entonces general ilustre, insigne patriota y hombre de los más extraordinarios del presente siglo. Mas para esto no basta el valor, no bastan el entusiasmo y la constancia que ambos tienen; menester es, además, una maravillosa prudencia con la fortuna y con el favor de los cielos.

España y Portugal

- I -

Las más importantes verdades se reconocen por sentimiento y por instinto antes de que por medio del raciocinio se demuestre la certidumbre de ellas y se declare y explique el fundamento en que se apoyan y sostienen. En este número de verdades se cuenta la de que en la Península que habitamos hay dos naciones distintas, portuguesa y española. Si hubiera dos estados y una sola nación, los estados fácilmente se fundirían. Lo difícil, lo punto menos que imposible, es fundir las nacionalidades. Así es que nosotros, aunque siempre hemos tenido un amor entrañable a la idea de la unión ibérica, más hemos creído que esta idea es una aspiración sublime, casi irrealizable, o realizable sólo en un remoto futuro, que un plan político, para cuya realización y cumplimiento están ya preparados los ánimos y las cosas, y que a poca costa puede llevarse a cabo, con buena voluntad, audacia y fortuna.

El ejemplo de Italia, aun presuponiendo, que tenga dichoso término la revolución Italiana, no debe en manera alguna alucinarnos ni movernos a la imitación. Las circunstancias son muy otras en aquélla que en esta Península. Allí, o no hay nación, o tiene que haber una Italia: aquí hay dos naciones y aun seguiría, acaso durante siglos, habiendo dos naciones, aunque ambas, o por una revolución o por una conquista, o por un enlace regio vinieran a formar un Estado solo.

Génova, Venecia, Pisa, Florencia y Amalfi han sido poderosas y gloriosas repúblicas; pero como naciones no han existido. No es menester buscar razones; basta el sentido común, basta el oído para percibir que suenan disparatadamente estas frases: la nación pisana, la nación genovesa y hasta la misma nación milanesa o napolitana. En Italia, porque la Historia o el Destino, porque Dios, en suma, lo ha querido así, no hay más que una nación, aunque haya habido numerosos e independientes estados: señoría en Venecia, ducado en Milán y reino en Nápoles.

En nuestra Península sucede lo contrario. Portugal, aunque es una nación hermana, no forma parte, no es la misma nación española. La historia de Portugal es tan grande, que no puede perderse ni confundirse en la historia de otro pueblo; pero no es ésta la mayor dificultad. Grande, heroica, admirable es también la historia de Aragón, que tampoco puede

perderse ni confundirse, y, sin embargo, la nacionalidad, la autonomía aragonesa, vino en sazón oportuna a amalgamarse con la de Castilla, formando ambas la nacionalidad española. La mayor dificultad es que la sazón oportuna, el momento propicio en que la fusión hubiera sido fácil, pasó mucho tiempo ha. Las diferencias se han hecho cada vez mayores desde entonces, y nos han ido separando, en lugar de irnos uniendo.

En aquellos buenos tiempos de mutua prosperidad, cuando portugueses y castellanos nos dividíamos el imperio de los mares nunca de antes navegados; en aquellos buenos tiempos en que podía decir el poeta, en elogio de la noble España, que era la cabeza de la Europa toda, y Portugal, que era la cima de la cabeza, y en que podía dudar, hablando de los portugueses, sobre qué era

en resolución: en aquellos buenos tiempos de los Reyes Católicos y de don Juan III, cuando el Papa Alejandro VI,

y en que, sin pecar de hinchados ni de fanfarrones, podíamos hacer decir a nuestros héroes:

en aquellos buenos tiempos, repetimos, sin estar llenas de recelos y agriadas por el infortunio, hubieran podido estrecharse y confundirse ambas naciones en la cumbre de la grandeza y de la gloria, como Aragón y Castilla se confundieron. Pero después de la derrota de Alcazarquivir, humillada y moribunda la nación portuguesa, y sujeta y postrada bajo el cetro de hierro de Felipe II, no pudo unirse, aunque tuvo que someterse a Castilla. Así es que la revolución de 1640 fue indispensable; fue el renacimiento de un pueblo que había muerto o que gemía esclavo, cuya gloria eclipsada era preciso que volviese a brillar. La dominación de los Felipes en Portugal quitó a aquel pueblo libertad y no le dio fuerza ni amparo. Las ricas colonias, el hoy tan próspero imperio del Brasil, tal vez hubieran sido mejor defendidos por los portugueses solos, aun en medio de su postración, que por el pujante, pero mal gobernado, poder de España.

No se ha de extrañar, por tanto, que los portugueses suspirasen por la pérdida de independencia y que la recobrasen. Con ella parecía renacer la pasada gloria y algo del poder pasado. El advenimiento al trono de la Casa de Braganza fue más popular que el de la nobilísima y heroica dinastía de Avis. Desde entonces la división entre España y Portugal se ha hecho cien veces más honda; la rotura, más difícil de soldar; los signos característicos de ambas nacionalidades, más prominentes y diversos.

En Italia, la literatura es la misma y la lengua literaria la misma en todas las provincias. Tasso no es una gloria del reino de Nápoles, sino de toda Italia. Dante y Maquiavelo son italianos antes de ser florentinos. En Portugal, por el contrario, se levanta, y crece y se desarrolla, y se aparta cada vez más de la nuestra, una literatura nacional, propia y exclusiva de aquel pueblo. En un principio nuestros trovadores, nuestros príncipes poetas escribieron en portugués, como Macías y el Rey Sabio. Los trovadores portugueses se complacían en escribir en castellano. El castellano y el portugués no parecían dos idiomas diversos, sino dos formas, dos modos del mismo idioma. En la magnífica Corte del rey don Manuel suena en prosa y en verso el habla de Castilla. El Cancionero de Resende está lleno de versos castellanos. La musa dramática portuguesa hace sus primeros felices ensayos en los Autos de Gil Vicente, muchos de ellos en castellano, y otros en castellano y en portugués mezclados y confundidos. El primer poeta lírico portugués, el justamente celebrado Sa de Miranda escribe gran parte de sus obras en nuestra lengua; el mismo Camoens le imita y le sigue en esto. Todavía, a pesar de Aljubarrota, y lo que es más, a pesar de Vasco de Gama, del infante don Enrique y del grande Alburquerque; esto es, a pesar de la magnífica epopeya de la historia de Portugal en el siglo XV, epopeya que no sólo hace de Portugal una nación, sino una nación gloriosísima, importantísima y con una gran misión providencial en el mundo, Portugal se creía parte de España.

España era la cabeza de Europa toda; pero Portugal era la cima de la cabeza, esto es, parte de ella, como dice el llamado por los portugueses mismos príncipe de los poetas españoles. La conquista hecha por corrupción y violencia sobre un enemigo postrado, y la perversa dominación y peor administración de los Felipes, vinieron a destruir o a retardar la verdadera unión de ambos pueblos, que ya se iba formando. La revolución de 1640 acabó de romper los lazos amistosos que nos unían. ¿Qué portugués, sin pasar por mal portugués, hubiera osado, desde entonces hasta hace pocos años, hablar de la unidad Ibérica? En Italia, al contrario, en todas las edades, en todas las provincias y estados, han suspirado y defendido y aconsejado la unidad los más amantes de la patria y los que han alcanzado más fama por haberla amado e ilustrado. Dante, Petrarca, Maquiavelo, Manzoni, Leopardi, Tosti, Botta, todos los hombres eminentes de aquella península, se muestran partidarios de su unidad y no reconocen sino una sola nacionalidad en ella. Allí se han ido cada día estrechando más; aquí nos hemos ido separando. Allí una misma literatura, allí un mismo idioma: las glorias alcanzadas y las afrentas recibidas son allí comunes. Los que encomian a Italia la llaman a toda ella cuna de las artes, maestra de las gentes, patria de los grandes poetas y de los eminentes capitanes, y los que la denigraban, cuando vivía esclava y abatida, lanzaban también la injuria y el vilipendio sobre toda ella, sin exceptuar una sola provincia, o diciendo, si la exceptuaban, que aquella provincia no era Italia. Pero entre España y Portugal no ha habido una solidaridad semejante, sobre todo, en la desgracia. Acaso seamos harto orgullosos para aceptar como nuestras las faltas de nuestros hermanos. Acaso lo seamos también, aunque no tanto, para tener sus glorias por nuestras.

De todos modos la unidad ibérica, aunque difícilísima, aunque sólo sea un hermoso sueño en el día, no se puede afirmar que sea completamente imposible, ni menos que pudiera redundar en desdoro de una de las naciones, si éstas acertaran a unirse como Inglaterra y Escocia, y no como Inglaterra e Irlanda, Austria y Hungría, Polonia y Rusia.

Partidarios en cierto modo de esta unión futura, más o menos completa e íntima; de esta unión celebrada con mutuo consentimiento y beneplácito y para bien de ambos pueblos; de esta unión, que si alguna vez ha de lograrse, es menester preparar muy de antemano y con exquisita prudencia, han sido, y quizá sigan siendo aún, muchos de los hombres más ilustres que honran hoy a Portugal, muchos de los que más lo aman y veneran y adoran su gloria, y asimismo no pocos españoles, que no quieren a Portugal para redondear el territorio, sino para que, unidos dos pueblos tan generosos y grandes, vuelvan acaso a ser en los futuros siglos lo que fueron en los pasados: la cabeza de Europa toda.

Si algún español sueña con la difícilísima unión de Portugal y España como realizable en el día, y tiene el extravío de menospreciar a Portugal, y el mal gusto y poco tacto de decirlo, no es esto culpa de toda la nación española, que piensa y siente respecto a Portugal de muy diversa manera.

No creemos que ningún patriota portugués, aun negando absolutamente y para siempre hasta la posibilidad de la unión ibérica, haya podido ofenderse del iberismo de don Sinibaldo de Mas, de Castelar y de tantos otros, cuya buena fe, cuyo amor y cuyo entusiasmo, ya que no lisonjearlos, debiera satisfacerlos.

Si más tarde, según hemos oído decir, ha venido un escritor animado de otros sentimientos poco favorables a Portugal y pidiendo o deseando en nombre de ellos la unión de aquella monarquía a la española, bien pueden creer los portugueses que ese escritor español no es el órgano fiel y legítimo de la opinión pública en España. Nosotros aún no hemos leído el folleto a que aquí se alude; pero sabemos por los periódicos de aquel país que ha producido en Portugal un profundísimo disgusto, y esto nos impulsa a examinarlo imparcialmente, volviendo por la dignidad de la nación portuguesa, si en dicho folleto ha sido injuriada, y reprobando esa inmediata unión forzosa o poco decorosa para Portugal que desea el folletista, ya que no en nombre de una unión futura, espontánea y honrosa para todos, en nombre de la igualdad y del fraternal afecto y de la alianza estrecha que debiera haber entre las dos egregias naciones de esta Península.

- II -

La idea o el principio de las nacionalidades, que ahora priva, tiene, como todo lo muy comprensivo y general, no poco de vago, y cuando no de vago de contradictorio. Las nacionalidades no se determinan por la geografía, ni por el idioma, ni por la identidad de estirpe, ni por la semejanza o igualdad de historia, de religión y de costumbres. Todo esto concurre a formarlas; pero lo esencial y fundamental es el sentimiento, que se advierte, que se reconoce, pero que no se sujeta a reglas ni a raciocinios.

Italia, que es el gran ejemplo que se alega, es una sola nación porque es una sola nación. En favor de la unidad de Italia no hay argumento más fuerte que el sentir de sus hijos. Desde la caída del Imperio romano, bajo el cual, si toda Italia estuvo unida, también estuvo unida gran parte de Europa, no se ha realizado la completa unidad italiana sino por breve tiempo y bajo el cetro de un rey bárbaro, de Teodorico. Pero desde entonces hasta el día

presente el pensamiento de la unión, el anhelo de llevarla a cabo y el sentimiento de ser Italia una nación sola, han dominado el alma de cuantos hombres ilustres han nacido en aquella península.

Muy largo sería investigar las causas de por qué en la Península Ibérica no ha acontecido lo propio; pero es lo cierto que no ha acontecido.

En Italia, a pesar de la división de estados, y de las guerras, celos y enemistades que entre ellos ha habido, no hay más que una sola nación, no hay más que el sentimiento de una sola nacionalidad y el amor de una sola patria, por lo menos desde los tiempos de Dante. Ora predomine el partido gibelino, ora el güelfo, ora sea el emperador, ora el Papa, el que se busque como centro de la unidad, la unidad es lo que se busca.

En España y en Portugal, preciso es confesarlo, no se ha soñado nunca en esta unidad, ni aun en la época en que ambas coronas estaban reunidas y adornaban las sienes de los Felipes. Portugal era entonces un reino más de los que componían el vasto imperio español. Era como Nápoles, como Sicilia, como el Milanesado, como Flandes; nadie imaginaba que Portugal y España fuesen una sola nación y un mismo pueblo.

Esta idea es reciente, es consecuencia ilegítima de lo que llaman el principio de las nacionalidades. En virtud de este principio, los pueblos de Portugal y España debieran seguir eternamente separados, porque son dos pueblos distintos, aunque reconozcan un tronco común y sean hermanos. Eslavos son (esto es, hermanos, de la misma raza) los rusos, los bohemios, los polacos y los croatas, y no por eso constituyen una sola nación; no por eso deja de ser casi irrealizable el ensueño del paneslavismo.

No es, pues, en el principio de las nacionalidades en lo que debe fundarse la aspiración a la unidad ibérica. No hay que negar, ni razón hay para negar, la nacionalidad portuguesa, a fin de fingirse posible la fusión de ambas naciones en una. Aragón y Castilla, Inglaterra y Escocia, eran naciones distintas y se han fundido. Dinamarca y Suecia aspiran a unirse también, como ya lo estuvieron en otro tiempo, sin desconocer por eso que son dos naciones perfectas, que han tenido y siguen teniendo, razón de ser y de existir separadamente.

Es posible, es a veces conveniente y glorioso, que dos naciones se fundan; pero es sumamente difícil. Es menester para ello un conjunto de circunstancias dichas, que rara vez la prudencia humana puede proporcionar, y que casi siempre dispone con especial disposición la Providencia divina. Uniones como la de Castilla y Aragón necesitan, a más de la fortuna y del saber de los príncipes y hombres políticos que las llevan a cabo, de una ocasión propicia y de un acuerdo feliz de los pueblos, que, más que resultado natural, parece milagro. Uniones de esta clase se hacen cada día más difíciles, porque mientras más se retardan, mayores diferencias y rivalidades nacen entre las naciones de que se desea componer una sola.

El ejemplo de Italia debiera retraernos del iberismo, en vez de animarnos a seguirlo y a realizarlo. Allí no había más que una nación, humillada y hollada de continuo por el extranjero. Sus diversos estados eran creaciones artificiales de la diplomacia; casi ninguna

de sus dinastías era nacional, sino impuesta por la conquista; muchos de sus príncipes estaban sentados en los tronos en virtud de un poder opresor extraño, para cumplir su voluntad y secundar sus miras y remachar más las cadenas que pesaban sobre la patria común. Y, sin embargo, ¿cuán difícil no ha sido, y es aún, el realizar esa unidad, a la que todo estaba convidando y aun provocando, unidad que era indispensable si Italia había de salir de la postración y servidumbre en que se hallaba? ¿Qué tempestad no ha levantado en toda Europa la caída de los soberanos legítimos, cuyos tronos no tenían raíces en el suelo en que se fundaban? ¿Qué guerra civil no ha promovido en Nápoles la pérdida de una autonomía sin gloria, y de un trono cuya gloria no era tampoco la del país? Pues si esto ha sucedido en Italia, ¿qué no sucedería en la Península Ibérica si procurásemos imitar aquel movimiento? Allí la unión es indispensable para salir de la servidumbre; aquí la unión es sólo conveniente a nuestra mayor prosperidad y futura grandeza; allí nadie soñaba con que hubiese una nación toscana, parmesana o luquesa; aquí hay dos verdaderas y grandes naciones; allí ninguna dinastía de las caídas estaba enlazada con los recuerdos gloriosos y patrióticos; y aquí no es sólo un individuo de la familia de Borbón quien se sienta en el trono, sino la nieta de San Fernando, la sucesora de Isabel la Católica, la representante y descendiente de aquellos ilustres sabios y valerosos reyes de Aragón y de Castilla cuyos triunfos, cuyos laureles, cuya fortuna hacen el orgullo del pueblo y viven en su memoria amorosamente conservados: no es sólo un Coburgo quien se sienta en el trono, sino el descendiente del elegido del pueblo en 1640, el representante y el heredero de aquel valeroso y noble maestro de Avis a quien proclamaron rey las Cortes de Coimbra, y que recapitula y compendia en sí y en su familia todas las glorias de la patria, desde los heroicos esfuerzos del vencedor de Ourique y del conquistador de Silves y de Lisboa, hasta la grandeza y fortuna de don Manuel y la lastimosa y malograda valentía de don Sebastián; aquí, en suma: esto es, en Portugal y en España, hay dos naciones y hay dos dinastías nacionales que personifican, y en las cuales se cifra toda la gloria del uno y del otro pueblo.

Basta lo dicho para comprender cuánto más difícil de realizar es la unión ibérica que la unidad italiana. Españoles y portugueses son amantes de la patria con un sentimiento harto exclusivo, y una y otra dinastía representan de tal suerte la gloria y el gran ser de la respectiva patria, que hasta republicanos y antidinásticos se vuelven monárquicos de doña Isabel II o de don Pedro V el día en que les propone algún mal avisado partidario de la fusión ibérica derribar una de las dos dinastías para realizarla. Agréguese a esto que, tanto en España como en Portugal, el sentimiento monárquico y el amor a la dinastía están aún muy arraigados, que hay menos antidinásticos y menos republicanos de lo que tal vez piensen algunos. Así se comprenderá, no sólo lo impolítico y lo contraproducente de hablar o de escribir en favor de la fusión ibérica en perjuicio de la dinastía de Borbón, sino también lo contraproducente y lo impolítico de hacerlo en contra, de la dinastía de Braganza-Coburgo. En el primer caso, todos los monárquicos y dinásticos de España, esto es, la mayoría de los españoles, se sublevan contra el iberismo, de lo cual ya se notaron síntomas en 1854. En el segundo caso, acontece lo propio en Portugal, como se está viendo ahora, con motivo del folleto titulado La fusión ibérica, debido a la pluma de don Pío Gullón. Este folleto, salvo la falta indicada y algunas otras que ya indicaremos, está bien escrito y pensado; contiene ideas y noticias de grande importancia; pero sólo el aconsejar la fusión, condenando, aunque de un modo implícito, a la dinastía Braganza-Coburgo, es suficiente para explicar el efecto que en Portugal ha hecho, tan contrario al que indudablemente su autor se proponía.

No sólo los patriotas y los leales, no sólo los que aman a sus reyes, sino los que buscan ocasión de adularlos para medrar, concurren a enardecer el espíritu público en contra de semejantes planes, y se aprovechan de tan buena coyuntura para hacer gala del patriotismo y del monarquismo, que tal vez no tienen. Entre tanto, la parte sana de la nación se escandaliza sinceramente, y, animada por los escritos monárquicos y patrióticos, quiere competir con los autores en amor y devoción a la monarquía y a la patria. De esta suerte, puesto el iberismo en lucha abierta con los más respetables sentimientos, retrocede y pierde terreno en vez de ganarlo. Tal es el resultado, hartos nos pesa decirlo, que ha tenido el folleto del señor Gullón. La soberbia y el orgullo vidrioso de los portugueses, que han entrado por mucho en la enemistad que ha despertado dicho escrito, son exorbitantes: convenimos en ello. No somos nosotros menos vidriosos y soberbios; pero importa no olvidar que unos y otros lo somos, a fin de no herirnos cuando tratemos de abrazarnos.

Pensar en que por medio de la violencia o de la conquista hemos de agregarnos y de conservar a Portugal, es un absurdo evidente. España puede conquistar a Marruecos, puede apoderarse de toda el África bárbara y civilizarla; pero los pueblos civilizados de Europa no se conquistan ni se domeñan ya por fuerza. Hasta las naciones que fueron ya domeñadas y vencidas en otra edad pugnan hoy por quebrantar el yugo, y es probable que al fin lo quebranten. Quizá llegue un día en que Irlanda, Polonia y hasta la pequeña nacionalidad finlandesa recobren su autonomía. ¿Cómo pensar, pues, en que la pierda violentamente la tierra de Viriato, de Egeas Monis y de Álvarez Pereira, el inmortal condestable? La unión, la fusión, si ha de ser alguna vez, como no negaremos que lo deseamos para bien y gloria de ambas naciones, ha de llevarse a cabo por general, mutuo y espontáneo consentimiento. Para ello debemos dejar de menospreciarnos y zaherirnos, y empezar a conocernos y a amarnos. El momento de la unión política estará siempre muy distante, mientras las simpatías, la confianza, la recíproca estimación y el cariñoso respeto no lo traigan consigo. Así lo entendieron, sin duda, los señores Mas, Caldeira, Lopes de Mendoça y Latino Coelho, y no fue otro el pensamiento que presidió a la fundación de la Revista Peninsular. Desde entonces la precipitación, la impaciencia y los alardes de superioridad de algunos, han amontonado innumerables dificultades en el camino, largo, sí, pero seguro, que iban allanando y abriendo aquellos patriotas, tan entusiastas como prudentes. Nosotros, que hemos creído, que hemos anhelado la fusión, apenas si ahora la creemos posible. Ya explicaremos en qué se funda esta falta de aquella fe de aquella esperanza que tanto, en otro tiempo, nos animaban y complacían.

- III -

El modo de convidar a la fusión que ha tenido el autor del folleto que vamos examinando es tan falso y antipolítico en algunos puntos que, aunque los portugueses fueran menos celosos de su nacionalidad, se comprendería que se diesen por ofendidos. Durante la primera Revolución francesa se decía: «Fraternidad o muerte»; esto es: «Sé mi hermano o te quito la vida que tienes ahora»; pero en el folleto se va en cierto modo más allá; a los portugueses se les quiere quitar la vida pasada, la vida que ya han vivido, para

que sean nuestros hermanos. Según lo que del folleto se desprende, los portugueses apenas si tienen historia, apenas si tienen literatura.

«Sólo adquiere Portugal su autonomía figurando separadamente, como dote de una princesa castellana; es decir, en humillación ridícula, que nunca podrá tenerse por el origen histórico de una nación.» El folletista olvida los triunfos de don Alfonso Enríquez, la batalla de Ourique, la aparición de Cristo, el entusiasmo de los soldados cuando alzaron a don Alfonso por rey, como ya en otro tiempo fue proclamado Escipión emperador; las conquistas de este gloriosísimo príncipe, que dilata el reino de Portugal hasta los límites que hoy tiene, y todo aquel modo heroico y poético con que nace la monarquía portuguesa, en cuyo origen, como en el de Roma y otras grandes repúblicas y estados, parece que la tradición y la Historia, la verdad y la fábula compiten por hermosearlo y magnificarlo todo de consuno. No se comprende, pues, cómo se atreve a decir el autor del folleto que no hay en Portugal «ni uno de esos reflejos populares que con el nombre de tradición llegan a ser la entraña nacional de la Historia».

Añade luego, o da entender, el señor Gullón que la parte principal de la historia portuguesa es sólo un remedo de nuestra historia, porque, «unida o segregada, nos imitó aquella región de la Península»; palabras poco meditadas, pues con igual razón podrían decir los portugueses que los imitamos nosotros. Ellos fueron los primeros en poner el pie en África; ellos, en tiempo de don Juan el Vengador, el vencedor de Aljubarrota, conquistaron a Ceuta, que todavía conservamos, y que fue y es cimiento y principio de la civilización e imperio que deben llevar y dilatar los españoles hasta más allá del Atlas; ellos conservaron aquel baluarte contra la morisma con el martirio del Régulo cristiano, con la maravillosa paciencia del príncipe constante, que mereció la bienaventuranza en el Cielo, y en la Tierra que Calderón eternizase y divulgase su gloria en su más admirable drama; ellos conquistaron a Arcila, a Azamor y a otras ciudades marroquíes, y llevaron mucho antes que nosotros la guerra a Mauritania; ellos tuvieron al infante don Enrique, y escuela de astrónomos, navegantes y descubridores, explorando, colonizando y catequizando los reinos del Congo y de Guinea, y extendiéndose hasta el promontorio de las Tormentas, antes que Colón saliese del Puerto de Palos; y ellos, por último, aunque no contasen más que el reinado de don Manuel el Feliz, no sólo tendrían una historia, sino un maravilloso poema nacional, que tal vez no admita comparación con el de ningún otro pueblo.

En la Corte de aquel rey vivieron héroes como Vasco de Gama, Pedrálvez Cabral, Alonso de Albuquerque, terror y azote del Asia, conquistador de Goa y de todo el reino de Ormuz; Suárez de Albergueira, vencedor en Etiopía y de Arabia; los Almeidas, dominadores en Ceilán y Quiloa; Tristán de Acuña, Felipe de Castro, Abreu, Melo, Aguilar, Sequeira, Duarte Pacheco, que con un puñado de hombres desbarató todo el poder del Zamorí, y tantos otros, cuyos nombres no citamos por no ser prolijos, aunque todos son dignos de eterna nombradía y de singular alabanza. ¿Se podría decir, aunque los portugueses no hubieran hecho más que lo que hemos dicho, «que de esos hechos no puede brotar otra historia que la española»; que la nación portuguesa «no ha podido adquirir un carácter histórico en contados siglos de interrumpida independencia», y que toda la historia de Portugal se puede reducir a la biografía de quince o veinte grandes personajes? ¿Es buena traza y forma de ganarse la voluntad de un pueblo el despojarlo de una plumada de lo mejor de su gloria y el negarle hasta que ha existido?

En punto a literatura, tampoco está más generoso el señor Gullón con los portugueses: «Camoens y otros nombres tan aislados, aunque menos brillantes -dice-, no constituyen por sí solos una literatura.» ¿Y quién ha asegurado al señor Gullón que Camoens y esos otros pocos hombres se hallan en tal aislamiento, y que no estén precedidos y acompañados, como, según el señor Gullón, lo están en España «el Cid y Cervantes, por la numerosa y envidiada hueste en que se agrupan nuestros guerreros y escritores de todos los tiempos? Pues qué, ¿los grandes inventos nacen por casualidad, y sin motivo y sin antecedentes, y mueren y pasan, y no dejan huella ni rastro de sí en el país donde han nacido? ¿Tuvieron acaso los portugueses a Camoens, al único poeta épico nacional de la moderna Europa, sin razón para tenerle? ¿Por qué en España, en Francia, en Italia, en Inglaterra carecemos de una gran epopeya nacional, y en Portugal la hay? Porque el refinamiento, el saber y la admirable perfección de la lengua coincidieron en Portugal con el vivir heroico, o a causa de que éste duró más allí, o de que aquéllos nacieron más temprano que en otras regiones. Así es que en estas otras regiones, o tenemos la burla más o menos solapada del vivir heroico, como en Ariosto y Cervantes; o poemas artificiales, aunque riquísimos de poesía, como en Tasso y Balbuena; o relaciones frías y desprovistas de todo ideal, como la Enriqueida de Voltaire; o poemas bárbaros y rudos, como el Cid, los Nibelungos y las canciones de gestas; sobre todo lo cual descuella el libro de Camoens, donde se contiene la vida, el espíritu, el corazón, las tradiciones, la gloria y las esperanzas de un pueblo entero.

De la lectura de *Os lusiadas*, aunque nada se supiese de la historia literaria de Portugal, se debía deducir a priori que en Portugal ha habido una gran literatura anterior y posterior. Libros como *Os lusiadas* no pueden ser un hecho aislado. En efecto: los épicos portugueses, prescindiendo de Camoens, se adelantan quizá a los del resto de Europa salvo a los italianos. De esta verdad responden Cortereal, Pereira, Duraó, Basilio de Gama y otros muchos.

Que la literatura portuguesa tiene un carácter propio que la distingue de todas y de la misma literatura del resto de la Península, es una cosa indudable y que se nota así en las excelencias como en las faltas. La lengua portuguesa no es tan sonora y enérgica, pero es más rica que la lengua castellana. El mayor cultivo de los idiomas y literaturas de Roma y de Grecia en Portugal ha enriquecido el portugués con mayor número de voces y giros que el castellano. Camoens puso también en su frase, en su estilo y en sus pensamientos y en sus imágenes un aroma, un sabor extraño del Extremo Oriente. En portugués se conservan asimismo más palabras arábigas que en castellano.

No tienen los portugueses un Romancero. A pesar de los trabajos de Garrett, sólo pueden presentarnos uno como apéndice del nuestro, apéndice menos rico y original que el Romancero de los catalanes. Al lado de nuestro teatro, el primero del mundo moderno, nada tienen que poner los portugueses. Con los compatriotas de Calderón, Lope, Rojas, Moreto, Alarcón y Tirso, no debe Portugal jactarse de Gil Vicente, que no vale mucho más que su contemporáneo Juan de la Encina. Para las tragedias clásicas portuguesas tenemos nosotros muchas nuestras, hoy olvidadas y escondidas debajo de tanta riqueza original y del castizo tesoro de nuestros dramáticos populares. Sólo la *Inés de Castro*, de Ferreira, alcanza superior merecimiento, tanto por lo sublime y sentido de su poesía cuanto por ser la primera tragedia escrita en la moderna Europa, anterior, sin duda, a la *Sofonisba*, de Trissino.

Pero si no tiene Portugal ni un teatro ni un Romancero, su musa épica es en absoluto superior a la nuestra, y quizá en la lírica erudita, en la oda pindárica y sublime, nos llevaría ventaja, y nos la lleva, sin duda, y grande, si consideramos la menor población de Portugal con respecto a España, y si apartamos y sustraemos de nuestra cuenta al cantor de La noche serena y de La vida del campo.

Portugal ha tenido también sabios prosistas, elegantes y enérgicos historiadores, políticos y filósofos. No está reducida su literatura, como pretende el señor Gullón, a Camoens y a unos cuantos nombres aislados. Desde Ferreira y Sa de Miranda, los eminentes líricos se suceden hasta Garçao, Francisco Manuel, Garret, Méndez Leal y Feliciano del Castillo; sus historiadores Barroso, Couto, Freire, Lucena, fray Luis de Souza y Herculano, nada deben envidiar a los nuestros; y en punto a novelas y otras obras de entretenimiento, tienen los portugueses mucho que presentar, desde Bernardin Riveiro hasta algunos ingeniosos novelistas del día. Ellos nos dieron a Jorge de Montemayor, y ellos nos disputan la creación de los dos más discretos libros de caballerías: Amadís de Gaula y el Palmerín de Inglaterra.

Creemos haber demostrado, aunque harto ligeramente, que es falso que los portugueses no tengan una gran historia, una gran literatura y un carácter propio nacional. Que sería impolítico decir esto aunque no fuese falso, y que iría contra las miras y propósitos de cualquiera que tratase de predicar el iberismo es cosa tan clara, que no necesita demostración.

Aunque estuviésemos de continuo pugnando por persuadir a los portugueses de su escasa importancia, no se persuadirían de ella, y tendrían razón, y sólo conseguiríamos, en vez de hacerlos amigos, suscitar su ira y su rencor, y despertar rivalidades, que ya debieran estar muertas para siempre. Portugueses y castellanos nos parecemos en muchas cosas, como hermanos que somos, y no es en lo que menos nos parecemos en la soberbia y altivez de condición, y en el invencible amor propio nacional; así, pues, como hemos dicho ya en otro artículo, debemos estar prevenidos para no herirnos cuando queramos abrazarnos. Camoens, que conocía bien a sus compatriotas, y en este predicamento nos lisonjamos, a pesar de todo, de incluir a los españoles, decía, hablando de las diferentes naciones que pueblan la Península, que son:

- IV -

En nombre de la fraternidad que debe unirnos a los portugueses, hemos condenado varias expresiones y razonamientos del señor Gullón, que inadvertidamente acaso se han deslizado en su folleto, y hemos tratado de probar que Portugal ha sido una gran nación; tarea inútil, sin duda, si en España conociésemos mejor la vida del pueblo habitador de aquella parte de la Península; pero tarea no del todo fuera de propósito, cuando en España se ignora tanto de Portugal cuanto en Portugal de España (que no acertamos a encarecerlo

más), naciendo de esta imperdonable ignorancia mutua el mutuo desvío y el infundado menosprecio con que a veces nos miramos.

Portugal, pues, como ya hemos dicho, es una nación, y su historia y su literatura, independientes y grandes, le dan todo el carácter y las condiciones de serlo. No son los portugueses una fracción de nuestra nacionalidad, que ha constituido un Estado aparte, sino que son una nación gloriosa y distinta, como lo fueron la aragonesa y la escocesa. Pero esto no se opone a la posibilidad ni a la realización de la unidad pacífica de ambos reinos, en un futuro más o menos remoto. El error del señor Gullón no está, a nuestro ver, en buscar la unidad, sino en buscarla y en no creerla posible sin menoscabar la nacionalidad portuguesa y sin oscurecer sus brillantes blasones.

Por lo demás, convenimos con él en que la configuración topográfica de ambos países, la religión, la raza, las costumbres, nos convidan a unirnos, y en que Portugal puede un día ser España, sin perder por eso sus timbres y lauros antiguos, como no los han perdido ni Aragón ni Castilla. Aragón no ha borrado ni perdido las páginas hermosas de su historia inmortal, sino que las ha esclarecido y duplicado. No cifra ya solamente su orgullo en los hazañosos condes de Barcelona, sino también en Bernardo del Carpio, y en el Cid, y en el conde Fernán-González; no se jacta sólo de sus trovadores, sino también de nuestros poetas; no anda sólo orgulloso de su don Jaime el Conquistador, sino también de nuestro San Fernando; junto a Roger de Lauria pone a Pero Niño; y junto a don Pedro el Grande y a don Alfonso el Magnánimo, al Gran Capitán y al gran Cortés, dignos ambos de estar al lado de tales reyes. El español que rebaja la gloria de Portugal, y el portugués que rebaja la nuestra, se diría que anhelan destruir un tesoro que un día ha de pertenecer por entero a la patria común, y que ya en cierto modo le pertenece. La gloria de España es un complemento de la de Portugal, y la de Portugal de la de España; no se limitan, no se dañan y sí se completan. Dejad que nos engriamos de vuestro Camoens, y tomad, en cambio, a Cervantes; por vuestros líricos os damos el Romancero; por Alburquerque, a Cortés y a Pizarro; por vuestro rey don Manuel, a nuestra Isabel la Católica.

Así como no queremos empequeñece vuestra existencia pasada, tampoco queremos negar vuestro valor en el día. Si ambicionamos la unidad, y si suspiramos por ella, algunos tal vez con imprudencia sobrada, no creáis que es porque os consideremos pobres y flacos, sino porque os consideramos aún poderosos y ricos, o capaces de serlo. Harto se sabe, aunque diga lo contrario algún poco acertado escritor en un momento de ese orgullo que tenéis vosotros y que nosotros tenemos; harto se sabe que poseéis recursos para vivir y esperanzas de larga vida, y aun de prosperidad y de engrandecimiento.

No hay, pues, motivo en el fondo para ese odio que muestran algunos, para ese continuo recelar, y hasta para ese menosprecio, que falsos o extraviados patriotas de Portugal y de España atizan a veces entre estas dos naciones hermanas, volviendo el rostro a países extranjeros, embelesándose más de lo justo con la civilización de Francia y de Inglaterra, admirándose exclusivamente de su literatura, remedando mal sus instituciones, encomiando y ensalzando con servil entusiasmo a sus hombres y sus cosas, y despreciando, achicando y zahiriendo todo lo nuestro, o por ser español, o por ser portugués. Se diría que nuestro espíritu se ha humillado con la decadencia y la desgracia, y que sólo da cabida a ruines y mezquinos celos. ¿Era así Lucena que eligió a un español por héroe del libro más bello que

quizá tengáis escrito en vuestro idioma? ¿Era así Camoens, que llamaba al castellano grande e raro, y que pronosticaba de España que la inconstante fortuna no podrá jamás poner mengua en ella, ni mancha

No era así, por último, aquel generoso castellano que, momentos antes de comenzar la batalla de Aljubarrota, dijo a vuestro Álvarez Pereira: «¡Al fin sois los más honrados del mundo, ora seáis vencedores, ora vencidos, porque si vencéis siendo tan pocos, y si vencemos siendo tantos, toda la gloria y toda la fama es vuestra!»

Hoy, sin embargo, en plena paz, sin el menor proyecto hostil ni invasor, nos maltratamos de palabra y por escrito. ¿Es que hay más patriotismo ahora? No; es que, sin saberlo, nos dejamos llevar de inspiraciones extranjeras; es que nos maravillamos tanto de las grandezas y de la prosperidad de otros países, que el ánimo se sobrecoge y predispone a despreciar y a aborrecer, cuando no lo propio, por cierto pudor, lo que debiera ser punto menos que propio. La verdad es que nunca el patriotismo exclusivo portugués ha rayado tan alto como en estos últimos tiempos, ni durante la deplorable guerra de veintiocho años que precedió a la separación. Entonces os mostrabais con fundamento aborrecedores del mal sufrido cautiverio del

y de los dos Felipes sus sucesores; pero no aborrecíais tanto, como muestran ahora aborrecer algunos, a la nación española. A ella pertenecía aquella valerosa mujer y prudentísima reina que tanto contribuyó a daros la libertad que apetecíais; aquella Guzmán que persuadió y excitó al tímido y vacilante marido para que se ciñese la corona; que educó al hijo don Pedro para que os gobernase y dirigiese; que contuvo y corrigió, mientras le fue posible, los delirios y maldades de don Alfonso; que buscó la alianza de Inglaterra y de Francia, y que hizo venir a Schomberg y a los soldados extranjeros para que contra nosotros os ayudasen.

Así se apartó Portugal del moribundo Imperio español, en tiempo del desdichado Carlos II. Por el Tratado de 1668 reconoció España a Portugal como un Estado independiente y libre; pero del perpetuo cumplimiento de esa carta de horro salió Inglaterra por fiadora, y no hay duda en que, si un día todos los portugueses unánimes quisieran volver a unirse a España, Inglaterra los obligaría, si pudiese, a conservar su libertad y su independencia, valiéndose tal vez de los mismos medios suaves y filantrópicos que ya ha empleado con los habitantes de las islas Jónicas para que no se unan con los otros griegos.

No es esto decir que nosotros creamos que ejerza Inglaterra un protectorado sobre Portugal; que sea Portugal una colonia inglesa, como pretenden algunos. Nosotros creemos a los portugueses celosísimos de su independencia y de su dignidad, y no exageramos hasta ese extremo el influjo y la preponderancia de la Gran Bretaña sobre ellos. Pero aunque tuviésemos por cierta esa preponderancia, la deploraríamos como un infortunio, y no la censuraríamos como una falta de energía. La fatal e inevitable humillación de Gibraltar nos hace, en este punto menos severos, y la reciente humillación voluntaria de las notas de

Calderón nos obliga a ser tolerantes. Lo que nosotros decimos es que a Inglaterra le conviene, le importa mucho nuestra separación, y que tal vez se movería a conservarla con violencia, aun cuando quedasen pocos portugueses que la quisieran, y aun cuando las cosas y la opinión estuviesen ya maravillosamente dispuestas y propicias a la fusión de ambas naciones. Éste sería el último y poderoso obstáculo que habría que vencer para alcanzar la unidad deseada sin una guerra peninsular, encendida por los ingleses mismos, y sin menoscabo o pérdida de algunas de nuestras colonias.

Pero antes de llegar a este último trance, ¿cuántas otras dificultades no nos quedan que allanar? ¿Cuántos medios no nos quedan que interponer para irnos acercando cada vez, en lugar de separarnos?

Pensar, por consiguiente, en la fusión inmediata es casi una locura; es, por lo menos, una imprudente audacia; pero pensar en separarnos más de lo que estamos es un extravío del sentimiento patriótico, que redundaría en perjuicio de ambos países.

El melancólico amor de la patria de caída, las saudades de la pasada grandeza que han hecho soñar en un quinto Imperio portugués, y que han convertido a don Sebastián en un Mesías nacional, en otro nuevo rey Arturo, no bastan a dar razón de estos recelos perpetuos y de estas arraigadas y poco amistosas preocupaciones que muestran los portugueses contra toda la nación española, mientras que para cada uno de sus individuos que llega a visitarlos hemos de confesar y agradecer que son por extremo afectuosos, hospitalarios y francos. Los portugueses ceden en esto, como nosotros en la infundada altivez con que a veces los miramos, a un espíritu de extranjerismo que, a pesar nuestro, y sin que lo notemos, nos domina. Así, por ejemplo, cuando los portugueses acusan de feroces y de crueles a nuestros héroes pasados, no hacen más que repetir las acusaciones y hacerse eco de la envidia extranjera. Cortés, Pizarro, Almagro, Balboa, fueron crueles; pero ¿qué guerreros de otra nación cualquiera no lo hubieran sido, no lo fueron en aquella edad? ¿Eran los portugueses mucho más blandos de condición, mucho más humanos? Vuestros mismos poetas, ¿no califican a Alburquerque llamándole o feroz? Pero ni vosotros ni nosotros nos distinguimos entonces por la ferocidad y la codicia de que nos motejan los que también lo fueron entonces y siguen siéndolo en el día, con menor disculpa, y mostrándose en la India tan duros y sin entrañas. Por lo que nos distinguimos fue por el dichoso atrevimiento y por aquella constancia con que ensanchamos el mundo, dimos al antiguo otro nuevo hemisferio y abrimos los nunca hollados senderos

Y a fin de poner término y coronar dignamente esta empresa de descubrimientos que Portugal empezó para eterna gloria del infante don Enrique y de los navegantes de Sagres, los cuales descubrieron el otro cielo hermosísimo de la parte del Austro, y las refulgentes estrellas con que soñó Dante en su poético arrobo, unieron España y Portugal a dos hijos

suyos, y, merced a Elcano y a Magallanes, se dio por primera vez la vuelta a este globo en que vivimos.

Nuestras glorias y las glorias de los portugueses son las mismas, y no pueden quitárnoslas sin quitárselas; las mismas son también nuestras culpas, y así, no pueden injuriarnos sin que la injuria recaiga sobre ellos.

Tal vez nos hayamos detenido demasiado en estas consideraciones sobre las cosas que fueron; pero repetimos que no nos parecen impertinencias al asunto, a fin de disipar prevenciones, recriminaciones y vanas altiveces, de que suelen estar poseídos, por desgracia, el vulgo de uno y otro país, y aun no pocas personas ilustradas.

Hablemos ahora del estado actual del reino vecino, y procuremos demostrar que ni es lastimoso, como algunos creen, ni es conveniente que lo sea: antes conviene lo contrario al propósito de la unión.

- V -

Después de esforzarse el señor Gullón en demostrar la poca importancia histórica de Portugal, pasa a hacerse cargo de su estado actual, y lo pinta y describe como verdaderamente lastimoso. «Su comercio está arruinado o reducido a la primitiva forma de transacciones, vendiendo sus dos o tres productos a un solo comprador en el mismo terreno en que lo recoge; la libertad de comercio en Portugal es nociva; los portugueses no tienen ninguna industria importante.» En suma: aquella sexta parte de nuestra Península carece de recursos, se halla pobre, desvalida, y debe echarse en nuestros brazos. Triste sería para los españoles tener que recoger y amparar a un menesteroso moribundo. Pero si Portugal se hallase, en efecto, en circunstancias tan duras y acudiese a nosotros, indudablemente lo recogeríamos y ampararíamos, echándonos al hombro, con caridad fraternal, una carga tan pesada. Por fortuna, no sólo de Portugal, sino nuestra, las cosas distan mucho de esa indigencia y falta de recursos que el vulgo de España supone.

Aunque Portugal durante la dominación de los reyes austríacos perdió algunas de sus colonias, de que los holandeses se apoderaron; aunque después hubo de ceder a Inglaterra la isla de Bombay para que lo auxiliase contra nosotros, pudiendo decirse que esta cesión fue el principio del Imperio británico en la India y la abdicación de la soberanía portuguesa en toda el Asia, y aunque, como prenda de nuestra antigua dominación, nos dejó la plaza de Ceuta con el pensamiento de domeñar y civilizar a Marruecos, y de hacerle compensar muriendo el hecho ultraje, pensamiento que tan mal hemos realizado, todavía conserva Portugal ricas provincias y hermosas colonias en ultramar, aunque no florecientes como las nuestras.

El Imperio del Brasil, separado políticamente de la metrópoli, se une a ella con lazos más estrechos de amistad y de comercio que a España sus antiguas colonias de América. La prosperidad, buen gobierno y civilización del Brasil, hacen más honor a Portugal que a España la decadencia, guerras perpetuas y revoluciones estériles de las repúblicas

americanoespañolas. El tráfico entre el Brasil y Portugal es un venero abundante de riqueza para este último país, cuyas introducciones en aquel Imperio acaso sean las más importantes, después de las de Inglaterra y de los Estados Unidos, que surten de harina a aquella población de más de seis millones.

Portugal posee, además de las populosas Azores y de la hermosísima isla de Madera, las islas de Cabo Verde, las de Santo Tomás y Príncipe, que forman grupo con las nuestras de Fernando Poo, y muchos establecimientos en las costas de Angola y Benguela; domina aún en el África oriental, sobre cuatrocientas leguas de costa, y posee a Mozambique y a Sofala; en la India tiene las provincias de Bedjapour y Gzarate, con las ciudades de Diu, Mamaum, Salsete y Goa, donde guarda los sepulcros del gran conquistador guerrero Alburquerque y del gran apóstol de Asia, San Francisco Javier, nuestro compatriota; y en China conserva, por último, a Macao, y en Oceanía, a Timor, Solor y otras islas.

Todas estas colonias se hallan en bastante decadencia; pero no tanto que no cuenten aún dos millones y medio de almas, que, unidos a los tres millones y medio del Continente, suman algo más de seis millones.

La riqueza y comercio de Portugal han decaído también de aquella asombrosa prosperidad a que el marqués de Pombal supo impulsarlos; prosperidad que fue gradualmente aumentándose, hasta llegar a su apogeo en 1807, en que la exportación en cruzados con los establecimientos ultramarinos ascendió a 25.871.000, y la importación, a 42.442.000; la exportación en cruzados con las naciones extranjeras, a 58.635.000, y la importación, a 41.102.000.

La pérdida del Brasil, las guerras napoleónicas y el fatal Tratado de 1810 con los ingleses concurrieron a acabar, o al menos a disminuir en gran manera, este brillante estado. No se ha de creer, con todo, como cualquiera se inclinará a creer leyendo el folleto que da ocasión a estos artículos, que Portugal agoniza, que Portugal se muere de inanición.

Pocos años ha, en 1855, publicó el señor don Juan de Aldama Ayala un libro perfectamente hecho y rico en datos de todas clases, que pudieran estudiar algunos españoles antes de hablar de Portugal harto ligeramente. El libro lleva por título Compendio geograficoestadístico de Portugal y sus posesiones ultramarinas. De él tomamos algunas noticias para escribir el presente artículo, y a él remitimos a nuestros lectores que quieran enterarse más a fondo de la presente situación del reino vecino.

El señor Aldama responde victoriosamente, con la elocuencia de los números, a los que ponderan la pobreza de los portugueses. Presupone que Portugal es una quinta parte menor que España, y partiendo de este dato, y comparando la importación y exportación de Portugal en 1851, que conoce, con las de España en 1854, presenta los siguientes resultados:

Portugal en 1851:

Importación	
14.957.794	
Exportación	
11.621.340	

España en 1854:

Importación	
40687367	
Exportación	
49362506	

Se deduce de estas cifras que el comercio portugués es de 26.565.939 pesos fuertes, y el de España, que debiera ser cinco veces mayor (esto es, de 132.829.695 pesos fuertes, para ser ambos proporcionalmente iguales), es sólo de 90.362.506; de manera que a España le faltaron aquel año, para ser tan comerciante y rica como Portugal, pesos fuertes 42.467.189.

El señor Aldama añade luego, para consuelo de España: «No se crea, empero, que las grandes diferencias que advertimos a favor de Portugal proceden de que, en igualdad de circunstancias, el territorio lusitano sea más rico que el español; no hay tal en nuestro concepto, sino que, siendo Portugal una faja de terreno estrecha y larga, bañada al Sudoeste por el Atlántico, desembocando al mar en su territorio los principales ríos de la Península, que son navegables en su último trayecto, como también algunos de los que nacen en este territorio, disfruta de circunstancias que auxilian poderosamente al comercio, pudiendo decirse que exportan cuanto producen, teniendo luego que importar grandes cantidades de cereales y otros productos naturales y de arte, como sucede en la actualidad. Pero este flujo y reflujó y los cambios a que da lugar es lo que constituye el verdadero comercio y la riqueza de un país, a la inversa de lo que se observa en varias provincias centrales de España, etc.» Y, por último, concluye: «Los números precedentes sirven para probar la importancia comercial de Portugal, y demostrar a algunos ignorantes que, sin estudiarlo ni conocerlo, lo desprecian, figurándose ser un país que vale muy poco, cuán distantes se hallan de la verdad.»

Extraño contraste forman los párrafos citados del señor Aldama con la dolorida conmisericordia con que trata nuestro folletista a los portugueses, con aquellas frases fatídicas de «la decadencia por donde vemos precipitarse a Portugal, de la postración de sus provincias, de sus debilidades y lesiones orgánicas, y de aquel cuerpo falto de vigor y de condiciones vitales, sujeto dentro de un saco de algodón por Inglaterra».

Pero no sólo en esto, sino en todo, está el libro del señor Aldama en abierta contradicción con el folleto del señor Gullón, escrito algo a la ligera. «El número de los que leen y escriben -dice el señor Gullón- no crece en Portugal lo que en España ha crecido.» Y el señor Aldama contesta: «En proporción de las respectivas poblaciones, tenemos por indudable que se lee más en Portugal que en España.» El señor Gullón cree que los portugueses no tienen industria, y el señor Aldama contesta que en la Exposición Universal de París hubo cuatrocientos cuarenta y seis exponentes de Portugal, de los cuales doscientos dieciocho obtuvieron premio, y llena varias páginas de su libro con una lista de productos y

manufacturas de aquella parte de la Península. Así desvanece «el error en que han incurrido casi todos los geógrafos, economistas y viajeros, suponiendo que los portugueses carecen casi enteramente de fábricas», y asegura que «el desarrollo que ha adquirido la industria manufacturera en Portugal merece la pena de que el Gobierno mande formar la estadística», etc. Con todo, a pesar de los datos estadísticos imperfectos que sobre este particular nos suministra el señor Aldama, bien se deja entrever que, en punto a fabricación, están los portugueses relativamente, como en punto a comercio, más prósperos que los españoles.

No gozan ya de aquella prosperidad industrial relativa de que a principios de este siglo gozaban, y que llegó a inspirar recelos a los ingleses; pero desde 1820 volvió a reanimarse algo el espíritu industrial, dando las fábricas nacionales señas de vida, compitiendo con los géneros extranjeros en lo interior, y llegando algunos años a exportar para América y África, por valor de más de 700.000 duros de nuestra moneda.

No queremos fatigar por más tiempo a nuestros lectores con cifras. Al que desee enterarse mejor de lo que Portugal vale en el día materialmente, le volveremos a recomendar la lectura del libro del señor Aldama, mientras nos otros nos congratulamos de que Portugal no esté tan abatido y postrado como le pintan algunos, y mientras deseamos y esperamos más unimos a él porque vale, que no tenderle una mano compasiva y amistosa, al verle desvalido y pobre. Lo primero es compatible con el carácter portugués, que tal vez consideraría la unión como decorosa y conveniente; lo segundo, no lo es en manera alguna. En su noble orgullo, nuestros hermanos se resistirían siempre a que los recibiésemos como por piedad; antes preferirían morir independientes y solos, de la muerte de consunción con que el folletista los amenaza.

- VI -

En vista de los datos del artículo anterior, no parece que los españoles tengamos derecho para decir que en Portugal hay un «abandono forzoso y constante de los grandes intereses materiales, y una escasez ya crónica de recursos, que tan poco se concibe a primera vista en aquella sexta parte de la Península, cuando las otras cinco, con igual suelo, con las mismas condiciones, después de trastornos más prolongados y trascendentales, gozan una situación desahogada, próspera y relativamente hasta opulenta».

Cualquier libro, cualquier documento que consultemos para cerciorarnos de esta opulencia relativa en España y de esta indigencia de Portugal, viene a demostrarnos que estamos en un error. Del Compendio estadístico del señor Aldama pasamos al Almanaque de Gotha, y vemos que España exportó en 1854 por valor de 950 millones de reales, y que Portugal exportó 275; esto es, mucho más de la quinta parte. Vemos asimismo que Portugal tiene en 1858 una Marina de guerra que consta de 37 buques con 362 cañones, y España una marina de 82 buques y 887 cañones, y que el ejército efectivo portugués cuenta de 18 a 20.000 hombres; esto es, que si las fuerzas de tierra de Portugal no son relativamente superiores a las de España, no se puede negar que lo son las marítimas.

Dice el señor Gullón que el estado de la Hacienda pública es en Portugal deplorable; pero no es el de España mucho más satisfactorio, y dice que allí no se ha descubierto aún el modo de igualar los gastos con los ingresos, que se hacen empréstitos, que se aumenta la deuda y que hay déficit todos los años, como si en España no hubiese nada de esto, en igual o mayor escala.

Es cierto que las rentas del Estado no son en Portugal proporcionalmente iguales a las de España; pero esto puede probar que la administración es allí más económica, y que el pueblo no está tan sobrecargado de tributos. No hay, sin embargo, ni en esto mismo, una notable inferioridad proporcional. Las rentas del Estado en Portugal vendrán a ser unos 260 millones de reales, de suerte que no es proporcionalmente más rico el Tesoro español, sino en el quinto de lo que exceden nuestras rentas de la cantidad de 1.300 millones.

En lo que sí llevamos a los portugueses una inmensa ventaja es en las colonias. Sólo la renta total de la isla de Cuba es mayor que la de todo el reino vecino, y su comercio es dos veces más considerable. Esta colonia produce a España de ocho a nueve millones de duros anuales, mientras que las portuguesas nada producen; antes cuestan a la metrópoli, para custodiarlas, conservarlas y administrarlas pobremente, de tres a cuatro millones de reales al año.

Pero la diferencia más notable en nuestro favor está en el progreso material, rápido y visible, que hay en España desde principios de este siglo, y sobre todo desde hace veinte o treinta años, mientras que en Portugal apenas hay adelanto en muchas cosas y en otras hay decadencia.

Así es que mientras más próximos a nuestros días sean los datos de que nos valgamos para comparar a Portugal con España, más favorables resultarán los datos para esta última nación. No negaremos que Portugal adelante, pero no adelanta con tanta rapidez como España. Las rentas de nuestras aduanas, por ejemplo, que en 1818 no pasaban de 90 millones, llegaron a 220 en 1858. Nuestro comercio de importación y exportación, del que ya hemos dado la cifra total en 1854, se elevó, en 1858, a la suma de 2.420.112,302 reales. Nuestra Marina mercante ha tenido también tan considerable aumento que ya en dicho año de 1858 contaba con buques 5.175; esto es, más que cualquiera otra nación de Europa, menos Francia o Inglaterra.

En la historia de ambos pueblos hay una circunstancia que explica esta situación respectiva. La guerra de la Independencia contra Napoleón I influyó en sentido contrario en Portugal más que en España. Aquí resucitó y rejuveneció a la nación y le imprimió un impulso progresivo, con el que se mueve todavía. Allí la sometió a Inglaterra, agostó su prosperidad, esterilizó su comercio y su industria y la hizo caer en un desmayo, del que vuelve ahora con trabajo y con pena.

Desde 1808 hay en España una conciencia de nuestro gran ser como nación, que, a pesar de su noble orgullo y de su grandeza pasada, no tienen con igual vigor los portugueses. A sus hombres de todos los partidos los aqueja siempre un desaliento mucho más hondo que el que aqueja a veces a los españoles. Los liberales, como Garrett, dicen: Fomos, já nao somos; los absolutistas y legitimistas, como el señor Palha, confiesan que la nación duerme

un sueño de muerte desde Alcazarquivir hasta el día, sueño de que no se ha despertado sino para separarse de España:

No tomamos en todo su valor estos ayes poéticos; comprendemos las exageraciones del patriotismo lastimado; pero las exageraciones y los ayes tienen algún fundamento. El último florecimiento literario de Portugal, que empieza con Garret y produce luego a Méndez Leal, a Latino Coelho, a Juan de Lemus, a Rebello da Silva y a otros ingenios de primer orden, se parece sin duda a una resurrección, a un renacimiento del espíritu público nacional; pero no tiene, por desgracia, todos sus caracteres. El patriotismo exclusivo ahoga, no consiente el perfecto desarrollo de ese espíritu público. El pensamiento nacional, si ha de renacer en Portugal y en España, ha de renacer bajo la forma de iberismo; pero del iberismo paciente, sereno y firme que quiere ir con pausa y sosiego a la unidad por sus pasos y grados naturales, como único medio de recobrar en las circunstancias presentes del mundo la fuerza y la preponderancia perdidas, como único medio de que ambos pueblos de Iberia no sean dos pueblos insignificantes y vuelvan a tener una gran misión en la Historia.

De esta suerte es como comprendemos el iberismo. No es una necesidad, y puede ser una conveniencia. No se requiere la unión para vivir. Portugal ha vivido bien, con riqueza y prosperidad materiales, y puede vivir bien del mismo modo sin nosotros; Portugal, sin nosotros, puede llegar a ser una nación más industrial, más rica, más comerciante, más abastada que Bélgica; pero Portugal, sin nosotros, no puede ser una gran nación, y Portugal aspira a serlo. Portugal no puede renegar de su pasado. Nosotros hacemos precisamente un argumento contrario al del señor Gullón. Este es ibérico, pero no estima tanto como nosotros lo extraordinario y sublime de las historias portuguesas; nosotros lo somos, aunque relegando para lo por venir la realización de nuestras esperanzas, porque nos admiramos de esas historias. Si Portugal no las tuviera, sus poetas, sus políticos, sus escritores y pensadores, tendrían otro ideal más bourgeois, más humilde, menos heroico: se limitarían a ser codiciosos y no tendrían ambición. Esas quejas de fomas, já nao somos, no saldrían de labios portugueses; ni merecería tanto dolor el que hubiera unas cuantas fábricas menos o el que el comercio portugués de 1861 no respondiera al de 1807. Aquella prosperidad puede renovarse fácilmente; pero Portugal no puede quedar satisfecho con aquella prosperidad. La condición, la índole, el instinto, las tradiciones de todo portugués, le mueven y arrastran a propósitos y fines más levantados. Ningún portugués negará esto, puesta la mano sobre el corazón. Esto, pues, y no la necesidad de vivir, para lo cual no nos necesitan, es lo que más tarde o más temprano los traerá a todos al iberismo. No será la idea de que valen poco, no será el sentimiento de postración y de humildad, sino el orgullo nacional y los ensueños ambiciosos y las saudades del pasado poderío lo que ha de impulsarlos a hacerse ibéricos, no resignándose a ser ricos y prósperos, pero poco importante, como Bélgica o Suiza.

En el siglo XVIII, casi desde el momento de la separación de España, han estado los portugueses ricos y prósperos, relativamente a su pequeñez de población y de territorio, y comparándolos con las demás naciones de Europa. Sin embargo, ni Portugal ni los

portugueses están satisfechos de aquella época, como no lo estaría un gran príncipe que, perdida su corona, adquiriese dinero y bienestar, consagrándose a las prosaicas ocupaciones del labrador, del mercader o del fabricante. El trono, el cetro, la dominación pasada le atormentarían de continuo, con su recuerdo, y hasta le embargarían el espíritu, impidiéndole que se ocupase con fruto en sus nuevas y plebeyas faenas.

Los portugueses anhelan aún, y tienen fatalmente que seguir anhelando, ser una gran nación. Desde este punto de vista, en esta situación de ánimo, es como ellos mismos reprobaban y desprecian lo que en absoluto ni desprecio ni reprobación merece. Como el ilustrado escritor Lopes de Mendonça, llaman a su Historia, desde 1640 hasta hace poco, un longo pesadello de dusechos annos; condenan a don Juan IV porque vendió a Inglaterra las posesiones de la India y la ciudad de Tánger; declaran a don Pedro II un bajá de Inglaterra; escarnecen a don Juan V, a pesar de fundar el patriarcado, pagando á peso d'ouro a insaciavel cubiça do Papa, y a pesar de haber edificado á Mafra, grande monumento material sem pensamento, Escorial sin San Quintín; y apenas si conceden que Portugal siguiese la corriente civilizadora de Europa en tiempo del despótico, aunque admirable e inteligente marquês de Pombal.

Los portugueses tienen, pues, otras aspiraciones, que no diremos que se logren con la futura unión; pero sí diremos que, en el presente estado del mundo, no hay otro medio de que se logren.

Por esto son los portugueses, aunque se hagan violencia para ser lo contraria, bastante más ibéricos que nosotros. Pero el iberismo nace del orgullo y del amor de la patria, y combatir en ellos estos nobilísimos sentimientos, es combatir el iberismo.

El verdadero espíritu nacional portugués no puede sernos adverso. El verdadero espíritu nacional portugués tiene que ser español. Después de la fatal revolución de 1640, no renació ese espíritu; ahora es cuando renace. ¿Cómo comparar, por ejemplo, al conde de Ericeira con Herculano, a cualquier poeta gongorino de entonces con un Juan de Lemus, con un Patos Bullao, con un Garrett? «Sólo Viera -dice el señor Lopes de Mendonça- era entonces un escritor inspirado; pero no recibía aliento inspirador de la patria, sino del jesuitismo de aquella poderosa asociación a que pertenecía.»

En el séptimo artículo, que será el último de esta serie, diremos cuáles son los medios que, a nuestro ver, se han de ir empleando para aproximarse lenta y seguramente a esta unidad, a esta confederación, o, por lo menos, a esta estrecha alianza a que el Destino y la condición natural de españoles y portugueses nos impulsan con impulso providencial e inevitable, el cual crece, no en razón inversa de la vida propia de Portugal, sino en razón directa del desarrollo moral y material de ambas naciones, y de las esperanzas, aspiraciones y deseos que este desarrollo trae consigo.

Por todo lo que hemos dicho hasta aquí, se ve con claridad que la unión de ambos reinos peninsulares no puede ni debe hacerse por medios violentos y rápidos, y que por los lentos y pacíficos es harto difícil. La unión, sin embargo, conviene e importa mucho al bien y a la futura grandeza de portugueses y españoles. El movimiento que a ella nos trae no nace de postración ni de decadencia, sino, muy al contrario, de la energía que despliega y del vuelo que levanta, con la prosperidad creciente, el espíritu nacional, antes apocado y abatido. Lejos, pues, de marchitarse en flor la idea del iberismo, vendrá con el transcurso del tiempo y con el asiduo cultivo a dar el fruto deseado, yendo, entre tanto, arraigándose y tomando vigor en el aumento de población, comercio e industria de uno y otro pueblo de Iberia.

Mas, aunque esto se nos niegue, siempre será innegable y evidentísimo que ni Portugal debe recelar de la unión ni España codiciarla hasta que llegue el día dichoso en que Portugal mismo, unánimemente persuadido de su conveniencia la desee y la pida. Y, aun así, será menester mirarse en ello. Las naciones suelen ser ligeras y veleidosas y suelen apetecer hoy lo que detestan mañana. No todas tienen la firmeza que tuvo Aragón en sus propósitos; muchas se parecen a los inquietos napolitanos, que ayer se mostraban ansiosos y enamorados de la unión, entregándose sin la menor resistencia a un puñado de aventureros, y hoy se levantan contra ella, como si fuese el yugo más insufrible.

Ejemplo es éste de grandísima enseñanza y que nos debe hacer muy cautos. No hay, pues, que codiciar la unión ni que recelar de ella por ahora. Lo que nos incumbe, lo que nos interesa es prepararla, o, al menos, propender a una alianza estrechísima, valiéndonos para este fin de cuantos medios estén al alcance de la civilización y de la política.

Las vías férreas deben unirnos cuanto antes, y acortadas así o casi borradas las distancias, los españoles visitarán a Lisboa, y hasta en la misma decadencia de esta ciudad tendrán que maravillarse de su magnífica posición, de su esplendor pasado y de la majestad regia que conserva todavía, reconociendo que está llamada a ser de nuevo la capital de un imperio vasto y poderoso. El trato entre uno y otro pueblo acabará por disipar las preocupaciones poco amistosas que nos separan y por estrechar los lazos que nos unen. El vulgo de los portugueses conocerá que no todos los españoles son los humildes gallegos que acuden a ganar la vida en aquella tierra, donde son tan injustamente menospreciados, que una de las palabras más duras de que se puede valer un portugués para injuriar a otro es llamarle gallego. Los portugueses ilustrados acabarán por convencerse de que no son los españoles ni más crueles ni más sanguinarios que otro cualquier pueblo del mundo, en épocas de revolución y de trastornos, y de que aquí no se fusila ni se da garrote con más profusión y con menos motivo que se mata en Francia, en Alemania o en Italia, en idénticas ocasiones. Y tanto los portugueses cuanto los españoles, nos persuadiremos de que, si bien en punto a vanidad nacional y a cierta jactancia, nada tenemos que echarnos en cara, porque unos y otros pecamos en esto, y no poco, todavía no llegan ni aquí ni allí estos innegables defectos hasta el extremo ridículo que cierta malevolencia algo grosera, aunque chistosa, nos induce a creer y nos finge con todos los caracteres de la certidumbre. Por último, las personas acomodadas de ambos reinos, que van ahora con tanta frecuencia a París, tal vez vayan y vengan pronto alternativamente a Madrid y a Lisboa; tal vez logremos ver en nuestros salones, en nuestros teatros y en nuestros ateneos y círculos, a la aristocracia del nacimiento, de la inteligencia y de la riqueza de Portugal, y tal vez muchos de nuestros elegantes y de nuestras damas acudan en verano a las amenas y fértiles orillas de la boca

del Tajo, o a los sombríos y deleitosos bosques y jardines de Cintra y de Colares, en vez de ir a las provincias vascongadas, a Biarritz o a San Ildefonso.

A fin de que el comercio entre España y Portugal sea más activo y provechoso, conviene formar una Liga aduanera, para lo cual ha de empezar nuestro Gobierno por hacer una reforma de aranceles en el sentido más liberal posible. De este modo, el contrabando de algodones que hace Portugal con España, y que ha sido y es bastante poderoso para crear y sostener casas tan ricas como las de los señores Orta, Blanco, Roldán y otros, recibirá un golpe de muerte, perdiendo, por lo pronto, aquel país cuantiosos recursos y ganancias considerables, y aquel Estado, mucha parte de sus rentas de aduanas; pero muy luego se recobrará de esta pérdida, y en un comercio lícito la compensará y resarcirá con usura. Celebrada la Liga aduanera, será más fácil la navegación de los ríos, hoy paralizada, como la del Duero, a pesar del tratado y merced a un reglamento ridículo, por la desconfianza fiscal, que no consiente la introducción por Oporto de nuestros frutos coloniales. Las fábricas de tejidos y de estampados de algodón que hay en Lisboa, no teniendo ya que pagar la prima del contrabandista, podrán abastecer los mercados del occidente de España y surtir a precio módico provincias enteras compitiendo, mejor que ahora compiten por medio del contrabando, con las fábricas de Málaga y Cataluña. El comercio por mar entre ambas naciones se podrá activar y fomentar por medio de convenios para el cabotaje y con la supresión del, no diremos inútil, sino nocivo, derecho diferencial de banderas, que excluye a la nuestra de tantos puertos y mares en lugar de favorecer la marina. El comercio de importación de España en Portugal irá también en auge, dando pábulo al de Portugal con Holanda e Inglaterra, para donde exporta las lanas de nuestros ganados. Y, por último, Oporto y Lisboa serán el emporio de toda España por el Atlántico, o, al menos, compartirán con Santander, con Vigo y con Cádiz este beneficio, llevándose nuestros cereales y nuestros vinos, las sedas, las resinas, el azafrán y la sosa, y trayéndonos el azúcar, el té y el café de América y de China, y los objetos de arte y de moda, y otros artículos de lujo de Bélgica, de Francia y de la Gran Bretaña.

La semejanza y estrecho parentesco entre los idiomas portugués y español y la idea común en que se fundan ambas civilizaciones, hacen conveniente el que se declare al cabo que los grados académicos y los títulos de la Universidad de Coimbra sean en España valederos, así como en Portugal los de las universidades de España. La historia, las leyes, la literatura, las instituciones de uno y otro país, deben ser en lo futuro mutuamente mejor conocidas, y los clásicos portugueses, tan leídos y admirados en España como en Portugal. El editor Rivadeneyra debiera incluirlos en su colección al lado de los españoles. De otra suerte, no la tendremos por completa. Barboza debiera ser tan consultado como Nicolás Antonio por los eruditos españoles. En vez de cometer galicismos, debiéramos incurrir en portuguesismos, lo cual, más que dar a nuestros escritores un colorido extranjero, les prestaría cierto perfume de castiza sencillez, y de aquella gracia primitiva, y de aquel candor que ya tuvo y va perdiendo nuestro idioma. La Real Academia de Ciencias y la de la Historia de Lisboa, que, en poco más de un siglo que llevan de vida, han realizado tan grandes cosas, se han honrado con sabios tan eminentes y han acometido empresas tan colosales, debieran entrar en íntima comunicación con nuestras academias. Algunas de estas empresas debieran proseguirse y terminarse de mancomún, como, por ejemplo, la curiosa colección de documentos y memorias sobre la historia, religión, usos y costumbres de las naciones bárbaras que ambos pueblos sujetaron en otras edades, así en el nuevo como

en el antiguo Continente. Ya en 1795 estaba próximo a darse a la imprenta, en Lisboa, el primer tomo de esta importante colección, que contenía una memoria sobre la religión de los pueblos de la India, escrita por los jesuitas de Goa; una historia de Cochinchina, de otro jesuita, y un largo discurso sobre la nación de los guaraníes, que pueblan el Paraguay. Nuestros misioneros, nuestros naturalistas, nuestros viajeros, se completan unos a otros, y todos juntos se puede asegurar que han estudiado los primeros las lenguas, la historia, los usos y las costumbres de los pueblos más apartados, y la flora y la fauna de las más remotas regiones, antes inexploradas y ocultas.

Asimismo, los libros que ahora se escriben en Portugal y los que en España se escriben, debieran ser recíprocamente más leídos y estimados, con lo cual nos apreciaríamos mejor y habría cierta provechosa emulación literaria y un mercado más grande para esta clase de productos, los cuales, en ambas naciones y en ambas lenguas, tienen, desgraciadamente, poquísima salida.

En suma: nosotros no pedimos la fusión ni la unión política de ambas naciones; pero anhelamos su amistad, y no queremos ir hacia Portugal para unir con violencia su destino a nuestro destino, sino que deseamos ir como los novios que van a vistas, a fin de conocerse y tratarse y a fin de considerar si les tiene cuenta o no un enlace medio proyectado. Bien puede ser que les tenga cuenta, bien puede ser que se enamoren y se casen; mas, aunque así no suceda, si ellos son buenos y están dotados de estimables prendas, no podrán menos, con el trato, de llegar a ser, cuando no esposos, íntimos y leales amigos. Esto, y nada más, es lo que nosotros deseamos por ahora, y nada nos lisonjeará tanto cuanto saber que los portugueses sienten y piensan de nosotros lo que nosotros de ellos, en cuya alabanza repetimos con toda sinceridad aquellas palabras de Plinio el Joven a Cornelio Tácito, que el señor Freire de Calvalho, con razón y sin jactancia alguna, aplica a sus compatriotas: «En verdad que reputo afortunados a aquellos hombres a quienes los dioses, por su alta munificencia, concedieron, o practicar acciones dignas de ser escritas, o escribir obras dignas de ser leídas, y a los que reúnen en sí ambas excelencias los reputo de afortunadísimos.»

- VIII -

Las discusiones de la Cortes y otros acontecimientos políticos de inmediato interés han embargado de tal suerte nuestra atención en estos últimos días, y nos han dado tanto asunto sobre qué escribir y con qué llenar las columnas de nuestro periódico, que nos ha sido imposible atender a otros deberes, no menos importantes sin duda, pero que dan más espera. En el número de estos deberes se cuenta el de replicar, como al cabo vamos a hacer hoy, a las observaciones y rectificaciones publicadas en El Reino por el señor Gullón acerca de nuestros artículos sobre España y Portugal, y acerca de otro más reciente que apareció con el mismo epígrafe que éste lleva.

Debemos empezar recordando que, al censurar algunas doctrinas y tendencias del folleto del señor Gullón La fusión ibérica, no le hemos escatimado la merecida alabanza; antes

hemos dicho que está bien escrito y pensado, y que contiene ideas y noticias dignas de todo aprecio.

No hemos supuesto tampoco que el mencionado folleto no pueda ser y no sea muy popular y leído en España, ni hemos dejado entrever que el Gobierno haya inspirado, ni siquiera incitado, a su autor a que lo escriba y publique. Nada más lejos de nuestra idea que afirmar tal cosa. Es más: creemos, si no nos es infiel la memoria, que en nuestro último artículo sobre la unidad ibérica no nos hemos atrevido a hacer un cargo al Gobierno de haber hasta cierto punto desacreditado, hecho sospechosa e invalidado esta excelente idea. A quien hemos acusado es a la situación, o, valiéndonos de un término menos extraño y más determinado, a la parcialidad, o a una fracción de la parcialidad que hoy tiene el Poder en España.

En 1854 tuvo conatos esta fracción de llegar al fin que el iberismo se propone, de una manera que no queremos decir ni es menester que se diga, puesto que nadie lo ignora. Y esta misma fracción, llena hoy, como todos los recién convertidos, de un celo tan ferviente que raya a veces en indiscreción y que desdeña la cordura, y mostrando con más o menos sinceridad un amor hiperbólico a la dinastía de España, ha influido tal vez en que, así en la cuestión ibérica como en otras cuestiones se lleven hasta un exceso, a menudo peligroso y siempre contrario al propósito y la conveniencia, los efectos de ese amor, o verdadero o fingido.

Puesto el señor Gullón en la corriente de estas ideas y de estos sentimientos que prevalecen ahora, no es extraño que se haya dejado arrastrar por ellos, sellando su escrito sobre La fusión ibérica con el sello de una política, a nuestro ver, imprudente. El amor a la patria y el amor a la reina son dos nobilísimos afectos que han de vivir siempre en todo corazón leal y generoso; pero exagerados, pueden degenerar y degeneran en vicio, como otros más santos afectos degeneran; como el temor de Dios exagerado se opone a la virtud de la esperanza, y puede inducirnos a desconfiar de la misericordia divina; y como el celo de la pureza de la fe puede impulsarnos al fanatismo y a la intolerancia más cruel y más dura.

Nosotros no podemos menos de condenar el plan que hubo en 1854 para realizar de pronto la unidad ibérica: mas no por eso dejamos de condenar el opuesto extremo en que hoy hemos caído. La misma sobreexcitación que el primer plan produjo en España, ha producido en Portugal el segundo. Y así, el objeto de nuestros artículos, no fue tanto censurar el escrito del señor Gullón, cuanto contribuir, en lo que pudiésemos, a calmar la sobreexcitación y el disgusto de los portugueses, a los cuales y a sus prerrogativas no profesamos ese ciego cariño que el señor Gullón supone.

Pero dejando a un lado y fuera de discusión nuestro mayor o menor cariño al pueblo portugués, nos parece que ha de convenir el lector en que no es el mejor modo de ganarse la voluntad de un pueblo ni la de nadie, el tratarle desdeñosamente, y mucho menos cuando la nación o persona cuya amistad se desea conservar o adquirir es orgullosa y aun vidriosa hasta lo sumo.

Nosotros no somos menos apasionados que el señor Gullón de la unidad ibérica; pero creemos que ésta ha de realizarse por medios más lentos y suaves. Quien imagina y traza otros, violentos y rápidos, obra el efecto contrario del que desea, y se aleja de la posible unidad, en vez de acercarse a su realización.

Una monarquía que tiene ya siete siglos de gloriosa existencia y una familia real cuya primera estirpe se remonta al mismo heroico fundador del reino, prolongándose en una serie de grandes reyes, y pagando y fortificándose por dos revoluciones, en las cuales el maestre de Avis y el duque de Braganza son elevados al trono, como lo fue don Alfonso Henríquez, por general aclamación, creemos que deben haber echado muy profundas raíces en la tierra de Portugal, para que fácilmente puedan desarraigarse y arrojarse de ella.

Lo propio que de la portuguesa puede decirse de la dinastía española; pero a pesar de esto, muchos portugueses y muchos españoles hemos deseado siempre y deseamos aún la unidad.

Nosotros, pues, no censuramos este deseo, que compartimos. Censuramos sólo las imprudencias que pueden originarse de este deseo.

La imprudencia de parte de los españoles nos costó cara en Aljubarrota; la imprudencia de parte de los portugueses no fue menos costosa para ellos en Toro. Juan I de Castilla y Alfonso V, el Africano, de Portugal, murieron ambos de dolor; ambos fueron víctimas de un tardío desengaño. La precipitación y la violencia, y el atribuirse superioridad una nación sobre otra, han sido causa de que la unión no se logre, o de que, ya realizada, vuelva a romperse como en tiempo de los Felipes. Desde entonces hasta ahora no ha vuelto a renacer en ambos países la idea de la unidad. No contribuyamos, pues, con nuevas imprudencias a que de nuevo se deseche.

Los más grandes reyes de Portugal, el príncipe perfecto, don Juan II, a quien Isabel la Católica llamaba el hombre por excelencia, y Don Manuel el Dichoso, que se titulaba con razón señor de Guinea y de las conquistas, navegación y comercio de Etiopía, Arabia, Persia e India, desearon ambos la unidad ibérica; pero la desearon por medios pacíficos y conciliadores, llegando a estar a punto de realizarse en tiempo de aquel último rey. Su hijo don Miguel, nieto de Isabel I, fue jurado heredero del trono de Castilla en las Cortes de Toledo de 1498, y sin duda se hubiera sentado en el trono y dominado toda la Península y sus inmensas posesiones si no hubiera muerto de muerte prematura el año de 1500.

Nuestros políticos de ahora debieran imitar la conducta de aquellos reyes, preparando la unión de ambos países por medios semejantes, y no trazando planes de conquista de revolución o de anexión, en perjuicio de alguna de las dos dinastías.

Esta tendencia, evidentemente marcada en contra de la dinastía de Braganza, y cierto menosprecio injusto hacia la nación portuguesa, es lo que hemos censurado en el folleto del señor Gullón. En todo lo demás, muy bien escrito y pensado, como ya dijimos y repetimos ahora. Tiene asimismo el folleto del señor Gullón la oportunidad y el mérito de haber divulgado por España una idea útil y grande, aunque torcida en su aplicación, a la cual idea el folleto del señor Mas, la Revista Peninsular y otros escritos sobre el mismo asunto, no

habían conseguido llamar tan poderosamente ni de un modo tan simpático la atención del público en España.

Este servicio ha hecho el señor Gullón a la causa de la unidad ibérica, por lo cual le felicitamos, pero su ardiente amor al trono y a la patria le han movido a perjudicar tanto o más en Portugal esta causa que lo que en España la ha favorecido.

Con el buen propósito de enmendar en lo posible este yerro hemos escrito nosotros sobre el mismo asunto, analizando la obra del señor Gullón, a quien, puesto que en lo esencial estamos de acuerdo, suplicamos que tome lo que hemos dicho, no como correctivo, sino como complemento de su Fusión ibérica.

¡Ojalá que nuestros deseos, que al cabo son idénticos, lleguen un día a cumplirse!

Sobre el libro titulado «El Papa y los gobiernos populares»
por don Miguel Sánchez, presbítero

- I -

El autor del libro cuyo título va en el epígrafe ha sido no pocas veces altamente encomiado en nuestro periódico. Los absolutistas han creído, o supuesto creer, ya que nuestros encomios provenían de que el señor Sánchez se había hecho liberal, ya de que nosotros queríamos lisonjear su amor propio para que se viniese a nuestro partido. No recordamos bien si fue La Regeneración o si fue La Esperanza la que con este motivo nos hizo, la extraña honra de apellidarnos sirenas y la no menos extraña ofensa de suponernos antropófagos y de atribuirnos la endiablada intención de devorar a un clérigo, bocado de regalo, según el mencionado periódico.

Nosotros, por dicha, ni hemos soñado jamás en que el señor Sánchez se hubiese convertido al liberalismo, ni mucho menos hemos tratado de seducirle y devorarle. Nuestras alabanzas han sido completamente desinteresadas. Desde el momento en que conocimos al señor Sánchez nos persuadimos, como lo estamos hoy, de que dicho señor es absolutista teocrático y de que la firmeza de su carácter y la sinceridad de sus convicciones no consentirían que éstas se mudasen de repente por el débil reclamo de unos cuantos encomios de gacetilla. Hemos encomiado, pues, al señor Sánchez por amor de la imparcialidad y nada más que a fuer de imparciales. Hemos encomiado al señor Sánchez porque nos parece el más racional y el más juicioso entre casi todos los escritores de su partido, porque le creemos un doctísimo teólogo, lleno además de varia y extensísima erudición sagrada y profana, y porque nos admiramos de su fácil y singular elocuencia, de la viveza de su fantasía, de la claridad de su entendimiento, de su prodigiosa memoria, de

su actividad incansable y de la fecundidad extraordinaria de su ingenio. El señor Sánchez si quiere, puede escribir más que el Tostado, puede hacer sudar las prensas publicando un tomo cada mes, y, puede al mismo tiempo, sin fatigarse ni mucho ni poco, predicar todas las mañanas en una iglesia y pronunciar por la tarde o por la noche tres o cuatro largos discursos en el Ateneo.

Al par que hemos recomendado al señor Sánchez y hemos reconocido las calidades ya referidas, no hemos podido menos de hacer notar en él un defecto que las desluce algo. Al señalarle hoy nuevamente con motivo de la publicación de su obra, no hacemos sino confirmar y ratificar nuestro juicio.

Este defecto tiene, a no dudarlo, una excelente disculpa: la de que el señor Sánchez es muy mozo aún y está dotado de grande entusiasmo. Pero disculpar el defecto no es desconocerlo, y nosotros conocemos y señalamos en el señor Sánchez cierta falta de reflexión y de espíritu generalizador y filosófico. Su odio a la filosofía de Kant, de Fichte, de Hegel o de Schelling no debiera borrar en sus obras la huella de toda otra filosofía. La perspicacia de sus ojos para ver cada cosa en particular no debiera ser estorbo para que las viese reunidas y alcanzase a comprender mejor el conjunto de ellas. Su menosprecio de las nebulosidades alemanas no le debiera inducir, en ocasiones, a confundir lo vulgar con lo claro. Y, por último, su amor a la sencillez y a la utilidad práctica e inmediata no debiera nunca llevarle a valerse de argumentos pueriles, que, si para el vulgo tienen fuerza, hacen sonreír desdeñosamente a quien no lo es, y traen más daño que provecho a la causa, por excelente que sea, que con ellos se sostiene. Desengañese el señor Sánchez; mejor es no ser a veces comprendido, que no valerse de argumentos tan comprensibles, que no sólo los comprenda, sino que los refute el más lego.

Empezando por el título de la obra, a cualquiera se le ocurre que es un título vicioso. El mismo señor Sánchez tiene ciertos escrúpulos de conciencia, y se ve obligado a explicarnos el título.

En los dos epígrafes que autorizan y preceden a toda la obra no es menos de censurar la intención con que se puede sospechar que han sido puestos. El primero está tomado de las Sagradas Escrituras, y nos pinta el disgusto de Samuel porque el pueblo hebreo pedía un rey y no quería ya sufrir por más tiempo el gobierno de los sacerdotes. El pueblo hebreo, de quien cuidaba Dios con especialísima providencia, y a quien se puede afirmar que el mismo Dios gobernaba, hacía muy mal en querer un rey; pero de los demás pueblos ni puede ni debe decirse lo mismo. Bien lo sabe el señor Sánchez. El segundo epígrafe es más singular aún. Es un argumento diabólico de Proudhon, un argumento de que se vale en la más impía de sus obras para hacer odioso el catolicismo. Supone que una vez aceptada nuestra santa religión, aceptamos implícitamente el yugo sacerdotal, aceptamos la teocracia. El señor Sánchez, lejos de reprobare este absurdo, lo pone como texto al frente de su libro, sin corrección ni advertencia alguna.

Pasemos ahora a examinar el cuerpo de esta obra, que tiene, a nuestro ver, tan extraviada cabeza.

Por fortuna, no hallamos en la obra misma el extravío y las paradojas que los epígrafes y el título nos habían hecho sospechar. Mil veces se ha dicho y repetido que el estilo es el hombre, y en esta ocasión tenemos nosotros que repetirlo también. La viveza, la energía, el ímpetu y la bondad generosa del carácter del señor Sánchez se reflejan en su estilo y le prestan verdadero encanto. La facilidad con que se conoce que el libro está escrito hace también fácil su agradable lectura. El libro de El Papa y los gobiernos populares no se suelta de la mano hasta que se termina, por poco aficionado que sea el lector a este linaje de cuestiones políticorreligiosas. De la forma de la obra que examinamos, creemos que no se puede hacer mayor elogio. Si no hay que admirar en ella la grandilocuencia y elegancia de Donoso Cortés, tampoco hay que deplorar sus extravagancias. La dicción del señor Sánchez es más correcta y castiza que la de Bales, a la cual se asemeja en la claridad y en la sencillez.

El fondo del libro, prescindiendo ya de la forma, es lo que vamos a juzgar con algún detenimiento.

Nosotros estamos de acuerdo con el señor Sánchez en que es muy conveniente en España la unidad religiosa. ¡Quiera el Cielo que no se rompa nunca! Mas, para que no llegue a romperse, nos parece que, en el día de hoy, la tolerancia es el medio más adecuado. Una violenta represión, a más de ser inútil, porque no podría aislarnos del resto del mundo y apartarnos de la corriente de las ideas, e incomunicarnos con los herejes, e impedir que todo pensamiento humano salvase los Pirineos y los mares, y se infiltrase en la atmósfera que aquí se respira, sería odiosa para las naciones prepotentes, donde hay otras creencias y donde las que nosotros tenemos, ya felizmente se toleran. Convenimos en que no conviene en un país donde todos son católicos dar licencia en favor sólo de algunos extranjeros para que se levanten templos de otras religiones; pero tampoco conviene, por ejemplo, la suspicacia con que a veces se persigue la propaganda protestante, completamente ineficaz, por más que se diga, en nuestra nación. Considérese cómo son ahora tratados los católicos en Inglaterra y en Rusia y en otros pueblos herejes o cismáticos, y cuánto nos desagradaría y afligiría que, por celo religioso o para tomar represalias, fuesen perseguidos, como en otras épocas lo fueron. Todavía está vivo el recuerdo de las persecuciones crueles del emperador Nicolás. No queramos imitarle.

De la primera afirmación sobre la unidad religiosa pasa el señor Sánchez a hablar de lo que importa a España conservarse fiel al catolicismo. Para demostrar esto bastaría evidenciar que el catolicismo es la única religión verdadera; pero nuestro autor no escribe su libro para los que aman las cosas por su bondad intrínseca, sino para aquellos que las aman por la utilidad que traen consigo, y así sólo trata de probar que el catolicismo nos ha sido útil y provechoso.

Este medio, algo egoísta, de conservarnos católicos quizá pudiera censurarse un tanto. Si alguien -se dirá- hubiera de ser católico por mero interés mundano, casi sería mejor que no lo fuese. Sin embargo, hay algunos intereses mundanos muy respetables y que se avienen perfectamente con la religión. Si el señor Sánchez se hubiera ocupado en demostrar, como le hubiera sido fácil, que la religión católica es el más firme fundamento de la moral, y que, siguiéndola, el pueblo sería virtuoso, y que nada trae más utilidad y más gloria a un pueblo que la virtud de los hombres que lo componen, nosotros aplaudiríamos y convendríamos

con su razonamiento sin hacer la objeción más leve. Con lo que no convenimos del todo es con la clase de provecho que dice habernos traído el catolicismo, y menos convenimos aún con que se apele a este medio de persuasión y con que se ponga este señuelo de vanidad nacional para hacernos amar la religión de nuestros padres.

El señor Sánchez, con gran talento, que no se le puede negar, amontona y agrupa hechos históricos para demostrar que España ha sido una gran nación con el catolicismo y que sin él no ha sido nada; pero el señor Sánchez falsea, tuerce o interpreta mal la Historia en muchas ocasiones para ajustarla a su sistema.

España, en primer lugar, no era más que una expresión geográfica antes de la conquista de los romanos. España no formaba un solo reino ni una sola república, sino varias. Y, sin embargo, recuerde bien el señor Sánchez cuántos siglos tardaron los romanos en domeñar por completo la libre y altiva cerviz de aquellos primitivos españoles que aun no eran católicos. Por el contrario, católicos eran ya los españoles cuando la invasión de los visigodos herejes y de otras hordas más bárbaras que acudieron del Norte, y los españoles se rindieron sin resistencia: católicos eran, y hasta gobernados algo teocráticamente estaban los españoles, cuando un puñado de musulimes conquistó la Península en pocos días. Entonces formaba toda España una sola gran nación; pero no pudo resistir a pocos moros y árabes, mientras que, siendo pagana, Numantina, una sola ciudad suya, resistió a todo el poder de Roma en su mayor auge, y desbarató ejércitos mayores y mejor disciplinados que los que trajo Tarik o Muza. Vea el señor Sánchez cómo un impío, valiéndose de sus propios argumentos, le demostraría lo contrario de lo que él pretende demostrar, a saber: que el catolicismo no da bríos a los ánimos belicosos, antes los enerva. Lo cierto es que el catolicismo, menos que ninguna otra religión, puede tener por objeto el que los hombres peleen bravamente batallas campales.

Supone también el señor Sánchez que no tuvo España glorias propias suyas hasta después de hacerse católica. Marcial, Séneca, Lucano, Pomponio Mela, los Balbo, Silio Itálico, Trajano y Adriano no eran españoles, porque escribieron en latín o vivieron en Roma y fueron ciudadanos de Roma. Entonces no cite tampoco el señor Sánchez ni tenga por glorias de España a un San Isidoro, a un Osio, a un Aurelio Prudencio. También éstos escribían en latín y también estaban sujetos a una dominación extranjera.

Es asimismo un empeño singular el de querer demostrarnos que el genio español languidece cuando se aplica a ciencias o cultos que no llevan la augusta sanción del vicario de Jesucristo. No parece sino que desea el señor Sánchez que nos conservemos sumisos a la Iglesia para escribir bien, o pintar bien, o perorar bien. Pero no sólo el argumento, sino el hecho mismo de que en España no ha habido genios no católicos, es inexacto a todas luces. Ya hemos citado a Séneca, a Lucano, a Trajano y a otros gentiles españoles, que en nada ceden a los genios que hubo después. Entre los judíos de España descollaron asimismo filósofos y poetas eminentes, como Jehuda Leví y Maimónides, y entre los mahometanos brillaron hombres tan extraordinarios como Averroes.

La propensión del señor Sánchez a ligar los destinos del catolicismo con los de España, de tal suerte que cuando el catolicismo prospera, España prospera, y, al revés, España decae cuando decae el catolicismo, nos parece muy extraviada. En primer lugar, implica

contradicción el hacer de una religión católica, universal para todos, algo que redundaba en singular provecho y ventaja de una nación sola: esto es judaísmo puro; y en segundo lugar, no creemos que la opinión del señor Sánchez pueda apoyarse en la Historia. Los últimos años del siglo XV, cuando un Alejandro VI se ceñía la tiara, o el siglo XVI, época de la Reforma, en que dejaron de ser católicas muchas grandes, ilustres y poderosas naciones europeas, y en que el turco estaba en su mayor pujanza, pesando duramente sobre los pueblos cristianos, no nos parece que sea el momento de mayor prosperidad del catolicismo. Aquél, sin embargo, fue el momento de mayor prosperidad de la nación española.

Tampoco aprobamos las consecuencias que deduce el señor Sánchez de que nuestros soldados hayan vencido a menudo en los combates al grito de «¡Santiago!» Bueno es tener la creencia piadosa de que este santo apóstol ha combatido por nosotros en diversas ocasiones; pero esta creencia ni es exclusiva de nuestra nación ni de nuestra religión. San Dionisio, San Jorge, San Esteban y otros santos tienen también sus naciones favoritas, y pelean por ellas, o al menos así lo creen o han creído los húngaros, los franceses y otros pueblos. Minerva y Juno peleaban por los griegos; Marte y Venus, por los de Troya; Aquiles, hasta en la época del bajo Imperio, cuando ya eran cristianos los griegos degenerados de entonces, se supone que vino al mundo, y entró en batalla, y peleó por ellos, matándoles muchos enemigos. Quirino y Castor y Pólux no eran menos activos y poderosos aliados de las armas de Roma.

Pero supongamos por un instante que los argumentos de nuestro autor están fundados en hechos exactísimos; supongamos que, en efecto, España ha dominado a las otras naciones y ha sobresalido entre ellas gracias al catolicismo. ¿Qué se podrá deducir de aquí? Que, atendido el interés mundano y patriótico, todos los españoles debemos ser católicos; pero ese mismo interés mundano y patriótico hará que otros pueblos no quieran serlo; Grecia era un gran pueblo con el gentilismo, y no lo es en el día. Pónganse, pues, los griegos a discurrir como discurre el señor Sánchez, y volverán a ser gentiles, y adorarán a Juno y a Minerva, en vez de adorar a Jesucristo. Discurren así los romanos, y volverán a los ritos y ceremonias que estableció Numa. Piensen de esto modo los ingleses, y perseverarán en sus errores protestantes, ya que son tan temida y rica y floreciente nación desde que los siguen. Dése, en suma, alguna más amplitud al argumento del señor Sánchez, y volveremos a aquellos siglos bárbaros en que cada pueblo tenía un dios que le protegía y en que las guerras no eran sólo humanas, sino divinas, peleando las divinidades de uno y otro pueblo y venciendo el pueblo cuya divinidad podía más.

Afortunadamente, no necesitamos los españoles acudir a estos sentimientos egoístas de orgullo nacional para seguir siendo buenos católicos. Para ser católicos hay otros motivos más nobles, y si tal vez tenemos los hombres mucho de interesados y si no todos somos bastante buenos para decir diariamente:

todavía no queremos el Cielo para España y el Infierno para los otros pueblos, sino Cielo e Infierno para todos, según los méritos de cada uno, y esperando siempre de la misericordia de Dios que sean muchos los que se salven, aunque sean beduinos.

Sentimos de veras que una persona de tan generosos sentimientos como el señor Sánchez, y tan llena de caridad cristiana y de la moderna filantropía, que no es más que esa caridad aplicada, no ya al individuo, sino a las naciones, a la sociedad y a todo el humano linaje, se haya creado tan míseros y egoístas adversarios y se haya valido, para convencerlos, de razones tan poco valederas y tan contrarias al espíritu liberal del siglo presente.

Nosotros carecemos de doctrina, de elocuencia y de ingenio, y reconocemos lo mucho que tiene de todo esto el señor Sánchez; por eso desconfiamos de convencerle y de traerle al liberalismo; pero no podemos menos de decir que el señor Sánchez, si fuera liberal, aplicaría mejor a la política su doctrina religiosa y sería un escritor admirable.

No procuraría entonces persuadirnos a que fuésemos católicos para ver si Santiago venía en nuestro socorro y humillábamos bien y sujetábamos a las otras naciones, sino que diría, como Manzoni, que era liberal y católico:

No ignoramos que cuando se trata de las relaciones privadas de hombre a hombre no hay buen católico que no profese la doctrina de los bellísimos versos que acabamos de citar; pero, por desgracia, los absolutistas se ciegan de tal modo con la pasión política, que olvidan esa misma doctrina cuando se trata de las relaciones de nación a nación o de gobernantes a gobernados, y si no la olvidan, no la tienen tan en cuenta, ni en la práctica ni en la teoría, como la tienen los liberales. Crea el señor Sánchez que el bueno y legítimo liberalismo no es más que la doctrina del Evangelio aplicada a la política, aplicación que no saben hacer los absolutistas y los reaccionarios.

Otro día hablaremos de la segunda parte del libro del señor Sánchez, que trata casi exclusivamente del poder temporal del Papa.

- II -

Vamos a seguir examinando este interesantísimo libro con el sentimiento de que las condiciones de nuestro periódico no nos permitan hacer de él el detenido análisis que sería

indispensable para poner en su punto las inmensas y trascendentales cuestiones que en cada página suscita.

El señor Sánchez y sus doctrinas no pueden ser estimados en su justo valor empleando pocas palabras, escribiendo sólo dos o tres artículos ligerísimos; pero, desgraciadamente, tendremos que limitarnos a esto y ser, por consiguiente, muy concisos, tocando sólo los puntos muy capitales de la obra de que damos cuenta.

Para evitar equivocaciones, empezaremos por decir que el señor Sánchez es un absolutista teocrático del antiguo régimen y no pertenece a la perversísima secta de los neos. No niega, como ellos, la razón humana; no cree en el grosero sensualismo tradicionalista, no proclama y pide la esclavitud de los hombres, tiene fe en el progreso y no apoya en el derecho divino el poder de los reyes; antes bien, adopta las juiciosas opiniones de Belarmino de Soto, de fray Juan de Santa María y de otros teólogos publicistas de los tiempos pasados. El señor Sánchez, en suma, puede pasar por un liberal, y hasta por un revolucionario, comparado con Donoso Cortés. Pero, sin embargo, el señor Sánchez tiene un extraño aborrecimiento a todas las escuelas liberales de nuestra época, y del conjunto de la obra resulta claramente la persuasión en que se halla el autor de que son racionalistas, esto es, irreligiosas, las modernas escuelas liberales. La mayor parte de los argumentos del señor Sánchez se funda o toma su fuerza en esta imaginada y, a su ver, irremisible impiedad de los liberales. Si el señor Sánchez no nos creyese impíos, el señor Sánchez sería liberal como nosotros. Y decimos que el señor Sánchez nos cree impíos, no porque lo seamos a sabiendas, con plena conciencia de que lo somos, sino porque seguimos una doctrina que sin remedio conduce a la impiedad. El que no ve esto es porque es un cándido. Se deduce, pues, que el señor Sánchez nos pone como en prensa con un terrible dilema: o hemos de confesar que no tenemos religión, o que somos muy menguados de entendimiento.

El asunto principal de la obra del señor Sánchez es probar que el poder temporal de los papas es dogma de la Iglesia y no necesario al catolicismo. Quien de esto dude o lo niegue, es también cándido o irreligioso. ¿Qué nos importa, pues, que el mismo señor Sánchez diga que el poder temporal no se halla entre los artículos del Credo? Para el caso es lo mismo que si se hallara, ya que, por el mero hecho de dudar que sea necesario al catolicismo, dejamos de ser católicos o dejamos de ser racionales. Según la importancia que da el señor Sánchez al poder temporal, podrá imaginar alguien que quizá haya puntos de fe de que pueda dudarse con menos peligro. En todos es menester que creamos; pero el poder temporal es para el señor Sánchez como la base firmísima de la creencia. Al menos, ésta es la idea, éste es el sentimiento que parece que está embebido en la obra, y que anima todo su conjunto. Veamos rápidamente el argumento de que se vale el señor Sánchez para demostrar tan raro aserto. Mazzini, Ricciardi, Garibaldi y otros dice que son o han sido impíos, ya siempre, ya en algún momento de la vida. Todos han dicho que es menester acabar con el poder temporal para acabar con el catolicismo. Luego la existencia de éste tiene por esencial condición la existencia del poder temporal. Niegan el poder temporal todos los que niegan a Cristo; luego niegan a Cristo todos los que niegan el poder temporal.

Lo erróneo de esta argumentación no puede ser más evidente. Claro está que el que niega lo más, niega lo menos; pero no se ha de decir por eso que el que niega lo menos niega lo más. Un ejemplo explicará mejor aún lo que decimos. Todos los impíos han

negado siempre que la Virgen Santísima fue concebida sin pecado original; pero nunca se ha seguido de aquí que fuesen impíos los que sólo creían a la Virgen llena de gracia antes que su Inmaculada Concepción fuese declarada dogmática.

Sentado ya que el poder temporal es necesario al catolicismo, pasa el señor Sánchez a hablarnos del origen de este poder y a demostrar su legitimidad. Nunca la hemos negado, ni creemos que la niegue ninguna persona razonable, y nada tenemos, por tanto, que decir sobre este capítulo. Sólo observaremos que nos parece que el señor Sánchez se deja llevar demasiado de su entusiasmo cuando, para realzar el justo origen del imperio político de los papas, deprime por demás el de los reyes. No creemos, como el señor Sánchez, que se diga, quizá con fundamento, que sobre el origen de todas las dinastías es forzoso tender un negro y tupido velo para ocultar las miserias, los enormes crímenes que se encuentran en su fundación. No vemos esa mancha execrable que hace asqueroso el origen de ciertas dinastías que hoy nadie ataca. Esto ni siquiera lo creen o lo ven los republicanos, porque creen y ven que los hombres tienen sentimientos de dignidad y de justicia y que un poder que entre ellos se perpetúa, rara vez tiene principios tan viciosos. La mayor parte de las coronas, como el poder temporal del Papa, deben su origen a la necesidad social de una época dada, al consentimiento, a la elección del pueblo, o a la conquista, sancionada después por el Papa mismo.

Dejando ya aparte el origen del poder temporal, el señor Sánchez nos enumera sus causas y expone en sendos capítulos hasta doce de las más principales.

La primera la entiende el señor Sánchez al contrario de como nosotros la entendemos y de como generalmente se entiende. El Imperio romano -dice en resumen- avasalló por la espada gran parte de la Tierra, se puede decir que el mundo, e hizo pesar sobre él su insufrible y abominable tiranía. La iniquidad, pues, del Imperio romano, la crueldad de su legislación, los vicios de sus monarcas, la corrupción de los ciudadanos, su absurda doctrina moral y social, fueron quizá la principal causa del poder temporal de los papas. No parece sino que se sigue de aquí que este poder temporal es una especie de castigo impuesto por Dios a los romanos para humillar su soberbia y para que purguen sus pasados delitos. Porque avasallasteis el mundo y porque lo dominasteis con el valor de vuestros pechos y la fuerza de vuestras armas, os obligo a que tengáis por jefe de vuestra pequeña y débil república a un inerte sacerdote. Pero, considerando que el tener el Papa su asiento en Roma antes es glorificación que castigo, antes honra y premio que penitencia el señor Sánchez modificará su opinión acerca del Imperio romano, verá en su historia algo más que combates de gladiadores y otras maldades y reconocerá que el pueblo-rey fue destinado por la Providencia para reunir y civilizar a los demás pueblos. Venciéndolos por la fuerza, que en aquellos siglos de hierro era la única manera de vencer; sujetándolos a su yugo, dándoles sabias leyes, que aún hoy sirven de base a todas las legislaciones de Europa, y enseñándoles su hermosísimo lenguaje, que es hoy aún el de la Iglesia católica, la cual también lo recibió de ese infame pueblo, los preparó a todos para recibir el santo y más dulce yugo de la ley de gracia. Antes de que esta ley se promulgase, antes de que la buena nueva se difundiese por el mundo, Roma lo venció con el rigor de la espada, y sin duda porque lo venció, y porque era su centro y su cabeza, quiso Dios que también lo venciese con la dulzura de la persuasión, y puso la cruz sobre el Capitolio, y levantó en la Ciudad Eterna la cátedra del Príncipe de sus Apóstoles.

No se sigue de aquí, como deja entrever el señor Sánchez en muchos lugares de su obra, una reprobación divina contra el Imperio romano y una condenación de su historia; antes parece que lo contrario es lo que se sigue. Los hechos vienen, además, en apoyo de nuestro raciocinio. Los papas han sido súbditos de los emperadores de Oriente, que se decían emperadores de Roma, y los papas han coronado después a muchos emperadores de Occidente, llamándolos emperadores de Roma y reconociéndolos como tales. Jamás hubo güelfo que fuese tan allá como el señor Sánchez en la condenación del Imperio.

Natural, y no impía, es, pues, la memoria que siempre, hasta en lo más tenebroso de los siglos medios, conservaron los romanos de su antiguo poder. El ser gibelino no era dejar de ser católico; el querer al emperador no era negar la autoridad espiritual del Papa, y el lamentarse de que los nietos de los Fabios y de los Escipiones fuesen una manada de esclavos apaleados no era desear que volviese el paganismo y que hubiese de nuevo combates de gladiadores. Por cierto que no deseamos nosotros que vuelvan la Inquisición y la tiranía de los reyes de la Caza de Austria, y no nos disgustaría, con todo, que volbiesen para España aquellos tiempos en que pudo llamarse señora de ambos mundos. El señor Sánchez debiera hacer todas estas distinciones, porque importan en gran manera al asunto de que trata. La memoria de la grandeza antigua de Roma no puede borrarse de la mente de muchos italianos. Hasta papas ha habido que se han entusiasmado con ella y han procurado que lo presente responda, en cierto modo, a lo pasado. Condenar por impíos a los que anhelan la unidad de Italia, reconstituyendo el Imperio o haciendo de Roma capital, es condenar por impías o despreciar por cándidas a muchas generaciones de hombres ilustres, entre ellos a Dante.

La segunda causa del poder temporal es causa del poder temporal porque quiere el señor Sánchez. El catolicismo enseñó la doctrina que engrandece y eleva a los pueblos, intimidó con proféticas amenazas el corazón de los ambiciosos, suavizó y amansó la fiereza de los más crueles tiranos, destruyó la añeja política del gentilismo y estableció el reinado de la justicia en el mundo. Todo esto es evidentísimo, y no permita Dios que nosotros lo neguemos jamás. Pero ¿fue con el poder temporal con lo que se hizo todo esto? ¿Qué tiene que ver todo esto con el poder temporal?

La tercera causa que da el señor Sánchez es por el mismo orden que la segunda. El Vicario de Cristo, la cabeza visible de su Iglesia, ha sido, es y puede ser aún un gran moderador político. «Contiene al monarca para que, engreído con su poder, no quiera proclamarse Dios, y reprime la inconsideración de la muchedumbre para que, dejándose llevar de aviesas pasiones, no haga imposible el imperio suave de la ley», etc. Luego el poder temporal es necesario, etc. Pero, señor Sánchez, ¿ha sido acaso con el poder temporal con el que ha impuesto sus leyes suaves el Soberano Pontífice, y con el que ha sido en muchas ocasiones el árbitro supremo de Europa? ¿De qué ha valido para esto el poder temporal? ¿A qué soberano se ha contenido con él? Felipe II, Luis XIV, Carlos V, Napoleón I han vejado al Papa como soberano temporal. Los papas que alcanzaron en el mundo mayor influencia política, los que volcaron Europa sobre Asia, apenas tenían poder temporal; los que hacían temblar en su trono a los más soberbios tiranos eran ellos, a su vez, como señores temporales, arrojados de Roma por la plebe turbulenta, insultados, heridos o golpeados por los feroces barones, o vencidos y hechos prisioneros por los jefes

mismos a quienes llamaban en su ayuda. Gregorio VII, el más grande de los papas, el que adquirió mayor predominio en Europa, vio su capital entrada a saco por Roberto Giscard, y murió desterrado en Salerno.

Viene luego la cuarta causa, que consiste en que los soberanos pontífices salvaron a Roma de los bárbaros. Lo que es ésta, no se puede negar que es una causa justa de soberanía. Recuerde, con todo, el señor Sánchez, que muchos políticos italianos han dicho, no sin algunos visos de razón, que la causa de la debilidad de la Italia moderna y de su incurable fraccionamiento ha sido el poder temporal de los papas, nunca bastante fuertes para dominar toda la península, y nunca bastante débiles para dejar que otro la domine. Esto, cuando no se habían formado aún grandes monarquías, no tenía para Italia tan deplorables consecuencias como ahora; Venecia, Génova, Florencia y hasta Pisa y Amalfi eran, en la Edad Media, repúblicas poderosas, cuya alianza ambicionaban los reyes; pero después que los demás países constituyeron su unidad nacional y se robustecieron, el fraccionamiento fue perjudicialísimo a Italia, y la entregó a todos los ambiciosos para que por ellos fuese hollada y pisoteada.

Al exponer el señor Sánchez la quinta causa es presa de la misma alucinación que en las anteriores. Los papas convirtieron al cristianismo a los ingleses, a los alemanes y a otros pueblos bárbaros; gobernaron siempre sapientísimamente la Iglesia, difundieron el saber y la civilización, y enviaron con sus misioneros la luz de la verdad hasta los últimos confines de la Tierra. Luego el poder temporal, etc. ¿Qué hemos de contestar a esto, sin lo que ya hemos contestado antes? Nuestro autor se diría que confunde adrede el poder temporal con el espiritual.

La sexta causa está cifrada en estos términos: «O los papas son independientes en lo civil o por justas censuras contra la depravación de los malos imperantes constantemente, con daño de la Iglesia universal, han de ser perseguidos.» Estamos de acuerdo con el señor Sánchez: el Sumo Pontífice no debe ni puede ser súbdito de nadie, sin grave perjuicio de la Iglesia. Pero sus dos o tres millones de súbditos, cuando los ha tenido, que ha sido poquísimas veces, ¿le han librado de esa dependencia y de esas persecuciones? Hoy mismo, ¿es muy independiente el Papa? ¿Lo fue cuando el águila austríaca oprimía entre sus garras toda la península? ¿Era entonces, es ahora, ha sido jamás el poder temporal el que ha impedido que sean perseguidos los papas, o ha sido el respeto que se les debe como a vicarios de Cristo, y el afecto y la devoción que les profesan los fieles?

La octava causa consiste en suponer que los reyes o emperadores que han protegido el poder temporal de los papas han sido muy felices y poderosos; y, por el contrario, los que no le han favorecido han tenido un trágico y desastroso fin, como Napoleón I en Santa Elena. El señor Sánchez olvida que Carlos V, Felipe II, Luis XIV y otros soberanos, que han disminuido el poder temporal de los papas, o los han ofendido como a príncipes temporales, han tenido un fin bastante bueno y han vivido dichosos y respetados en el mundo. Las demás causas que expone el señor Sánchez son del mismo género. Todas ellas forman, juntas, una hermosa, brillantísima e irrefutable apología del Pontificado católico, pero nada o poquísimas prueban en favor de la necesidad de una soberanía temporal de los papas.

Entrando luego el autor en la refutación de las opiniones contrarias al poder temporal, sale vencedor siempre que se trata de probar que la soberanía mundana del Papa, que su condición de rey no es contraria al espíritu del Evangelio, ni a los concilios, ni a los santos padres, ni a los doctores, pero nunca prueba que este reino mundano sea indispensable al catolicismo, sea un dogma de la Iglesia. Más bien se puede decir que nos da, sin querer, una gran prueba negativa de que no es necesario el poder temporal.

Una persona tan docta y tan apasionada de su asunto como el señor Sánchez, nos cita todo lo que ha hallado de más favorable al poder temporal en los concilios y en los santos padres, y en ninguna de sus citas vemos afirmado el poder temporal de una manera explícita y dogmática. Las citas del señor Sánchez prueban que el Papa es el Vicario de Cristo, el Jefe de la Iglesia, el Padre común de los fieles, el primero de los obispos; prueban que, como tal, ha sido siempre acatado y reverenciado; prueban que ha ejercido jurisdicción e imperio como de supremo juez y aun legislador de la Iglesia: pero de poder temporal no prueban nada. Imposible parece que el señor Sánchez confunda una cosa con otra.

Para que se vea que no exageramos, vamos a poner aquí, con las propias palabras del señor Sánchez, algunos de sus argumentos.

«Se conserva todavía -dice- la célebre carta a los cristianos de Corinto, en la cual San Clemente, excusándose con la turbulencia de los tiempos por no haber antes accedido a sus deseos, como verdadero magistrado supremo, escribe a los cristianos de Corinto y les da admirables reglas, santas leyes de moral y política, con las cuales fácilmente pudieran evitar el escándalo de la lucha, y vivir en las dulzuras de la paz y la caridad. Difícil es no ver aquí una potestad judicial y suprema.» Ningún católico la ha negado nunca. Pero ¿qué tiene esto que hacer con el poder temporal?, repetimos nosotros. ¿Quiere también señor Sánchez que sea el Papa rey de Corinto? Las demás citas de los santos padres son idénticas a la que hemos insertado.

Lo que sí demuestra el señor Sánchez es que ni los concilios, ni los santos padres, ni los doctores han hallado incompatible el poder temporal con el espiritual de los papas; que no han declarado contrario al espíritu de la religión que el Jefe posea bienes terrenos, tenga súbditos y estados. Por eso no lo niega ni lo pone en duda nadie, con tal de que haya leído el más breve compendio de Historia. ¿Cómo habrían de condenar los obispos, que eran señores de vasallos en la Edad Media, y el clero, que poseía cuantiosos bienes, que el Supremo Pontífice los poseyera también y que fuese soberano? Claro está que esto es permitido por la Iglesia, cuando la Iglesia ha tenido y tiene aún bienes y súbditos. Pero de la permisión, ¿se deduce acaso la imprescindible necesidad?

Confesamos ingenuamente que no se nos alcanza este modo de discurrir. Damos por supuesto que el poder temporal de los papas ha sido utilísimo en lo pasado y que podrá ser aún muy provechoso en lo venidero; que tal vez importe mucho conservarlo en las actuales circunstancias del mundo, y que es benéfico y favorable para los romanos; pero de suponerlo y aun de afirmarlo así, a suponer y afirmar que el poder temporal es un dogma de la Iglesia, una condición sine qua non del catolicismo, un artículo no de fe, pero que, sin ser de fe, tiene la virtud de transformar en impío o en necio a quien de él duda, hay una enorme

distancia, que no podemos salvar nosotros con las inconducentes pruebas que el señor Sánchez nos ha dado.

Su libro, del que aún nos queda bastante que hablar, volvemos a decir que es una brillante apología del catolicismo, y que está escrito con elocuencia, con sinceridad y con fervor dignos de elogio, pero en todo él se nota alucinación sofística de que hemos hablado. Todo lo refiere el señor Sánchez al poder temporal, cuando no es en manera alguna del poder temporal de lo que tratan sus autores.

Ya, otro día, terminaremos este ligero examen.

- III -

Nos queda por examinar la parte más difícil, la que más prudencia y tacto exige de parte del crítico en la obra notable del ilustre presbítero malagueño. Ya no se trata de teorías históricas, de interpretaciones y apreciaciones más o menos juiciosas sobre los acontecimientos pasados, sino de juzgar los presentes acontecimientos y de absolver o condenar a los personajes que en ellos han intervenido o intervienen. Napoleón III ha calificado de obstinación la resistencia del Padre Santo a ceder parte de su poder temporal, y contra este modo de calificar la conducta del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo se revuelve con terrible y santa indignación nuestro ilustrado, pero vehemente sacerdote.

El mismo señor Sánchez niega, sin embargo, la infalibilidad temporal del Papa. Todo un capítulo de su obra está consagrado a demostrar que el Papa sólo es infalible hablando ex cathedra a la Iglesia en lo perteneciente a la fe. Según la doctrina del señor Sánchez, que es la doctrina ortodoxa, y que viene apoyada en textos de Belarmino, de Perrone y de De Maistre, el Papa puede engañarse no hablando ex cathedra y en asuntos que no sean de fe; luego el Papa puede seguir una mala política, y puede ser obstinado en ella. No es esto decir que lo sea ahora, sino que puede serlo; no es esto defender el que no hay quizá algo de irreverencia en llamar al Papa obstinado, pero sí es defender que el que cree en esta obstinación no reniega del nombre de católico ni se aparta de la comunión de los fieles.

El señor Sánchez, que en el capítulo XXXI de su obra explica con tanta prudencia y sabiduría los límites de la virtud infalible de Su Santidad, en los capítulos XXVII y XXVIII procede, sin embargo, de muy diversa manera; y volviendo a confundir lo espiritual con lo temporal, traspasa esa virtud infalible del Poder común de los fieles al príncipe italiano, poseedor de un pequeño Estado.

Es cierto que el Padre común de los fieles no hace guerras de conquistas y quiere vivir en paz con todos los pueblos, como Padre común de los fieles; es cierto que el Papa, como Papa, no envía soldados, sino misioneros; no vence los cuerpos, sino las almas; no tiene el orgullo de los españoles, ni la vanidad de los franceses, ni la insaciable codicia de la páfida y cruel Albión, cuyas maldades pondera el señor Sánchez; pero el señor Sánchez debe tener en cuenta que no se habla del Padre común de los fieles como Padre común de los fieles, sino como rey que tiene ejército, y que puede ser ambicioso, y que puede desear la

dilatación o la conservación de sus dominios. Para todo esto se vale de los mismos medios que los otros soberanos: hace la guerra, empuña la espada, se ciñe el casco en vez de la tiara y entra por la brecha de una ciudad, entre el humo de la pólvora, como cualquier héroe profano, como Julio II, por ejemplo.

Los papas, como señores temporales de un corto territorio, no son, ni han podido ser, lo que supone el señor Sánchez refiriéndose a la cabeza visible de la Iglesia. Esa mansedumbre no es compatible con la condición humana, en el estado presente del mundo, ni con los deberes del jefe supremo de una nación cualquiera. El rey de Roma, aunque sea Papa, tiene, como rey de Roma, que contraer alianzas y compromisos, siendo amigo de unas naciones y enemigo de otras; tiene, en suma, que hacer la guerra, y la ha hecho no pocas veces. Y como el mismo señor Sánchez confiesa que no se extiende a la política la infalibilidad del Papa, también tendrá que confesar que sus guerras y sus enemistades no siempre son justas. Cuando un Papa dijo de los españoles, de esta nación eminentemente católica, que éramos «la escoria del mundo y una vil ralea de moros y de judíos», nos parece que no fue infalible; antes bien, padeció una lamentable equivocación que el gran duque de Alba se encargó de deshacer de un modo algo brusco.

Nadie más que nosotros se admira de las hazañas, virtudes y desinterés de los misioneros. Aún nos parece pobre el encomio que de ellos hace el señor Sánchez. Pero repetimos lo de siempre: ¿qué tienen que hacer los misioneros con el poder temporal? ¿No es esto involucrar las cuestiones?

Se ha de notar, asimismo, que el señor Sánchez encarece y exagera demasiado las crueldades y las infamias de los conquistadores, sobre todo de los del Nuevo Mundo, que eran nuestros compatriotas, y supone que sólo la codicia les movía a ser crueles, sin contar con el fanatismo religioso, que tuvo también alguna parte en la crueldad. Por cierto que si el padre Valverde (al ver que el Inca se aplicaba al oído su breviario y lo tiraba al suelo, porque nada le decía de lo que él aseguró que podía decirle) no hubiese excitado la cólera de Pizarro y de sus compañeros, tal vez éstos no hubieran hecho en los indios, inermes y desapercibidos, que venían de paz a recibirlos y a agasajarlos, aquel fácil destrozo y aquella bárbara matanza.

Con todo, las glorias de los misioneros son grandísimas, a pesar de este y de otros extravíos que pudieran citarse, y que es justo atribuir a la fragilidad y miseria de los hombres y a la cruel rudeza de los siglos pasados. En cuanto al catolicismo, ¿quién ha de negar que es un medio eficaz de civilización y de progreso? Pero volvamos al poder temporal.

El señor Sánchez, juzgando a Napoleón III el más terrible adversario de este poder, le consagra todo un capítulo de su obra, y le maltrata con igual energía que Víctor Hugo. El modo de conciliar el respeto que el señor Sánchez cree deber a las personas constituidas en la suprema dignidad, con las muchas injurias que dirige al emperador, es bastante ingenioso. «Por más que veamos -dice el señor Sánchez- lunares y aun manchas horribles en el hombre, sólo queremos, sólo podemos ver la justicia en el trono, la rectitud en el cetro, y en el manto imperial, la misericordia.» Pero ni de justicia ni de rectitud nos habla, y sin asomos de misericordia se complace en representar nos una por una todas esas manchas

horribles que en el hombre cree ver. Espantosa es la diatriba del señor Sánchez contra Napoleón III y su familia. Luis Napoleón es para el señor Sánchez un malvado, un traidor, un sanguinario tirano, un Atila.

Nosotros, que somos partidarios de la más completa libertad de pensamiento, no censuramos, antes aplaudimos, la franqueza noble con que dice lo que piensa el señor Sánchez. Lo que no podemos aplaudir es que el mismo señor Sánchez confiese paladinamente, pocas páginas después, que el episcopado, que el clero todo, daría su eficacísimo apoyo a ese tirano, a ese traidor, a ese Atila, si no hubiese contribuido a que el Papa perdiese las Marcas, la Emilia y la Umbría. El golpe de Estado del 2 de diciembre y los demás actos de la vida de Napoleón III, que tan acerbamente califica el señor Sánchez, todo se hubiera olvidado, y aun se hubiera trocado en motivo de alabanza, si Napoleón III no da a Italia la libertad, si Napoleón III no combate en Magenta y en Solferino. ¿Qué comentario hemos de poner nosotros a esta confesión?

Pasemos ya a los capítulos, en nuestro sentir, más importantes de la obra: a los que hablan principalmente del mismo Pío IX. Lleva el primero por epígrafe Popularidad del gobierno pontificio, y tal es la fuerza de la verdad, que el señor Sánchez destruye en este capítulo los más terribles argumentos de que se ha valido en los anteriores.

El gobierno pontificio es o ha sido popular entre los liberales, que califica de impíos el señor Sánchez. Luego no es la impiedad la que les lleva a no querer ahora el gobierno pontificio, que tanto amaban antes. Luego hay una razón meramente política, que les lleva a aborrecer lo que tanto amaron.

El señor Sánchez lo confiesa: «La revolución de Italia, de Francia, de Alemania, de Inglaterra, del mundo entero recibió a Pío IX con grandes, con entusiastas, con prolongadas aclamaciones.» Luego la revolución no quiere ser anticatólica, antes quiere que la Iglesia la santifique. «Le llaman el rey santo, el rey del Evangelio, el rey de la Libertad, el rey universal de las naciones, el rey del corazón y de la conciencia, el primero entre los reyes, el gran mentor y modelo de los soberanos, el rey único, en fin, dominador de la Tierra y restaurador de las sociedades.» Supongamos que no creará el señor Sánchez que el Papa no fuese buen católico cuando le daban tales nombres los liberales. Luego no es justo suponer que ahora no le quieran algunos como rey temporal de Roma por odio al catolicismo. ¿Qué odio podían tener contra el catolicismo los que con tan vivo fervor aclamaban y bendecían a su Santo Pontífice? «En la Prensa periódica -prosigue el señor Sánchez-, en la tribuna, en libros y folletos, en todas partes resonaban gritos de placer, himnos de aplauso y entusiasmo en honra del santo, justo y liberal soberano de Roma. No podía el Papa abandonar su palacio sin verse abrumado por turbas revolucionarias, locas de amor y gratitud, que le seguían en tropel, atormentándole con vivas y aclamaciones. A tal punto llegaron las cosas, que el mismo Pontífice, en una circular, tuvo que prohibir con tono severo las incesantes demostraciones de afecto», etcétera. ¿Dónde estaban entonces los liberales impíos que anhelaban acabar con la religión, empezando por el poder temporal? Entonces no eran los impíos liberales. Si discurriésemos como el señor Sánchez, diríamos que los serviles eran los impíos de entonces. Ellos denostaban la sagrada y venerable persona del Pontífice como jamás se han atrevido a hacerlo después los más furiosos demagogos, los liberales más ardientes, defraudados en sus esperanzas. No queremos

estampar aquí los términos horribles de que se valían los reaccionarios para calificar a Su Santidad. Bales tuvo que salir en España a su defensa. En Nápoles le aborrecían de muerte los palaciegos absolutistas. En Austria querían declararle antipapa y traer el cisma a la Iglesia. En nada de esto han pensado los liberales, dando muestras de que son mejores católicos que los serviles. Ni Gavazzi, ni Mazzini, ni Víctor Hugo, ni Garibaldi han dicho ni tramado contra el Papa cuando el rey de Roma ha dejado de ser liberal, lo que contra el Papa decían y tramaban los serviles cuando era liberal el rey de Roma. Los liberales más avanzados han querido y quieren destronar al rey de Roma porque no sigue su política; pero los serviles querían derribar a Pío IX de la Cátedra de San Pedro porque era liberal, y se atrevían a llamarle un Robespierre con tiara.

Como muestras del amor de los italianos liberales al Santo Pontífice vamos a trasladar aquí algunas de las estas que hace el mismo señor Sánchez.

La guardia nacional de Lombardía llamaba a Pío IX «Pontífice inmortal y regenerador de Italia». José Massari decía: «El Papa es el sumo sacerdote, el manso levita de Italia. Carlos Alberto es el sumo guerrero, el fuerte macabeo. Ante la mansedumbre del primero y la fortaleza del segundo unidas y entrelazadas, se estrellarán todos los amaños de fraude y los ataques de la violencia.» Felipe De Boni decía: «Ignominia a la torpe canalla [éstos eran entonces los serviles, que hoy presumen de santos], ignominia a la torpe canalla que insulta a Pío IX con obscenos improperios. Los italianos deben, aun con riesgo de la vida, defender la constancia del Papa y la razón de su principado.» El general Durando decía: «Vuestras espadas deben exterminar a los que han ultrajado a Pío IX.» «El Papa rey -decía Gioberti- ha sido el creador del genio en Italia y ha dispensado favores inmensos a nuestra nación.» Gavazzi decía: «Pío IX es el Pontífice de la amnistía, el Pontífice de la clemencia, el Pontífice de nuestra prosperidad y de nuestra ventura. Nos ha dado un nombre, un Estado, un porvenir.» «Pío IX -decía L'Italia Rigenarata- es el más grande de los hombres.» Por último, y para no acumular citas sobre citas, terminaremos recordando que los héroes que murieron en los cinco días de pelea contra los austríacos en las calles de Milán murieron, según aseguraban los impíos demagogos, exclamando: «¡Dios y Pío IX!»

De todas estas citas del señor Sánchez deducimos nosotros varias consecuencias, ya idénticas a las que él aduce, ya contrarias del todo. Deducimos, primero, que el catolicismo es tan poderoso ahora como en los mejores tiempos, y que no hay esa impiedad de que algunos hombres apasionados se complacen en acusar al siglo presente, ya que, por ser el catolicismo tan poderoso, se sirve de él como de un arma de partido. Y deducimos, en segundo lugar, que no son los liberales, sino los serviles, los que más a menudo y con más escándalo y pertinacia cometen es te abuso de servirse de la religión como de una máquina política. Cuando el partido liberal tenía al Papa en su favor, jamás tachó de herejes ni de ateos a los serviles, jamás acudió al anatema contra ellos, jamás se valió de los periódicos liberales para excomulgar a los que no pensaban en política como ellos pensaban. Cuando el partido liberal perdió el favor del rey de Roma, y más tarde, cuando volvió éste a subir a su trono con el auxilio de tres Ejércitos extranjeros, austríaco, español y francés, no se estamparon en Italia tantas palabras duras contra el Pontífice como las que se dijeron y escribieron contra él en Austria cuando era partidario, como príncipe italiano, de la libertad, de la grandeza y de la independencia de su pueblo. Liberani, Passaglia, Cavour, Garibaldi y otros hombres aborrecidos y tachados de ateos no han dicho una palabra dura ni contra el

Pontífice ni contra el hombre; todos celebran sus virtudes, todos le llaman justo y bueno. Queremos convenir con el señor Sánchez en que es una obcecación y un extravío el que se anhele despojar a ese varón tan virtuoso de su corona temporal; pero también queremos que convenga con nosotros el señor Sánchez en que hoy se respeta y venera su sagrado carácter más que se ha respetado jamás el de ningún Papa, entre la efervescencia y tumulto de una revolución y en medio de las guerras y discordias civiles y de independencia. El señor Sánchez sabe la Historia mucho mejor que nosotros; el señor Sánchez es un hombre de buena fe, y a su buena fe apelamos para que nos diga si los emperadores germánicos en los siglos medios, si los tiranuelos de Italia, si la plebe de Roma, si los reyes católicos y cristianísimos de otras edades han tratado al soberano de Roma con el mismo miramiento y con la misma dulzura con que le tratan hoy los impíos revolucionarios, el excomulgado y pérfido Víctor Hugo, el maquiavélico Cavour y el monstruo de Napoleón III. Ni contra la Corte de Roma, ni contra los ministros y consejeros del Papa en lo temporal ha dicho el mismo About mayores atrocidades, merecidas o no, que las que dijeron Dante y Petrarca, poetas católicos por excelencia.

Suponga por un momento el señor Sánchez que este Papa u otro es un príncipe patriota y ferviente italiano, como ya los hubo; que tiene al mismo tiempo gran capacidad política y extraordinaria sed de gloria; que se pone al frente de una Liga, como hizo Alejandro III, y que combate a los austríacos y los vence y los arroja de Italia. ¿Cree el señor Sánchez que en Austria no se trataría de que hubiese un cisma, de negar al Papa y aun de nombrar a otro, como ya se pensó en 1848 y 1849? Nosotros creemos que en Austria se intentaría lo que decimos. Pues bien: los demagogos no intentan, ni han intentado jamás tal cosa, cuando ha habido un Papa que ha contrariado sus planes, o que, como Gregorio XVI, ha seguido una política completamente austríaca. Y si lo han intentado algunos ilusos, han hallado siempre en el pueblo una resistencia invencible. En Italia, antes del amor de Italia, está el amor del Pontificado, su mayor gloria y el amor de nuestra santa y católica religión. Lo mismo que Cola Rienzi, en el siglo XVI, llamaba al Papa a Roma, le llamarían Ratazzi y Víctor Manuel si, abandonado por los franceses, dejase la Ciudad Eterna. Convenimos con el señor Sánchez: en Roma no triunfará el mal. En Roma no podrá haber ya, como no sea por muy corto tiempo, inmundas bacanales en el Foro; pero, por lo mismo que en Roma no debe el mal triunfar definitivamente, esperamos que no triunfe ni dure la Política de Mons, de Merode y del cardenal Antonelli.

Hemos recorrido rápidamente todo el primer tomo de la obra del señor Sánchez, y hemos tenido que juzgarlo, desde el punto de vista de nuestras opiniones políticas, quizá con harta severidad. Queremos, sin embargo, que se entienda que en todo lo que es dogmático, que en todo lo que es verdaderamente religioso hemos convenido, y no podemos menos de convenir con el señor Sánchez, porque somos tan buenos católicos como él, y distamos infinito de poseer sus conocimientos profundos y de estar dotados de una inteligencia tan levantada y tan versada en las materias teológicas.

por los excelentísimos señores don Luis González Bravo y don Cándido Nocedal

- I -

La recepción pública en la Real Academia Española de un personaje de tanto valer y nombradía como el señor González Bravo no pudo menos de llamar la atención notablemente y de excitar la curiosidad de cuantos en esta corte son o presumen ser literatos, y más aún de los que se dedican a la política, esto es, de todos los que saben, aunque sólo sea someramente, leer y escribir y las cuatro reglas. Se puede, por tanto, afirmar que el acto a que nos referimos ha interesado en extremo, y que los discursos leídos en él han sido divulgados, comentados y juzgados por todos los críticos caseros, en cafés, tertulias y corrillos.

Ninguno, sin embargo, ha querido molestarse, hasta ahora, en dar por escrito su parecer sobre los mencionados discursos, publicándolo en algún periódico, y esta falta, que tal la creemos, cuando de obrillas de menos cuenta por todos estilos se componen críticas y comentarios, es la que trataremos de suplir aquí, poniendo a un lado la buena amistad que profesamos a los autores, y siendo imparciales.

Ambos discursos han tenido más de filosóficos y de políticos que de literarios; pero tanto el señor González Bravo, cuanto el señor Nocedal, estaban en su derecho al dotarlos de este carácter. Aun escribiendo para una corporación esencialmente consagrada a dilucidar cuestiones filológicas, no podían ellos prescindir de ser quienes son y de mostrarse tales. Los incitaba, además, a discurrir sobre filosofía política, y no sobre literatura, el sujeto de quien debían hablar y hablaron: el ilustre director de la Academia, Martínez de la Rosa, a quien vino a reemplazar el señor González Bravo, y en cuyo elogio era justo y conveniente que se extendiera.

Suelen, por lo común, los que entran en alguna de las cinco reales academias, tomar por asunto de la disertación que deben leer una tesis cualquiera, que desenvuelven y demuestran con mayor o menor acierto, y suelen casi olvidarse del académico a quien suceden, limitándose a consagrar a su memoria tres o cuatro frases de alabanza que nada significan. Pero esta costumbre nos parece mal, y deseáramos que todo discurso de recepción fuese el elogio, y aun si se quiere, el juicio del académico difunto a quien viene a suceder el entrante. Si así aconteciese, parecerían mucho más naturales estos discursos de recepción. No parecería una prueba de la capacidad del nuevo académico, capacidad que debe estar, o debe suponerse que está ya probada; ni parecerían tampoco como una lección que el académico novel acude a dar a los antiguos, para mostrarles lo mucho que fuera de las academias se va progresando y descubriendo, y lo no poco que él ha aprendido, averiguado y escudriñado antes de entrar en aquel sitio. En resolución: si todo discurso de un académico novel fuese el elogio de su antecesor, nos parecería más motivado cuanto dijera, y más modesta y traída mucho más a propósito y con más delicado disimulo la enseñanza que difundiese.

También se evitaría de este modo el escrúpulo de conciencia que debe asaltar al académico entrante, por más que se disculpe, de que el no decir nada del difunto a quien viene a suceder es porque le juzgaba hartamente poco memorable.

Por dicha, no se prestaba por ningún concepto el señor Martínez de la Rosa a que tan desdeñosamente se le juzgara; y esto, y el buen gusto y el mejor tino del señor González Bravo, han contribuido a que su discurso sea lo que debe ser: un elogio, o dígase mejor, un juicio del excelentísimo señor don Francisco Martínez de la Rosa.

Para nosotros no cabe duda en que las prendas y los merecimientos del autor del Estatuto Real, como hombre político, como orador y como personaje histórico, son inmensamente superiores a los que se pueden alegar en favor suyo, como literato, como crítico, como filósofo y como poeta. La vida y los hechos del señor Martínez de la Rosa valen, importan y significan mucho más que sus escritos. El señor González Bravo sigue esta misma opinión; pero el señor Nocedal sostiene la contraria, en nuestro sentir, erradamente.

Dice el señor Nocedal que la «fama de Martínez de la Rosa como repúblico crecerá o menguará al compás de estas mudanzas (las que hubiere en las opiniones políticas), pero, en unos y otros tiempos, será estimada la tragedia de Edipo como un bello monumento del ingenio y del buen gusto, y aplaudida por demócratas y cortesanos».

Creemos que el afectado desdén de la historia contemporánea, el espíritu de partido y la manía de empequeñecer los acontecimientos de nuestra edad no pueden llevarse más lejos, ni pueden extraviar más visiblemente el recto juicio del docto y discreto académico.

El señor Nocedal pasa ligeramente sobre las acciones de un hombre que ha tenido grandísima influencia en las novedades y revoluciones que ha habido en esta nación, y da, en cambio, una inmortalidad vencedora de las edades a la tragedia de Edipo, al artificioso, pálido y frío remedo de la hermosa creación de Sófocles. Es cierto que el mismo señor Nocedal concede esta inmortalidad a la tragedia en virtud de su insignificancia; porque ni demócratas ni aristócratas, ni liberales, ni serviles tendrán nada que decir en contra ni en pro de ella. Si a este precio de la insignificancia hubiéramos de ser inmortales, preferiríamos morir sin dejar rastro ni huella de nuestro espíritu en el mundo. Las obras, los caracteres y los hombres, cuando excitan ardientes y profundos afectos de odio y de amor, son los que viven vida inmortal: los que mueren o se olvidan son los que no excitan nada de esto.

La otra razón que da el señor Nocedal para probar lo inestable de la fama política de Martínez de la Rosa es aún menos valedera. Sabido es que no hay un solo momento de la Historia que se parezca con exactitud a otro momento. Las leyes, las instituciones, las costumbres, las doctrinas, hasta las religiones cambian, si no en la esencia, en la forma y en los accidentes; pero este mudar no es desordenado y anárquico, sino que hay en él un encadenamiento admirable, una lógica divina, un enlace providencial, una regla superior que se llama progreso. La Historia no es una serie de cuentos de viejas, sin significación y sin sentido, en la cual se puede olvidar esto, sin dejar de comprender estotro. En la Historia hay trabazón, dialéctica, y los hechos no van mostrándose sin atadero, sino que los presentes son consecuencia de los pasados, así como los futuros serán consecuencia de los presentes; porque no son extraños unos a otros, sino que son todos la manifestación y el desenvolvimiento de la misma idea. Y como esta idea se va enriqueciendo de continuo, viven en ella todas sus formas sucesivas, que son los grandes hechos históricos; por lo cual,

no importa que; no haya hoy democracias como la de Atenas para que interese y sea gran de la vida de Temístocles; ni que no haya aristocracia como la de Roma para que no se borre de la memoria la vía de los Gracos y de los Escipiones; ni que no haya Sacro Imperio Romano para que de Carlomagno no nos olvidemos; ni que no haya Inquisición para que no dejemos de acordarnos de Torquemada. De todo lo cual se debe deducir, si licet in parvis magnis exemplibus uti, que pueden pasar la Constitución del año de 1812 y el Estatuto Real y todas las fórmulas y creencias políticas que Martínez de la Rosa sostuvo, y vivir en la Historia y resplandecer de ella con resplandor clarísimo la figura de Martínez de la Rosa.

Ni negaremos, con todo, que hay y ha habido muchos sujetos inmortales por sus escritos, y por sus acciones apenas conocidos de nadie, y otros conspicuos y famosos por escritos y por acciones: pero Martínez de la Rosa creemos que merece más inmortalidad y más gloria como hombre de acción que como escritor y como hombre de pensamiento.

Tampoco fue Martínez de la Rosa como Jenofonte, ni como César, ni como el mismo Cicerón, que de uno o de otro modo historiaron sus propias hazañas, enlazando así la fama del escritor a la fama del repúblico o del guerrero. Ni fue tampoco como Salustio o como Bacon, cuya vida es mejor que para sabida para olvidada, mientras que por sus escritos, donde pusieron lo mejor del alma y el fruto de la nobilísima inteligencia que tenían, viven honrados en la memoria de todas las generaciones. Ni tampoco fue, por último, fuerza es confesarlo, tan maravilloso escritor, filósofo y poeta, que haga olvidar y eclipse con la brillantez de las creaciones de su ingenio la importancia de sus actos y de su vida. Considerando la extraordinaria grandeza del Prometeo y de la trilogía de Orestes, poco se añade a la gloria de Esquilo, al recordar que combatió en Maratón como un valiente. Quizá hubiéramos olvidado ya la noble herida de Lepanto y el sufrido y heroico cautiverio de Argel, si no fuese porque el cautivo mutilado escribió el Quijote. Dante tomó una parte muy activa y honrosa en los disturbios y conmociones políticas de su patria, Florencia; pero poco nos interesaría esta historia, si el desarrollo gibelino no hubiera compuesto La Divina Comedia.

En Martínez de la Rosa ocurre todo lo contrario. Su vida, si no tan novelesca ni hazañosa, tiene una significación historicopolítica bastante más trascendental que la de Esquilo, que la de Dante y que la del autor del Quijote; y sus escritos todos distan una inmensidad del Prometeo, de La Divina Comedia y del Ingenioso Hidalgo. Lejos de dar sus escritos importancia a su vida, su vida es la que da importancia a sus escritos. Y no serían éstos tan celebrados, si no se viese, o más bien se creyese vislumbrar en ellos un reflejo de «la limpieza y serenidad de convicción que condujo a su autor, como dice el señor González Bravo, a ennoblecer con heroica perseverancia el grillete del presidio y más adelante a arrostrar con indiferencia no estudiada el puñal de los demagogos». Nadie aguantaría tal vez el desmazelado y narcótico Espíritu del siglo, si en el espíritu de quien lo compuso no hubiera alentado aquel puro «patriotismo que le dictó la renuncia de su despacho de presidente del Consejo de ministros, antes que asentir a la ignominia de una intervención extranjera».

El señor González Bravo ha comprendido bien esta verdad y ha puesto a un lado todas las producciones literarias de Martínez de la Rosa, para estimarle y aquilatar su mérito como hombre de acción. Varias de sus producciones literarias merecen el aprecio general,

pero su vida le merece y le tiene mucho más subido. Si Martínez de la Rosa hubiera vivido una vida oscura, retirada y modesta, por ejemplo, por más que las comparaciones se tengan por odiosas, como la de Hartzenbusch, la fama literaria de Martínez de la Rosa, como erudito, como crítico y como poeta, estaría muy por bajo de la del autor de *Los amantes de Teruel* y de Doña Mencía. En los preceptos del Arte poética y en la erudición de sus Notas, hay suma ligereza y superficialidad, y hay asimismo doctrinas críticas o atrasadísimas, o que son como una transacción pueril e inocente entre las ideas modernas y las antiguas. Nosotros, por ejemplo, comprendemos que se sostenga la majestad clásica del drama con escena fija, guardándose en él estrictamente las unidades del tiempo y de lugar, porque no está bien mudar de lugar sin mutación de escena, ni que transcurra mucho más tiempo del que realmente transcurre sin que caiga el telón, y pueda la fantasía suponerle transcurrido en el entreacto, Nosotros comprendemos también, que dados los entreactos y los cambios de decoraciones, pueden suponerse todas las duraciones y todas las distancias imaginables. Al son del pito, bien puede la imaginación hacer un viaje instantáneo desde Madrid a Babilonia, y salvar diez, veinte, treinta años, y hasta un siglo si al poeta le conviene. Si al levantarse el telón, en el primer acto del Edipo atraviesa la imaginación, sin trabajo ni fatiga, la distancia que hay desde esta corte a Tebas, y un período de unos tres mil años, sobre poco más o menos, ¿por qué ha de ser tan floja y tan pesada esta imaginación misma al levantarse el telón en el segundo acto, que tenga por fuerza que quedarse en el mismo sitio y casi en el mismo momento? Pasa realmente el espectáculo en un sitio y momento determinados, en medio de bastidores y bambalinas y sobre unas tablas; pero pasa idealmente en el alma del espectador, donde caben todos los tiempos y lugares; donde hay, en cierto modo, ubicuidad y sincronismo. Comprendemos, pues, que se requieran las unidades de tiempo y de lugar, y comprendemos también que no se requieran. Lo que no comprendemos es el término medio del señor Martínez de la Rosa; la concesión de cierto número de leguas a la redonda y de tres o cuatro días en vez de uno. Esto da la medida de la capacidad críticoliteraria del señor Martínez de la Rosa.

Como poeta lírico y dramático, no es superior tampoco, antes es un endeble imitador de Metastasio, Racine y Voltaire, e incurre a menudo en candideces poéticas por el estilo de sus candideces críticas. Escribe, por ejemplo, una elegía a la muerte de una ilustre señora, y empieza convirtiendo el alegre y bullicioso París, donde se halla, en las tristes márgenes del Sena, y termina asegurando que en París, donde, con perdón sea dicho, se crían tal vez más flores que en todas las Castillas, no hay una flor que enviar para ornar la tumba, porque allí no nacen flores. Con estos fingimientos, tan fuera de propósito, hace dudar el poeta de la sinceridad de su dolor, y hace recelar que este dolor sea un fantasear amanerado, como la tristeza y la carencia de flores de la capital de Francia. En otros versos nos habla de Nápoles, y nada, absolutamente nada dice que le llama allí la atención; ni la dulzura del clima, ni lo diáfano y sereno del ambiente y del mar, ni los azulados y elegantes contornos de las montañas de Sorrento, ni la fertilidad maravillosa de la Campania feliz, ni Averno, ni los Campos Elíseos, ni las islas de Ischia y de Capri, ni el golfo de las Sirenas, ni la tumba de Virgilio, ni las ruinas de Baja y de Puzzoli, ni Pompeya, ni Herculano, ni el Vesubio, ni el espléndido museo borbónico, ni las fiestas y danzas populares, ni la alegría, regocijo y alborozo de todas aquellas calles y plazas, y de la marina, cubierta de palacios, jardines y bosques, y extendiéndose a la falda del Vómero risueño y del Posilipo florido.

Vaya con Dios porque hallase ese néctar de Falerno, que ya nadie busca, ni bebe; pero lo que no se puede pasar es que apurase una botella a la salud de un gentil que murió hace cerca de dos mil años y que, pensando cristianamente, hemos de suponer que está ardiendo en las calderas de Pedro Botero. Pues qué, ¿no tenía el poeta un tío, un sobrino, un amigo ausente o alguna muchacha querida a cuya salud apurar una botella? ¿No es un contrasentido el ir a apurar una botella a la salud de un difunto? Si al menos el difunto hubiese sido católico, hubiera podido el poeta encomendarle a Dios y rezar por la salud de su alma; pero nunca embriagarse o entregarse a los excesos de la gula.

En otros versos finge que baja al cráter del Vesubio, y allí escondido, como Don Quijote en la cueva donde vio tantas maravillas, empieza a invocar el nombre de Granada.

En sus imitaciones de los clásicos latinos, se deja por imitar o por traducir lo más enérgico, y suele convertir una composición sentida y profunda en un frívolo juguete. Así es, por ejemplo aquella letrilla, imitada de Catulo, que empieza:

En los chistes y jocosidades tiene asimismo este poeta sobrado candor. Sin duda, era por demás excelente y bondadoso para satírico. Esto se advierte en sus comedias y en El cementerio de Momo, imitado, sin duda, de los epitafios burlescos que compuso un poco conocido poeta de Italia, llamado Loredano.

Tampoco, brillan las obras dramáticas de Martínez de la Rosa por la rica inventiva en el enredo, ni por la viva pintura de los caracteres, ni por la hábil y difícil facilidad del desenlace.

Una novela histórica, que ha escrito, Doña Isabel de Solís, es harto pesada; una historia novelesca que ha compuesto, la Vida de Hernán Pérez del Pulgar, es harto ligera.

En todas sus obras, sin embargo, así en prosa como en verso, se advierten el sello de un gusto exquisito, un atildamiento y una pulcritud elegante, y cierta serenidad tímida, que les presta un carácter de aristocracia burguesa y las hace recomendables y dignas de estudio.

En lo que estuvo menos feliz Martínez de la Rosa fue en El espíritu del siglo. La inteligencia de Martínez de la Rosa era poco dada a la filosofía. Todo sistema metafísico era impenetrable para su inteligencia. Veía los hechos, pero no acertaba las causas de los

hechos. Todo el movimiento intelectual de Alemania, desde Kant hasta Hegel, era tan ignorado para él como el contenido del libro de los siete sellos. De la escuela escocesa no sabía más; ni del eclecticismo francés, ni de los novísimos pensadores italianos. Si algún eco o rumor de especulaciones había llegado hasta sus oídos, era sólo para que las despreciase y llamase tiquis miquis. Martínez de la Rosa se había quedado en Voltaire, D'Holbac, Cabanis y Rousseau, que leyó, sin duda, aunque superficialmente, en sus mocedades. Ignorando, pues, como ignoraba la filosofía, mal podía escribir *El espíritu del siglo*, que es la filosofía misma.

Los grandes problemas religiosos que agitan y han de agitar aún el siglo presente, no sólo no podía resolverlo Martínez de la Rosa, pero ni soñarlos. Sincera y noblemente cristiano, sobre todo en los últimos años de su vida, curado ya del volterianismo, no creemos que su saber teológico fuese mucho más allá del que se puede adquirir en la doctrina de Ripalda y en algún que otro libro devoto, recomendable por el primor del estilo, como los más selectos trozos de fray Luis de Granada y de fray Luis de León, y sobre todo de Bossuet y de los otros escritores a lo divino del gran siglo de Luis XIV. De lo dicho resulta que Martínez de la Rosa, ni filosófica ni religiosamente alcanzaba a comprender el espíritu del siglo en que vivía.

Pero aún hay otra faz por donde hubiera podido comprenderle: faz menos sublime, si bien no menos importante. Hablamos del asombroso desarrollo de la riqueza pública, de los grandes y pavorosos problemas sociales que con ese desarrollo han nacido, y de las no menos pavorosas soluciones que ora especulativamente, ora propendiendo a traducirse en hechos, se han querido dar a esos problemas. Mas, por desgracia, Martínez de la Rosa no era muy versado en las ciencias de la Economía política y de la Hacienda, y no sabía mucho de crédito, de bancos, de libertad comercial y de tantos y tantos sistemas y teorías económicos y sociales como se han inventado y caído desde Adam Smith hasta ahora. Por este lado, también se le escabullía *El espíritu del Siglo* a nuestro autor. No se ha de extrañar, por consiguiente, que, en vez de espíritu, compusiese una materia del siglo, tan pesada como voluminosa.

Tenía, pues, razón, el señor González Bravo al decir: «Hay libros que, bien lo sabéis, valen más que sus autores, y hombres que, sea cual fuese su precio, merecen más que sus libros: Martínez de la Rosa era, a mi entender, de estos últimos.» En efecto, para abrirse camino y ocupar un brillante lugar, importa más el carácter que la inteligencia, y Martínez de la Rosa valía más que por la inteligencia por el carácter. Aunque diga el señor González Bravo, y no sin fundamento, que Martínez de la Rosa «fue toda su vida un mozo viejo y un anciano joven», no se ha de negar que había en su alma cierta energía varonil, la cual se reflejaba en algunas de sus acciones y a veces en sus discursos, si bien éstos son, por lo común, como también asegura el señor González Bravo, tersos, floridos, amables y simpáticos, «pero sin nervio ni virtud filosófica y, sobre todo, ajenos a la comprensión de lo real y positivo».

Tenía, con todo, Martínez de la Rosa un tan vivo amor a la patria y a la libertad, y unas creencias tan arraigadas, aunque fuesen en ciertas doctrinas vagas e indecisas, que infundía respeto a los que le oían y solía llevar el convencimiento y la dulce persuasión a todos los ánimos, aun cuando se tratase de alguna máxima o sentencia, que algo o bastante quería

decir, pero que real y racionalmente no decía nada. La sentencia, por ejemplo, de que «debemos conciliar el orden con la libertad» no tiene valor alguno filosófico, porque el orden y la libertad no están reñidos, y porque, aun resolviendo la sentencia en esta obra, «debemos conciliar los derechos individuales con los del Estado», la vaguedad de la afirmación la reduce a un lugar común de todos los partidos políticos y de todos los hombres. Todos quieren esta conciliación y armonía, unos de una manera, otros de otra, y en esto consiste la diferencia de opiniones y de partidos. Pero aun así, con esta vaga sentencia (tal era la amabilidad y dulzura de su oratoria), Martínez de la Rosa logró calmar, si no conjurar, algunas tempestades políticas.

Guardando la debida proporción entre la España de ahora, relativamente a los demás pueblos del mundo, y la Roma del tiempo de César en todo su colosal esplendor, y poniendo a un lado las dotes de escritor eminente y filósofo que en Cicerón había, no cabe duda en que Martínez de la Rosa y el autor de las Catilinas se parecen como oradores y como hombres políticos. Ambos sentían el más acendrado patriotismo; ambos vivieron en una época turbulenta y viciosa, y ambos, con la afabilidad y honradez del carácter, el crédito de un hombre respetado y la virtud suave de una persuasiva elocuencia, sirvieron como de moderadores entre los más opuestos bandos y entre los intereses más en pugna. Ambos estaban también dotados de una vanidad inofensiva, contra la cual ni quería nadie protestar, ni siquiera nadie se incomodaba. Ambos fueron hombres nuevos, pero muy aficionados a la aristocracia y muy propios para serle agradable. Ambos buscaban términos medios, conciliaciones y arreglos para todo. Ambos influyeron benéfica, poderosamente y por espacio de muchos años en la suerte de sus respectivos países, donde se verificaban sendas transformaciones políticas y hasta sociales de la mayor trascendencia. Y ambos, por último, fueron igualmente finos, rendidos servidores y aficionados a visitar a las damas elegantes de la primera jerarquía, como las Lelias, las Licinias y las Mucias, cuya buena voluntad solían tener la dicha de granjearse, y en cuyo trato estudiaban modales más aristocráticos, todos los primores del buen tono y el hablar más pulido y culto.

El andar por lo común Martínez de la Rosa casi siempre distraído y como somnábulo le hacía menos propio para gobernar que a Cicerón. Si Martínez de la Rosa hubiera sido cónsul durante la conjuración de Catilina, es más que probable que Roma hubiera ardido por los cuatro costados antes que el cónsul se percatase de ello. No eran Catilinas los que se alzaron contra los frailes, y, sin embargo, les dieron muerte. En cambio, en Martínez de la Rosa había una entereza y una noble dignidad y una hidalga altivez que en Cicerón a menudo faltaban. Éste incurrió en bajezas, en adulaciones y hasta en gravísimas faltas de moral y de decoro en que Martínez de la Rosa no incurrió nunca. Martínez de la Rosa no manchó nunca su limpia fama de orador, defendiendo por interés, o por miedo, como hizo Cicerón algunas veces, la causa de la injusticia y hasta del crimen. Asimismo faltó a Cicerón la constancia en las adversidades, y fue en ellas débil y menguado de ánimo, mientras que Martínez de la Rosa supo sufrirlas con generoso esfuerzo y brío.

Con las susodichas cualidades buenas y malas, no se puede negar que Martínez de la Rosa es una de las bellas, simpáticas y significativas figuras históricas que se han mostrado en este siglo en España, donde el pueblo, desde el levantamiento de 1808 hasta el día, ha valido siempre infinitamente más que los hombres que le han acaudillado y gobernado.

El señor González Bravo, después de formular en su discurso un juicio de Martínez de la Rosa, menos descarnado que el nuestro, pero no menos imparcial, entra de lleno a juzgar la época en que floreció el referido personaje, trata de explicar las revoluciones por que hemos ido pasando, y concluye con una elegante y curiosa disertación sobre la elocuencia política y parlamentaria.

En un segundo artículo, porque éste va siendo ya sobradamente largo, examinaremos el mérito de la parte doctrinal del discurso del nuevo académico con cuyas ideas nos adelantamos a decir desde ahora que estamos acordes.

Quizá dirán algunas personas que nuestra crítica va a ser demasiado prolija tratándose de un folleto que no llega a cien páginas; pero la importancia de lugar en que ambos discursos fueron leídos, el valer, la fama y la autoridad de quienes los leyeron, y la solemnidad de aquel acto todo contribuye a que dichos discursos merezcan y aun exijan tan detenida atención y minucioso examen.

- II -

Excusado, y más que excusado justificado, queda, a nuestro ver, el nuevo académico por tratar en su discurso de recepción no ya de literatura, sino de política y de filosofía. Al juzgar a su antecesor, Martínez de la Rosa, tenía que juzgar asimismo la época en que floreció dicho personaje, y al juzgarla, tenía que exponer el criterio con que la juzgaba, o dígase sus opiniones.

Examinemos, pues, siquiera sea rápidamente, cuáles son éstas, pero digamos antes algo del modo y estilo con que el señor González Bravo ha sabido exponerlas.

Fuerza es confesar que el habla española se ha hecho en el día más que nunca difícil de manejar, cuando el escritor o el orador quiere ser castizo sin ser arcaico y premioso, o quiere expresar las ideas y doctrinas novísimas, con la conveniente precisión y claridad, sin incurrir en los más bárbaros e insufribles neologismos. Escritores hay que, por el afán y prurito de ser muy españoles, cogen vivas las frases y palabras de nuestros más elegantes e inspirados clásicos y las trasladan muertas al papel en que escriben, convirtiéndole en un tristísimo museo de objetos disecados, donde no hay cosa que no carezca de vida. Se nota, además, en las obras de estos escritores cierta fatiga y empeño pueril que hubo en ellos al escribirlas lo cual después se comunica a los lectores, causándoles lastimosa desazón y no poco desabrimiento. Por fortuna, el señor González Bravo no peca jamás por este extremo. El otro es el de los escritores que todo lo innovan y que no se detienen para expresar sus pensamientos en la elección de los giros y de los vocablos propios de nuestra lengua. Imaginan éstos que son así más naturales y espontáneos que los puristas; pero nos parece que se equivocan. Una cosa es que sea más fácil escribir de esta manera, y otra que sean ellos más espontáneos y, sobre todo, más naturales. Es más fácil escribir de esta manera, porque ya están hechas las frases, andan desgraciadamente en boca de todos, y no hay más que zurcirlas; pero es menos natural, porque estas frases al uso suelen ser de una impertinente aceptación y de un culteranismo vulgar y hueco. Cuando nuestros prosistas del

siglo XVII escribían culto, tenían que aguzar y avivar el ingenio para hallar aquella manera alambicada y conceptuosa. Cuando escribían, sin estudio, lo hacían mucho mejor, por instinto, y eran sencillos y naturales. Quevedo, por ejemplo, en la Vida de San Pablo o en la Vida de Marco Bruto, que escribió esmerándose, muestra tan ridícula afectación, que no se puede aguantar, y por el contrario, en la Vida de Santo Tomás de Villanueva, que sin duda compuso a escape, para complacer a unos religiosos, compite con nuestros mejores clásicos del siglo XVI, por la sencillez, dulzura, naturalidad y pureza de estilo.

En el día acaece todo al revés. El que quiere escribir con naturalidad, tiene que buscarla en los antiguos, pues en los modernos rara vez la hay. Y el que imagina ser natural, porque escribe sin pararse, suele incurrir en una afectación culterana, tan divulgada ya que hasta en los labios de las costureras se advierte.

Sin duda el señor González Bravo ha tenido que emplear bastante ingenio y todo su buen gusto para evitar estos dos escollos opuestos, que salvo algunos leves lunares, siempre ha evitado. Con todo, esta misma excelencia de su discurso tiene que contribuir a hacerle menos popular. Los corifeos de la opinión se inclinan y propenden al uno o al otro extremo y quedan siempre descontentísimos del término medio, que es lo conveniente y lo justo. Unos quisieran un discurso en que no hubiese una sola frase que no se hallara, en nuestros clásicos, enlazadas todas como por fuerza y bramando de verse juntas para significar ideas y sentimientos que nunca nuestros clásicos ni pensaron ni sintieron. Y otros quisieran un discurso atiborrado de períodos pomposos y archifloridos y de terminachos técnicos, venidos a nuestra lengua de la griega o de la alemana por el arcaduz de la francesa. Ni a unos ni a otros ha podido satisfacer el señor González Bravo, sino en muy contados instantes, y más valiera que nunca los hubiese satisfecho. En cambio, creemos que ha dado una verdadera satisfacción a todos los aficionados al buen decir; satisfacción nublada poquísimas veces, y éstas con excusas, por las circunstancias difíciles en que, según hemos dicho, se encuentra el idioma.

Pero hay otra calidad que más que la ya referida realza el discurso del señor González Bravo, y es ésta la sinceridad de su alma, y el entusiasmo y la fe de sus convicciones: todo lo cual entra en el estilo y como que le constituye y le forma, quedando impreso en él por dichosa e inexplicable manera. Los que escriben para demostrar lo que no creen o para hacer un papel que no es el de ellos, podrán, merced al arte y a esfuerzos intelectuales harto mal empleados, componer una obrilla arreglada y correcta, discreta y hasta llena de un falso entusiasmo declamatorio que pasma y seduce a los páparos; pero los que no lo son, pronto caen en la cuenta de que se les da alquimia por oro, y se niegan a aceptar la moneda falsa. Muy diferente es el éxito de los escritores sinceros. En un principio, suelen ser recibidos con frialdad, pues como no están ajustados a cierta pauta, ni vaciados en cierto molde, disgustan a los amantes de la exterior simetría; pero, más tarde, cuando se penetra bien el sentido de ellos y se descubre en su fondo el alma misma del autor, con todos sus mejores pensamientos y sentimientos, entonces no hay nadie que no alabe y aplauda. Esto creemos que ha de verificarse y cumplirse con el discurso del señor González Bravo.

Veamos ahora si acertamos a extractar aquí, aunque sea sin el orden debido, los pensamientos principales del mencionado discurso y a juzgarlos y a estimarlos con la crítica más desapasionada.

Los que a todas horas están hablando de progreso, no debieran negar que también y más que nada deben progresar los partidos. En España (¿y por qué no hemos de hablar con franqueza?) hay dos que se han quedado atrasadísimos. Es el uno, y esto es natural, el absolutista, el del antiguo régimen; y es el otro, por más que parezca extraño, el partido progresista. Ambos siguen aún enfrente el uno del otro, en la misma actitud que en 1812. No han dado un paso hacia adelante. Todas las filosofías y toda la ciencia económica, política y social que se han descubierto o que se han divulgado desde entonces hasta ahora han sido inútiles para ellos. No se vaya a entender esto de una manera sobrado material. No queremos negar que hay individuos en ambos partidos que saben cuanto hay que saber y que, como suele decirse, están al corriente de todas las novedades intelectuales. Lo que nosotros decimos es que el espíritu general, el carácter común, el alma colectiva de ambos partidos, absolutista y progresista, se ha quedado parada en el comienzo del siglo XIX. La filosofía del uno sigue siendo, aunque lo niegue, el enciclopedismo francés; la del otro, la frailuna de los padres Valcárcel, Ceballos y El Filósofo Rancio. En economía política defienden ambos partidos, salvo raras y honrosas excepciones, el sistema prohibitivo o proteccionista. En religión son ambos intolerantes, empeñándose el uno en que, si es posible, vuelva la Inquisición, y deseando el otro imponer por fuerza la libertad de cultos en una nación donde no hay un alma que no sea o que se atreva a decir que no es católica.

Ambos partidos están dominados de un españolismo estrecho y vulgar, que repugna a veces los verdaderos adelantos y que llena los corazones de perjudicial suspicacia o de enojo impotente, ora contra la pérfida Albión, ora contra la vanidosa Francia. San Quintín y Pavía, el Gran Capitán y el duque de Alba, salen a relucir a cada paso en los escritos de los hombres de estos partidos. Ambos son también democráticos a su modo. El absolutista es como el procurador de los pobres, y quisiera restablecer aquel socialismo grosero, que ya se hundió para siempre; la tasa, la amortización, los bienes extensísimos de los propios, la sopa de los conventos, la prohibición de acotar y roturar tierras. El progresista sueña y se deleita aún con la institución de la Milicia nacional, y quisiera que los ciudadanos anduviesen armados, como los bárbaros de las edades primitivas. En su manía de hacer de todo una institución, hace una institución hasta de la Prensa, y convierte a los escritores públicos en una especie de gremio o Cofradía.

Al lado de estos partidos, que representan aún la España de hace cuarenta años, hay otros dos partidos extremos, que representan la España de hoy, que son un progreso, aunque no diremos si benéfico o dañino. Hablamos del partido democrático autonómico y de los neocatólicos o neoabsolutistas, que de ambos modos pueden y suelen llamarse. Estos dos partidos están a la altura del movimiento intelectual de Europa se hacen cargo de todos los problemas sociales y políticos que agitan hoy el mundo y se esfuerzan por resolverlos. Entre tanto, el partido liberal conservador, el partido del justo medio, que es cauta y eminentemente progresivo, ha tenido que salirse de entre los dos partidos antiguos, absolutista y progresista, que ya tienen corta significación en la esfera intelectual, y ha tenido que adelantarse y que venir a ponerse entre estos dos partidos nuevos para servirles como de árbitro y para ser, con su virtud moderadora, el fiel de la balanza del uno y del otro.

Durante el movimiento progresivo que ha habido en la nación y en sus hombres políticos, ha ocurrido un caso natural, aunque lamentable. Para comprender lo que ha ocurrido, conviene maginar un ejército, compuesto de diversos regimientos y escuadrones, el cual, al hacer una evolución rápida, arroja de su formación a muchos soldados de todas clases; pero estos soldados, en vez de volver a sus compañías, se juntan todos en cierta unión, sin lema ni bandera, y se dan al merodeo, sin curarse ni acordarse de los honrosos y bien disciplinados tercios a que han pertenecido.

Teniendo, pues, que lamentar esta ocurrencia y sus pésimas resultas, y siendo la posición de los partidos la que hemos indicado ligeramente, hubo de componer el señor González Bravo su discurso, y es menester no olvidarlo, a fin de entenderlo mejor. Los que se han ido con los que merodean en el campo de la política, sin importárseles nada de las doctrinas o adoptándolas todas en torpe y confusa mezcolanza, y los que se han quedado rezagados, sin ver siquiera el camino que los demás han hecho, éstos no entenderán el discurso del señor González Bravo, y no podrán ver en él las verdaderas ideas del partido liberal-conservador. Los antiguos progresistas le juzgarán más progresista que son ellas, y tendrán razón de sobra. Los neocatólicos, que nacieron del partido liberal-conservador y que aún creen muchos o aparentan creer que son los hombres de dicho partido, también renegarán del señor González Bravo, y estarán muy en su derecho. Pero nosotros, que no creemos que el partido liberal conservador es fósil e inerte, sino que es un ser colectivo, orgánico y lleno de vida, el cual, sin alteración de su esencia, adelanta y se desenvuelve, con el andar del tiempo, nosotros aceptamos todas las doctrinas políticas del discurso del señor González Bravo como legítimas y propias de nuestro partido.

Nosotros creemos con él en lo irrevocable de las revoluciones: en la aceptación forzosa de los hechos consumados; en que no se debe «pensar en lo que murió, sino como en una enseñanza para mejorar lo que vive y lo futuro», y en que «soñar en restauraciones es manía sin excusa». En una palabra: tenemos confianza en la marcha de la Humanidad, y consideramos santo y bueno cada uno de sus pasos, porque están guiados por la Providencia. «Va el hombre a donde le lleva la ley de su ser, que es ley divina; va a vivir, esto es, a llenar la evolución de su existencia como ha querido Dios que la llene; marcha, pues, guiado por la revelación continua de Dios.» De este movimiento indefectible y providencial deduce el señor González Bravo la necesidad de la libertad humana en todas sus manifestaciones, si no queremos ir contra lo prescrito por la misma Providencia. Quiere libertad de conciencia para que el hombre «explaye su fe sin otros límites que los de la justicia»; libertad de enseñanza, de imprenta y de palabra, sin más restricción que la ley del decoro, «para asimilarse, perfeccionar y difundir sin excepción alguna todo cuanto sea asunto honesto del conocer», y quiere, por último, libertad de industria, libertad de asociación y libertad de comercio.

Hace el señor González Bravo el panegírico de las revoluciones pasadas, y celebra y justifica sus obras, diciendo de ellas, si nos es lícito comparar lo sagrado con lo profano, lo que dijo Dios de las suyas en los días de la Creación: que erant valde bona. La caída del poder teocrático absoluto casi la canta el nuevo académico en un himno triunfal. «El país - dice- ha rescatado con afanes muy dolorosos y a grandísima costa el señorío de su inteligencia, el de los campos que cultiva, el del hogar donde se calientan y crían sus hijos; su voluntad, en fin, y el fruto de sus sudores. Hagan cuanto imaginar puedan los

imprudentes que otra cosa murmuran «a oídos por donde las verdades del bien general debieran atreverse a buscar entrada fácil», la monarquía y el gobierno político se han secularizado; también la enseñanza y la ley, el concejo, el santo asilo de la familia y hasta la moral se han hecho seculares, y no hay fuerza humana poderosa a contener el ímpetu del pensamiento y la propagación vencedora de sus manifestaciones, ni a desbaratar la nueva y a cada instante más trabada contextura de los intereses mundanos. Esto es, señores, el progreso cumplido.»

Pero este progreso, aunque cumplido, no ha terminado ni puede terminar, sino que se extiende y se perpetúa y ha de seguir siempre en toda la prolongación de las edades por venir. Tal es la fe profunda que tiene el señor González Bravo en la libertad y en el progreso. Mas por su desdén de la popularidad fácil, que se logra proclamando una igualdad mentida e imposible; por su aborrecimiento de que el progreso se realice por medio del vulgo inconsciente y de un modo tumultuario; por su amor a conservar lo existente mientras no esté creado y cimentado con solidez lo que ha de sustituirlo, y por su reverencia al privilegio de la aristocracia como garantía de la libertad, por más que repugne a los niveladores; por todo esto, decimos, se diferencia el señor González Bravo y pone un altísimo valladar, como lo ponen todos los hombres juiciosos de su partido, entre sus doctrinas y tendencias, y las tendencias y doctrinas de los demócratas.

Hecha así su profesión de fe política, el señor González Bravo nos explica también en breves y elocuentes palabras cuáles son sus aspiraciones: el señor González Bravo quiere legalizar, sentar sobre fundamento firme y seguro todas las conquistas de la revolución; quiere «modelar el Estado y esculpirlo vigorosamente según la gran significación de este novus rerum ordo».

En la tercera parte de su discurso habla el nuevo académico de la elocuencia, y singularmente de la elocuencia hablada. La libertad es, sin duda, el origen de este don divino. Dios le concede rara vez a los pueblos y a los hombres que no son libres.

El señor González Bravo trata de demostrar, en la última parte de su discurso, que esa libertad per que ha abogado en las dos primeras es indispensable el desarrollo, eflorescencia y granazón de los más sazonados frutos de entendimiento humano, de la ciencia y del arte, y toma la elocuencia como prueba y particular ejemplo de su proposición general. «En España -dice- enmudecieron nuestras tribunas porque el genio se aniquiló bajo el poder despótico de los reyes y de los inquisidores, que mutuamente se auxiliaban con sus respectivas fuerzas; degeneró entonces todo, cátedras y togas, buriles, pinceles y liras, hasta la elocuencia sagrada, la más hermosa que concebirse puede, al embate de las ardientes y corruptoras aberraciones de la humildad ascética y de la soberbia monárquica.»

Publicado, como ha sido, en nuestro periódico el discurso del señor González Bravo, y conocido sin duda de nuestros lectores, nos parece excusado y hasta expuesto el extractar y resumir en pocas palabras lo mucho y bueno que sobre la elocuencia española y sobre algunos de nuestros mejores oradores se dicta floridamente en el citado discurso. Aquí dejaríamos, por consiguiente, de hablar de él si no fuese porque queremos hacernos cargo de una cuestión que el señor González Bravo promueve y resuelve, y con cuya resolución no estamos completamente de acuerdo. El señor González Bravo pretende, contra la

opinión de Hegel, que la narración histórica y la oratoria sean asuntos de la estética, lo mismo que la poesía. Nosotros creemos que el señor González Bravo ha incurrido en una equivocación, refutada ya por el mismo Hegel amplia y victoriosamente. El pensamiento especulativo, que es el propio de la poesía, tiene otra manera de obrar muy distinta del pensamiento lógico o del pensamiento común, que son propias de la prosa. Para la clara y perfecta explicación de todo esto, remitimos a los lectores a la estética de Hegel. Nosotros no la explicamos aquí por no pecar de prolijos. Además, la elocuencia prosaica, sea cualquiera la forma que tome, está subordinada y encaminada a un fin práctico, mientras que la poesía tiene por objeto principal la creación de la belleza.

No es esto decir que no haya, que no deba haber y que no pueda haber poesía, o lo que vulgarmente se llama poesía, en narraciones históricas y en discursos. Mas no porque cierto elemento poético entre accidentalmente en estas obras, se han de considerar ellas como poéticas y ser asunto de la filosofía de lo bello. Ateniéndonos a esta razón, bien pudiéramos extrañar que no fuesen también asunto de la estética las ciencias naturales y la filosofía. Con dificultad se hallará en ningún discurso pronunciado, ni en ninguna historia, más carácter y rasgos poéticos que en las descripciones de Buffon o en los Estudios de la Naturaleza, de Bernardino de Saint-Pierre; que en el Fedon, en el Banquete o en el Filebo.

Que hay obras de imaginación en prosa, esto no se puede negar; el Quijote y un sinnúmero de novelas y de comedias dan de ello testimonio: pero todas estas producciones entran bajo el dominio de la Estética o Calología. Hasta hay poemas en prosa, como el Telémaco, de Fenelón. Nosotros, con todo, nos inclinamos algo a creer en aquella severa sentencia de Kant que dice que «la poesía en prosa es prosa en delirio».

Un estilo descarnado y seco nos aflige; pero más nos aflige aún que, donde deben hablar la razón, el discernimiento y el recto juicio, hable una fantasía descarriada y trashumante, y en vez de argumentos y de raciocinios nos agobie con una lluvia de pesadísimas flores contrahechas de papelón y de oropel. La propensión de nuestros escritores y oradores de ahora los lleva a incurrir en este defecto, y la tesis del señor González Bravo los anima a que en él incurran, por lo cual nos hemos detenido en combatirla.

Por lo demás, aun eso que se llama poesía de la prosa es y debe ser de muy diferente modo que según ahora se entiende, y no ha de traspasar los límites de la sencillez y naturalidad. Platón, después de referir la muerte gloriosa de su maestro, hace de él este breve elogio: «Tal, ¡oh Execrates!, fue la muerte de nuestro amigo, varón excelente, bien podemos decirlo, y el más discreto y justo de cuantos hemos tratado.» En el día de hoy no hay pelafustán ni limpiabotas de quien no se haga más pomposo elogio cuando se muere, de cualquiera muerte que sea. Lo enfático y lo hiperbólico privan, y es menester refrenar esta inclinación en vez de darle alas.

Sobre la política de «El Contemporáneo»
Cartas al señor don José Luis Alvareda

- I -

Mi querido José Luis: Si ayer hubiera yo tenido la dicha de estar sentado al lado tuyo en el Congreso, hubiera también pedido la palabra para defender el periódico de cuya Redacción he formado parte. Bien sé que no necesitaba el periódico de mi débil voz; la tuya lo ha defendido con brío, con energía, con apasionada elocuencia; pero yo, al defenderlo, tenía que cumplir con un deber, y tenía, asimismo, que defender muy singularmente mi propia personalidad, aunque pequeña y oscura, blanco de las acusaciones del partido teocrático-absolutista, del que ayer el señor Nocedal fue eco. Personas hay que suponen que yo tengo en gran parte la culpa de cuanto El Contemporáneo ha dicho de más heterodoxo, así en el sentido moderado o liberal-conservador, como en el sentido religioso; y algunas, como los redactores de El Pensamiento Español, han tratado de expulsarme, no ya de la parcialidad política bajo cuya bandera milito, sino del gremio de los fieles. Dotado el señor Nocedal de muy superior discreción a la de los redactores de El Pensamiento, no ha llegado hasta el punto de querer excomulgarme; pero sí me ha querido lanzar del partido conservador, suponiendo que mis doctrinas, así las que son comunes a todos los redactores de El Contemporáneo como las propias mías, las exclusivamente mías, por haberlas yo sostenido bajo mi firma o con mi palabra, no son las doctrinas del partido moderado, están fuera del credo político de este partido y no son su legítima consecuencia.

Pudiera escudarme con la aprobación tácita de todos los prohombres de mi partido; pudiera decir que durante cerca de tres años he dicho siempre lo mismo: no he disimulado mis opiniones, no las he amoldado ni ajustado dentro de ninguna fórmula de las que ofrece el señor Nocedal, y, sin embargo, nadie ha dudado de mi moderantismo. Así me han aceptado por liberal-conservador; así soy y no puedo ser de otra manera. Si ahora hay alguien que piense que los moderados no son como soy, deme otro nombre y llámeme como guste. No seré yo quien varíe; será tal vez quien así me califique. Pero yo no quiero defenderme de este modo. Quiero defender mis doctrinas, no mi persona. Al defender mis doctrinas, el que no las acepte por suyas, que no las acepte. Yo soy modesto, y no he de convertirme en apóstol y hacer propaganda.

En primer lugar, conviene tener en cuenta que todos estos moderados reaccionarios, absolutistas-teocráticos, neocatólicos o como quieran llamarse, tienen más de retores que de oradores; son disertos, sutiles, ingeniosos, agudísimos, amenos, entretenidos; pero ni tienen pizca de razón ni más verdadera ciencia política que la del vulgo. Donoso Cortés era un hombre de ciencia y un hombre elocuente. Sus discípulos no le imitan sino en lo segundo, y en esto el señor Nocedal descuella sobre todos.

En cuanto a las teorías políticas del señor Nocedal, fuerza es confesarlo, no son ningunas, o, si se quiere, son la infancia de las teorías. Los discreteos del orador, su arrogancia, su serenidad, su seguridad, el primor de su palabra, lo galano y culto de su frase, todo deslumbra y seduce. Pero cuando el hombre reflexivo penetra en el fondo del discurso del señor Nocedal no halla nada serio, nada verdaderamente científico, lo cual, en último resultado, es una fortuna para mí, que podré refutarle con el mero sentido común sin penetrar tampoco en honduras.

Voy, pues, a tocar aquí los puntos capitales por donde, según el señor Nocedal, no pertenecemos, o no pertenezco yo, al partido moderado.

1.º Que defendemos la libertad de cultos. El señor Nocedal se equivoca en esto. Ni El Contemporáneo en ninguno de sus artículos, ni yo por escrito o de palabra, hemos defendido jamás tal cosa. Nosotros creemos que la vida del protestantismo, que su movimiento expansivo, que su virtud de extenderse y de propagarse, tocan ya a su fin. Creemos, además, que España, eminentemente católica, altamente repulsiva de la idea protestante, cuando esta idea estaba en su mayor crecimiento, no había de incurrir en el ridículo anacronismo de querer ser protestante ahora. Mahometanos, budistas o fetichistas no hemos de ser. Todos somos y queremos seguir siendo católicos.

Nadie, aunque allá en el fondo de su alma sintiere la espantosa enfermedad, el deplorable infortunio de carecer de fe se atreverá a decirlo en España, ni mucho menos querrá hacer una religión, un culto, de no tener religión ni culto alguno. Luego es absurdo, inoportunísimo, anacrónico y hasta ridículo, en nuestro sentir, y sea dicho con perdón de las Cortes Constituyentes, pedir la libertad de cultos para España. Y si ésta es nuestra opinión, expresada ahora quizá harto crudamente, y si tal ha sido siempre nuestra opinión, ¿cómo hemos de defender ni cómo hemos de haber querido defender jamás la libertad de cultos en España? Nosotros no hemos pedido nunca ni hemos defendido otra cosa que la tolerancia racional, indispensable, inevitable en el día, si hemos de pertenecer a esta magna república de todas las naciones europeas, si hemos de ser dignos del gran consorcio humano y si hemos de entrar en la armonía y en el movimiento civilizador de nuestro siglo. Nosotros hemos abogado sólo por aquella tolerancia que muchos padres santos han pedido en favor de los arrianos y de otros herejes más perniciosos, a fin de que, respetándolos los Gobiernos católicos, fuesen a la vez respetados por los gobiernos no católicos nuestros correligionarios y aun nuestros compatriotas que viven en sus dominios. La tolerancia que nosotros hemos pedido y que nosotros deseamos, esta tolerancia, lejos de romper la unidad católica de nuestra nación, la robustecerá y la perpetuará, y dará el más claro, el más hermoso, el más limpio testimonio de ella. Será la unidad católica libremente aceptada por todos los fieles y religiosos españoles; no la unidad católica impuesta violenta y cruelísimamente.

2.º Que defendemos la libertad absoluta del pensamiento.

Nosotros no hemos dicho jamás que sea impecable todo el que escribe. Escribiendo, hablando, pensando, hasta soñando, puede pecar el hombre. Lo que no queremos es que se le ate, que se le deje manco, que se le deje mudo, que se le corte la lengua o que se le ponga una mordaza para que no peque. Entienda, pues, el señor Nocedal que queremos la libertad de pensar como queremos la libertad de andar, como queremos la libertad de vivir. Viviendo se peca, y no por eso deseamos que se mate a nadie a fin de evitar el pecado. La previa censura, mal disimulada en la ley que lleva el nombre del señor Nocedal; el derecho concedido a un funcionario público de impedir que yo hable o que yo exprese mi pensamiento si no está conforme con el suyo, esto es lo que nos repugna, esto es lo que no

queremos de ninguna manera. Y por lo mismo que somos católicos aunque no nos jactamos de serlo a todo propósito, no queremos que un fiscal de imprenta, lego acaso, y que acaso no sepa muy bien el Catecismo (hablamos en general), sea juez de nuestra ortodoxia y borre de nuestros escritos el nombre de Dios, no sea que le profanemos. En el reino de Nápoles llegó esto hasta el punto de que no se podía decir ni siquiera diablo. Las memorias del Diablo, comedia, se anunciaba siempre Las memorias de un mal genio, y el adverbio eziandio estaba prohibido en todo escrito porque traía dio al final.

Por otra parte, España no puede levantar en sus costas y fronteras un valladar que ataje la corriente del espíritu humano. Todo lo malo y todo lo bueno que trae esta gran corriente consigo tiene por fuerza que penetrar en España, y tiene que lanzar también nuestros espíritus en esa corriente. Si por temor de caer en ella no nos arrojamos, la corriente nos arrastrará y nos llevará por donde vaya. Si tenemos el valor de echarnos a ella, contribuiremos a darle una buena dirección; tomaremos parte en la grande obra; figuraremos entre los pueblos que van al frente de la civilización; no se volverá a decir más de nosotros lo que decía Escalígero: *Aliqui lusitani docti, pauci vero hispani*.

Nosotros, que hemos llevado la civilización y la fe de nuestros padres a América; nosotros, que hemos contribuido en gran manera y contamos por mucho, aunque los extranjeros lo nieguen, en la historia de la civilización del mundo, no hemos de ir ahora a convertirnos en fósiles, ni hemos de ir a emparedarnos y a separarnos de todo comercio humano espiritual por temor de que nos seduzcan, de que nos engañen, de que nos extravíen, de que se vayan a perder nuestra inocencia y nuestro candor patriarcal. Esto sería una sandez digna de los paraguayos y del doctor Francia.

3.º Que hemos defendido la soberanía nacional.

Pues entendido esto de cierto modo, ¿cómo no ha de defenderse? ¿Cómo en pleno siglo XIX hemos de tener nosotros una idea del Estado y del Gobierno como la que tiene el señor Nocedal? Dicho por él (¡tan maravillosa es la magia de su estilo!), no hay aserto que no parezca discreto. Pero si nosotros, que carecemos de la magia de estilo que en el señor Nocedal admiramos, nos descolgásemos ahora, cuando ya no hay doctrino en Madrid que no haya leído a Ahrens y a otros mil autores de filosofía del derecho, con que el Estado es como una casa donde el Gobierno hace el papel de padre de familia o de ayo y el pueblo el de niño chiquito o de pupilo, y donde el Gobierno cuida de que el niño o pupilo no se ponga enfermo, ni se caiga, guiándole y llevándole de la mano y apartando de sus labios, todo alimento nocivo, etcétera; si nosotros, repetimos, saliésemos con todo esto y lo dijésemos con formalidad, hasta las piedras se reirían.

Ya comprenderá el señor Nocedal que nosotros hemos tenido que buscar una determinación de la idea del Estado algo menos casera. Y como no creemos en el derecho divino, inventado, o al menos puesto en moda en el siglo XVII por jurisconsultos aduladores, hemos buscado nuestra determinación de la idea del Estado, y nuestra doctrina sobre el origen de la soberanía, en los grandes teólogos publicistas de la Edad de Oro de nuestra literatura: en Domingo de Soto principalmente.

En la polémica que sobre este punto tuvimos con La España llamamos en nuestro auxilio a La Esperanza, y La Esperanza recordará, y no negará ahora, que nos dio entonces la razón, apoyándola en autoridades de Belarmino y de otros autores que para el señor Nocedal no deben ser sospechosos.

Nosotros creemos que la soberanía, en su origen, está en el pueblo, instrumento de que se vale Dios para concederla a quien quiere y a quien importa. No hay potestad que no venga de Dios, en primer lugar porque nada hay que de él no venga, y en segundo lugar, porque la muchedumbre, divinitus erudita, como guiada y enseñada por el mismo Dios, pone las bases y echa infalible y firmemente el cimiento de toda sociedad humana. Entendida la doctrina de este modo, no se ha de negar que la soberanía reside, es inmanente en la nación; pero la nación vive y se extiende por toda la prolongación de su historia, y no se muestra como soberana y como constituyéndose a sí propia a cada momento.

La turbación del orden establecido, el trastornar o subvertir las firmísimas bases sobre las cuales ha puesto la nación al Estado y se ha creado, por decirlo así, a sí misma, cualquiera revolución, en suma, es un acontecimiento anormal, pavoroso, terrible, en que tal vez la generación de una edad se levanta contra las generaciones pasadas y trata de destruir en un día la obra que ha tardado siglos en elevarse; en que tal vez el ensueño, la pasión, la aspiración de un momento trata de sobreponerse y de acabar con la sabiduría y la experiencia secular, y trata de sustituir con una vana teoría, forjada en un gabinete, leyes, instituciones y creencias venerandas que tienen su raíz y el principio de su ser en las mismas entrañas de la Historia. Tal es nuestro pensamiento con relación a las revoluciones y a las novedades que por medio de un levantamiento popular quieran introducirse. Tal es nuestra opinión con respecto al elemento tradicional e histórico que debe ser respetado. De esta suerte entendemos nosotros y hemos siempre entendido la soberanía nacional. ¿Es esto ser progresistas? ¿Es esto ser demócratas? Si lo es, no lo negamos; somos demócratas y progresistas.

Nosotros, aunque respetamos y tenemos muy en cuenta el elemento histórico y tradicional, y aunque en este sentido somos conservadores, queremos y pedimos el progreso, y no comprendemos las instituciones como una petrificación, sino como un cuerpo, como un ser, como algo de vivo y de orgánico que se desenvuelve, que cambia de condiciones, que se modifica y transfigura; y

4.º Que nosotros hemos dicho que el partido democrático es legal. ¿Y qué culpa adquirimos con esto? ¿Y por qué no hemos de decirlo? ¿Acaso no son legales más que los partidos que aceptan las leyes, las teorías y la Constitución que hoy existen? ¿No es lícito aspirar a la modificación, al cambio, a la radical transfiguración, aunque lenta y pacífica y por medio de la persuasión y de la propaganda, de la forma política y del régimen en que hoy vivimos? Pues si esto no es lícito, tan fuera de la ley está El Pensamiento Español como La Discusión; tan fuera de la ley está el señor Nocedal, aunque lo quiera encubrir, como el señor Rivero.

Este comunicado, carta o como quieras llamarle, va ya siendo muy largo. Dejo, pues, para otro día el defenderme de un pecado que es más propio mío que de mis compañeros de Redacción y de oposición en el Congreso: de mi amor y de mi entusiasmo por la revolución italiana.

En este punto no quiero que nadie sea cómplice conmigo; quiero estar solo, y si me excomulgan, que me excomulguen. A bien que las excomuniones de los legos no hacen mal al cuerpo ni al alma. Espera, pues, mi querido José Luis, otra carta no menos prolija que ésta. Que dé Dios paciencia a tus lectores.

- II -

Yo no quiero ni puedo excusarme de llenar aún siquiera dos columnas de tu apreciable periódico haciendo mi apología; conque así, ten paciencia y que la tengan los lectores.

Entre las infinitas desgracias que vienen sobre mí como llovidas, no es la menor la de estar en pugna muy a menudo con las personas que más estimo. El señor Nocedal es una de estas personas. Su claro entendimiento, la energía varonil de su carácter, su facundia, la agudeza de su ingenio y hasta su desenfado me enamoran. Y, sin embargo, ni yo puedo sufrir sus jeremiadas absolutistas, ni él sufre tampoco mi liberalismo. Es un verdadero dolor, lástima grande, como diría Argensola o fray Gerundio, que nunca nos pongamos de acuerdo.

A veces, preciso es confesarlo, he sido yo quien ha atacado al señor Nocedal. Su discurso de la Academia sobre la novela y su contestación al discurso académico del señor González Bravo han sido objeto de mi censura. Pero, a pesar de todo (y esto pone de realce otra excelente prenda moral del señor Nocedal), el afecto de este señor hacia mí no se ha alterado ni entibiado en lo más mínimo. El señor Nocedal, en algunas ocasiones, me ha dado pruebas de que me quiere bien, interesándose en favor mío.

Esto no obsta para que el ataque de anteayer viniese a dar principalmente sobre mí, aunque el señor Nocedal no llegase a nombrarme. Yo soy el demócrata, yo soy el garibaldino, el antipapista que más ha inficionado la pureza del dogma conservador, como el señor Nocedal lo entiende. Yo soy la migaja apenas perceptible de levadura que más propende a corromper y alterar, con fermentación revolucionaria, toda la masa del partido amante del orden por excelencia.

Ya comprenderás tú, mi querido José Luis, que debo defenderme de estas acusaciones, no sólo en lo que alcanza también a El Contemporáneo, sino en lo que a mí solo me alcanza.

En primer lugar, y como por vía de proemio, hablaré de si somos demócratas o no lo somos.

Menester es que la confusión de ideas sea enorme en España para que nos tilden de pertenecer al partido democrático, de inclinarnos a él vergonzosamente, de tener cierta afinidad y simpatía con dicho partido. Aquí o se ignora o se finge ignorar qué sea democracia cuando tales especies se divulgan. Aquí ya no nos entendemos.

Pues qué ¿hemos de rechazar y borrar de nuestro credo político multitud de artículos que La Discusión estampa en cada uno de sus números como programa? Podrá errar o acertar, ésta no es la cuestión ahora, el que desee para España «unidad de legislación y de fuero, libertad de comercio, de crédito, de industria y de trabajo; seguridad individual garantizada, elecciones independientes del Gobierno, cierta descentralización administrativa, participación de las colonias en la representación nacional, inamovilidad de los jueces» y otras infinitas cosas que La Discusión pide. Pero así como La Discusión, las pide, ¿no podrá pedir las también el hombre más eminentemente aristócrata de la Tierra? ¿Qué tiene nada de esto que ver con la democracia?

La mayor parte de los artículos del programa o credo de La Discusión es el resultado, la última palabra de la ciencia, y no hay joven que salga de las universidades que no los acepte, si no quiere renegar de cuanto le han enseñado. El verdadero espíritu, la esencia, el ser de la democracia, su índole y su distinción característica no están en nada de eso. Nosotros hemos combatido siempre aquello en que está. Con lo que ha escrito el que suscribe contra la democracia, y que por ser de poco valer no conoce el señor Nocedal, se puede formar un grueso volumen.

Con todo, aunque no le importe a nadie, a mí me importa dejar aquí consignado, puesto que de demócrata se me acusa, que solamente en El Estado publiqué una serie de artículos contra las lecciones del señor Castelar en el Ateneo, y otra serie no menos larga contra su fórmula del progreso.

Si yo fuese demócrata, o si lo fuese El Contemporáneo, ¿para qué habíamos de ocultarlo? A mí no me ofende que me llamen demócrata, si así lo creen. Lo que me ofende es que alguien imagine que lo encubro por debilidad o por otra causa cualquiera.

Voy a recordar aquí una ocasión en que El Contemporáneo fue tan aristócrata como el señor Nocedal en su elegante discurso de anteayer; una ocasión en que coincidimos por completo con el señor Nocedal. Nosotros, en el democrático Contemporáneo, hemos defendido la senaduría hereditaria, hemos defendido la nobleza de sangre, hemos ensalzado la aristocracia casi con las mismas razones, casi con los mismos argumentos de que se valió el señor Nocedal. Dijimos, como él, que nos pesaría de ver de estanquero o de sastre al descendiente por línea recta de Cristóbal Colón o del Gran Capitán; dijimos, como él, que un privilegio, como el de la senaduría y el de las vinculaciones, en pro de tales nombres, no es en realidad un privilegio, porque redundaba en honra y en gloria de toda la nación; dijimos, como él, que la transmisión de la gloria por medio de la sangre es un sentimiento tan natural y tan arraigado en todos los corazones, que no hay demócrata, por obstinado que sea, que a él no se rinda; dijimos, por último, como él, que aquellos que llevan el nombre y

los títulos de los héroes de nuestra historia son como monumentos vivos y semovientes de nuestra pasada grandeza, en la que el pueblo se complace y en la que toda alma generosa halla estímulo y nobilísima causa de emulación.

Nosotros fuimos más allá aún en nuestra coincidencia con el señor Nocedal. Nosotros reconocimos que la igualdad más a menudo es enemiga que compañera de la libertad; nosotros declaramos que la libertad tiene que tomar a veces la forma de privilegio y apoyarse en jerarquías sociales; nosotros, en suma, aprobamos y encomiamos teórica y especulativamente la senaduría hereditaria. Verdad es que en la práctica no la aprobamos entonces ni la aprobamos ahora, aunque no la reprobemos tampoco; en la práctica, al menos a mí, esta cuestión me es harto indiferente; en la práctica imito en este punto al padre que tenía dos hijos, uno comerciante en trigo y labrador el otro; y deseando el uno que no lloviese para vender caro su trigo, y el otro que lloviese para tener buena cosecha, decía el padre, orando de este modo:

Todo esto nace de una razón muy obvia; todo esto nace de que en España, aunque hay mucha nobleza y muchos nobles, no hay aristocracia, ni la aristocracia es cosa que se crea por una ley donde no la hay. Nuestra nobleza hace tiempo que es áulica y que no es un poder político, ni quiere serlo, ni siente el estímulo de serlo. Nuestros próceres, nuestros grandes señores valen y son mucho como individuos. Entre ellos hay varones clarísimos en letras y en armas. Quizá no cuente proporcionalmente Inglaterra entre sus lores sujetos tan distinguidos como nosotros entre nuestros grandes y títulos de Castilla, Toreno, Frías, Rivas, Molins y otros varios dan testimonio de esta verdad. Pero como clase, como cuerpo, como entidad colectiva, ¿qué vale ni qué importa la aristocracia en España? ¿Piensa el señor Nocedal, ora sea ministro, ora diputado elocuente, que va a imitar el milagro de la resurrección de Lázaro, que va a lograr con su voz taumatúrgica que se levante y marche lo que yace para siempre?

Las cosas que han muerto, bien muertas están. Dios lo ha dispuesto así. Dejémoslas tranquilas en su sepulcro. Pero no se culpe a la revolución, no se culpe a la democracia novísima de esta muerte de la aristocracia española. Cúlpese a la rancia democracia, absolutista y frailuna. Ella fue quien animó y ayudó a los reyes; ella la que se infiltró en nuestras instituciones y en nuestras costumbres; ella la que inspiró a nuestros poetas para que hiciesen la apoteosis de don Pedro el Cruel humillando a los nobles y para que hallasen el tipo del caballero en Sancho Ortiz, bravo o matón de su rey, o en el conde Alarcos, que asesina a su bella, virtuosa y enamorada mujer para satisfacer un capricho de la señora infanta.

Antes de que la revolución visitase nuestro suelo da Jovellanos noticia de la postración de nuestra aristocracia, y la lamenta, y llama a la plebe denodada para que la suplante. En nuestros días, ¿qué hace el marqués de Molins, en sus Recuerdos de Salamanca, en una de las más hermosas composiciones poéticas que en castellano se han escrito, sino decir divinamente lo mismo que en vil prosa se está diciendo aquí?

Pero dejo ya a un lado la cuestión de nuestro democratismo, y paso a hablar de mis simpatías por la revolución italiana.

Bueno será, antes de todo, que se sepa que yo tengo una afición grandísima a Italia, donde pasé los mejores años de mis mocedades. Recordando aquella época dichosa de mi vida, puedo yo decir, aunque indigno, lo que dice el gran cantor de las Geórgicas hacia el final de tan admirable poema:

Esto disculpará, o explicará al menos, el entusiasmo y el calor con que yo trato un asunto en el cual dirán muchos que valdría más que no me mezclase, ya que en ello no me va nada.

Pero ¿cómo me he mezclado yo en este asunto, cómo lo he tratado, para que así merezca la reprobación de los que se llaman moderados puros? ¿Será acaso porque no aceptan los hechos consumados por ninguna revolución; porque condenan todo movimiento popular; porque todo destronamiento de un príncipe es una cosa tan execrable que no puede jamás ser perdonada?

Consideradas moralmente, ya dije en mi carta anterior que miro las revoluciones como un fenómeno pavoroso, terrible, que se debe evitar; pero consideradas las revoluciones desde cierto elevado punto de vista, no pueden ni reprobarse ni aprobarse. Son hechos providenciales, sin los que ni la Historia ni el movimiento de la Humanidad se explicarían. Triste cosa es un terremoto; ciudades enteras y hasta islas y continentes dicen que se han hundido al empuje violento de esa fuerza volcánica que esconde en su seno nuestro globo; pero sin esa fuerza volcánica no se hubieran alzado tampoco sobre la superficie llana de la tierra las sublimes cimas de los montes, que se coronan de apiñadas nubes y que se cubren de blanquísima nieve, la cual desciende luego a fecundar y a hermohear las vegas y los frondosos valles en abundantes ríos.

Las revoluciones, los destronamientos, las rebeldías de los vasallos contra sus príncipes legítimos, no son tampoco novedades lastimosas de estos tiempos calificados de apocalípticos por los neos. Inglaterra ha destronado dos veces a sus soberanos en el siglo XVII; en Rusia, sin que la democracia entrase para nada en la conjuración, han ahogado al zar en su propio lecho; en Italia misma ha habido en otras edades multitud de usurpaciones, de revoluciones y de destronamientos. Sería interminable la lista de los casos de esta clase que registra la Historia. El mundo está perdido; pero su perdición data de las edades primeras, y no es perversidad reciente que debamos extrañar.

Sentado esto, ¿qué hay de peor en la revolución italiana que en otras revoluciones para que así nos ensañemos contra ella? En 1830 y en 1848 destronaron los franceses a su soberano, y reconoció España al Gobierno nacido de una y de otra revolución. ¿Por qué no reconoce lo mismo al nuevo Gobierno de Italia? ¿Qué mayor crimen ha cometido Italia que Francia? ¿Dónde está la diferencia entre uno y otro caso?

En mi sentir, hay diferencia, pero es en favor de Italia. Carlos X era el nieto de San Luis, era un soberano nacional, representaba y llevaba en sí por herencia toda la grandeza, toda la

gloria, toda la majestad de Luis XII, padre de la patria; de Francisco I, el rey caballero, poeta y artista; de Enrique el Grande y de Luis XIV, que dio nombre a su siglo y a Francia la supremacía civilizadora y política entre las demás naciones. Luis Felipe era el elegido del pueblo, era también de stirpe real, y era sabio, virtuoso y prudente; había dado a Francia paz y prosperidad; bajo su cetro habían florecido las artes, las letras y las ciencias, y su imperio y sus súbditos eran respetados admirados y envidiados. Cayeron, sin embargo, estos reyes, y España no lo lamentó, no lo anatematizó, como hoy se supone que lamenta la caída de Francisco II y la de los príncipes, feudatarios de Austria, instrumentos de la dominación extranjera en el propio país que dominaban, refugiados en el campamento de los que humillaban a su nación.

¿Podía Italia ser independiente, podía salir de la postración en que estaba, podía levantar su nombre sobre el injusto y crudelísimo desprecio con que la trataban todos los pueblos de Europa sin llevar a cabo esa revolución que tan injustificada y abominable parece a algunos? Que ha necesitado del auxilio extranjero, dicen para denigrarla. Grecia lo necesitó también. Sin el cañón de Navarino, aún estaría en poder de los turcos. Y ¿se niega por esto que la revolución de Grecia fue gloriosa? Infinitamente menos gloriosa fue la de 1688 en Inglaterra, y gloriosa la llaman los ingleses, y desde ella arrancan el mayor desenvolvimiento y la grandeza del poder británico.

Por este orden, y con razonamientos análogos a los que acabo de hacer, he disculpado y aun he defendido la revolución italiana. De ello no puedo arrepentirme ni enmendarme.

Nadie ha sentido más que yo la caída del rey de Nápoles. Le hubiera querido ver por delante de Víctor Manuel, arrojando de Italia a los austríacos y compartiendo con él las glorias y los peligros del combate, el lauro de la victoria y las fértiles campiñas del milanesado. No ha sucedido así: nuestra diplomacia, que debiera haber mirado por esto, no ha estado quizá muy acertada. ¿Qué hemos de hacer, ahora sino repetir aquello de *sunt lacrimæ rerum*?

En cuanto al Padre Santo, esto es, en cuanto al príncipe italiano que reina en Roma, lo que yo deseo es su reconciliación con sus súbditos y con los demás italianos que están bajo el imperio de Víctor Manuel. Yo no creo que un poder temporal, mayor o menor, sea artículo de fe, sea de la esencia del catolicismo, tenga nada que ver con el dogma, se pueda mirar como requisito indispensable al bien de la cristiandad toda. Ni la *Civiltà Cattolica*, ni el señor Sánchez en su eruditísimo libro, ni monsieur Guizot, ni nadie me ha convencido.

El poder temporal ha cambiado mil veces de condición, ha crecido y ha disminuido mil veces, y nuestra santa religión ha permanecido inmutable.

Lejos de pensar yo que las tendencias de nuestro siglo son anticatólicas, veo lo contrario: veo que el catolicismo, hablando humanamente y prescindiendo por un momento de las promesas divinas, tiene un grande e inmediato porvenir. El día en que llame a sí el espíritu de nuestro siglo para santificarlo, de lo cual ya se notan síntomas en el Congreso de Malinas, Dios querrá que venga a ceñirse la tiara un hombre predestinado, un gran genio como Gregorio VII o Alejandro III, y quizá vuelva el Papa a ser árbitro de la política de Europa, como lo fue en los siglos medios, y quizá las naciones cismáticas reconozcan su

supremacía y abjuren sus errores, y quizá, por último, dirija Roma, con mano firme y segura, todo el movimiento civilizador de Europa sobre cuantas razas pueblan el mundo, siendo, al propio tiempo, el Padre Santo como el presidente y la cabeza del Consejo Supremo en la gran Confederación de todas las potencias cristianas.

Miradas así las cosas, el señor Nocedal no extrañará que no acierte yo a dar suma importancia a que, de fuerza o de grado, vuelvan por ahora a poder del cardenal Antonelli Bolonia, Ferrara y algunas otras ciudades.

Es más: no creo prudente ni político que vayamos al futuro Congreso europeo con esta petición. ¿Para qué hemos de exponernos a un desaire? Mil medios hay mejores, más discretos y menos comprometidos de mostrar nuestro celo por la religión.

Ignoro si algo de lo que digo aquí se sale de los límites del moderantismo. Ignoro que el caso de la revolución italiana estuviese ya previsto por los moderados antiguos y comentado de cierto modo, fuera del cual no pueda comentarse sin dejar de ser moderado el comentador. Pero si hay algo de esto, reza sólo con los moderados de España: los de Francia, Bélgica, Italia, Portugal y casi todos los demás de Europa piensan como yo. Los Gobiernos de dichos países piensan también lo mismo, y han reconocido a Víctor Manuel por rey de Italia.

Siento haberme extendido tanto; pero no quiero retractarme ni quiero tampoco que me atribuyan lo que no he dicho.

- III -

Mi querido José Luis: Apruebo y hasta aplaudo la razonable y discreta resolución que ha tomado El Contemporáneo de no contestar a La España. Nadie ignora que tu periódico es liberal conservador y que sostuvo a este partido y que defendió sus doctrinas y su historia cuando La España lo había abandonado para hacerse unionista. Los argumentos de La España contra la ortodoxia de vuestro moderantismo no pueden, por tanto, tener fuerza ni autoridad alguna. Son por el estilo de los que pudiera hacer un señor que se fuese a Marruecos y estuviese por allá algunos años sirviendo a aquel emperador de imán o de muftí y pronunciando en la mezquita los más devotos sermones, y luego, cansado de aquella pícara vida, se volviese entre los cristianos y empezase a echarles en cara que durante su ausencia, habían olvidado su verdadera religión y se habían contaminado con todo linaje de herejías.

Estas y otras razones hacen lícito, y aun conveniente, que El Contemporáneo no entre en polémicas con La España; pero lo que es yo, personalmente atacado y declarado hereje, no sólo en política, sino en religión, bien es menester que me defienda un poco. Lo haré, sin embargo, suave y afectuosamente, porque, en mi prodigioso panfilismo, incluyo a la gente de La España, a quien estimo de veras. Así, pues, quiero que se entienda que lo que va dicho del imán o del muftí no pasa de ser un símil, y que la semejanza de las cosas no

arguye que sean iguales ni que encierren en sí los mismos grados de culpa. Con esta salvedad, paso adelante y entro en materia.

Siento con toda mi alma que La España haya tomado cierto tonillo chusco para desacreditar mis argumentos, y me aflige y me contraría este tonillo de La España, porque La Esperanza me acusa de poco formal, porque yo quisiera serlo hoy y porque no será posible que lo sea del todo contestando a pullas, a retruécanos y a burletas. La España, además, se vale poco de pruebas para condenarme, dando por supuesto que soy esto, aquello, lo otro y lo de más allá, sin demostrar nada. Voy, a pesar de todo, a tratar de ser muy grave y muy reposado y a contestar como si se demostrase algo en contra mía.

La primera acusación de La España es que yo dirijo un ataque mal encubierto a la unidad católica. ¿Conque en no habiendo Inquisición y leyes durísimas que castiguen la propaganda de cualquiera otra creencia, y un valladar que ataje en costas y en fronteras la corriente del pensamiento de la Humanidad, y una mano de hierro que lo ahogue dentro de nuestra alma, y un Gobierno paternal que vele por nosotros y que nos trate como a gente condenada a perpetua infancia, y que nos aparte de todo comercio intelectual, y que nos considere como el doctor Francia a los paraguayos, es cosa segura que la unidad católica en España se acabaría? Buena unidad católica es la que La España fantasea: una unidad católica en abierta pugna con el espíritu del siglo, contraria a la dignidad del hombre y desagradable a los ojos de Dios, que desea nuestro acatamiento y nuestra obediencia a sus altos mandatos, no por temor de las potestades de la Tierra, sino por amor suyo; no en lo exterior y aparente, sino allá en lo profundo de nuestro ser, corde bono et fide non ficta.

Yo tengo mejor opinión que La España de la religiosidad de mis compatriotas; yo tengo mayor confianza en las promesas del Cielo y en el ánimo firme y constante de los españoles; yo creo más en la rectitud de nuestro juicio y en el valer y en la importancia y en la mucha doctrina de los apologistas y defensores de la santa religión de nuestros padres. Por esto, no veo la necesidad de acabar con la ciencia humana, de cerrar la puerta a todo progreso, de impedir que se piense y que se discuta para que se crea. Antes me parece que crearemos con más firmeza y con más limpieza mientras más pensemos, sepamos y discutamos. No de otra suerte entendía San Clemente Alejandrino que se formaba el verdadero gnóstico. Hago esta cita y haré cuantas se me ocurran, aunque luego La España las tache de impertinentes. Más pertinente es citar a un Santo Padre, tratándose de estos asuntos, que no citar a El Pensamiento Español para excomulgarme con las palabras y sentencias de la mencionada lumbrera de la Iglesia.

Sobre mi manera de entender la libertad del pensamiento, o concretándonos más, la libertad de imprenta, raya en lo chistoso lo que dice La España; La España se vale de un sofisma lleno de gracia; La España dice que nosotros queremos la libre entrada y la cómoda circulación, lo mismo de lo bueno que de lo malo. Este negocio tan difícil, o no se trata o se trata con seriedad. ¿Qué hemos de responder a lo que nos achaca La España? Algo responderemos, con todo. Los hombres rectos completarán nuestra idea, apenas apuntada aquí, y no la interpretarán aviesa y torcidamente.

En primer lugar, y aunque debiera estar de más el decirlo, nosotros, y con nosotros todo el humano linaje, no apetecemos nada, no amamos nada, no deseamos que nada circule, ni

viva, ni sea, sino gajo el concepto de bueno. Suponer que alguien pueda apetecer lo malo, creyéndolo malo, es una cosa vacía de sentido. Casi, pues, la cuestión está, volviendo a concretarnos a la imprenta, en decidir quién ha de calificar de bueno o de malo un escrito para que pase. ¿Cuál es la autoridad infalible que así falla sin apelación? Según la ley, Nocedal, y según la interpretación auténtica que su autor le ha dado, el fiscal es quien falla; el fiscal es infalible. La previa censura más monstruosa está en el artículo cuarto de dicha ley, según la valerosa confesión de su autor mismo. ¿Cómo quiere La España que aceptemos esto y que nos llamemos liberales conservadores? Dénos La España una autoridad infalible y aceptaremos al punto la previa censura ejercida por la autoridad. En los puntos de fe hay esa autoridad, y la reconocemos y acatamos en la santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Pero en los puntos de política, ¿dónde está esa autoridad? Lo que ahora parece mal puede parecer bien dentro de algunos años; lo que en tal nación es contrario al régimen establecido, en tal otra le es propicio, y se halla en consonancia con él; lo mismo que prescribe nuestra Constitución en el día hubiera sido castigado hace treinta años con las más duras penas. Si esto es así, como lo es, y si los puntos de política no pueden ser considerados como de verdad absoluta, ni como universalmente buenos, ni como universalmente malos, ¿por qué ni con qué derecho se ha de impedir que se discuta sobre ellos en la esfera tranquila de los principios, en la clara y hermosa región de la ciencia? ¿Por qué hemos de suponer que los demócratas, o que los neocatólicos, o que los absolutistas, todos los cuales, más o menos embozadamente, tiran a desacreditar nuestras instituciones, están fuera de la ley, no deben ser protegidos por esa misma ley que censuran?

Combátanse sus argumentos con argumentos, pero no con una mordaza. Déjese que hablen, mas no que conspiren. Oiganse sus discursos y rechácente sus amenazas. Prevéngase con la mayor circunspección y tino cualquier atentado contra el orden establecido y reprímase y castíguese con mano dura si llegase a cometerse. Pero, entre tanto, y mientras la república esté tranquila, y las cosas todas en un estado normal, y el modo de vivir sea culto, político y bien concertado, ¿cómo se ha de hacer un delito de lo que no puede serlo? ¿Cómo se ha de impedir a los hombres que discurran, inventen, forjen y hasta sueñen mejoras? Si alguien no hubiera hallado malas las leyes antiguas cuando estaban vigentes, jamás se hubieran derogado ni se hubieran dado otras. Sin esa rebeldía, sin esa insolencia, de que tanto abomina La España, no sé por qué no habíamos de estar aún en el Fuero Juzgo. Sin esa falta de tranquilidad y de aquiescencia del pensamiento de los hombres, no se explica cómo la nación española no sigue aún dividida en godos y romanos y en vencedores y vencidos, o en señores feudales y plebe sujeta al terruño, o bien gobernada la nación como en tiempo de Felipe IV o de su deplorable sucesor,

En suma, y aunque La España me condene: yo soy en extremo apasionado de la libertad de imprenta, y si para algo quiero previa censura es para lo que ofenda la moral o el decoro público, o procure perturbar la paz y el sosiego de los hombres honrados. Lo confieso sin temor (a pesar de todo mi liberalismo, y a pesar de que yo he abusado quizá de ciertas licencias), días hay en que me inclino a la represión cuando leo artículos sediciosos o improprios atroces contra personas constituidas en autoridad, o provocaciones y retos mal disfrazados contra particulares.

Pero, fuera de esto, y exponiendo las doctrinas con templanza, aunque estas doctrinas me parezcan pésimas, casi siempre absuelvo a quien escribe. Muchísimas herejías, por ejemplo, se me figura que he leído en El Pensamiento Español, y jamás he pensado en que debiera este periódico suprimirse.

En suma: yo deseo que todo español, según lo que reza la Constitución del Estado, pueda publicar libremente lo que se le ocurra, con sujeción a las leyes, esto es, exponiéndose al castigo si las infringe; pero sin previa censura de ninguna clase.

Este derecho, que tiene todo español, se ejerce por medio de cierta máquina ingeniosa que se inventó hace ya cerca de cuatro siglos, y que, por tanto, no es gemela y mucho menos hija de la Constitución del año 1845, ni es institución, sino máquina de hierro y de madera y de otras sustancias materiales. Todo español tonto o discreto, sabio o ignorante, bienintencionado o malintencionado, en períodos fijos o sin períodos, puede valerse de esta máquina, llamada imprenta, y publicar por su medio cuanto se le antoje. De ejercer este derecho no se sigue que está nadie investido de un magisterio, ni de un sacerdocio, ni que forme parte de una especie de cuarto o de quinto poder del Estado. La Constitución y las leyes no dan ni pueden dar al escritor o al periodista carácter oficial alguno. En este sentido, importa y vale más un alguacil cualquiera. Lo que sí es cierto es que aquellos que escriben para el público, si lo hacen bien, con ingenio con corazón y con sana doctrina, tienen un valer superior al de los magnates y hasta al de los más altos funcionarios; pero no le tienen como colectividad o gremio, sino que le tiene cada uno de por sí, y sólo por la gracia de Dios.

Yo no creo en él derecho divino de los reyes, pero creo que el escritor público reina o puede reinar sobre el mundo de los espíritus en virtud de un verdadero derecho divino. En el mundo oficial es donde no creo que el escritor público tenga más derecho que otro cualquier ciudadano.

Tales son las doctrinas que yo sostengo sobre la imprenta y sobre la libertad de pensar y de imprimir. Van como en cifra y resumen, porque no hay tiempo ni espacio para más. Aun así, me veré obligado a molestarle de nuevo, y quizá más de una vez, porque La Esperanza, El Pensamiento Español y La España fulminan contra mí tales y tantos anatemas, que no podré apartarlos de mí con un breve conjuro, sino que tendré que emplear muchísimas palabras.

- IV -

Mi querido José Luis: He consultado con la almohada este asunto de mis cartas, y he visto que hubiera sido mejor no escribir sino las dos primeras sobre el señor Nocedal, sin darme por entendido de cuanto dicen La España, La Regeneración, La Esperanza y El Pensamiento Español contra El Contemporáneo en general y contra mí singularmente. Para contestar a tantas acusaciones sería menester escribir no unos cuantos artículos, sino un par de tomos, y yo no me siento con ánimo de cansar al público y de cansarme escribiendo.

Así, pues, voy a abreviar lo más que pueda y a terminar hoy, en esta carta, la disputa, sin volver a entrar en ella, aunque me llamen perro judío.

Lo que hemos escrito, escrito está, y yo tengo la firme persuasión de no haberme salido del credo moderado y muchísimo menos de lo que prescribe y requiere nuestra santa religión católica. Nada, por consiguiente, deben importarme las acusaciones infundadas de los neos y absolutistas.

Voy, con todo, ya que tengo la pluma en la mano, a hacer algunas aclaraciones, ero lo más ligeramente que sea posible.

Empezaré por la soberanía. «¿En qué nos diferenciamos -dice La España- de los progresistas y de los demócratas, puesto que se la atribuimos a la nación?» Lea La España lo que El Pueblo está escribiendo contra nuestra teoría, y sabrá en qué nos diferenciamos. Nuestra opinión sobre la soberanía es la misma de Domingo de Soto. Comentando este sabio teólogo las palabras del apóstol dice: non est potestas nisi a Deo, no hay poder que no venga de Dios; mas no porque la república no cree los reyes y todos los poderes, sino porque lo hace por inspiración divina. Non quod respublica non creaverit principes, sed quod in fecerit divinitus erudita. Lo mismo piensa y afirman Rivadenerira, en su tratado del príncipe, contra Maquiavelo; fray Juan de Santa María, Marlana, Láinez, en el discurso que pronunció en Trento, y fray Antonio de Guevara, en su sermón sobre el oficio y dignidad de rey, predicado en presencia de Carlos V, emperador. El propio Antonio Pérez, no el secretario de Felipe II, sino el autor del Jus publicum, tiene idéntico sentir que los teólogos, aunque jurisconsulto, y, por consiguiente, menos liberal, pues el estudio de las leyes romanas del Imperio predisponía entonces a los jurisconsultos para que fuesen absolutistas.

Claro está que ninguno de estos autores ignoraba hasta tal extremo la historia que diese a las monarquías ese origen histórico de la aclamación inspirada; que hiciese dimanar los poderes políticos en el tiempo, de una especie de pacto o de contrato. Al hablar, pues, de la república, que divinamente inspirada se crea un gobierno, no hacían historia; lo que hacían era poner un fundamento filosófico a las potestades civiles, establecer de un modo racional el derecho a la soberanía. En la impureza de lo real; en el constante desenvolvimiento de la Humanidad en la sucesión de los siglos; en el movimiento ascendente de la Historia hacia la verdad y hacia el bien, no cabe semejante cosa; pero cabe en la esfera ideal de la ciencia. Porque no era posible, ni lícito, ni podía fundarse la soberanía en la astucia, ni en el valor de un tirano, ni en la debilidad de un pueblo, ni en la usurpación, ni en la conquista. Algo debía haber por cima de estos hechos que constituyese el derecho creando la legitimidad. Y como todos los teólogos publicistas, al revés de los neocatólicos de ahora, propendían entonces a no confundir las cosas divinas con las humanas, a no equiparar ni unimismar los poderes que vienen directamente del Cielo con los poderes que de un modo natural hacen nacer los hombres, aunque inmediatamente vengan del Cielo también, como viene todo para los que tienen fe en la Providencia, establecieron que los reyes, y los cónsules, y los magistrados, y todo príncipe o cabeza de república, han de reconocer el origen de su poder en la república misma, donde se halla la soberanía de cierto modo inmanente, perpetuo y solidario. De lo cual no se deduce ni que la soberanía esté toda en un momento dado, sin contar con la tradición y con el respeto que deben infundir las instituciones seculares y la aquiescencia, cuando no la sanción expresa de muchas generaciones de hombres; ni mucho

menos que al capricho de la mayoría o de la unanimidad, dado que la haya, puedan y deban someterse la justicia y el derecho, que están por cima de la misma soberanía, y sin los cuales la soberanía no se concibe, porque es una emanación del derecho y de la justicia eterna.

Así entiendo yo que debe explicarse el origen de los poderes humanos. Los hombres mismos son origen y causa de ellos. Sólo la Iglesia, que es una sociedad divina, tiene base y raíz independiente de toda voluntad humana; ha sido de un modo inmediato constituida por Dios y trazada en su mente, desde ab eterno, con toda su perfección y hermosura.

Vea, pues, La España de qué suerte creemos nosotros en la soberanía nacional. No es en tal época dada cuando creemos que se ejerció y que ya no deba ejercerse. No la creemos origen de todo poder en el orden cronológico, sino en el orden dialéctico. Aunque el primero de los Romanov no hubiera sido levantado sobre el solio por la voluntad del pueblo en el siglo XVII, cuando los rusos sacudieron el yugo de Polonia y buscaron príncipe y señor natural que los mandase, nosotros creeríamos que hasta el zar de Rusia manda, en cierto modo, por la voluntad del pueblo. Aunque en Inglaterra no hubiera habido revoluciones y destronamientos y continuase sin interrupción y por herencia la corona sobre las sienes del último nieto de Guillermo el Conquistador, todavía no creeríamos que la legitimidad de este soberano proviniese de la conquista; para crear la legitimidad fue menester sustituir a las palabras de Guillermo Dios y mi espada, las que adornan las armas de Inglaterra Dios y mi derecho; esto es, la voluntad del pueblo, el consentimiento tácito o expreso de las generaciones sucesivas.

Voy ahora a responder a escape a algunas otras imputaciones, que serían terribles si no fuesen tan cómicas e infundadas.

1.^a Que yo no soy buen cristiano, porque he celebrado algunos discursos del señor Castelar y otro del señor González Bravo en la Real Academia Española.

En cuanto a los discursos del señor Castelar, como yo no los he celebrado nunca de verídicos y exactos, sino de elegantes y primorosos, y más bien he combatido que aceptado sus doctrinas, nada tengo que decir en mi defensa. Sólo diré, en honor de la verdad y de la amistad que con el señor Castelar me une, que este elocuente orador, lejos de ser impío, es un neocatólico por el orden de Bordas, Desmoulins, Huet y Montalembert recientemente. Si todos estos señores no creen en Dios, según El Pensamiento, porque son liberales, yo no me he de poner a defenderlos. Sería cuento de nunca acabar.

En cuanto al impío discurso del señor González Bravo, ya el asunto es más grave. Yo, no sólo lo he elogiado por la forma, sino por el fondo. Ergo soy un impío. Por fortuna, y esto me consuela, toda la Real Academia Española, que consintió que aquellas blasfemias se pronunciasen en su seno, que las aplaudió y que las premió con un diploma y con una medalla, debe de ser aún más impía, y el señor Nocedal debe de ser impiísimo, pues que

contestó tan cortés y cariñosamente a su concuñado, y después de haberle oído blasfemar con mucho gusto, le dio un apretado y prolongadísimo abrazo.

2.^a Que El Contemporáneo es un impío porque ha abogado por la candidatura del señor González Bravo, autor del impío discurso de la Academia.

Pues si El Contemporáneo es impío, ¿qué no serán los infelices electores de Almagro? Deben de ser demonios en carne humana; y

3.^a Que yo estoy condenado, o poco me falta, porque he defendido las escuelas panteístas de Alemania en su relación con la enseñanza universitaria viciada y pervertida por ellas.

Pues si yo adquiero tanta culpa porque definiendo esto como periodista, ¿cuán enorme no será la culpa del Gobierno que lo consiente, y que deja que la juventud se emponzoñe el alma con tan mortífero veneno? Vamos, ¡esto pasa ya de castaño oscuro! Lo único que me tranquiliza un poco es el saber que católicos fervientes, y hasta muchos santos padres de la Iglesia, han sido platónicos, como San Agustín, Sinesio, San Dionisio Areopagita Marcilio Fiscino y Pico de la Mirandola; que otros han sido estoicos, como nuestro don Francisco de Quevedo, y que muchísimos escolásticos siguieron ciegamente al pagano Aristóteles, que creía en la eternidad del mundo y en mil cosas contrarias a la fe. Fueron, con todo, aristotélicos Pedro Lombardo, Santo Tomás de Aquino, el Papa Juan XXI, Alberto Magno, Domingo Soto, Pedro Núñez, Foxo Morcillo, Sepúlveda, Benito Pérez, Francisco de Toledo y mil otros, así españoles como extranjeros, que pudiéramos citar, y que no sólo eran cristianos, sino que pertenecían los más a alguna Orden religiosa.

Ahora bien: si se podía ser aristotélico, platónico y estoico, sin dejar de ser cristiano y hasta siendo sacerdote, ¿por qué, sin renegar de la santa religión de Jesucristo, no se ha de seguir a Kant, a Hegel, a Fichte o Krause? ¿No se puede acomodar esta nueva filosofía de los gentiles al dogma católico? ¿No puede ser purificada y santificada, como era purificada aquélla? En este sentido, ¿no es lícito decir que hay profesores en las universidades de España que son hegelianos, y krausistas, y kantistas, y que son muy buenos cristianos y muy temerosos de Dios? Cómo se entiende esto, no es cosa de exponerlo aquí en breves palabras. Ya lo expusimos detenidamente en los artículos a que alude El Pensamiento Español.

Pero no es extraño que El Pensamiento Español salga con estas y otras no menos desatinadas inculpaciones; la manía le ha dado por ahí. Lo extraño es que un periódico tan sesudo como La España adopte por suyos semejantes dislates y, llamándose moderado, tenga la poquísima moderación de excomulgar al señor González Bravo, una de las glorias de nuestro partido; al Gobierno, a las universidades en conjunto, a la Real Academia Española y, en resolución, a la mayoría de nuestros compatriotas, empezando por los electores de Almagro. ¿Qué furor es éste? ¿Cómo en pechos devotos cabe ira tan desafortada? Tantœ in animis cœlestibus irœ? ¿Cómo la superstición ha podido cegar hasta

ese punto a algunos de los más perspicaces y agudos entendimientos que hay en nuestro país? *Tantum religio potuit suadere malorum?*

¿Qué pretende significar La España con decir que somos racionalistas en Filosofía? La Filosofía no es una ciencia de autoridad, sino de razón, y, en ese sentido, o somos racionalistas o no somos filósofos. ¿Qué da a entender con que toda la bullanga de las ideas revolucionarias está en nuestra cabeza? La bullanga no nace de la revolución, sino de la rebeldía. El magnífico movimiento de un pueblo que se levanta en verdadera revolución no merece llamarse bullanga. La bullanga es hija de un motín, de una asonada, de un alboroto de la fuerza militar, que desde los cuarteles se echa al campo. Pero no se puede denigrar con el ridículo nombre de bullanga ni la toma y destrucción de la Bastilla a fines del siglo pasado, ni el Dos de Mayo en Madrid a principios del siglo presente, ni las cinco gloriosas jornadas de Milán en el año de 1848. Estas son las verdaderas revoluciones, y si del recuerdo de estos hechos estuviere llena nuestra cabeza, no será bullanga lo que en ella tengamos.

Por no ser prolijo no aclaro aquí cuanto he dicho sobre el poder temporal del Papa. El director de La Regeneración sabe perfectamente lo que pienso sobre este punto. En su segundo tomo de la obra titulada El Papa y los gobiernos populares, ha insertado tres largos artículos míos, en los cuales juzgo dicha obra. En ellos está consignada mi opinión sobre el poder temporal, y a ellos me remito para que, si alguien quiere acusarme, me acuse con justicia y con conocimiento de causa.

Sobre lo que dice La España de que yo soy demócrata en lo futuro, si no lo soy en lo presente, ¿qué he de contestar sino que no soy profeta, ni estoy tan adelantado en el conocimiento de la filosofía de la Historia, que pueda construir la Historia a priori? ¿Qué sé yo, ni qué sabe La España, de si el porvenir del mundo le está reservado a la democracia o sólo a la clase media? Qué, ¿no podrá llegar un día en que la civilización, el bienestar, la riqueza y hasta la ciencia se divulguen por tal arte, que sea capaz de todos los derechos políticos hasta la más ínfima plebe, y que sin socialismo, sin comunismo, en completa libertad y con plenos derechos sobre todo cuanto lícitamente puedan los hombres adquirir, sean éstos social y políticamente iguales, en igualdad más perfecta y más efectiva que la que tienen hoy? Algo o mucho de esto se puede esperar de la infinita bondad de Dios y de la perfectibilidad del hombre, sin ser el que espera demócrata en el día.

Y no se burle La España llamando a nuestra democracia cuestión de reloj o de tiempo. Cuestión de tiempo es también que los árboles den sus flores y más tarde sus frutos. Cultivemos los árboles para que los den en la sazón oportuna, sin arrancarlos de raíz por temor de los frutos, que pueden parecernos amargos, y sin violentar tampoco la Naturaleza, para que los árboles fructifiquen antes de que llegue la hora.

Quiero hacerme cargo, antes de poner término a este cansado escrito, de una equivocación de La Esperanza, sobre la cual funda su artículo de más de dos columnas, lleno de chuscadas contra mí, contra la enseñanza de las universidades y contra la voluntad que sale de ellas. Yo no he dicho que los artículos, o muchos de los artículos del programa de La Discusión, se tomen de La Discusión para ser enseñados en las universidades. Lo que yo he dicho es que muchos de estos artículos no son exclusivamente del credo democrático;

están tomados de la ciencia por La Discusión, por las universidades y por todo el que estudia algo. ¿Entiende ahora La Esperanza? Para dejar, pues, de creer en dichos artículos, es menester olvidar lo que se ha aprendido; y esto no sólo los jóvenes, sino los que no lo son. Galiano, por ejemplo, es librecambista. ¿Será cosa de ir a decirle: «Sea usted proteccionista, señor Galiano, por que el libre cambio está en el programa de La Discusión»? ¿No comprende La Esperanza todo el poder que tiene cualquier verdad científica para el hombre de ciencia? ¿No calcula que no es posible renegar de ella, aunque el mismo diablo la enseñe? Si el diablo publicase un periódico y dijese todos los días, como por epígrafe, «los tres ángulos de un triángulo son iguales a dos rectos», ¿negaría La Esperanza esta verdad? Pues así de no pocos artículos del programa de La Discusión, aun suponiendo que sea el mismo demonio el señor Rivero.

Terminaré esta carta consignando aquí, con toda la sinceridad de mi corazón, que deseo la unidad católica duradera en España; es más, que no concibo que dejemos de ser católicos sino para hacernos incrédulos, y esto sería espantoso. Lo que yo no quiero es el oscurantismo, la represión violenta, el apartamiento intelectual del resto de Europa.

Hay en mi lugar una hermosísima iglesia edificada sobre una altura: el pueblo devoto se complace en ella con amor y con orgullo. Para que luzca mejor, y nada la encubra ni la afee, han derribado las casas contiguas y han arrancado los árboles que poblaban la ladera. Por desgracia, las casas contiguas la sostenían y los árboles prestaban firmeza al suelo, sobre el cual se habían echado los cimientos. Así es que la iglesia vacila sobre ellos ahora, y está toda cuarteada y llena de grietas y hendiduras, donde han nacido infinidad de higueras bravías y mucha mala hierba y maleza, y donde se anidan lechuzas, murciélagos y búhos. Algo parecido a esto acaeció en España en el siglo XVII con nuestra gran civilización católica. A fuerza de ahogar todo pensamiento humano que nos parecía brotar fuera de ella, y a fuerza de destruir todo lo que en ella nos pareció estar comprendido, aquel maravilloso edificio se cuarteó también, y en vez de fray Luis de Granada, y de fray Luis de León, y de San Juan de la Cruz, y de Santa Teresa, produjo al padre Boneta, al padre Fuente de la Peña y a los predicadores gerundianos; y en vez de nacer fuera de ella algún sistema filosófico, alguna doctrina profana, que hubiera podido santificarse y purificarse luego en el santuario, nació dentro de ella la inmoral e impúdica herejía de Molinos, y mucha maleza, y mucha mala hierba, como en la iglesia de mi lugar. Esto pido yo a Dios que no suceda de nuevo, por lo cual se debe desear ilustración y tolerancia.

Y aquí, mi querido José Luis, termino esta carta, y asimismo la contienda con los neos. Créeme tu mejor amigo.

«Diez años de controversia parlamentaria»
por don Nicomedes Pastor Díaz

El libro que a continuación presentamos de nuevo al público es, sin duda, un escrito de circunstancias, pero de aquellos que, en virtud de ciertas prendas y calidades, tienen siempre un valor permanente, histórico y absoluto. Su valor histórico es grande, porque es obra de un personaje que fue parte muy principal en los sucesos políticos y profundo conocedor de los hombres y de las cosas de su época. Su valor absoluto es mayor aún y más indisputable, así por la forma como por el fondo. Cuando un escritor tiene estilo propio, cuando sabe poner en lo que escribe, con brío y con tersura, lo mejor de su alma, su escrito se salva, y combate y vence al olvido, y goza de vida perenne como el alma misma que en él se ha puesto, aunque el asunto de que trata sea de un efímero interés, aunque haya nacido bajo el influjo de condiciones determinadas que pasaron ya. No puede, por ejemplo, ser más del momento el asunto de las mejores obras de P. L. Courier, y estas obras con todo, serán inmortales por su admirable estilo, y objeto de estudio y de pasmo gustoso para cuantos conozcan y sepan estimar los primores y la belleza del idioma en que están escritas. Pastor Díaz, si bien ni en este libro, ni en otro alguno de los suyos, tiene aquella sobriedad clásica, aquel atildamiento natural, aquella pulcritud sencilla, aquella limpieza y firmeza de contornos, que nos hacen recordar, al leer a Courier, la perfección de los más famosos prosistas de los buenos tiempos de Grecia, posee, en cambio una imaginación tan viva, es tan rico de imágenes, hay en su frase tal galanura y tal nervio, sin perjuicio de lo fácil y fluido, y, sobre todo, siente tanto fervor y afecto y entusiasmo, que lo más noble de su corazón se refleja en lo que escribe, como en pulido y claro espejo, aventajándose así en mucho a otros escritores, si de gusto más delicado y más cuidadosos de la belleza, fríos e incapaces de lo sublime. En el libro de que tratamos es, en nuestro entender, donde mejor se muestran y dan razón de sí y campean estas excelencias del estilo del señor Pastor Díaz. Este libro es lo más sentido, y, por consiguiente, lo más brioso, lo más disertado, lo más galano y lo más rico de imágenes, no buscadas, sino espontáneamente venidas, de cuanto el señor Pastor Díaz ha escrito en prosa. Y por esto sólo, aunque el asunto no fuera de interés permanente, el libro lo sería, a pesar del asunto. Mas el asunto, para mayor fortuna del libro, es de interés permanente, porque toca y dilucida altas cuestiones políticas; y, por desgracia de todos los españoles, es de un interés de actualidad, porque la mala situación de nuestra patria es la misma ahora, si no es peor, que cuando el libro se compuso. Lo que falta en él para que podamos considerarlo como escrito ahora, consiste tal vez en que nuestros males se han agravado o tal vez en que el señor Pastor Díaz no acertó a verlos o no quiso presentarlos a nuestros ojos con toda su intensidad.

Aunque melancólico por carácter y temperamento, su fe poderosa y benéfica, que de la religión, en que principalmente estaba fija, irradiaba sobre la Humanidad y sobre la patria, le hacía un verdadero optimista. Muy diferente de muchos que, según parece, no creen servir y ensalzar a Dios sino oprimiendo y humillando al hombre, Pastor Díaz, como los neogüelfos, como los gloriosos y entusiastas precursores de la moderna revolución italiana, como Manzoni, Balbo, Gioberti y Silvio Pellico, era católico sin dejar de ser liberal; no hallaba incompatibles su creencia en todos los dogmas revelados y su creencia en el progreso indefinido, en los adelantos de nuestra época, y en el espíritu y las ideas de libertad que dirigen y gobiernan hoy, o deben dirigir y gobernar las sociedades humanas. Esta propensión de la mente del señor Pastor Díaz le inclinaba también a no reconocer por tan intensos, tan arraigados y tan hondos los males de que se lamenta y a los que ansia poner remedio. Por lo demás, los males están señalados por él, descubiertos y explicados

con una perspicacia y una maestría que prueban tanto su talento de observación cuanto el poder de su elocuencia vigorosa.

Su intento es defender la legitimidad de lo existente. No teme que le llamen revolucionario, porque quiere conservar intactas las leyes. Reconoce que en cierto modo es revolucionario, porque estas leyes que desea conservar son resultado de la revolución; pero más revolucionarios son aún los que pretenden derogarlas para restaurar una España que ya pasó, y que aviesa o neciamente fantasean mejor que la de ahora. «La mísera España de Felipe V, la España degenerada del primero de los Borbones, la atrasada España de Carlos III, la envilecida España de María Luisa no pueden volver ya», según Pastor Díaz. Aquella monarquía ya no existe; aquella nación se ha transfigurado. Sobre los intereses tradicionales; sobre los principios fundamentales en que se sostenía, ha pasado la reja de la revolución. Con los escombros que la reja ha deshecho en polvo no puede levantarse de nuevo el antiguo edificio. Este es un sueño imposible, pero más peligroso de lo que imaginaba el señor Pastor Díaz al escribir su libro. Desde entonces hasta hoy, el partido absolutista se ha robustecido y ha cobrado ánimo. Tiene una como filosofía en que se funda; ha fingido hacer alianza con la religión, poniendo entre ella y todo lo moderno una repugnancia invencible; apoyándose en Bonald, De Maistre y otros autores extranjeros, ha dado a sus opiniones cierta novedad peregrina, y ha logrado asimismo contar en su seno notables oradores y escritores, entre los cuales descuella uno, Donoso Cortés, que, fuerza es confesarlo, se adelanta por su elocuencia arrebatadora a casi todo lo que España ha producido en estos últimos tiempos. La esperanza del señor Pastor Díaz se ha malogrado, por consiguiente. Esperaba que estos absolutistas vendrían, se acercarían pronto a los liberales conservadores, a los monárquicos constitucionales; y ocurre lo contrario: los que se llaman aún monárquicos constitucionales son los que suelen acercarse y aun confundirse con ellos.

La actitud amenazadora del partido progresista y el rápido crecimiento, propagación y organización del partido democrático y de sus doctrinas, tan poco importantes cuando el señor Pastor Díaz escribió, que no los mienta ni describe en la enumeración y descripción que hace de los partidos, explican en parte, si bien no disculpan, el deplorable error de los conservadores que dejan de serlo y se ponen al lado de la reacción. En el libro del señor Pastor Díaz, no una vez sola, sino muchas, hay además una acusación gravísima contra los corifeos, contra los jefes y más conspicuos hombres de Estado de los conservadores; acusación que explica también, aunque no excusa, la actitud del partido progresista; acusación que, siendo valedera y fundada, explica igualmente, junta con las exageraciones de los ultrarreaccionarios, el rápido desarrollo de la democracia liberal como contrapeso de la democracia levítica y absolutista.

El señor Pastor Díaz acusa a los jefes de su partido de no haber realizado jamás sus teorías en el Gobierno. Sus teorías sólo han servido hasta ahora para hacer la oposición. «Los liberales conservadores -dice- no han gobernado aún: forzados unas veces a reconocer por jefes a personas que jamás profesaron sus principios, y otras respetando demasiado a caudillos que los inmolvaban fácilmente ante el poder que exigía este holocausto, esperan todavía una situación de libertad y de gobierno en que puedan realizar el poder según las inspiraciones de su doctrina y según las condiciones constitucionales de su advenimiento al mundo.»

De esta suerte, el señor Pastor Díaz tacha de inmoralidad a los jefes y de impotencia a la masa del partido conservador. Los jefes no debieron nunca haber invocado los principios de este partido ni afirmar que han gobernado en su nombre. «Debieron adoptar una divisa militar o una condecoración palaciega; pero no usurpar, ni profanar, ni desautorizar la fórmula o el símbolo que olvidan o desdeñan, y que no profesan o no comprenden.» No los disculpan a los ojos del señor Pastor Díaz lo imperioso de las circunstancias, las exigencias de un momento dado, los amagos y las amenazas de la revolución, la posición extralegal en que puedan colocarse o se colocan otros partidos. «Si el partido conservador -dice- no tiene fuerza más que para resistir, no es bastante poderoso para ser Gobierno. Si para ser Gobierno ha menester olvidar o sacrificar los principios en cuyo nombre aspira a él, entonces no tiene legitimidad alguna para ejercer la fuerza.» Y después añade: «Si para justificarse invoca la necesidad o pretexto los obstáculos, todavía esta necesidad, todavía estos obstáculos, más fuertes que sus principios, serán una solemne declaración de incapacidad ante la cual hay que resignarse.» De aquí se deduce claramente que los liberales conservadores que gobiernan como absolutistas, dado que la situación del país exija que así se gobierne, deben dejar el mando a los absolutistas que, fundados en sus antecedentes y de acuerdo con sus principios, sin mancha de infidelidad, y sin contradecirse ni hacer traición a lo que en la oposición han sostenido, podrán gobernar a su manera, con autoridad y respeto y virtud moral para ello. A los liberales conservadores que gobiernan así no les vale asustarse en el Poder como de una horrible blasfemia, de lo mismo que en la oposición sostuvieron como doctrina inconcusa y santa, ni envolver en nubes y celajes, y ahogar y disfrazar con pleguerías las desnudas afirmaciones y las máximas claras y terminantes que se complacían en propalar cuando no mandaban. Al pueblo, al vulgo, por ignorante, candoroso o distraído que sea, no se le engaña con artificios groseros, y lo único que se consigue es quitarle la fe en los hombres y los principios de los partidos medios, o bien acabar con la opinión pública, sepultándola en la indiferencia y el marasmo, o bien lanzar a muchos en los partidos extremos, engrosando las filas de los absolutistas verdaderos, descubiertos, legítimos y no vergonzantes, o de los demócratas y revolucionarios, que sólo esperan el bien del país después de un temeroso y completo trastorno.

Contra estos males no halla el señor Pastor Díaz remedio sino en el mismo partido liberal conservador, que tan severamente acusa; mejor diremos, en la observancia de los principios políticos, de las prácticas parlamentarias, de las teorías, en suma, que nunca hasta ahora ha practicado en el Poder el partido liberal conservador. Por esto el señor Pastor Díaz anunciaba ya en 1848 la disolución de este partido, la formación de otros nuevos. «Los partidos -dice-, tales como existen, tienen que transformarse. En esta transformación pueden encontrarse unidos los que militaron separados.» En resolución: se diría que el señor Pastor Díaz, apartándose y huyendo de un partido que sólo guarda el nombre de lo que fue o quiso ser, y que carece del ser real que debió haber tenido, se lleva consigo los principios y las doctrinas para que sirvan de cimiento y base y den fuerza y vigor a otro partido nuevo. Son como los penates de la ciudad destruida, o de la ciudad que, si conserva su nombre, se ha hecho morada y centro de los enemigos que la tomaron por asalto, penates que los verdaderos hijos y primeros moradores de ella se llevan y traspasan a la ciudad nueva que pretenden fundar.

El enemigo que ha entrado por asalto en la ciudad antigua, el que ha viciado la índole y modo de ser del partido liberal conservador, es principalmente, según lo que se desprende del libro del señor Pastor Díaz, lo que ahora se llama militarismo. Nada más opuesto no sólo a las libertades del pueblo y al régimen constitucional, sino también a los antecedentes históricos de nuestra España y a las tradiciones de la antigua monarquía.

Cuando llenábamos el mundo con el ruido de nuestras armas; cuando lo sobrecogíamos de espanto y lo deslumbrábamos y cegábamos con el resplandor de nuestras victorias; cuando teníamos guerreros que conquistaban provincias y reinos y naciones enteras, la milicia no había llegado a ser autoridad; desde el Consejo hasta el alcalde, la idea del tribunal fue al principio elemental del Gobierno; no era general el alcalde Ronquillo; el doctor Cornejo y los licenciados Salmerón y García Fernández condenaban a muerte a los comuneros; Hernán Cortés tenía que legitimar su autoridad recibiendo el bastón de mando de mano de un alcalde, y los terribles dominadores del Perú, los Pizarros y Carvajales, eran vencidos y enviados a morir en público cadalso, en pago de su rebeldía, por un clérigo legista, por el licenciado Pedro de la Gasca. Tan grande era entonces la autoridad de la ley sobre la fuerza; tan superior en los negocios de gobierno era la toga a la espada. Y esta superioridad no era ejercida entonces sobre remedos de Napoleones y sobre aprendices de Césares, sino sobre

No hay que decir que el señor Pastor Díaz es enemigo del Ejército, antes lo ama; pero quiere un Ejército militar, y no político. No quiere que el Gobierno sea un Estado Mayor; la Ordenanza, Código; los consejos de guerra, tribunales. El Gobierno militar le parece antimonárquico, antiliberal, antieuropeo y antimilitar asimismo.

Contra otro de los males que más clama el señor Pastor Díaz, teniendo este clamor en sus labios mayor autoridad por haber sido él persona tan piadosa y tan fervientemente católica, es contra el fanatismo o, más bien, contra la hipocresía de los que hacen de la religión un arma de su política y un instrumento para lograr sus miras ambiciosas. Sin duda que «la Providencia, que concedió a España lanzar el Alcorán al África, la señaló con su dedo para llevar a América el Evangelio y para detener en Europa los progresos de la herejía». Pero sus mismos nobilísimos pensamientos y su gloriosa historia y sus elevados destinos, si hicieron heroica a España, la hicieron fanática también; y por esta culpa no quiso Dios que nuestra grandeza durara, ni que diéramos la Inquisición al mundo. «En las hogueras de la plaza de Madrid se quemaron los títulos de España a la supremacía europea.» Es, pues, un absurdo abominable querer aspirar de nuevo, si no a esta supremacía, a levantarnos de nuestra postración y abatimiento, con sólo apelar a los medios que nos abatieron y postraron, y con apelar a ellos, incurriendo en un necio anacronismo, desconociendo el espíritu, la nueva idea, los sentimientos que alientan al siglo actual, y tal vez sin la fe y sin la pasión que pudieron disculpar en otras edades aquellos deplorables extravíos.

Inútil creemos extractar aquí las doctrinas positivas que contiene el libro del señor Pastor Díaz sobre administración en general, sobre centralización, sobre enseñanza pública, sobre diplomacia y sobre otros puntos políticos y económicos. No acertaríamos a conservar en nuestro resumen la claridad, el esplendor y el tino con que están expuestas dichas doctrinas. Baste decir que son las más puras y legítimas de la escuela liberal conservadora. Bien pudieran servir aún de símbolo y credo político a cualquiera agrupación y consorcio de los hombres liberales, que llegue a formarse para combatir, pacífica y legalmente, y en nombre de las leyes que importa conservar intactas, todo poder arbitrario, ora gobierne bajo el nombre de un partido que ya no existe o que está desnaturalizado y maleado, ora gobierne declarándose franca y resueltamente reaccionario y decidido admirador del antiguo régimen, y teniendo por claro y patente ideal el fanatismo de los pasados días, modificado y viciado con novedades peregrinas y con monstruosas exageraciones, tomadas de pensadores extranjeros o aclimatadas entre nosotros por el ilustre marqués de Valdegamas y por otros escritores y oradores en mucha menos cuenta, saber, sinceridad y facundia, aunque de mayor audacia y desenfado.

Concluye el señor Pastor Díaz su obra salvando al más alto poder irresponsable de los yerros y faltas que sus ministros han cometido, pero previendo trastornos gravísimos y novedades espantosas, si estos yerros y faltas no se corrigen. La acción podrá ser, en lo venidero, tan fuerte como la reacción. Menester es, por consiguiente, que en nombre del orden, de la paz y de los intereses conservadores, la reacción cese o se contenga; pero más indispensable es aún, y vuelve con esto el señor Pastor Díaz a su tema capital, que los partidos sean morales, que sostengan y practiquen en el Poder lo que en la oposición sostuvieron y proclamaron. «Los que, llamados a gobernar como representantes de un sistema, lo contradicen, o han engañado al país, o han engañado al Poder, o sacrifican su sistema a su ambición. En ambos casos hay inmoralidad política, de que su partido se hace cómplice si la acepta; en ambos casos hay una perturbación constitucional.»

El brevísimo examen que acabamos de hacer del libro del señor Pastor Díaz nos parece que demuestra con claridad lo que afirmábamos al principio, a saber: que el libro, aunque de circunstancias, no sólo vale y valdrá siempre por su noble y elegante estilo y por las verdades elevadas que encierra, todo lo cual le da un valor permanente y un interés imperecedero, sino que también es de actualidad, porque las circunstancias que lo inspiraron, en vez de pasar duran aún, por desgracia, y hasta han llegado a ser mucho más graves. Dios inspire a nuestros hombres de Estado, a nuestros escritores y a nuestros políticos y jefes de partido el mismo amor a la patria, el mismo respeto a las instituciones, a las leyes y al orden que inspiró a este esclarecido ingenio y desinteresado repúblico, así en todos los actos de su vida como en aquella ocasión en que escribió la obra de que son estas pocas páginas una ligera introducción y creemos que un desapasionado juicio.

Sobre el concepto que hoy se forma de España

Las doctrinas o las creencias se encadenan de tal suerte, que con dificultad puede afirmarse nada, a no presuponer otras afirmaciones previas.

Así es que, por severo y escrupuloso que sea un escritor y por aficionado a demostrar o a dar pruebas de lo que afirma, no es posible que en cualquier escrito suyo vaya remontando, por decirlo así, los eslabones todos de la cadena y demostrándolo todo hasta llegar a los principios fundamentales. Algo es menester que dé por sentado y hasta por inconcuso el lector; en algo es menester que el lector convenga con el escritor, aunque no sea más que para entrar en cierta momentánea comunión de espíritu, mientras que lee su obra.

Convencido yo de esto, voy a sentar aquí algunas premisas, que sólo condicionalmente quiero que sean aceptadas.

Yo creo, en cierto modo, en la inmortalidad de las naciones de Europa. Las antiguas civilizaciones y los antiguos y colosales imperios de Oriente murieron, se desvanecieron: apenas queda rastro de su grandeza pasada. Esto hace pensar a muchos en que las razas y los pueblos se suceden y se transmiten la gloria, el poder y la ciencia, cayendo unos para que otros se levanten. Los egipcios, y los asirios, y los babilonios, sucumben cuando se alzan los medos y los persas. Luego viene Grecia; luego, Roma; luego aparecen las naciones del norte de nuestro continente; tal vez la América vendrá más tarde. Hay quien no considera la Historia sino como una incesante sucesión de ruinas, sobre las cuales llega a fundar su principado, o digase su hegemonía, una nueva nacionalidad, una nueva raza. Los que piensan así, sin negar el progreso humano, entienden que el cetro, la corona, la antorcha de la civilización, más brillante cada día; en suma: todo el tesoro acumulado del estudio, del trabajo y del afán de mil generaciones sucesivas, pasa de un pueblo a otro pueblo con el andar de los siglos. Esta idea es tan antigua, tan general y tan arraigada, que se formula en proverbio mucho tiempo ha:

Los que así discurren, dadas las condiciones actuales de la civilización, no pueden ir hasta el extremo de imaginar que tal o cual nación, o tal o cual Estado, venga a hundirse tan por completo como los imperios antiguos del Asia; que, en una época señalada, a no intervenir un cataclismo de la Naturaleza, París, Londres o Berlín lleguen a ser lo que son hoy Persépolis, Susa, Ecbatana, Menfis, Tebas, Nínive o Palmira; pero sí imaginan que suben a mayor altura otros pueblos, los cuales salen a la escena de la Historia como representantes de una nueva idea más alta y más comprensiva, como ministros de un propósito providencial superior y como flamantes encargados de la misión de dirigir el progreso. Las naciones que antes eran las primeras quedan entonces rezagadas y como arrinconadas, o reducidas al menos a hacer un papel harto secundario. La decadencia de estas naciones es grande, aunque rara vez llegan al término de aniquilamiento de los pueblos asiáticos. Casi siempre, al menos en los pueblos europeos o de origen europeo, se supone virtud para seguir, aunque sea a remolque y trabajosamente, el movimiento progresivo de la civilización, al frente del cual se colocan, según su turno, otros pueblos u otras razas. Hoy dicen que los que van a la cabeza son los alemanes, los ingleses y los franceses; y no falta quien columbre ya, en lo venidero, la supremacía de los angloamericanos y de los rusos. Entre tanto, los que adoptan resueltamente esta opinión, consideran que hay naciones, aun entre las de Europa, que se hacen reacias; que tal vez

contribuyeron en un momento dado, y por muy brillante y poderosa manera, al desarrollo del espíritu, al adelanto general, a la marcha majestuosa y providencial de los negocios humanos, pero que son sólo perfectibles hasta cierto punto y de allí no pueden pasar. Estas naciones mueren, y los que así discurren justifican su muerte, si ya tuvo lugar, o la predicen, si está por venir todavía. A veces no es la nación sólo, en su forma política, la que es absorbida o aniquilada, sino la raza misma, como va aconteciendo con los indios americanos; pero más comúnmente desaparece la nación sólo, y la raza queda en un estado, de mayor o menor degradación, con más o menos vitalidad, con esperanzas más o menos fundadas de recuperar la nacionalidad, la autonomía, el poder político independiente; así, desde los polacos y los griegos de Creta hasta los judíos y los gitanos.

En mi sentir, hay en este modo de considerar la Historia mucho de verdad, mucho que la experiencia comprueba; pero también hay notable exageración. Aun para adoptar vagamente lo principal de la doctrina, importa hacer no pocas salvedades y distingos, y conviene dar explicaciones. La que más cuadra a mi intento es la de que los pueblos que llaman arios o descendientes de los arios, y que otros llaman de raza indogermánica, caucásica o japética; esto es, los pueblos de casi toda Europa y algunos de Asia, tienen, entre otras excelencias y ventajas, la de conservar, a través de mil alternativas de prospera y adversa fortuna y de todo accidente o circunstancia exterior, el sello de su carácter, la energía y la virtud y el valor que les son propios y con los cuales llegaron a señalarse. Su degradación y postración ha sido siempre momentánea. Estos pueblos rara vez han caído para no volver a levantarse jamás. Bien puede sobrecogerlos un desmayo, pero nunca la muerte.

Persia cae bajo el poder de Alejandro, pero vuelve a ser poderosa y grande y temida rival del Imperio romano bajo el cetro de los sasanidas. En tiempo de los sultanes de Gasna, en la Edad Media, Persia brilla con un esplendor extraordinario de civilización. Sus poetas épicos y líricos, sus artes y sus ciencias son superiores entonces a los del resto del mundo. Después se perpetúan en Persia las escuelas y sectas filosóficas y religiosas, y la poesía lírica, y hasta la dramática, que nace allí en nuestra edad. Recientemente, el extraño fenómeno histórico de la aparición y difusión del babismo ha hecho patente el vigor intelectual y moral de aquella raza, que tal vez renazca y se eleve de nuevo a la altura de las razas de Europa, sus hermanas, cuando un principio más fecundo y más noble venga a despertarla y agitarla.

En dos naciones del mediodía de Europa ha sido tan sublime, tan duradero, y tan superior el primado, que si se mira el asunto con profundidad y no de un modo somero, y cediendo a la impresión del momento, que es desfavorable, el descollar de ellas da muestras de ser perpetuo o punto menos que perpetuo; la luz no se extingue, aunque se eclipsa. La civilización y el período de la Gran Bretaña, de Francia o de Alemania parecen efímeros, parecen inferiorísimos por la intensidad y por la duración, comparados con los de Grecia e Italia. Los historiadores ponen la caída de estas naciones en el punto en que juzgan más conveniente, pero con más arbitrariedad que justicia. Incurren en el error de quien creyese muerta la crisálida que va a transformarse en mariposa, pasando, por medio de un letargo, a una vida mejor, más fecunda y más brillante. Para Grote, por ejemplo, acaba Grecia cuando se somete al macedón Alejandro, y, con todo, Grecia y su espíritu se difunden entonces por el Asia hasta la Bactriana y la India; la civilización griega se extiende sobre las orillas del

Nilo y del Eúfrates; brilla en Alejandría hasta la muerte de Hipatia, y resplandece con el cristianismo, en el saber de los Santos Padres, hasta el quinto o sexto siglo de nuestra Era. El Imperio bizantino, infamado con el título de bajo, combate, resiste, se defiende durante otros seis o siete siglos más contra el furioso aluvión y continua avenida de los bárbaros de Oriente y Occidente; contra los persas, los godos, los hunos, los búlgaros, los rusos y los cruzados, y contra el islamismo pujante, el cual se extiende por toda el Asia y por el norte de África y por España, y amenaza varias veces, a pesar de Carlos Martel y de Carlomagno, salvar los Pirineos y clavar su bandera victoriosa en la nevada cima de los Alpes. El Imperio bizantino, el bajo Imperio, los griegos, resisten, no obstante, y no sólo salvan y custodian la civilización, sino que la difunden entre esos mismos pueblos que contra él combaten. Rusia y otras naciones reciben de manos de Grecia agonizante la religión y la civilización. Esta vitalidad y este vigor del bajo Imperio se manifiestan en unos siglos en que el brío de los pueblos, convertidos por donde quiera en un tropel de esclavos, hacen tan fáciles las conquistas, que un puñado de aventureros audaces basta a domeñar razas enteras, a volcar grandes poderosos imperios y a sujetar naciones populosas, antes y después reputadas de muy guerreras y hasta de indomables. Doce o catorce mil hombres bastaron a Taric para apoderarse de España; menos acaso empleó, más tarde, Guillermo el Bastardo en la conquista de Inglaterra, y unos cuantos normandos sujetaron con no menos facilidad la isla de Sicilia. Así, pues, lo que hay que extrañar no es que el Imperio griego cayese en el siglo XV, sino que durase hasta entonces.

Y lo que hay que admirar es que fuese tan benéfico y tan generoso en su caída, legando la civilización al occidente de Europa, y haciendo, como dice un historiador de aquella época, Felipe de Cammines, que otra vez se pudiese repetir con verdad:

porque sin Lascaris, Crisoloras, Calcondilas, Besarion, Argiropulo y otros muchos hombres doctos de Grecia, que vinieron a refugiarse en el Occidente, y sin los antiguos autores y la ciencia que trajeron consigo, arduo hubiera sido pasar adelante. On ne pouvait plus passer outre. De esta suerte el bajo Imperio, tan famoso por su corrupción, por su bajeza y por sus maldades y traiciones, no sólo fue un malecón firmísimo que atajó más de mil años el ímpetu furioso, la constante arremetida y la inundación creciente de la barbarie, sino que fue como vaso limpio donde se guardó en su pureza el saber, el habla y hasta la virtud de los antiguos helenos. No acierto a comprender cómo un Imperio que ha quedado en la Historia por tipo de la bajeza y de la corrupción produjese hombres, hasta el instante de su ruina, como los ya susodichos emigrados, los cuales infundieron general amor y gran veneración a sus más ilustres contemporáneos de Italia, no sólo por el saber de que estaban dotados, sino por el valer moral, por la fe, la constancia, el desinterés y el entusiasmo de las cosas más nobles y sublimes. Bembo, hablando de Lascaris, exclama: Nihil illo sene humanius, nihil sanctius. Ni bajo la terrible dominación de los turcos se humilla el pueblo griego y se degrada; antes da alta razón de quién era en mil ocasiones, llegando en algunas a sobrepujar con sus nuevas hazañas las más famosas de sus antiguos héroes. En mi sentir, y en el de cualquiera que conozca los hechos, las guerras de los suliotas contra Alí, baja de Janina, sobrepujan la gloria de las Termópilas. Fotos y Tsavelas valen tanto como Leónidas. Posteriormente, en su gloriosa guerra de la Independencia, Grecia ha tenido en sus Botzaris Maurocordatos y canaris, dignos sucesores de Milcíades y de Temístocles. La Musa helénica no enmudece, desde Homero hasta Corai y Riga; desde los himnos épicos de

los primeros rapsodas hasta los cantares no menos épicos de los keltas: sus grandes sabios y filósofos se suceden durante diez o doce siglos, desde Pitágoras hasta Jámblico, desde Platón hasta San Gregorio de Nisa.

La perpetuidad de la supremacía italiana es aún más evidente. El Imperio de Roma se extiende y dura, y cambia la faz del mundo e influye en los destinos de la Humanidad como ningún otro imperio. En tiempos posteriores, la gloria en letras y armas de una sola ciudad de Italia, como Génova, Florencia o Venecia, es mayor que la de muchas grandes y orgullosas naciones. Italia es siempre tan fecunda en varones eminentes, que se los cede, por decirlo así, a otros países. Da a España el descubridor del Nuevo Mundo y el vencedor de San Quintín, y da a Francia la lengua y la espada, el verbo y la energía de su Revolución, porque bien puede afirmarse que Richetti, conde de Mirabeau, y Napoleón Bonaparte, eran italianos.

En nuestros días, no tiene ni ha tenido ninguna otra nación de Europa hombres de Estado como Cavour; poetas líricos como Manzoni, Parini y Leopardi. Sus músicos y sus filósofos sólo hallan rivales en Alemania, y sus escultores son, quizá, los primeros del mundo.

Con tan ilustres ejemplos, me vengo yo a persuadir de que es añejo error el comparar a los pueblos con los individuos, los cuales tienen su infancia, y luego su juventud, y más tarde su edad madura, y su vejez y su decrepitud, y al cabo la muerte. Antes veo que, lejos de haber tales edades en los pueblos, y señaladamente en los de Europa, hay alternativas de prosperidad y miseria, de elevación y hundimiento, sujetas a ciertas leyes históricas, a mi vez, no explicadas ni descubiertas por nadie.

Volviendo ahora los ojos a nuestra España, me atrevo a declarar que, de cincuenta o sesenta años a esta parte, me parece que estamos peor que nunca, aunque bajo otro aspecto, y al punto explicaré la contradicción, me parece que estamos mejor que nunca también. Estamos mejor que nunca, porque la corriente civilizadora, la marcha general del mundo y la solidaridad en que está España con la gran república de naciones europeas, si bien con trabajo, y más arrastrándola que infundiéndole movimiento propio, la ha hecho progresar en industria, población, riqueza, comercio, ciencias y artes; pero estamos peor que nunca, porque nuestra importancia se debe evaluar por comparación, y evaluándola de esta suerte, tanto se han acrecentado el poderío, la riqueza y el bienestar de Francia, Inglaterra, Rusia, Alemania y otros estados, que, comparándonos, quedamos muy inferiores.

No me incumbe buscar aquí la razón de esta inferioridad, de este atraso, ni mucho menos los medios de remediarlo. El único fin de este artículo es hablar del concepto que, en vista de este atraso y de esta inferioridad, forman de nosotros los extranjeros y aun nosotros mismos formamos. Pero aunque el parecer dista mucho del ser, todavía contribuye la apariencia a que llegue lo que es a igualarla; esto es, que la opinión, el crédito, la fama buena o mala de cualquier entidad o cosa contribuye, a la larga, a modificar dicha cosa o dicha entidad. En un individuo, por ejemplo, se nota que si tiene buena reputación, se alienta y anima, y llega a persuadirse de que es merecida; y ya por esto, ya por temor de perderla, obra en consonancia de su buena reputación; y por el contrario, cuando la tiene mala, se amilana y descorazona, y se da a entender que es justa, y considerando que poco o

nada tiene que perder, se abate, humilla en vez de levantar el ánimo a ningún propósito noble. Peor es aún cuando la mala reputación, por apocamiento de espíritu, la tiene alguien de sí propio; porque todo el que se tuvo en poco fue siempre para poco, y no se dio jamás sujeto que obrase obras excelentes que no tuviese en su alma un excelente concepto de su valer y plena conciencia de su mérito. La cual buena estimación que tiene un hombre de sí no es la vanidad ridícula, sino el orgullo razonable y decoroso; porque la vanidad se impone o trata de imponerse y de engañar, y rara vez logra engañar a nadie, ni siquiera al personaje que la abriga, el cual, por necio que sea, no puede ahogar, ni con la vanidad ni con la necesidad, una voz secreta e instintiva que le atormenta de continuo, advirtiéndole lo poco o nada que vale.

Todo lo que acabo de decir, refiriéndome a un individuo, puede aplicarse también a las naciones, por donde el concepto que ellas forman de sí y el que de ellas forman los extraños importan a su valer real, a su acrecentamiento o a su caída. Mas hay que advertir en esto que la opinión de los extraños, cuando es mala, no apoca el ánimo de un pueblo, si el pueblo es generoso, sino que lo estimula a rehacerse y levantarse de nuevo; y más aún le sirve de estímulo, no la alabanza y adulación de los propios, sino su más dura y amarga sátira. Ciertamente que si Italia se ha levantado en el día, en gran parte se lo debe al látigo de Parini y de los otros egregios poetas de su escuela, que no vacilaron en llamar a sus compatriotas turba de siervos apaleados, y en decir de Italia que más le valiera convertirse en desierto que producir hijos tan indignos. En nuestra misma patria, en virtud del sentimiento patriótico exasperado, se han dicho, en tiempos de postración, como el que precedió al levantamiento contra el primer Bonaparte, cosas terribles sobre ella. Jovellanos llega a suponer que, si vuelven los berberiscos, nos conquistarán más fácilmente que la primera vez, sin hallar ni Pelayos ni Alfonsos que resistan.

El concepto que en el día forman de España los extranjeros es casi siempre pésimo. Es más: en el afán, en el calor con que se complacen en denigrarnos, se advierte odio a veces. Todos hablan mal de nuestro presente; muchos desdoran, empequeñecen o afean nuestro pasado. Contribuye a esto, a más de la pasión, el olvido en que nosotros mismos ponemos nuestras cosas. En lo tocante al empequeñecimiento de nuestro pasado, hay, a mi ver, otra causa más honda. En cualquier objeto que vale poco o se cree valer poco, en lo presente, se inclina la mente humana a rebajar también el concepto de lo que fue; y al revés, cuando lo presente es grande, siempre se inclina la mente a herosear y a magnificar los principios y aun los medios, por más humildes y feos que hayan sido. ¿Cómo, por ejemplo, llamaría nadie gloriosa a la triste revolución inglesa de 1688 si el Imperio británico no hubiera llegado después a tanto auge? Shakespeare, cuyo extraordinario mérito no niego, a pesar de sus extravagancias y monstruosidades, ¿sería tan famoso, se pondría casi al lado de Homero o de Dante, si en vez de ser inglés fuese polaco, o rumano, o sueco? Por el contrario, cuando un pueblo está decaído y abatido, sus artes, su literatura, sus trabajos científicos, su filosofía, todo se estima en muchísimo menos de su valor real. Montesquieu dijo que el único libro bueno que teníamos era el Quijote, o sea la sátira de nuestros otros libros. Niebühr sostiene que nunca hemos tenido un gran capitán, no recuerdo si pone a salvo al que llevó este nombre por antonomasia, y que desde Viriato hasta hoy, sólo hemos sabido hacer la guerra como bandoleros. Y Guizot pretende que se puede bien explicar, escribir y exponer la historia de la civilización haciendo caso omiso de nuestra historia, que da por nula. Un libro podría llenar, si tuviese tiempo y paciencia para ir buscando y citando

vituperios por el estilo, lanzados contra nosotros en obras de mucho crédito y por autores de primera nota.

Sin embargo, no se puede negar que, al menos en cuanto al concepto que tienen los extranjeros de nuestro pasado, ha habido gran mejoría desde la caída del primer Napoleón. Nuestra heroica resistencia a su yugo, ya que nada nos valió de los reyes y de sus gobiernos, nos valió siquiera algún momentáneo favor en la opinión pública de Europa. Esto, unido al desenvolvimiento y adelanto de los estudios históricos y al más vivo y atinado afán de la curiosidad literaria y científica, contribuyó a que se apreciaran nuestras cosas, si bien, por lo común, en obras especiales, y que, por lo mismo han tenido casi siempre fuera de España poquísimos lectores, quedando siempre las ofensas y las crueldades o injusticias contra nosotros para los libros de un interés más general, para los libros amenos y ligeros y para los periódicos que tanto se leen.

Sea como sea, importa consignar aquí y es justo agradecer y aun envidiar, que entre varias historias generales de España, escritas por extranjeros, hay una, si bien no creo que esté terminada aún, que vale más que todas las novísimas, sin excluir las nuestras; hablo de la escrita por Rossieu de Saint Hilaire; que Washington Irving, Ticknor, Prescott, Wolf, Böhl de Faber, Latour, Viardot, Mignet, Southey, ambos Schlegel, Puibusque, Hinard y muchos más autores, alemanes sobre todo, que son los más cosmopolitas, los más aptos para estimar las prendas y el valor de otros pueblos, nos han hecho justicia y han ilustrado con amor la historia de la España cristiana; y que de la civilización y del saber de los españoles mahometanos y judíos han dado conocimiento al mundo Dozy, Schack, Renán, Franck Munck, Kayserling y otros. Con todo, bueno es decir que estos autores, que han tratado seria y dignamente nuestras cosas pasadas, rara vez dan muestras de estimar las del día; que algunos se han ocupado de investigar nuestra historia, no como si se tratase de una nación viva, sino de un pueblo muerto; y que en no pocos, aun en medio del entusiasmo propio de todo autor por el asunto que elige, se nota a menudo el prurito de rebajarnos. Sirva de ejemplo la Historia de don Pedro el Cruel, de Mérimée. Sin duda que fue aquel reinado uno de los peores momentos de nuestra historia; el estado social de España era entonces espantoso; pero ni era mejor el de Francia, ni, aunque entonces lo fuera, se puede colegir de ello nuestra constante y enorme inferioridad con respecto a dicha nación. Conviene repetir asimismo que todos los trabajos sobre España, o favorables o justos, han sido poco leídos, y en nada han modificado el mal concepto en que nos tienen el vulgo de las naciones extrañas, y comprendo en el vulgo a casi todos los hombres, salvo unos cuantos eruditos, aficionados a nuestras cosas.

El apotegma de que África empieza en los Pirineos corre muy válido por toda Europa. Increíble parece la ignorancia común de cuánto fuimos y de cuánto somos. Cualquiera que haya estado algún tiempo fuera de España podrá decir lo que le preguntan o lo que dicen acerca de su país. A mí me han preguntado los extranjeros si en España se cazan leones; a mí me han explicado lo que es el té, suponiendo que no lo había tomado ni visto nunca; y conmigo se han lamentado personas ilustradas de que el traje nacional, o digase el vestido de majo, no se lleve ya a los besamanos ni a otras ceremonias solemnes, y de que no bailemos todos el bolero, el fandango y la cachucha. Difícil es disuadir a la mitad de los habitantes de Europa de que casi todas nuestras mujeres fuman, y de que muchas llevan un puñal en la liga. Las alabanzas que hacen de nosotros suelen ser tan raras y tan grotescas,

que suenan como injurias o como burlas. Nuestra sobriedad es proverbial; con una naranja tenemos para alimentarnos un día. No es menos proverbial la fierté castillane, esto es, nuestra vanidad cómica. A fin de que un viajero sea bien recibido aquí, conviene que vaya exclamando siempre, y este consejo se ha dado por escrito en libro de gran fama: «Los españoles, ¡mucho, mucho valor! Las españolas, ¡qué bonitas, qué bonitas!» Se asegura que somos tan vidriosos y tan ciegos, que no se nos puede advertir falta alguna, para nuestro bien, sin que nos ofendamos. Nuestra cocina ha sido siempre para los franceses un manantial inagotable de chistes y de lamentaciones. ¿Qué gracias no se han dicho acerca del puchero y del gazpacho? ¿Y sobre el aceite? Algunos suponen que desde Irún hasta Cádiz el aire que se respira está impregnado de un insufrible hedor de aceite rancio. La gente no come en España, se alimenta. El que comamos garbanzos es lo que más choca, y contra el garbanzo se han hecho mil epigramas, cuya sal ática no he llegado nunca a entender. No sé que los garbanzos sean peores que las judías o que las lentejas que se comen en Francia. Tanto valdría que nosotros nos burlásemos de que en Francia se comen muchas zanahorias y muchas raíces de escorzonera. Por último, es notable nuestra fama de poco aseados, de flojos y de enamoradísimos, sobre todo las mujeres. Doña Sabina, la marquesa de Arragui, Rosita, Pepita y Juanita y otras heroínas de versos, siempre livianos y tontos a menudo, compuestos por Víctor Hugo y Alfredo de Musset, son fuera de España el ideal de la mujer española, de facha algo gatuna, con dientes de tigre, ardiente, celosísima, materialista y sensual, ignorante, voluptuosa y devota, tan dispuesta a entregarse a Dios como al diablo, y que lo mismo da una puñalada que un beso. La Carmen, de Mérimée, es el prototipo de estas mujeres, y no se puede negar que está trazado de mano maestra. Un dístico griego, desenterrado de la Antología por el autor y puesto como epígrafe a la novela, cifra en sí los rasgos más característicos de la figura. Viene a decir el dístico, traducido libremente, que toda mujer de brío o de rompe y rasga tiene dos bellos momentos: uno, en los brazos de su amante; otro, al morir o matar por celos. De estas y otras noticias y descripciones resulta que todo viandante transpirenaico, si bien viene a España receloso de comer mal, de morir de calor y de ser robado por bandoleros y devorado de laceria, trae, además, la esperanza, aunque sea un commis o un peluquero, de hacer la conquista de todas las duquesas y marquesas que halle, y de ver en cada ciudad, y sobre todo en Cádiz, un trasunto de Pafos o de Citeres. A los tres días de conocer en Cádiz a una dama de pundonor, la hija o la sobrina de la pupilera, ya dicha dama, según Byron escribe a su madre, ¡singular confidencia!, le hacía mil favores, le decía hermoso, me gustas mucho, y le regalaba una trenza de sus cabellos de tres pies de largo, que el poeta envía a su madre, encargándole se la conserve hasta su vuelta a Inglaterra. Esta dama de la trenza fue, sin duda, el fundamento real de la Inés de Childe Harold y de la niña ojinegra que el lord encomia en una de sus canciones. Byron, con todo, por ser él tan gran poeta y por estar más vivo entonces el entusiasmo por nuestra gloriosa guerra de la Independencia, es uno de los escritores extranjeros que nos es más favorable. Pero Byron y otros, que nos encomian como él, revisten el encomio de colores tan novelescos y lo forman con rasgos tan absurdos, que para nuestra buena fama valdría más que no lo hiciesen. Recuerdan el encomio que hizo Tomé Cecial de la hija de Sancho Panza.

Es causa principal de este linaje de alabanzas, de este modo churrigueresco de poetizarnos una especie de convención tácita para que de España y sobre España se pueda mentir impunemente cuanto se quiera, convirtiendo nuestro país en un país fantástico, propio para servir de cuadro a lances raros, a hechos inauditos de jaques y rufianes, de

frailes fanáticos, de hembras desaforadas y de bandidos hidalgos. La mayor parte de los viajeros que se proponen escribir y escriben sus impresiones sobre España, viene ya con el intento preconcebido de poner mucho color local en dichas impresiones, de que todo en ellas sea insólito y por muy diversa manera que en su país, y de que la obra vaya salpimentada de chistes o exornada de mil inesperadas y maravillosas peripecias.

No digo yo que no haya habido viajeros juiciosos que han escrito sus relaciones de viaje por España con la imparcialidad debida: citaré, como ejemplo, a monsieur Laborde. También ha habido otros, como Ozanan, llenos de un verdadero y noble entusiasmo al contemplar los vestigios de nuestras pasadas glorias; pero lo más común es que escriban alabándonos a lo Tomé Cecial y buscando medios de regocijar o entretener al público a nuestra costa. Así han sido Gautier y Dumas. Otras veces, nuestra mala cocina y nuestras malas posadas han hecho cambiar de propósito a muchos viajeros. Venían para bendecir, sin duda; pero les habló la bestia interior y maldijeron, aconteciéndoles lo contrario que a Balaam, el falso profeta. En este número debe contarse a Jorge Sand. Mallorca y sus habitantes salen tal mal librados de su pluma, que aún reputan menos salvajes los salvajes de la Polinesia.

Vindicaciones contra esta clase de diatribas se han escrito desde muy antiguo por celosos españoles; pero ninguna ha llegado al extremo más merecido que lícito, por ser al cabo una dama la impugnada, que la que el señor Cuadrado, escritor mallorquín y colaborador y amigo de Balmes, escribió contra la célebre novelista francesa; termina afirmando que «Jorge Sand es el más inmoral de los escritores, y madame Dudevant, la más inmunda de las mujeres». Si aquí se paga insulto con insulto, otros han escrito con más templanza, pero, fuerza es confesarlo, con menos tino que celo, y respondiendo con exageraciones favorables a las exageraciones adversas, como Ponz y los abates Lampillas y Cabanilles.

Yo, entre tanto, entiendo que estas críticas de los extranjeros no debieran excitar nuestro furor, sino nuestra risa, siendo, como suelen ser, infundadas; que algunas son tan absurdas, que es una ridiculez refutarlas, y, por último, bueno es decirlo, aunque también sea triste, que la refutación no cumple casi nunca su fin, porque no es leída.

Por otra parte, el desdén con que miran los extranjeros nuestro presente estado, más que con refutaciones, debe impugnarse haciéndonos valer y respetar. De lo pasado, así literario como político; de lo que hemos valido, así por la acción como por el pensamiento, ya sabrán los que sepan la Historia; y sobre este punto no se puede negar que, en lo que va de siglo, han hecho más algunos extranjeros que los mismos españoles. Quitarles del pensamiento la idea exagerada que tienen de nuestra postración y decadencia actual, no se logrará con escritos, por elocuentes que sean, sino con hechos tales que lo contradigan y destruyan. Mientras tanto, es muy duro verse maltratar con la mayor injusticia; pero es mal que no tiene fácil remedio.

En nosotros se cumple el refrán que dice: Del árbol caído todos hacen leña. No hay extranjero que presuma un poco de escritor y que venga a España por cualquier motivo, que no vaya luego escribiendo y publicando mil horrores. Hasta la parte poética, aunque grotesca, que antes había en las impresiones, va desapareciendo ya. El viajero actual se

halla burlado en sus esperanzas. Lo novelesco, el color local, las singularidades que buscaban, van ya faltando, y esto le enfurece. En efecto: ya apenas hay manolas y majos; tenemos ferrocarriles y algunas fondas; hay más chimeneas en las casas; en cuatro o cinco ciudades ha llegado a hacerse y a venderse manteca de vacas fresca, y casi no hay bandoleros, al menos no los hay tan famosos, como José María, los Niños de Écija, el Chato de Benamejí y el Cojo de Encinas Reales. El extranjero que ve esto se considera atrapé y volé, y exhala su indignación en mil invectivas. Para ellas hay, sin duda, algún fundamento en cierta fatalidad, en cierta condición inevitable, con la que tenemos que contar en nuestro trabajoso renacimiento: en la condición y fatalidad del remedo. Imposible sería, por ejemplo, que nuestra sociedad elegante volviese a los usos, costumbres, habla, atildamiento y discreteos de los tiempos de Calderón; tiene, pues, que ser algo semejante a la buena sociedad de Francia o de cualquier otro pueblo culto. No nos hemos de vestir, ni alojar, ni hemos de inventar muebles y utensilios originales y extraños, como los chinos y japoneses; y, por tanto, todo esto tiene que ser, entre nosotros, o venido de Francia o un remedo generalmente torpe de lo que por allá se fabrica. Por último, aunque en España hubiera hoy un gran movimiento literario, científico y filosófico, nuestros literatos, sabios y filósofos no podrían hacer caso omiso, como Guizot quiere que se haga de España en la historia de la civilización, de cuanto se ha inventado, pensado e imaginado por tierras extrañas desde que en nuestra propia tierra el fanatismo religioso y el despotismo teocrático acabaron por ahogar o amortecer el pensamiento. De todo esto nacen las quejas y las lástimas porque vamos perdiendo o hemos perdido nuestro carácter original y propio, porque somos un trasunto pálido y como un bosquejo de otras civilizaciones más adelantadas, y porque ya no hay aquí casi nada verdaderamente español y castizo.

Para dar aún una muestra de este modo de pensar de los extranjeros, basta citar un artículo que, en elogio de las obras de Fernán Caballero, publicó no ha mucho tiempo la famosa y autorizada Revista de Edimburgo. En este artículo se afirma que desde Quevedo hasta Fernán Caballero, no ha habido un solo autor en España que merezca los honores de la crítica. Cita el revistero a Quintana y a Gallego y a otros tres o cuatro autores, intermedios entre Quevedo y el nuevo novelista, pero los califica de medianísimos y de meros imitadores de la literatura extraña.

En Rusia hay un literato, si mal no recuerdo, llamado Botkin, el cual ha escrito unas cartas sobre España, que son muy celebradas. Botkin viajó por nuestro país y habla de nuestra literatura. A lo que parece, también ha traducido en ruso algunos romances castellanos. Confieso que no he leído nada de esto porque no sé el ruso; pero he conocido a Botkin, y puedo asegurar que ignoraba completamente hasta el nombre de nuestros más célebres autores contemporáneos, como Espronceda, Zorrilla, duque de Rivas y Bretón de los Herreros. Para él, como para el revistero de Edimburgo, acaba probablemente nuestra actividad intelectual en los chistes y retruécanos de Quevedo.

La suposición de que en España no hay clase media, y de que la clase elevada es como si dijésemos una mala traducción, un arreglo del francés, mueve por lo común al viajero transpirenaico, que piensa escribir sus impresiones, a no tratar con amor y a no estudiar detenidamente sino la clase baja, donde sólo imagina encontrar aún cierto cachet. El ejemplar más famoso de este linaje de escritores ha sido el extravagantísimo inglés Jorge Borrow, autor de La Biblia en España. Mucha parte de sus peregrinaciones la hizo montado

en una burra y en compañía de gitanos, cuyas costumbres e idioma sabía tan a fondo, que ha escrito un libro especial sobre ellos, y asimismo ha traducido en el habla gitana El Evangelio de San Lucas. Vino Jorge Borrow a España por encargo de la Sociedad Bíblica, más que para evangelizarnos, para tomar el pulso a nuestra capacidad religiosa y ver si estábamos ya dispuestos a hacernos buenos cristianos.

Las cosas que Jorge Borrow cuenta de nosotros en La Biblia en España, libro que ha hecho el encanto de la sociedad inglesa, suelen ser tan extraordinarias y están contadas de tan buena fe, que no puede creerse que las ha inventado, sino que las ha soñado y que él mismo las tenía por verdaderas. Cuando no es un sueño, hay en lo que refiere mucha verdad y poca malevolencia. Estuvo entre nosotros en 1838, y todas sus descripciones de la revolución de La Granja, de la muerte del general Quesada, de los nacionales, de la guerra civil, etc., etc., son de una animación y de una verdad y de una viveza de colorido muy agradable. Sus conversaciones y entrevistas con Galiano, Mendizábal, Istúriz, Oliván y el duque de Rivas, para lograr que le dejaran publicar los Santos Evangelios, están referidas con mucha candidez y gracejo y dejan ver que todos los mencionados señores tenían a Jorge Borrow por un estafalario loco de atar. Pero cuando Jorge Borrow desbarra es cuando es verdaderamente delicioso. Una de las cosas que da a entender es que en lo más intrincado y recóndito de los montes de Guadarrama hay un valle llamado de las Batuecas, donde, secuestrada de todo comercio humano, vive hace miles de años una pequeña nación inocente, hablando una lengua primitiva y con costumbres y leyes propias de la Edad de oro. Pero su descubrimiento más portentoso, porque al fin el de la Batuecas nos era ya harto conocido, es el de que en España hay no pocos mahometanos, muy ricos y principales, que viven ocultos, esto es, fingiéndose cristianos y pobres las más de las veces. El príncipe o califa es un señor extremeño, que, para disimular, ejerce el oficio de choricero, pero que en su apariencia, pobre casa esconde salones regios, joyas preciosas, oro, plata y otros primores y riquezas, dignos de Las mil y una noches. Una o dos veces al año, el fingido choricero reúne su Corte, despliega toda su pompa y magnificencia, y los mahometanos todos, o los más granados por lo menos, en el cual predicamento entran algunos obispos y arzobispos, van a hacerle el zalamelé más rendido.

Pero de todos los libros de viajes por España, ninguno nos encomia de un modo más necio, ni nos zahiere y calumnia de un modo más infame y brutal, que el escrito por el marqués de Custine con el título de La España bajo Fernando VII. Este viajero anduvo por España en los últimos años del reinado de dicho monarca, y hasta por esto es curiosa su obra. Pinta la sociedad que la revolución iba a cambiar por completo, y la pinta con más negros colores que los empleados después para pintar la España novísima por otros viajeros o escritores franceses. El marqués de Custine ama, sin embargo, y preconiza el antiguo régimen. No es el odio a nuestras instituciones quien le mueve a tratarnos tan inicuaente.

Hombres y mujeres son en España crudelísimos, punto menos que antropófagos. Nuestra fisonomía es tan bárbara y nuestros dientes tan de tigre, que hasta el rostro más hermoso tiene una expresión dura: asustamos con nuestra sonrisa. «La pureza es el principio de la filosofía práctica de todo español.» Nuestras mujeres son de dos especies. Las bonitas y graciosas, las cuales son locas, alegres y apasionadas; las demás, el mayor número, no quisiera el marqués que se llamasen mujeres: son unos monstruos sin alma, gordas, estúpidas, seres desgraciados de la Naturaleza. En suma: para el marqués, son o

bacantes o cerdos las compatriotas de Santa Teresa, de Isabel la Católica, de doña María de Molina, de la madre de San Luis y de la madre de San Fernando. Los cuatro tomos de la obra del marqués de Custine están llenos de las más atroces insinuaciones o de afirmaciones terminantes contra la honra y castidad de nuestras mujeres.

Nuestra vida es: «o permanecer en la plaza pública, durante días enteros, embozados en la capa, charlando o soñando, o echarnos al camino para acechar al indefenso pasajero». Nuestros mendigos hacen en público su asquerosa toilette, y es una raza inmundada, obstinada y sin vergüenza, que no tiene semejante en ningún país. Los robos y los asesinatos son en España el pan de cada día. En elogio de los caballos andaluces, dice el marqués que son más civilizados que los hombres. «Los españoles son tan poco hospitalarios, que no hay mayor placer para ellos que vejar o contrariar a un extranjero; pero con dar algunos reales se consigue lo que se quiere. Don Basilio y Fígaro son los tipos de los españoles modernos, como Don Quijote y Sancho eran los de los antiguos castellanos.» «De tantos vicios públicos y privados resulta una masa de corrupción de la que no hay ejemplo en el día en ningún pueblo civilizado de Europa. Todos los espíritus se sienten, desde luego, inclinados a la injusticia, a la venalidad, a la traición, y los hombres de bien, que quedan al descubierto en medio de este pueblo hipócrita, se amedrentan de su corto número y se esconden entre la turba de los pícaros.»

De nuestra literatura contemporánea forma el marqués muy pobre juicio. Cervantes, Garcilaso y fray Luis de León le parecen bien; pero «bosteza con la prosa y con los versos de Quintana»; «En general, los españoles tienen el entendimiento difícil, lento, poco brillante; apenas advierto en ellos imaginación; desde, fines del siglo XVIII son más imitadores que inventores, y esto es todo.» En otra parte, califica el marqués a nuestros autores modernos de cáfila de pedantes, sin inventiva, limadores de frases, etc. En medio de todas estas diatribas, el marqués nos elogia. Citaré uno de estos elogios: «Los andaluces tienen un respeto profundo de la decencia. Aborrecen las conversaciones sucias, y guardan sobre los actos más escandalosos un silencio de complicidad que sería difícil obtener en una sociedad menos profundamente depravada. Como el libertinaje está aquí en todas partes, nadie halla interés en echárselo en cara a los otros: la maledicencia se volvería tan fácilmente contra cualquiera que la emplease, que esta arma no se emplea en las relaciones de la vida. La gente dice: «El desorden es tan general, que el orden nos estorbaría.» «Mejor es no hacer caso del mal, hartó común ahora para que la sátira le cure.»

He citado tanto de estas abominaciones, de estas horribles calumnias, de estas manchas de infamia con que el marqués de Custine quiso sellar el rostro de nuestra nación y exponerla a la vergüenza ante Europa entera, porque si bien el marqués era un hombre viciosísimo y por ningún título autorizado para censurar los vicios ajenos, su obra fue muy leída y celebrada, y como está en forma de cartas, y dirigidas las cartas a Lamartine, Chateaubriand, Julio Janín, Enrique Heine, madame Récamier, duquesa de Abrantes, Carlos Nodier, madame Girardin y Víctor Hugo, no parece sino que todos estos ilustres personajes convienen de un modo tácito en infamarnos y deshonorarnos, patrocinando al calumniador.

No es de extrañar que después escritores más oscuros hayan seguido las huellas del marqués de Custine, y se haya puesto en moda el maldecir de nosotros en periódicos,

novelas, relaciones de viaje y toda clase de obras. No hace aún dos años que la Gaceta Universal de Augsburgo publicó una serie de artículos, bajo el título La situación actual de España, donde la escena y los personajes son los mismos que en la obra del marqués de Custine: los trajes sólo han cambiado. Resulta de la serie de artículos que no hay fe ni principios en ninguno de nuestros hombres públicos; que lo que todos desean es apoderarse del presupuesto; que somos unos holgazanes sin industria, sin comercio y sin saber; que estamos llenos de ambición, de envidia y de preocupaciones; en suma: que no puede imaginarse nada peor ni más inmoral, ni más rebajado que España en el mundo.

En vista de esto, es menester que todos convengan en que, si nos enojamos, no deja de haber motivo. No damos pruebas, al enojarnos, de ser muy vidriosos. Antes creo que nos hemos hecho harto humildes a fuerza de oír injurias. La más pequeña justicia que se nos hace, nos parece un favor inmenso. Todos los que leemos en España, y, por desgracia, no somos muchos, nos encantamos con cualquier libro nuevo donde se nos trata con decoro y respeto. Si un erudito extranjero toma por asunto de un trabajo suyo algo que redunde en nuestra buena fama, por más que nos escatime el elogio, el elogio nos parece sobrado. Siempre tenemos que agradecer que se hable de una cosa sobre la cual no hemos sabido, querido o podido hablar nosotros mismos. Sirva de ejemplo sobre esto el libro reciente de Rousselot Los místicos españoles. Nos declara incapaces para la filosofía; rebaja a todos nuestros sabios y pensadores, y afirma que esta falta no ha sido efecto de la comprensión intelectual de los inquisidores, sino que la inquisición misma ha sido efecto de nuestro ingénito fanatismo, y de nuestro aborrecimiento a pensar y discurrir. Con todo, nosotros le perdonamos tales afirmaciones, porque encomia, sublima y da a conocer a Santa Teresa, ambos Luises y otros místicos, en quienes cifra y resume toda la filosofía española. Yo confieso que como nosotros ni esto hemos hecho valer y constar, según se debe, tenemos mucho que agradecer a Rousselot. «Guardada la debida proporción -dice-, fray Luis de León y fray Luis de Granada son para España lo que Bossuet y Bourdaloue para Francia»; pero en la frase guardada la debida proporción afirma nuestra inferioridad grandísima, aun en esto del misticismo, única cosa que nos concede. Y, sin embargo, cualquiera de los dos Luises vale tanto en absoluto, como su Bossuet, o su Fenelón, o sus otros autores devotos. Fray Luis de León, sólo considerado como poeta lírico, no tiene igual en Francia.

Hay quien afirma que el afán que ponen los extranjeros en denigrarnos proviene, en parte, de lo insolentes que fuimos en la época de nuestra prosperidad; pero yo dudo que nuestra insolencia de entonces llegase ni con mucho a la insolencia y a la arrogancia de los ingleses del día, y menos a la petulancia y outrecuidance de los franceses en todas las edades. Antes veo en nuestros antiguos autores y en nuestros personajes históricos un respeto y hasta una admiración grandes por cuanto hay de bueno aun en las naciones más enemigas. Góngora pone por las nubes a los ingleses antes de que cayesen en la herejía, y esto en su canción a la invencible armada. Lope dice que no puede competir con los poetas italianos, que son solos y soles:

Mariana se muestra siempre muy aficionado a las cosas de Francia, y Cervantes a las de Italia. Si los españoles, en el día, aparecen menos afectos a los extranjeros, es porque están hartos de verse vilipendiar.

En el concepto que los españoles formamos hoy de nosotros mismos, influye el concepto en que los extranjeros nos tienen, a veces porque nos abate y nos inclina a creer en nuestra enorme inferioridad; a veces porque nos rebela contra tan duro fallo, mas no siempre, a mi ver, atinadamente.

En ocasiones, no negamos el defecto que nos imputa, sino que no le reconocemos por tal. Decimos como dicen algunos niños enojados: «¡Ea!, pues mejor», y nos ponemos a ensalzar el defecto como una virtud, después de haberle aceptado. La Inquisición, la intolerancia religiosa, los enormes errores y no pocos crímenes de los reyes de la Casa de Austria, de Felipe II sobre todo, alcanzan, en parte, por este espíritu de contradicción, las más ardientes apologías no menos paradójales que la que hizo Quevedo de Nerón y del rey don Pedro, o los que haría un francés de las noyades de Nantes, de la noche de San Bartolomé y de las matanzas de septiembre.

Las burlas sobre nuestro atraso e ignorancia, la irritante compasión que muestran los extranjeros porque no hay en España tanta prosperidad, bienestar material y confort como en otros países, mueven a algunos españoles a celebrar este atraso, esta pobreza y esta ignorancia, como prenda y garantía de mayor religiosidad y de mayores virtudes. Así, nos excitan a seguir siendo ignorantes, atrasados y pobres, para seguir siendo santos y buenos. Esto llega hasta el punto de que recientemente se preconice en una comedia la propiedad santificante y hasta castificante del garbanzo. Un hombre de mucho mérito ha declarado, en presencia de una docta Academia, la radical ineptitud de los españoles para todas las artes del deleite, sosteniendo que esta supuesta grosería y rudeza es un bien, es condición esencial de nuestro gran ser y valer moral y político. En no pocas comedias y novelas del día se nota un odio grande a la civilización moderna, firme empeño en apartarnos de la corriente de las ideas del siglo y un espíritu de socialismo democrático frailuno que pone grima. En otras de estas producciones populares, para probar que nuestro atraso es inocencia, candor y religiosidad, se despliega una sensiblería empalagosa y simplona, que jamás ha sido prenda ni rasgo del carácter español, que se pretende retratar. Borrow creía que las Batuecas existían en un rincón de España; pero estos autores convierten a toda España en Batuecas. Su estilo está en consonancia con lo melifluo y santurrón del pensamiento; todo es pureza, dulzura, paz y caridad. Amanece, por ejemplo, en la aldea, y en la crucecita del campanario se refleja el sol naciente; y el cefirillo hace bu, bu, bu, en las hojas y ramas; y las manzanitas parece que dicen en los arbolitos: Comedme, comedme; y las ranas dicen: Cra, cra, en el estanque; y cantan los pajaritos: Pío, pío, pío; y el gallo, Quiquiriquí; y las gallinitas, Clo, clo, clo; y los niños que ya se han despertado, si bien están aún en las camitas, tan graciosos y robustitos, el Cielo los bendiga y los haga unos santos, gritan: «¡Mamá, papá!»; y todos juntos forman un concierto que significa o dice: «Bendito sea el Señor, que nos ha dejado amanecer y nos ha dado un día tan bello.» En suma: hemos venido a hacer de toda España una Arcadia a lo místico o a lo devoto, que la civilización extraña no podrá sino corromper y viciar. Es imponderable la fuerza que saca de estos extravíos el partido absolutista.

Nos tachan los extranjeros de ignorantes, y muchos españoles, en vez de probar que no lo son, hacen gala de serlo, se burlan del saber o lo rechazan como ponzoña. Por él se pierde la originalidad; así lo ha sostenido toda una escuela de poetas y de otros autores.

ha dicho en son de burla uno que si en efecto, hubiese sabido, valdría más que Byron y más que Goethe, a quienes, por culpa de su ignorancia, no alcanza ni con mucho.

Pero lo más singular y lamentable es que no pocos españoles, principalmente los que viajan y leen han acabado por formar sobre su patria un concepto tan malo como los mismos extranjeros. No sólo conocen los defectos todos de España, sino que los exageran y los multiplican, y los elevan a tanta magnitud que no puede ser más. De lo bueno de nuestro país, todo lo ignoran sustancialmente. Empiezan por hablar mal de su lengua nativa o por hablarla empedrándola de galicismos y faltas de gramática. Sujeto elegante conozco que dice haiga e indiferencia, pero que censura la más ligera falta de francés; que se encanta con los marivaudages de Feuillet y no entiende o halla sandios los discreteos de Lope; y, que condena por de mal tono y cursis los chistes de Bretón y se extasía y califica de elegantísimos los más sucios equívocos del Palais Royal, o del más necio y obscuro vaudeville. Otras personas más serias, y que no llegan a la ridiculez en esta manía, están asimismo muy descontentas y desengañadas de España, su patria; pero nadie se atreve en público a señalar los defectos que nota. En público se diría que anhelamos engañarnos, embromarnos y aturdirnos. Todo se nos vuelve hablar de Lepanto, Pavía, Otumba, San Quintín, el Cid, Pelayo, Cortés, Pizarro, Numancia y otras mil y mil glorias, victorias y trofeos. En público no hay nada mejor que España. En particular, en secreto, al oído, nos decimos los mayores improprios. Esta hipocresía, esta doblez, es repugnante; más valiera no adular tanto al vulgo, no lisonjear con palabras huecas e hiperbólicas la vanidad patriótica de los ignorantes; señalar y decir con franqueza nuestras faltas, y no creer al mismo tiempo que sean tan graves, tan inveteradas y tan sin remedio. Pero la censura sobre cualquier cosa de España, nacida del patriotismo más acendrado, si la hace en público un español, le expone a perder su buen nombre. En cambio, en los cafés, casinos y tertulias puede a salvo renegar de su país. En público estamos ya hartos de oír decir, sobre todo a los absolutistas, que ésta es la nación más hidalga, más católica y más engendradora de héroes y de santos, y más inocente y gobernable que imaginarse puede; pero, confidencialmente, dicen esos mismos señores y otros muchos que esta nación no se gobierna sino a palos, haciéndonos creer que ellos son quienes los merecen.

En suma: nos inclinamos a dos extremos igualmente viciosos. La gente que no ha viajado ni leído, la gente de buena fe, y la demás gente, por lisonjearla, se figuran que nada hay mejor que España. España es un país eminentemente agrícola por la fecundidad de su suelo. Aquí todo se produce en abundancia. Andalucía, sobre todo, es la tierra de Dios y de María Santísima. El trono de la Santísima Trinidad está colocado precisamente en el cenit de Córdoba o de Sevilla. En los países extranjeros, como la tierra es tan estéril, los hombres tienen que vivir de industria y de tramoya. Todo es por allá farsa, bambolla, fanfarronería y lujo aparente y ostentoso, sin consistencia y sin envidia. Aquí todo es sólido, real, consistente, macizo a toca teja. Un andaluz que seguía esta opinión, estuvo en París, y al mes de estar allí y de haber visto las tiendas, los teatros, la magnificencia de los edificios públicos y privados y todas las bellezas y esplendores de aquella nueva Babilonia, fue a visitar a un su compatriota y le dijo: «¿Sabe usted lo que pienso, señor don Fulano?» «Hombre, ¿qué piensa usted?», respondió el otro. Y replicó el andaluz: «Pienso que aquí también hay dinero.» Harto sé que esta historieta del andaluz va siendo cada día más inverosímil y que apenas hay ya español que ignore que también hay dinero fuera de

España, y hasta que no sospeche que en España hay, proporcionalmente, poquísimos. Pero, en cambio, fantaseamos para España otras mil excelencias, por donde nos adelantamos aún a todas las demás regiones, razas, lenguas y tribus del universo mundo. Por desgracia, esta admiración de lo propio, este obcecado patriotismo, inútil es, cuando no es nocivo. Nos encubre nuestras faltas o nos las presenta de suerte que, en vez de infundirnos el propósito de enmendarlas, nos hace pensar y decir el ya mencionado: «¡Ea!, pues mejor.»

El otro extremo, sin embargo, es peor todavía. Los que creen que todo está irremediablemente perdido; que España tiene un suelo infecundo como los desiertos de África; que nuestros ríos son torrentes que no pueden canalizarse para riego; que no servimos para la industria, porque somos radicalmente flojos y llenos de desidia, etcétera, etcétera, nos condenan, en las condiciones actuales del mundo, a una inferioridad perpetua y a una perpetua desesperación. Porque España y cuantos españoles la habitan no acertaremos nunca a resignarnos a hacer un papel humilde, a ser, por decirlo así, una nación modesta de segundo o tercer orden. El recuerdo vivo, indeleble, de nuestra grandeza pasada, será siempre un aguijón que nos excite y un torcedor que nos atribule y atormente.

Hay en el día españoles que, continuando y completando cierto pensamiento de Campanella en su famoso libro *De monarchia hispanica*, entienden que, así como los pueblos del Norte tuvieron el imperio mientras la fuerza bruta todo lo valía, y luego, cuando la astucia, el ingenio y la habilidad valieron más que la fuerza, inventada la Imprenta y la artillería, *rerum summa rediit ad hispanos*, hombres sane impigros, fortes et astutos, ahora que todo el nervio y vigor de las naciones consiste en el trabajo mecánico, el imperio se aparta para siempre de nosotros y se vuelve a las naciones boreales. Otros imaginan que la ventaja y supremacía de estas naciones boreales no puede dejar de prevalecer mientras dure el presente modo de civilización, porque siendo hoy, o debiendo ser, los hombres más independientes de la autoridad, e interviniendo todos más en el gobierno y manejo de la, cosa pública, en los países del Norte la grande capacidad y la agudeza del ingenio están reconcentradas en pocos, a los cuales los demás se confían y someten de grado mientras que en el mediodía de Europa el ingenio y la capacidad está en todos, o casi todos, y así el vulgo se confía menos y censura más y reconoce de grado poca o ninguna superioridad en los que por acaso se encumbran por lo cual tiene que intervenir la violencia y tiene que haber a menudo mil estériles trastornos, a no ser que la abnegación patriótica y el amor al orden suplan o disimulen la falta de subordinación y respeto. Otros añaden, por último, que la dificultad de que España vuelva a levantarse está en nuestra poca paciencia, en nuestro mismo deseo de levantarnos, en nuestro ideal, en nuestra aspiración, en nuestra ambición desmedida. El recuerdo de lo que fuimos nos estimula a volver a ser, y no acertamos a aguardar reposadamente. No vale la prudencia contra tan vehemente sentimiento. Apenas recuperamos un poco nuestras fuerzas, queremos emplearlas en la lucha, sin dar tiempo al convalecer.

En resolución, yo entiendo que todos los españoles, hasta los que hallan peor y más perdida a España, tienen conciencia del gran ser de esta nación y de sus altos destinos, y que la contraposición entre esta conciencia y la realidad presente es quien tanto los lleva a maldecir de la patria. Mas no por eso debe desesperar ni prever la muerte. Antes el exceso mismo de nuestro mal, y todo cuanto lo lamentamos, y lo mal sufridos que somos, y el

prurito con que los extranjeros nos censuran, son indicios de que no hemos caído para siempre, son casi un buen agujero.

Lo que importa ahora es no adularnos en público, ni jactarnos de lo que fuimos, sino de señalar nosotros mismos todas nuestras faltas, procurando el remedio. No hay que pensar en consolarnos porque el sol no se ponía en nuestros dominios, porque

Si bien nada de esto se debe olvidar; es más: si no se puede olvidar aunque se quiera, conviene tener presente a la vez los vituperios y vejámenes de que hemos hablado en este artículo, a fin de que el verdadero patriotismo no sea una jactancia vana.

Si España, como dice Campanella, fue poderosa y respetada cuando la astucia y el ingenio prevalecieron sobre la fuerza bruta, y la imprenta y la artillería se inventaron, hoy, que prevalece no sólo el trabajo mecánico, sino también la inteligencia, no hay razón para que España quede por bajo de otras naciones. Lo que nos importa es abrir puerta franca a los frutos de esa inteligencia, vengan de donde vinieren; ni fingirnos un ideal de Batuecas; no creernos una Arcadia tonta a lo místico, y esperar confiados en que nuestro porvenir ha de ser venturoso.

Revista política

- I -

Circunstancias de que no nos incumbe informar al público obligan hoy al que suscribe a llenar por extraordinario y afortunadamente una sola vez, esta parte de nuestro periódico. Mal va a salir de su compromiso, porque, disgustado, tiempo ha, de lo que llaman política, casi no sabe lo que pasa en nuestra España. No es, pues, posible que informe bien a los otros de lo que él mismo ignora. Sólo tiene algunas ideas vagas y hartó someras de lo que ocurre, por lo que oye decir acá y acullá, y que recoge al paso sin prestar grande atención y enterándose apenas. Desde que un sujeto muy ducho en estas cosas le acusó y censuró porque no gastaba pleguerías, esto es, porque no sabía negar hoy con maravilloso desenfado y envidiable frescura lo que una semana antes afirmaba y sostenía con todos sus bríos, enmudeció el que suscribe en todo lo tocante a política, por temor de que, al hablar de este difícil arte, le aconteciese algo parecido a lo que aconteció al patriarca Noé cuando gustó por vez primera el zumo fermentado de las uvas. Lo que es hoy, por dicha, no había de faltar un Sem o un Jafet piadoso que le echase encima una capa colorada antes de que

saliese de su tienda o tabernáculo y se presentase coram populo. Esperamos que dicho Sem o Jafet no tenga ocasión ni pretexto para ejercer ahora menester tan caritativo. Vamos a salir por todas las pleguerías que, a pesar del calor que hace, nos sea dado sufrir sin ahogarnos.

Pero todavía queda en pie la mayor dificultad. ¿Qué es lo que vamos a decir? ¿Nos estaría bien repetir hablillas y rumores absurdos? Nada menos que eso. Pues de lo que realmente pasa, ¿quién nos ha de enterar con certidumbre para que enteremos a nuestra vez a los lectores? Está visto; lo mejor, lo más seguro, es decir que no pasa nada. Verdad es que se ha hablado de nuevas modificaciones en el Ministerio; pero todo parecía infundado. Lo único cierto es que el Ministerio se afirma, que vence todas las dificultades y que dirige la nave del Estado con próspero viento por un mar bonancible, sin escollos ni bajíos. Hasta los asuntos rentísticos deben de haberse hecho fáciles y sencillos, de arduos y complicados que eran cuando el señor marqués de Orovio puede solazarse yendo a su lugar, donde habrán de haberle recibido alborozados los riojanos al verle al fin con título.

En suma: todo está tranquilo: nada sucede;

como dice el antiguo romance. En nuestro sentir, sólo hay un caso memorable en estos últimos días, y sobre él vamos a hablar, y aun a disertar si es lícito. Se trata del discurso leído por el señor Catalina, ministro de Fomento, al instalar solemnemente la Junta Superior Central de Instrucción Primaria. Con este motivo tendremos que hablar mucho del señor Catalina, darle a conocer según nuestro concepto, y aun encomiarle francamente y sin el menor viso ni asomo de ironía.

Nuestros principios (y ¿cómo lo hemos de negar?) son otros que los suyos; pero aquí no vamos a discutir principios. Esto no conduciría a nada. Así, pues, discurriremos partiendo de una hipótesis. Supondremos que nuestros principios son los mismos que los del señor ministro de Fomento. Y una vez hecha esta suposición, en la cual no es tampoco todo arbitrario, porque en algo sustancial convenimos de veras, trataremos de la aplicación de estos principios a la práctica, de los medios de que ha sabido valerse el señor Catalina para que triunfen. Al tratar de esto, lloverán nuestras alabanzas sobre la cabeza del cristiano repúblico. Nadie ha sabido mostrarse más diestro y prudente para conseguir su fin. Al terminar su discurso exclama: «Si viese realizado mi deseo, no ambicionaría ya mayor gloria sobre la Tierra; daría gracias al Cielo repitiendo aquellas hermosas palabras de Simeón: Nunc dimittis servum tuum, Domine.» Esta oración eucarística, que condicionalmente piensa en dirigir al Señor, nosotros le aconsejaríamos que la dirigiese desde luego, si todos los decretos, reglamentos y medidas gubernamentales no fueran tan inestables en nuestro país. El edificio que ha levantado el señor Catalina es hermoso, sólido, bien proporcionado, a propósito para su objeto; pero tal vez dure poco; tal vez esté fundado sobre arena movediza. No es culpa suya, sino de nuestro carácter. Dentro de seis, de ocho, de quince meses; dentro de un año o de dos, vendrá otro Ministerio y le derribará para fundar otro muy diferente. Pero si no fuera por esto, bien podría el señor Catalina decir, no sólo las hermosas palabras de Simeón, sino también con el Salmista: Circumdedisti me loetitia, ut cantet tibi gloria mea, por haber reprimido como conviene a los que corrupti sunt et abominabiles facti sunt in studiis suis.

La serie de trabajos del señor Catalina empezó bajo el Ministerio del hoy marqués de Orovio. La obra está ya terminada. Sólo le faltan algunos perfiles que se le pondrán sin duda. Hecha la obra, y si nadie la derribase, el propósito del señor Catalina se cumpliría indefectiblemente al cabo de algunos años. Lo malo es, como ya hemos dicho, que en España no es de esperar que duren algunos años estas cosas. Pero imaginemos por un instante que duran, ¿Cuál sería el resultado? El resultado sería, y en esto resplandece el talento del señor Catalina, que la instrucción laica acabaría del todo o casi del todo; que las escuelas de primera enseñanza estarían en manos del clero; que no habría institutos, sino seminarios, y que las universidades, despojadas del carácter que hoy tienen, vendrían a ser meras escuelas especiales para formar médicos y abogados, sin influjo alguno en la vida y en el movimiento intelectual de la nación.

Dios nos libre de discutir aquí si esto sería un mal o un bien. Dilucidarlo sería asunto de un libro profundo, no de un artículo de periódico escrito a la ligera. Aquí sólo afirmamos que esto sería.

En un real decreto, dado en Zarauz en 1866, estriba principalmente esta esperanza. Dicho real decreto es la piedra angular de todo el edificio. Fundado en sabias consideraciones, apoyándose en razones de equidad, sosteniendo que la confianza que se deposita en fundadores de colegios privados no puede negarse a los reverendos obispos, el real decreto determina «que los estudios que se hagan en los seminarios conciliares habiliten para ingresar en las carreras civiles». Ahora bien: ni esos empresarios privados que fundan colegio, ni el Gobierno, que es también un empresario, podrán dar la instrucción tan barata, ni difundirla por todas partes como hace y hará el clero. Una vez establecida la competencia, no podrán luchar ni los colegios ni los institutos, y al fin tendrán que cerrarse porque se quedarán vacíos. El mismo real decreto indica ya una de las causas por que se quedarán vacíos, a saber: porque es crecido el número de poblaciones en que hay Seminario conciliar y no hay instituto, y porque no es de creer que los habitantes de estas poblaciones se separen de sus hijos para enviarlos a los institutos, cuando pueden hacer que estudien en los seminarios, guardándolos en casa. Los padres que no habiten en población donde haya Seminario no enviarán sus hijos al instituto, sino al Seminario también, donde podrán estar de internos por muy poco y les saldrá su educación más barata.

Temibles competidores ha suscitado el mencionado real decreto a los catedráticos de instituto. De temer es que se queden pronto sin discípulos. ¿Qué actividad no desplegará en esto el clero en la patria de San Ignacio de Loyola y San José de Calasanz? ¿Cómo han de faltar en nuestros sacerdotes hombres que sigan las huellas y que tengan el temple de alma de aquel infatigable aragonés y de aquel glorioso vizcaíno? Los catedráticos seculares apenas tendrán para mantener a sus familias con los siete u ocho mil reales que les dé el Gobierno. Los catedráticos de Seminario podrán vivir en el Seminario mismo punto menos que por nada, y exentos de los cuidados y desvelos que la familia inspira, consagrarse con ardor eficaz y exclusivo al magisterio y cumplir la alta misión y divino precepto de *ite et docete omnes gentes*. Y no hay que dudar, en pocos años este régimen acabarán por enseñar a todas las gentes, y el Gobierno podrá hacer un considerable ahorro, suprimiendo los institutos por inútiles. Entonces, según ya pronostica el real decreto, *cum exultatione te simplicitate cordis*, no sólo los más grandes teólogos, sino los juristas más afamados, los

poetas más insignes y los sabios que honran los fastos de la ciencia, y, por consiguiente, los ministros, los senadores, los diputados y hasta los ingenieros de Canales y Caminos saldrán de los seminarios conciliares. *Imitatores mei estote.*

En todos o en casi todos los demás establecimientos de educación, el señor Catalina ha ido descubriendo que se esconde el genio de la impiedad y de la rebeldía. Ya en la circular de 20 de julio de 1866 indicaba que las universidades e institutos ofrecían motivos de amargura, aunque no tantos como las escuelas de primeras letras. En estas escuelas principalmente es donde se enseñaba a los niños a aborrecer y a rebelarse, en vez de enseñarles a obedecer y a amar. Más tarde, en el mes de octubre del mismo año, descubre el señor Catalina que las escuelas normales están emponzoñadas, que han tenido la desgracia de inspirar en España serias inquietudes, y estas inquietudes le han preocupado de tal suerte, que desde luego pensó en suprimir las escuelas como un semillero de pestilencias y unas sinagogas de Satanás: pero en la imposibilidad de adoptar por lo pronto otros medios de formar maestros, admitió por entonces su conservación, si bien reformándolas y extirpando los abusos.

En el mismo mes y año reformó también y organizó el señor Catalina la segunda enseñanza. Teniendo en cuenta aquello de *non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem*, suprimió no pocas cosas de las que había antes que aprender, a fin de no acostumar a los niños a la trivialidad de ideas generales mal comprendidas, y llevó a tal extremo su interpretación del *ad sobrietatem* del apóstol, que dedicó cuatro años al estudio del latín; pero nada más que del latín, durante los tres primeros, con un poco de retórica y poética en el tercer año y bastante de catecismo, enseñado durante los seis años sucesivos por el párroco o por un sacerdote. Como es de suponer que los niños, en la escuela o en el seno de su familia, deben saber ya la doctrina cristiana al entrar en la segunda enseñanza, de suponer es también que con los seis años más de catecismo y de Historia sagrada y con un año de religión, casi deben salir de la segunda enseñanza hechos unos razonables teólogos, si no son muy menguados de entendimiento. En cuanto al latín, no hay que temer tampoco que dejen de aprenderlo por falta de tiempo. En cuanto al griego, el señor Catalina lo ha suprimido, porque ya era demasiada la sobriedad con que se enseñaba, o por aquello de que para poca salud, más vale ninguna. Lo que no acertamos a comprender es lo que dice de que «cuando se formen muchos y verdaderos helenistas, entonces podrá pensarse en dar conocimientos de aquel interesantísimo idioma a los alumnos de segunda enseñanza». ¿Cómo se han de formar muchos helenistas cuando se suprimen las cátedras en que pudieran formarse? Si hasta ahora, existiendo las cátedras, sólo se han formado falsos, como se deduce del deseo del señor Catalina de que los haya verdaderos, ¿qué sucederá, dichas cátedras suprimidas?

El señor Catalina, en el afán de reformarlo todo, en todo ha puesto mano; pero no se puede negar que, obedeciendo siempre a la misma idea, con unidad de miras, conspirando siempre al mismo propósito de que no haya *attendentes spiritibus erroris et doctrinis dæmoniorum*. No nos es posible examinar cómo ha reformado las escuelas especiales y las facultades de Filosofía y Letras, de Derecho, de Farmacia y de Medicina. Sólo tocaremos de paso algunos puntos que nos parecen dignos de atención.

Lo es, en primer lugar, que se prohíba «el estudio simultaneo de la facultad de Filosofía y Letras con las de toda otra facultad». Ser en España filósofo o literato, con título o sin título vale para poco o para nada. ¿Quién, pues, habrá de dedicarse exclusivamente a serlo? Este artículo, por tanto, hace inútiles, o poco menos que inútiles, las cátedras de Filosofía y Letras. Estarán desiertas, o poco menos que desiertas, si no se consiente al que sigue una carrera para ganarse honradamente la vida, como médico, como abogado o como farmacéutico, que estudie al mismo tiempo, para adornar su espíritu y calmar su sed de saber, las letras y la filosofía. Resultará, además, que ni el médico ni el abogado podrán ser, oficialmente al menos, ni literatos ni filósofos. No es de creer que vuelvan a ser estudiantes, después de ser ya médicos y abogados, abandonando los negocios o los enfermos. El mismo señor Catalina conoció, por lo visto, la malquerencia contra la filosofía y las letras profanas que implicaba la mencionada disposición, y la modificó en una real orden.

Sobre la organización dada por el señor Catalina a la Facultad de Ciencias, salvo los errores en que puede haber incurrido en los pormenores, porque al fin no es omniscio, y éstas son materias extrañas a sus estudios, debemos darle y le damos grandes alabanzas, aunque nos hagamos impopulares con algunos ingenieros, hartos poseídos del espíritu de corporación. Las escuelas especiales son verdaderamente de aplicación, y como el complemento de lo que se aprenda en la Facultad de Ciencias, donde deben darse los conocimientos teóricos.

Lo que no aplaudimos es el artículo octavo de este decreto, que dice: «Queda prohibida la simultaneidad de la Facultad de Ciencias con toda otra y de sus secciones entre sí. Comprendemos el horror que inspira al señor Catalina lo que vulgarmente llaman un Petrus in cunctis; pero no basta esto para disculparle. ¿Quién ha de querer ser en España meramente sabio? Como no sea un príncipe o un gran señor, nos parece que nadie. Por otra parte, no nos negará el señor Catalina que puede haber un abogado o un médico que sea buen naturalista o buen matemático, y que estas cosas, y aun otras más disparatadas, pueden aprenderse y saberse a la vez, como verbigracia, lengua hebrea y náutica.

Sean severos los exámenes; no se apruebe a los que no hayan estudiado o no tengan capacidad bastante para que el estudio les aproveche; y quede en libertad de aprender a la vez cuanto se le antoje el que se sienta con fuerzas para ello. Debemos notar aquí que si bien en todos los institutos se debe aprender mucho latín, y en las universidades donde haya Facultad de Filosofía y Letras, griego, árabe y hebreo, las lenguas vivas de Europa han sido muy desdeñadas por el señor Catalina, y no se nos dice que habrá cátedras de ellas, aunque las hay en universidades e institutos, ni se exige su estudio para ninguna carrera. Nosotros convenimos con el señor Catalina en que es una picardía que nos señalen con tinta negra en una mapa que se vende por ahí sobre la ilustración, y donde la Islandia está fulgurante de luces, aunque no hubiéramos tomado en cuenta dicho mapa al escribir un documento oficial; nosotros convenimos en que España tiene, pásenos el neologismo el señor Catalina una grande autonomía literaria; pero, en suma, bueno será convenir también en que hay pueblos en Europa que igualmente la tienen, que están mucho más adelantados que el nuestro, y cuyas lenguas deben enseñarse en España para gozar bien de los tesoros de ciencia y de poesía con que han sido enriquecidas e ilustradas. Las cátedras de francés, alemán, inglés e italiano, acaso son tan útiles o más que las de latín, árabe, griego y hebreo.

Otras muchas disposiciones relativas a instrucción pública se han dado también en estos últimos tiempos, casi todas, en nuestro sentir, debidas a la poderosa iniciativa del señor Catalina, aunque durante un poco de tiempo dejó éste el negocio de los estudios y se engolfó

siendo ministro de Marina.

Algunas de estas disposiciones merecen el aplauso de toda persona imparcial, como, por ejemplo, la fundación de museos arqueológicos.

Al señor marqués de Orovio, a pesar de lo que hemos dicho y creemos sobre la iniciativa del señor Catalina, le cabe la gloria de aparecer como el reformador de la enseñanza en España; él ha firmado casi todas las reales órdenes y los decretos. Bien merece la gran cruz de la Orden Piana que dicen acaba de obtener.

La fuerza de la reforma realizada, y hasta la fuerza de las mismas circunstancias, concurren a que se verifique lo que ya decíamos al empezar este artículo, es a saber: que las universidades dejen en realidad de serlo. El Gobierno mismo lo declara en otro decreto de julio de 1867: muchas universidades pobremente asistidas, limitadas a tres o a dos facultades, quizá a una sola, no merecerán el nombre de Universidad. «La clásica antigüedad daba sólo nombre de Universidad a aquellos insignes establecimientos donde para todas las ciencias había cátedras y fácil entrada para todos los deseosos de saber.» A pesar, pues, de la clásica antigüedad, seguirán llamándose universidades diez escuelas superiores de España; pero cada día se suprimen cátedras y aun facultades enteras en muchas de ellas. En Oviedo, Santiago y Zaragoza no habrá en adelante Facultad de Teología. En las otras universidades se irán suprimiendo también. En Salamanca no se podrá pasar de bachiller en Filosofía. La Facultad de Filosofía y Letras se suprime en muchas universidades, y sólo en la Universidad Central se seguirá dando el grado de doctor.

El señor Catalina ha terminado su obra, ya de ministro de Fomento, y rubricando él mismo la ley y los reglamentos sobre instrucción primaria, en la cual tendrá el clero la mayor influencia, no sólo porque los párrocos presidirán todas las Juntas locales inspectoras, sino porque, suprimidas las Escuelas Normales, todos los maestros estudiarán en los colegios de segunda enseñanza; casi de seguro en los seminarios; de esta suerte, donde no hubiere maestro seglar, será un clérigo el maestro, y donde hubiere maestro seglar, éste, por lo general, estará educado en un Seminario. Sinite parvulos venire ad me. No es posible dar mayor influencia y parte al clero en un negocio de que depende tanto el porvenir de la patria. Esperemos, si es que duran las disposiciones del señor Catalina, que esta influencia sea para bien y que por ella cunda la instrucción en los pueblos, mejorando mucho también su religiosidad y su moralidad, a fin de que no se diga en lo futuro: *populi meditati sunt inania*.

A este punto habíamos llegado de nuestro artículo, el cual empezó afirmando que no había novedades de que hablar, cuando supimos, por la voz pública y por los periódicos diarios, una novedad extraña y grave, cuyas causas no sabemos. El capitán general, duque

de la Torre, los tenientes generales don Fernando Fernández de Córdoba, don Antonio Ros de Olano, don Juan Zabala, don Domingo Dulce, don Félix María Messina, don Rafael Echagüe, don José María Marchesi y don Francisco Serrano Bedoya; los mariscales de campo don Tomás García Cervino, don Francisco Uztáriz y don Antonio Caballero de Rodas, y los brigadieres don Manuel Buceta, don Antonio López Letona, don Juan Alaminos y don José Sánchez Bregua, y tal vez algunos otros que no han llegado a nuestra noticia, han sido, presos unos y otros no, pero todos mandados de cuartel a diversos puntos de la Península, de las islas Baleares y de las Canarias.

También, a lo que parece, se ha dispuesto que salgan de España los infantes duques de Montpensier.

Sobre esto, y sobre lo que ocurra en los días que quedan hasta la publicación de la revista, no extrañarán nuestros habituales lectores que nos abstengamos de dar opinión alguna, aunque El Español y La España se hayan creído ya en el caso de darla de un modo que La Época califica de altamente inconveniente.

- II -

La breve ausencia del señor Albareda, que escribe con tanto aplauso esta crónica, nos obliga a intercalar en ella un capítulo escrito por personas menos versadas en las cosas políticas. El encargado de la intercalación piensa y siente como el señor Albareda; mas no por eso desconfía menos.

Conviene, pues, que empiece por pedir perdón a los lectores de las faltas en que habrá de incurrir; faltas que serán tanto mayores cuanto mayores y más importantes han de ser los sucesos que refiera, comentándolos y juzgándolos según su criterio.

La revolución, detenida en su camino por fuerzas encontradas, que pugnan por impulsarlas en opuestas direcciones, hace en estos instantes un esfuerzo vigoroso para desasirse de los lazos que la sujetan y lanzarse decididamente en busca del término natural de su marcha.

¿Cuál es dicho término? Difícil, imposible es que nadie acierte a preverle, por más que el miedo de algunos, el recelo y la desconfianza de no pocos, y la varia esperanza de cada cual le fantaseen, le tracen y le afirmen, ya como seguro e ineludible en un porvenir cercano.

Huyamos nosotros de la tentación del vaticinio. No presumamos de profetas, y confesemos con humildad que el porvenir nos parece oscuro, y que, entre las apiñadas y densas nubes que lo envuelven no acertamos a columbrar el radiante amanecer del sol de justicia o la ominosa aparición del astro maligno que debe levantarse en el horizonte. Pero, si no sabemos lo que será, sabemos lo que anhelamos que sea; lo que, en nuestro sentir,

conviene más al bien de la patria. Algo de este pensamiento nuestro y algo de esa aspiración se ha de traslucir de lo que digamos al tratar de los últimos acontecimientos.

La Asamblea Constituyente ha dado a la nación una ley fundamental liberal y democrática en sumo grado; ha establecido la libertad del pensamiento y de la conciencia en todas sus manifestaciones; ha creado leyes orgánicas en consonancia con la Constitución; y, por último, sosteniendo con sus votos y con su crédito al Gobierno interino, que con diversos nombres es desde octubre de 1868 el brazo de la revolución, ha conseguido afirmarla, allanando obstáculos, no pocos de los cuales eran un triste legado del régimen caído; venciendo con las armas los ataques violentos de enemigos de todo linaje, y conservando con energía la integridad del territorio nacional, a pesar de la rebelión parricida de Cuba y de las nacientes complicaciones internacionales, disipadas por la entereza y una prudencia decorosa.

Si a esto se añade la severa majestad de algunas discusiones parlamentarias el valer, la elocuencia y la indisputable elevación en las ideas de varios oradores, y el generoso espíritu de tolerancia, sólo en raras ocasiones desmentido, con que, tanto en la Prensa cuanto en la tribuna, han sido sufridas las más atroces injurias contra los hombres, contra los hechos y contra las doctrinas que en la revolución prevalecen, no se puede negar que, si bien no hay que lisonjearnos de ser la admiración de Europa, porque nuestra postración de hace muchos años, y el auge, la grandeza y el orgullo consiguiente de otras naciones imposibilitan dicha admiración, al menos no somos blanco de un desdén justo y de un menosprecio merecido, cuando las cosas se miran imparcialmente, y no se dicta sentencia fundándose en pormenores ridículos que la malevolencia se complace en abultar y que suelen ocurrir siempre en las discordias civiles.

No es extraño que la Asamblea Constituyente se sienta fatigada después de tan largos trabajos. Su vida ha sido activa y fecunda. Su recuerdo será grato a los españoles amantes de la Libertad. Para que su recuerdo sea también altamente glorioso, lo que importa ahora es completar la obra comenzada, y morir luego de una muerte voluntaria y oportuna.

En la mente de todos está la convicción de que esto es lo que importa. Y, sin embargo, nadie desconoce tampoco la inmensa dificultad de convenir en una solución definitiva.

Por un temor harto fundado a la anarquía y a los desórdenes espantosos que hubiera traído la República, y por la íntima creencia en que están los más de los representantes del pueblo de que éste por su historia y por su condición propia es monárquico, la monarquía ha vuelto a ser proclamada, y el trono, que al caer la dinastía de los Borbones vino con ella al suelo, ha vuelto a levantarse; pero el trono está vacío, y es menester hallar pronto una persona que lo ocupe. Toda la dificultad reside en hallar a esta persona. En ella han de concurrir dos circunstancias: que acepte el alto empleo que se le ofrezca, y que la nación, representada por la mayoría de las Cortes, la considere merecedora de dicho alto empleo.

Encargado el Gobierno desde muy temprano de esta comisión, nadie le acusará de que anduvo reacio en su desempeño. No es justo tampoco acusarlo de inhábil; pero ¿cómo negar que ha estado poco dichoso? Y aunque la desdicha no es culpa, la desdicha siempre desacredita o rebaja en la opinión a quien la tiene. De cuatro príncipes extranjeros sabemos

con evidencia que han rehusado la corona de España. De otros tres o cuatro más hay vehementes sospechas de que han hecho lo propio, aunque el Gobierno nos lo ha ocultado y callado por caridad, a fin no darnos nuevas mortificaciones y desengaños. Si como se supone y se murmura, el Gobierno sigue buscando rey de Corte en Corte; si continúa ofreciendo la corona de San Fernando, ya a un príncipe, ya a otro, tendremos el gusto, al cabo, permitírsenos lo vulgar de la frase, de que no que de un solo príncipe en toda la principería que atesora el Almanaque de Gotha que no nos haya pegado un sofión más o menos solemne.

Pero, ¿qué ha de hacer el Gobierno?, se nos dirá. ¿Cómo no exponerse a los sofiones, si tiene que buscar rey? Observaciones son éstas a las que hemos contestado previamente. Nosotros no llamamos al Gobierno inhábil, sino desdichado y lamentable en este negocio. Claro está que tiene que buscar rey, y que no puede buscarle de otra manera.

Los Príncipes de nuestro siglo no usan ya el vivir heroico, épico y aventurero de los siglos pasados. No gustan de abandonar el sosiego de sus palacios, y la comodidad y holganza de las Cortes de sus padres o de sus tíos, para irse, pidiendo armas y caballo, a correr aventuras. No hay reino, por dilatado y glorioso que sea, que los decida a peligrar algo para ser en él monarcas. Se diría, además, que la sombra inulta del infeliz Maximiliano acude al poner el freno de la prudencia a cualquier ambición que pueda nacer. Sin embargo, no diremos nosotros de ninguno de estos príncipes lo que de Celestino V dijo el Dante con su acostumbrada crudeza:

Los tiempos son otros; y, además, el ofrecimiento de una corona constitucional democrática no despierta, ni aviva, como no requiere tampoco las calidades del héroe de una epopeya. Nada más opuesto al ideal del rey constitucional-democrático que el rey de acero de que nos ha hablado, en el calor de la improvisación, un orador insigne.

Sea como sea, lo cierto es que hasta ahora no hemos dado con ningún príncipe ni de acero ni de cera, que se atreva a ser rey de España.

La malandanza y el peor éxito de estas negociaciones para hallar rey en tierras extrañas han dado cuerpo y brío a un pensamiento singular; al pensamiento de elegir rey a un ilustre compatriota nuestro, ya muy anciano, que vive en el retiro como Cincinato y Wamba, y que, si no es de regia estirpe, ha alcanzado por sus merecimientos, servicios y virtudes, elevadísima posición, universal respeto, extraordinaria y constante popularidad y claro renombre. Los que intentan elegir rey a este personaje, recuerdan, sin duda, los versos o coinciden con los versos tan sabidos, que dicen:

Lo malo es que han olvidado o no han comprendido que con nuestra Constitución, y en estos momentos históricos, un rey así es imposible o al menos no es conveniente.

El soldado dichoso no acepta la corona, la toma. No se hace elegir por una Asamblea Constituyente, sino que la disuelve con violencia, y hace que confirmen más tarde su poder el Ejército y la plebe. No se pone por bajo de la Constitución, sino en un lugar de la Constitución.

Un particular, por elevado que esté en la jerarquía social, cuando llega a ceñirse una corona, tiene derecho para creerse, con relación a los demás hombres, lo que es el pastor con relación con el rebaño. César dio su nombre a los nombres los monarcas de esta clase. Los monarcas de esta clase, que en la antigua Grecia se llamaban tiranos, se llaman césares ahora. Ante un César cualquiera, grande o pequeño; ante un particular, aceptado o elegido rey por la democracia, el pueblo se aniquila o desaparece; César lo es todo. El pueblo no piensa; César piensa, obra y manda por él. Napoleón III lo ha dicho, reduciendo a sistema la Historia: «Cuando la Providencia suscita hombres como César es para trazar a los pueblos el camino que deben seguir, marcar con el sello de su genio una era nueva y terminar en pocos años el trabajo de muchos siglos.» La obediencia ciega al César, según la teoría de Napoleón III, debe extenderse más allá del sepulcro: debe ser póstuma. «Durante muchos siglos -exclama- ha bastado decir al mundo que tal había sido la voluntad del César para que el mundo obedeciese.»

Cuando el teatro no es bastante grande para que en él pueda César representar su papel, o el particular elegido monarca no tiene aliento y capacidad para representarle, representa el papel de Augústulo, o, si se quiere, de Masanielo. De todos modos, es indudable, en nuestro sentir, que el encumbramiento de un particular al trono causa casi siempre un vértigo de vanidad, un engrimiento perturbador en el encumbrado, que suele trastornarle el juicio y conducirlo a la locura. Monsieur Beulé acaba de demostrar, en unas historias eruditas y elegantes, que casi todos los césares antiguos se volvieron locos. Para no volverse loco, para aceptar y cumplir la misión de César con calma y juicio, se necesita un temple de alma punto menos que divino. Esto también lo ha dicho Napoleón III. Un César es y debe ser un hombre divino, providencial: un Dios o nada. «Desventurados los pueblos que lo desconocen y lo combaten. Son como los judíos que crucifican a su Mesías.»

Ahora bien: ¿quieren los amigos de ese general anciano hacerle César, Mesías y Dios, encargado providencialmente del triunfo definitivo del bien, etcétera, etc., o mero rey constitucional democrático, blando, amoroso y conservando en el pueblo todos sus derechos individuales y colectivos, sin entremeterse en marcarle caminos, guiarle y apacentarle? Si quieren esto último (y no otra cosa pueden querer los liberales), mejor que un particular es para un rey un hombre a quien casuales circunstancias hayan colocado en tal situación, que no se desvanezca subiendo al trono, y que conozca al subir a él que sube por pertenecer a cierta clase y no por mérito propio.

Se argumentará que el egregio patricio, a quien anhelan dar la corona, ni se engríe, ni se ensoberbece, ni se vuelve loco por estos hombres; que no aspirará a trazar caminos, sino que será el primero en ir por los ya trazados; que no querrá que se cumpla su voluntad propia, en vida y en muerte, sino que será su programa el cumplimiento de la voluntad nacional. Todo esto lo creemos como los más apasionados del general candidato; pero creyéndolo y dándolo por firme y seguro, se nos ofrece otro inconveniente no menor. Los reyes improvisados, los reyes que fueron meros ciudadanos, nunca han sido clementes y

dulces, sin caer en el menosprecio; sin hacerse blanco (¡tal es la ruindad de los hombres!) de las burlas y del escarnio de sus súbditos. Tito, para ser tan clemente, para ser las delicias del género humano, tuvo que ser antes espantosamente cruel, a fin de infundir en los ánimos un terror profundo que hiciera en lo sucesivo compatibles la clemencia y la dulzura con la veneración y el respeto. De otra suerte, fuerza es confesarlo, los modales campesinos de un César labriego, sus mismas virtudes sencillas, su bondad patriarcal y su llaneza franca, darían perpetuo asunto a los chistes, y pretexto al desvío de las clases elegantes y aristocráticas de la sociedad, y de tantos y tantos como por vanidad, interés o petulancia las siguen, aunque hayan nacido en humilde cuna.

En torno de un rey así, valiéndonos de una frase en moda, se haría el vacío. Las que se llaman clases conservadoras le dejarían aislado y harían escarnio de él, por más que él conservase todo lo conservable. Un rey así, para hacerse respetar, tendría que convertirse en tirano, o encomendar a la plebe su venganza, lo cual sería una guerra civil incesante.

De resultas de que no hay príncipe extranjero que consienta en ser rey de España, se han aumentado también los partidarios de otra candidatura, que fue desde el principio la que patrocinaron los principales y más eficaces actores y jefes de la revolución.

Esta candidatura, sin entrar jamás en el examen de la persona en sí, esto es, de sus prendas de entendimiento y de carácter, no tiene los inconvenientes que hemos notado en la anterior. El candidato ha nacido «en la púrpura. El candidato tiene, además, la peregrina circunstancia, que casi debemos agradecer al vernos tan desdeñados, de que no nos desdeña y de que anhela ser rey de esta nación. Sin embargo, hoy parece casi imposible que pueda llegar a serlo. La mayoría del partido revolucionario más numeroso le desecha, creyéndole candidato de otro partido, revolucionario también, pero de quien todo lo teme.

Con todo, el duque de Montpensier, pues, dejando las perífrasis a un lado, de él se trata y bien podemos nombrarle, no hay razón para afirmar que sea un candidato del partido; no hay razón para decir que sea el candidato que la Unión Liberal quiere imponer al pueblo.

Casi todos los diputados de la Unión Liberal estaban dispuestos a votar a don Fernando de Coburgo, el cual se negó a ser rey de España. Casi todos los diputados de la Unión Liberal se prestaban asimismo a votar a don Luis, el monarca portugués, que tampoco nos quiso. Y, por último, la mayor parte de los unionistas hubieran votado al duque de Aosta, y algunos votaron al duque de Génova; pero el duque de Génova y el duque de Aosta rehusaron la corona de España. A esto se pueden añadir que no han faltado diputados unionistas que han deseado para rey al príncipe Carlos de Prusia y al príncipe Leopoldo Hohenzollerir-Sigmaringen. Por tanto, salvo seis a siete individuos constantes e inquebrantables, más que de pertinaz en aspirar a que Montpensier sea elegido, puede y debe la Unión Liberal ser tildada de acomodaticia y facilitona. Pero ¿quién convence a muchos progresistas de que esto es así? No se convencerían, aunque sucesivamente merced a los trabajos y sabias manipulaciones de sus diplomáticos, nos fuesen presentando para reyes a todos los príncipes de la Tierra, incluso el príncipe Kun y el príncipe Muley-el-Abbas, los fuésemos aceptando a todos, y los príncipes luego nos fuesen desairando.

Nace de aquí el que toda la mayoría monárquica de las Cortes Constituyentes se halle dividida, con respecto a la elección de rey, en tres bandos principales: los que desean por rey al general Esparteros, los que desean por rey a Montpensier, o por entusiasmo o porque no hay otro, y los que desean que dure la interinidad.

Por un artificio, que no sabemos a qué conduce; por un pudor parlamentario, los montpensieristas se llaman meramente antiinterinistas; pero claro está que este secreto es el secreto a voces, pues no habiendo en el día más candidatos posibles que Montpensier o Esparteros, pedir que la interinidad cese es pedir que sea rey, si no Esparteros, Montpensier. No hay en esto, a pesar de todo, cálculo ni malicia. Sería una malicia harto inocente. En realidad, pocos montpensieristas no sacrificarían aun a su duque de Montpensier en aras de la conciliación de las tres procedencias, suponiendo que pudiera presentarse otro candidato digno.

Dividida de esta suerte la mayoría monárquica de las Cortes Constituyentes, se ha puesto a discusión la ley para la elección de monarca. Los diputados de la Comisión, anhelando facilitar la elección, disponían que bastase para hacerla el mismo número de diputados que para hacer otra ley cualquiera; pero en la Comisión hubo un disidente, el señor Rojo Arias, el cual formuló un voto particular, exigiendo para la elección de rey la mitad más uno de todos los diputados que pueden tomar asiento en el Congreso. En el estado de fraccionamiento en que se hallaba la mayoría, y habiendo en las Cortes sobre ochenta republicanos y algunos tradicionalistas y alfonsinos, el voto del señor Rojo Arias equivalía a hacer imposible la elección de rey; era el triunfo de la interinidad indefinida, tal vez de la República, y de la revolución más tarde. Sin embargo, el voto del señor Rojo Arias fue tomado en consideración. Al vencer en esta votación primera, los republicanos no pudieron contener su alegría y prorrumperon en alto aplauso; los tradicionalistas entonaron el tedéum y otras oraciones eucarísticas y jaculatorias.

En el seno de la Unión Liberal había, desde el principio de la revolución, un pequeño número de diputados alfonsinos hasta cierto punto. Decimos hasta cierto punto, porque una verdadera fe, un entusiasmo vivo por el príncipe don Alfonso no es posible que nadie le tenga ni le finja. La idea de la legitimidad no es tampoco bastante firme ni bastante inflexible en el alma de ningún hombre ilustrado de ahora, para que le decida a sacrificarse y consagrarse a ella.

Los alfonsinos de la Unión Liberal lo eran, pues, hasta cierto punto, en el sentido de haber conocido y tratado al augusto adolescente y de haberle cobrado afición y cariño, y de pensar que, en vez de un duque de Génova o de otro extranjero, que no nos quiere, el príncipe Alfonso, que es español, había de querernos, al menos para reinar sobre nosotros, y había de reinar, si no bien, como otro cualquiera, con su Constitución, sus Cortes y sus libertades, hasta cierto punto también. Pensando así, menester es ser justos, no faltaron a nada los diputados unionistas alfonsinos, que ni contribuyeron a hacer la revolución, ni la aceptaron después. Eran lógicos y consecuentes. No diríamos lo mismo de cualquier unionista, si lo hubiese, que después de contribuir a la revolución o de aceptarla, fuese alfonsino. Mas no se hallan en este caso el señor Cánovas, jefe de los unionistas alfonsinos, y el pequeño grupo que capitanea.

Ni se puede acusar tampoco al señor Cánovas de poco franco. Siempre ha dicho su pensamiento hasta donde podía y debía decirlo. Sus discursos al discutirse la Constitución y sobre las joyas de la Corona, sus votos y su conducta en las Cortes y en el seno de la Unión Liberal, a cuyas reuniones nunca o casi nunca asistía, estaban declarando cuáles eran sus pensamientos y propósitos. Sus conversaciones casi públicas, en el salón de conferencias y en otras partes, acababan de corroborarlo.

No debió, pues, sorprender que el señor Cánovas, bien por una recrudescencia de amor hacia el príncipe Alfonso, bien por mero escrúpulo de su profunda fe monárquica, no quisiese contribuir a que pudiera elegirse un rey por pocos votos, y se abstuviese, como se abstuvo, de votar en pro o en contra del voto particular del señor Rojo Arias. Los diputados que le siguen, como es natural, imitaron su conducta.

Ésta (¿para qué ocultarlo?) hirió hondamente los sentimientos de la Unión Liberal revolucionaria. El señor Cánovas, uno de sus adalides más fuertes, una de sus glorias más brillantes, una de sus más claras lumbreras, la abandonaba. La Unión Liberal no podía entenderlo de otro modo, y así lo lamentó en una junta. Poco tiempo después, el señor Cánovas, al discutirse ampliamente el voto particular, hubo de confirmarlo.

El señor Cánovas habló, y no siendo nosotros de aquellos a quienes ciega el espíritu de partido, hemos de confesar que pronunció uno de los más bellos y elocuentes discursos que ha pronunciado en su vida y que se han oído en el seno de las Cortes Constituyentes.

El señor Cánovas no contentó a nadie, pero no quiso contentar a nadie. Ni alzó la bandera de la Restauración, ni se acogió a la bandera de la Revolución. Se quedó donde estaba antes: sólo con su pequeña hueste, aislado, en el confín de la Revolución y de la reacción entre los diversos partidos que dentro y fuera del Parlamento se disputan el predominio y pugnan por conquistar el porvenir. Lo que hizo el señor Cánovas fue deslindar su posición, señalar el punto donde está acampado, clavar en él su bandera, y aguardar allí a que vayan a unírsele, ya los alfonsinos, haciéndose más liberales, ya los revolucionarios, retrocediendo y arrepintiéndose de muchos pasos que han dado. Nosotros creemos que ni los alfonsinos irán en busca del señor Cánovas, ni nosotros tampoco iremos a buscarle. O el señor Cánovas se quedará solo, o tendrá al cabo que mover su campo, cansado de aguardar, ya para ir en busca de los unos, ya para ir en busca de los otros; pero, entre tanto, es menester admirarse de su arrogancia y de la robusta y confiada elocuencia con que la expresó.

Las declaraciones que el señor Cánovas hizo en favor del príncipe Alfonso fueron para este príncipe y para su madre muy poco lisonjeras. Todo se redujo a simpatías personales y a buenos recuerdos. En suma: para el señor Cánovas el príncipe Alfonso es un candidato predilecto, pero no es el único candidato posible. El señor Cánovas, separado de la Revolución para absolverla, condenarla definitivamente, deja entrever que la absolverá y reconocerá, si hace el orden, y que reconocerá asimismo, apoyará, y defenderá a cualquier rey que la Revolución elija, sacrificando en aras de la patria sus afecciones personales.

Contestó al señor Cánovas el señor Ríos Rosas con un no menos elocuente y profundo discurso. Largo sería analizar aquí las razones o sutilezas que el señor Cánovas adujo en

favor del voto particular, y los argumentos con que el señor Ríos Rosas las refutó victoriosamente. Ambos oradores se alzaron muy por cima de la cuestión, ya de suyo muy alta, y, encumbrados en superior esfera, juzgaron la revolución última y sus antecedentes históricos, condenándola uno por haber ido muy lejos en su liberalismo, y absolviéndola y aplaudiéndola el otro por haber ido tan lejos.

El señor Ríos Rosas tuvo momentos de aquella arrebatadora y enérgica inspiración que tanto le caracteriza. Los diputados ahogaron repetidas veces su acento varonil en estrepitosos aplausos. Estuvo, sobre todo, admirable de verdad, de claridad y briosa concisión, al defender la elección de los reyes por las asambleas, y al condenar, en nombre de la Libertad, la elección por medio de un plebiscito. En efecto, ¿qué libertad puede prevalecer, qué Cortes o qué cuerpo legislativo podrán ser más que un vano simulacro, ante la voluntad de un hombre, elegido por toda la vida, y aun por la vida de sus descendientes, y elevado a la suprema dignidad por siete millones de votos? Ante la voluntad de aquel hombre, que aparece como la personificación de la voluntad de todo un pueblo, ni el mismo derecho divino, aun creído a pies juntillas, es tan eficaz instrumento del poder absoluto.

El señor Rivero, en una bella peroración, y otros varios señores diputados, intervinieron también en la discusión del voto particular, y al cabo, el día 7, se votó el voto, y triunfó por la coalición de los republicanos y neocatólicos con los interinistas.

Este triunfo se llevó consigo la leve esperanza que aún quedaba de salir de la interinidad por ahora.

Ni Esparteros ni Montpensier es verosímil que reúnan 171 votos, que para ser rey son necesarios. No es verosímil tampoco que el Gobierno tenga preparado y oculto algún candidato, y que a última hora nos lo presente, dando a todas estas peripecias un inesperado y rápido desenlace.

A pesar del desengaño y de la derrota, no pocos antiinterinistas acudieron en la noche del 7 al Senado, a una reunión a que los había convocado el general Izquierdo y otros diputados monárquicos.

Los reunidos, contando las adhesiones, pasaron de ciento, y declararon haber llegado el momento de dar fin a la interinidad eligiendo monarca. Se decidió asimismo poner este acuerdo en conocimiento del Gobierno, por medio de una Comisión, a fin de declinar el ánimo del Gobierno a que la misma proposición, esto es, que era llegado el momento de salir de la interinidad, eligiendo monarca, se discutiese en plena y pública sesión de las Cortes.

Ignoramos, aún, al escribir esta revista, si el Gobierno verá o no con gusto, hallará o no inconveniente, que las Cortes discutan la proposición; pero si la proposición, con beneplácito del Gobierno o sin él, llega a discutirse en las Cortes, nos parece imposible que no venga también inevitablemente la discusión de los candidatos, y sean la discusión y la sesión en extremo tempestuosas.

En la reunión promovida y convocada por el general Izquierdo, hablaron varios señores diputados; pero quien se llevó la palma, pronunciando un bellissimo discurso, lleno de atinadas juiciosas y profundas observaciones: fue el señor Becerra. El discurso propendía a demostrar que el buen éxito de la revolución, su consolidación benéfica y los sazonados frutos que de ella debían esperarse, todo dependía o hubiera dependido, no de la conciliación, sino de la fusión íntima de los elementos revolucionarios, amalgamados por el fuego de la revolución misma y produciendo nuevos partidos en consonancia con ella.

Desgraciadamente, el propio señor Becerra reconoció que ya era demasiado tarde para esa fusión y para la creación de nuevos partidos. Temeroso de que dos señores, de procedencia democrática, estuviesen en desacuerdo con él, en la cuestión que era objeto de la junta, exclamó: «Con quien vengo, vengo», y estuvo a punto de entibiar bastante su deseo y de cejar más aún en su propósito de poner fin a la interinidad.

Ahora, añadiremos nosotros que sólo por no oír hablar, y por no tener que hablar tanto de interinidad aunque no hubiese más valederas razones, estamos deseando que la interinidad se acabe. Supongamos que con terminar la interinidad, ni se afirma y sube el crédito, ni la Hacienda se mejora, ni el orden social se restablece; pero al menos habrá una novedad, variarán las cosas, sucederá algo, cambiará un poco la escena. La acción del drama que se está representando es demasiado lánguida, y el público se aburre; es, a la vez, demasiado misteriosa y enmarañada, y el público se impacienta y desea ver el desenlace. Nada hay más peligroso que esta impaciencia y este aburrimiento del público. Dios libre a los actores del drama de llevar una silba estrepitosa, sin respeto ni consideración a lo bien que accionan y declaman.

- III -

Los casos ocurridos en los días que preceden al de la fecha, casi durante un mes, son tantos y tan extraordinarios, que no podremos referirlos circunstanciadamente en esta revista. De ellos han sido testigos, cuando no actores, cuantos la leen; de ellos tienen, además, conocimiento por los periódicos diarios. Lo que importa, pues, lo que puede dar alguna novedad a este escrito no es contar los indicados sucesos, sino discurrir sobre sus causas y enlace, y, si no fuese atrevimiento y presunción sobrada, emitir nuestro juicio y aventurar algún pronóstico. Las únicas ventajas que para esto llevamos a los periódicos diarios son grandes, por más que no dependan sino de la índole de nuestra publicación, lo cual ni sostiene exclusivamente los intereses de un partido, ni debe tomar el tono de la pasión, ni es justo que se deje arrebatar de las impresiones del momento, sino que ha de tender sobre el complejo período histórico una mirada serena y desapasionada: una mirada, permítasenos decirlo, verdaderamente teórica.

Es cierto que, si bien el fin de esta publicación es más literato y científico que de política militante, la mayor parte de sus habituales redactores pertenecen al partido que se llama conservador de la revolución; pero, aun siendo así, como lo es, y militando en dicho partido, como milita, la persona a quien toca desempeñar hoy esta tarea, todavía por la

actitud que ha tomado dicho partido recientemente, le es dable considerar los sucesos con la imparcialidad y la serenidad no del actor, sino del mero testigo.

El día 11, en la solemne sesión en que aceptó la Asamblea la renuncia a la corona de España de don Amadeo I y su descendencia, nos apostrofaba elegantemente el señor Castelar, diciéndonos estas o semejantes palabras: «Monárquicos de la revolución, sois como los ángeles de la leyenda alemana cuando se quedaron sin Dios.»

Al contestar a esta frase con los indispensables distinguos, creemos que ha de fijarse la posición de nuestro partido, en medio de esta grande y harto ominosa agitación que conmueve hoy a la patria, hasta en lo más profundo de su seno. No, señor Castelar, podemos asegurarlo; no hay en todo el partido monárquico conservador de la revolución un individuo solo para quien un rey sea tan esencial en el Estado, como para los ángeles, para los hombres y para todas las criaturas es un Dios, un padre común en el Cielo. Sin Dios, así el mundo moral, como el mundo físico, quedaría para nosotros sin fundamento; la diferencia entre lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, lo honesto y lo torpe, se borraría; la alta dignidad y excelencia del humano linaje no tendrían razón de ser, y la nobilísima noción de deberes y derechos, de autoridad y de libertad, perdería todo apoyo y sostén, a no buscarlo en la honrada inconsecuencia de algún filósofo cándido, o en los vanos y enmarañados sofismas de algún ergotista incomprensible. La angustia y el espanto de los ángeles de Juan Pablo Richter al saber que no había Dios, estaban, pues, muy motivados; pero nuestro espanto y nuestra angustia porque no haya rey son de diversa índole. No digamos ya para los monárquicos, revolucionarios del día, a quienes pudiera su ponerse tibieza de fe; mas ni para los monárquicos españoles de todas las épocas, y aun para los buenos escritores políticos de los más brillantes tiempos de nuestra monarquía, ha sido ésta jamás una necesidad imprescindible; algo como una religión, y el rey algo como Dios en la Tierra, salvo en el sentido racional y profundo de que el rey es poder, y de que todo poder legítimo, fundado por una república para constituir un modo de vivir ordenado y político, es de origen divino. Ser, pues, monárquico y no republicano es cuestión de apreciación histórica y no cuestión metafísica y trascendental, como una religión, o al menos como una filosofía. Hacednos buena la república y la aplaudiremos, y reconoceremos el error de que no era conveniente en España. Entre tanto, tendremos que repetir lo que han declarado los pocos conservadores de la revolución que forman parte de la Asamblea nacional, a saber: que somos monárquicos sin monarca, lo cual significa que dudamos mucho de que la República pueda ser para bien de nuestra patria; pero que no teniendo candidato al trono, ni juzgando patriótico buscarlo ni poner el menor obstáculo a la realización de una república ordenada, hasta que se demuestre con evidencia que estos propósitos son vanos e imposibles, nos sometemos lealmente a la República, la reconocemos como un hecho consumado, a pesar de su origen no legítimo hasta ahora, y nos prestamos a darle nuestro débil apoyo para sostener el orden público, la integridad del territorio y la unidad de la nación.

En España, abandonada por el rey que elegimos, nos parece imposible, o al menos poco decoroso y harto peligroso, buscar otro rey entre las familias soberanas de Europa. Pensar en un rey no nacido en la púrpura, en un particular benemérito para elevarle al trono democrático de un pueblo libre es un verdadero absurdo. Elevaciones de esta clase no puede ni debe hacerlas un partido, y, sobre todo, un partido liberal; elevaciones de esta

clase no se hacen sólo por fría razón de Estado; elevaciones de esta clase se hacen por el entusiasmo de las turbas o por aclamación popular o militar, interviniendo la violencia casi siempre, pasando casi siempre por la dictadura, y dando por resultado no un rey, sino un César, con la pérdida de la libertad, de que el pueblo se ha mostrado incapaz o se ha hecho indigno. Claro está que no podemos tampoco hacernos carlistas. Por sostener nuestra sola afirmación de monárquicos, no nos sería lícito renegar de otras mil afirmaciones y creencias mucho más esenciales. ¿Hemos, por último, de ser alfonsinos? Ni de los labios ni de la pluma de quien esto escribe ha salido jamás, al menos en público, la menor palabra acerba contra la dinastía borbónica después de su expulsión; pero no quiere, sin embargo, que vuelva a reinar en España. Si su partido volviese a ella los ojos, si su partido la llamase, cantarían una vergonzosa palinodia; se haría merecedor de la perpetua desconfianza de los revolucionarios por la inestabilidad de su fe en los principios liberales; y nunca llegaría a inspirar afecto ni la menor confianza, a la dinastía borbónica, arrojada por él, dado que esta dinastía volviera a entronizarse. La revolución de 1868, hecha principal, casi exclusivamente por el partido mencionado, no tendría justificación alguna. No nos valdría decir que nos habíamos equivocado, que nos habíamos desengañado y arrepentido. En asuntos de tanta importancia no es excusa lo falible del juicio. La revolución de 1868, si nosotros nos hiciéramos alfonsinos, sería condenada por nuestra propia sentencia, y se reduciría a las exiguas y feas proporciones de un motín militar, nacido sólo de la ambición y del despecho. Por lo expuesto, no podemos tampoco, en nuestro sentir, hacernos alfonsinos.

Pero todo esto se entiende por ahora, mientras quede y sobreviva la menor esperanza de que puede haber orden, paz, concierto, unidad nacional, respeto a las leyes, seguridad para las personas y garantía para la propiedad con el régimen republicano. Si esta esperanza se pierde, no seremos nosotros, serán el señor Castelar y sus amigos los que se encarguen de demostrar que los españoles sin rey son como los ángeles de la leyenda alemana sin Dios; y entonces, como la desesperación todo lo justifica, como la patria, la familia, la honra misma, la seguridad de la vida y de la hacienda, el jus inculpatæ tutelæ, en suma, está por cima de todo anterior compromiso, y como el sentimiento patriótico supera al sentimiento más o menos liberal, y la cuestión social se sobrepone a la cuestión política, bien pudiéramos hacernos, con la conciencia tranquila y limpia, no ya sólo partidarios de don Alfonso XII, sino hasta humildes vasallos de don Carlos VII. Dios ponga tiento en las manos y juicio en el alma de los corifeos republicanos para que no nos lleven a ninguno de estos extremos.

Las causas de que se realicen nuestros temores pueden estar o en las mismas doctrinas de esos corifeos, o en su conducta, o en las condiciones del pueblo español.

Entre las doctrinas hay dos puntos capitales: uno de ellos que entraña un error gravísimo y absoluto, otro que es disputable, pero que se presta a perversas interpretaciones y éstas pueden originar los mayores desastres. Ambos puntos han sido sostenidos y divulgados, con buena intención sin duda, por los jefes más caracterizados del partido republicano.

Es el primer punto la afirmación de que hay un cuarto estado, desheredado del Poder y de todo por el tercero; y de que este cuarto estado debe venir al Poder y alcanzarlo todo de la República. La afirmación de tal doctrina, tomada de los peores y más abominables libros

franceses, puede engendrar furores espantosos en el corazón de la muchedumbre y dar origen al asesinato y al incendio, como ha ocurrido en Montilla y en otros lugares. El cuarto estado no existe, ni ha existido nunca. Se ha llamado siempre tercer estado o estado llano, para distinguirlo de las clases o estados privilegiados cuando los había, a todo el pueblo en general, menos la nobleza y el clero, que gozaban de privilegios. En el día, el clero no tiene más privilegio que el de no cobrar; privilegio por cierto poco envidiable, y que tal vez se haga extensivo a las demás clases que debieran cobrar del Estado. La nobleza, salvo la calidad del abolengo ilustre, no suprimible, si no se suprimen los apellidos y se dispone que todos los recién nacidos vayan a la inclusa, no tiene privilegio tampoco. Resulta, pues, que no hay más que tercer estado o estado llano; que el estado llano lo es todo; o, por mejor decir, que no hay en realidad de verdad ni estado llano siquiera, no habiéndolos privilegiados, y no existiendo contraposición, sino que todo es pueblo, o que el pueblo es uno, bajo la misma ley y en las mismas condiciones de igualdad para cuantos lo componen. Imaginar, pues, y sostener después de esto que existe un cuarto estado y proclamar su advenimiento es suponer que existen castas distintas de gente, no ya meras individualidades, de ricos y pobres; y que la primera casta ha formado una oligarquía para dominar a la segunda; y que es preciso que ésta última se levante en son de guerra contra la primera, y rompa y destroce la tiranía del capital individual, que es el producto del trabajo acumulado y el estímulo de todo trabajo, en nombre de mentidos derechos y en contra de la naturaleza misma de las cosas, y de leyes económicas incontrastables, a menos de hundir la sociedad en el caos.

El segundo punto, divulgado y afirmado por los corifeos de la República, ya hemos dicho que es opinable y sujeto a controversia; pero no se puede negar que, mal entendido en las distintas provincias de España, darán ocasión, si no la está dando ya, a gravísimos desórdenes, y pudiera acabar hasta con la unidad política de la nación, hasta con el nombre y el ser de nuestra patria. El señor Salmerón o el señor Pi entenderán de un modo el federalismo; pero tal vez lo entiendan de otro en Cataluña y de otro en Andalucía. Esta idea pudiera hacer renacer las antiguas enemistades de región a región, de provincia a provincia, y hasta de lugar a lugar, haciéndonos retroceder a los siglos bárbaros y renovando el desorden y la anarquía que sobrevino en España con la extinción del califato, que duró en toda la Edad Media, y de la que todavía, bajo el poder robusto de la dinastía austríaca, hubo muestras, ya terribles y apoyadas en justas razones, como las comunidades y germanías, ya grotescas, como la famosa aventura del rebuzno, que algún fundamento histórico tendría, sin duda.

Entre los federales hay filósofos de grandes alcances, y es de presumir que alguna razón sublime y quintaesenciada, que no columbramos, tendrán para sostener la federación. Pero en la práctica no hallamos razón alguna para que el pueblo, que se ha hecho uno a costa de muchos sacrificios, de mucha sangre y de mil circunstancias dichas, llegue a deshacer, o por lo menos a quebrantar, su unidad por un capricho político-filosófico. En Suiza se confederaron pueblos y razas, diversos por lenguaje, religión, costumbres y origen, y formaron confederación, haciendo cierta unidad de lo distinto. Lo mismo ocurrió en las varias colonias americanas, que se confederaron o unieron en 1776, al declarar su independencia, y en 1786, asegurada ya la independencia, estrecharon más el lazo de unión por medio de la Constitución, que aún dura. En el nacimiento y progreso de ambas repúblicas federales se advierte la propensión de menos unidad a más unidad. Lo nuevo y lo

extraño para nosotros es que los lazos de unión se aflojen, en vez de estrecharse, y que esto se considere como un ideal admirable y apetecible. Si por federalismo se entiende cierta descentralización administrativa, y hasta la supresión de algunas atribuciones del Estado, en nombre de doctrinas individualistas, el negocio es muy diferente, y como ya hemos dicho, controvertible; pero siempre es peligroso y ocasionado a mil trastornos el llamar a esto federalismo y el proclamarlo como tal.

A pesar de las mencionadas causas que pueden influir en la desorganización completa de la recién nacida república y en la anarquía y disolución consiguientes, aún nos complacemos en esperar que la energía de los eminentes ciudadanos que como partidarios antiguos de la República han entrado a formar parte del Gobierno puede salvar a la nación de la tremenda crisis por que está atravesando. Por esto observamos su conducta con un interés y una ansiedad verdaderamente patrióticos.

El juicio, la moderación, los buenos instintos del pueblo deben, por último, concurrir a que la República se constituya, se salve y se afirme. En la situación en que está nuestro partido sin bandera que levantar, y anhelando evitar toda causa nueva de división y contienda, deseamos con toda el alma que la República logre establecerse y prosperar luego para bien de la patria; pero los más siniestros rumores, las noticias más alarmantes, los agüeros más tristes, vienen, contra nuestro deseo, a eclipsar la luz de tan halagüeña esperanza. Ora aseguran unos que los republicanos intransigentes no consideran esto como república, sino como un chapuz y un pastel, forjando y fantaseando una verdadera república que hace erizar de espanto los cabellos; ora pretenden otros que España va a convertirse en el centro de la demagogia europea, y que todos los héroes patibularios de la Commune de París buscarán aquí un asilo y nuevo teatro para sus sangrientos y vitandos dramas; ora pretenden otros que, relajada del todo la disciplina militar, los soldados no querrán sino irse a sus casas y que el Ejército se disuelva, privándonos de segura defensa contra el carlismo y contra el desenfreno de los bandidos y malhechores, los cuales podrán alzarse tumultuariamente en las ciudades y en los campos, bajo cualquier pretexto de cualquiera idea socialista o comunista.

Convenimos en que el terror de los más y quizá el pesimismo de algunos, han de acrecentar estos motivos de alarma; pero la alarma, por desgracia, tiene algún fundamento. Volvamos, con todo, la vista atrás lo más reposadamente que sea dable y procuremos sacar de la inspección de lo pasado algún indicio más consolador de lo que está por venir.

El último Ministerio radical, no sabemos si en todo o en parte, ni tampoco nos atrevemos a afirmar si inconscientemente o conscientemente, nos ha traído la República, arrojando al rey de su trono. Tal vez el señor Ruiz Zorrilla le ha arrojado sin querer, sin saber lo que hacía; pero esto no es disculpa. El que no sabe lo que hace no se pone a ministro. Si tiene alguna modestia y algún temor de Dios y respeto a los hombres, no se pone siquiera a otro oficio, por bajo y mecánico que sea. De clarándose el partido que el señor Ruiz Zorrilla capitaneaba poco menos que antidinástico en la oposición; lanzando contra el trono discursos, como uno del señor Echegaray, que anhelaba orear el palacio, y artículos como el de La loca del Vaticano, y ligándose con todos los elementos antidinásticos para combatir, no sólo al poder ministerial, sino al trono, en unas elecciones generales, logró, por medio del terror, imponer al trono el último Ministerio radical. Una

vez el poder alcanzado por tales artes, la consecuencia lógica, fatal, era que dicho Ministerio tuviese bajo tutela al rey y condenado a perpetuo radicalismo. O ser radical, o abdicar, o pelear en las calles contra el radicalismo sublevado y despreciador de la regla prerrogativa. No le quemaban otros recursos a don Amadeo I de Saboya.

Para que no hubiese duda sobre esto, ya el 30 del mes pasado, con ocasión de un pretendido desaire que creían haber recibido en palacio los ministros, estuvo la mayoría de los diputados casi a punto de declararse en Convención. Por no recibir el rey o por tardar en recibir a sus ministros, estando el rey preocupado y angustiado a causa de los dolores de parto o de sobreparto de la reina, estuvo la mayoría radical apercebida y dispuesta y lanzarle del trono. ¿Qué podía esperar el rey de esta mayoría, en otra ocasión de más importancia? Si aquello hacían en seco, ¿qué no harían en mojado, como vulgarmente se dice?

La ocasión de más importancia la dieron los oficiales de Artillería. No tenemos espacio para extendernos aquí en justificar el conflicto que promovieron. Para que no se crea, con todo, que reservamos nuestro juicio sobre algo, diremos que, en nuestro sentir, estaban plenamente justificados al promoverlo. El Gobierno, con prudencia y habilidad, debió haberlo evitado; pero no lo hizo y determinó dar un golpe de autoridad, acabando de desorganizar el ejército, excitando la ambición de los sargentos y cabos, haciendo nacer enemistades entre soldados y oficiales, y destruyendo un Cuerpo facultativo, modelo de lealtad y distinguido por su ciencia, en pro de la rutina y de las peores pasiones niveladoras. El rey no quería firmar los decretos dando la licencia absoluta a los oficiales. El Ministerio, sabida esta repugnancia del rey, acudió a la intimidación para vencerla. Promovió la cuestión en el seno del Congreso; obtuvo un voto de confianza por una mayoría de 191 votos, número fatídico, el mismo número que había dado la corona a don Amadeo, y prejuzgada así la cuestión, y, decidido sin duda a arrostrar el enojo del soberano, acudió a que éste firmase los decretos. No quiso el rey tratar de esto en Consejo de ministros la misma noche del día en que obtuvo el Gobierno el voto de confianza. Lo aplazó para el día siguiente, a las tres de la tarde. Para llevar ya la cuestión decidida, no sólo por el Congreso, sino también de hecho, el Gabinete mandó a los jefes y oficiales de Artillería que entregasen los regimientos y las piezas a las diez de aquella mañana. Burlándose así de la regia prerrogativa, decidiendo por sí una cuestión que iba a someter en Consejo a la decisión del rey, el Ministerio despreció por completo la autoridad real y consideró al soberano como a un autómatas, sin voluntad ni inteligencia, ni propósito firme, del cual podía hacer a su antojo cuanto quisiera. En efecto: el rey firmó los decretos que los ministros le presentaron; pero, humillado y sonrojado del triste papel que le habían hecho representar, y conociendo que no era rey más que en el nombre, con mentida autoridad y con verdadero ludibrio y mofa de sus consejeros responsables, envió a las Cortes un mensaje abdicando la corona por sí y por sus hijos y descendientes.

De esta suprema determinación del rey casi sería lo más prudente decir con el gran poeta su compatriota:

Aventurado era, por cierto, empeñar en las calles una lucha sangrienta, de éxito dudoso, para sostener la regia prerrogativa, no para imponerse, sino para no dejarse imponer por un Congreso y un Ministerio que, rompiendo el pacto fundamental y faltando a la Constitución del Estado, estaban dispuestos, según todos los indicios, a desconocer la autoridad del monarca; pero también es triste y desairado irse y dejar el campo, cuando se tiene de su parte la razón. Y si al menos se hubiera ido el rey por no firmar los decretos; pero firmarlos e irse, no se comprende. Quédele al menos el consuelo al partido conservador de la revolución de haber estado pronto y apercebido hasta el último instante, aun a costa de los mayores sacrificios, y desafiando los más terribles peligros a dar eficaz auxilio al rey, si, estando de su lado la legalidad hubiese sido desconocida y hollada por un Ministerio empeñado en conservar el mando a todo trance y por una mayoría parlamentaria levantisca y poco escrupulosa.

Conviene, no por defender a un partido, sino por defender a la nación española, tratada ya de volteriana y de insegura en la Prensa extranjera, hacer constar que no abandonaron al rey todos los que le habían traído, que no se fue porque se vio abandonado de todos. Y no se diga que los que le ofrecieron auxilio en los últimos instantes lo hacían por ambición de recobrar el mando. Muchos se lo ofrecieron que ni anhelaban mandar, ni podían mandar decorosamente, ni sentían otro estímulo que el deseo de mantener la legalidad existente y la autoridad constituida.

Por lo demás (aunque sea duro, es fuerza decirlo), las razones expuestas en el mensaje del rey no justifican cumplidamente la abdicación. O tenían razón o no tenían razón los ministros en pedir al rey que firmase los decretos. Si el rey en su conciencia creyó que tenían razón, debió firmarlos y no irse. Y si creyó que no tenían razón, no debió firmarlos ni irse tampoco, fuesen los que fuesen los peligros que le amenazaban. Antes que todo estaba su obligación de supremo magistrado, que era menester cumplir. No era esto imponerse, sino hacer que la razón y la justicia se impusieran.

El propósito de fundar una dinastía sin contrariar a nadie, sin ganar con maña y con halagos, o sin someter con la fuerza, apoyado en la ley, la voluntad de los súbditos discordes, es propósito imposible, no sólo en España, dividida, despedazada tiempo ha por muchos partidos, sino en cualquier otra nación, por mansa, suave y acomodaticia que sea. Los 191 que votaron al duque de Aosta para rey de España, aunque constituyentes, no tenían por cierto en el bolsillo el libre albedrío de todos los demás españoles. Inverosímil parece que en Italia, patria ilustre de tan grandes políticos, no hubiera quien hiciese patente al duque de Aosta, antes de que aceptase la corona de España, las inmensas dificultades que tendría que vencer, los graves peligros y los enormes disgustos que tendría que arrostrar y sufrir, y hasta quizá la sangre que tendría que derramar, a fin de sostener esa corona en sus sienes, para bien y prosperidad de la nueva patria que le adoptaba y elegía. Si todo esto le hubieran expuesto, o hubiera rehusado la corona o no la hubiera dejado caer por el suelo, impremeditadamente acaso, en un momento de desaliento y de cansancio.

El redactor del mensaje real no tenía necesidad de decirnos en nombre del rey que sentía casi que no hubiéramos tenido una invasión extranjera, para mostrar en ella su denuedo y valentía, que no quería mostrar contra sus súbditos. Esta flor le hubiera faltado al ramo. Dicho redactor se parece al médico de Molière, cuando deseaba fervientemente a sus

amigos buenas pulmonías y buenas congestiones cerebrales, para hacer alarde de su ciencia curándolos. Por fortuna, nadie ha puesto en duda en España el valor de don Amadeo I, de la ilustre y heroica Casa de Saboya, sin necesidad de esa guerra o invasión extranjera que lo demostrase entre nosotros prácticamente y a ojos vistas. Pero, aunque no ha habido invasiones extranjeras, ha habido y hay rebeliones y guerras civiles, y durante el reinado de don Amadeo I bien se ha empleado la fuerza y se ha vertido la sangre. Españoles son los carlistas; españoles eran los sublevados de Málaga y de El Ferrol, y españoles son, aunque no quieran serlo y renieguen de su casta, los insurgentes de Cuba. Contra todos ellos ha empleado la fuerza don Amadeo; sobre todos ellos se ha impuesto, como su augusto padre dejó cojo a Garibaldi cuando fue menester.

¿Adónde llegaban, pues, los límites del querer o no querer imponerse? Esto es lo que no comprendemos. Si es imponerse disolver las Cortes y hacerlas morir de muerte prematura, dos ha disuelto, y una de ellas apenas nacida. Si es imponerse despedir Ministerios que tuviesen inmensa mayoría, alguno ha despedido que tenía mayoría inmensa y que no había probado aún por sus actos si era tan poco merecedor de su confianza.

La verdad es, por más que nosotros respetemos y queramos bien al duque de Aosta, que en este pleito que entre él y la nación española ha de suscitar la Historia, sobre si hizo bien o no hizo bien en dejarla, nos inclinamos a creer, sin temor de que nos ciegue el amor patrio, que ha de obtener sentencia favorable, o al menos que no ha de ser condenada por completo la nación española. Al duque de Aosta no debió ocultársele que aquí había carlistas, alfonsinos y republicanos de varios géneros; que entre los mismos monárquicos de la revolución había disidencias profundas, y que aun entre los mismos que le votaron no había perfecto acuerdo, sino envidias y rencores mal disimulados y contenidos. Sabido esto, como le incumbía saberlo, o no debió de venir, o debió venir resuelto a todo, salvo a no romper el pacto, la Constitución en cuya virtud era rey.

Al irse de repente, en un momento de hastío y de cansancio, nos expuso a grandísimos males, que no se realizaron gracias a la cordura del pueblo de Madrid y a la docilidad y ecuanimidad con que los radicales votaron la República; docilidad casi disculpable, porque al cabo ¿qué habrían de hacer cuando el monarca se les iba y el pueblo cercaba amenazador el palacio de la Asamblea? Pero esta docilidad pudiera interpretarse aviesamente, en vista de la persistencia con que los radicales tiran a conservar las carteras y los demás empleos y posiciones.

Entre tanto, tal vez las escenas espantosas de Montilla y otros lugares, los desórdenes de Málaga y otros que pueden sobrevenir, se hubieran podido evitar, si este tránsito de la Monarquía a la República no hubiera sido, aunque dulce, tan impensado y repentino.

Las Cortes, reunidas ambas cámaras en un solo cuerpo, se declararon Asamblea Nacional soberana, aceptaron la abdicación y resumieron en sí los poderes todos.

El mensaje de la Asamblea al rey dicen que está redactado por un notable escritor y orador distinguidísimo; pero, aunque pequemos hoy de descontentadizos, nos atrevemos a decir que hubieran podido evitarse tantos encomios hiperbólicos a la nación, pues nadie, aunque sea toda una nación, debe elogiarse desafortadamente a sí propio. Nos toca añadir

además que aquella retórica, que aquel golpe inesperado de lo último, o es ironía o chanza, o nos parece de un buen gusto dudoso, aunque serio. Después de afirmar que el rey se ha conducido divinamente, sin duda porque se ha ido, se le promete un premio, una gran condecoración, título o dignidad, por decirlo así, que podemos concederle. Cualquiera que lea el escrito por vez primera estará pensando y cavilando si querrán hacer al rey Sebastocrátor, Caimacan, Dalai-Lama o Micado in partibus, hasta que se advierte que lo que quiere hacerse del ex rey es un ciudadano español. Repetimos que o es una broma inoportuna o una candidez exorbitante querer premiar con el título de ciudadano a quien se va y renuncia a ser el jefe de los ciudadanos, evidentemente porque no pueda ya sufrirlos ni aguantarlos, con razón o sin ella.

Esta afición a lo hiperbólico, sobre todo en la alabanza propia como nación, es una manía general, que tiene mucho de lisonja para el vulgo; porque, generalmente, suele acontecer que los que más ensalzan a esta nación en público, de gloriosa, de invicta, de sabia y de prudente, son los que peor concepto tienen de ella y los que peor hablan de ella cuando se hablan al oído. Seguros estamos, por ejemplo, de que el cabecillo carlista Dorregaray pensará de España, como casi todos los de su bando y secta, que esto es un presidio suelto que no puede gobernarse sino a palos, y otras lindezas por el estilo; pero, sin embargo, en una proclama casi lírica que acaba de publicar, no se limita a ponernos por las nubes, como si fuésemos el pueblo escogido de Dios, sino que nos promete, si nos hacemos carlistas, nada menos que la reconquista gloriosa de nuestro antiguo poderío en dos mundos.

Tiemblen pues, Portugal y sus colonias, Nápoles, Sicilia, Milán, Holanda, Bélgica, parte de la Francia actual y todas las repúblicas hispanoamericanas, y desesperen de su independencia, si Carlos VII llega a reinar en España.

Discurriendo con toda formalidad: ¿quién no dista mucho de creer que España no está, ni estará en bastantes años, para reconquistar nada? Decía aquel agudísimo napolitano Campanella que en los tiempos antiguos, cuando la fuerza prevalecía, dominaron los pueblos del Norte; pero después, cuando valió más la astucia que la fuerza, descubiertas la Imprenta y la pólvora, tuvieron el poder los españoles, que son más astutos y listos y audaces. Y ahora podemos añadir nosotros que, volviendo a prevalecer la fuerza, pues el industrialismo no es más que la fuerza aplicada al trabajo, el poder ha vuelto a los pueblos del Norte, que son más trabajadores y por consiguiente más ricos y se ha escapado de nuestras manos hidalgas, ociosas y vacías de dinero.

Los carlistas no reconquistarían, pues, nuestro antiguo poderío en ambos mundos; pero si la república disparata mucho, podrán conquistar a España. De todos modos, podrán causarnos un mal poco menos grande que el conquistarnos: podrán prolongar largo tiempo la guerra civil, concurrir poderosamente a la anarquía y al desorden, y dar al traste con lo que nos queda de Hacienda pública, de crédito, de comercio, de industria y agricultura.

Con muchas dificultades tienen que luchar y a muchos males tienen que poner remedio, y para muchos peligros tienen que buscar reparo y defensa los nuevos ministros de la república. En la buena fe y en el mejor deseo y en la capacidad intelectual de los cuatro de procedencia republicana, confiamos aún. Sólo dudamos de su buena estrella, y no sabemos

qué predecir de su energía, porque no está probada. Desde luego, si en España hubiese alguna subordinación social, alguna veneración y respeto a los hombres eminentes, los cuatro ministros republicanos tendrían adelantado mucho. En general, son eminentes, y con relación a su pueblo y a su partido, quizá lo son más aún. Castelar es un excelente sujeto, un hombre erudito y un orador insigne, de cuya singular elocuencia se admiran cuantos le oyen, y en cuyos elegantes y floridos discursos cifra una de sus mayores glorias la tribuna española. Salmerón (don Nicolás) es un sabio y un verdadero filósofo, que lleva en realidad todo lo severo de su filosofía a la práctica de la vida y a la conducta, como quieren los de su escuela. Si en esta escuela hay mucho de nebuloso y de culterano tecnicismo, que tal vez envuelve perogrulladas o peligrosas afirmaciones metafísicas, en cambio hay una moral recta y estoica, y hasta ese mismo tecnicismo y su exagerada escrupulosidad metódica no son mal preservativo en este país, donde hay tanta confusión, desorden y vaguedad en las ideas y en los discursos de los hombres, los cuales han inventado lo que el vulgo llama música celestial. El señor Pi, o si se quiere el ciudadano Pi, ministro de la Gobernación, es una persona estimable también, docto en muchas cosas y disertador por todo extremo. Si ha estudiado demasiado en Proudhon, de esperar es que haya aceptado sus doctrinas a beneficio de inventario, y que haya desechado las peores, muchas antes y no pocas después de sentarse en la silla ministerial.

El señor Figueras, por último, es un liberal consecuente, un republicano de larga fecha y un fervoroso católico de quien se afirma que reza el rosario casi todos los días. Habla con facilidad y con gracia; y, no habiéndose jamás metido en honduras filosóficas, como sus compañeros Salmerón y Pi, ni en dibujos y floreos poéticos, como Castelar, y teniendo juicio y conocimiento práctico de las cosas, no influido ni trastocado, ni falseado por teorías trascendentales, de esperar es que sirvan de contrapeso su voto y su opinión al parecer de sus encumbrados, filosóficos o poéticos compañeros.

De todos modos, estos cuatro hombres, con perdón sea dicho, pues no queremos ofender a nadie, descuellan hoy sobre los demás de su partido,

si ellos no se imponen por la razón y por la autoridad y el crédito de sus personas, bien podemos creer que el negocio está perdido, y que nadie se impone, ni domina la anarquía.

Tal vez uno de los mayores males para España sea que el entendimiento debe de estar muy repartido. Todos son listos, y, por consiguiente, hay mucha soberbia; y pocos reconocen la superioridad y el mayor valer de otros. En otros países, acaso hay mayor cantidad de tontos y para poco; mas por lo mismo descuellan más los que descuellan, y tal vez caben a más dosis de inteligencia, o ésta les es más reconocida y estimada, y les presta más crédito e influjo y aptitud para el mando y gobierno.

De los ministros radicales que se han quedado en el Poder no podemos hacer, ni con mucho, el mismo elogio que de los republicanos. Francamente, hubiera sido mejor o menos mal para ellos el irse cuando se fue el rey. La situación anómala de tener mayoría en la Asamblea, ayer monárquica, hoy republicana, no vale como excusa. De esta misma mayoría radical pudieron salir otros ministros radicales, y no los mismos que sirvieron con el rey. Sentiremos de todos modos que nazca de la permanencia de los radicales en el Poder

una contienda que turbe el orden público, entre republicanos intransigentes e impacientes y radicales y republicanos conformes con la fusión o conciliación.

Mientras subsista la Asamblea soberana, mientras por sí no se disuelva, los republicanos de hoy y radicales de ayer tienen tanto derecho a ser ministros como los republicanos de siempre. Pero ¿no sería quizá más prudente y más patriótico que los radicales se despojasen de este derecho y consintiesen en la formación de un Ministerio homogéneo de antiguos republicanos, y le apoyasen luego leal y desprendidamente, hasta que llegara el día en que con valor estoico se dieran la conveniente muerte política disolviendo la Asamblea soberana y convocando las Cortes Constituyentes? ¿No influiría así acaso con mayor fuerza en el mantenimiento del orden público y en la imprescindible defensa de los intereses permanentes de la sociedad, que, formando parte del Gobierno y excitando los celos, la desconfianza y el rencor de los más vehementes y menos favorecidos republicanos antiguos? Ello es que, con la permanencia de los radicales en el Ministerio, cunden más la zozobra y el desasosiego público, y a cada instante se prevé, y aun se da por inevitable, un combate en las calles de Madrid.

Aun siendo todo el Ministerio republicano de la víspera, tendrían hasta garantía de influir en él los radicales, contando como cuentan con la mayoría de la Asamblea, y siendo don Cristino Martos su presidente. Rivero, en cuya energía y amor al orden confiaban hasta los mismos conservadores, fue derrotado por la travesura, destreza y superior actividad de aquel otro caudillo radical, cuya inquietud, veleidades y turbulencias, o ciertas o supuestas, infunden pavor a las gentes pacíficas y les hacen temer mil trastornos y alborotos y mil cambios o novedades tan imprevistas como poco divertidas para el pobre, tranquilo e involuntario espectador. ¡Ojalá se engañen estos tímidos adivinos de males, y haya más que agradecer a la prudencia y habilidad de Martos, puestas a prueba, que lo que se esperaba de la presunta, aunque fundada en positivos antecedentes, poderosa energía del que fue alcalde de Madrid en el primer turbulento período de la revolución!

Desde luego no podemos aplaudir en el señor Martos el que ahora, cuando debiera poner el mayor cuidado, esmerarse y afanarse en alejar de las discusiones de la Asamblea ciertas cuestiones que no pueden menos de dividir más hondamente los ánimos y suscitar nuevas complicaciones y discordias, no haya logrado dejar a las futuras Cortes Constituyentes el que decidan la abolición de la esclavitud en Puerto Rico. Interminable se haría esta revista si entrásemos en ella a examinar esta cuestión y si nos pusiéramos a hacer el análisis y merecido elogio del bello y patriótico discurso de don Augusto Ulloa, cuyas doctrinas son las nuestras. Baste decir que no hay ocasión menos propicia que la presente ocasión, ni pueden darse más difíciles circunstancias para añadir nuevas dificultades, ni puede imaginarse Asamblea más gastada que la actual Asamblea, para resolver una cuestión tan grande como la inmediata abolición de la esclavitud.

Conforme vamos escribiendo la presente revista, nos llegan noticias más siniestras y desconsoladoras: don Carlos ha entrado en España y se teme que la guerra civil tome mayores proporciones en las provincias del Norte; el Ministerio está en crisis; el Club de la Hiedra y otras reuniones de intransigentes, dicen que se muestran amenazadoras; un terror pánico se apodera de varias familias acomodadas, y no pocas se aprestan a huir de Madrid como tantas han huido de Málaga y de otros puntos buscando refugio hasta en Marruecos.

No desesperemos, con todo, de la salud de la patria. Confiemos en que el Gobierno y la Asamblea misma harán valer y reconocer su autoridad, y mostrarán si es necesario una varonil energía.

Mientras escribíamos las anteriores páginas, que fue menester dar a la imprenta con mucha anticipación, se representaba en el teatro principal de nuestra política, en Madrid y en el Congreso, un drama nuevo, palpitante de interés, que pudo concluir de un modo trágico, pero que tuvo, al cabo, gracias a Dios, un desenlace, si no dichoso, tranquilo. Debiera titularse este drama La rotura de la conciliación.

Los radicales, como ya hemos dicho, convertidos al republicanismo, habían conservado carteras y posiciones oficiales, compartiéndolo todo con los republicanos, y deseaban quizá prolongar por un término ilimitado la vida de la Asamblea Nacional. No comprendiendo bien que eran sólo catecúmenos en la nueva Iglesia triunfante, esperaban asistir y tomar parte en los más sagrados y recónditos misterios, y recibir la comunión con los demás fieles. No recelaban acaso el duro e ineludible ítem, misa est, que había de arrojarlos del templo.

El primero que lo receló y previó, a lo que parece, fue el general Córdoba, promoviendo así la crisis y pidiendo que le relevaran en el Ministerio de la Guerra. Otros hombres de Estado radicales fantaseaban motivos patrióticos para permanecer en sus puestos; motivos exagerados y abultados por el gran concepto que de sí mismos tienen. Suponían, sin duda, que la secta republicana, por más valor que tengan sus principales caudillos, es hasta ahora más especulativa que práctica en asuntos de gobierno; y querían dirigir y encauzar bien sus aspiraciones y propósitos, templar sus vehemencias, rectificar sus inexperiencias, someter sus bríos juveniles a una tutela juiciosa y domeñar y corregir sus ímpetus con una férula suave. En resolución: no pocos radicales creyeron candorosamente que les estaba encomendado, compartiendo el Poder con los republicanos antiguos, ejercer un provechoso magisterio, fundar la república ordenada, encadenar el monstruo de la anarquía y vencer y sujetar la hidra de la demagogia. Los radicales, sin embargo, echaron sus cuentas sin la huéspeda.

Todos los republicanos antiguos acabaron por volverse intransigentes en este punto, y enablaron demanda y pleito de divorcio, abogando por sentencias y soluciones que pueden reducirse a este dilema: o sólo nosotros somos Gobierno, y la Asamblea muere por suspensión o disolución, pues en ella no tenemos mayoría, o nos retiramos y sois Gobierno vosotros solos, con una Asamblea que es vuestra, dejándoos toda la responsabilidad de establecer y consolidar la república y de hacer cara a los peligros que se presenten.

Tal vez, creyendo contar con los voluntarios de la Libertad, de Madrid, y con la gran mayoría de este pueblo, se alucinaron los más audaces y presumidos entre los radicales hasta creer que podían incautarse de la república y formarla, a su imagen y semejanza, y como si dijéramos, tan adaptada para su uso como la monarquía anterior.

Los republicanos, por el contrario, más o menos intransigentes, como hemos dicho, ni podían menos de apetecer el Poder por entero, y tal vez esperaban, si la contienda venía al cabo a resolverse por la fuerza, vencer en Madrid, y si no vencían en Madrid, que todas o casi todas las provincias se alzasen contra las decisiones de la Asamblea, dejando reducido su imperio a esta capital y oponiendo varias repúblicas federales a una república madrileña, una e indivisible.

En tal estado, en armas, según afirman las gentes de los clubs; en armas también la milicia, la Guardia Civil y la guarnición del Ejército; convertido en campamento el palacio de la representación nacional por más de mil hombres que lo custodiaban; unas huestes en frente de otras, aperebidas al combate; todos los vecinos pacíficos lo creíamos casi seguro durante toda la noche del 22 y durante todo el día 23. El público, no obstante, está ya tan acostumbrado a la intranquilidad y tan avezado a los tumultos, que el Prado, la Fuente Castellana y las calles, que tal vez no tardarían en transformarse en sangriento campo de batalla, estaban llenas de gente regocijada y de alegres y bulliciosas máscaras que celebraban el segundo día de Carnaval.

No tenemos tiempo para relatar aquí la serie de peripecias parlamentarias, que ya nos hacían temer que iban los bandos opuestos a venir a las manos, ya esperar un desenlace pacífico y relativamente satisfactorio.

Toda la noche del 22 al 23 la pasaron en vela los representantes de la nación discutiendo, tratando y cabildeando; permónesenos el empleo de verbo tan familiar y rastrero, en gracia de lo gráfico y significativo.

Justo es decir que gran número de radicales se mostraban dignamente resignados y juzgaban que era llegada con razón la hora de sus postrimerías; pero otros quizá confiaban en el claro y sutil entendimiento y ánimo resuelto del señor Martos, y contaban con sobreponerse a los intransigentes y a los republicanos antiguos.

Hasta las cinco de la tarde de ayer no se había decidido nada: la duda y la incertidumbre continuaban. A dicha hora, por último, habló el señor Martos y propuso una solución, bien poco inesperada para sus mayores amigos y más adictos y devotos parciales. No era, en nuestro sentir, una transacción, sino una renuncia, un abandono marchito y un desistimiento desmayado de todas las pretensiones. Los radicales más fervorosos por mantener la vida de la Asamblea y de su partido renegaron entonces del señor Martos, le retiraron su gracia, mostraron el disgusto y la cólera en pasillos y salones, y hasta se afirma que hablaron de traición y cobardía. Hay quien añade que no pocos acudieron al señor Rivero, a quien habían abandonado y burlado pocos días antes, y le propusieron que renovase la lucha, tomándole ellos por capitán. El señor Rivero, con la discreción y prudencia que le distinguen, hubo de pronunciar un tarde piace.

La solución del Señor Martos, dictada por la prudencia y que nos salvó ayer de un conflicto, fue, en resumen, la siguiente:

Disolución de la Asamblea, no bien acabase de discutir y votar algunos proyectos de ley; elección de las Cortes Constituyentes para el 31 de marzo; su reunión para el 15 de abril, y

la inmediata formación de un Poder ejecutivo o Ministerio todo republicano, salvo los ministros de Guerra y Marina.

A despecho de muchos radicales, se votó al cabo la candidatura del Ministerio casi republicano puro. Además de los señores Figueras, Castelar, Pi y don Nicolás Salmerón, que conservan sus puestos, fueron elegidos: para Ultramar, Sorní; para Hacienda, Tutáu; para Guerra, Acosta; Chao, para Fomento, y Oreiro, para Marina.

Sentado el flamante Ministerio en el banco azul, el señor Figueras pronunció un elegante discurso, lleno de frases benévolas y amistosas para los radicales. No de otra suerte un generoso antagonismo derrama bálsamo salutífero o un pomo lleno de árnica sobre las heridas que ha causado. Prometió el señor Figueras la más amplia libertad en las futuras elecciones, como quien exclama: no os aflijáis ni desconsoléis, que acaso volváis a ser diputados, dejando así entrever la resurrección a los moribundos; y, por último, pidió el concurso de todos los partidos para fundar la república sobre bases anchas y sólidas.

Permitan los Cielos, pues no hay cosa mejor que anhelar, que esto último se cumpla. Muchísimo lo dudamos aún. No negaremos, sin embargo, nuestro concurso, dentro de los límites en que el decoro y los compromisos anteriores lo consienten.

Los conservadores no pueden convertirse a la república sino cuando una larga experiencia haga patente que habían errado en no quererla antes; y los radicales, aunque ya convertidos, son como neófitos, que deben pasar un noviciado de algunos años, cuidando el vestíbulo y el atrio del templo, no entrando en él sino para aprender la doctrina y desistiendo de adornarse con las vestiduras pontificales, de oficiar y de mojar la barba en cáliz, hasta que demuestren que cuentan con un partido, no artificial y creado desde el Gobierno, sino existente con independencia en el país, cuyos destinos quiere dicho partido que dirijan, sea cualquiera la forma de gobierno que el país se haya dado.

En suma: deseamos todos, los que hicimos o aceptamos la revolución, que la revolución salga airosa y no silbada, ya que no tienen otra salida, con la de la república; pero dejemos que los republicanos de siempre encaminen el asunto a buen término y pongan cima feliz a la empresa, si esto es posible, concretándonos a prodigarles nuestro afecto más platónico, nuestros consejos más desinteresados y nuestro auxilio más gratuito.

- IV -

Más lejos cada día de la política militante, contemplamos los sucesos de un modo imparcial, si bien el amor de la patria no permite que los veamos con indiferencia, sino con dolor profundo. Hombres, además, de un partido que hizo la revolución de septiembre, no acertamos a sustraernos de la grave responsabilidad que contrajimos entonces. Por muchas personas se nos echa en cara esa responsabilidad de una manera harto cruel. ¡Cuántas nos zahieren y nos censuran hoy! Unas, dando ya por evidente la desmembración de España, la destrucción de la unidad nacional, obra de mil años de gloriosísima historia, equiparan la

batalla de Alcolea con la batalla del Guadalete. Otras, al leer o saber de oídas lances como los de Falset, Montilla, Villafranca de los Barros, Medina de las Torres, Sierra Alhamilla y otros puntos, y presagiando delitos mucho mayores, lo menos que dicen es que debemos sentir un torcedor en la conciencia, como le hubiera sentido el héroe ridículo de Cervantes si de súbito hubiese recobrado el juicio, después de soltar a Ginesillo y a sus camaradas. Bien sabemos que se puede contestar, y bien contestamos, sin duda, a tales recriminaciones con otras; pero siempre es triste tener que justificarse. Si España se pierde, los que la trajeron a este trance, por justas que fuesen las razones, al grito de ¡viva España con honra!, no quedarían muy lucidos. No sólo, pues, por amor de la patria, sino por amor propio, por interés y por decoro del partido a que pertenecemos, debemos desear, y deseamos, que la anarquía no se haga perpetua, que el orden vuelva a establecerse, que la unidad nacional no se rompa y, que llegue a ser compatible con la república en España la vida de los pueblos cultos, la paz y la tranquilidad, el comercio y la industria, la seguridad de las personas y de la hacienda.

¿Es posible resolver este problema? ¿Puede la república arraigarse de esa suerte en España? Nosotros tenemos, queremos conservar aún la esperanza, acaso la ilusión, de que sí.

El mal es gravísimo, espantoso; pero quizá aún tenga remedio. Por lo pronto, pudiera hallarse en la energía, en la decisión, en el ánimo sereno y firme de los individuos que forman el Poder ejecutivo, si dichos individuos no careciesen de esas cualidades o no las tuviesen embotadas. Su excesiva blandura, su inercia, su afán de contemporizar, hace que no les tengan un saludable temor los demagogos y alborotadores, ni que inspiren confianza a la gente pacífica, ni que se les sometan los adversarios de todas clases.

Hasta la misma Asamblea, postrada ya por tres heridas mortales, las del 11 y 24 de febrero y la del 8 de este mes, se agita aún en las convulsiones de una lenta agonía, o más bien se levanta como aquel personaje de Edgardo Poe, que merced al magnetismo hablaba y disertaba después de muerto, y se atreve a desairar al patriarca de los republicanos, elevando a la presidencia de aquel cementerio político a uno de los radicales difuntos, simple neófito de la secta triunfante.

Sin embargo, éste y otros sacudimientos galvánicos de la Asamblea cadáver y del radicalismo en descomposición no implican ninguna limitación de fuerza; no ofrecen ningún obstáculo serio al Poder ejecutivo. Este Poder lo sería, en efecto, si quisiera serlo, si tuviese la voluntad y el aliento que para serlo se requiere. Este Poder quizá podría salvar aún a España de su total ruina. Fuera de él, aunque tendamos la vista con ansiedad por toda la extensión del horizonte, nada columbramos que se parezca a una solución medianamente satisfactoria.

Lo único que se divisa con más probabilidad de triunfo es el carlismo. Y, sin embargo (¡tan honda es nuestra desgracia!), hasta en el carlismo, que, a pesar de su perversa condición, valdría más que fuese puro y sin mácula, que no híbrido y monstruoso, han entrado elementos deletéreos que lo inficionan y bastardean. Cabrera se ha hecho liberal, librecultista y un sí es no es protestante, y el señor don Carlos VII, aseguran todos que es un esprit fort, volteriano y casi ateo, que sólo va a misa por el buen parecer y a fuerza de

ruegos de doña Margarita, y que miraría la religión como un recurso maquiavélico para tener sujeta a la plebe ignorante y grosera.

En cambio, en vista de las ferocidades del cura Santa Cruz, ya podemos calcular lo que podría esperarse de los caudillos y magnates del nuevo príncipe.

De la paz y el orden, comprados a expensas de la libertad, tampoco habría que esperar nada. Todos los antecedentes históricos inducen a creer, persuaden con íntimo convencimiento, que entronizado don Carlos, triunfante el rey absoluto en España, tendríamos un período, más o menos largo, semejante al de 1823 a 1833, o peor acaso. Sería una demagogia en pos de otra demagogia, y Carlos VII, como Fernando VII, sería un demagogo coronado. Tal vez los que ahora matan en Montilla, se reparten lo ajeno en otros puntos y asustan y entristecen a los buenos y tranquilos ciudadanos en todas partes, en nombre de la libertad, de la república y del progreso, son los mismos o son los hijos de los que en 1823, y durante diez años, apalearon, vejaron, hirieron, apedrearon y saquearon a los liberales, gritando: «¡Vivan las cadenas! ¡Muera la nación y muera la libertad!» Esos mismos, que invocan hoy doctrinas novísimas para cometer sus fechorías y desmanes, seguirían cometiéndolas si viniese Carlos VII, en nombre de la fe cristiana y del derecho divino de los reyes.

Donoso Cortés, uno de los más terribles revolucionarios (escribiendo, se entiende) que ha habido en España en estos últimos años, explicaba maravillosamente esto que dejamos apuntado aquí. Para él nada había más inhábil, más torpe ni más funesto que la escuela liberal. Y entiéndase bien que dentro de esta escuela, si se mira como Donoso la define, estamos conservadores de todos los matices, radicales y republicanos moderados. Desde Posada Herrera hasta Orense, y desde Cánovas hasta Castelar, todos caemos bajo este predicamento. La tal escuela, añade Donoso, es política, mientras que las dos opuestas son teológicas: la católica, con teología de Dios, y la socialista, con teología del demonio. Lo que Donoso llama pueblo se harta de política en seguida y quiere una de ambas teologías y sus consecuencias. De aquí nace, para Donoso, lo incapaz, caduco y efímero de todo Gobierno liberal, sea el que sea. «Las gentes, apremiadas por sus instintos, llega un día en que se derraman por las plazas y las calles pidiendo a Barrabás o pidiendo a Jesús resueltamente y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas.» Estos sofistas somos todos nosotros.

Claro está que esas gentes, eso que Donoso califica de pueblo, no es el pueblo, es su escoria, que escoria tiene hasta el oro; y sí se derrama por las calles, apremiado por sus instintos, poco importa o es equivalente que pida a Barrabás o a Jesús; en realidad no pide ni al uno ni al otro; lo que pide es la satisfacción de esos instintos que lo apremian.

Para evitar ese momento supremo, que unos llaman de liquidación social y colectivismo y otros de regeneración religiosa, el verdadero pueblo debe no desmayar, debe armarse de toda su energía. El Gobierno, sea el que sea, republicano o monárquico, pues en frente de tan alta y vital cuestión las diferencias mayores se borran, debe amparar al pueblo y hacer que se cumpla la justicia; debe castigar con mano dura lo mismo a los socialistas que a los católicos que infrinjan las leyes; lo mismo a los que piden a Barrabás que a los que piden a Jesús, cuando apenas si hay tal socialismo ni tal catolicismo, ni apenas si Jesús ni si

Barrabás entran por nada en el pensamiento de esas gentes. Lo que entra en su pensamiento es el merodeo y el andar a la briba, y aquello de a río revuelto, etc. Y en vez de ser esas gentes el pueblo, ni cosa que se le parezca, son los más desalmados y peores de cada lugar, que se prevalen de la impunidad en que los deja un Gobierno débil y de lo inerme, dividido, fatigado, desengañado y echado en el surco que el verdadero pueblo se halla.

En nuestro sentir, con todo, no es difícil empresa hacer entrar en razón a los trastornadores del orden público, que toman por pretexto cuestiones sociales, resolviéndolas sumariamente por medio del reparto.

Más difícil es acabar con la otra perturbación, con los insurrectos que se cubren con manto de catolicismo. Es menester un ejército para extirpar tanto mal, y el ejército está disuelto, desbandado y en gran parte poseído de la más deplorable indisciplina. Legado es éste, sin duda, que los radicales han dejado a los republicanos al darles hecha la república; pero legado que los republicanos hasta ahora se muestran inhábiles para desechar, dolencia que acaso no logren remediar nunca.

Otros vicios, propios de los partidos que antes han ocupado el Poder, parecía que no habían de inocularse en el partido republicano; pero tememos que no sea así y que el partido republicano tenga sus propios vicios y los que por herencia le transmitimos. Algo de polaquería (¿por qué no confesarlo?) va siendo un requisito indispensable, una calidad ingénita de todo partido español. Bien se puede afirmar que en cada uno de ellos hay un proletariado de levita, una masa de 12.000, 20.000 ó 30.000 hombres que todo lo temen o todo lo esperan, no del cambio de la monarquía en república o de la república en monarquía, sino del cambio de un Ministerio. Cuando entró en el Poder el último de Ruiz Zorrilla, se cuenta que en diez días quedaron cerca de 20.000 empleados cesantes y fueron otros tantos colocados. Calculando, pues, a ojo de buen cubero, y suponiendo sólo unos cinco o seis partidos principales, y dando por sentado que hay muchos individuos de este proletariado de levita que siguen dos o tres partidos a la vez, o que, como vulgarmente se dice, se agarran a muchas aldabas, siempre se podrá asegurar que hay en España una masa de 80.000 ó 100.000 hombres que vive o aspira a vivir de política, y cuya fortuna pende de cambios y revoluciones, cuyo to be or no to be se cifra en esta expresión: cuando manden los míos. Unido esto al pueblo que define Donoso, al pueblo teólogo de endiablada o de divina teología, esto es, a los ternes y jaques de vida airada, por pocos que sean, basta y sobra, dado un Gobierno débil, para explicar el malestar general, el sobresalto continuo y los trastornos y agitaciones incesantes en una nación de veinte millones, pero inerme y apática y cansada y harta de política.

De este desmayo de la voluntad popular nacen los Congresos casi unánimes, las plétoras de mayoría en todas las situaciones.

Aquí no hay antagonismos de clases, ni enemistades de castas, ni violentas pasiones políticas en las muchedumbres, ni fanatismo religioso, ni nada. En todo se advierte un vacío, una vanidad, un no sé qué de falto de fundamento que sólo se explica con una sola palabra gráfica de reciente invención: con la palabra filfa.

Así se comprende una singular contradicción. Aquí pueden sobrevenir grandes catástrofes; por el resultado, puede tomar esto el carácter de una gran tragedia; pero por el estilo por la forma, no pasará de sainete.

No por eso urge menos evitar que este sainete trágico y lastimoso llegue al período más rico de sus peripecias.

Los actuales ministros están llenos de buenas intenciones y de propósitos excelentes; pero nada hacen. En alguna circunstancia muestran, por cierto, que anhelan seguir el buen camino; pero, en lo más esencial, o no siguen camino alguno y se paran, o echan por el atolladero.

En cuanto a extinguir o mitigar al menos el mal de la empleomanía, algo están haciendo que merece todo encomio, aunque disgustan hondamente a sus parciales. Chao vuelve a Fomento a los antiguos empleados, expulsados por Becerra, y nombra para director de Obras Públicas a un hombre inteligente y facultativo, aunque no es de su partido. Castelar respeta la ley de la carrera diplomática. Salmerón no considera menos a los magistrados y a los jueces.

En cambio, en lo tocante a restablecer el orden, en inspirar confianza a los hombres pacíficos, nada hacen; antes bien, deshacen. Figueras y Castelar, incitados acaso por las turbas levantiscas de su bandería, se oponen al armamento del vecindario; pero no procuran precaver desmanes, y desde que nos aseguraron, en plena Asamblea, que ellos bastaban para defender vidas y haciendas, menudean los desafueros y atentados contra las haciendas y contra las vidas, si no en esta capital, en todo el resto de España.

Todavía tenemos que agradecer mucho al Cielo que no sucedan más casos de dicho género. No es muy numeroso el pueblo teólogo que nos pinta Donoso Cortés. Si lo fuera, podría a mansalva hacer de nosotros lo que gustase.

Para restablecer la disciplina militar, el más eficaz recurso hallado hasta ahora ha sido que el señor Castelar escriba un papel muy elegante y muy bonito, papel que habrá hecho el mismo efecto en el ánimo de los soldados que el discurso de Don Quijote en el ánimo del labrador que azotaba al muchacho Andrés.

El viaje del presidente del Poder ejecutivo a Barcelona ha tenido un éxito más desengañado aún. Y gracias que no ha sido víctima de ningún desacato. El señor Lostáu y otros hombres a la moda han amparado al señor Figueras. El señor Figueras, además, no ha dicho a nada que no, y se ha guardado bien de dar ocasión ni pretexto de disgusto.

El Estado catalán se ha formado por sí, y el presidente del Poder ejecutivo lo ha autorizado con su presencia. Ahora falta que se formen del mismo modo estados semiindependientes o independientes por dondequiera. Luego surgirán las contiendas y rivalidades entre ciudad y ciudad por la capitalidad de cada Estado; entre provincia y provincia, por ser independientes unas de otras y no formar un Estado mismo, y hasta entre villa y villa, y aldea y aldea.

Las Cortes Constituyentes que nacerán en medio de este desorden y desquiciamiento general no vendrán a constituir nada, sino a confirmar lo constituido.

Entre tanto, se crea por una ley un ejército de voluntarios, fuerte, de cuarenta y ocho mil hombres; pero mientras este ejército llega a formarse, ¿quién sabe lo que ocurrirá? El nuevo ejército será más costoso, y si la indisciplina se apodera de él un día, sería mil veces más temible que un ejército formado por las quintas. El que sienta plaza de voluntario suele ser menos blando de condición que el que va a servir a la Patria por obligación forzosa.

Sea como sea, mientras que el nuevo ejército se forma, poco adelantan el antiguo y los generales que lo mandan en contra de las facciones carlistas que se extienden por Cataluña, Navarra y las provincias Vascongadas, creciendo siempre en número y resolución, y que aparecen, además, en pequeñas partidas por todo el resto de España.

Nuestra situación inspira recelo o lástima desdeñosa a las naciones europeas, y de tan poco lisonjeros sentimientos se hace eco la Prensa de todos los países.

Nuestro crédito disminuye y los valores públicos bajan de tal suerte, que difícilmente podrá proporcionarse ningún recurso al Estado, a no pagar una usura enorme y ruinosa.

Las rentas públicas deben menguar con la disminución de la riqueza general, y hasta con el contrabando, que se hace indudablemente en el Norte por los carlistas y en Málaga y en otros puntos por los federales más o menos autónomos.

En medio de tanta confusión se oyen los pronósticos más melancólicos y las más fatídicas y negras profecías. Las personas acomodadas se llenan de susto, y continúa la emigración para Portugal, y más para Francia, a pesar de lo difícil y expuesto que es el tránsito por las provincias vascongadas.

Los radicales, visto lo poco que puede y vale el Gobierno, anhelan revivir; pero se advierte división entre ellos. Los unos quieren declararse monárquicos de un monarca misterioso, de un X regio; otros siguen conformes o resignados con la república; pero, como es natural, la desean compatible con el orden.

El 21 por la noche tuvieron una reunión los diputados de este partido, y decidieron apoyar al Gobierno dentro de tales condiciones.

La Asamblea murió ya de hecho; más aún no ha muerto oficialmente, y tal vez haya nueva crisis y nuevo sobresalto en Madrid antes de que muera.

¿Se conformará con dejar un Poder omnímodo al actual Ministerio? ¿Confiará en que la Comisión permanente que deje nombrada hasta que se reúnan las nuevas Cortes será bastante fuerte y bastante atendida por el Poder ejecutivo para que los intereses del partido radical queden a salvo, para que en las próximas elecciones la ola ascendente de la democracia no anegue a todo ese partido y no envíe a las Constituyentes más que federales de los más federales?

Francamente, comprendemos en los radicales todos estos recelos. No ya los radicales, los mismos republicanos más templados, los mismos señores Figueras Pi, Chao y hasta Castelar, a pesar de su gloria, a pesar de su justa e inmensa popularidad, están amenazados de ser arrollados por partidos extremos. ¿Quién sabe qué género de representantes vendrá a las próximas Cortes? No creemos que las elecciones se hagan a tiros. No se harán a tiros. Reinarán el mayor orden y la mayor libertad; demasiada libertad; pero todo lo que no sea ultrarrepblicano, ultrafederal, ultraintransigente y ultrainternacionalista se encerrará en casa, lleno de terror o de profundo desaliento, y es probable que media docena de temerones dispongan de los votos todos en cada uno de los distritos. Es casi seguro que se ejercerá esta vez un método eficacísimo de influencia moral, de la que el Gobierno no será culpado, de la que el mismo Gobierno podrá ser víctima.

Quisiéramos equivocarnos, quisiéramos que salieran fallidos nuestros vaticinios; pero vaticinamos que, aunque los partidos medios aceptasen la república y declarasen en Madrid, por sus corifeos y Juntas directivas, que iban a las urnas, no irían a las urnas sus correligionarios de provincias y se decidirían por el retraimiento.

Mucho han de variar las cosas en poquísimo tiempo; muchas y mil veces más serias, firmes y valederas garantías ha de dar el Gobierno actuar a otro que lo suceda para que la inmensa mayoría del cuerpo electoral español se decida a ir a votar y no deje que vote por él a quien quieran los que hoy todo lo pueden, los que hoy se sobreponen a todo.

Triste es, por cierto, la situación de los jefes del partido conservador de la revolución en estas circunstancias. ¡Qué desengaño, qué dolor para ellos, si la revolución no se salva, si termina en la anarquía, en el descuartizamiento de la Patria, en el caos y en la disolución, no con una, sino con treinta o cuarenta repúblicas o estados diversos; si venimos a parar, como es posible, a una situación parecida a la que hubo a fines del siglo X, cuando éramos mahometanos, y había república en Córdoba y en Toledo, y estados independientes en Morón, en Arcos, en Utrera y en Ronda! ¡Qué desengaño y qué dolor también para los jefes del partido conservador de la revolución si de resultas de los extravíos de la revolución misma vence Carlos VII, viene de otro modo alguna reacción horrible que acabe con la libertad o, lo que es peor que todo, pasamos por la vergüenza de una intervención extranjera!

Los jefes del partido conservador, sin embargo, poco o nada pueden hacer para evitar tantos males. El más importante caudillo de ese partido, el principal autor de la revolución misma, se diría que se halla reducido también a la impotencia, por la desconfianza de los unos, por la ingratitud de no pocos y por su honrada consecuencia, que no le permite ir contra su obra misma ni deshacer o contribuir a deshacer su propia hechura. Con alguna razón se congratulaba el corifeo deplorable del partido radical de que la espada de ese general ilustre estaba algo enmohecida; pero lo que no sabía es la virtud ponzoñosa que tiene el moho o herrumbre de esa espada. La poca herrumbre que le hicieron crear por fuerza los que echaron a su dueño del lado de don Amadeo de Saboya emponzoñó la dinastía y la monarquía, dándoles temprana y desastrada muerte. Si ahora cría alguna herrumbre más, con la ociosidad en que la deje la república, sólo Dios sabe hasta qué extremo destructor llegará la ponzoña de esa herrumbre.

No podemos, con todo, censurar al dueño de esa espada singular que hace daño cuando está ociosa y que cuando hiere salva. La virtud de salvar hiriendo pudiera perderse, si llegase a herir sin sobrado motivo y sin razón y en pro de una causa que no fuese completamente justa. En una palabra: nosotros creemos que el duque de la Torre no puede, ni debe, ni quiere ir contra la revolución que él mismo ha creado, ni en pro de la revolución si la revolución va por camino que no es el suyo o desconfía de él y no le llama. Sólo en una extremidad posible, y entonces, llamado o no, y entonces, en pro o en contra, puede acudir y debe acudir en cumplimiento de un deber superior a otros deberes y compromisos. De esto la pasión de los contemporáneos que nos mezclamos en la política no será juez competente; será juez la Historia. Entre tanto, ¿quién duda que, así el general Serrano como todos los demás generales de nuestro partido, están prontos siempre a servir a todo Gobierno y a prestarle apoyo, si los llama para sostener los intereses permanentes de la sociedad, la Patria y el orden Político? Para esto brillarían al punto sus espadas, acicaladas y resplandecientes.

Pocas personas habrá más contrarias que el que esto escribe a lo que llaman militarismo; pero en verdad que el modo de acabar con él no es el que han empleado hasta ahora los radicales y el que tal vez quieran emplear los más ilusos y desatinados entre los federales intransigentes. La desconfianza de los progresistas, su miedo y su odio a ciertos jefes y el recuerdo constante de 1843 y 1856 han contribuido a que desorganicen el Ejército.

El Ejército, desde 1920 hasta el día, es quien ha traído la libertad y quien ha acabado con la licencia, cuando ha habido licencia. El Ejército, en suma, ha hecho y ha deshecho lo que se apellida en la jerga política las situaciones. Este es un mal, a no dudarlo; pero su raíz no ha estado en el Ejército mismo: ha estado en la falta de brío, en la atonía de la opinión pública. Si las manifestaciones de esta opinión hubieran sido bastante enérgicas, si el cuerpo electoral hubiera sido menos dúctil, flexible y sumiso, los más de los pronunciamientos militares, o todos ellos, órganos y complemento de una opinión pública postrada, se hubieran excusado. No se ha hecho uno solo, de los que han salido triunfantes, que no se haya apoyado en la opinión pública; que no haya sido su mejor ejecutor. Todo el que se ha intentado en contra de ella no ha pasado de infelicísimo conato. Es evidente, pues, que el modo de acabar con el militarismo no es acabar con el Ejército, sino corroborar la opinión pública y hacer que ella misma se pronuncie pacífica y legalmente, sin temor a ninguna tiranía de arriba ni de abajo.

Cuando el señor Castelar, a pesar de su discreción y buen juicio, inficionado un día de furor progresista, habló de pretorianos, o calificó de pretorianos, a nuestros militares, estuvo muy desacertado y, además, ingrato. Sin esos pretorianos quizá estaría aún el señor Castelar en la emigración, y toda la gloria que ha sabido conquistarse en la tribuna pública sería un sueño fantástico con que doraría un porvenir remoto. Más bien, si es que en España hemos de tener pretorianos, los pretorianos surgirán de un ejército mercenario, y no de un ejército de hombres que sirven y andan en armas cumpliendo con un deber ineludible, a no ser que a un ejército de esta última clase se le haga lo que se le ha hecho recientemente, casi diríamos que adrede, para corromperlo con un horrible fermento de indisciplina. Y que así, esos infelices no piden ni imponen a César o a Cromwell; lo que piden es irse a sus casas o un aumento de prez. Ni César ni Cromwell se entronizaron con ejércitos creados por la monarquía, sino con ejércitos creados por la república.

Por lo demás, el sentimiento de los buenos españoles es unánime en este punto. Nadie teme del ejército antiguo, ni de sus generales, atentado alguno contra la libertad; antes los miran aún como la más segura garantía del orden. Por eso la desorganización del ejército y su indisciplina infunden más terror y más angustia que todo.

Ojalá llegue un día en que las mejores espadas puedan enmohecerse, aunque más valdrá colgarlas bien limpias, como trofeo y adorno, en una panoplia elegante; pero ese día aún está muy lejano.

Entre tanto, sería el último de los infortunios que, acabado de disolver el ejército actual, que siempre ha secundado a la opinión y ha servido a la Patria y ha sido el más sólido valladar contra el desorden, se crease otro, que pudiera muy bien pronunciarse y despronunciarse por su cuenta, y cuya indisciplina no se limitaría, ni con mucho, a pedir licencia para deponer las armas.

Mientras escribíamos esta revista, dejándonos llevar de muy tristes impresiones, han ocurrido sucesos que harán renacer nuestra esperanza si el pueblo se despierta como debe a la vida política, y si todos los partidos en que la política nos divide procuran unirse en un sentimiento de patriotismo, quedando a salvo las respectivas doctrinas, como hizo anoche la Asamblea al cerrar sus sesiones. Ni se perdería entonces la integridad nacional, ni el moho de las espadas sería ponzoñoso, ni su corte sería tan necesario, ni los que hicieron la revolución de septiembre tendrían de qué arrepentirse ni menos de qué avergonzarse.

Nuestro temor de que haya sainete y tragedia a la vez se disiparía por completo el día en que viésemos al pueblo español, firme en el propósito de conservar su unidad, interviniendo todo él en la política y no dejándola en manos de los que hacen de ella granjería por medio de la audacia. Entonces, el triunfo de Carlos VII, la anarquía y los peligros con que el socialismo o el comunismo nos amenazan, serían vanos recelos, sólo dignos de ocupar y de atormentar los corazones pusilánimes.

Mucho distamos todavía de esa seguridad; pero la prueba de patriotismo que dio anoche la Asamblea, cerrando sus sesiones, confiando en el Gobierno y ofreciéndole su apoyo, y la decorosa transacción con que todos los representantes hicieron posible el votar, como votaron por unanimidad, la abolición de la esclavitud en Puerto Rico, son de feliz augurio. No lo son menos el discurso último del señor Castelar, elocuente, rico de bellos y sinceros sentimientos, como todos los suyos, y lleno de nobilísimas aspiraciones, y la solemne declaración, hecha ante la Asamblea por el presidente del Poder ejecutivo, de estar dispuesto a sacrificarlo todo, absolutamente todo, a la integridad de la Patria.

No tuvo razón el señor Castelar para quejarse en su último discurso de la actitud del partido conservador. Jamás ha recibido partido conservador alguno a una república, venida por sorpresa, con menos desconfianza, con más benévola expectación y con más vivo deseo de que salga airosa y se consolide.

La honrada vida política del señor Figueras, el noble carácter y el saber del señor Salmerón, los méritos innegables del señor Pi, el valer de sus dignos compañeros y, sobre todo, la fama merecida, la egregia reputación del señor Castelar, que se extiende por todo el mundo, son prenda para nosotros, si no del buen éxito seguro, de que esos ministros que tanto aventuran, que tanto se exponen a perder, si su ensayo de república se frustra, han de trabajar con el alma y la vida y han de hacer esfuerzos extraordinarios, sobreponiéndose a las miras estrechas de sus parciales, y hasta a algunas promesas imprudentes e impremeditadas, para probarnos y demostrarnos que la república no era sólo posible, sino conveniente en nuestra Patria.

Si ellos no consiguen esto, todo puede darse por perdido. Personajes oscuros hasta ahora, ocultos quizá bajo las últimas capas sociales, sin reputación que perder, sin gloria que desdorar o menoscabar, sin antecedentes que les sirvan de estímulo para el bien y de rémora para lo malo, se sucederán acaso rápidamente en el Poder, si alguna sombra de Poder queda en medio de la anarquía; y apenas si es concebible la esperanza de que aparezca entre esos oscuros personajes, de que suscite Dios por un milagro de su omnipotencia algún genio poderoso que restaure la Patria y remedie los males que padece y que se irán agravando y exacerbando de día en día.

La revolución y la libertad religiosa en España

- I -

Acabamos de presenciar uno de los acontecimientos más importantes que registra nuestra historia hace siglos. Las Cortes Constituyentes, elegidas por el sufragio universal en nombre del pueblo de Torquemada, de Loyola, de Domingo de Guzmán y de Felipe II, han proclamado la libertad religiosa.

No es de extrañar que la discusión que nos llevó a tan dichoso término durase muchos días; no es de extrañar que se haya mostrado en ella toda la vehemencia de la pasión, que anima a los partidos opuestos. Se han pronunciado cuarenta o cincuenta discursos; oradores de extraordinario mérito han conmovido hondamente los corazones y las inteligencias; el debate ha estado a la altura de su objeto y de la nación española, donde son grandes el despejo y el desenfado, y prodigiosa la facilidad de palabra, y donde cabe afirmar, sin hipérbole, que no es rara la elocuencia.

Cualquiera diría, por consiguiente, que el asunto está agotado; que está ya dicho cuanto importa decir sobre cuestión tan grave; pero bien sea porque la cuestión, sobre ser grave, es complicada y difícil, bien sea porque nuestros oradores improvisan y se dejan arrebatarse del entusiasmo y de la más lozana y poderosa imaginación, y suelen carecer de aquella calma que tan delicado punto requiere, es lo cierto que hay mucho que decir aún, y que es conveniente que se diga.

El proyecto de Constitución es obra de quince individuos, discretos y eminentes todos, pero venidos de diversas y aun opuestas parcialidades políticas, y que han tenido que

transigir, a fin de encontrarse en un término medio y llegar a una avenencia. Este procedimiento ha sido muy útil en las cosas meramente políticas, donde el término medio suele ser el más razonable, y si no el más razonable, el más conveniente y práctico, dado el momento histórico en que se halla el pueblo para quien se legisla. Pero en el asunto superior de la libertad religiosa, la transacción ha producido pocos sazonados frutos. Es cierto que así los quince individuos de la comisión, como la mayoría que los sigue, han tenido que ser y han sido fieles al espíritu de la revolución, y han consignado en la ley fundamental la libertad religiosa, grande conquista de la civilización y de los tiempos modernos, requisito indispensable para que España pueda entrar de lleno en la corriente del progreso y en el noble consorcio de las naciones cultas de Europa; pero ¿cómo no lamentar el modo de introducir la libertad religiosa en la Constitución futura? ¿Cómo no confesar que dicha libertad entra en la Constitución por una puerta falsa y de un modo furtivo y vergonzante?

Aceptado el credo democrático, puestos los derechos individuales como piedra angular del nuevo edificio político que estamos levantando, es innegable que no se podía prescindir de la libertad de conciencia, no inerte y encerrada en sí misma sino con todos sus desenvolvimientos y manifestaciones. ¿Qué vale que sea inviolable el domicilio, si la conciencia no lo es? ¿Qué importa tener derecho de asociarse y de reunirse para cualquier menester bajo y mecánico o para llevar a cabo cualquier propósito de bienestar material, si está vedada la reunión y la asociación para el más trascendental y elevado de todos los propósitos, del cual penden y dimanan nuestras más sublimes esperanzas, en el cual se funda el cumplimiento de nuestro último fin, y por el cual, y en virtud de cuya luz forjamos e iluminamos nuestro ideal, cobramos aliento para realizarlo y nos proponemos un modelo de perfección, así individual como social y colectivo, blanco de nuestro anhelo más fecundo?

Es pues evidente que el más precioso, el más primordial, el más fundamental de los derechos individuales, es la libertad religiosa. Consignados estos derechos, se debió consignar el de la libertad religiosa como el primero. La declaración debió ser más solemne, más explícita; hecha en favor de españoles, que es para quien los españoles legislan; no comenzando por hacerla en favor de los extranjeros y añadiendo luego un tímido si hubiere algún español para darle participación en la misma libertad, para hacer horra su conciencia a la sombra del favor concedido al advenedizo y extraño.

Yo no dudo que la inmensa mayoría, la casi totalidad de los españoles, es católica; yo creo firmemente que ninguno, merced a esta libertad de conciencia, va a renegar de la religión de sus padres para transformarse en budista, mahometano o judío; yo estoy persuadido de que serán raros los que se hagan protestantes, y que de éstos, si los hubiere, la mayor parte lo será por algún motivo que nada tenga que ver con la religión; pero la misma seguridad que yo tengo, y de que participan los católicos más fervorosos, los más decididos partidarios de la intolerancia, lejos de ser un arma en contra de la libertad, debiera servir para tranquilizar los ánimos y hacer comprender que dicha libertad no vendrá a destruir la unidad religiosa, sino a cambiarla, de violenta y forzosa que ha sido hasta el día, en espontánea y libremente aceptada. Y esto, lejos de ofender en lo más mínimo al catolicismo, redundará en gloria suya y clara claro y resplandeciente testimonio, así de lo incontrastable de su verdad como de lo firme de nuestra fe en reconocerla y acatarla.

No me explico, pues, la manera miedosa y algo subrepticia de declarar la libertad religiosa como un derecho de algún español, si lo hubiere, que apetezca usar de ella, ¿Por qué no dar terminantemente esta libertad a todos los españoles que hay? ¿Por qué no darla con el deseo y casi con la más completa esperanza de que han de usar de ella para afirmarse en la fe de sus mayores y conservar en toda su pureza aquellas santas creencias, en cuyo nombre han combatido y triunfado, extendiendo la gloria de la patria, su dominación y su cultura por toda la redondez de la Tierra, de la cual han dilatado los términos y duplicado la extensión con inmensos e ignotos continentes, islas y mares?

Sabido es que nadie tiene derecho al error, que la libertad no se concede para lo malo, y que nosotros, siendo católicos y estando en posesión de la verdad, no queremos abrir la puerta para que la falsedad y la mentira vengan a oscurecerla. Sabido es, además, que el estar unidos es mejor que el estar separados; que el convenir en algo, y sobre todo si este algo es esencial, es un bien grandísimo, y que, por tanto, nadie debe desear que se rompa la unidad religiosa; pero el poder político no puede menos de declararse incompetente para conservar esta unidad por la fuerza; el poder político no puede menos de reconocer que, sobre un punto tan del espíritu como el de la religión, sólo debe tener jurisdicción e imperio un poder espiritual, y sólo deben imponerse penas espirituales; y el poder político, por lo mismo que ha nacido de una revolución democrática, por lo mismo que se funda en la voluntad del pueblo y en su soberanía, no puede menos de convenir en que por cima de esta soberanía, por cima de esa voluntad del pueblo, aunque fuese unánime, están ciertos derechos, de que ningún individuo debe despojarse al aceptar el pacto social, ciertos derechos que nacen de la justicia eterna, anteriores y superiores a toda soberanía, a toda decisión de los poderes públicos, a toda ley que cualquiera sociedad o república quiera imponerse.

Supongamos por un momento que todos los españoles, sin excepción de uno solo, somos católicos. Natural es que, siéndolo, se conserve la unidad religiosa; inútiles son entonces las leyes para retenernos violentamente en el gremio de la Iglesia; en su gremio permaneceremos, porque las amamos. Pero si hubiera un solo español que no sea católico, ¿tendremos derecho los demás para violentarle con coacción material a que lo sea, esto es, a que disimule que no lo es con hipocresía cobarde? ¿Qué ganaría la Iglesia, qué la sociedad con este acto tiránico? ¿Para qué ha de retener por fuerza la Iglesia en su gremio a quien no la ama, y a quien tal vez finge amor por cálculo, por conveniencia o por miedo?

Sin duda que los representantes del pueblo, que están ahora constituyéndolo, tienen poder para mucho, y les ha sido lícito comprometerse a sostener y a hacer que prevalezcan ciertas doctrinas en las futuras leyes fundamentales; pero, aunque todos y cada uno de los representantes hubieran recibido el mandato de todos y cada uno de sus electores, de imponer por fuerza, con sanción penal, por leve que fuese, la unidad religiosa, este mandato sería írrito y nulo, en virtud de la doctrina misma que ha sido móvil y origen de la revolución, y según la cual el empeño de todos no basta a destruir legalmente en uno solo cualquiera de esos derechos primordiales, cuya base es la libertad de la conciencia.

Lo que sí es, a mi ver, no menos indudable es que ese pueblo, que no puede despojar a nadie de su libertad religiosa, puede, y, sin duda, quiere también, afirmar su concordia, su

unidad en punto a religión. En esto no hay nada de contradictorio, a no ser que se mire de un modo somero. El pueblo español, que forma una parte de la Iglesia universal o católica, que es católico en su casi totalidad, en su inmensa mayoría no puede ni debe violentar a nadie a que sea católico. La libertad religiosa es sólo la negación de este poder, la declaración de esta incompetencia de jurisdicción sobre cualquiera conciencia humana. El pueblo reconoce que no hay individuo a quien pueda obligar a pensar como él piensa, y a creer lo que él cree; pero ¿acaso se deduce de aquí que el Estado, que es la manifestación orgánica del conjunto de los españoles, la representación de su vida colectiva, la resultante de sus fuerzas y aspiraciones y el guardador de sus glorias pasadas, de su fama y de su nombre, haya de desechar lejos de sí la religión, y no haya de confesar paladinamente que es católico, siéndolo, como lo son casi todos los españoles, y estando tan enlazada esta religión con nuestra historia, y con nuestras costumbres, que parece propia de nuestro ser y nacida de las grandes calidades que adornan a nuestra raza? ¿Cómo se concibe que la Comisión que ha redactado la Constitución futura haya mostrado aún mayor timidez en este punto que en el de declarar la libertad religiosa?

En el seno de la Comisión había algunos individuos que entendían este punto de un modo totalmente opuesto. Deseaban y pedían la separación de la iglesia y del Estado. Reducían así la Iglesia a una congregación de sectarios contemplativos, que sólo debían emplearse en la meditación de otra vida ultramundana, y en prepararse para ella, sin influir en ésta que vivimos, sin fuerza ni voluntad social ni política para nada; y reducían el Estado, y la congregación o conjunto de hombres que se llama nación, a emplearse sólo en intereses materiales y groseros, sin un ideal colectivo, sin una creencia común que los uniese, sin una sola noble aspiración superior, sin un solo pensamiento propio de todos, que se levantase un codo por cima de la atmósfera densa que nos circunda, que penetrase una línea más allá de lo fenomenal y contingente en la región de lo esencial y de lo absoluto. De esto despojaban a la colectividad; esto no lo veían, no lo reconocían sino en el individuo, y lo apartaban del Estado como impertinente, y no consideraban que dejaban al lado del Estado, y fuera de él, una sociedad compuesta casi del mismo número de individuos, y de los mismos individuos, en donde esos propósitos y fines del alma humana, que ellos no creen sino individuales, tienen una fuerza colectiva, y son el fin y el objeto de la misma sociedad. No comprendían que la Iglesia, siendo así, como sin duda lo es, o tendría que de caer, abdicar, negarse a sí propia, quedando reducida a la congregación de sectarios inertes, teóricos y especulativos de que hemos hablado, herida de esterilidad, mutilada, hechos infecundos y vanos sus elevados principios que propenden a realizarse ya encarnarse en todas las instituciones y en todas las creaciones sociales, o tendría que sobreponerse al Estado y aun absorberlo, por ser más sublime su fin, y su menester más comprensivo, y más trascendental su objeto.

Por las razones expuestas, se engañan los que anhelan la separación de la Iglesia y del Estado; a no ser que abriguen cultamente la esperanza del aniquilamiento de la Iglesia, de su reducción a algo de insignificante e inactivo; a no ser que sueñen con un Estado tan limitado en sus atribuciones, que vengán ya a rayar en los límites de la anarquía proudhoniana. Se equivocan en nuestro sentir, si piensan, con esta separación poner paz entre el Estado y la Iglesia. Roto el lazo que hoy los une, se moverán sin duda, en dos esferas distintas, cuyos centros estarán separados, mas nunca lo bastante para que las esferas no se intercepten y compenetren, quedando en ambas un espacio común, el de la

vida activa, más espiritual y elevada, el cual será campo de perpetua batalla por el predominio. Esto es evidente; la teoría y la práctica, la especulación y la Historia, dan testimonio de ello. Donde el Estado es católico no se puede ser buen ciudadano sin ser buen católico también, y no se puede ser buen católico sin ser asimismo buen ciudadano; pero en el Estado que prescindie de la religión, pueden llegar fácilmente las cosas a tal extremo, que los deberes de católico y los deberes de ciudadanos se combatan dentro del pecho del mismo individuo, como dentro de la colectividad toda, y unos rompan con el catolicismo para ser fieles al Estado, y otros con el Estado para quedarse en el seno de la Iglesia.

Atendiendo a tales o parecidas consideraciones, no han consentido muchos individuos de la comisión en que se declare en la ley fundamental la separación del Estado y de la Iglesia; pero tampoco han tenido fuerza y autoridad suficientes a que la unión, alianza o concordia de ambos poderes se consigne de un modo franco y abierto. El plan, el designio, es que la unión siga; pero no se dice. Y no se dice, cuando más que nunca debiera decirse y aun explicarse; porque, dada la gran novedad, la extraordinaria mudanza de la libertad religiosa, las relaciones entre ambos poderes tiene por fuerza que padecer notables y profundas alteraciones, objeto imprescindible de futuras leyes.

No es, pues, inútil, no es tardío no viene ya sobre lo resuelto y decidido cuanto digamos acerca de un asunto de tamaña importancia. Aún hay mucha por resolver y por decidir, sobre lo cual podrían acaso tener algún influjo nuestras observaciones, si fuesen justas, como creemos, y si acertáramos a exponerlas con claridad y con orden. Por esta esperanza nos atrevemos a escribir y hasta nos juzgamos en el deber de escribir, no dando por agotada ni terminada la discusión.

Al desenvolver nuestro pensamiento, aunque inevitablemente tengamos que tocar puntos superiores a la política, no tememos lastimar las conciencias de los católicos ilustrados, ni enunciar una sola idea que sea contraria a su fe. Lamentamos, como se debe, que algunos representantes de la nación hayan lastimado dichas conciencias, y comprendemos el hondo disgusto que han producido, sin aplaudir la exageración y pertinacia con que se han dado muestras en este disgusto. No pocos se prevalen del escándalo y lo aumentan y lo divulgan y lo perpetúan para sus fines reaccionarios. Con pretexto de defender a Dios y de desagraviare, se defienden y desagravian a sí propios. Si la lepra espiritual del ateísmo se ha hecho patente en cuatro o cinco personas, el cuerpo social está sano, y parecería mejor pedir a Dios, sin hacer tanto ruido, que también sanase a dichas personas, que no levantar guerra, no sólo contra ellas, sino contra todos los que las sufren y permiten que hablen, haciendo así de la intolerancia un arma en defensa de Dios, como si Dios necesitase de tan triste defensa. Cuando Job estaba cubierto de lepra material, vinieron aquellos varones conocidos suyos a atormentarle, con pretexto de defender a Dios contra sus quejas; pero Dios, cansado de tanta procacidad y de tanta hipocresía, resolvió intervenir en la disputa, y antes de enojarse contra Job, se enojó contra los defensores de su providencia. Bien podemos dar por cierto que si Dios interviniere en la presente disputa, había de hacer como hizo entonces, zahiriendo más al que alza el pendón de guerra como para defenderle que al infeliz que confiesa que carece de todo sentimiento religioso; lo cual no es negar a Dios, sino negarse a sí mismo, porque no niega la luz radiante del sol quien se declara ciego ni niega las sonoras armonías de la Creación quien se declara sordo. Tanto alboroto en defensa de Dios, que no la necesita ni la quiere sino por los medios blandos y amorosos de

la persuasión, da lugar a que se sospeche que muchos de esos paladines divinos se revuelven y levantan furiosos para ocultar en el fondo de sus conciencias una ceguera igual a la que los escandaliza en quien la descubre.

- II -

Es opinión harto divulgada que vivimos en una época de incredulidad grandísima. Así lo sostienen los que creen hacer el encomio de la época y los que creen hacer la censura; pero lo que hacen unos y otros, al afirmar esto, es poner en pugna la civilización y la fe, la religión y la ciencia. Nadie podrá negar que la civilización es hoy superior a la de cualquier otro momento de la Historia, y mucho menos negará nadie que hoy es superior la ciencia. Por consiguiente, si hoy es inferior la fe, fácil es deducir, generalizando, que el conocer y el creer están en razón inversa, que la fe y la ciencia son incompatibles, o que la una mengua al compás que la otra crece. Si esta sentencia y la observación en que se fundan fuesen exactas, serían igualmente fatales, así a la religión como a la ciencia; serían un tremendo desconsuelo para la especie humana; probarían que la ciencia a trueque de algunas satisfacciones para la vanidad y el orgullo, o para el mayor bienestar material, nos venía a robar nuestras más dulces esperanzas, nuestras más caras ilusiones, y probarían que la fe no nos mostraba verdades superiores a la razón, sino ilusiones que la razón desvanece. Por dicha, no es difícil demostrar que la observación es inexacta y que la sentencia es injusta.

La ignorancia de muchas leyes naturales, el escaso conocimiento que tenían los hombres en otras épocas de todo este Universo visible, eran, sin duda, causa de mayor superstición, pero no de mayor fe. Los fenómenos que hoy explicamos racionalmente por obra de las causas segundas, en virtud de ciertas leyes, ora descubiertas por la observación y la experiencia, ora fundadas, además, en principios matemáticos, o no se explicaban entonces, o se explicaban por medios sobrenaturales y milagrosos. Pero, al explicar hoy estos fenómenos, al dejar que obren las causas segundas para producirlos, ¿tenemos derecho para prescindir de la intervención divina, para negar que es inmanente la presencia de Dios en las cosas todas, para obligar a Dios a que se retire más allá de los límites de cuanto abarca, descubre y explica menos que a medias nuestra observación y nuestra ciencia? El más vano de todos los sabios, el más engreído de todos los positivistas no se atreverá a sostener si lo medita con calma, semejante proposición. Reconocerá que, con los datos de su experiencia y con los esfuerzos de su mente hechos sobre estos datos, logra sólo explicar algunos fenómenos, pero el conjunto de las cosas y su armonía y su fin, y el sistema en que se enlazan, quedan para él desconocidos e ignorados. Lo que puede hacer y hace el positivista es declarar incompetente a su razón para decidir esas cuestiones, negar la posibilidad de descubrir científicamente esas verdades sublimes, poner a la metafísica fuera de los dominios científicos y obligarla a que se refugie en la fe; pero esto no es negar ni destruir la fe, sino acrecentar su imperio y su dominio. Ni tiene derecho tampoco el positivista para hacer que Dios se retire a espacios remotos e inexplorados, dejándole libre y vacío cuanto piensa que está al alcance de su observación. Cerca de él, en él mismo, en el ambiente que le rodea, y no sólo más allá de las más remotas estrellas, reside y vive y se sustrae a su investigación y es inaccesible a su razón, a sus sentidos y a todos sus recursos empíricos, la esencia íntima, la sustancia, el ser de quien sólo conoce algunos accidentes y atributos por

medio de los sentidos. Apenas se puede afirmar que tenga idea exacta de esos mismos accidentes en sí, sino de la impresión, de la sensación que en él ocasionan; y de esta suerte bien puede sostenerse que lo misterioso está en el sabio y en torno del sabio, y bajo cual quier objeto, cuyo peso, figura y dimensiones conoce, cuyos elementos analiza y vuelve acaso a componer de nuevo, y cuyas calidades determina. Así es como la ciencia no sólo no destruye la fe, sino que no puede destruir ni amenguar, a no ser casi imperceptiblemente, de un modo apenas apreciable, el campo de la imaginación y de la poesía.

Y no hay que bajar al profundo centro de la Tierra, ni hay que subir al último cielo para que la imaginación cree y la poesía se explaye. La ciencia y la experiencia no le han acotado terreno alguno, no le han cerrado ningún recinto, no le han vedado ningún objeto, haciéndolo completamente propio y exclusivo de ellas. En lo íntimo de las cosas todas hay siempre un impenetrable misterio. Allí no llega el saber; allí sólo llega el creer o el imaginar.

Todos los sabios del mundo no desalojarán, lograrán poner en fuga, con todas sus experiencias y razonamientos, a los seres sobrenaturales, a las misteriosas energías, a las inteligencias secretas que nuestra imaginación o nuestra fe se complazcan en poner en los objetos circunstantes. No los extraerán con el escalpelo, no los verán con el microscopio, no los destilarán por sus alquitaras; pero ¿cómo podrán negarme que yo los veo con un sentido más intenso o con el alma misma sin el auxilio de los sentidos? ¿Cómo podrán negarme que están allí, aunque yo no los vea, ni nadie los vea?

Las que se llaman ciencias positivas son, pues, impotentes para disipar, no ya los asertos de la fe, pero ni los fantasmas de la imaginación. Todos los seres ideales, los genios y las ninfas, las ondinas y las sílfides que los poetas o la inventiva fecunda del pueblo, que es el primero de los poetas, crearon en otras edades, pueden aún vivir tranquilos al lado de la química y de la mecánica, seguros de que ni la mecánica ni la química podrán nunca someterlos a su jurisdicción, ni lanzarlos de lo íntimo y oscuro de las cosas naturales, donde se esconden y adonde no llega nuestra experiencia superficial y capaz sólo de comprender los fenómenos y los accidentes.

Las ciencias positivas son meramente una colección de noticias que explican algo parcialmente, pero carecen de un enlace superior que lo una todo en un sistema, el cual lo explique todo. A esto responde, a esto aspira la metafísica, que dista mucho de ser una ciencia positiva.

Sin embargo, todavía comprendemos que se dé a la metafísica aquella competencia para desechar lo sobrenatural y lo milagroso que a las ciencias positivas negamos. Decir, como dicen algunos positivistas, que negarán todo milagro, como alguna muy acreditada academia de ciencias no lo examine, dé informe sobre él y lo declare tal, nos parece impertinente hasta lo sumo. ¿Quién nos asegura que la academia, en el estado actual de la ciencia, baste a explicar las causas de todos los fenómenos? Si hay algunos cuyas causas ignore, ¿habrá de declararlos milagrosos, siendo naturales? ¿No podrá suceder también que la vanidad científica venga a dar una explicación insuficiente e incompleta y declare caso vulgar y ordinario uno que en efecto sea extraordinario y milagroso? Es claro, por tanto, que este informe sobre el milagro, dado por una academia de ciencias positivas, es

impertinente y absurdo. El milagro se niega o se afirma metafísicamente, y antes de toda experiencia, porque lo que se niega o se afirma es que pueda ser o que no sea, según el concepto metafísico que formamos de Dios, que es quien pudiera hacerlo o quien lo hace. La omnipotencia de Dios no se sobrepone a su sabiduría; repugna a nuestra razón que Dios mismo quebrante sin fundado motivo las sabias leyes que ha dado a la Naturaleza. De aquí la negación del milagro; pero el razonamiento, bueno o malo, es metafísico y nada tiene que ver con las ciencias positivas. Nuestro propósito, al decir esto, es sólo hacer ver que no son las ciencias positivas, sino la metafísica, o la filosofía primera, la que se pone como rival de la religión, la que combate con lo sobrenatural y procura destruirlo.

Lo que dicen algunos en defensa del milagro, suponiendo milagro perpetuo la conservación natural del Universo, y milagro intermitente al que por lo general llamamos milagro, esto es, a la alteración o suspensión de las leyes naturales, es un juego de palabras que no merece refutarse. El chiste de Donoso, de llamar al dios de los racionalistas un dios constitucional, porque está sujeto a sus leyes mismas, no pasa de ser un chiste. El llamar al milagro la dictadura de Dios no es serio tampoco. La gran razón en favor del milagro es que entraba el hacerlo en los planes y propósitos eternos del Altísimo, y que no somos jueces de la razón que tuvo para que el milagro se obrara.

Ya se entiende que al apuntar aquí estas consideraciones no vamos a discutir largamente sobre ellas, sino a justificar nuestro parecer de que no son las ciencias positivas, sino la metafísica, la que impugna a la fe, cuando no se somete a la fe, cuando turba la armonía que debe reinar entre las verdades que alcanza o imagina alcanzar con la razón y las que por revelación hemos adquirido.

La metafísica puede ser, por tanto, o la grande amiga o la grande enemiga de la religión; pero como la metafísica no ha necesitado de una larga experiencia para crearse, y como hay metafísica desde las primeras edades del mundo, resulta que desde las primeras edades del mundo hay también, como ahora, racionalistas y ateos. Y no se diga que la metafísica rudimental y grosera no basta a combatir la religión, porque en épocas de barbarie es también rudimental y grosera la metafísica con que el dogma revelado, o que se cree revelado, se sostiene, y así el combate se equilibra y se perpetúa. Las armas de que se valen los combatientes son hoy de mejor temple y de más alcance; pero son proporcionalmente iguales a las de entonces.

Desde el principio de las sociedades ha dicho el impío en su corazón que no hay Dios, como lo dice ahora. Desde el principio de las sociedades ha sostenido el creyente que lo hay. Esta lucha ha durado siempre. Sólo las armas con que de una y otra parte se lucha han venido a ser más poderosas.

Esta lucha ha tenido y tiene, en nuestro sentir, un fin providencial elevadísimo: el engrandecimiento ilimitado de la noción de Dios en el alma humana. Por esto han caído las religiones positivas que no eran verdaderas; por que, al agrandarse y perfeccionarse en nosotros la noción de Dios, ha roto el molde, la fórmula, en que la tenía encerrada la religión positiva. Pero cuando la religión positiva es verdadera, esa fórmula es como infinita, es capaz de encerrar en sí con holgura toda noción de Dios por grande que sea. Sólo hay que atender a que no se confunda la imagen, la representación verbal de Dios, con

el concepto puro que de él la religión ha formado. Una revelación completa, hasta en la imagen y en el discurso, de la noción de Dios hubiera sido imposible sin alterar o negar el orden del mundo, la marcha y progreso de la Historia, la ley de las inteligencias y el desenvolvimiento de las sociedades. El revelador, el profeta, el fundador de una religión, por pura y santa que sea, no ha podido menos de adaptar su discurso al modo de entender grosero y al grado de cultura del pueblo, de la sociedad, del momento histórico en que vivía. Por eso no se ha de confundir el concepto de Dios con la imagen poética de que ha podido revestirse en épocas bárbaras. Sabido es que Dios no se irrita, ni se arrepiente, ni se alza en su furor las vestiduras hasta los muslos, y pisotea a los pueblos como pisotea un hombre las uvas en el lagar, y se cubre todo de sangre, como el pisador se cubre de mosto. Pero el concepto puro, libre de imágenes que el profeta hebreo se formaba de Dios era tan alto y tan grande, que en ese mismo concepto cabían, sin alterarlo, todas las especulaciones que sobre Dios han hecho hasta nuestros días los más sublimes filósofos, los cuales no se han creído en la necesidad de dejar de ser cristianos, ni han juzgado que, en el fondo, pensaban más recta y noblemente de Dios que dicho profeta.

El símbolo de la fe de Descartes, Malebranche y Leibniz ha permanecido el mismo. No pensaron estos filósofos que fuese estrecho el símbolo para que en él cupiesen sus teodiceas. Otros eminentísimos sabios que, tomando vuelo desde las cimas de las ciencias positivas, se han elevado a la metafísica, han afirmado, como Newton y Clarke, un Dios personal cuyo concepto era digno de la inteligencia de ellos y manifestación nueva de la verdad revelada y de la sublime sentencia que dice que los cielos narran la gloria de Dios.

Lo que sí ha nacido del conocimiento de los cielos, de la idea más vasta que podemos hoy concebir del Universo mundo es una idea más baja del hombre y de su importancia; porque, reducido nuestro Globo a un breve punto en la intensidad, no siendo centro de las esferas, parado el giro y rota la armonía que en torno nuestro iban formando, y confinados y perdidos nosotros en un rincón del espacio infinito, sin valer ni influjo en el sistema general de lo creado, y sin que sea fácil suponer que el Universo haya sido expresamente hecho para nosotros, para nuestro uso y recreo particular, y sin otro fin que el de servirnos, adoctrinarnos y embelesarnos, parece como que se resiste y pugna con nuestra razón creer que hemos sido objeto constante del cuidado, del esmero, del amor, de la revelación, de la más especial providencia y hasta del sacrificio del Todopoderoso. La metafísica desesperada o burlona y misantrópica, fundada en estas consideraciones, se hizo vulgar en el siglo pasado, merced a dos obras de entretenimiento, admirables por el estilo y el ingenio: el Cándido y el Micromegas, de Voltaire, y en nuestros días ha sido principal fundamento de las desconsoladoras y espantosas teorías de un hombre extraordinario, notable filósofo y soberano poeta lírico a la vez: del desdichado Leopardi.

Es evidente, en nuestro sentir, que estas teorías, sólo por una generosa inconsecuencia, sólo por una falta de dialéctica palmaria, pueden llevarnos, en las ciencias morales y políticas de aplicación, a otro término que no sea la declaración de la ruindad, bajeza y vileza de la especie humana, la negación del progreso, el escarnio de la libertad, y un sistema de despotismo como el de Hobbes.

Aquella exclamación de San Agustín: *Magna enim quædam res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Dei!* es, por el contrario, no sólo el fundamento y la razón de

que hay una providencia especial y una revelación de Dios para la especie humana, sino también de que los destinos de la especie humana son tan nobles sobre la Tierra, que para llegar a ellos y alcanzarlos importan la libertad y el progreso, como cosas por todo extremo respetables y hasta sagradas. Ciertamente que sería un absurdo, después de persuadir al hombre de que es un vil gusano, olvidado y perdido en un puñado de cieno, alumbrado por uno de los soles menos brillantes y fecundos que pueblan el espacio infinito, así el querer convencerle de que es objeto predilecto del más singular cuidado de su Hacedor, como el querer convencerle de la grande importancia de sus adelantos, de sus destinos y de sus propósitos sublimes en esta ruin vivienda, y durante su efímera, trabajosa y miserable vida. Menester es formar del hombre el concepto contrario para elevar su aspiración y dar alas a su deseo, así en esta vida como en la vida futura, y para poder decirle, repitiendo las palabras de su Divino Maestro: «Sé perfecto como es perfecto tu Padre que está en el cielo.»

Ha habido y hay, sin embargo, una secta que admite, reconoce y proclama esta idea de la ruindad y vileza del hombre; secta que dice que nada hay más vil y despreciable que el género humano fuera de las vías católicas, esto es, que el género humano es vil y despreciable por naturaleza, y que su entendimiento tiene una afinidad invencible con el error, y que su voluntad la tiene con el pecado y con el crimen, y que ni el milagro más patente, ni la virtud más manifiesta, ni la doctrina más santa y hermosa pueden convencerle. Esta secta sigue, y procede lógicamente en seguir, en política, la opinión de Hobbes. Un tirano con el auxilio del verdugo, cuyo menester convierte en sacerdocio, es quien debe gobernar a los pueblos. Mas por una extraña contradicción, esta secta, que por naturaleza hace tan vil y tan indigno al hombre, le halla merecedor de la gracia, y por la gracia le trastrueca en vaso de elección, en santo o en ángel. El falso catolicismo de esta secta hace un abominable consorcio, y se funda sobre las más groseras doctrinas sensualistas del siglo pasado; es una horrible herejía, que ha venido a contaminar en nuestro país a muchos legos, que presumen de religiosos, y tal vez a alguna parte del clero. Ya se entiende que hablamos de lo que se llama neocatolicismo. En vez de negar el neocatolicismo las opiniones injuriosas al hombre, las acepta y las extrema, y sobre ellas levanta toda la fábrica de su religión, de su moral y de su política. El hombre tan vil, tan bajo, tan rebelde a la evidencia de la verdad, tan contrario a toda virtud, no puede ser gobernado sino con el látigo y no puede ser convertido sino de un modo prodigioso o violento. Ya se sabe que los excesos y extravíos de esta secta han sido la causa principal de la revolución española.

La Iglesia católica ha reprobado esta secta, y no pocos hombres pensadores, fervorosos católicos, siguiendo las huellas de Gioberti, quien, desde Descartes hasta ahora, considera extraviada y heterodoxa la marcha de la filosofía, han tratado de renovar y de adaptar a nuestro tiempo la filosofía del Ángel de la Escuela.

Pero las doctrinas filosóficas se suceden unas a otras; y así, al través de mil contradicciones, va lentamente la Humanidad acercándose a un superior conocimiento. Toda nueva doctrina presupone la que antecede y toma algo de ella aunque venga a contradecirla porque se presenta como su antítesis. El sensualismo, el materialismo, el menosprecio del hombre, caracteres esenciales de la filosofía del siglo pasado, tenían, pues, que producir, y produjeron, una reacción, exagerada sin duda, pero conveniente y hasta

indispensable, permítasenos la expresión, para que sirviese de contrapeso, endiosando al hombre, realizándole a tan inmensa altura como hondo había sido el abismo de abyección en que le habían arrojado.

Para allanar el terreno a esta nueva construcción filosófica, se adelantó Kant y echó por tierra los anteriores sistemas con su crítica niveladora; pero, al destruir Kant toda certidumbre metafísica, se refugió en el sentimiento, oyó en el fondo de su conciencia la voz imperiosa del deber, se reconoció libre y responsable de sus acciones, y dedujo que había fuera de él un ser que le imponía ese deber, y que en él mismo había un principio inmortal que libremente lo aceptaba o se resistía a cumplirlo. De esta suerte, y en virtud de evoluciones sucesivas, realizadas por otros tres grandes pensadores, el hombre, a quien el sensualismo y el materialismo habían hecho tan abyecto, fue magnificándose por grados; y todos aquellos espacios infinitos, y todos los soles y mundos que los pueblan, y toda aquella majestad y magnitud sin términos del Universo visible e invisible y cuanto hay en la región de los espíritus, todo vino a cifrarse en el yo, y apareció como una creación suya, confundándose con Dios mismo en el ser humano, en el indefinido y ascendente proceso de la Idea.

Este sistema audaz realzó de nuevo la dignidad del hombre, aunque la realzó de un modo impío, y, por decirlo así, en contra de Dios. Mas si prescindimos por un instante de la condición del tiempo, en el cual, para nosotros, se desenvuelve la idea, concebiremos la eternidad, y no habrá proceso, ni pasado ni futuro, ni estará Dios en llegar a ser, sino que será ab eterno y con una personalidad independiente de la personalidad humana.

Ello es lo cierto que el laudable ahínco con que los metafísicos espiritualistas propenden hoy a alcanzar y a probar racionalmente la existencia de este Dios personal no puede prescindir de las creaciones idealistas de la filosofía alemana, y sobre ellas ha de fundarse, aun contradiciéndolas, si ha de obtener un éxito completo.

En resolución: la gran lucha de los espíritus es hoy principalmente entre el panteísmo idealista; el positivismo que tiene una metafísica mezquina, la metafísica que le basta para negar toda metafísica, porque no se puede negar o impugnar una metafísica sino con otra; el materialismo más descarnado; el espiritualismo racionalista, y la religión cristiana, única religión positiva, que esos mismos filósofos impíos, al tratar de explicarla destruyéndola, reconocen como la más bella y sublime de las religiones; de la cual, por una contradicción misteriosa, afirman sus más pujantes enemigos que es la religión definitiva de la Humanidad, prediciendo así su constante duración en la Tierra hasta la consumación de los siglos, ya que ven también la perpetuidad, la firmeza indestructible y la esencial persistencia en el alma humana del sentimiento religioso.

Todas las doctrinas contrarias al catolicismo, de que hemos hablado, agitan los espíritus en Europa; todas han penetrado en España, y socavan hondamente las conciencias para arrancar de ellas la fe. No puede negársenos que la falta de libertad religiosa que ha habido hasta ahora no ha servido de preservativo ni de remedio a este mal. En nuestra edad es empresa imposible aislar a un pueblo para que las malas doctrinas no lo inficionen y corrompan; y es imposible también, porque la mayor dulzura de las costumbres, y, por consiguiente, de las leyes, se opondrían a ello, el cortar con hierro y cauterizar con fuego la

parte corrompida, separándola de la parte sana. Pero, en nuestro sentir, no es un mal el que estas elevadas doctrinas se difundan, por más que sean impías. Siempre harán pensar altamente de Dios, aun cuando sea para negarle. No implican tampoco la disminución de la fe. No ha menester de argumentos sutiles, ni de alambicados conceptos, ni de profundas filosofías para desecharla, el desgraciado que la desecha. Tantos y tantos como maldicen y blasfeman horriblemente de Dios por esas calles y plazas, de seguro que no han leído a Fichte, ni a Schelling, ni a Hegel. No tienen estos filósofos, ni otro filósofo alguno la culpa de sus blasfemias e impiedades, Hay, y ha habido siempre, una filosofía burda y rústica, al uso de todos los impíos y ateos semisalvajes, bárbaros o rudos. La impiedad, la carencia de elevación de espíritu, el extravío de la razón que niega a Dios, no son frutos de una superior cultura y de un saber más elevado. Por consiguiente, no es posible destruir la impiedad, ni evitarla por medio de la ignorancia, y entre la impiedad bárbara y la civilizada, es preferible la última.

Es falso, en nuestro sentir, que los siglos medios fueron siglos de mayor fe; antes fueron siglos de mayor ferocidad e ignorancia. En esos siglos, los hombres que renegaban de Dios, a falta de filosofía, se iban con el diablo, y se hacían brujos: a la religión divina oponían la religión diabólica; y los tormentos y las hogueras no los arredraban. Ni tuvieron los impíos de entonces que estudiar la impiedad en libro alguno; ellos mismos supusieron antes, siglos antes de que se escribiese, un libro fantástico, cuya fama y hasta cuyo contenido se extendió por toda Europa. En él eran calificados de farsa y de embuste las tres grandes religiones monoteístas. El libro se titulaba De los tres impostores: Moisés, Jesucristo y Mahoma.

La horripilante crueldad de los suplicios, el arrancar con tenazas la lengua del blasfemo, el quemarle vivo, el descuartizarle, el exterminar pueblos enteros, nada pudo sofocar la rebeldía del hombre contra Dios; sólo se logró en ocasiones que se hiciera más latente.

¿Quién ha de negar que en nuestros días los inexhaustos recursos de la civilización han hecho en general menos dura la vida humana; han aliviado y mitigado los dolores y las penas inherentes a nuestra flaca naturaleza; han arrancado muchos abrojos de la senda que seguimos en este bajo mundo y han sembrado en ella algunas flores? Pero en los siglos de que hablamos antes, toda miseria afligía y pesaba más crudamente; la peste y el hambre y el látigo sangriento del tirano azotaban a las muchedumbres. Sin duda que hubo entonces portentos de resignación; almas escogidas llenas de caridad y de fe; maravillosos dechados de las más altas virtudes; pero en las almas mal inclinadas y groseras hubo mucha más ocasión y pretexto de maldecir a la Providencia y de considerar al Ser Supremo, o como no existente, o como déspota caprichoso y cruel.

En el día de hoy se concibe una moral independiente de toda religión; se concibe y la hay, sin duda, por más que, a nuestro ver, sea una inconsecuencia. En el día hay una moral, aunque se funde en los rastreros principios utilitarios, que, aun negando a Dios, persiste. Entonces negar a Dios era romper todo freno y dar rienda suelta a los más bestiales, feroces y obscenos apetitos.

Todas las razones expuestas me inducen a creer que la verdadera religión ha ganado con la superior cultura, lo mismo que la verdadera moral, y que las mismas impiedades que a la

religión combaten, ni son hoy tan nocivas ni se extienden sobre tantos espíritus, ni los llevan a tan negros abismos de perversidad. Creo firmemente que cuando Torquemada quemaba a millares a los judíos, había en España mucha menos religión que ahora. Y creo firmemente que la tolerancia, que la libertad religiosa no nace de que se han relajado las creencias, sino de que se han afirmado, y de que los hombres, haciéndonos mejores, o si se quiere menos malos, nos hemos hecho más dignos de estar en relación con Dios, y más propios y más aptos para darle el noble y libre acatamiento y la espontánea adoración que se le debe, pero que Él sólo tiene derecho a exigirnos.

Entendida de este modo, es como tiene un gran sentido y una alta significación la libertad religiosa que se ha proclamado en España. Y bien puede preverse que muy poco tendrá que descender esta libertad a la vida práctica desde las altas esferas de la especulación filosófica. Lo cual ocurrirá, no porque no se haya proclamado y no porque no haya debido proclamarse en todas partes y para todo, sino porque no habrá mucho menester de esta libertad sino en las regiones que hemos dicho.

¿Qué español, a no ser algo extravagante, va a dejar la religión de sus padres para seguir la religión luterana?

¿Quién no conoce que el momento histórico en que esto pudo ser acaso, pasó ya, por fortuna? En nuestra edad, semejante apostasía es un anacronismo. En el siglo XVI tal vez pudo arrastrarnos la corriente del protestantismo; en el siglo XIX no tiene fuerza para llevar en pos de sí a los hombres de raza latina. ¿Quién de nosotros no ve en Lutero, más que un reformador religioso, un vengador de la raza germánica, que anhela libertarla de la supremacía de los pueblos latinos? Los mismos alemanes lo confiesan; lo que Lutero hizo en punto a religión fue análogo a lo que hizo Arminio en las armas y Lessing en las letras; fue sacudir el yugo y reivindicar la autonomía de su pueblo. Además, tanto en lo esencial como en los accidentes el protestantismo repugna a nuestra idiosincrasia. El español que lea la Biblia, como carece de la candidez y de la paciencia alemanas, si es un ignorante, o confesará modestamente que no la entiende, porque para entenderla necesitaría entender los usos, las costumbres, la historia y el espíritu de edades remotas y de civilizaciones muy distintas de la nuestra, o interpretándolo todo con audaz ignorancia y burlándose de todo con sátira burda, se hará racionalista al punto; esto es: que o bien, sometiéndose a la autoridad de la Iglesia, le pedirá su interpretación ortodoxa y se quedará católico, o bien lo interpretará todo a su manera y se burlará de todo. No se comprende a un español leyendo la Biblia de diario sin entender lo que lee.

La carencia de arte en el culto, la desnudez de los templos, la poca pompa de los ritos y ceremonias, la decaída majestad del sacerdote, que casi se transforma en preceptor o dómine, nada de esto se aviene ni se ajusta con nuestro modo de ser.

Menos verosímil es aún que un español decente se haga hoy judío o mahometano. Sólo a algún escapado del presidio se le puede ocurrir tamaña locura.

¿De qué otra religión de las hoy existentes se podrán hacer neófitos los españoles? Bien se puede afirmar que, a no ser un loco o un perdido, ninguno se hará neófito de ninguna.

Personas que se precian de bien informadas aseguran que hay en España millares de judíos que, cuando la expulsión, se quedaron rezagados por acá, que desde entonces disimulan y se fingen cristianos, y que de oculto persisten en esperar al Mesías; pero esto parece una fábula casi tan absurda como la de las Batuecas. También mister Borrow dio por demostrado que la mitad de los españoles, y muy particularmente los obispos y el clero, éramos muslimes todavía.

Dejando a un lado estas patrañas, que no merecen refutación, bien puede darse por seguro que en España no hay más que católicos, y que van a tener un desengaño, agradable o doloroso, lo mismo los que desean que se rompa la unidad religiosa que los que la temen y lamentan.

La libertad de cultos sólo se realizará en la vida práctica para los extranjeros, y para tan pocos españoles, que su disidencia apenas tendrá significación, ni podrá decirse de ella que rompe la unidad; antes dará testimonio de la espontánea y libérrima conservación de la unidad misma.

En cuanto a los racionalistas o filósofos, casi tenemos la jactancia de haber demostrado que no serán más con la libertad de ahora que con la intolerancia que antes había. Lo que podrá ocurrir es que sean menos bajos sus argumentos. Pero ni el ateo, ni el panteísta, ni el deísta, lo es, por lo común, de un modo constante. No es ése, entre nosotros, un estado permanente del alma humana, salvo raras excepciones. Sujeto hay que durante tres o cuatro horas cada día profesa el ateísmo, y en las veinte restantes se encomienda a Dios de todo corazón y se arrepiente. Muchos, además, son incrédulos, porque imaginan que con esto dan testimonio de grande ilustración y de suma perspicacia; pero no bien comprendan que hasta los patanes pueden serlo, dejarán a un lado esa vanidad mal colocada. Recuerdo que la primera persona que me habló de incredulidad en esta vida fue un mulero que había en casa, allá en mi lugar, el cual, aunque no sabía leer, aseguraba que Moisés era muy hábil en hacer cohetes y otros fuegos de artificio, por donde engañó a los primeros cristianos y les impuso los diez mandamientos y se ciñó la corona. Nadie ignora la multitud de refranes, coplas y cuentos impíos que circulan en España entre el vulgo campesino, más ajeno a toda erudición. Cristo y San Pedro van por esos mundos buscando aventuras, y les ocurren no pocas, que no estarían mal interpoladas en la novela evangélica de Renán, para completarla por el lado cómico y grotesco. San Pedro hace siempre el papel de gracioso; es una especie de Chichón o de Polilla; un término medio entre el fray Antolín, de El diablo predicador, y los lacayos de las antiguas comedias de capa y espada.

Si tales eran los argumentos y las armas de la impiedad del vulgo antes de que hubiese libertad religiosa, no dejaban tampoco de presentarse argumentos por el estilo, en favor de la piedad, entre el vulgo de las clases elegantes y acomodadas, porque también hay vulgo en estas clases. Unos miraban la religión como una reserva sobrenatural de la Guardia Civil veterana, o como un complemento de la Policía; otros, como un asunto de moda, asegurando que ya es rocoó, poco fashionable, falto de *comme il faut* y de *chic* el ser incrédulo.

Todo esto prueba que el despotismo teocrático, la reclusión de los espíritus y el secuestro y esquivez forzosa a que se los condenaba, separándolos del comercio y trato con

otros espíritus, e impidiéndolos pensar sobre cosas espirituales, habían sido contrarios a la religión de los españoles y habían asimismo rebajado en el vulgo, en la masa general, el nivel de las inteligencias.

Esperemos que con la libertad religiosa, con la libertad de los espíritus, remontarán éstos su vuelo y alcanzarán más altas razones, así de creer como de dudar, redundando todo, a la postre, en ventaja de nuestra civilización y del catolicismo, que la informa y anima en cuanto tiene de castizo y de propio. Por esto deben estar muy satisfechos los constituyentes que han promulgado tan benéfica libertad, sin que ningún escrúpulo los atormente, por católicos que sean, pues dicha libertad no ha de entibiar o disminuir la fe de los españoles, antes ha de fundarla sobre más firmes y nobles cimientos.

- III -

Todos, o casi todos los defensores que ha tenido en las Cortes la intolerancia religiosa han incurrido en una gravísima contradicción e inconsecuencia. Se han afanado por demostrar que la Iglesia jamás había sido intolerante, y luego han pedido la intolerancia en nombre de la Iglesia. Esto se explica porque, tanto la palabra Iglesia como la palabra intolerancia, pueden tomarse en varios sentidos, los cuales, con frecuencia, se confunden. Considerada la Iglesia en su conjunto, en su integridad, el Espíritu Santo asiste perpetuamente en ella y la Iglesia no puede engañarse ni pecar: la iglesia es infalible e inmaculada. Los que, considerándola así, la acusan de intolerante en cierto sentido, la ofenden. Pero aun considerada así la Iglesia, es y no puede menos de ser intolerante, entendida la intolerancia de otra manera.

La Iglesia debe definir, custodiar y defender verdades altísimas, de las cuales tiene la convicción profunda de que depende la felicidad de los hombres, así en esta vida como en la otra. ¿Cómo, pues, ha de sufrir, ha de tolerar que dentro de ella misma se contradigan, se impugnen, se pretenda negar estas verdades? Sus censuras, por tanto, sus excomuniones; en suma: todas sus penas espirituales no pueden menos de caer sobre los herejes. Pero de esto a pedir el auxilio del brazo secular y a valerse de él para imponer penas corporales, hay una gran distancia. Este otro modo de ser intolerante es el que negamos que pueda estar en la Iglesia, considerada la Iglesia en lo que tiene de divino. En lo que tiene de humano, esto es, no en la Iglesia misma íntegra, sino en cada uno de los individuos que la componen, la intolerancia ha sido grandísima y constante, desde que la Iglesia se unió a la potestad civil hasta nuestros días. Pero como no es dogma, ni artículo de fe, bien podemos afejar y aun destruir esta intolerancia. La mayor dulzura de las costumbres, la menor crudeza y ferocidad de las leyes penales y el creciente influjo de la civilización, ya la habían mitigado, hasta en los pueblos más fervorosos en la creencia; hoy es menester que cese del todo, limitándose a penas espirituales el castigo de los delitos espirituales, de los pecados de impiedad o de herejía.

Los que claman hoy contra la libertad religiosa, sólo claman en realidad contra esta incompetencia que la potestad civil reconoce en sí misma para violentar las conciencias e imponerles la fe por miedo al castigo; pero semejante opinión, que hoy nos parece tan

absurda, ha predominado, no sólo entre los católicos, sino en todas las comunidades cristianas, desde San Agustín hasta Bossuet. La proposición *Hæretici sunt tollerandi et non occidendi* nunca ha pasado por herética, pero ha pasado por escandalosa y *piarum aurium* ofensiva. Según Alfonso de Castro, en su obra magistral *De justa hæreticorum punitione*, era un escándalo, una ofensa a los oídos piadosos, el proponer que no se diese muerte a los herejes.

No sería fácil allegar aquí citas, lucir erudición de segunda mano, aducir textos de santos padres, de doctísimos teólogos y de cuanto ha habido de más ilustre en la Iglesia durante siglos, pidiendo todos a la potestad civil, o más bien exigiendo como un deber ineludible, que castigue con las perlas más atroces a los herejes y a los impíos. La obra de Alfonso de Castro, que ya hemos citado, el *Tratado de la religión del príncipe cristiano*, del padre Rivadeneira, y los *Desengaños filosóficos*, del canónigo de Palencia don Vicente Fernández Valcarce, obra esta última publicada en 1797, y no por eso escrita en sentido más humano, son un arsenal abundantísimo de tales autoridades. Con ellas pudiéramos llenar un tomo en folio.

Las razones que dan para el castigo de los herejes o de los impíos, sobre todo si son relapsos, contumaces o incorregibles, son, por lo general, las siguientes: que el príncipe o la república, que castiga a quien falsifica sus decretos, debe castigar más aún a quien falsifica los de Dios, que son las Sagradas Escrituras; que si es reo quien hace moneda falsa, más lo será quien inventa y difunde falsa doctrina; y que si el adúltero recibe pena porque falta en la fe a su consorte, mayor debe recibirla quien falta a Dios en la fe. Además el hereje o el impío es comparado a la levadura que hace fermentar toda la masa, si no se aparta de ella, y al cáncer que inficiona y corrompe las partes sanas si no se cauteriza con fuego. Ninguna fría razón de Estado debe detener al príncipe o al Gobierno en la persecución de la impiedad o de la herejía; ni el que se empobrezcan, ni el que se despueblen, ni el que vuelvan a la barbarie sus dominios. «Si los príncipes cristianos no tomasen las armas contra los herejes -dice San Agustín-, no darían buena cuenta, a Dios del señorío que les dio.» Y Celestino, Papa, escribe a Teodosio: «Mayor cuidado habéis de tener de la fe, y más caso habéis de hacer de ella que del reino.» En suma: la tolerancia no es aceptable sino en el caso de que haya tantos herejes e impíos en el Estado que sea imposible acabar con ellos sino por medio de una guerra atroz y sangrienta. «Por esto sólo -dice Santo Tomás- ha tolerado alguna vez la Iglesia a los herejes y a los paganos: *ad vitandum scandalum vel dissidium quod ex hoc oriri posset.*»

Repetimos, sin embargo, que esencialmente no es culpable la Iglesia de esta intolerancia. La intolerancia nacía de la misma condición de los hombres, en épocas más rudas y menos civilizadas que esta en que por dicha vivimos, y, aunque se oponía al dulce y amoroso espíritu del cristianismo, los cristianos de entonces no llegaban a conocerlo.

Toda religión ha sido siempre intolerante con las demás, y mientras más rudo ha sido el pueblo que la profesaba, o más bárbara la época, mayor ha solido ser también la intolerancia. Si alguna vez esta regla general ha fallado, ha sido porque la religión se ha convertido en arma política, porque algún pueblo la ha tomado, digámoslo así, por lema y por bandera, para fundar su predominio sobre los otros pueblos; error mortífero, pero nobilísimo, en que cayó la nación española cuando llegó al colmo de su poder y de su

gloria; error que dio al cabo al través con su fortuna, con su grandeza y hasta con su sustancia, si bien después de una lucha obstinada, durante la cual no parecía un sueño vano ni una necia esperanza el prever que España sería la reina o el árbitro de todas las naciones y de todas las gentes.

Pero aun sí, no hay motivo para asegurar, si bien se examina, que nuestra intolerancia ha sido superior a la de otros pueblos, aunque haya durado hasta más tarde; ni menos se debe imaginar que los protestantes, y no los católicos, hayan traído entre los hombres la libertad religiosa. La libertad religiosa es un precioso tesoro que estaba escondido en las entrañas mismas, en el espíritu, en el alma de nuestra santa religión; pero no lo han sacado de allí los protestantes por ser protestantes, ni exclusivamente tampoco lo han sacado de allí los católicos: la libertad religiosa ha aparecido merced a los adelantos de la civilización, y no se debe exclusivamente a nadie.

Guizot, honor del protestantismo y fervoroso protestante, atribuiría esta gloria a su secta si tuviese el menor viso de razón el atribuírsela; Guizot, sin embargo, en su libro de La Iglesia y la sociedad cristianas, dice como sigue: «Sé, y lo reconozco a pesar mío, que la libertad religiosa, esta conquista, este tesoro de la civilización moderna, no ha sido introducida y fundada por los creyentes cristianos. No porque sea contraria, no ya sólo a los principios, pero ni a las tradiciones del cristianismo; en todos tiempos ha tenido esta libertad confesores y defensores en la Iglesia; en el siglo IV, los gloriosos obispos San Hilario de Poitiers y San Martín de Tours se elevaron contra las persecuciones religiosas; en el siglo XVI, Guillermo de Nassau, el Taciturno, fundador de la Holanda protestante, sostenía, contra la mayor parte de sus amigos, la tolerancia para todas las comunidades cristianas. En todas las épocas se ha visto aparecer, en la historia del cristianismo, alguna de esas grandes almas solitarias y esparcidas, que comprendían y reclamaban los derechos de la conciencia y de la dignidad humanas. Pero no ha sido por su propia virtud y por su propio esfuerzo por donde la Iglesia cristiana ha llegado a la libertad: ha sido el espíritu humano quien, elevándose y libertándose, ha libertado la conciencia; ha sido la sociedad civil quien, buscando para sí misma la justicia y la libertad, las ha dado, mejor diré, las ha impuesto a la sociedad religiosa.»

Téngase en cuenta que aducimos estas palabras de Guizot para probar, sin acudir a una larga enumeración de hechos históricos, que a pesar de su decantado libre examen no ha sido el protestantismo quien ha dado al mundo la libertad religiosa. Y téngase en cuenta también que sólo a este propósito podemos y queremos hacer propias las palabras del escritor francés; porque, como no entendemos que los que han llegado a la libertad religiosa careciesen de religión, no podemos entender tampoco que a la sociedad religiosa le haya sido impuesta la libertad, sin que en este beneficio interviniese la Iglesia misma. La virtud y el esfuerzo de su santa doctrina han triunfado al cabo de la barbarie y de la crueldad nativa de los hombres. Así es como nosotros lo entendemos.

Este triunfo se ha logrado poco a poco. Tal vez la crueldad de las penas contra los que atacaban de algún modo la religión contribuyó en los siglos tenebrosos de la Edad Media a los fines providenciales del progreso humano. De la religión dependía entonces más que nunca la moral y el orden de las sociedades; y sin el gran terror de espantosos castigos en este mundo y en el otro, los hombres de entonces se hubieran apartado de Dios más

fácilmente que los de ahora. El cuadro de la vida era entonces tan horrible, que difícilmente podían justificar a la Providencia los que lo contemplaban. Los que permanecían fieles a la Providencia tenían que salir de ese cuadro para justificarla, y se fingían en la mente el fin del mundo como muy cercano. Las mismas grandes esperanzas que el cristianismo había infundido y que, bien dirigidas, eran tan alto y eficaz estímulo de progreso, podían, extraviadas, ser causa de la impaciencia más impía y de los horrores más abominables; podían llevar a los hombres, y los llevaban, a la rebeldía contra Dios, a la adoración del mal, al culto del demonio. La concepción del Universo, de esa obra divina, era entonces tan poco elevada y tan incompleta, y su bondad estaba tan subordinada a nuestro egoísmo, que el mal físico se explicaba entonces, lo mismo que el mal moral, con más dificultad que ahora; y sólo espíritus egregios columbraban el orden y el bien y la sabia disposición del Universo para reconocer y bendecir a Dios por la excelencia de sus hechuras y de los fines que se propuso. Nuestro Rey Sabio no dijo, sin duda, que él hubiera hecho mejor el mundo de lo que estaba, pero sus contemporáneos y admiradores le atribuyeron este dicho blasfemo, desde el siglo XIII. Los contemporáneos y admiradores de Newton o de Keplero no podrían atribuirles un dicho semejante. El más alto conocimiento del mundo los llevaba a un más alto conocimiento de Dios y a un pensar más optimista y religioso.

De todo lo expuesto se deduce, a nuestro ver, que se equivocan igualmente así los que, fundándose, aunque no lo confiesen, en que la iglesia fue intolerante, quieren que siga siéndolo, y tildan poco menos que de impío y de hereje al que pide la libertad religiosa, como los que hacen de la atroz intolerancia religiosa de otras edades un grave capítulo de culpas contra la Iglesia y aun contra el catolicismo. Nos parece haber probado que no era la intolerancia la esencia de nuestra religión, sino que nacía de ignorancia, de rudeza o de una crueldad hoy incompatible con la cultura. El pueblo creyente de los siglos pasados excitaba, movía a esa crueldad, lejos de oponerse a ella. Y, al decir el pueblo, no hablamos sólo de la ínfima plebe, sino también de las personas más ilustres y de los ingenios más esclarecidos. Dante encomia soberanamente a Santo Domingo de Guzmán por su crudeza contra los enemigos de Dios.

Por otra parte, cuando cualquier delito se penaba con suplicios duros, no es de extrañar que se penase con suplicios durísimos el delito que se juzgaba superior a todos. ¿Qué tenía que hacer la maldad del que me robaba mi hacienda, o mi honra, o mi vida terrena, con la maldad del que podía robarme, con sus malas doctrinas, la eterna salvación de mi alma? El castigo de esta maldad debía ser superior a todos; no debía imponerse sólo al reo, sino a sus descendientes también, hasta la cuarta y la quinta generación. Alfonso de Castro dice que el delito de impiedad o de herejía vicia la naturaleza, corrompe la sangre y se transmite por herencia hasta los nietos y bisnietos. Por esto, si llegaba a averiguarse que el abuelo o bisabuelo de alguien había sido hereje, podían y debían confiscarse los bienes que habían heredado. Con esta sentencia, no sólo se castigaba al descendiente por la falta de sus mayores, sino que éstos se podía presumir que eran también castigados por la justicia humana; quizá se aumentaban las penas eternas que padecían en los infiernos con la noticia, que llegaba hasta allí, de la infamia y la miseria de sus hijos.

La traición, el asesinato y hasta el regicidio, en las épocas de más respeto a la dignidad real, se justificaban y glorificaban por causa de religión. La matanza de la noche de San Bartolomé, ¿cómo ha de negarse que causó un inmenso júbilo entre los católicos? Felipe II

incitó a Catalina de Médicis a que hiciera esta matanza, como consta de cartas autógrafas; y cuando la reina le envió la nueva de que se había hecho, contestó Felipe II con una carta llena de la más fervorosa alegría y del entusiasmo más profundo. «¡Bien ha mostrado vuestra majestad -le dice- lo que tenía en su cristiano pecho!»

Poco a poco se fue amansando este furor y se fue suavizando este sangriento encono religioso en que toda Europa había ardido. Todavía, sin embargo, el gran Bossuet magnífica y ensalza a Luis XIV y le compara a Ciro y a Carlomagno por sus persecuciones contra los protestantes. La intolerancia estaba aún tan en el fondo de los corazones, que los espíritus superiores que ya la condenaban no se atrevían a confesar que la condenaban. En pleno siglo XVIII, el ilustrado y tolerante Benedicto XIV, que estaba en correspondencia epistolar y amistosa con Voltaire (contra el parecer del Promotor de la fe, el cual sostenía que el venerable siervo de Dios Juan de Ribera, de cuya canonización se trataba, había dado un consejo fanático, cruel y dañino a Felipe III, incitándole a expulsar de su reino a todos los moriscos) hubo de asegurar que tan inicua expulsión fue obra santa y efecto del celo más puro y laudable.

A pesar de esto, no se puede negar que los suplicios atroces, las persecuciones sangrientas y aquellos medios enérgicos de comprensión intelectual que en otras edades se emplearon son ya imposibles. Los fanáticos más desatinados, los hipócritas más insolentes, casi no se atreven abiertamente a pedirlos. La tolerancia de hecho, por la fuerza misma de las cosas, existe, años ha, en todos los estados europeos, sin excluir nuestra España. En balde se han afanado los llamados neocatólicos por destruir esta tolerancia; en balde han hecho propias y esenciales de la religión católica las extravagancias y ferocidades de otros siglos; el espíritu del nuestro ha negado esa solidaridad entre el catolicismo y semejantes abominaciones, y ha declarado nulo tan nefando consorcio. El partido reaccionario extremando o exagerando las doctrinas, ha precipitado en España, por contradicción, el triunfo completo de la libertad religiosa, no ya en las costumbres, sino en la ley.

Ciertos partidos medios, por el contrario, han retardado este triunfo con razones especiosas, con argumentos de algún aparente valer. Alegaban que no hay ya peligro alguno de que impere de nuevo la teocracia; que los castigos contra los librepensadores no volverán a tener la dureza y nociva eficacia que en los siglos pasados y que, existiendo la tolerancia de hecho, no hay motivo para proclamar una libertad legal, que sólo puede conducirnos a que si rompa la unidad católica, a tanta costa adquirida, y a que las más violentas pasiones religiosas vengan a despertarse y a exacerbarse. Añadían, por último, y no sin visos de razón, que la libertad religiosa, singularmente la libertad de cultos, ha nacido, por transacción, en otros países, del choque y aun de la lucha sangrienta y dilatada de sectarios de opuestas religiones; y que, no habiendo en España tales sectarios, sino conviniendo todos en ser católicos, esa libertad era inútil en la práctica, era como un lujo de filosofía en la ley positiva. Por otra parte, no es de presumir, es absurdo y hasta inverosímil, que los españoles, renegando de su natural condición, de su historia, de su sangre, incurriendo en un anacronismo ridículo, se hagan hoy protestantes o adopten otra religión cualquiera, cuya fuerza de proselitismo fue grande siglos ha, pero que no lo es en el día. Así, pues, según los que discurren de esta suerte, la libertad religiosa sólo podía darse con la razón práctica y harto mezquina de atraer a España extranjeros, los cuales, si no vienen, es por otras causas, y vendrían, si estas otras causas cesasen, aunque no hubiera tal libertad.

Este pensamiento de atraer a España extranjeros por medio de la libertad de cultos tiene, sin duda, algo de cómico y se presta a las burlas, sobre todo cuando se trata de que vengan los judíos para que concurran a nuestra prosperidad y a nuestra riqueza. Si de lo que necesitamos es de gente laboriosa, dada a los trabajos mecánicos o industriales, los judíos son quienes menos falta nos hacen. Son inteligentes y poco trabajadores, menos trabajadores que nosotros, menos aptos para cualquier faena material; acaparan y atraen a sí la riqueza, pero no la crean. Son grandes músicos, poetas, filósofos y banqueros, pero no fabricantes y agricultores.

Además, conceder una libertad en favor de los extranjeros no necesitando de ella los del país, siendo para los del país un lujo inútil, es cosa ocasionada a que se confunda con una declaración de inferioridad hecha por nosotros mismos. Esta declaración de inferioridad sería patente si, como ha pretendido un grande orador que pasa por hábil político, hiciésemos tratados con varias naciones, garantizando a los ciudadanos de ellas el libre ejercicio de su culto en nuestro territorio. Esto no lo hacen ya sino los pueblos bárbaros o salvajes del África, del Asia o de la Oceanía, que, siendo mahometanos, idólatras o fetichistas, se ven obligados por las potencias europeas a pactar que han de sufrir a nuestros misioneros y que han de consentir en que fundemos en sus tierras hospitales, iglesias y monasterios.

No es probable, es casi imposible, que aun volviendo a España la más espantosa reacción, pudiera ya destruir la libertad religiosa que le hemos dado. El dios término del progreso no retrocede, en realidad sino sólo en apariencia. Conquista tan esencial como la que hemos hecho no se pierde ya nunca. Pero supongamos, como sin duda supone el hábil político de que hemos hablado, que tal puede venir la reacción que dicha conquista se pierda. ¿Qué lindero, qué valladar, qué muga firmísima es esa de los tratados internacionales? Tales tratados servirían sólo para hacer de peor condición al propio que al extraño; para que, perdida nuestra libertad religiosa, la conservasen los extranjeros entre nosotros, con afrenta nuestra y de nuestro Gobierno. ¿Acaso los españoles estamos tan poco seguros de nuestra constancia en las resoluciones y de nuestro brío para sostenerlas y llevarlas a cabo, que debemos buscar en el auxilio extranjero, en un pacto internacional, la garantía y la certidumbre de que ha de durar una ley, una decisión de tanta importancia?

Aun sin tratado internacional, es innegable que la fórmula adoptada en la nueva Constitución para consignar la libertad religiosa es harto vergonzante y merecedora de crítica. Sea como sea, consigna la libertad, y por esto la han aprobado los que la quieren; mas esto no obsta para que se critique.

Tan grande alteración como lo es la libertad religiosa no podía entrar en nuestras leyes fundamentales con el propósito de conceder franquicias a judíos o a protestantes extranjeros que pudieran venir a España: no hubiera debido darse, como por incidencia, como por corolario hipotético a los españoles, empezando por concederla a los que no lo son. La libertad religiosa en España, o es inoportuna e inútil, o se funda en más altas consideraciones. La libertad religiosa en España es la solemne declaración del primero de los derechos individuales e imprescriptibles. Sin este derecho son vanos y acéfalos los

otros. Por esto debió ir la libertad religiosa, consignada sin hipótesis y sin trazas de tímido corolario, a la cabeza de todos los demás derechos.

No debe, sin embargo, entenderse en manera alguna que esta libertad religiosa no tenga inmediata aplicación útil en nuestro país; sea una mera exigencia dialéctica de la declaración de los otros derechos individuales. A más de darnos la libertad filosófica, que va implícita en ella, convenía que la libertad religiosa fuese entre nosotros una verdad legal para evitar o remediar muchos males que la larga intolerancia pudo introducir o introdujo en España, a pesar del noble carácter y de las excelsas prendas y calidades de los españoles.

El inveterado sistema de apartarnos de toda especulación sublime de todo pensamiento que se eleve algo sobre la esfera de lo material y tangible, dándonos una doctrina ya pensada, para que ciegamente nos sujetemos a ella, engendra a la larga una atonía intelectual peligrosísima, produce la bajeza en los entendimientos y trae consigo, o apática indiferencia, o ateísmo práctico, o hipocresía picaresca y socarrona. Ya hemos dicho que se notan hartos indicios en esto en nuestro país, hasta en las frases y modismos vulgares del idioma. La división común de todas las cosas, creadas e increadas, en cosas de tejas arriba y cosas de tejas abajo, parece la clave de esta ciencia vulgar, permítasenos lo llano de la expresión, de esta gramática parda, hija legítima del régimen inquisitorial y frailuno. No hay para qué ponderar el influjo deletéreo que pueden tener en las costumbres, en la cultura y en los adelantos de una nación, el no pensar nunca, sino por rutina y como máquinas, en las cosas de tejas arriba, tenidas por inasequibles al entendimiento y por inconducentes a la vida animal, y el desplegar para las cosas de tejas abajo toda la agudeza del ingenio y toda la actividad de la mente.

Ni siquiera para el bienestar material de todos vale esta doctrina, porque, cuando el egoísmo es el móvil, nada se adelanta ni se mejora.

Por lo dicho se entenderá cuán grande bien ha de ser en España la libertad religiosa, la cual persisto en creer que no ha de quebrantar, con quebranto apreciable, nuestra unidad de creencias, y que nos ha de poner de lleno en medio de las grandes corrientes del espíritu humano, sin que nuestro propio espíritu pierda nada de su ser y de su originalidad creadora. En verdad que si un lienzo mal urdido y peor pintado se coloca por donde corren aguas con ímpetu, el lienzo se destiñe y desbarata; pero si es consistente, y si son buenos los colores, y si en vez de estar sobrepuestos están en los hilos mismos de la trama y urdimbre, los colores brillan más no bien se limpian, y el tejido no se desbarata, sino que se afirma y aprieta.

Conquistada ya la libertad religiosa en España, abdica el Estado todo poder sobre nuestras conciencias; mas no por eso nosotros, que somos ciudadanos en el Estado y que formamos también parte de la Iglesia como católicos, hemos de desear que las relaciones, los lazos que unen a estas dos sociedades, a las cuales pertenecemos, se rompan para siempre. Nosotros no podemos prescindir, ni comprender siquiera que se prescinda del ser de ciudadanos cuando toca ser católicos, ni del ser de católicos cuando toca ser ciudadanos, alternando en ambas calidades y olvidando la una cuando incumbe a la otra entrar en actividad. Importan, pues, mucho las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Ni siquiera acertamos a concebir lo que se llama la separación completa de ambos poderes. Pero como

no pocos políticos dan esta separación por el último extremo a que ha llegado la ciencia, como un fallo de la ciencia, a que sólo el ignorante puede resistirse, y como nos resistimos a dicho fallo y creemos conveniente la resistencia, justo será que expongamos con detención las razones en que nos fundamos, aunque este escrito adquiriera sobrada extensión y peque de prolijo.

- IV -

Dicho ya lo más esencial que sobre la libertad religiosa nos convenía decir, vamos a discurrir extensamente sobre sus consecuencias en las relaciones de la Iglesia y el Estado. Muchos sostienen que la completa libertad religiosa no es posible sino a condición de la completa separación de ambos poderes. Antes de refutar por nosotros mismos esta doctrina, no creemos inútil traer aquí en nuestro apoyo la autoridad de un nombre eminente contemporáneo. Esto dará más peso a nuestras ulteriores razones. Dice Guizot en la misma obra que ya hemos citado: «Si la completa libertad religiosa no pudiese existir sino a este precio, sacaríamos una deplorable consecuencia de un excelente principio, porque la sociedad religiosa y la sociedad civil ambas perderían en autoridad moral, en dignidad y firmeza. Las creencias y las asociaciones religiosas son, en la sociedad general, hechos e influencias de primer orden. Reconociéndolas oficialmente y asegurándoles medios de dignidad y de estabilidad, el Estado reconoce y acata su natural importancia, y les señala, en el orden social, la categoría que les pertenece. Cuando la sociedad civil y la sociedad religiosa quedan enteramente extrañas y como ignorándose una a otra, ambas se humillan y enflaquecen. Sin tener relaciones sino con los negocios e intereses terrestres de los hombres, el poder civil pierde la fuerza moral que naturalmente le prestaban sus lazos con los principios y los sentimientos religiosos; mientras que, despojados de todo carácter público, los conductores espirituales de las iglesias diversas no tienen, respecto a las gentes de su misma fe, sino una actitud subalterna y precaria; quedan expuestos a toda la movilidad de las opiniones, a la insolencia y a la ligereza de las voluntades humanas; es lastimoso el contraste entre la altura de su misión y la debilidad de su situación. En este aislamiento mutuo, el Estado se materializa y la Iglesia, si es lícito expresarse así, se divide y se moviliza cada vez más; el orden civil carece de sanción y el orden religioso de estabilidad y de dignidad. Absolutamente separada del Estado, la Iglesia corre otro peligro: cae con facilidad en la exageración de las doctrinas y de los preceptos, pierde la inteligencia de las necesidades legítimas del orden civil, se ve falta de experiencia y de templanza, y, en nombre de su origen celeste y de su misión moral, se torna dura e intratable hacia los sentimientos humanos y los intereses ordinarios de la vida. Los fieles se transforman en sectarios o místicos, y no son cristianos.»

Si estos argumentos de Guizot, así como otros argumentos semejantes que contra la separación de la Iglesia y del Estado emplea Prévost-Paradol en La Nueva Francia, los hacemos propios, nuestros, y los aplicamos a la misma cuestión en España, los argumentos se corroboran, y muchas de las más poderosas objeciones que contra ellos pudieran presentarse desaparecen al punto. En Francia, aunque la mayoría de los ciudadanos es católica, hay no pocos protestantes y judíos, cuya religión acepta también el Estado como oficial, y cuyo culto y cuyos ministros subvenciona. De aquí nace, sin duda, algo de

anómalo y monstruoso. El Estado parece ser católico, protestante y judío a la vez. Esta indiferencia, mejor diremos, este panfilismo religioso, da ocasión a que se afirme que, o bien el Estado cree igualmente falsas todas las religiones, o bien las cree igualmente verdaderas; que el Estado no tiene en realidad religión; que el Estado es ateo; que en su alianza con la religión sólo atiende a lo exterior y visible; que la religión sólo es para él una cosa más que administrar.

Todas estas objeciones, todas estas dificultades no existen para España, donde verdaderamente no hay otra religión que la católica, la cual, así como es la religión de la nación, debiera ser también, declarándolo franca y abiertamente, la religión del Estado.

No tendríamos nosotros que apelar a las argucias y falsas sutilezas a que apelan en Francia los liberales. No tendríamos que decir, como Royer-Collard: «¿Se piensa quizá que los estados tienen una religión como las personas; que tienen un alma y otra vida donde serán juzgados según su fe y sus obras?»

Indudablemente, los estados no tienen otra vida, ni hay para ellos infierno ni gloria; pero en esta vida, bien puede afirmarse que tienen un alma, si no inmortal, duradera y permanente al través de los siglos; y el alma de España, como nación y como Estado, ha siglos que es católica. Nuestras más grandes empresas se han llevado a cabo en nombre y en pro del catolicismo; nuestra historia da constante testimonio de nuestra fe en esta religión; uno de nuestros más ilustres blasones se cifra en ser católicos; el dictado de Católicos es ha siglos el distintivo de nuestros reyes. Y a la verdad no comprendemos para qué se ha de desechar todo esto, se ha de renegar de todo esto; no vislumbramos la razón ni el motivo. El elocuente y discreto presidente de la Comisión ha sostenido, ha vaticinado, que pocos serán los españoles que renieguen del catolicismo. ¿Por qué, pues, ha de consentir el presidente en que el Estado reniegue? ¿Será para que no se escandalicen ni se disgusten unos cuantos protestantes y unos cuantos judíos, y acudan a España a hacernos ricos y felices? ¿Para esto sólo se arroja hasta el nombre de Dios de nuestras leyes? ¿Para esto, cuando todo hombre, por lo común, al emprender cualquier trabajo, pide a Dios auxilio y luz, los que legislan en España tendrán que empezar por olvidarse de Dios, como de asunto impertinente a la legislación y que cae fuera de la incumbencia del Estado? Sabido es que una Asamblea política no es un Concilio, ni una Academia de Filosofía; pero no sólo se habla de Dios, y se piensa en Dios, y se tiene cuenta con Dios, en las academias y en los concilios. Ni el Estado es una persona que puede ir al Cielo, al Infierno o al Purgatorio; ni la Asamblea que lo constituye es un Concilio ni una Academia; pero cómo negar la relación, la derivación de la política, de una metafísica o de una religión positiva?

Se concibe una moral independiente de toda religión positiva cuando se apoya en una teodicea, en una religión natural, en una metafísica. De uno de estos fundamentos primeros dimana la moral, y de la moral, las leyes. Mas una moral sin fundamento produce leyes sin fundamento y sin autoridad alguna. Y ¿dónde vamos a hallar nosotros el fundamento de la moral y de las leyes si prescindimos de Dios al aceptar y cumplir el oficio de legisladores?

Claro está que el Estado no crea, ni descubre, ni inventa, la religión ni la metafísica; no son teólogos ni filósofos sus legisladores, pero pueden y deben reconocer una metafísica o una religión y salvar esta dificultad de carecer de base y fundamento para sus leyes. En

Francia, y más aún en los Estados Unidos de América, no es obvio, es casi imposible salvar esta dificultad, porque la misma variedad y multitud de sectas religiosas impide que el Estado se decida por ninguna; pero en España, donde apenas hay más religión que la católica, no comprendemos esta vacilación, esta timidez del Estado en aceptarla como verdadera y en ponerla como fundamento y razón de sus leyes e instituciones.

Aunque a los que disientan, aunque a los no católicos, se les dé completa libertad de no serlo, ¿se sigue de aquí el que no se atrevan a ser católicos los que lo son? Y si se atreven a serlo, y si son la inmensa mayoría, la casi totalidad, ¿por qué no afirman su religión como religión del Estado? ¿Por qué no dan autoridad y fuerza a sus leyes en nombre el Dios que reconocen? ¿No es una inconsecuencia pasmarse, ofenderse, manifestar grave disgusto los legisladores, porque tres o cuatro de entre ellos, individual o aisladamente, renieguen de Dios, y renegar todos, en cierta manera, y en conjunto, no hablando de religión en la ley fundamental, sino para decir que el Estado pagará el culto y los ministros de la religión católica, sin osar decir la razón por qué los paga?

Se nos dirá acaso que las leyes que prescindan de la religión no son ateas, sino ateocráticas, y que se fundan en la moral universal, en el derecho natural reconocido en todos los pueblos, gentes y naciones. ¿Cómo hemos de negar nosotros que esta moral universal y que este derecho natural existen? ¿Cómo hemos de negar que son por dondequiera los mismos? Mas no son, con todo, como las matemáticas, construcción ideal, obra subjetiva de nuestro entendimiento, desarrollo de sus propias leyes y formas, que se conciben independientes y aisladas de toda filosofía primera. La moral y el derecho no son así: presuponen una filosofía primera o una religión en que se funden. El mismo Royer-Collard, aunque la afirmación iba contra su tesis, ha tenido la buena fe de afirmarlo: «La moral -dice- no tiene sanción positiva y dogmática sino en la religión.» Por esto añade que las leyes en Francia «distan mucho de ser ateas». Luego el Estado reconoce la existencia de Dios; luego hay una verdad legal religiosa para el Estado; luego es falso que no es la religión de su incumbencia, y que, si bien es sólo con la religión natural, el Estado, por miedo de caer en el ateísmo, hace una alianza con una religión, con una Iglesia. Iglesia extraña es, sin duda, la de los deístas; Iglesia imaginaria y fantástica; pero, al cabo, es la Iglesia oficial y aliada del Estado para los doctrinarios franceses.

Nosotros hubiéramos podido salvar estos inconvenientes; nosotros hubiéramos podido evitar que nuestras leyes fuesen tildadas de ateas, o bien que nos censurasen por hacer implícita y vagamente no sabemos qué alianza con no sabemos qué religión natural o qué filosofía primera. Nosotros hubiéramos debido declarar solemnemente que el Estado era católico. ¿No son católicos casi todos los españoles? ¿Para qué buscar otro fundamento racional a las leyes, cuando el de la religión de la inmensa mayoría de los españoles les basta?

Sabemos bien que los individuos de la Comisión son católicos, y que no lo han declarado de puro modestos, creyendo que se excedían en sus atribuciones; pero en esta modestia precisamente es donde está el error. Comprendemos que en Francia o en otra nación donde haya en gran número sectarios de todas clases, aunque sean católicos todos los encargados de hacer una Constitución, no se atrevan, ni deben atreverse, a declarar el catolicismo religión del Estado; pero en España, aunque todos los individuos de la

Comisión hubieran sido ateos, hubieran procedido lógicamente en declarar el catolicismo la religión del Estado. La religión de la casi totalidad de los españoles tiene derecho a serlo; y al afirmar este derecho hubieran dado un sólido fundamento, hubieran dado una consagración a sus leyes. Aunque haya sido por humildad; aunque haya sido por escrúpulo de conciencia; aunque haya sido por no juzgarse con autoridad bastante para hablar de las cosas de tejas arriba, ¿no es un dolor que puedan los malévolos acusarnos de que hemos echado a la religión, y a Dios, por consiguiente, de nuestra Ley fundamental? Esta expulsión ha sido gratuita, inmotivada, injustificable. ¿Qué otra religión, qué otra secta hay en España bastante poderosa para competir con el catolicismo y aspirar como él a ser religión del Estado? Y si no la hay, ¿por qué han vacilado los legisladores? Uno de los individuos de la Comisión ha sostenido con elocuencia y fervor que el futuro heredero de la corona de España debe seguir llamándose príncipe de Asturias. Si tanta importancia da a esto, de presumir es que se la dé mayor a que el futuro rey siga llamándose Su Majestad Católica. Y si esto es así, si estaba en la mente, en el propósito, en la intención y en el deseo de los redactores de la Constitución que el Estado sea católico y que hasta el rey futuro sea Su Majestad Católica, ¿por qué no decir en la Constitución que el Estado tiene la religión católica por religión suya?

Ya hemos dicho el porqué. Porque una parte de la Comisión, los jóvenes discretos y confiados que había en ella, querían la separación absoluta de la Iglesia y del Estado, y en la letra, aunque no en el espíritu, se han acercado mucho al triunfo de sus doctrinas. Dicha separación absoluta es considerada como la última palabra, como el non plus ultra de la sociedad. La ciencia, la ciencia en abstracto, es invocada hoy como una autoridad ineluctable. En otras épocas, el médico citaba a Hipócrates o a Galeno; el filósofo, a Aristóteles o a Platón; el teólogo, a Santo Tomás o al Maestro de las Sentencias, y no había más que callarse. Ahora está en moda citar la ciencia: la ciencia dice, la ciencia afirma, la ciencia decide y resuelve, y no hay apelación. Pero ¿qué ciencia es ésta? Aristóteles, Platón, Santo Tomás, Pedro Lombardo son personajes conocidos y autorizados. La ciencia es un personaje misterioso. Si bien se analiza, no es más esta ciencia que la autoridad y el raciocinio de un autor o de un libro cualquiera de tantos como se escriben y publican, y que por acaso ha leído el que habla en nombre de la ciencia. Contra esa autoridad y contra ese raciocinio hay otros doscientos mil raciocinios y autoridades de otros tantos libros y autores, que, o no conoce el que jura en nombre de la ciencia, o, si los conoce, no quiere tenerlos en cuenta ni seguir su opinión.

Adoptemos también esta moda; hablemos en nombre de la ciencia y continuemos sosteniendo que no es conveniente en parte alguna la separación de la Iglesia y el Estado, y que en España en una nación tan católica como España, es absurda esta separación; no hay nada que la motive; trae mil inconvenientes y no trae ninguna ventaja.

- V -

El punto de partida, el argumento Aquiles, la premisa de los que piden la absoluta separación de la Iglesia y del Estado, es no ver, no reconocer en la Iglesia más carácter que el religioso e individual, y desconocer su carácter social y político.

Verdad es que Cristo dijo: «Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César»; pero al decir esto, no separó ambas potestades: lo que hizo fue distinguirlas. También dijo el Redentor de los hombres que su reino no era de este mundo. Pero ¿cómo hemos de dar a esta sentencia lo mismo que a otras muchas de los Evangelios, una interpretación ceñida a la letra, sin atender al espíritu, a la ocasión y a las circunstancias en que se dijeron? Interpretando de esta suerte las Sagradas Escrituras, nos expondríamos a muchas herejías, y caeríamos en muchos absurdos. Siguiendo literalmente aquello de «si tu ojo te escandaliza, arráncalo», nos tendríamos que mutilar; ajustando nuestra conducta con exactitud a algunas máximas del Sermón de la Montaña, excusadas serían las cajas de ahorros, nadie sería previsor, nadie guardaría sus bienes, nadie juntaría capitales; es más, nadie trabajaría ni procuraría crear la menor riqueza; confiados en Dios, estaríamos completamente inactivos, esperando que Dios nos alimentase como alimenta los pajaritos del cielo, y que nos vistiese como viste los lirios del campo. Es evidente que las tales sentencias son sólo expresión hiperbólica del desprendimiento de todo lo terreno que debe haber en ciertas almas escogidas, las cuales se entregan a la contemplación y se apartan del mundo para darse y confiarse a Dios por completo; pero no se dirigen ni se pueden dirigir sentencias tales a todos los creyentes como regla y ley de la vida. El cristianismo, que ha venido a cambiar y a reformar todas las cosas de Cristo, no puede querer que sean inactivos los que le siguen, los cuales han cumplido y continúan cumpliendo tan alta misión. El mismo Cristo anunciaba que cuando Él estuviese en alto, esto es, clavado en la cruz, llamaría a sí todas las cosas. El Príncipe de los Apóstoles predecía nuevos cielos y tierra nueva. El Apóstol de las gentes buscaba la nueva ciudad, y en ella ponía a Cristo «sobre todo principado y potestad y virtud y dominación, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, más aún en el venidero. Y todas las cosas -añade-, sometió bajo los pies de Él, y le puso por cabeza sobre toda la Iglesia». Y dirigiéndose el mismo Apóstol a los filipenses, les dice que Cristo «reformatá nuestro cuerpo abatido, para hacerlo conforme a su cuerpo glorioso, según la operación con que también puede sujetar a sí todas las cosas». Y no se diga que toda esta transformación de las cosas y el reino y dominio de Cristo en ellas se entiende sólo de lo espiritual y de la vida ultramundana, porque también se entiende de esta vida que vivimos en un futuro más o menos remoto. Bien claro lo demuestran las palabras de San Pedro: «Nuevos cielos y tierra nueva.»

Además, aunque el fin del cristianismo fuera únicamente espiritual y ultramundano, como este fin no ha de lograrse sólo por el esfuerzo individual y aislado de cada creyente, sino por el esfuerzo colectivo de una sociedad poderosamente organizada, en la que asiste el mismo Dios, es claro que, si el fin no es social y político, sino muy superior, el medio de lograr el fin, la Iglesia católica es una institución social y política, y no puede dejar de serlo. Hasta la oración dominical nos advierte esto al recitarla todos los días: hágase tu voluntad así en la Tierra como en el cielo; venga a nos el tu reino; esto es: que el reino de Dios venga a la Tierra; que la sociedad política esté basada sobre el cristianismo, y que el cristianismo influya en la constitución y gobierno de esta sociedad, para que la voluntad de Dios se vea cumplida y su reino se realice hasta en esta vida mortal y transitoria. No vamos, pues, contra muy oscuras y alambicadas teologías, sino que vamos contra el Padrenuestro cuando pedimos la absoluta separación de la Iglesia y del Estado.

Las más de las razones que hasta ahora hemos dado en contra de la separación de ambos poderes, presuponen dos cosas: que la mayoría de los españoles es católica, y que el serlo es un bien.

Lo primero es tan evidente, que no hay para qué demostrarlo. Demostrar lo segundo valdría tanto como hacer una apología del catolicismo, y este asunto tan grande ni es adecuado a nuestras débiles fuerzas, ni propio de un artículo de periódico, sino de una obra de muchísimos volúmenes. Remitimos, pues, al lector que no sea católico, a los numerosos y brillantes apologistas que ha tenido nuestra religión. Por nuestro lado, nos limitaremos a hacer algunas muy ligeras consideraciones.

En primer lugar, aun suponiendo que fuese un mal el catolicismo, aun suponiendo que fuera menester dejarlo atrás, librarse de él, saltar por cima de él, para ir adelante por el camino de la civilización y del progreso, nos parece que el hacer del catolicismo la religión del Estado, mientras los más de los españoles siguen siendo católicos, no es estorbo para que dejen de serlo, ya que se les da completa libertad para adoptar la religión que más les plazca, o para desecharlas todas.

Por otra parte, sin entrar en la cuestión de la verdad o falsedad de una religión, y aun negando toda religión, y siendo racionalistas, bien se puede y se debe convenir en la excelencia de la religión cristiana, en que es superior a las otras. Aunque seamos bastante escépticos para negar que el gran desenvolvimiento de la civilización es obra del cristianismo, aunque atribuyamos la primacía de los pueblos de Europa a que la raza vale más, a que el clima nos ha hecho más vigorosos y capaces y a una serie de circunstancias y de leyes históricas que expliquen más o menos satisfactoriamente el hecho indudable de nuestro mayor valer en comparación de los otros pueblos, todavía no se podrá negar que el ser cristianos no nos ha impedido aventajarnos y adelantarnos a los demás hombres. Demos por indudable que para nada ha influido el cristianismo en nuestra civilización superior; que se la debemos toda a nuestra superior naturaleza. ¿Hubiéramos progresado más siendo budistas, o judíos, o mahometanos, o ateos, como la secta de los letrados en China? Esto sería difícil que lo demostrase nadie. Entre tanto, es claro como la luz del día que la más inteligente, la más noble, la más activa, la más ilustre porción de la Humanidad es cristiana. Por inclinados que seamos a dudar de todo y a considerar a los europeos muy por cima, naturalmente, de los asiáticos, de los africanos y de los indígenas de América y de las islas del Pacífico, no podremos negar que nuestra religión es la mejor. Si ha sido causa de nuestra civilización, porque nuestra civilización es superior a las otras. Y si no ha sido causa, y si miramos toda religión como un invento humano, también será mejor la nuestra, pues ha sido creación, obra, producto de nuestra superior inventiva y de una civilización más elevada y fecunda.

No ignoramos que la ciencia nueva, la filosofía de la Historia, es en extremo socorrida y varia, mucho más que todas las otras ciencias que están en embrión, que son un desiderátum. La naturaleza humana es tan compleja, los hechos históricos tan múltiples y obedecen a impulsos tan diversos, que es harto difícil penetrar su trabazón y descubrir sus causas y leyes. Cada filósofo histórico baraja y dispone los hechos en virtud de una idea o de un sistema, y los hechos vienen aparentemente a demostrar su verdad. De esta manera, así como hay algunos que, no ya la política y el orden social, sino nuestras artes, nuestra

industria, la Imprenta, la brújula, el descubrimiento del Nuevo Mundo, el de los telégrafos, la fotografía y la aplicación del vapor a las máquinas como fuerza motriz, todo se lo atribuyen al cristianismo, así hay otros para quienes no hay calamidad, ni tropiezo, ni obstáculo que en su marcha ascendente hacia un estado mejor haya encontrado y salvado la Humanidad que al cristianismo no pueda atribuirse. Los más conspicuos, entre estos fanáticos de impiedad, han sido los hegelianos de la extrema izquierda en Alemania, y en Francia, Proudhon, divulgador de sus doctrinas. No contentos éstos con llamarse ateos, han querido llamarse antiteístas o enemigos de Dios. Pero, como ya hemos dicho en otro lugar de este escrito, no hay impiedad que sea nueva, y el antiteísmo no lo es tampoco. Sobre todo, el odio a la religión cristiana ha existido más o menos latente en todas épocas, y da claras muestras de sí en la época del Renacimiento, entre muchos sabios, filósofos y eruditos paganizados, si bien la doctrina de estos neopaganos era sólo negativa. A nadie se le podía ocurrir seriamente que se debía restablecer el culto de Júpiter o de Minerva. Maquiavelo, Gibbon y otros mil han condenado el cristianismo, pero no han rayado en la extravagancia de querer restablecerlo. Todos los neopaganos han sido y son, en realidad, impíos. Sin aceptar otra religión, miran la de Cristo como una epidemia, como una pesadilla horrible, como una dolorosa locura que ha afligido a la Humanidad por espacio de siglos; que ha endiablado la Naturaleza, que el paganismo había endiosado; que nos ha hecho amar el dolor y la fealdad y el mal físico; que moviéndonos a despreciar todo regalo ha atajado los progresos materiales; que, recomendándonos la resignación y la paciencia, ha enervado a los hombres y a los pueblos, y los ha entregado como fácil y dócil presa a los tiranos astutos. Y, sin embargo, a pesar de los anatemas o de tales sabios, los pueblos acometidos de esa locura son los que han descubierto más verdades, los que han levantado parte del velo que encubre los misterios de la Naturaleza; los pueblos enervados por esas doctrinas de resignación y de paciencia son los que han sentido y realizado mejor la libertad y la justicia, y los que han puesto más alta la dignidad humana; los pueblos que, por el ascetismo de esa religión, parecía que debieran apartarse más de todo interés terreno, son los más ricos y prósperos, los que han inventado los más extraordinarios prodigios industriales, los que más han perfeccionado las artes del deleite; los pueblos que, en virtud de esa religión melancólica y aborrecedora de la carne, amaban lo feo y se complacían en lo horrible, son los que han competido con los antiguos griegos en las artes plásticas; los que, en el fondo, si no en la forma, se han adelantado a ellos al crear la hermosura por medio de la palabra, y los que, sin duda, en la forma y en el fondo, han ido mil veces más allá, al producir la belleza, en el tiempo, por medio del sonido; y, por último, los pueblos que han seguido con más fervor esa religión contemplativa, provocadora del éxtasis, de la inercia y de los arrobos, desconocedora o despreciadora del mundo, amante de la Humanidad, son los que han dilatado, reconocido y señoreado el mundo, y los que lo han llenado todo él de la fama de su nombre, del estruendo de sus armas y del espanto y terror que inspiraban sus bríos y sus proezas.

Repetimos que no queremos hacer filosofía de la Historia, ni en pro ni mucho menos en contra del cristianismo. No se pretende probar aquí que el cristianismo ha obrado las grandes obras de la civilización europea; pero basta enunciar, recordar la coincidencia de que los pueblos que han obrado esas grandes obras eran y son aún cristianos, para que se reconozca, al menos, que no fue obstáculo el cristianismo. ¿Lo será en lo venidero? ¿Empieza tal vez a serlo ya? ¿Ha crecido, ha medrado por tal arte la civilización que no cabe, que se ahoga ya dentro de su antiguo molde, y anhela y pugna por romperlo y por

hallar otro nuevo? ¿Serán posibles aún otras flamantes religiones positivas, que estén en consonancia con los adelantos de la civilización? ¿O está condenado el género humano a perder toda fe a trueque de la ciencia, de la experiencia y del mayor bienestar que ha adquirido y que va adquiriendo? Ya sobre esto hemos consignado nuestra firme opinión, y ahora debemos repetirla: la religión cristiana es la religión definitiva de la Humanidad; dentro de ella caben y cabrán con holgura todas las civilizaciones venideras, no sólo la presente. Esto no es una profecía, ni una esperanza nuestra; es más: es una casi seguridad racional, prescindiendo de toda fe; una casi seguridad que compartimos, no ya sólo con los creyentes, sino con muchos racionalistas; una casi seguridad que se funda en lo esencial, en lo persistente, en lo indestructible del sentimiento religioso, y en la imposibilidad, también casi demostrada, de que pueda aparecer una religión más perfecta, más bella, más noble que la de Cristo, para que venga a satisfacer dicho sentimiento y a aquietar los corazones que sólo en esta satisfacción hallan reposo.

Además, aunque lo definitivo de la religión cristiana hubiera de ponerse en duda, por desgracia nuestra no nos competería el triste derecho de ser los primeros en mudar de religión, o en desecharla, para adoptar una filosofía, en que cupiese nuestra gran civilización. Mayor que la nuestra es hoy la de varios pueblos de Europa, y aún siguen siendo cristianos. Bien podemos seguir siéndolo nosotros hasta llegar siquiera adonde ellos han llegado. Debe asimismo notarse que lo primero, así en los individuos como en los pueblos, es serle que son en la sustancia, antes de mejorar en los accidentes. ¿Qué gran movimiento filosófico, qué gran novedad ha habido aquí, qué notable y gigantesca revolución propia y castiza se ha realizado en la esfera de las ideas, para que se manifieste en hechos? Quizá hace más de dos siglos que casi permanecemos extraños a las altas especulaciones, que somos estériles, que no hemos tenido un gran pensador original. Menester es confesarlo y ser humildes. Apenas si hemos dado alguna vez con la forma de traducir a nuestro idioma, sin adulterarlo, los pensamientos exóticos, filosóficos y políticos.

Si la falta de libertad religiosa y filosófica ha puesto impedimento a nuestra inspiración, ya que tenemos esa libertad, podemos inspirarnos y crear algo nuevo, propio, nuestro, que sustituya lo antiguo, dado que lleguemos a persuadirnos de que lo antiguo es malo. Y mientras no se crea lo nuevo, y no nos convencemos, originalmente también, de que es malo lo antiguo, lo más atinado es conservarlo y respetarlo. De otra suerte, aunque sea grosera comparación, nos sucedería como a Estebanillo González, que se vistió de noble polaco y se quedó Estebanillo González, o como el chivo afeitado, que se quedó chivo aunque se quitó las barbas. Y no se vaya a interpretar aviesa o torpemente esto que decimos. Entiéndase que en las naciones que han tenido la funesta gloria de producir muchos pensadores o filósofos impíos, no por eso se ha proclamado su impiedad como religión o, mejor dicho, como no religión del Estado. La misma fecundidad filosófica que ha producido el veneno ha producido también la triaca. Además, que las filosofías impías no han servido, hasta ahora, sino para uso particular y privado. A nadie se le ha ocurrido fundar sobre ellas leyes, estados y naciones. Los pueblos necesitan más que negaciones para vivir; los pueblos no viven sólo de pan y de confort, sino que han menester grandes consuelos y esperanzas infinitas, y éstas no las da el ateísmo. Se dirá que nadie trata de que España sea un pueblo ateo, ni siquiera un pueblo deísta, sino de que vaya haciéndose protestante. El razonamiento de los que esto quieren es risible a fuerza de ser disparatado. Empiezan por afirmar que en el día, todas las naciones protestantes están más prósperas,

ricas y pujantes que las católicas; lo cual, aun cuando fuere cierto, no implica que reconozca por causa el protestantismo. De aquí deducen que, en haciéndose España protestante, volverá a ser, sin duda, la señora del mundo. Pero, en primer lugar, se puede suponer que el protestantismo es adecuado, se ajusta a la condición de los pueblos que lo han aceptado, y que, bajo su influjo, prosperan; y que, no siendo propio ni adecuado a nuestra condición, pudiera rebajarnos y hundirnos más, en vez de realzarnos. Y puede también creerse que no es, a causa del protestantismo, sino tal vez a pesar de él, o sin que él intervenga para nada sino en cuanto es cristianismo, y cediendo igualmente al influjo poderoso de otras causas, por donde Inglaterra, por ejemplo, algunos cantones suizos y mucha porción de Alemania, son regiones y gentes más adelantadas en cultura y más felices y más pujantes que nosotros en el día de hoy. En este supuesto, que es el más atinado y juicioso, sería el más necio de los remedos el inclinarse al protestantismo, a fin de ser más ricos, más laboriosos, menos desgobernados y más fuertes y respetables. Sería tomar una calidad accidental y extraña, por el motivo del fenómeno, a fin de producirlo. Nos pareceríamos al campesino que entró en casa de un óptico y vio a un sujeto que probaba anteojos. «Con éstos no leo», decía, y probaba otros. Dio al fin con unos que le iban bien, y exclamó: «Con éstos leo.» Creyó entonces el rústico que el quid del leer estaba en los anteojos, y fue probándolos todos y diciendo siempre: «Con éstos no leo»; hasta que el óptico le preguntó si sabía leer, y él respondió que no sabía. Entiendan los españoles, que así quieren alucinarse, que está en el propio ser de ellos el volver a ser una nación grande o el no volverlo a ser nunca; pero si alguna vez lo han de volver a ser, será no remedando a nadie, sino siguiendo su propia condición natural y sin deshojarse de la autonomía, ya que tan en moda está dicha palabra. Hombres fatuos hay o puede haber habido, que cojeen porque Byron cojeaba, a fin de parecerse a Byron, o que anden con el pescuezo torcido para parecerse a Alejandro Magno, que tenía torcido el pescuezo; pero de toda una nación tan discreta, tan inclinada a la burla y a la sátira, y tan llena de sentido común como la nación española, no es posible presumir que incurra en la sandez de hacerse protestante, a ver si así salimos de tantos apuros y de tantos ahogos públicos y privados, particulares y generales.

Por todo lo expuesto, nos corroboramos en la idea de que no habrá en España mudanza en punto a religión, y de que la mayoría de los españoles, casi todos, seguirán siendo católicos, y de que lo será de hecho el Estado, aunque la Constitución se lo calle. Pero como nosotros escribimos con ingenuidad, se nos presenta el pro y el contra de todo, y no ocultamos nada y no quitamos su fuerza a ningún argumento. Así, pues, no se extrañará que insistamos en uno que anda hoy muy valido, y del cual ya nos hemos hecho cargo, aunque no lo bastante.

El argumento, en resumen, y en toda su fuerza, es como sigue: «Una nación ni puede prosperar, ni ser libre, ni desenvolver su riqueza, cuando la religión del Estado es el catolicismo, que desdeña todo lo terreno, que condena los goces y grandezas del mundo y que prescribe la más ciega obediencia a las potestades constituidas, cualesquiera que sean.» Esta supuesta pugna, esta soñada contradicción entre el espíritu moderno y la religión católica, entre el cristianismo en general y la civilización presente, no se ha afirmado sólo por filósofos, sino que ha sido divulgada por poetas, los cuales se han valido de símbolos, leyendas o imágenes. Famosísima es La novia de Corinto, de Goethe. Otro eminente poeta, judío de nación, nos describe el festín de los dioses, allá en el Olimpo, donde brilla una luz serena, donde aparece la hermosura perfectísima de Venus, donde Hebe ministra el néctar,

donde el Amor reina, donde la Alegría extiende sus alas. De repente se presenta un compatriota del autor; viene cubierto de polvo, de sudor y de sangre; una honda melancolía está pintada en su rostro. El huésped inesperado ahuyenta la Alegría, transforma en feos y abominables demonios las bellas figuras inmortales, y, arrojando sobre la mesa del festín el instrumento de su suplicio, vuelca las ánforas y las pateras, obras de un arte divino, y vierte el beatífico néctar que las colmaba. Otro gran poeta ha comparado la religión cristiana, que crece y se extiende al expirar el Imperio de Roma y la gran civilización antigua, a la luz fosfórica que nace de la descomposición de un cadáver. Si tales detractores ha tenido nuestra religión, aun entre los poetas, más inspirados y egregios han sido los poetas que la han ensalzado dentro del espíritu de la civilización presente, y poniéndola en perfecta concordancia con él. Descuella, entre todos, Manzoni. La musa cristiana, así en el coro de Carmañola como en la oda a la venida del Espíritu Santo, nos persuade y nos convence con su fervor de la total renovación del mundo y de la redención de los hombres por medio del cristianismo, el cual proclamó la fraternidad humana, condenó al fuerte que se alza sobre el débil, maldijo al que contrista a un espíritu inmortal, igualó al señor con el esclavo, nos llenó a todos de una inmensa esperanza, y nos alentó y estimuló con ella a progresos infinitos. Es evidente que, tanto los que aborrecen y denigran de este modo nuestra religión como los que la ensalzan y aman, convienen en un punto: en dar a nuestra religión una importancia grandísima; en conceder a las virtudes y energías metafísicas y religiosas de la mente humana un influjo maravilloso sobre toda la civilización, que miran como su obra. Para todos éstos es una cuestión fundamental la religión de una nación: el que una religión sea o no sea religión del Estado. Mas para los meros economistas y positivistas no puede serlo. Antes deben inclinarse, en buena lógica, a que, concediendo toda libertad, las cosas sigan como estaban. La religión, para ellos, no es causa, es efecto del grado de cultura y de desenvolvimiento a que han llegado las facultades humanas en una región dada; y este grado proviene, a su vez, de los alimentos, del calor, de la humedad, del aire, de la naturaleza circunstante que influye en las razas y de la condición misma de las razas; esto es, de una fuerza exterior y de otra interior, ambas naturales, que tal vez pueden modificarse artificialmente por la industria. Modifiquen, pues, la industria y el arte nuestras condiciones físicas, alimentémonos mejor, venzamos los vicios de nuestra propia naturaleza y resistamos el mal influjo de la naturaleza circunstante y nos mejoraremos también moral e intelectualmente, y acaso así dejemos de ser católicos y vengamos a convencernos de que somos unos monos perfeccionados, merced a la gran cantidad de fósforo que hemos logrado almacenar en el cerebro. Pero es lo cierto que para los que piensan así nada debe haber más absurdo que variar de religión, y es, si no nocivo, indiferente hasta el deliberar que sea o no sea el catolicismo la religión del Estado, mientras que por un buen régimen y mejores alimentos, y por otros medios industriales, físicos y químicos, no se evapore de nuestra cabeza la religión de nuestros mayores, y se alambique, confeccione y precipite en el fondo de la cavidad cerebral, y se combine con la masa encefálica la filosofía positiva.

A quienes tenemos que impugnar, por consiguiente, es a los metafísicos. Contra ellos conviene demostrar que la religión católica no es enemiga del progreso, ni de la libertad, ni de la igualdad, ni de los derechos individuales, y que puede y debe seguir siendo la religión del Estado, aun cuando se haya proclamado todo esto.

- VI -

Sea de buena o de mala fe, es lo cierto que no pocos católicos desconfían hoy del liberalismo, así como del catolicismo desconfían muchos liberales. Hay guerra entre un gran número de partidarios de ambas doctrinas, como si en realidad ambas doctrinas fuesen irreconciliables. Los que buscamos y queremos la reconciliación, los que somos liberales y católicos a la vez, debemos probar que ni es de la esencia del liberalismo el ser impío, ni de la esencia del catolicismo repugnar la civilización y el progreso. La aparente alianza del catolicismo con ideas retrógradas y hasta feroces, que ponen grima a toda personal culta y delicada, y la aparente imprescindible alianza del liberalismo con ideas disolventes y feroces también, que llenan de terror a las clases conservadoras, son obra de espíritus extraviados y amantes de lo paradójico. Las más veces ha nacido este modo de sentir y de pensar de un celo exagerado y tan poco discreto, que, en vez de negar y desechar una acusación de los enemigos, la ha aceptado, tratando de transformar en gloria lo que se presentaba como infamia y vergüenza; haciendo, como vulgarmente se dice, gala del sambenito.

El catolicismo, por ejemplo, y en general el cristianismo, ha sido acusado de santificar la simpleza, de beatificar la cortedad del entendimiento; pero no pocos católicos, lejos de defender su doctrina de esta acusación, la aceptan y se jactan de ella. ¿Cómo se ha de negar que la persona más cuitada y más simple puede salvarse, que no es menester ciencia, ni entendimiento elevado, ni gran despejo para irse al Cielo? Pero no se sigue de aquí que sea un primor el ser idiota y para poco. Esta gran república de naciones europeas a que pertenecemos se llama aún, seguirá llamándose sin duda, y cifra su gloria en llamarse la Cristiandad, y la Cristiandad ha creado una civilización maravillosa, y con ella y en pro de ella se ha enseñoreado del mundo. ¿Qué importa, después de este hecho que lo resume todo, el que algún ascético extravagante encomie la estupidez casi como una virtud evangélica? San Agustín, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, Santo Tomás de Aquino, San Ignacio de Loyola, fray Luis de León y tantos otros héroes y eminentes varones de la Iglesia católica, no eran simples ni por naturaleza ni por gracia, y en ellos estaba, en lo humano, el nervio y la fuerza de nuestra religión. Poco importa después que pueda decirse de algunos bienaventurados lo que dice del venerable fray Francisco del Niño Jesús el padre Boneta: «Era tan incapaz -dice-, que tenía veintitrés años y aún no tenía uso perfecto de razón. En este tiempo quitó la vida a un hombre, y como si hubiera muerto a un pájaro, se volvió a su casa. Era tan estólido, que daba golpes con los vasos de vidrio como si fuesen piedras. Nada, en fin, llegaba a tocar que no desgraciara en sus manos.»

Otra acusación contra el catolicismo ha sido la de que, por su desprecio y aborrecimiento al cuerpo, ha hecho sucios a los hombres; pero ni tal aborrecimiento y desprecio es verdad, ni la suciedad de los pueblos de Europa, hasta hace poco, puede reconocer como causa la religión cristiana. El apóstol ha dicho que nadie debe aborrecer su propia carne; el cuerpo humano es templo del alma, hecha a imagen de Dios; un cuerpo humano, en suma, ha sido tan ensalzado por nuestra religión, que ha merecido unirse con Dios mismo y sigue unido a Él eternamente; y, por último, todo cuerpo humano puede resucitar glorioso, y en esta vida recibir a Dios en sí, por medio de un sacramento. De todas estas razones, más se ha de inferir que la religión católica tiene en mucho al cuerpo, que no lo desprecia; y más se ha de conjeturar que debemos asear, limpiar y pulir nuestro cuerpo,

que no debemos descuidarlo como cosa inmunda. Si la carne es un enemigo del alma, no se entiende por la carne el cuerpo, sino los instintos depravados y los bestiales apetitos, que pueden nacer en él, y que nacen más fácilmente y con más brío en cuerpos poco lavados que en cuerpos limpios. ¿Quién va a buscar la castidad y la pureza en los cerdos? Acaso las exquisitas precauciones que recomiendan algunos frailes moralistas para conservar la castidad, como, verbigracia, no acercarse a una mujer a más de cuatro varas de distancia, y si hay que darle algo, no dárselo en la mano, sino ponérselo en una mesa o en una silla, a fin de evitar el menor contacto casual, fuesen indispensables cuando la gente se lavaba menos, porque andaría toda hartito encendida y rijosa. Creemos, pues, que por ningún estilo aconseja la religión cristiana la falta de aseo, sino que esta falta era propia de todos los hombres en edades más rudas; y siempre se extremaron en ellas los filósofos, los ascetas y los hombres penitentes y severos de cualquiera religión que fuesen. Juliano el Apóstata se jactaba en el Misopogon de la suciedad de su persona, y hasta de los inmundos parásitos que poblaban su barba. No es de extrañar que varios penitentes cristianos hayan acudido a las mayores suciedades para mortificarse. De algunos refieren los hagiógrafos que dormían con un vaso de materia fétida a la cabecera de la cama para sufrir el hedor. Y el padre Lucena cuenta de San Francisco Javier la más horrible prueba que puede imaginarse de dominio sobre sí mismo en este negocio de suciedad. Cierta asquerosa epidemia, que apareció en Europa a principios del siglo XVI o fines del XV, hacía estragos en Venecia. El santo entró en un hospital para curar a los enfermos, y, a fin de vencer su repugnancia, hizo una cosa que no encuentro palabras con qué expresar aquí; y no quiero valerme de las del padre Lucena, por ser tan parecido el idioma portugués a nuestro idioma. Los parásitos, de que tanto se vanagloriaba el emperador Juliano, eran tan comunes, poco ha, que el ya citado padre Boneta estima como el más estupendo milagro que obró Dios por medio de Santa Teresa, el que no los tuviesen las Carmelitas Descalzas, que cumplían bien con la regla. El ilustre padre Navarrete considera también como raro prodigio el que se le murieran todos, cuando pasó las islas de Barlovento, si bien añade que apenas volvió a Lisboa, renació el antiguo humor, y exclama por último: «¡No alcanzo estas filosofías!» Las filosofías eran la falta de limpieza general en toda Europa. Si aquí pasaba por morisco quien se lavaba, en otros países no se lavaba nadie y no tenía que pasar por morisco. Buckle, en su Historia de la civilización en Inglaterra, prueba con testimonios irrecusables que los escoceses eran tan hidrófobos, que jamás se lavaban el cuerpo, y rara vez la cara, las manos y vestidos. Era tan casi nulo en Escocia el consumo de jabón, que hasta fines del siglo XVII no se había podido establecer una almona. Con la mayor cultura ha venido el aseo, pero sin faltar, ni en la letra ni en el espíritu, a ningún precepto cristiano. Con todo, el singular satírico neocatólico Veuillot, en Los olores de París, trae como prueba del paganismo y de la depravación de nuestra edad el que en París se laven mucho, el que se empocilguen en la limpieza.

Otra acusación contra el catolicismo, mucho más trillada y conocida, es la de que ataja los adelantos científicos. Colón en Salamanca, Galileo en la Cárcel, etcétera, etc., son ya argumentos tan gastados y tan desechados por impertinentes, que no merecen impugnación. El catolicismo, en general, ha favorecido poderosamente todos los adelantos científicos. Sólo en momentos dados, y en épocas no muy largas, una fanática intolerancia, nacida más bien de insanas preocupaciones políticas que de la misma religión, han cortado el vuelo al espíritu humano y ha comprimido la inteligencia. De esto, más que nación alguna, hemos

sido víctimas los españoles, durante dos o tres siglos. De ello hablaremos con mayor detención más adelante.

Vamos ahora a la acusación contra el catolicismo que más derechamente se opone y contradice nuestra tesis de que la religión católica debe ser la religión del Estado. ¿Es o no antiliberal la religión católica? Sobre esto hay en el día las más encontradas opiniones; muchas de ellas del más extraño carácter. Cierta laya de católicos liberales hace una curiosa distinción entre el catolicismo individual y meramente religioso, y el social, político y colectivo, el cual, según ellos, ha estado latente hasta hace pocos años, y empezó a mostrarse, a dar razón de sí, con la Revolución francesa de 1789. Lo absurdo y heterodoxo de este supuesto catolicismo es evidente, por mil razones; pero, como apenas hay opinión, por falsa que sea, que no se funde en alguna verdad, en ésta hay, en nuestro sentir, una verdad, y muy estimable, a saber: que es tal la virtud fecunda de nuestra religión, y que anima e informa tan poderosamente la civilización europea, que no es posible explicar instante alguno de su gran desenvolvimiento, paso alguno de su marcha, producto alguno de sus evoluciones, sin que se cuente como móvil, como factor, como energía, el espíritu del catolicismo. La diferencia que nosotros ponemos entre nuestro parecer y el de Huet, Bordas-Demoulin, Buchez, Castelar en España, que antes de hacerse racionalista, fue también de estos neocatólicos; el famoso Lamennais, que lo fue en el segundo período de su vida, en Las palabras de un creyente y Libro del pueblo, y hasta el propio Mazzini, que lo es en no pocos escritos suyos, como, por ejemplo, en Fe y porvenir, consiste en que para ellos el verdadero catolicismo es el que llaman social, y para nosotros el catolicismo social es sólo una herejía del verdadero catolicismo. Son católicos, o, hablando más en general, son cristianos los sentimientos y nociones de igualdad y de fraternidad humanas, con las legítimas y bienhechoras consecuencias que de estos principios se han derivado; pero no es cristiano el espíritu de envidia y de anarquía de muchas democracias: es católico y cristiano el sentimiento de la libertad; pero no lo es el sentimiento faccioso de escándalo, violencia y rebeldía. Cristo pagó el tributo para no escandalizar, ut non escandalicemus eos; mas no se puede presumir que ni a Él ni a los suyos los creyese tributarios del César; si no, ¿hubiera dicho a Pedro: Liberi sunt filii? Confirman esta interpretación las siguientes sentencias del Apóstol: Nemini quicquam debeatis, nisi ut invicem diligatis, y Nolite fieri servi hominum; empti enim estis pretio magno. No cabe duda en que nada puede ser más liberal que esta doctrina; aunque ni Cristo ni sus discípulos quisiesen difundirla y realizarla por la violencia, sino por la predicación y por la persuasión. No cabe duda en que Cristo no sólo vino a libertarnos de la tiranía del pecado y del infierno, sino también de la tiranía de los hombres.

No fue, pues, desde 1789, sino desde que el Hijo del Hombre expiró en el Calvario, cuando empezó a realizarse la gran revolución liberal, no violenta, sino pacífica. Y no fue esta revolución en provecho de un pueblo solo, sino para bien de todas las gentes y naciones. En la sociedad pagana, el extranjero era bárbaro y enemigo. En la sociedad cristiana se puso desde luego la calidad de hombre por cima de toda distinción de clase, nación, lengua o raza. El derecho de gentes, el gran consorcio humano, ha nacido del catolicismo. Entre los pueblos paganos, las relaciones eran naturalmente hostiles, a no haber un pacto internacional, un convenio, una confederación que las hiciese amistosas; entre los pueblos cristianos existen naturalmente la confederación y la alianza. El respeto a la dignidad del hombre no fue nunca sentido por los grandes sabios y pensadores antiguos,

como por el último de nuestros moralistas o políticos, que se han inspirado en el catolicismo. En el nombre y con la doctrina de Cristo defendía Las Casas a los indios americanos; Ginesio Sepúlveda los condenaba a la esclavitud en nombre de Aristóteles.

Se habla mucho, y con razón, contra la barbarie, contra las tinieblas y horrores de los siglos medios; pero no fueron estas tinieblas y estos horrores a causa del catolicismo, sino a pesar del catolicismo. ¿Qué hubiera sido de Europa, después de la invasión de los feroces y rudos pueblos del Norte y de la caída de la civilización grecorromana, si la Iglesia católica no hubiese quedado en pie en medio de tanta desolación, de tanto desorden y de tan espantable ruina? Se maldice mucho de la teocracia. Nada más legítimo, ni más santo, ni más favorable al pueblo que la teocracia de entonces. Los derechos naturales de la Humanidad fueron sólo reivindicados por ella. ¿Quién más gran demócrata, más egregio demagogo, en el buen sentido de la palabra, más libertador de las gentes que San Gregorio VII, cuando humilla al emperador, y cuando dice: «Los reyes, los duques, traen su origen de algunos bárbaros que el orgullo, la rapiña, la perfidia, el homicidio, y todos los vicios, y todos los crímenes, y el demonio, primer príncipe del mundo, han levantado sobre sus semejantes e investido de un poder ciego»? Indudablemente, es menester confesar que la Iglesia en la Edad Media, y en particular los grandes papas, como Alejandro III, San Gregorio VII y Bonifacio VIII, han combatido por la libertad del mundo. ¿Qué importan los errores, los extravíos en que, cediendo a la ambición o a otras pasiones humanas, pues al cabo eran hombres, hayan podido incurrir? Lo que hay que considerar es la alta misión que tuvieron y cómo supieron cumplirla. Pero se supone que más tarde, consolidada la autoridad de los reyes sobre la ruina de la anarquía feudal, hubo de cesar esta lucha entre el sacerdocio y el Imperio para convertirse en concordia contraria a la libertad popular; hubo de nacer una estrecha alianza entre el Altar y el Trono, ominosa a la civilización, al progreso y a la libertad de los hombres. Claro está que para contestar a esta acusación por completo sería menester escribir mucho, hacer un análisis detenido de la Historia de Europa durante algunos siglos; pero bien se puede contestar desde luego que, aun siendo cierto el hecho, más se debe atribuir a los vicios y pasiones humanas de los encargados de interpretar y realizar la doctrina de la Iglesia que a la misma doctrina, adversa siempre a toda tiranía, aunque adversa igualmente a que por medio de la sedición y de la violencia se turbe el orden establecido, en el cual ha visto siempre la Iglesia un origen celestial. No estando, como no está, en la doctrina de la Iglesia ese principio, ese germen de servilismo de que algunos la acusan, si se hicieron serviles los pontífices, los prelados y el clero, debió de ser por interés. Mas esto tiene inmediata y fácil respuesta. ¿Por qué hoy, que el interés les aconseja lo opuesto, la Iglesia y sus ministros no se vuelven revolucionarios? ¿Qué no podría hoy la Iglesia aliándose con la revolución? Finjémonos por un momento que esta alianza no era sacrílega, que podía la Iglesia hacerla, que en el año 1848 estaba sentado sobre el trono pontifical un hombre del genio de Hildebrando, y que hizo decididamente esta alianza sin que le detuviesen los escrúpulos, las consideraciones, las razones elevadísimas que detuvieron y aun hicieron retroceder al bondadoso Pío IX. Nosotros creemos firmemente que, a pesar de todos los ateos, materialistas, racionalistas y escépticos que hay en el mundo, ese Pontífice de genio hubiera sido árbitro de Europa, aunque tal vez algún tiranuelo le hubiera llamado, como Pío IX no se libró de que le llamase el rey Bomba, un Robespierre con tiara. Luego si dicha alianza no se hizo, fue porque no estaba en la doctrina de la Iglesia, y no porque no estuviera en sus intereses. Y no porque, según hemos probado ya, no sea liberal la doctrina de la Iglesia, sino porque no es violenta, ni

sediciosa, y porque respeta y debe respetar, como obra y prescripción divina, el orden establecido. Por una armonía sobrenatural, por una más que humana concordancia, la doctrina de la Iglesia encierra en sí todo germen de progresos, de libertad y de mejoras para la especie humana, y respeta, más que otra doctrina alguna, el orden y la estabilidad de las sociedades. Sacerdotes, prelados y hasta papas pueden haber adulado, y han adulado, sin duda, a reyes y a pueblos, a la tiranía de los príncipes y a la tiranía de las muchedumbres; todos eran hombres, y, como hombres, no eran impecables; pero la Iglesia, en su integridad, ni adula, ni se doblega, ni cede; y es tan falso que fue una poderosa auxiliar del despotismo de los reyes en los siglos en que los reyes tenían mayor poder, como imposible es que ahora se haga auxiliar de las pasiones de las muchedumbres para compartir con ellas el dominio del mundo.

De aquí dimanar el aborrecimiento que profesan a la Iglesia todas las tiranías, así la de los monarcas que anhelan oprimir a sus pueblos como la de los demagogos que pugnan por introducir en la república peligrosas o dañinas novedades. En cambio, los príncipes justos y los pueblos verdaderamente libres no vemos para qué deban perseguir a la Iglesia ni recelar que de ella pueda sobrevenirles daño alguno.

En los siglos XVI y XVII, cuando estaba más en auge el Poder real, no fueron, por cierto, los teólogos, fueron los jurisconsultos, embebidos en las ideas del cesarismo y del Derecho romano, los que adularon a los reyes. En los grandes autores católicos españoles, por el contrario, la política se conserva pura de todo servilismo.

Aunque rapidísimamente, hemos indicado aquí, quizá exponiéndonos a pasar por poco respetuosos, todas las acusaciones que se dirigen a la religión católica, considerada como fuerza social y como influencia política, después de haber demostrado que no es posible que sea inerte y que no influya ni en la política ni en la sociedad; y hemos hecho ver que dichas acusaciones carecen de fundamento, y que antes deben atribuirse las culpas, defectos y extravíos en que se fundan, a la misma condición de los hombres y a su modo de ser en épocas dadas, que no a la religión.

Sin embargo, advertimos un doloroso divorcio entre el espíritu de ciertos liberales y el espíritu de la Iglesia, y no podemos negar que se manifiesta en ellos un prurito constante, o de rebajar y humillar la Iglesia, conservándola para esto en dura tutela, o de rebajarla y humillarla también, separándola del Estado, apartándola de toda acción sobre los negocios políticos y sociales con el pretexto de hacerla libre. No es, por consecuencia, de maravillar que, si no la Iglesia, muchos de los hombres que están materialmente ligados con ella y que no son ángeles, sino hombres sean hostiles al liberalismo, que los persigue o los humilla. Es más: en no pocos, aun prescindiendo de todo interés personal, puede haber, por celo religioso, un fundado disgusto del liberalismo, visto que va unido con frecuencia a la heterodoxia, y que por muchos se le declara más o menos abiertamente incompatible con la religión católica. De aquí, y por una contradicción apasionada, el que personas religiosas y aun constituidas en muy alta dignidad declaren a su vez incompatible el catolicismo con la civilización presente. En atizar esta horrible discordia, que pudiera traernos funestísimos resultados, tienen el mayor empeño y despliegan el mayor ahínco los hombres que echan de menos en política los vicios y errores del antiguo régimen que las revoluciones han destruido. De lo cual ha nacido un linaje bastardo de católicos, de pseudoapologistas

crístianos y de santos padres legos, que son la mayor plaga que hoy pesa, así sobre la civilizaci3n como sobre la religi3n. Apenas hay calumnia desaforada, infamia inaudita, extravío increíble, de cuantos los impíos han atribuido al catolicismo, que estos hombres no hayan adoptado, diciendo: Credo, quia absurdum. En vez de llegar que la religi3n cat3lica sea culpada de lo que la acusan, han convenido sustancialmente en la acusaci3n, y han imaginado ver en el delito o error que se delata un motivo de gloria para su fe, un misterio divino, una perfecci3n más de la doctrina que siguen. Ya hemos hecho notar que por el lado ridículo ha llegado esto al extremo de que Veuillot considere la suciedad como una virtud cristiana. Por el lado terrible ha ido más lejos. De cuantos libros se han escrito contra nuestra religi3n ninguno más horripilante que uno de un alemán llamado Federico Daumer. Los cabellos se erizan al leerle. Una erudici3n inmensa y rebuscada y una fantasía diab3lica concurren a que la lectura de este libro produzca una especie de vértigo. Supone y trata de probar que el cristianismo es una verdadera hematolatría; que todos sus símbolos místicos, oscuros y ambiguos ocultan en realidad la adoraci3n de la sangre, lo religioso y conveniente de su efusi3n, la virtud santificante que tiene el derramarla. Pues bien: el conde José de Maistre y el marqués de Valdegamas afirman en sustancia lo mismo que Federico Daumer; el culto de Moloc y el de Jesucristo no se diferencian para ellos. Los que sacrificaban víctimas humanas, dicen, acertaban en mucho y erraban en algo; acertaban en que la ira de Dios debe aplacarse con sangre; erraban en que la sangre de los hombres fuera bastante a calmar esa ira. Era menester que el mismo Dios hiciese verter la suya. Sin embargo, aún después de esta redenci3n, ha quedado en el derramar sangre humana una virtud que santifica. El patíbulo es un altar, y un sacerdote el verdugo. Las consecuencias políticas y sociales que pueden deducirse de tan infame doctrina claro está que no han de estar muy conformes con el liberalismo, con la civilizaci3n y con el progreso. Mas ¿cómo hemos de llamar nosotros catolicismo a semejante abominaci3n, y cat3licos a los dementes que la sostienen?

Con todo, si nosotros exponemos una doctrina cat3lica, en lo que tiene relaci3n con la política, que se ajuste a las ideas liberales de ahora, podrán acusarnos de que es doctrina de cat3licos complacientes y débiles, de cat3licos que disimulan o que transigen; en una palabra: de cat3licos liberales. Nosotros mismos hemos declarado y confesado que existe esa secta de liberalismo cat3lico; que existe un cristianismo social y que no es el verdadero cristianismo. Para allanar estas dificultades, creemos necesario exponer en breves palabras la doctrina catolicopolítica de algunos autores, que no pueden ser recusados, y vamos a elegir dos muy notables. Es el uno el padre Francisco de Vitoria, y el otro, el padre Domingo de Soto catedráticos ambos en la Universidad de Salamanca y gloria ambos de la civilizaci3n española en nuestro gran Siglo de Oro. Creemos que sin torcer el sentido en lo más mínimo, hallaremos en ellos la soberanía del pueblo, el sufragio universal, el derecho de insurrecci3n contra el tirano, y hasta los derechos individuales e ilegíslables, todo en perfecta armonía con la religi3n cat3lica, o, mejor dicho, todo fundado en la misma religi3n cat3lica y en su teología.

También explicaremos, valiéndonos de dichos autores y haciendo de meros intérpretes y comentadores suyos, la diferencia que hay entre la potestad civil y la eclesiástica, y en qué forma y manera importa que ambas potestades estén unidas.

Historia de la civilización ibérica

- I -

Hará ya cerca de tres años, en 1885, publicó mi amigo J. P. Oliveira Martins la tercera edición, aumentada y corregida, del libro cuyo título me sirve hoy de epígrafe.

Muy lisonjeado y satisfecho me sentí yo cuando recibí un ejemplar de dicha obra y vi que el señor Oliveira Martins me hacía la honra de dedicármela.

Desde entonces he deseado mostrar al autor mi gratitud, dando a conocer al público español este notable trabajo, generalmente ignorado de la mayoría de mis compatriotas, los cuales suelen leer y saber más, cuando leen y saben, de lo que se publica en Francia, Alemania, Inglaterra y hasta Rusia, que de lo que se publica en el reino vecino.

El recelo de no salir bien de mi empeño y mi natural desidia me han retraído hasta ahora de cumplir mi propósito. Por dicha, o mejor diré, por desdicha, nadie, que yo sepa, se me ha adelantado haciendo lo que yo querría hacer y no hacía.

Pocas personas leen en España libros portugueses, sin que acierte yo a explicarme esta ignorancia o este desdén.

La literatura florece hoy en Portugal y da abundantes y sazonados frutos. Garret, Herculano, Castilho y Méndez Leal, cuentan entre la nueva generación con dignos y numerosos sucesores, y aún viven Andrade Corvo, Latino Coelho, Serpa Pimentel y otros no menos ilustres, de los que fueron sus contemporáneos, émulos o discípulos. La poesía lírica y narrativa, la novela, la Historia y las ciencias sociales, tienen hoy en Portugal quienes con extraordinario éxito la cultiven. La lengua portuguesa difiere más de la castellana por la pronunciación que por las partes léxica y sintáctica. Así es que cualquier español medianamente despejado e instruido entiende, sin necesidad de gramática ni de diccionario, todo libro escrito en portugués, y esto hasta el extremo de considerar yo como lujo superfluo el traducir nada castellano al portugués. Todo libro portugués debiera venderse en nuestras librerías como castellano, así como todo libro castellano debiera venderse en las librerías portuguesas. En este punto sería bien que hubiese, y nada más que nuestra poca afición a leer se opone a que haya, la más completa unión ibérica. Con ella hasta mercantilmente ganaríamos mucho los españoles. A más del público de Portugal, donde me inclino a creer que se lee proporcionalmente más que en España, tendríamos el público del Brasil, cuya población llega ya a doce millones. Algo más conocidos son en Portugal nuestros autores que lo que lo son entre nosotros los portugueses; pero tampoco nos podemos jactar de ser en Portugal muy conocidos. Sin duda influye más que nada en que nos tratemos intelectualmente tan poco la grande modestia o humildad colectiva que nos aqueja, menospreciándonos demasiado y creyéndonos más caídos de lo que estamos en realidad. Esta modestia colectiva en ninguna manera se opone a la soberbia individual que puede tener y que a menudo tiene cada uno; antes bien, realza y aguza la soberbia, pues cada uno puede considerarse y estimarse como rarísima excepción, como personaje de gran

valer, extravagante y exótico, en medio de una raza o casta de hombres estéril ya, agotada y seca.

Ello es que el abatimiento nacional eleva más el concepto que formamos de las civilizaciones francesa, inglesa y alemana. En los productos de esas civilizaciones buscamos enseñanza, modelo y guía, y de esta suerte los genios de los pueblos peninsulares se divorcian y apartan cada vez más. Hasta en los idiomas se observa la tendencia divergente. En lo antiguo, en Castilla escribían en portugués reyes como don Alfonso el Sabio y don Alfonso XI, el del Salado, y trovadores como Macías; y escribían versos castellanos Gil Vicente, el infante don Pedro, Sa de Miranda y Camoens, y la mejor prosa castellana brotaba de las plumas de Jorge de Montemayor y de Melo. Pero en lo mismo que escribían entonces en portugués los portugueses, éstos se parecían más a los escritores castellanos de entonces. El estilo y el lenguaje de fray Luis de Souza, por ejemplo, son mil veces más semejantes al estilo y al lenguaje de fray Luis de León y de fray Luis de Granada que el estilo y el lenguaje de dos autores modernos, portugués y castellano, si los comparamos entre sí.

La facilidad de comunicaciones, los telégrafos, ferrocarriles y barcos de vapor, nos separan en vez de acercarnos. El regionalismo crece en la Península no por la abundancia de diversas clases de savia, sino porque vamos todos a buscar en tierra extranjera la savia que nos falta o que creemos que nos falta.

¿Cómo he de negar yo la individualidad portuguesa? Yo no niego tampoco la individualidad catalana. Cataluña tiene una gran historia aparte de Castilla, y tiene literatura y lengua propias, ambas ricas y bellas. Pero, a la verdad, en este movimiento separatista, aunque se tome por meramente literario, que se nota en el día, y que yo celebro cuando veo que produce poetas tan inspirados y sublimes como Verdaguer, noto yo, más que el amor con exceso exclusivista de la Patria, algo de parecido a lo que noto en algunos individuos que vivieron largo tiempo en país extraño, o que se educaron a la extranjera y presumen de excepcionales entre los suyos y de muy superiores a la generalidad. En los portugueses muy portugueses y muy adversos a los castellanos, como Andrade Corvo, por ejemplo, veo yo que el desdén de Castilla estriba en cierta adoración y rendimiento a Inglaterra; y en el catalanismo anticastellano de algunos catalanes hay por base la rara persuasión y la más rara y aun cómica pretensión de que hay un pedazo de nuestra Península y cierto número de personas que le puebla que son como excepción en el general hundimiento; que son europeos cultos y cultivables, y que lo demás está ya perdido, si no lo estuvo siempre, y vale poco o no valió nunca nada para la cultura. En suma: yo no condeno que alguien ame y estime más a su provincia que a toda su Patria; a su ciudad natal más que a todas las otras ciudades de su provincia; a su familia más que a las demás familias del lugar en que vive y a sí mismo, más que a todos los otros individuos de su familia. Este egoísmo es natural; es como una luz y como una fuerza, tanto más brillantes y poderosas cuanto más cerca están del foco de donde brotan e irradian.

Si este egoísmo no se rige y refrena por la caridad, por la prudencia y por otras virtudes, es ridículo en los débiles y dañino y brutalmente cruel en los fuertes; pero también quien carece de este egoísmo, quien no se estima, se quiere y se aprecia en mucho, apenas sirve para nada y apenas hace nunca cosa de provecho o de honra. De aquí que yo no condene,

sino que aplauda este egoísmo, con tal de que sea moderado y razonable. Y si no le disculpo sólo, sino que casi lo aplaudo en quien a sí mismo se aplica, ¿cómo he de condenarle en quien le aplica a una región entera y a todos sus habitantes?

El singularismo, el particularismo, el regionalismo, todo este linaje de egoísmos, más o menos estrechos, quedan, aceptados y aun aplaudidos por mí. El amor de la Patria, aunque conste la Patria de veinte, treinta o cuarenta millones de hombres; el amor a las naciones todas que siguen la misma religión o están tácitamente confederadas y ligadas por los mismos principios fundamentales de su cultura, ¿no es egoísmo también, si se compara al sentimiento superior de la solidaridad y la fraternidad humanas? Y con todo, ¿quién se atreverá a censurar el amor de la Patria, o a encontrar inhumano y duro el orgullo noble y bien gobernado que podemos tener en seis o siete naciones de Europa, de haber sido y de seguir siendo los portaestandartes, los apóstoles, los divulgadores y los propugnadores de cuanto más bello, elevado, útil y purificante ocurre al espíritu cuando analiza la idea de progreso?

En el sentimiento que induce a los hombres al regionalismo hay, por tanto, no poco de natural, de conveniente y de justo. Por desgracia, en países como nuestra Península, donde cierta grandeza pasada y la postración y el malestar presentes nos atormentan y nos ponen de perverso humor, nacen del abatimiento colectivo y de la singular o particular soberbia las más deplorables, anárquicas y disolventes maneras de pensar. Varias son estas maneras, y no estará de sobra citar aquí las principales. En todas hay error; pero, ¿cómo negarlo?, algún fundamento de verdad hay en todas.

Nada más común en España que oír a los hombres a quienes la fortuna o el propio mérito ha encumbrado, y que gobiernan o gobernaron la nación, quejarse de que la nación es ingobernable: atribuir a una multitud de vicios, defectos, maldades y flaquezas de la generalidad el que ellos gobiernen mal y no se luzcan como los más eminentes gobernadores de Inglaterra, de Alemania o de otra nación preponderante hoy. Estos, a fuerza de tener razón, no la tienen. Un gran gobernador lo es, en algo por sí, pero en más por el medio en que vive, por el teatro en que representa, por las cartas con que juega y por el pensamiento y la voluntad, acaso inconscientes, pero fecundos, del pueblo que él gobierna, realizándolos al gobernarle. Claro es que, si el nivel intelectual y moral del pueblo estuviese más alto, los que le gobiernan lo estarían también o tendrían que ceder el mando a los que se elevasen por cima de ese nivel; pero si el nivel está bajo, lo natural es que los gobernantes, como hombres salidos de ese pueblo y criados en él, no se levanten mucho por cima del nivel común, no sean seres de otra casta, no valgan ni puedan ni suelen valer mucho más. ¿Cómo no ha de ser así en las artes de la política, cuando en otras artes, manifestaciones de la actividad humana y virtudes, que parecen ser más exentas del influjo del medio ambiente, apenas se da jamás un hombre grande, aislado, y sin predecesores, y sin pueblo y sin séquito? Lo más que podemos imaginar, fuera de la civilización griega de la edad de Alejandro, es un Aristóteles en potencia archirremota, en embrión o en protoplasma. Un Aristóteles en acto supone y exige toda la civilización anterior y circunstancial: todo el esfuerzo del pensamiento colectivo de la raza helénica antes de Aristóteles, y persistente y en prolífica actividad aun en tiempo de Aristóteles mismo. De lo contrario, Aristóteles no hubiera nacido. Se me resiste creer, considero caso teratológico, casi imposible y absurdo, un Aristóteles latente, cesante e inactivo entre salvajes. Con mil

veces más razón es inconcebible un Alejandro sin griegos y macedonios, un César sin romanos o un Cisneros y un Gran Capitán sin la España del siglo XVI.

Los mismos argumentos aducidos aquí invalidan más aún la afirmación contraria de hombres discretos acaso, pero más agriados y presumidos que discretos, los cuales, o bien por pertenecer a los partidos extremos, o bien por otras causas, no toman nunca parte en la gobernación del Estado. Para éstos, todo el pueblo español es hoy el mismo que en las mejores edades. Los marineros que fueron con Colón y con Magallanes, los guerreros de Pavía y San Quintín, todo subsiste aún. Si España no sigue siendo la primera nación del mundo es por culpa de unos cuantos insolentes, sin corazón y sin inteligencia, sin saber y sin virtudes, que no se comprende cómo se han apoderado del país y le esquilman y le destruyen. Los que sostienen esta tesis, aunque no lo expresen a las claras por cierto pudor, dejan entrever que si ellos gobernasen, todas esas altas prendas de nuestro gran ser, que los malos gobernantes comprimen, se desenvolverían y se mostrarían de nuevo. Así renacerían para España los Siglos de Oro con el predominio y la hegemonía en Europa y en todo el mundo.

Esta teoría es la más falsa de todas. Apenas merece seria refutación, si bien yo he procurado refutarla seriamente en un extenso artículo, juzgando un libro de un amigo muy ingenioso, aunque movido por error, a mi ver, patente. Justo es decir con todo, que si bien esta teoría me parece la menos racional, es la más simpática, por ser la más generosa. La vanidad del que escribe está más disimulada, y no se satisface ni engríe a expensas de todos, sino que a todos los celebra, y sólo echa la culpa de nuestras malas andanzas a unos pocos señores que han sido ya ministros, o por lo menos, altos funcionarios.

Como quiera que sea, entre cuantos señalan las causas de nuestro mal, los que allá, en el centro velado de su pensamiento, la miran como más sin remedio, suelen ser los personajes políticos que ya nos han gobernado. Su razonamiento es muy sencillo: se cae de su peso; es como si dijeran: visto que yo no he podido hacer más de este país, es de inferir que este país no puede dar nada más de sí, ni está llamado a ser más, o para siempre o en siglos.

Los que achacan todas las desdichas a los malos gobiernos nos halagan con esperanzas. Si todas nuestras desdichas provienen de los gobiernos malos, ¿hay más para remediarlas que proporcionarnos uno bueno? Echemos a esos cuantos pícaros tontos que mandan, y de la inmensa mayoría de españoles agudos, sabios y virtuosos elijamos Gobierno que haga que toda ventura y toda grandeza retoñen en nuestro suelo como por ensalmo.

Lo que yo veo de más indudable en estas teorías es que todos los españoles, desde Cádiz hasta Irún y desde Cintra a La Junquera, estamos muy poco contentos, lo cual deploro y somos bastante soberbios y presumidos, lo cual hasta cierto punto aplaudo, porque, si no lo fuéramos, para nada valdríamos.

De nuestra vanidad y de nuestro descontento de lo presente pueden nacer buenas cosas para lo por venir; pero también nacen malos engendros, y el peor de todos, en mi opinión, es el regionalismo. El rasgo de nuestro carácter que le determina es el mismo que nos movió a no pocos actos de ruda intransigencia y de intolerancia fanática. Se parece al de la tripulación de un barco combatido por los vientos y las olas, si imaginase que a bordo hay

algunos sujetos que con su mala conducta atraen la cólera del Cielo y los agarrase y los echase al agua para salvarse. Así echamos nosotros a los judíos en el siglo XV y a los moriscos en el siglo XVII; así se separaron de nosotros los portugueses, y así, por último, se advierte en el fondo de todo ese movimiento catalán algo como aspiración a cierta autonomía; el vago pensamiento de que siendo los catalanes más industriosos, más ingeniosos, más activos y más ordenados, pierden muchísimo con estar unidos a los castellanos, flojos, imprevisores e inhábiles para los negocios que importan en el siglo en que vivimos. En balde es que el regionalismo catalán se encubra con el traje literario. Al abrigo de este traje, cuando no late el corazón separatista, se fomenta y se incuba el sentimiento de imaginada o de real superioridad, con sus inevitables consecuencias, poco favorables para Castilla.

Un castellano imparcial, como yo creo que lo soy (salvo la suposición atrevida de llamarme castellano, habiendo nacido en el Reino de Córdoba), reconoce desde luego todas las nobles prendas de los catalanes, admira todas las glorias del antiguo condado y cree que Barcelona es en el día la primera ciudad de España. Entiende, además, que hay una lengua, no un dialecto, propia de Cataluña, en la que se han escrito hermosas poesías y varias crónicas interesantes, lo cual, si añadimos los frutos del renacimiento novísimo, constituye una literatura tan noble y rica, que tal vez no haya región en todo el planeta que habitamos en las circunstancias de Cataluña, de haber sido un antiguo condado independiente, que posea literatura igual. Las consecuencias que saco yo de todo esto son: alegrarme de que tengamos en España tan magnífica ciudad, dar por bien empleada la carestía que hemos sufrido durante muchos años en el vestir y en otros artículos para contribuir a esa magnificencia y hallar que es un primor que para novelas y versos al menos, y para mayor variedad se escriba en catalán a veces, como se puede escribir en mallorquín, en valenciano o en gallego.

Por más que hago, no puedo ir más allá en mis concesiones al catalanismo. El amor fervoroso a la patria limitada no consiente que nos inclinemos a amar el caos de la Edad Media. No menos orgulloso que un barcelonés y no menos desdeñoso del resto de su nación me parece que podría estar en Italia un genovés, un florentino o un veneciano, los cuales han de recordar sin duda cuán poderosas y gloriosas repúblicas fueron sus ciudades natales respectivas. Pero sin salir de España, y si nos empeñásemos en volver los ojos a lo pasado con sobrada ternura, ¿por qué todos mis paisanos los cordobeses, y yo con ellos, no habíamos también de darnos el lustre y el tono de tener cordobesismo? Córdoba, mucho más que Barcelona, pudiera estar quejosa de su unión a Castilla. Córdoba ha menguado y Barcelona ha crecido y crece más cada día. Pues qué, ¿es poca gloria para Córdoba haber sido la capital de un califato español y patria de tal serie y procesión de varones ilustres desde Séneca, Lucano, Osío, Averroes, los Abderramanes y los Almanzores hasta ahora? ¿Habrán muchas comarcas en el mundo que puedan presentar mayor número de héroes, poetas, filósofos y grandes capitanes de mi provincia? Hasta en lejanas y triunfantes expediciones por mar, aunque sea Córdoba ciudad mediterránea, nos hemos adelantado a los catalanes, yendo siglos antes que ellos a Oriente, aterrorizando al califa de Bagdad y entrando un puñado de muladíes cordobeses en Alejandría a saco, quemando luego las naves en Creta, como las quemaron los catalanes imitándonos en Galípoli, y dando el nuevo nombre de Candía a la tierra de Minos, de Ariadna, y aun del mismo Júpiter, donde un forajido de los Pedroches fundó imperio independiente que duró cerca de dos siglos; más

que el de los catalanes en Atenas. Y, sin embargo, a pesar de esto que referimos y de mil otras empresas y glorias que pudiéramos referir, a ningún cordobés se le ocurre tener cordobesismo, gracias a Dios.

Hoy en día, tal cual es el concepto de nacionalidad, más fácil de sentir que de expresar, desentona en cualquier oído el sustantivo nación unido al adjetivo cordobesa. Y si no puede haber nación cordobesa, no hay más razón para que pueda haber nación catalana. El tener lengua propia no da este privilegio a Cataluña. Si le diese, podría haber nación gallega y nación mallorquina, y en Italia nación veneciana, y en Sicilia una nación también aparte.

Aunque la lengua propia cultivada sea un elemento de nacionalidad, no es el único.

El castellano, el portugués y el catalán son los tres idiomas principales de la Península: poseedores los tres de rica literatura, pero con una notable diferencia a favor del portugués y del castellano y en contra del catalán. Los dos primeros, por su persistencia, por el número de gentes que los entiende y los habla y por otros mil motivos, son idiomas nacionales. El catalán, con todos sus primores, con todos los libros que se escribieron en él y que en él se sigan escribiendo, será siempre un habla regional. Los que expresen su pensamiento en esa habla tendrán hartito pequeño auditorio si no los traducen: esto es, si no se convierten en españoles o en franceses.

El que habla o escribe en castellano puede ser entendido por cuarenta o cincuenta millones de hombres que se dilatan por ambos hemisferios, y cuya lengua nativa es la del autor. El que escribe en portugués escribe hoy para cerca de veinte millones, y con el tiempo para muchos más, porque la lengua portuguesa ha de difundirse con la creciente y floreciente población del Brasil, y en el África y tal vez en la India y en China. El catalán, en cambio está limitado a una pequeña región y al corto número de personas que en ella vive.

A mi ver, pues, y considerando este asunto por todos sus lados, si bien celebramos que Oller escriba en catalán sus novelas y que Verdaguer escriba en catalán La Atlántida, tal vez ganaríamos más, ellos y nosotros, si todo eso estuviera desde luego escrito en la lengua castellana, que ya debe llamarse y se llama española. Pero aun suponiendo que es más primor, más riqueza, más variedad el tener y el seguir teniendo literatura catalana, esta literatura no es contraposición, como pretende el señor Ixart, sino dependencia o ramo de toda la de España. Melli, gran poeta de Sicilia, Gozzi y el mismo Goldoni y otros que en parte o en todo escribieron en veneciano, jamás aspiraron a crear una literatura diametralmente opuesta a la de toda Italia. En Italia, y eso que nunca hubo hasta hace poco unidad política, a nadie, desde los Alpes al Etna, se le ocurrió nunca, a pesar de tantas glorias regionales de todo género, contraponer un espíritu de región, mezquino y vanidoso, al grande y sublime espíritu que informa y anima a la nación entera y que le da unidad sustancial e individual, aunque por casos históricos haya estado dividida políticamente en muchos y diversos Estados.

Se me dirá que el catalanismo no pasa de ser literario, o se limita a cierta jactancia, más o menos fundada, con que algunos catalanes denigran a los demás españoles y se plantan como modelos de orden, laboriosidad y economía; pero ¿quién no nota que en todo esto van

incluidos no pocos gérmenes de discordia, y si no el anhelo de cierta autonomía, dentro de la unión, a fin de que la nación (la nación catalana) rompa las ligaduras que la tienen agarrotada y sujeta?

De todos modos, aunque estos gérmenes de discordia no hubieran nunca llegado a tomar consistencia, no ya en artículos escritos a la ligera, improvisados en los periódicos, sino en un libro como el de don Valentín Almirall, no creo yo que el mejor medio de sofocarlos y esterilizarlos sea el fingir que no los vemos, el no darnos por entendidos. No: el mejor, el único medio de combatirlos, es verlos y hacerse cargo de todo y responder a todo. El señor Núñez de Arce no estuvo, pues, en mi sentir, inoportuno e impolítico en contestar al señor Almirall. Aunque en las consecuencias prácticas haya mostrado el señor Almirall exquisita moderación y laudable prudencia, basta una afirmación, teórica capital, base de todo su pensamiento, para que todo español amante de España le combata. La afirmación teórica es que «la causa inicial de la degeneración de la nación catalana, fue el temperamento idealista y absorbente de la raza castellana dominadora, en oposición al temperamento catalán, positivo y analítico.»

Cito las palabras mismas con que el ilustrado crítico catalán Ixart expresa la referida afirmación capital teórica. ¿Hay en tal afirmación algo de castizo, de propio, de exclusivamente catalán? Yo creo que no. En tal afirmación no hay más que la creencia de que hay cierto espíritu mercantil, industrial, positivista y quizá algo racionalista, en el cual, según filosofías de la Historia, inventadas en Francia, Inglaterra o Alemania, para glorificación de estas naciones, fundan hoy muchos, superficialmente y agrupando a su antojo, desfigurando y explicando los hechos históricos, todo el desenvolvimiento y la prosperidad recientes de los principales pueblos de Europa. Como España no siguió ni obedeció la voz de ese espíritu, se quedó pobre, decaída y atrasada: vino a ser una coleta de África. A tan arbitrarias y vulgares filosofías hay no poco que responder; pero no respondamos, al menos por ahora. Supongamos que tales filosofías son la pura verdad y todavía tendremos que colocar sobre ellas el aditamento, más arbitrario aún, de que los pecadores del idealismo que nos perdió fueron sólo los castellanos, y de que los catalanes estaban poseídos de un espíritu enteramente contrario: del mismo espíritu de las grandes naciones progresivas de Europa. Y hasta después de tal aditamento no saldrá el catalanismo. Saldrá, en buena lógica, que es un dolor que no sea Cataluña un pedazo de Francia y lo demás de España un pedazo de Marruecos. ¿Dónde está el carácter propio, exclusivo, enteramente opuesto al de los demás españoles, y diferenciándose también del de los franceses, que preste a Cataluña los elementos propios para ser una nación, como una nación debe ser nación en el día? ¿Cuántos más motivos no tendrían las provincias vascongadas, con lengua distinta, prósperas y ordenadas también, y con una capital tan floreciente como Bilbao para declararse nación! ¿Por qué Galicia no había de ser nación o irse con Portugal y abandonarnos?

Desengañémonos: el catalanismo es absurdo y malsano. Y el regionalismo, en general, no bien traspasa los límites de aspirar a cierta descentralización, lo cual es punto de derecho administrativo que aquí no tocamos, sólo puede conducir al caos del cantonalismo, ideal de Pi y Margall, o a la disolución de un gran pueblo, que pudiera partirse como Polonia, si tuviese por confín grandes potencias y no mares.

No está de más repetir que aquí ni aplaudo ni condeno los proyectos de Constituciones que presenta el señor Almirall para que Cataluña no esté agarrada y la unidad de España se conserve. Lo que combato, y más que derechamente por incidencia, es el espíritu disolvente que transpira en la obra del señor Almirall, apoyado en una presumida superioridad de Cataluña, la cual, a ser cierta la presunción, no debiera llevar a Cataluña al odio, sino al predominio sobre las otras regiones de España, a quien los catalanes catalanistas no quieren considerar una, sino uniformada: hoy uniformada, dicen de España, pero no una. Ahora bien: si no existe la unidad y si se rompe la uniformación, como pretenden, ¿qué nos dejarán de España?

Y lo más curioso es que las glorias aisladas y exclusivas de Cataluña, llevadas de su espíritu propio y consignadas en la Historia, son pocas en comparación de las glorias de Cataluña, obrando de concierto y como parte integrante, muy principal y honrada, primero del reino de Aragón y luego de España toda. Ni siquiera la lengua florece y brilla como lengua literaria, sino después que Cataluña ha dejado ya de ser nación, o mejor diremos, Estado independiente. Las crónicas interesantes, los grandes poetas, los autores todos de valer que han escrito en lengua catalana, son y no pueden menos de ser posteriores a la unión de Aragón y de Cataluña. Ya entonces, en gran parte de la nación para quien o de quien se componían en catalán aquellas historias no se hablaba el catalán, sino se hablaba el castellano, que así se generalizó y llegó a ser lengua española.

Aunque sea vulgaridad y no sentencia, queremos asegurar que las cosas que son, son porque tienen que ser; porque no pueden dejar de ser. La Providencia, el Destino, la ley natural que gobierna las sociedades, lo que quiera que sea, dejando, a no dudarlo, holgura bastante para el libre albedrío individual, dispone indefectiblemente los sucesos generales. Y, sin embargo, creemos lícito imaginar lo que hubiera podido resultar si los sucesos hubieran sido de otra suerte de como fueron. Imaginemos, pues, que en Aljubarrota, en 1385, hubieran vencido los castellanos y probablemente no hubiera habido jamás nación portuguesa. Portugal hubiera sido como Galicia o Vizcaya, un señorío, por algún tiempo sublevado, que vuelve a formar parte de la nación. O supongamos que más adelante, en 1476, los portugueses vencen en Toro a las gentes de Aragón y Castilla, y tampoco entonces hubiera habido Portugal. Todavía, en 1491, si el príncipe don Alfonso no cae de un caballo y se mata, es probable, es casi seguro, que la ambición de don Juan II de Portugal se hubiera logrado y hubiera habido unión ibérica completa. «Acaso -dice Oliveira Martins- esta unión, realizada en el período ascensional de España, se hubiera consolidado, cortando las alas del alma portuguesa en la era clásica y bastardeando la semilla que nos dio a Camoens.» Esto es: acaso no hubiera habido lengua portuguesa literaria con gran literatura. Camoens, que, súbdito de un reino independiente, escribió parte de sus obras en español, hubiera escrito en español todo, incluso *Os Lusíadas*, que no hubieran sido ya *Os Lusíadas*, porque Vasco de Gama u otro hubiera ido a la India en nombre de toda España. «Unido entonces Portugal -añade Oliveira Martins- hubiera que dado como si no hubiese existido, ya que no hubiera llegado a formular su pensamiento histórico ni a consumir su empresa.» Por sí solo, se entiende.

Tal vez peque de exageración Oliveira Martins; pero añade en otro sitio, contestando a los que en el siglo XVI condenaban al rey don Fernando y a los gloriosos infantes don Pedro y don Enrique por haber lanzado a Portugal en empresas marítimas, como Plutarco

condenaba a Temístocles: «Si no se hubiese extendido por el mar un nombre, sin razón de ser en Europa, no tendríamos honra en la Historia. Ese nombre de Portugal, no existía sino como recuerdo erudito de cierto condado que, en manos de príncipes astutos y audaces, consiguió vivir algunos siglos separado del cuerpo de la nación española.»

El verdadero título, el diploma, la razón de ser de la nacionalidad portuguesa, la dan, pues, Gama, Álvarez Cabral, Alfonso de Albuquerque, don Francisco de Almeida y don Juan de Castro, los que fueron en busca del preste Juan, los que descubrieron las islas encantadas del Mar Tenebroso, los que vencieron a Adamastor los que conquistaron la India y otras regiones del Asia, desde Ormuz a Malaca, y los que trajeron ovantes al Tajo ufano.

Aunque escribo de memoria, sin libros en que apoyar mis afirmaciones, cerciorándome previamente, creo poder afirmar que, hasta el último tercio del siglo XV, la literatura catalana tiene más importancia que la literatura portuguesa; hasta entonces no valían los autores de Portugal lo que valían los de Cataluña; pero, en cambio, el idioma portugués era un idioma nacional, y el catalán, desde 1137, no lo era. Ni es de presumir que, si Portugal y Castilla se hubiesen unido, quedando Aragón independiente, hubiera prevalecido allí el idioma catalán. Lo probable es que el castellano hubiera prevalecido. Ya en la corte de Alfonso V, el Magnánimo, de uno de los más grandes monarcas aragoneses, el castellano triunfa por completo. Testimonio y monumento de este triunfo es el Cancionero, de Estúñiga.

El habla de Castilla, aunque Castilla jamás hubiera llegado a ser el núcleo de una realizada unidad política peninsular, estaba, desde antes del siglo XV, llamada a ser el idioma de España.

Apenas había Portugal, y ya tenía Castilla su epopeya del Cid; apenas habla lengua portuguesa, distinta de la gallega, cuyo más antiguo gran monumento nos le dejó Alfonso el Sabio de Castilla en Las Cantigas, y ya había en Castilla Las Partidas, la Crónica general, la Crónica de la gran conquista de Ultramar y El saber de Astronomía. En resolución: la lengua en que después de esto escribe Juan Ruiz el Arcipreste, Lorenzo de Segura, López de Ayala y el infante don Juan Manuel; en que toma forma definitiva el Amadís y en que La Celestina aparece, debía de ser la lengua española, reduciendo a dialectos, o si no se quiere a dialectos, a lenguas regionales, las demás hablas de la Península, a no suceder, como sucedió en Portugal, que la lengua que allí se hablaba y escribía rebose con la gente y se dilatase y propagase, también con la gente, hasta en imperios extensísimos y

Pero aun pensando sobre esto de un modo contrario, aun afirmando la existencia, no de una, sino de dos, de tres, de siete lenguas nacionales en la Península ibérica; aun concediendo, ya por generosidad, ya por justicia, a cada una de estas lenguas una gran literatura; aun dividiendo a toda España en distintas regiones, con diversas castas y linajes

de gentes, cada uno de los cuales linajes o castas tiene, aparte sus aptitudes, sus glorias y hasta senda misión especial en el desenvolvimiento del conjunto, este conjunto subsiste uno y no uniformado; y España no es mera expresión geográfica, sino organismo social de estos que en el día se llaman naciones, con sello peculiar y exclusivo que la distingue y separa de las otras naciones europeas, y con su propia y genuina civilización, en cuya obra, tanto en los defectos como en las excelencias, tanto en los aciertos como en los extravíos, lo mismo han puesto mano los cordobeses y los sevillanos, como los gallegos, y lo mismo los extremeños y castellanos que los asturianos, aragoneses y catalanes.

Si hemos venido a menos, si en el mudado aspecto del mundo y si en el drama novísimo de la Historia no representamos el más brillante papel, no vale decir: «Yo no tengo la culpa; yo soy una excepción; otra cosa sería de mí si yo no estuviese unido a los demás y que valgo más que los demás en todo.»

Es, por cierto, gran consolación patriótica el ver que, al lado de este regionalismo, que en algunas provincias de España se desenvuelve, y que en la práctica puede propender al federalismo, al cantonalismo y a la disolución y ruina, el españolismo renace en toda su amplitud y viene a contraponerse a tan estrecho y vanidoso espíritu.

Hay en nuestra edad, tan inventora de filosofías a la ligera, ciertas pedanterías sin base que se ponen en moda y que, pasando al lenguaje vulgar, inducen en error y acarrear lamentable extravío al pensamiento y al sentimiento. En este número cuento yo el concepto y la expresión de que hay una América latina poblada de una raza latina, como el Canadá y los Estados Unidos están poblados de una raza germánica o anglosajona. Si bien se mira, si llamamos anglosajones a los Estados Unidos, todos los demás estados y repúblicas de América debieran llamarse visigóticos. Tan visigodo fue todo español o portugués de los que colonizaron las Indias occidentales, como anglosajones los ingleses, los escoceses y los irlandeses que fueron también allí a colonizar. Es verdad que tomaron el nombre de ingleses, derivado de anglos; pero esto no prueba que haya más sangre germánica en sus venas que en las de un portugués o de un español. Si porque los anglosajones conquistaron a Inglaterra se ha de llamar anglosajona, la América conquistada por ingleses bien pudiera también llamarse latina, porque Inglaterra formó parte del Imperio romano, o normanda, porque también los normandos conquistaron a Inglaterra.

Hasta en la clasificación meramente filológica hay, a mi ver, algo de violento y de arbitrario en colocar la lengua inglesa entre las lenguas germánicas. Sin duda que hay más vocablos germánicos en inglés que en español; pero en inglés también hay muchísimos vocablos latinos; casi estoy por afirmar que más que alemanes. Sea de esto lo que se quiera, y aun suponiendo lengua germánica el inglés, no es lícito dar un brinco de la filología a la etnografía y declarar germanos a los ingleses como no es lícito declarar a los españoles latinos. Síguese, pues, que tampoco hay América latina ni América anglosajona o germánica, sino América inglesa y América española, que se han hecho independientes, pero que no se han descastado.

La casta o la nacionalidad se funda en un organismo superior al de la unidad política del Estado, y persiste, aunque la unidad política se rompa. De aquí es que los americanos, en cierto alto sentido, sigan siendo ingleses, españoles o portugueses. Los negros, que fueron a

América como esclavos, y que hoy son libres; los indios, más o menos salvajes, que se han cristianizado y civilizado, y la corriente ulterior de emigrados europeos, no bastan aún, ni acaso basten nunca, a destruir el núcleo, el centro orgánico que hace de los Estados Unidos un pueblo inglés; del Brasil un pueblo portugués, y de las demás repúblicas americanas, un pueblo español. Los americanos de los Estados Unidos han tenido que aceptar un apodo para distinguirse de los ingleses, y se llaman yanquis. En lo restante de América, si hay, por cima de las discordias y guerras, cierta comunidad de intereses y cierta fraternidad, al común origen ibérico se debe. Entre guaraníes, tupinambas, aztecas y caribes no hay lazo de unión; pero lo hay entre chilenos, argentinos, venezolanos, colombianos y mejicanos, en cuanto todos, por el origen, por el habla y por la cultura, son españoles. En virtud de este sentimiento, y a pesar de las gravísimas faltas políticas en que desde la emancipación de las colonias hemos incurrido todos, en ellas y en la metrópoli se advierte hoy y se acentúa cada vez más la propensión a reconocer, a conservar y a estrechar el vínculo íntimo y familiar que nos enlaza y aúna.

Es evidente que a ningún español que esté en su juicio se le puede ocurrir ya que vuelvan a constituir con España un Estado solo todos los españoles, que, ocupando inmensa extensión de tierra en el Nuevo Mundo, separado de Europa por el Atlántico, se emanciparon al fin y constituyeron estados independientes; pero esto no borra el sello de españolismo común a todos ni desbarata su fuerza unificante. Si esta fuerza obra a tan largas distancias y difundidas por tantas regiones, ¿qué no debe valer y qué cohesión no debe dar a un pueblo, encerrado en un espacio sin solución de continuidad y separado de los otros por los altos y fragosos Pirineos y por los mares?

Menester ha sido de un conjunto de circunstancias extraordinarias, de un verdadero prodigio histórico, para que en la Península sea y tenga cumplida razón de ser, además de la nación española, otra nación: la nación portuguesa. Menester ha sido, como ya hemos dicho, que ni en 1385, ni en 1476, ni en 1491, se realizase la unión y que permaneciésemos separados en el momento histórico, un siglo, de la más pasmosa expansión y brío del genio peninsular, el cual, no individuo, sino encarnado en dos, se derramó por el mundo, agrandó el concepto de las cosas creadas, se extendió por mares nunca navegados, descubrió inmensos continentes e islas y lo avasalló todo como a porfía. El Vicario de Cristo tuvo que tirar una línea para dividir el planeta que habitamos, y que nos partiésemos en paz su dominio. Orellana, viniendo desde Quito al Pará, navegando por el Amazonas, que descubre, y bajando luego hacia el Sur, se encuentra con Diego Correa en el lugar, que más tarde fue capital del Brasil. Ambos héroes se cuentan sus aventuras maravillosas. Nada simboliza mejor la acción separada, pero concorde, de ambos pueblos peninsulares. Bien pudo, al referir esto, exclamar sin jactancia vana el autor de Caramurú:

Se explica, pues, que dilatándose así por el mundo y creando al mismo tiempo una gran literatura, digna de tanta hazaña y de tanta gloria, e imperios futuros, donde esa literatura se continuase, y la lengua en que está escrita se hablase y siguiese escribiéndose, creasen los

portugueses una nacionalidad distinta de la nacionalidad española y fundada en suficientes títulos y razones. Nunca, sin embargo, se contrapuso esa nacionalidad a la de España. En los buenos tiempos de Portugal, todo portugués se consideró español. El mayor encomio que se hacía de Camoens era llamarle príncipe de los poetas españoles. Y a pesar del dualismo, que tan altos sucesos justificaron, persistió y persiste la unidad superior, que hace de todos los españoles una misma gente, con la misma civilización y con el mismo genio o espíritu.

El señor Oliveira Martins, no sólo en su Historia de la civilización ibérica, sino en su Historia de Portugal y en todos los demás libros que de su fecunda e infatigable pluma han brotado, viene a dar testimonio de esta verdad y a corroborarla. Los mismos hechos la corroboran. Portugal, no por separarse de España, en 1640, ha vuelto nunca a elevarse a su antigua grandeza. Su decadencia y postración, así como sus períodos de relativa convalecencia y renacimiento, han sido desde entonces casi sincrónicos con los de España, dando así una prueba más de que no es la tiranía avasalladora de Castilla la que hunde o enferma las otras regiones de la Península, sino que el mal es uno, y el vicio, si le hay, es uno, y circula por todas las venas de toda la casta española, con un solo Gobierno, o con dos o con veinticinco. Si hay culpa, no es exclusiva de los castellanos, sino de todos los iberos.

A fin de mostrar esta unidad ibérica en civilización, en destino y en fines, ha escrito su libro el señor Oliveira Martins.

Yo declaro con franqueza que no estoy de acuerdo con mucho de lo que dice en los Pormenores; pero la afirmación capital es tan simpática, que sólo por ella me movería yo a hablar extensamente de él.

Muéveme, además, la elegancia, viveza y claridad del estilo del autor, su erudición y diligencia y la importancia de los puntos que toca.

No se extrañe, pues, que me detenga yo más de lo que acostumbro en el libro del señor Oliveira Martins, y que este artículo sea sólo introducción a los dos o tres, no menos largos, en que pienso dar cuenta del libro y juzgarle, según mi leal aunque corto saber.

- II -

Desde que Bossuet escribió su famoso Discurso sobre la Historia universal, y desde que, hace doscientos años, sobre poco más o menos, el napolitano Vico inventó o puso de moda la ciencia nueva titulada filosofía de la Historia, se han escrito no pocas obras, a fin de explicar las leyes providenciales o fatales que sigue la humanidad en su progreso a través de los siglos. Cada uno de los escritos que hay sobre la materia lo explica todo, según la filosofía fundamental o primera que sirve de guía al autor, y con la que procura quedar de acuerdo. De aquí que el autor, sin que de ello se percate y con perfecta buena fe, ya que no desfigure los hechos, los arregle, ordene y componga de manera que se ajusten y encajen bien en un sistema preconcebido.

A pesar de este inconveniente, la tal filosofía de la Historia tiene irresistible atractivo para todos los hombres. ¿Quién no desea explicarse hacia qué término camina la especie humana y a qué fin la conduce la Providencia divina, o la empuja o la arrastra al ciego impulso de la Naturaleza?

Resulta, pues, que hasta los que no son propiamente filósofos, esto es, los que no han construido una filosofía fundamental ni obedecen a la filosofía fundamental de otros, suelen filosofar sobre la Historia con filosofía incierta, borrosa y vaga. Este género de filosofía se llama tendencia, y este linaje de filósofos, incompletos e inseguros, pensadores.

Voltaire, en el Ensayo sobre las costumbres; Montesquieu, en el Espíritu de las leyes, entre los franceses, y entre los alemanes, Herder, si bien ya con más claro y determinado pensamiento filosófico, han dado a la stampa libros de esta clase. Después, y hasta hoy, los libros de esta clase han llovido y llueven.

El espíritu filosófico y la trascendencia que hay o quiere haber en ellos, han impregnado todos los libros de la Historia, ya universal, ya parcial, de nación, provincia o comarca, singular acontecimiento o biografía de personaje ilustre. En esta última clase de libros, a fin de que, con sólo leer el título, entienda el lector todo su alcance trascendental, suele ponerse, en pos del nombre del sujeto cuya vida se refiere, el aditamento de y su siglo, o con más modestia, de y su tiempo.

Desde hace muchísimos años y sin duda desde que prevalece esta moda, en España se escribe poco de todo y menos de Historia. Las historias se escriben principalmente en Francia, Inglaterra, Alemania e Italia, naciones hoy más adelantadas y mentalmente más fecundas. Y como cada escritor ha procurado dar el mejor papel a su patria y convertirla en foco de adelanto, civilización y mejoras materiales y morales, las gentes han ido eliminando a España y reduciendo su papel hasta el extremo de que el estado floreciente y aun maravilloso de este conjunto de bienes que la civilización nos ha traído, se considere que nace sin el concurso de los españoles, cuando no a pesar y despecho nuestro. Lejos de ponernos como iniciadores o colaboradores en la obra magna nos ponen como estorbos.

Cada escritor ha ensalzado a su nación y la ha puesto por cima de todas las otras con más o menos motivo. Para Guizot, en su Historia de la civilización en Europa, Francia va a la cabeza de los demás pueblos, y la pobre España tan a la cola, que todo se explicaría haciendo de nosotros caso omiso. En Buckle, Historia de la civilización en Inglaterra, Inglaterra se lleva la palma, y España es la peor tratada de todas las demás naciones. ¿Cómo habíamos nosotros de contribuir a la civilización, aturdidos, casi locos por el ridículo temor de Dios y el más cobarde miedo del diablo, que nos han infundido hasta los tuétanos los terremotos que afligen y conmueven con frecuencia nuestra Península?

Contra la soberbia y el desdén de estos historiadores semifilósofos, alemanes, ingleses o franceses, o sea hijos de una nación que tiene un pasado glorioso y que prevalece hoy, se han levantado escritores cuyos pueblos o castas, o de cayeron ya, o tienen sus grandes glorias civilizadores en flor y en esperanza. De estos últimos ha de haber bastantes en Rusia. En los Estados Unidos, nación nueva también, puede presentarse como curiosísima

muestra a Draper. Su Historia del desarrollo intelectual de Europa, a la cual sirve de complemento el otro libro que ha escrito sobre Conflictos entre la religión y la ciencia, contiene una singular y para nosotros desconsoladora teoría, que puede interpretarse, si se quiere, en favor de los yanquis. Los pueblos forjan un ideal con la imaginación y la fe. Este ideal atesora en germen e incuba todo el progreso futuro. El germen se va desenvolviendo, fecundando y realizando, hasta que acaba y se agota. Es como un ovillo, del cual se saca hilo, hasta que el ovillo se acaba y no hay ya de qué tirar. Entonces termina la edad de la fe, y la edad de la razón comienza. El progreso se para. La raza o casta de hombres que le seguía se momifica o amojama. Así sucedió desde hace siglos en China. Así nos amenaza Draper con que sucederá pronto en Europa. Urge, pues, que los yanquis no se descuiden y creen a escape un nuevo ideal, bien preñado de futuros primores, porque sería un dolor que el amojamamiento o la impotencia de los europeos, ya inminente, porque se viene encima a más andar, pasase por herencia a los pueblos hijos de los europeos que se han establecido en la otra banda, y nos quedásemos sin ideal, estacionarios, chinificados y fósiles en las cinco partes del mundo.

Hay pueblos cuyas huellas están grabadas de modo tan indeleble y grande en la Historia, cuya acción ha sido de tal duración en sus efectos y cuyo pensamiento ha influido, con tal poder y persistente brío, que todo el orgullo de los pueblos que hoy predominan no puede borrar su glorioso pasado; pero ya que no lo borre, lo enturbia y achica, y, además, se venga, abrumando con su desdén a los descendientes, decaídos o degradados, de aquella raza, en otro tiempo enérgica y superior a las otras.

Ha dado esto ocasión a escritos brillantes en defensa de razas o pueblos menospreciados. Judíos hay que afirman que, a fin de que nos vayamos aperciendo para comprender el judaísmo y lleguemos a ser capaces de aceptarle, nos dieron hace cerca de mil novecientos años, sacándolos del rincón más desdeñado y oscuro de su país un profeta y una doctrina que nos sirva de educación preparatoria.

En Italia, tan desdeñada en el siglo pasado y en la primera mitad del presente, el furor apologético ha producido toda una magnífica literatura anterior a la revolución y eficaz en ella, y en las guerras y sucesos que han hecho a Italia una como Estado. Nada más hermoso, ni de más ardiente elocuencia, ni más rico en este género, que El primado, de Gioberti. Yo no niego, porque soy muy dado a dudar, que ha de entrar por mucho nuestra pasión en el juicio; pero apenas habrá hombre del mediodía de Europa, aunque no sea italiano, que no dé la razón a Gioberti y que no se incline a creer, al menos cuando está bajo la impresión de la lectura de su libro, que Italia es la reina de las naciones, la maestra de las gentes y la tutora de los pueblos, y que no sacudimos su yugo político sino para caer en la tenebrosa barbarie de los siglos medios; ni desconocimos su magisterio religioso sino para lanzarnos en mil supersticiones absurdas y fanáticas; ni nos sustrajimos a su férula filosófica sino para inventar filosofías falsas y ruines, entre las cuales se atreve Gioberti a poner la de Descartes. Sin duda que en todas estas afirmaciones hay mucho que mermar y aun que echar por tierra; pero siempre queda en pie lo bastante para que, si algo se concede a la vehemencia encomiástica por contradicción, no parezca disparatado aquello que dice un personaje de una tragedia de Nicollini:

Por último, el pueblo más glorioso en la antigüedad, el pueblo de quien procede, sin que nadie pueda negarlo, casi todo lo grande de la civilización europea, si bien ha suscitado en ciertos momentos agradecida admiración y hasta adoración, lo cual llegó a su colmo poco antes y algo después de Navarino y se divulgó por el mundo con los versos de Byron y de Lamartine, ha sido también el más vilipendiado y escarnecido. Hasta ha venido a negarse la existencia de este pueblo en nuestros días; se ha supuesto que no queda gota de sangre helénica en los que hoy se llaman griegos y descienden acaso de pueblos bárbaros y diversos que acabaron con los verdaderos griegos mucho tiempo ha. Para algunos, el prurito de acortar la vida de Grecia ha ido hasta dar por terminada su historia antes de Alejandro. La grande expansión del genio de Grecia por Egipto y Asia hasta la India no cuenta ya como historia de Grecia. Esto es más irracional que si terminásemos la historia de la verdadera España con la guerra de los Comuneros y el imperio de Carlos V, que ya era flamenco y no español, como Alejandro fue macedonio y no griego. Del imperio bizantino se ha hecho el tipo de la degradación y de la vileza, declarándole bajo por excelencia. Natural era, pues, que Grecia tuviese, como ha tenido, apologistas y defensores de su propia casta y lengua que han tratado de probar la no interrumpida existencia del genio y del ser del helenismo y de la raza de los helenos hasta el día. La Historia del pueblo griego, de C. Paparrigopoulos, es la defensa más profunda, por sus pensamientos, elegante y bella por el estilo y rica por la erudición, que se ha podido hacer contra tales ataques.

Infiérese de lo dicho que en la Historia, tratada así con generalizaciones filosóficas, entra por mucho la inventiva, y que de los mismos hechos, aunque nada se altere, cuando se agrupan y presentan con distinto arte, se sacan también distintas y aun opuestas consecuencias. El deseo en cada autor de defender y de ensalzar a su patria o de sacar triunfantes sus opiniones políticas o religiosas hace que, aun sin que él lo advierta, los casos ocurridos se vengan a ofrecer a su mente ordenados de manera que le den la razón en cuanto previamente él ha construido. La Historia, pues, no puede jactarse de ser una ciencia muy exacta, sobre todo cuando se encumbra a ser historia filosófica, o, más aún, cuando quiere ser filosofía de la Historia.

Para dar a esta ciencia la posible exactitud, menester es, por lo mismo, que todos trabajen y que alegue cada uno los méritos y servicios de su gente, a fin de que todo se tome en cuenta y valga para decidir este litigio cuando aparezcan jueces bastante elevados e imparciales que lo decidan.

Lo malo es que siempre existió y siempre ha de existir algo que tuerza y malee la sentencia, por ejemplar que sea la rectitud de los jueces: el valer de cada litigante en el momento en que la sentencia se dé. Este valer y este poderío, si no sobornan, deslumbran. El pueblo que suministra a su Gobierno tres mil, cuatro mil o más miles de millones de pesetas, en vez de mil o menos; que tiene más de un millón de hombres armados, que posee hoy mucha tierra y que cuenta con muchos navíos guerreros, persuade al historiador a que vale más, no sólo en lo presente, sino en lo pasado, y a que no sólo es más rico, sino también más cuerdo y más sabio que el pueblo pobre que no tiene Ejército ni Marina con

que avasallar y atemorizar a las gentes. Quien compara a una nación hoy pujante y triunfadora con otra nación abatida, se inclina sin querer a magnificar todas las cosas pasadas de la nación que hoy prevalece y a empequeñecer y denigrar cuanto fue cuanto hizo y cuanto valió la nación que decae.

Así es como España ha sido la nación más empequeñecida y denigrada en las historias filosóficas, en las filosofías de la Historia y en las historias de la civilización, que hoy se estilan y se escriben. El menosprecio ha sido tan contagioso, que los extranjeros han llegado a infundirlo en el ánimo de no pocos españoles. Al ver lo efímero que fue nuestro predominio, al considerar la bajeza a que hemos venido desde tanta elevación, asalta a algunos la duda de si la momentánea elevación fue fortuita o de si hay en nuestro carácter y en nuestro entendimiento defectos y vicios tales que no podían consentir que durara.

A este desdén desabrido que nosotros mismos nos inspiramos vinieron a unirse la ignorancia y la pereza, con todo lo cual la idea que formamos de nosotros se tornó cada vez más mezquina y cada vez nos sentimos más humillados en el cotejo que hacíamos de nuestra nación con Inglaterra, Alemania y Francia.

Justo es confesar que la simpatía generosa de sabios extranjeros contribuyó más que el esfuerzo de los españoles para sacarnos de este abatimiento y humillación de espíritu.

En los últimos años del reinado de Fernando VII creo que debe fijarse el momento en que estuvimos más hundidos, hasta en nuestro propio concepto.

De fuera vinieron, y sobre todo de Alemania, voces que nos volvieron a realzar a nuestros propios ojos y restituirnos la plena conciencia de nuestro valer. A mí se me figura a veces que en no pocos espíritus de españoles afrancesados debieron de sonar como desatinos las grandes alabanzas que llegaron de Alemania sobre nuestras letras, sobre nuestras artes y aun sobre mucho de nuestra ciencia y de nuestra civilización castiza, en todo lo cual apenas quería ya creer ninguna persona ilustrada de la Península.

Provino de aquí algo de anormal, contradictorio y un tanto cuanto risible. Salvo muchas y honrosas excepciones, porque no se puede generalizar sin hacerlas, tomando las agrupaciones en masa y no contando y comparando individuos aislados, ocurrió que los hombres más amantes del progreso moderno, fija la vista espantada en las altas novedades y en las ideas al parecer recién inventadas de países extraños, de todo lo cual estudiaban poco y mal y remedaban mucho sin maña, supiesen menos del propio país y tal vez apareciesen menos cultos y letrados, de cultura y letras propias, que los que eran acusados de retrógrados y oscurantistas.

Se daba un fenómeno harto lamentable. Para explicarnos nuestra decadencia se imaginaba o había existido realmente extravío o aberración monstruosa en la marcha de nuestra civilización y era menester renegar de lo pasado y condenarlo tomando los principios civilizadores de fuera, o entender mejor nuestro pasado, rehabilitar lo bueno de él, depurarlo de todo elemento deletéreo y continuar sobre él nuestro movimiento ascendente. Para esto se requería inspeccionar nuestro pasado con más exquisita diligencia y con crítica más aguda y desapasionada, y justo y consolador es decir que en tales estudios

hemos tenido un fecundo renacimiento en estos últimos tiempos. Para nuestra historia política, Lafuente, Cánovas y Ferrer del Río; para la historia de nuestras leyes e instituciones, Colmeiro, Pidal y Cárdenas; para la historia de nuestra civilización en general, Tapia y Gonzalo Morón, y para la historia de nuestras letras, ciencias y artes, Amador de los Ríos, Valmar, Gayangos, ambos Guerra, Canalejas, Milá y Fontanals, Aribáu, Menéndez y Pelayo y otros muchos han hecho estudios y han publicado libros, por cuya virtud podemos ya afirmar que no son sólo los extranjeros benévolos los que acuden a enseñarnos lo que somos y lo que hemos sido.

Causas semejantes producen en Portugal efectos semejantes. Allí también hay un renacimiento en todo linaje de estudio al empezar el segundo tercio de este siglo. El valer y la significación sociales, políticos y literarios de Portugal han sido examinados y puestos de realce por Herculano, Garret, Teófilo Braga, Latino Coelho, Adolfo Coelho, Rebello de Silva, López Praza, Castello Branco, Andrade Corvo, Pinheiro-Chagas, Soromenho, Cama-Barros y otros.

Si he de hablar con franca imparcialidad y observada cierta proporción, yo entiendo que los portugueses se nos han adelantado por la calidad y por la cantidad en sus estudios históricos durante este último período.

Entiendo asimismo que sus libros de más valer se distinguen de los nuestros por ciertos caracteres que provienen de las diferencias de las circunstancias y no de las diferencias de los ingenios.

El fervor del sentimiento religioso intransigente coincidió en Portugal con la pérdida de don Sebastián en África y la absorción del reino por España, mientras que en ésta coinciden el mayor poder y el más lozano florecimiento en ciencias, artes, poesía, teatro y todo, cuando España aparece más armada, más severa y más terrible en defensa del catolicismo.

Natural es, pues, que logre ponerse y se ponga en consonancia, con mayor facilidad, el más acendrado y vehemente portuguesismo con todas las ideas, opiniones y aun preocupaciones que hoy gustan y privan. En Portugal apenas se concibe hoy un hombre ilustrado que no sea muy liberal, en el más vulgar y rastrero sentido que a dicha calificación suele darse. Estando yo en Lisboa, recuerdo que no pocos portugueses de discreción y saber me mostraban su asombro de que Menéndez y Pelayo, Tamayo y Baus y otros sujetos así fuesen, según me decían, neocatólicos o clericales.

Por otra parte, todo el encono que las bizarrías y el predominio de los portugueses pueden haber promovido se quedó en África, en América, en la India y en otras regiones del Asia y del remoto Oriente, mientras que España, que intervino durante dos siglos en cuanto ocurría en Europa, que fue el campeón de una gran causa en larga y empeñadísima contienda religiosa y que sujetó al dominio de sus reyes muchos pueblos de Italia y del centro de Europa, produjo rencores y enojos que tal vez no se han extinguido aún en todas las almas. Asimismo, merced al vigor duradero de pasiones y creencias por cuyo triunfo combatió España, España, a par que odiada y vituperada, es aún ensalzada y amada por individuos y hasta por agrupaciones y partidos en quienes esas creencias y pasiones

sobreviven y se agitan. Para Portugal, en cambio, no hubo ni odio ni amor. Los escritores y pensadores de las naciones que hoy predominan le dieron indiferencia y olvido.

A pesar de estas diversas circunstancias, y prescindiendo también de los intereses de mil géneros que tienen vivo en Portugal el sentimiento de su independencia como Estado, la fe en el iberismo, o sea en la unidad de civilización, de fin, de destino y de genio en todos los pueblos peninsulares, que vienen a ser así un solo pueblo, persisten en los pensadores portugueses más aún, si cabe, que en los españoles. El más claro testimonio de esta persistencia lo da el señor Oliveira Martins así en su Historia de la civilización ibérica, que me sugiere estas reflexiones, como en la mayor parte de los demás libros que ha escrito, y cuyo conjunto ordenado constituye una Biblioteca de Ciencias Sociales para el uso de sus compatriotas.

Dentro de esta Biblioteca, y prescindiendo de las obras que ha escrito aparte el señor Oliveira Martins, están su Historia de Portugal, El Brasil y las colonias portuguesas, Portugal contemporáneo, una Antropología, un libro sobre los mythos, otro sobre las instituciones, etc., etc. Todo ello forma como una enciclopedia portuguesa de ciencias históricas.

Yo creo que en estos volúmenes (que pasan de veinte, incluídos todos), y que muestran la actividad fecunda e incansable del señor Oliveira Martins, hay mucho de nuevo, original e interesante en lo que a Portugal exclusivamente se refiere: pensamiento propio y erudición de primera mano en las cosas generales, y en todo laudable claridad, elegancia y amenidad de estilo, conciso sin ser seco.

Sería exigencia absurda pedir al autor que sea todo suyo y que cree él sólo antropología, etnografía, lingüística, mitología comparada, etc., etc.; pero aun en aquello que es o que puede ser erudición de segunda mano, hay el mérito del que pone en orden, concierta y divulga, haciendo concurrir cuanto dice a la creación de un plan y de un sistema que le pertenecen.

Tarea superior a mis fuerzas, a mi tiempo y a mi facilidad para el trabajo sería el analizar y juzgar toda esta grande obra del señor Oliveira Martins, obra que, por otra parte, dista muchísimo de estar ni mediada, porque el autor se halla ahora en lo mejor de su vida, casi en la juventud, y lleva trazas de seguir escribiendo mucho. Es de los pocos autores que hay en la Península que toman el escribir por profesión, sin ser novelistas, periodistas ni dramaturgos, y que hacen del escribir cosas graves el más importante cuidado de la vida y no una distracción para los ocios en los manejos políticos o en las cesantías o sinecuras de los empleos.

Mi intento es hablar sólo de la Historia de la civilización ibérica, que contiene el pensamiento fundamental del autor, y que además nos interesa más que otras de sus obras por el asunto que dilucida.

Si se pudiera determinar y definir con rigor dialéctico ciertas palabras usuales que todos los hombres tienen de continuo en los labios, se ahorrarían muchísimas disputas; pero

precisamente estas palabras son las que tienen significado más vago y flotante y más diverso, según se emplean. ¿Qué es nacionalidad? ¿Qué es patria?

Yo creo que el primer concepto que de esto formamos antes de estudiarlo reflexivamente nace del sentir más que del pensar. Todo hombre ama al lugar donde ha nacido, y este amor, que sería meramente animal o misteriosamente fisiológico, si se limitase a la estancia, al edificio, al cortijo, villa o ciudad en que vimos la luz por vez primera, se consagra a toda una gran extensión de terreno, cuyos habitantes están ligados por un Gobierno mismo, hablan tal vez idéntico idioma, llevan ya bastante tiempo de estar unidos y han hecho juntos mil cosas, que ve con orgullo el que pertenece a la asociación por ser obra de sus padres o hermanos. Estos sentimientos son tan naturales e irreflexivos, que allá en las antiguas edades, cuando la imaginación suplía la falta del saber, ya se ideaban caudillos semidivinos o inspirados profetas que daban leyes, cohesión y ser al pueblo, ya héroes patriarcales, de cuyos riñones fecundos había salido por generación el pueblo todo, tomando su nombre, como toma ahora cada cual el apellido de su padre legítimo.

Las cosas han variado mucho: los hombres no son ya tan candorosos; se sabe más y se fantasea menos, y, aunque por fe sigamos creyendo que los agarenos vienen de Abrahán por Agar, y los sarracenos de Sara, y de Ismael los ismaelitas, y de Israel los israelitas, nadie asegura ya que hubiese un Heleno, de quien provengan los helenos, ni un Italo, ni un Hispano, ni casi un Rómulo, que diesen nombre y ser a Italia, España y Roma.

Italia y España existen, no obstante, y son algo más que una expresión geográfica. La Naturaleza ha aislado casi estas regiones, separándolas de las otras por el mar y por altas cordilleras. Y como los pueblos que sucesivamente han ocupado estas regiones se han ido amalgamando, han creado para entenderse un idioma o dos o tres, aunque muy semejantes, y han acometido y llevado a cabo de acuerdo empresas y propósitos, y han formado o han aspirado a formar en distintas épocas cierta unidad política. Cualquiera, por escéptico que sea, y provisoriamente, reservándose el responder a las objeciones o el modificar su opinión si no logra responder a ellas, entiende que España es una nación y todo el nacido en España pertenece a la nacionalidad española.

Por cima del lazo político, que no existe hoy entre Portugal y el resto de España; por cima de la diversidad de lenguas, ya que en Portugal hay una lengua literaria y en la España restante otra, o, mejor dicho, dos o tres, pues no hay razón para negar la calidad de lenguas literarias a la catalana y a la gallega, se da algo de común que hace todos cuantos viven hoy en España una misma gente, y aun incluye en esto a cuantos de España han salido en el momento de su mayor expansión y han llevado su sangre, su cultura, su habla y su modo de ser a remotísimas regiones.

Dentro, pues, de la civilización europea, pero con independencia y originalidad y rasgos característicos que la distinguen, sentimos que hay una gente española y una civilización española que prueba la unidad de esta gente.

En el Siglo de Oro de Portugal y de España, al portugués más acérrimo no se le ocurría negar su calidad de español. Se distinguía, sí, de castellanos, aragoneses, catalanes,

andaluces o gallegos; mas para él eran españoles todos. Su gran Camoens era el príncipe de los poetas españoles; España, con Portugal, era la cabeza de Europa toda, y Portugal, parte de España, era como la coronilla o vértice de la cabeza.

Este mismo modo de pensar sigue en el día, si bien, para evitar confusiones y para dar satisfacción a cierta pudibundez autonómica, se califica de ibérico lo que se calificaba de español entonces. Por esto el señor Oliveira Martins llama a su libro Historia de la civilización ibérica; pero, llámela como la llame, en el mero hecho de escribir el libro con sólo poner el epígrafe, afirma la unidad del pueblo y los caracteres propios y exclusivos que le distinguen y separan de los demás pueblos de Europa. Poco importa que a este pueblo uno le llame español, o no se atreva a llamarle español, y le llame ibero.

Presupuesta la unidad, que enlaza a los hombres de la Península hispánica y que los separa de los demás hombres de Europa, el señor Oliveira Martins trata de explicarla y descubrirla y de cantar sus glorias. Esto constituye su libro, del que con rapidez voy a dar un resumen impugnando varios asertos o más bien haciendo salvedades y distinciones ya que disto bastante de estar en todo de acuerdo con el señor Oliveira Martins.

Lo primero que se nos dificulta y que nos causa cierta repugnancia sobre todo al principio, cuando nos coge de susto y desprevenidos, es que el señor Oliveira Martins atribuya a los iberos una cualidad peculiar, con la cual los distingue de la demás gente de Europa, pero con la cual se diría también que nuestro autor quiere hacer gala del sambenito. No sé a qué denigrador de España se le ocurrió la siguiente frase, que hizo fortuna y circuló mucho: «El África empieza en los Pirineos.» Pues bien: el autor portugués sostiene la afirmación. A sus ojos, entendidas las cosas de cierta manera, en los Pirineos empieza el África. Los españoles somos principal y esencialmente africanos.

La verdad es que, al calificarnos de tales, lo hace en son de alabanza, y como tal suena, cuando se atiende a que, si desatendemos la hipótesis y conjeturas que hoy se forjan sobre protoescitas, atlantes y otros pueblos inteligentes, civilizados y civilizadores, que vinieron de la Atlántida, que se hundió, o sabe Dios de dónde, casi toda grande y fecunda civilización nace a orillas del mar Mediterráneo, y la más antigua, la de Egipto, es africana.

En el origen, esto es, quince o dieciséis siglos antes de la Era cristiana, podrían ser los españoles unos con los libios; pero es recia para aceptada la duración de esta identidad o semejanza hasta ahora, ni se puede creer que en el ibero del día persista algo de común, salvo la condición de hombre, que justifique nuestro cercano parentesco con el berberisco, el tuareg o el cabila.

La ciencia reciente llamada filología comparativa ha puesto en moda a los arios. La mayor parte de las naciones europeas presentan como título de nobleza el ser arios o arianas. Yo entiendo que, con no menor razón y hasta el mismo punto, pueda la nación española darse este título. Los arios, al penetrar en Europa, no la hallaron desierta, ni es de creer que exterminaron o aniquilaron a los habitantes de Germania, de las Galias, de la Gran Bretaña, antes de fijarse en dichos países. Rusia es seguro que estaba ocupada por tribus turaníes y por otras razas inferiores antes de que vinieran a Rusia eslavos, o sea arios. Es evidente, pues, que los arios vinieron por toda Europa a ser una casta superior

dominadora, la cual impuso su lengua y transformó en arianas a las poblaciones primitivas; pero el fondo de la población hubo de ser de otras razas, si bien no tan inferiores que no se fundiesen con el pueblo conquistador y predominante. No sucedió en Europa como en la India, donde el ario dominador permaneció separado del pueblo anterior, vencido, formando sobre él una aristocracia sacerdotal y guerrera.

Al llegar a España los primeros navegantes fenicios se debe presumir que la hallaron tan ariana como podía estarlo entonces cualquiera otra nación de Europa. Los celtas, fundiéndose con los iberos, habían dado ser a los celtíberos y ocupaban el centro de España. Hasta donde estas conjeturas sobre casos tan antiguos pueden tener algún fundamento, había regiones, sobre todo hacia Occidente, donde prevalecía el elemento ario o celta, y otras regiones, las más cultas entonces, donde la sangre ibérica prevalecía; así, por ejemplo, el país de los turdetanos, cuyas leyes, poesías y cultura ponderan los antiguos historiadores.

¿Qué lengua hablaban y de dónde provenían estos turdetanos y demás iberos puros? ¿Eran una raza caucásica, como, entre otros, se inclina a creer el padre Fidel Fita en un discurso que leyó en la Academia de la Historia? ¿Hablaban el idioma que aún persiste con el nombre de vascuence? ¿Eran de la misma casta que los númidas y mauritanos o que los berberiscos de hoy? ¿En qué familia de lenguas, aun suponiendo que por toda la Península se extendía antes de la invasión de los celtas, debe colocarse la lengua éuscara? De todo esto se sabe poquísimos.

Pero, aun dado por seguro que los vascos eran libios y que ocupaban antes de la invasión de los celtas y de la colonización de los fenicios casi todo el territorio español, todavía no constituye esto una singularidad favorable o adversa para los españoles. Si hemos de creer a Guillermo de Humboldt, los vascos no ocupaban sólo España, sino también Sicilia, Cerdeña, Córcega, el norte de Italia y toda la Galia narbonense, cuyos habitantes serían, por ende, tan africanos como nosotros.

Ya examinaremos los argumentos del señor Oliveira Martins para probar por qué, según él, persiste más entre nosotros, permítaseme la palabra, el africanismo. Yo creo que a formar la nacionalidad española, dando a los que la constituyen cierto carácter homogéneo, concurren, fundiéndose, multitud de razas y pueblos distintos, más acaso que en otras regiones, y sin duda el suelo, el clima y el giro o marcha de los sucesos imprimieron después un sello peculiar a esta fusión, en la que no puede decirse que entren más elementos africanos o kusitas que semitas o indoeuropeos. Si dejando a un lado por ahora el estudio de las instituciones y los casos históricos, y la manifestación del pensamiento español, en hechos y en dichos, en letras y en armas, en la especulación y en la acción, nos concretamos sólo a ver la encarnación más someramente sensible del genio de la raza, la lengua, los españoles o iberos son un pueblo neolatino. El portugués, el castellano y el catalán son tan hijos o más hijos del latín que el mismo italiano. Para los que no somos zahoríes de etimologías, difícil es hallar en castellano muchas más palabras bereberes que acebuche, por ejemplo. Las palabras semitas que debieron dejarnos los fenicios, judíos y cartagineses son contadísimas también, y la constitución indoeuropea del idioma propende a expelerlas de él de continuo. Cohen, verbigracia, que era sustantivo común en el siglo XV, sólo subsiste ya como apellido. Cierta palabra obscena y malsonante, por desgracia

harto usada aún como nombre y como interjección, dicen que es también de origen hebreo. Pero fuera de esto, y salvo algunas frases o giros que, o bien los rabinos que tradujeron la Biblia o escribieron en castellano, o bien algunos sabios que sabían hebreo como fray Luis de León, hayan podido introducir, nada hay por donde se parezca nuestra lengua a la hebrea. La tesis paradójica que sostuvo en cierta ocasión don Severino Catalina en un discurso académico, fue sólo para lucir la agudeza extraordinaria de su ingenio.

Los árabes, y los berberiscos más que los árabes, han dominado durante siete siglos nuestra Península, y apenas quedan huellas del idioma o de los idiomas que hablaban en la lengua que hoy hablamos. En el vocabulario de Engelmann y Dozy habrá poco más de mil palabras de origen arábigo o berebere, y muchas de estas palabras han caído ya en desuso; otras, aunque se usen aún, tienen su sinónimo indoeuropeo, como alhucema, alfoncigo, alcayata y almoraduj, y otras por expresar objetos arábigos o cosas técnicas, arábigas en su origen, están en todo idioma culto lo mismo que en el nuestro. Así, álgebra, alboroz, cadí, etc.

Se infiere de lo dicho que España, si no fue aria por origen, se hizo aria o se latinizó por asimilación más pronto y más profundamente que otras provincias del Imperio romano. Los bárbaros del Norte que la invadieron y dominaron durante tres siglos, modificaron el ser de ella menos que los bárbaros del Norte al invadir y dominar otros países. En nuestras leyes, en nuestras instituciones, en nuestra lengua, dejaron menos huellas de germanismo. Sin duda que en español hay menos palabras de origen germánico que en francés y que en italiano. La tierra misma conservó su nombre de España. Los bárbaros no le impusieron otro, como Galia, que se llamó Francia, y Bretaña, que vino a llamarse Inglaterra. Induce todo esto a creer que España, informada por el espíritu de la civilización latina, adquirió cierta unidad instintiva y tuvo cierto genio colectivo, suyo propio, ya desde el tiempo de los romanos, y aunque no pudo constituir como nación una firme y resistente unidad política, tuvo carácter nacional indeleble desde entonces, carácter cuyos rasgos no acertaron a borrar ni a alterar los visigodos y demás pueblos que en el siglo V la invadieron, ni después, durante siete siglos, los árabes y los berberiscos.

El señor Oliveira Martins, aunque obstinado en afirmar nuestro berberisco origen, conviene en la organización de España como nación después de la ocupación romana. «Esta ocupación -dice- hizo de un pueblo semibárbaro y casi nómada, como lo era su hermano de África, una nación en el sentido europeo de la palabra, esto es, una reunión de hombres congregados por un sistema de instituciones fijas y generales, y unidos no sólo por un pensamiento moral, sino también por lazos de orden político. El carácter de esos lazos era romano y procedía del fondo de ideas de los pueblos indoeuropeos. El dominio de Roma, a más de dar a la nación constitución y forma exterior, le reveló un orden de sentimientos y de nociones que la nación se asimiló, y que la apartaron para siempre del sistema de los pueblos a que por la raza parece haber primordialmente pertenecido. A la vida berebere sucedió una existencia socialmente culta; la aldea o el aduar se volvió ciudad, y la tribu fue absorbida en el seno del Estado.» Todo esto podrá ser cierto; pero la rapidez con que esa asimilación se hizo, la firmeza con que después se sostuvo y la fertilidad y el brillo con que dio frutos desde luego y en lo sucesivo, prueban, o que los bereberes de España eran muy civilizados y listos, o que el clima y el suelo españoles ejercieron mágico efecto en la cultura de sus habitantes, viniesen de donde viniesen. No creo que las dos más gloriosas

naciones europeas, Inglaterra y Francia, que estuvieron también bajo el dominio de Roma, se civilizasen antes a pesar de no ser bereberes, ni dieran más fruto de civilización mientras duró ese dominio o prevaleció su influencia después, a pesar de la invasión de los bárbaros.

Cicerón elogia ya a los poetas de Córdoba. España dio a Roma a Balbo, a Marcial, a Silio Itálico, a Columela, a Quintiliano, a Séneca y a Lucano. España le dio sus más grandes emperadores: Trajano, Adriano y Teodosio. Y la prolongación de esta cultura, fecundada ya por el cristianismo, nos dio el más sublime de los poetas cristianolatinos, a Prudencio y a los Leandros, Ildefonsos e Isidoros.

Convengo en que esto no prueba que los españoles no sean africanos de origen: que el África no empiece en los Pirineos: África también dio a la Iglesia latina a Tertuliano y a San Agustín; pero esto prueba que España, desde un siglo antes de Cristo hasta el año 700 después de Cristo estuvo tan civilizada y contribuyó tanto a la civilización del mundo romano, ario y católico, como las regiones más florecientes del norte de África, y como Bretaña y las Galias.

Me detengo tal vez demasiado sobre este punto porque, si bien el señor Oliveira Martins no tiene intención de ofendernos cuando nos califica de bereberes por el origen, otras personas menos benignas nos dan la misma calificación para humillarnos. Ya reinando Felipe II hubo un Papa a quien se le hacía tan insufrible el dominio español en Italia, que nos llamaba a su modo bereberes, «malditos de Dios, simiente de moros y de judíos, viles, abyectos y hez del mundo».

Ahora he oído decir que el señor Pompeyo Gener acaba de publicar un libro titulado Herejías, que no ha llegado aún a mis manos, donde supongo que sin saña y por puro amor a la ciencia trata de bereberes a los castellanos y andaluces, y así explica un cúmulo de vicios y defectos que halla en nosotros transmitidos por herencia.

Tal manera de discutir me parece poco fundada, por varias razones; porque no es evidente que seamos más bereberes que otra cualquiera casta, y porque, aun siéndolo, no es lícito afirmar, en todos los bereberes habidos y por haber, cierta irremediable propensión a mil cosas malas: cierto fermento o levadura viciosa en la masa de la sangre. ¿Estaría bien, por ejemplo, que dijésemos que Cataluña fue tan poblada de alanos, y que los alanos prevalecieron tanto allí, que le dieron nombre e hicieron que los catalanes o gotialanos fuesen medio alanos todavía? Esto no tendría otro valer que el de un chiste de pésimo gusto, como el de motejar a los andaluces de hoy de vándalos o de berberiscos. Por esta cuenta, ¿qué no podríamos decir de los húngaros, que tal vez desciendan de los hunos? ¿Qué de los búlgaros de hoy, si provienen de los antiguos búlgaros, cuyo nombre, algo disfrazado sirvió para designar a los sujetos a quienes mancha el más sucio de los vicios? ¿Y qué de algunos pueblos del Imperio ruso, que tal vez descienden de tribus nómadas que los griegos ponían por allí, designándolas con los apodos más espantosos, como, verbigracia, los phtheirófagos? No me parece que contribuya mucho a la civilización el deleitarse con tan inmundicia comida, ni menos que los rusos de hoy conserven de abolengo tan asquerosos y depravados apetitos.

La manía de jactarse de ser más arios unos que otros o más indoeuropeos de estirpe, no es tampoco muy racional. ¿Quién fija hoy la dosis de sangre aria que entró en la confección de cada pueblo moderno de Europa, en proporción a la dosis de otra sangre menos ilustre? ¿Quién hará bien el análisis de los elementos naturales que han formado por combinación cada pueblo? Y aun hecho este análisis y determinada la respectiva cantidad de elemento ario, ¿es este elemento siempre de igual calidad, como los elementos simples de la Química? Pues qué, ¿no hubo arios mejores y peores desde ab initio? ¿Cómo hemos de comparar a los suevos y godos o a los anglos, bárbaros groserísimos y rudos cuando ingresaron en Europa, con aquellos arios tan poéticos y finos, que ya veinte o veinticinco siglos antes habían bajado a la India desde las faldas del Parapamiso, con richis inspirados que iban componiendo y entonando los más hermosos himnos del Rig-Veda?

Debe, pues, conjeturarse que si después los portugueses y los ingleses han valido más que los habitantes de la India y han ido por allí a dominarlos, no es por el elemento ario que tenían, elemento cuya calidad era evidentemente inferior a la del de los indios, sino por otros elementos y razones. Y debe, por último, conjeturarse que nada importa el suponer que haya mucho de africano o de berebere en los españoles primitivos. Cuando, por lo pronto, que un siglo antes de Cristo y durante siete siglos después aparecen estos españoles en letras, en instituciones y en todo como el pueblo más europeizado y más romanizado acaso después de Italia.

Confesemos, sin embargo, que a un español que mire los sucesos y los juzgue según el criterio de ahora, sin trasladarse en espíritu a otras edades, para entender bien los sentimientos de entonces, la conquista de España por un puñado de musulimes tiene que aparecerle como una vergüenza. Así es que este español, a fin de no avergonzarse, suele no entrar en averiguaciones y fantasea un ejército innumerable, una muchedumbre sin cuento de árabes, de moros, de sirios y de egipcios, los cuales se vuelcan sobre la pobre España. Debajo de las velas desaparece el mar cuando vienen navegando, y cuando desembarcan, cubren y abruman la tierra con el peso de sus armas; deslumbran con el brillo funesto de sus acicalados y truculentos alfanjes, y oscurecen la luz del sol con las nubes de polvo que levantan sus corceles.

Por dicha, el que se hace cargo de lo que era el mundo al empezar el siglo octavo de nuestra Era, no necesita fingirse todo eso: le basta y aun le sobra con los diez o doce mil hombres que trajo Tarik para cohonestar la pronta sumisión de España al yugo sarraceno. Entonces, y aun algunos siglos después, no se necesitaba de más gente para conquistar una nación. De seguro que no llevaría tanta gente Guillermo el Bastardo cuando conquistó a Inglaterra.

En ninguna parte había nacido aún el patriotismo enérgico, comprensivo y valeroso, que una para la defensa común a millones de hombres que ocupan región extensísima. El patriotismo, o lo que hizo sus veces en la antigüedad, fue la leal devoción a un jefe, a unos dioses o a una tribu, o bien el deber del individuo libre, socio de una ciudad o pequeña república, por la cuál estaba dispuesto a sacrificarse, ora se llamase esta ciudad Atenas o Esparta, ora Astapa, Numancia o Sagunto. Una de estas ciudades, más sabia y fuertemente organizada que las otras, y con mayor aliento y virtud, mafia y fortuna, logró enseñorearse de lo mejor del mundo; le dio leyes y la redujo a cierta unidad culta y política. Dilatado así

el patriotismo estrecho de la ciudad, vino a identificarse con el orgullo del ciudadano romano: se convirtió en sentimiento católico, en el sentido amplio que tiene por etimología la palabra. Triunfante después la religión de Cristo, ese alto sentimiento de solidaridad se extendió, se magnificó y se hizo religioso; pero la tardía conversión del Imperio no pudo hacer que se unificara con el patriotismo romano.

Recuerdo que en 1848, cuando el partido güelfo estaba en Italia a la cabeza de la iniciada revolución, de que era Pío IX el ídolo, los patriotas italianos eruditos, clásicos y católicos, que llamaban bárbaros a los austríacos, ponían con frecuencia la hipótesis de lo mucho que hubiera ganado el mundo si el lábaro hubiera aparecido en tiempo de Augusto o de Trajano fundiéndose la antigua civilización y el Imperio con la religión nueva, que los hubiera purificado sin duda. Pero, en fin, cuando esto no fue es porque no debía ser, y más pareció que el cristianismo vino a destruir que a reformar la antigua sociedad y el Imperio. Juliano, considerado el asunto mundanamente, como patriota romano tuvo alguna razón para su apostasía. Su muerte, cuando iba a combatir a los persas, fue celebrada con mal reprimido júbilo por la Iglesia. Y aun ya triunfante ésta, yo entiendo que en San Agustín, en Orosio y en Idacio, a pesar de la ferocidad de los bárbaros, se advierte no sé qué conformidad, que se asemeja a la aprobación, en la ruina del Imperio, cual justo castigo del Cielo.

Tampoco la tardía conversión de los godos del arrianismo al catolicismo pudo hacer que se unificaran los vencidos hispanorromanos con los godos dominantes en un sentimiento de patriotismo común, antes bien el idéntico sentimiento religioso de la Iglesia española y de la aristocracia bárbara, mostrándose en intolerancia cruel, sirvió para sembrar discordias y odios y para enajenar las voluntades de los judíos, fieramente perseguidos, y de la baja plebe de los campos, tal vez pagana aún.

Como quiera que sea, la fusión de las razas en un completo sentimiento común, que hace brotar la nacionalidad española, tal como la nacionalidad se entiende en el día, ocurre después de la Reconquista, sin que esto sea causa de que España, como nación moderna, poderosa e influyente en los destinos de la Humanidad toda, aparezca más tarde que Francia, Inglaterra y Alemania.

Ya veremos, siguiendo al señor Oliveira, cómo esta nación aparece y cómo se manifiesta su acción una y enérgica en el mundo, a pesar del dualismo de portugueses y de castellanos.

- III -

Sean las que sean las gentes que nos dieron origen o fueron la estirpe de la nación española, es un hecho que desde poco después de la conquista romana, hasta principios del siglo XVIII, España aparece como uno de los pueblos más cultos, más latinos y más impregnados e inspirados por el espíritu de la civilización europea.

Confieso ingenuamente que yo no tengo segunda vista histórica ni erudición bastante para determinar aquí de qué suerte, en el ánimo de los hombres, que desde uno o dos siglos

antes de la Era cristiana, hasta siete siglos después, vivieron en nuestra Península, se había formado el concepto de nacionalidad o algo que se le pareciese y en que se fundase el amor de la patria. Lo que no se puede negar, lo que se ve a las claras, es que, si en España hubo tan largo período, durante ocho o nueve siglos, algo que fuese o se acercase a la unidad, se debió a un poder extranjero: a los romanos y a los visigodos. Atados por este lazo extraño, había, sin duda, pueblos diversos por su casta, por su religión y hasta por su lengua: judíos, griegos, romanos, suevos, godos y otros muchos linajes de hombres, entre los cuales es difícil concebir algún rasgo característico común que les diese homogeneidad.

El español de ahora, no obstante, extendiendo la idea de la patria, del pueblo suyo, hasta edades en que en realidad no existía, se interesa por los hombres de entonces, como si fuesen sus conciudadanos, y se enorgullece de todos sus triunfos en letras y en armas; por la acción y por el pensamiento, Viriato nos parece tan español como el Empecinado o como Mina; nos jactamos de la heroica barbarie de Sagunto y de Numancia, como de la tremenda resistencia que opuso en nuestro siglo Zaragoza a las huestes de Napoleón; y Silito Itálico, Séneca, Lucano, Prudencio, los Leandro e Isidoro, y hasta remontándonos a épocas prehistóricas, los poemas de los turdetanos, que por referencia se aplauden, cuentan para nosotros como glorias no menos españolas que los dramas de Calderón, las obras de ambos Luises y las poesías de Zorrilla, Quintana y Espronceda. Del mismo modo, todos los crímenes, miserias y bajezas de los hombres que hubo en España desde que hay recuerdo histórico, o nos avergüenzan a nosotros, o valen para que nos zahieran los extranjeros y saquen la consecuencia de que ahora somos lo mismo y de que seguiremos siéndolo siempre.

Es evidente, pues, que en la formación de todo pueblo entran dos elementos distintos, que nos atreveremos a llamar la naturaleza y la idea. Hasta la fusión de estos dos elementos no surge por completo el pueblo distinto y bien determinado; pero antes hay algo como base de ese pueblo: antes hay la patria, el suelo en que hemos nacido, cuyo clima y demás condiciones naturales influyen poderosamente en la formación de la nación futura. Sobre ese suelo y bajo el influjo de su clima y demás naturales circunstancias viene, con el andar de los siglos, a constituirse la nacionalidad, merced a la fuerza plasmante de la Historia, la cual trae el otro elemento que hemos llamado la idea, obra del espíritu.

La Historia, tomando las palabras en su más recto sentido, es sobrenatural, es lo que el espíritu va creando y añadiendo a la Naturaleza. Los que creemos en Dios, creemos en que Él hace todas las cosas que son, con conciencia de que las hace; y los que en Dios no creen, sostienen que las cosas siguen fatal e indefectiblemente su proceso; pero ni en un supuesto ni en otro hay en esto verdadera historia, ya que todas las mudanzas, transformaciones y evoluciones se realizan en virtud de leyes de que no tienen conciencia ni conocimiento las cosas mismas que ciegamente se mudan, se desenvuelven y se transforman. La verdadera Historia nace con la conciencia del ser humano, es hija de su espíritu, es el desarrollo de su idea, la cual se apropia y humaniza la Naturaleza de dos modos: comprendiéndola en la mente y transformándola o añadiendo a ella lo que el espíritu humano va poco a poco creando.

Todo el conjunto de cosas que crea el espíritu humano se llama civilización, y dentro de esta civilización general están las nacionalidades con sus diversos caracteres, miras y fines o propósitos.

Una nación es, pues, obra de arte, creación de nuestra voluntad o de nuestro ingenio; pero el ingenio humano no saca de la nada lo que crea y toma para crear elementos naturales que a ello se prestan; y si no, no logra su fin, por grande que sea su conato.

Entendidas las cosas así, y dando al concepto de nación el valor que hoy tiene, no se puede decir que hay nación española hasta fines del siglo XV. Aún es más: si por nación hemos de entender un solo Estado con un solo organismo político, aún no hemos llegado a ser nación y tal vez nunca lo seamos; pero el prurito de serlo, luchando, sin duda, con otros sentimientos regionales y separatistas, existe desde el siglo XV, por lo menos, y con ese prurito existe una idea, un genio, un espíritu común a todos, que nos une entre nosotros y nos distingue y separa de los demás pueblos europeos, con los cuales formamos, no obstante, cierta superior comunión, y hemos creado y seguimos creando una civilización más alta y comprensiva.

El sentir, el ser y la energía de esta comunión de varios pueblos de Europa, que se adelantan al resto de la Humanidad y la educan y la modelan a su modo, nacieron antes, fueron mucho antes de que apareciesen las naciones modernas, cuales hoy las comprendemos. Grecia primero, después Roma, conquistadora y gentílica, y, por último, el Cristianismo, tomando a Roma por centro y núcleo de su unidad, crearon y conservaron esa comunión, y más bien realizaron sus empresas movidos de ese espíritu universal o católico, que de un espíritu de nacionalidad estrecho y exclusivo. Dentro de esa comunión descollaron, desde que las reunió bajo su poder el Imperio romano y después la Iglesia, Italia, España, Francia y la Gran Bretaña; esto es, las regiones que hoy se llaman así y los hombres que sucesivamente las habitaron; pero italianos, franceses, españoles e ingleses, con marcada nacionalidad, no hubo hasta muchos siglos después.

Cada uno de estos países, unido bajo el poder material de Roma, por algún tiempo, no bien el lazo material se rompe y sólo queda el espiritual y religioso, aparecen como moldes en que vienen a caer simultánea o sucesivamente mil razas y castas diversas, las cuales, amalgamándose, después de lenta elaboración, producen la nación futura con su índole propia. El catolicismo romano, en toda su latitud, ha sido el fondo común, el principio que nos enlaza todavía. Del clima, de la condición de cada suelo y de la idea nacida en la mente de cada una de las castas provenientes de la fusión, ha surgido la diversidad de caracteres nacionales.

Sin duda que un inglés cualquiera, a no ser muy insignificante y vulgar y, permítaseme la expresión, muy descastado o desteñido, hasta sin hablar palabra, nos dejará ver que es inglés, aunque se esconda entre doscientos o trescientos hombres de otras naciones. Y, sin embargo, pocos países, a pesar de ser una isla, han sido más invadidos y conquistados hasta el siglo XI, en que fue la conquista de los normandos. «Lo que resulta -como dice el historiador acaso más juicioso y sabio que últimamente han tenido los ingleses de cosas de Inglaterra, el autor de *The making of England*- es que pocas naciones son de origen y sangre más mezclados que la nación inglesa. No hay inglés vivo que pueda decir con

certidumbre que la sangre de todas las razas que hemos mentado no corra por sus venas.» Y, no obstante, Juan Ricardo Green, que así se llama el historiador, afirma que el inglés, desde un dado momento histórico, queda inglés, a pesar de las mezclas. La fuerza de crear el inglesismo, digámoslo así, aparece en un momento dado. Después, esta fuerza repele o absorbe y asimila todo elemento nuevo; le arroja de sí o le hace inglés. Sostiene Green que esta fuerza, la condición de ser inglés y la virtud de transformar en inglés, nace después de la conquista de los anglosajones.

Se combinan entonces la viveza, la movilidad y la imaginación del celta con la profundidad y energía del teutón, y surge el carácter inglés en toda su grandeza. Después de esto, daneses, normandos y demás pueblos que inmigran en Inglaterra, o refugiándose allí, o conquistándola, son, según el autor que cito, tranquilamente absorbidos en un solo pueblo, cuya forma social y política estaba ya fija. Las modificaciones posteriores del tipo inglés más parece que se deban al transcurso del tiempo y de los sucesos, al desenvolvimiento de la idea, que a la mezcla de nuevas razas.

En la afirmación de Green hay cierto orgullo insular, cierto protestantismo boreal y lato, que nosotros no podemos ni queremos tener, y que no tenemos. En los elementos que pone para crear el tipo inglés, olvida algo de muy esencial: la civilización romana civil y religiosa. Nosotros ponemos todo esto, y no creemos que ni el celta, aunque también hubo celtas en España; ni el teutón, aunque teutónicos eran los visigodos y otros pueblos del Norte que invadieron la Península y la dominaron, influyesen en gran manera para fijar el tipo nacional. El principal elemento fue algo de europeo, de latino, de católico, que había ya comenzado a hacer la fusión y que apareció como núcleo de la nación futura entre los refugiados de las montañas de Asturias poco después de la invasión musulmana. Se diría que este romanismo, esta absorción del elemento germánicoboreal y la aparición del pueblo neolatino vienen significados en el nombre del primer héroe y rey casi mítico que se llama Pelayo.

Los pueblos del Norte, que invadieron y despedazaron el Imperio romano, ¿quién sabe hasta qué punto remozarían las razas conquistadas en Italia y en España, y aun en Francia misma, con la transfusión de su sangre joven, vigorosa y sana? Pero, salvo este fenómeno fisiológico, difícil de apreciar después de tanto tiempo, los pueblos del Norte hicieron poco o nada de muy estable en nuestras tierras.

Lo que sí puede asegurarse es que por lo pronto, y al contacto de la civilización romana, se marchitaron; tomaron todos los vicios cultos, refinamientos y molicies, y no desecharon la ferocidad nativa.

El señor Oliveira Martins dice, con razón, en mi sentir, que España fue conquistada, pero no germanizada. Ni siquiera nos trajeron los bárbaros el decantado individualismo germánico: cierto supuesto embrión de liberalismo venidero. «Alemania -dice nuestro autor- es hoy aún la nación de derecho divino: la última, si se exceptúa Rusia, en abolir la servidumbre; e Inglaterra también es hoy una nación feudal o aristocrática, a pesar de las invasiones del espíritu burgués, y aún vive apoyada en un sistema de tradiciones religiosas, sociales y morales que rayan en pueriles. Pueblos representados hoy por tales naciones, ¿cómo pudieron ser, doce siglos ha, esos campeones audaces de la independencia, según se

complacen en describirnoslos muchos historiadores?» «¿Dónde está esa independencia de carácter, ese brío de la voluntad que se afirma -añade el señor Oliveira-, cuando en el gran momento de crisis de la Europa cristiana, al dejar la anarquía religiosa libre el campo a la franca manifestación de los sentimientos espontáneos, la Alemania de Lutero se levanta, en nombre de la predestinación, negando el mérito de las acciones?»

La verdad es que los visigodos no trajeron a España la misión de fundar nada. Su misión fue la de acabar de destruir el Imperio y la civilización de Roma. El período en que dominaron es el fin de la historia antigua y no el principio de la historia moderna. Los elementos que durante aquel período se conservaron, se aunaron y hasta se organizaron para ser germen de la nueva sociedad, casi nada tienen de germánicos; son los restos de la civilización romana, y la Iglesia romana también. Roma, vencida de un modo, se levantó de otro para seguir gobernando el mundo y constituir nueva civilización y nuevo Imperio.

Por las antedichas razones, es tan interesante el período visigótico de nuestra historia, no por los visigodos, sino porque en él preparó el pueblo español, por medio de su clero, en los concilios toledanos y en el aula regia, con sus Consejos, todo el espíritu católico, latino, clásico antiguo que había de informar el genio de España cuando España saliese del seno del islamismo, triunfante al empezar el siglo VIII.

La superioridad de las leyes de España sobre las leyes de otros países, dominados también por bárbaros, estriba en que los bárbaros que vinieron a España fueron vencidos y arrojados de ella por otros bárbaros, sí; pero por otros bárbaros que aparecen como soldados mercenarios aún al servicio del Imperio, por «una hueste u horda que acepta y recibe todo del pueblo vencido: religión, lengua, códigos e instituciones».

Guizot, tan poco aficionado a España, reconoce la superioridad de los códigos visigóticos sobre los de los francos y borgoñones: «Una influencia especial dirigió la redacción de los primeros: la influencia del clero.»

Los bárbaros, infantiles, corrompidos y viciosos, se dejaban gobernar por él. En un siglo, desde 601 a 701, desde Recaredo a Witiza, hay dieciséis concilios nacionales. La administración fue toda calcada sobre la imperial, hasta la caída de Rodrigo en Guadalete. Y los defectos que después se habían de atribuir a los españoles se muestran ya entonces con mayor violencia y con resultados más deletéreos. El espíritu teocrático, la furia de intolerancia religiosa, nunca fue mayor que en tiempo de Sisebuto, extremándose en la persecución de los judíos.

La ley, por inspiración de la civilización clásica y católica, habla entonces con elevado acento, proclama la igualdad de todos ante ella y se define a sí misma en el Fuero Juzgo, «mensajera de la justicia, soberana de la vida, imponiéndose a varones y a mujeres, a viejos y a mozos, y no defendiendo el interés particular de nadie, sino el de todos los hombres». Pero los visigodos, aunque ilustrados por tan bella teoría, nada hicieron para afirmar o restaurar el edificio social. Todo conspiraba a que se derrumbase. «Los judíos -sigue diciendo el señor Oliveira- ardían en insurrección sorda desde 694; los siervos, en la apatía de la miseria negra, eran indiferentes a la suerte de la nación, y los propietarios eran irreconciliables enemigos de un régimen incapaz de salvarlos. Con esos siervos, armados,

se formó la infantería del ejército del rey don Rodrigo. Por eso los doce mil hombres de Tarik bastaron para conquistar la España.»

Y, a la verdad, ninguna de las monarquías fundadas por los bárbaros que invadieron y destrozaron el imperio valió más, ni duró mucho más, ni cayó más gloriosamente. Casi todas tuvieron un periodo efímero de gloria, debido a un príncipe bárbaro, que se romanizó más o menos, y que trató en balde de restaurar la antigua civilización romana. Así, Teodorico, en Italia; en España, Eurico; Alfredo, entre los anglosajones, y, por último, Carlomagno, el más glorioso de todos, entre los francos; pero, como dice Godofredo Kurth en sus Orígenes de la civilización moderna, «los reinos bárbaros fueron el último producto de la decadencia romana. No vinieron a abrir un nuevo mundo, sino a cerrar el antiguo, al cual pertenecían por completo. Hasta cuando parecían más afamados y ganosos de conservarlo, aceleraban su ruina. Las manos de ellos, groseras y desmañadas, no tocaban al mecanismo complicado de la sociedad imperial sin desbaratar sus ruedas y romper sus resortes. Los ministros y empleados romanos no podían andar en todo y conjurar el mal».

«En suma -añade después-: toda la actividad del mundo antiguo se iba parando poco a poco, y se asistía a la extinción gradual de la vida civilizada.»

A esto no podían poner remedio los bárbaros. Lo único que trajeron de sus bosques: la robustez, la lozanía y el vigor rudo, lo perdieron al contacto de la civilización. A poco se hicieron más viciosos y muelles que el más vicioso y muelle de los romanos; y, «hartándose -añade Kurth- con avidez glotona de todos los placeres, perdieron la salud moral y física y llegaron a decrepitud prematura.» Así, los vándalos, que fueron con Genserico el terror del mundo, que asolaron el Mediterráneo y sus puertos con sus piraterías, fueron, al fin, vencidos en una sola batalla por los romanos bizantinos y barridos de la faz de la Tierra. Así acabaron también los burgundos, los ostrogodos y los longobardos.

No es de extrañar, pues, que así acabase el reino visigótico.

Durante seis o siete siglos luchó luego en España la religión de la Cruz contra la religión del Islam. De esta lucha ardorosa, como sale de la fragua el bien templado acero, salió ya definitivamente el genio español y la nacionalidad española; pero yo no creo, como el señor Oliveira Martins, que de la combinación del genio africano y del genio hispanorromano saliese ese nuevo tipo.

Los berberiscos nada influyeron en nuestra civilización, y los árabes, que se educaron durante su expansión conquistadora, no influyeron más en la civilización propia de España. Su influencia y su acción civilizadoras sobre el mundo entero, más como pueblo que transmite y difunde que como pueblo que crea, lo mismo se hizo sentir en Italia o en Francia, o en Alemania que entre nosotros. Sólo hay en esto dos diferencias en nuestro favor. La primera es que la ciencia de los árabes, adquirida en Persia, en la India, en Egipto y en los demás pueblos que los árabes sujetaron y donde había florecido la cultura de Grecia, vino antes a nosotros que a las demás naciones de Europa; y es la segunda que tal vez lo mejor de esa cultura musulmana nació en España y se debió a compatriotas nuestros, musulimes ya, mas que no por eso está probado que fuesen árabes o berberiscos de origen,

como Averroes; o a judíos de raza española también, desde muy antiguo acaso, como Avicebrón, Maimónides, Jehuda Leví y los Ben Ezra; o tal vez a la tradición de la ciencia y cultura clásicas, conservada entre nosotros por el clero mozárabe. Indudablemente hay mucho que dilucidar aún sobre esto; pero ya los trabajos de Dozy, de Schack, de Gayangos, de Menéndez y Pelayo y de Leopoldo Eguílaz, y los de Simonet, que es lástima que permanezcan inéditos, corroboran con hechos mi creencia sobre lo poco o nada que debe la propia cultura de España a una cultura musulímica extranjera y no nacida en nuestro fecundo suelo.

Tal vez, contra lo que dicen Oliveira Martins y otros, si de cierta manera se entiende, mis argumentos nada valgan.

Sin duda que ni los libios primitivos, ni los bereberes después, nos pudieron traer una cultura o un germen de civilización que no tenían; pero su condición y su ser natural pudieron entrar en la masa de nuestra sangre y habernos hecho algo bereberes hasta hoy.

Contra esto hemos respondido ya por lo que atañe al primitivo africanismo. No hay nación más romana, más culta de cultura clásica, más saturada de civilización europea a la caída del Imperio de Roma que nuestra nación. Hasta entonces, pues, se puede decir que, si antes había habido en España africanismo, el africanismo había desaparecido; el elemento africano, kushita o semita había sido absorbido por el ario o romano.

Veamos ahora si desde la conquista musulmana pudo entrar de nuevo en nuestra sangre, en grande cantidad para modificarla o viciarla, el elemento bereber.

En primer lugar, con la misma razón que ha dicho Green de Inglaterra que después de la fusión de celtas y anglosajones se creó el inglesismo con toda su virtud plasmante, y que ya sólo el tiempo y la evolución histórica, y no la mezcla de nueva sangre, lo modificó, puedo sostener yo que el españolismo estaba ya hecho, y con su virtud plasmante, en el siglo V, y que ni suevos, ni alanos, ni vándalos, ni bereberes, ni árabes, lo trastornaron, torcieron o bastardearon más tarde.

No estará de sobra, con todo, apoyar este aserto en hechos y razones que, si no constituyen prueba plena, dan indicios de que el africanismo no hubo de entrar posteriormente a raudales en nuestro corazón y en nuestras venas.

Entre África y España está el mar de por medio, aunque la distancia sea corta, y no es probable que ni para la conquista, que se hizo con un puñado de hombres, ni después para la repartición del botín, viniesen enjambres de moros que nos volviesen moros, poblando nuestro suelo.

A pesar de las exageradas afirmaciones de las antiguas crónicas, no es de creer juiciosamente que los ejércitos musulímicos fuesen nunca tan crecidos.

Cuando uno lee, por ejemplo, que Carlos Martel dejó trescientos mil moros muertos en el campo de batalla, se inclina a suprimir dos ceros y a convertir los moros muertos en tres mil, y aun cree que no se queda corto ni quita a Carlos Martel su gran merecimiento, ni

amengua demasiado el extraordinario servicio que prestó a la civilización cristiana. De lo contrario, sería menester imaginar, o que ya iban en el ejército muslim multitud de españoles renegados, o que se volcó el África sobre España, cuando pudo dejar presidios y guarniciones y sujetar la Península toda y parte de las Galias, recién conquistadas, y llegar todavía hasta Poitiers con trescientos mil combatientes, dado que de la batalla no saliese un solo moro con vida, porque, si salió alguno, de fijo entraron en ella más de los trescientos mil hombres.

Hasta es incomprensible el medio de que podría valerse entonces un general para allegar víveres suficientes a la manutención de un ejército de trescientos mil hombres.

Por otra parte, cuando se considera bien lo fáciles que fueron algunas conquistas, se decide que no debieron de ser muchos tampoco los combatientes vencidos, aun en el propio suelo. ¿Serían muchos, verbigracia, los árabes y berberiscos que había en Sicilia cuando ciento veinte o ciento treinta caballeros normandos los vencieron y reconquistaron la isla?

Hasta en la invasión de los bárbaros del Norte, con ser no ejércitos, sino pueblos los que emigraban, si la fantasía finge inmensas muchedumbres y da a la Escandinavia y a otras tierras boreales el título de Oficina de gentes, el buen discurso nos induce a creer que no fueron los bárbaros muchos.

Los vándalos, con haber sido de los más victoriosos, que aterraron el mundo durante uno o dos siglos, y que recorrieron o pisotearon lo mejor del Imperio, no llegaron jamás a tener cuarenta o cincuenta mil combatientes en todo.

El señor Oliveira Martins piensa en esto lo que pienso yo, y así no le impugno aquí, sino corroboro sus afirmaciones capitales:

«La permanencia de la población hispanorromana, congregada en los municipios y mantenida en el régimen del cristianismo.»

«Y que a pesar del contacto íntimo de conquistadores y conquistados, por el uso de la lengua y por la adopción de las costumbres, exageraría la gravedad del caso quien encontrase en él la formación de una nueva raza.»

Para el señor Oliveira Martins no tienen valor etnológico las invasiones históricas. En los períodos en que ya se ha formado el núcleo nacional, el tipo de raza, con su virtud absorbente y plasmante, no es posible la aparición de una raza nueva.

«Lo que nos pintan antiguas crónicas -dice el señor Oliveira- como diluvio de hombres que inunda el patrio suelo, no pasa, por lo común, de decenas de miles de soldados. El terror y la retórica describen la población antigua como eliminada de la faz de la Tierra, y presentan una invasión como una sustitución o renovación del pueblo. Nada dista más de la verdad. Ya demostramos lo que sucedió con los godos. Digamos ahora lo que sucedió con los árabes.»

Las razones y los hechos que aduce en seguida el señor Oliveira son, en mi sentir, indiscutibles.

«El número de los árabes que invadieron la Península fue pequeñísimo. La raza mozárabe provenía, pues, en todo caso, del cruzamiento del hispanorromano con el bereber; pero este cruzamiento, que no puede negarse que se dio, apenas tiene un valor secundario, y cualquiera que fuese la porción de sangre africana que entró en el seno de la raza peninsular, es un hecho que esta raza tenía ya constitución bastante robusta para asimilársela sin transformarse.»

Concluye el señor Oliveira, después de estudiar con detenimiento este punto, que, habiendo terminado la España antigua con la invasión sarracena, esta invasión y la secular ocupación de España por sectarios del Islam no dejan vestigio apreciable ni en el natural de los hombres, ni en las instituciones, ni en las ideas.

Más rastros de sí, en sentir del señor Oliveira, dejaron en España los pueblos germánicos.

«El verdadero influjo de la ocupación sarracena consistió -dice- en la dirección que por causa suya tomó la vida nacional de la España moderna. Naciendo en el seno de los combates y en la desenvoltura de los campamentos, su carácter obedece más a la ley de la naturaleza espontánea que a reglas o dictámenes fundados en antiguas tradiciones romanas o germánicas.»

Quiere decir esto que no sólo no nos arabizó ni nos africanizó la conquista musulmana, sino que hizo que desechásemos no poco de lo que de romanos y godos se nos había artificialmente sobrepuesto y apareciese el ser propio de los españoles como desnudo de extraño vestido y exento de cuanto no era radicalmente suyo.

El africanismo, pues, que nos achaca el señor Oliveira Martins es inicial y primitivo. Consiste en ciertas cualidades épicas y místicas que traen consigo grandes virtudes y eficacias, pero asimismo vicios y defectos enormes, entre los cuales, a lo que se puede colegir, resumiendo los esparcidos asertos del autor, descuellan un extremado amor a la individual independencia, que degenera en indisciplina social, y un fervor religioso que nos lleva al fanatismo y a una dura y cruel intolerancia.

Es singular la condición del señor Oliveira Martins, como la de todo escritor original y notable. Por un lado, cierto naturalismo pesimista le impulsa a pintar las épocas y a narrar los casos más tristes y más feos de lo que fueron en realidad. Su Historia de Portugal es pesimista y naturalista.

Esta es, sin duda, una propensión de los historiadores de ahora. Con la filantropía exquisita y la extremada sensibilidad nerviosa de nuestro tiempo y con ideas morales más severas y refinadas es fácil caer en este, en mi opinión, peligroso defecto. No hay suceso humano que, visto así, no se manche, se denigre y se empequeñezca. Nadie ha extremado más tal manera de escribir la Historia que Taine en Francia. A Oliveira se le puede acusar

algo del mismo defecto en los pormenores. Portugal sale muchísimo peor librado de lo que es justo después de leer la Historia que el señor Oliveira ha escrito de Portugal.

Y, sin embargo, el señor Oliveira, en lo trascendente, en lo general y filosófico, tal vez, en mi sentir, más bien nos ensalza demasiado, prestándonos para el bien y para el mal condiciones más poéticas y sublimes que las que poseemos. Acaso no seamos los españoles, por naturaleza y fundamentalmente, ni tan épicos ni tan místicos como él se figura, y acaso no seamos ni hayamos sido nunca ni tan desordenados, ni tan fanáticos, ni tan intolerantes.

Esta manera de elogiarnos está muy en moda, aunque empezó siglos ha. Puede extremarse, y se ha extremado, hasta la caricatura. El más raro ejemplo de ello lo dio el padre Peñalosa en el siglo XVII en un libro que se titula Cinco excelencias del español que despueblan a España. Deduce y trata de probar el bueno del fraile que España estaba ya bastante perdida a fuerza de lo muy excelentes que eran los españoles, porque son los españoles muy nobles, muy generosos, muy valientes, muy religiosos y muy leales. Algo por el estilo dice Buckle también. Nuestra lealtad y nuestra religiosidad nos arruinaron, y, en cambio, según este agudo escritor inglés, los escoceses prosperan porque tienen espíritu tan positivo, que cambiaron de religión cuando les convino, y no sólo hicieron traición a sus reyes, sino que a alguno le vendieron por dinero.

Aunque cito de memoria, no creo, que cito sin exactitud este último extremo, hasta donde la manía de aparecer original e inaudito pudo arrastrar a un hombre de gran entendimiento.

Pero, volviendo a España, yo soy de opinión de que debemos ser más modestos y no creernos tan cinco veces excelentes como asegura el padre Peñalosa ni tan épicos ni tan místicos tampoco como quiere el señor Oliveira, y asimismo importa buscar por otro lado las causas de nuestra decadencia actual, no tan fáciles de ser explicadas, pues a serlo, tendríamos andado ya la mitad del camino para remediarlo todo.

Ni los árabes ni los berberiscos fueron nunca en España más fanáticos ni más intolerantes que en otros países. Nuestro clima y suelo relajaron el fanatismo y mitigaron la intolerancia que árabes y berberiscos pudieron traer. Y el pueblo hispanorromano conquistado distaba tanto de ser fanático e intolerante, que más bien pecó por el defecto contrario. Sin duda que hubo al principio muchísimo renegado. Tal vez algunas de las dinastías de los reinos pequeños que se formaron cuando se disolvió el califato de Córdoba eran de sangre pura española. Aun durante el emirato independiente cordobés los muladíes o renegados españoles se rebelaron muchas veces sin motivo religioso, pues eran musulmanes. Así el célebre Omar-ben-Hacfsun, que vino a ser soberano de media Andalucía y se sostuvo independiente durante cuarenta años. Así los muladíes, que se alzaron contra Alhaquem II y que, vencidos, saquearon a Alejandría y conquistaron a Creta. Los héroes mismos más brillantes de la Reconquista repugnan tan poco el trato con las gentes del Islam, que con frecuencia se emplean en su servicio. La historia y la tradición poéticas coinciden en afirmar y en celebrar esto, sobreponiéndose a veces el sentimiento de la común patria española al sentimiento religioso divergente. Musulmanes y cristianos españoles se unen en Roncesvalles para derrotar a los franceses y para que Bernardo del

Carpio ahogue a don Roldán. El Cid combate en favor del rey mahometano de Zaragoza contra el cristiano conde de Barcelona Berenguer Ramón II, a quien vence y hace prisionero. Un infante de Castilla servía en el ejército del bey de Túnez cuando San Luis fue a conquistar a Túnez. El propio San Fernando había enviado a Marruecos, en servicio de Almamun, un ejército de diez o doce mil cristianos. Guzmán el Bueno militó bajo las órdenes del benimerín Aben Jusef. Y el hijo de San Fernando, don Alfonso el Sabio no tuvo escrúpulo en llamar en su auxilio contra su hijo y contra sus súbditos rebeldes a este soberano musulmán, a quien mira como enemigo en la ley, pero en la voluntad amado y apreciado.

Prolijo sería citar casos que prueban las buenas relaciones que hubo en España entre musulmanes y cristianos durante la Edad Media. Damas cristianas se casaban a veces con príncipes musulmes, empezando por la misma viuda de don Rodrigo. Princesas árabes, como Zaida, se casaban con reyes de Castilla. La leyenda se apoderaba de estos hechos, y hasta al propio Carlomagno le da, en la infanta Galiana, mujer y emperatriz española. Uno de los más ilustres héroes poéticos de nuestros romances, progenitor del Cid, aquel de quien era la espada con que el Cid vengó a su padre y dio principio a sus hazañas, fue hijo de una princesa de Córdoba, sectaria de Mahoma.

Todo induce a creer que el odio intransigente entre los habitantes de España por motivo de religión fue creciendo con el tiempo; que la intolerancia no llegó a su colmo hasta fines del siglo XV.

A pesar de las guerras continuas entre los hombres de las dos opuestas creencias, la tolerancia raya a veces en escepticismo en tiempo de paz. En tierra de moros se consiente el culto de la religión cristiana. Dicen que hubo caso en que dentro del mismo edificio había sinagoga, iglesia católica y mezquita. La condición de los mudéjares no pudo ser más libre. Alfonso VI, después de la conquista de Toledo, dejó a mahometanos y judíos sus templos, sus leyes y el ejercicio de su culto, a pesar de la oposición del arzobispo, que era francés.

Entre aquella multitud de reyezuelos musulmes que hubo en España desde la caída del califato hasta la invasión de los almorávides apenas se citará uno a quien se pueda acusar de fanático. Eran crueles; no retrocedían acaso ante la traición y el asesinato para lograr sus fines; se parecían en lo desalmados a los tiranuelos de Italia, que sirvieron más tarde de modelos al príncipe del secretario florentino, y eran también, como aquéllos, elegantes, literatos, artistas, poetas y descreídos. Recitaban versos en que celebraban a una dama de un modo petrarquista antes de Petrarca, y convidaban a comer a otros altos señores o reyezuelos, y los envenenaban o los ahogaban en el baño con que se regalaban antes del festín; pero ciertamente el menor defecto que tuvieron fue el del fanatismo.

Desde la invasión de los almorávides en adelante toma la historia de España carácter más épico, y la pasión religiosa se recrudece en cristianos y musulmanes; pero, a pesar de la gloriosa energía que desplegaron los cristianos españoles, el rudo fanatismo por su religión no nació, sino vino a amortiguarse entre ellos, así como también el fanatismo musulmán de los almorávides primero y de los almohades más tarde, se amansó y cedió en España. Entre los musulmes españoles, a poco de ser víctimas de las hordas venidas del seno del Magreb-al-Aksa, e impulsadas casi desde el Senegal por el fanatismo de dos sucesivos

reformadores, de dos a modo de Lutero del Islam, tanto los almorávides cuanto los almohades, se suavizaron, se pulieron, depusieron su fervor religioso intransigente y cobraron afición a las ciencias y a las artes, y hasta las protegieron. Entre los cristianos españoles se puede afirmar que ocurre algo semejante. El furor fanático viene de fuera. Lo traen los cruzados, que acuden de Francia, Flandes, Alemania y otras regiones del norte de Europa, al llamamiento del Papa Inocencio III, que proclamó la Cruzada. Lo primero que hicieron estos cruzados fue matar y robar a los judíos de Toledo, a quienes tuvieron que defender los españoles. Por dicha, después que se rindió por capitulación el castillo de Calatrava, como los extranjeros quisiesen pasar a cuchillo a los musulimes que se rindieron y los españoles no lo consintiesen, los extranjeros, descontentos, abandonaron la empresa, y así la gran victoria de las Navas de Tolosa se debió casi exclusivamente al valor de los pueblos y príncipes cristianos de la Península.

En las relaciones de los estados españoles con otros estados de Europa, tampoco muestra España el fanatismo que se le atribuye. Pedro II de Aragón murió en Muret, peleando en favor de los albigenses contra los cruzados. Pedro III peleó contra Carlos de Anjou, a quien el Papa sostenía.

Sería interminable seguir recordando sucesos en contra de ese fanatismo constante, que se imagina estar en las entrañas del español, por herencia natural y por influjo del clima y del suelo.

Ese fanatismo, si tal se debe llamar, y no merece más bien el nombre de entusiasmo nacional y religioso y de fe de un pueblo, en su gran misión como pueblo, empieza a mostrarse en todo su brío al unirse Aragón y Castilla bajo el cetro de los Reyes Católicos. Fue caso providencial. Era menester que tuviese el catolicismo un campeón que le sacase triunfante, primero del islamismo, en el cual se despertaron las ambiciones y se enardeció el espíritu belicoso contra la religión cristiana, desde que los turcos tomaron a Constantinopla; después, o casi a la vez, contra el fermento vicioso y gentílico, que trajo consigo el Renacimiento; y, por último, contra la pravedad herética que venía a romper la comunión, el lazo que, en medio de tantas guerras y discordias, aún ligaba a los pueblos de Europa en una civilización común a todos.

A más de esta parte represiva del glorioso papel que la Providencia o el Destino iba a dar a España, había otra parte, que podemos llamar expansiva: la de acrecentar y dilatar magnificándolo el poder civilizador de Europa sobre todos los demás pueblos del mundo, abriéndole no trillados caminos, surcando mares nunca antes navegados y, ya descubriendo y explorando islas hermosas y fértiles y continentes inmensos, ya llegando con sus naves a remotos países, cuna de antiquísimas civilizaciones, y preparando así, para nuestro siglo, un nuevo Renacimiento, no meramente clásico, sino oriental, cosmopolita y completo.

Para hacer tantas cosas, para dar cima a tamaños trabajos, era menester cierto fanatismo, y lo tuvimos. Fue menester que nos creyésemos como un nuevo pueblo de Dios, y tal vez nos creímos ese pueblo. Fueron inevitables las sombras al lado de los resplandores, los inconvenientes a par de las ventajas. El misticismo de que nos acusa el señor Oliveira, la Inquisición, la excesiva cantidad de frailes, algo como una teocracia, democrática y tiránica; todo esto sobrevino porque no podía menos de sobrevenir. Cualquiera otra nación

de Europa que desde fines del siglo XV hubiera tenido la gloria y la fortuna de hacer el papel que hizo España, no lo hubiera hecho quemando y expulsando menos judíos, moros y herejes, y atormentando menos indios. Y esto, no porque las atrocidades fuesen condición y requisito esencial de los altos hechos, sino porque en el estado de cultura moral de entonces, los pueblos europeos no eran de otra suerte, y todavía, si vamos a echar la cuenta de la sangre derramada sin razón, de los quemadores y de las tiranías ejercidas en pueblos inferiores y remotos, acaso pesen en la balanza más que los desafueros nuestros los de otros pueblos europeos, con no haber sido tan importante su papel ni de tal empeño y trascendencia en la Historia.

Lo que dio a España fisonomía singular no fue ni el elemento berberisco, ni el africanismo inicial, ni el haber algo de sangre judaica en la clase gobernante, en la cual sangre, ya bautizada, suponen algunas personas más fermento de fanatismo cruel sino el modo con que España se constituyó por sí sola, con cierto aislamiento, menos en contacto con los demás pueblos europeos.

Esta superior y más marcada autonomía española, hasta en la poesía popular, da razón de sí. Políticamente se someten al imperio o a la Iglesia otras potencias de Europa. España se considera independiente; cree que a nadie debe nada. El Cid, cuando oye decir que el Papa ha dispuesto que todas las naciones presten homenaje al emperador, se enfurece contra el Papa, monta a caballo, se pone al frente de su tropa y se va hacia Roma para imponerse al Papa. Su Santidad, por fortuna, se amedrenta al saber el estrago que el buen Cid metiendo iba, y envía a decir al Cid que España está libre y exenta de toda humana ley que no se imponga ella misma. En otra ocasión, estando el Cid en Roma, vio en San Pedro la silla del rey de Francia algo más alta que la del rey de Castilla, y derribó de un puntapié la silla del rey de Francia. El Papa le descomulgó o tuvo intenciones de descomulgarle; pero el Cid se puso tan bravo, que el Papa levantó la excomunión o no osó lanzarla. Sin duda que estos romances se compusieron en tiempos de Carlos V o de Felipe II, pero son una muestra del sentimiento popular, justifican la idea de algunos historiadores extranjeros cuando hablan de un catolicismo que se impone y triunfa en tiempo de la Reforma; que manda a Borbón y a Alba contra el Papa y suscita a Ignacio de Loyola contra Lutero.

Campanella quiso adularnos, sin duda, pero, a través de la adulación, hay algún viso de verdad en el fundamento que da, en su tiempo, a nuestra preponderancia en el mundo. Dice que, inventadas la Artillería y otras artes que hacen que el dominio político no se deba a la fuerza material, sino a la inteligencia, a la astucia y a otras virtudes del alma, tuvieron que prevalecer los españoles. Al vernos hoy tan decaídos, aún pudiera sostener Campanella su misma teoría, diciendo que el industrialismo, el trabajo manual, cierto arreglo ordenado, han vuelto a hacer que la fuerza material se sobreponga, habilitando al pueblo que es rico o económico a tener ejércitos de un millón y más hombres armados con toda clase de pertrechos y de máquinas mortíferas.

Sea como sea, el señor Oliveira Martins llega al momento en que se constituye la unidad nacional, no sin explicar sus caracteres con erudición y buena crítica. Los concejos son como pequeñas repúblicas democráticas, llenas de vida exuberante, que a veces se manifiesta en guerras civiles y contiendas dentro de la misma ciudad, pero que crea la vigorosa cohesión y la soberbia varonil que celebra un poeta en Fuenteovejuna, y el

honrado imperio de la autoridad democrática, que canta otro poeta en Zalamea; y que tal vez, rompiendo en alzamientos parciales, creando juntas y aunándose luego en Junta central, presta al pueblo activa vida política. Al lado de esto surge una nobleza guerrera con señorío y con fuerza, pero que, frente a frente de la democracia concejil, no logra establecer nunca un feudalismo como el del norte de Europa. Y por cima de todo aparece el rey, en quien se muestran al principio inciertos y complicados los caracteres: el del caudillo, que tiene su señorío, del cual señorío, heredado o ganado con su espada, cree poder disponer como de una cosa propia, transmitiéndolo por herencia, entero o dividido, entre sus hijos; y en este carácter, el rey es como el primero de los nobles y grandes señores: es el jefe aristocrático de la aristocracia; y por otra parte, el rey es el alto magistrado, el que ejerce un oficio de la república, aquel en quien se cifra y resume la soberanía del pueblo, justificada por la ley, augusta y venerada por la tradición y consagrada y santificada por la Iglesia.

Este segundo y más alto modo de comprender la realeza predomina y triunfa al cabo; primero, teóricamente en Las Partidas, y después, en la práctica, gracias principalmente a don Alfonso XI, y a los Reyes Católicos por último. Así se crea, apoyándose en la Iglesia y en el pueblo, lo que llama el señor Oliveira Martins, por excelencia, la monarquía católica.

Al terminar esta primera parte de su obra dice el señor Oliveira Martins: «A fin de que el cuerpo de la nación alcanzase el grado de robustez necesario para la ejecución de la obra que España inconscientemente medita, era menester que desapareciese el inorganismo primitivo; que los elementos rebeldes aún se asimilaran y que la unificación se expresase geográficamente. Tal es la significación del reinado de Fernando e Isabel. El casamiento de los príncipes une a Aragón y a Castilla, y juntos conquistan a Granada. El dualismo político de la Península, Castilla y Portugal, es el sistema bajo el cual España aparece en el concierto de las naciones europeas, hermana en la forma, acorde en el pensamiento, unificada en la acción. Después de ocho siglos de aislamiento político, desde que la invasión de los árabes puso en los Pirineos la frontera de África, España acude al convite de los pueblos de Europa para imponer a ellos y al mundo una hegemonía que se funda en la fuerza heroica de su genio y de su brazo armado, en la unanimidad enérgica de su fe y en la cohesión compacta de sus ejércitos.»

Los jesuitas, de puertas adentro
o un barrido hacia afuera en la Compañía de Jesús

No hace muchos días que, con el título que antecede y sin nombre de autor, salió a luz un libro en extremo interesante, por el asunto de que trata, y de agradabilísima lectura, por el ingenio, la gracia, la fecunda vena satírica y el estilo castizo y magistral con que está redactado. Sin que se adviertan mucho el esfuerzo y la afectación, el libro no parece escrito en el lenguaje vulgar y corriente de ahora, sino como un autor clásico de la Edad de Oro de nuestra literatura hubiera podido escribirlo.

Aunque no hubiese llegado a mi noticia por diversos caminos claros indicios de quién es el autor del libro, creo que de seguro hubiera yo adivinado el nombre del autor; pero como él entró en el palenque y combate con la visera calada, yo no quiero ser ni seré quien le quite la visera y descubra su rostro y su nombre. Diré, sin embargo, que es, en mi sentir, persona apasionada, movida por quejas justas y que deja notar en cuanto afirma cierto enojo hartado motivado, que tal vez le impulsa a ir más allá de lo merecido en la reprobación y en la censura.

Como yo en este punto, remedando al historiador romano, puedo decir de los jesuitas que no los conozco nec beneficio, nec injuria, trataré aquí del libro y daré sobre él y sobre la Compañía mi opinión imparcial, movido por el aliciente que tiene para mí la materia, y exponiéndome a no agradar a nadie, ni a los jesuitas, ni al autor incógnito.

Como el primer fundamento de las acusaciones es la supuesta carencia de humildad cristiana que hay en los jesuitas, empezaré por hablar de la humildad y de la manera en que yo la entiendo.

Bueno y santo es ser humilde, no rebajar a nadie para realizarse a sí propio y reconocer nuestra condición miserable y pecadora, sobre todo cuando pensamos en Dios y en sus perfecciones infinitas, y cuando, encendidas ya en amor de Dios nuestras almas, volvemos los ojos hacia las criaturas que son obra de Dios y a quienes por amor de Él amamos, procurando, en vez de rebajarlas, poner en ellas un reflejo, un destello, un trasunto de las mencionadas perfecciones divinas. Así, por virtud de este procedimiento mental, el buen cristiano no ensalza y encomia a cuantos seres le rodean y se muestra lleno de candorosa indulgencia para con todos ellos, siendo sólo severo consigo mismo y reconociendo y confesando los propios defectos, pecados y vicios. Esto, a mi ver, es la humildad cristiana. Pero si miramos el caso de otra manera y con más hondo mirar, yo creo que el cristianismo, en vez de hacernos humildes y abyectos, según no pocos impíos le acusan, eleva los espíritus y los corazones y los enorgullece, magnifica y endiosa. ¿Qué razón ni motivo tiene el buen cristiano para humillarse después de exclamar con San Agustín: «Gran cosa es el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios»? Y no sólo su alma, sino su cuerpo, tiene mucho de digno y no poco de sagrado, cuando se piensa que el mismo Verbo divino no sólo se unió a un alma humana por inefable y sublime misterio, sino también a un cuerpo de hombre de la condición y forma de nuestro cuerpo; deificando así, hasta cierto punto, nuestra doble naturaleza, y dándole, para término de sus aspiraciones y para blanco de sus esperanzas, la misma perfección de Dios. Es extraño, aunque se comprende y se admira, que sea, con pequeñísima diferencia, el fin que propuso el demonio del orgullo a nuestros primeros padres, casi idéntico al consejo, o más bien al precepto principal que nos dio Cristo en el Sermón de la Montaña. «Si coméis del fruto del árbol prohibido, seréis como dioses», dijo la serpiente. Y Cristo dijo: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre que está en el Cielo.»

El error, pues, está en el camino que hay que seguir para llegar a la perfección, pero no en aspirar a ella. Y, ciertamente, quien aspira a ser perfecto como Dios, no se comprende que pueda ser humilde, a no ser en el primer sentido arriba expresado.

Y si descendemos de las alturas teológicas y pensamos en esto de la humildad o de la soberbia, mundanamente y en la práctica, yo no me explico tampoco cómo el muy humilde, a no ser exterior su humildad, confundiéndose con la buena crianza y con la afable dulzura, acierte a hacer cosa de provecho y a ser útil para algo. Lo primero es tener confianza en el propio valer y contar con que no han de fallecernos las fuerzas y el ánimo. El individuo o la colectividad que acomete grandes empresas y que tiene elevados propósitos y miras, no puede menos de tener también el inevitable orgullo, o sea la creencia de que es capaz de dar cima a aquellas empresas y de realizar aquellos propósitos, claro está que contado siempre con el auxilio divino, lo cual será muy piadoso, pero, francamente y en realidad, no es humilde. La humildad existirá acaso con relación al Omnipotente, mas para todo lo que hay, y no es Dios, no entiendo yo qué humildad cabe en la firme esperanza de que Dios ha de ayudarnos, a fin de que se logre y se cumpla lo que queremos.

Partiendo de las anteriores consideraciones, entiendo yo que el autor de que hablo acusa con poca razón a los jesuitas de no ser humildes, sino orgullosos. Nada más natural, en mi sentir, que creer la mejor del mundo la sociedad o compañía a que pertenecemos. Todavía si el acaso, si circunstancias independientes de nuestra voluntad, o si una providencial disposición nos colocase entre esta o entre aquella gente, podría parecer soberbia de nuestra parte el considerar como la mejor del mundo a la gente entre la cual estuviésemos colocados. Y, con todo, aun así, más suele aplaudirse que vituperarse este modo de sentir y de pensar. Yo no soy español, por ejemplo, porque lo he querido, sino porque el Cielo ha dispuesto que lo sea, y, sin embargo, no pocas personas celebran y muchas disculpan el elevado concepto que tengo yo de los españoles. Y si esto es así en una sociedad en donde yo no entro voluntariamente, ¿cómo ha de poder censurarse el altísimo concepto que forme cualquiera de la sociedad o compañía en cuyas filas se alista por voluntad propia? Nadie ama sino bajo el concepto de bueno; todos buscan y procuran lo mejor; y el hombre honrado que se asocia con otros hombres, no sólo es disculpable que crea, sino que debe creer que la tal asociación es la mejor del mundo, y que los fines a que se ordena y endereza son, por todo extremo, excelentes.

Justo es, pues, y sobre justo inevitable, que todo jesuita, y más aún mientras mayores sean su candor y su buena fe, esté persuadido de que la Compañía de Jesús es la mejor del mundo, de que no hay virtud ni ciencia que en ella no resida y de que proceden de ella y procederán muchos bienes para el linaje humano.

No creer lo antedicho y hacerse, sin embargo, jesuita, presupondría falta de discreción o razones y motivos egoístas y bajos en quien tal hiciese. Alistarse en las filas del jesuitismo sin creer en su superior condición sólo se explicaría entonces por la gana de tener una posición o una carrera, de buscarse un modo de vivir, de ingeniarse o de industriarse, en suma. Y aun así, aun en esta bajeza, la predilección precedería a la elección, y todavía, sin elevarse sobre tan bajos motivos, o carecería de juicio el que se hiciese jesuita, o consideraría que el serlo era mejor profesión o carrera que todas las otras que hubiera podido seguir.

Por consiguiente, no hay pecado, ni falta, ni defecto, en la voluntad de los jesuitas cuando forman de la Compañía a que pertenecen un concepto sublime. Esto no se opone a que en dicho concepto haya error o exageración del entendimiento.

Apartando de mi espíritu toda prevención apasionada, no considerando el asunto ni como católico, ni como sectario de ninguna otra doctrina religiosa; aceptando por un momento la más completa indiferencia en punto a religión, hablando y decidiendo en virtud de un criterio librepensador y racionalista, yo, lejos de condenar la Compañía de Jesús, me siento irremisiblemente inclinado a glorificarla y a dar por seguro que honra en extremo a España que entre nosotros naciese su fundador, cuya obra pasmosa me parece que importó muchísimo en la historia del linaje humano, haciendo de Ignacio de Loyola no sólo el digno rival de Lutero, sino el personaje que se le sobrepone y le eclipsa. Se diría que cuando la Reforma parecía que iba a extenderse como voraz incendio por todo el mundo civilizado, y ya que no a extinguir, a empequeñecer la cristiandad católica, Dios suscitó para ésta un campeón poderoso, cuyas huestes combatieron sin descanso la herejía y la vencieron a menudo en Europa, mientras que al mismo tiempo extendían la fe católica por el resto del mundo, ganando para ella más almas en países remotos y en inexploradas regiones que en Europa había perdido por culpa de Lutero y de los otros heresiarcas del siglo XVI.

En la Compañía hay que admirar el feliz consorcio del pensamiento y de la acción, de lo práctico y de lo especulativo. Fue un ejército conquistador, sin más armas que la palabra, que se extendió por el mundo con extraña rapidez, avasallándolo y dominándolo. Si contemplamos en espíritu al fundador glorioso en el momento de su muerte, nos parece a modo de un Alejandro incruento. Sus dominios se han dilatado ya sobre toda la redondez de la Tierra. La Compañía tiene casas y colegios, gran poder e influjo en Castilla, en Portugal, en Alemania, en Francia y en las Indias Orientales y Occidentales. Bien puede, sin vanidad ni soberbia, exclamar el padre Rivadeneira que al mismo tiempo que Martín Lutero «quitaba la obediencia a la Iglesia romana, y hacía gente para combatirla con todas sus fuerzas, levantaba Dios a este santo capitán para que allegase soldados por todo el mundo y resistiese con obras y con palabras a la herética doctrina».

Y no hay sólo en el padre Ignacio el espíritu conservador, sino también el de reforma y el de progreso. «Todos sus pensamientos y cuidados -dice el ya citado biógrafo- tiraban al blanco de conservar en la parte sana o de restaurar en la caída, por sí o por los suyos, la sinceridad y limpieza de nuestra fe.» Todavía hay otra idea elevadísima, si no desconocida y seguida en otros institutos religiosos, por ninguna observación y seguida con más firmeza y perseverancia que por la Compañía de Jesús: la idea y el propósito de divulgar la ciencia, las letras y toda cultura, haciendo de ella y del progreso humano preciosos y dignos auxiliares de la religión.

Con notable injusticia, se acusa a la Compañía de que aniquila las voluntades y nivela y pone trabas a los entendimientos con los firmes y duros lazos de su obediencia ciega. No puede haber acusación menos razonable. Jamás se ha formado una sociedad con el intento de producir genios. El genio es una virtud o un poder que tiene algo de sobrehumano, y que aparece individualmente en el espíritu de este o aquel hombre cuando Dios o la Naturaleza así lo decretan. Y este genio, virtud o poder, ni hay sociedad que lo cree, ni tampoco hay sociedad que lo destruya. Es, además, harto arbitrario y vago el determinar o medir la altura que ha de tener un hombre para ser genio y no ser medianía. No seré yo quien clasifique y coloque entre las medianías o entre los genios a muchísimos padres de la Compañía de Jesús; pero sí me atrevo a asegurar que, durante los tres siglos XVI, XVII y XVIII, hasta

después de su extinción bajo el pontificado de Clemente XIV, figura en ella una brillantísima serie de varones admirables por la acción, como predicadores, viajeros, mártires heroicos y exploradores atrevidos de países incógnitos y bárbaros, y una lucidísima cohorte de hombres eminentes en ciencias y en letras, descollando entre ellos muchísimos españoles, por lo cual, estando España hoy tan decaída no goza acaso el nombre de ellos toda la fama y el alto aplauso que merecen.

Para infundir en la mente de mis lectores un elevadísimo concepto y para entonar un himno en alabanza de la Compañía de Jesús, no he de ir yo a buscar frases y datos en libros escritos por jesuitas, ni en disertaciones e historias de católicos fervorosos y hasta fanáticos, sino que tomaré los datos y frases en un autor inglés, criado en el protestantismo y librepensador más tarde; en el famoso historiador y ensayista lord Macaulay. Harto merece ser traducido todo lo que él dice de los jesuitas y de su fundador; pero, a fin de no ser prolijo, me limitaré a traducir algunos trozos: «Ignacio de Loyola, en la gran reacción católica, tuvo la misma parte que Lutero en el gran movimiento del protestantismo. Pobre, oscuro, sin protector, sin recomendaciones, entró en Roma, donde hoy dos regios templos, ricos en pinturas y en mármoles y jaspes, conmemoran sus grandes servicios a la Iglesia; donde su imagen está esculpida en plata maciza; donde sus huesos, en una urna cubierta de joyas, se ven colocados ante el altar de Dios. Su actividad y su celo vencieron todas las oposiciones, y bajo su mando la Orden de los jesuitas empezó a existir y creció rápidamente hasta el colmo de sus gigantescos poderes. ¡Con qué vehemencia, con qué política, con qué exacta disciplina, con qué valor indomable, con qué abnegación, con qué olvido de los más queridos lazos de amistad y parentesco, con qué intensa y firme devoción a un fin único, con qué poco escrupulosa laxitud y versatilidad en la elección de los medios riñeron los jesuitas la batalla de su Iglesia, está escrito en cada página de los anales de Europa, durante muchas generaciones! En la Orden de Jesús se concentró la quinta esencia del espíritu católico: la historia de la Orden de Jesús es la historia de la gran reacción del catolicismo. Esta Orden se apoderó de todos los medios y fuerzas con que se dirige y manda el espíritu del pueblo: del púlpito, de la Prensa, del confesonario y de las academias. Donde predicaba el jesuita, la Iglesia era pequeña para el auditorio. Su nombre en la primera página aseguraba la circulación de un libro. A los pies del jesuita, la juventud de la nobleza y de la clase media era guiada desde la niñez a la edad viril, y desde los primeros rudimentos hasta la filosofía. La literatura y la ciencia, que parecían haberse asociado con los infieles y con los herejes, volvieron a ser las aliadas de la ortodoxia. Dominante ya en el sur de Europa, la gran orden se extendió pronto, conquistando y para conquistar. A despecho de océanos y desiertos, de hambre y de peste, de espías y leyes penales, de calabozos y torturas y de los más espantosos suplicios, los jesuitas penetraban, bajo cualquier disfraz, en todos los países; como maestros, como médicos y como siervos; arguyendo, instruyendo, consolando, cautivando los corazones de la juventud, animando el valor de los tímidos, presentando el Crucifijo ante los ojos del moribundo. El orbe antiguo no fue bastante extenso para la extraña actividad de los jesuitas. Ellos invadieron todas las regiones que los grandes y recientes descubrimientos marítimos habían abierto al emprendedor genio de Europa. Los jesuitas aparecían en las profundidades de las minas del Perú, en los mercados de esclavos de África, en las costas de las islas de las Especias y en los observatorios de la China; y hacían prosélitos y conversiones en países donde ni la avaricia ni la curiosidad habían tentado aún a sus compatriotas para que penetrasen; y predicaban y disputaban en idiomas de los que ningún otro natural de nuestro Occidente entendía palabra.»

Cuando la Reforma se levantó contra la Iglesia católica, el clero secular y regular, aun en la misma Roma, estaba corrompido y viciado y hasta lleno de descreimiento. «Sólo la Orden de los jesuitas -añade nuestro historiador- pudo mostrar muchos hombres no inferiores en sinceridad, constancia, valor y austeridad de vida a los apóstoles de la Reforma.» A los jesuitas, pues, a su poder persuasivo y al influjo de su palabra se debió en gran parte la restauración y reverdecimiento en el seno de la Iglesia católica de aquel hondo sentir religioso y de aquella «extraña energía que eleva a los hombres sobre el amor del deleite y el miedo de la pena; que transforma el sacrificio en gloria y que trueca la muerte en principio de más alta y dichosa vida».

Declara asimismo Macaulay que el prodigioso cambio, que el triunfo inesperado del catolicismo sobre el protestantismo se debió en gran parte a los jesuitas y a la profunda política con que Roma supo valerse de ellos. «Cincuenta años después de la separación de Lutero, el catolicismo apenas podía sostenerse en las costas del Mediterráneo; cien años después, apenas podía el protestantismo mantenerse en las orillas del Báltico. Grandes talentos y grandes virtudes se desplegaron por ambas partes en esta tremenda lucha. La victoria se declaró, al fin, en favor de la Iglesia romana. Al expirar el siglo XVI, la vemos triunfante y dominante en Francia, en Bélgica, en Baviera, en Bohemia, en Austria, en Polonia y en Hungría. El protestantismo, en los siglos que han venido después, no ha podido reconquistar lo que perdió entonces.» Y añade Macaulay: He insistido detenidamente sobre este punto, porque creo que de las muchas causas a las que debió la Iglesia de Roma su salvación y su triunfo al terminar el siglo XVI, la causa principal fue la profunda política con que dicha Iglesia se aprovechó del fanatismo de personas tales como San Ignacio y Santa Teresa.»

Es muy de notar que esto que Macaulay, con su criterio protestante o racionalista, llama fanatismo, podrá ser llamado así por el brío y la intensidad con que se sintió y se pensó, pero tanto el sentimiento como el pensamiento, analizados, examinados y juzgados hasta por un hombre descreído del siglo XIX, fueron, en el siglo XVI, permítasenos las palabras, más razonables y más progresistas que cuanto Lutero, Calvino y los otros apóstoles de la Reforma pensaron, sintieron y dijeron. No fue el misticismo español de entonces huraño, egoísta y meramente contemplativo, aspirando a elevarse y a unirse con Dios para aniquilarse allí, confundiéndose en la esencia infinita y desvaneciéndose en un perpetuo nirvana. El amor de Dios y la aspiración a unirse con Él, según mil veces lo explican nuestros místicos, fueron una preparación y habilitación de las almas para que obrasen luego, en la vida terrenal, inauditos prodigios de amor al prójimo y para que diesen cima a casi sobrehumanas empresas. Las almas, según dichos místicos, cuando ardían en el fuego del amor divino y derretidas por la fuerza de este fuego se diría que se identificaban con Dios, eran como la espada que parece fuego en la fragua, de donde sale después con más fino temple y con superior aptitud para ejercer sus funciones. Lo místico y lo contemplativo en los jesuitas no fue el fin, sino el medio para apercibirse a la acción y cobrar fuerzas y virtud mayores con que alcanzar en ella la victoria. Y no fue la victoria en favor sólo del catolicismo, sino también para conservar o restaurar el lazo y principio unificante de la civilización europea, que los protestantes habían roto; para hacer que triunfase dicha civilización, amenazada por nueva barbarie, y para salvar la libertad y el valor y mérito de nuestras obras, casi negados por el fanatismo cruel y pesimista con que los protestantes

denigraban y hacían odiosa a la divinidad y esclavizaban a la humana naturaleza, sacrificándola en aras de una predestinación y de una gracia caprichosas y ciegas.

Nadie podrá acusar de jesuítico al célebre y malogrado historiador y polígrafo Oliveira Martins, y, sin embargo, en este punto que tocamos ahora, ensalza como nadie a los jesuitas, haciendo que la gloria de ellos y su triunfo en el Concilio de Trento aparezcan acaso como el mayor triunfo y como la más espléndida gloria de la civilización ibérica en el siglo XVI. «Los protestantes -dice Oliveira Martins- no excluyen las buenas obras; pero no es el mérito de ellas el que redime: es únicamente el mérito de Cristo, independientemente del hombre. Esta doctrina es la condenación del hombre y de su actividad, de su voluntad, de la fuerza íntima que constituye su vida. Condenando al hombre los protestantes condenan el mundo: transfiguran la realidad y conducen a los abismos de la esclavitud trascendente. En cambio, la doctrina de los jesuitas Salmerón y Láinez, vencedora en Trento, diviniza al mundo y al hombre, revelando y haciendo resplandecer la justicia de Dios en la fe del hombre y en sus buenas obras, cuyos méritos elevan a la gracia. El genio español fue, pues, por la boca elocuente de Láinez y Salmerón, el defensor de la cultura humana, deteniendo a Europa en la pendiente de una predestinación fatalista.»

Debo observar que yo no cito aquí a Oliveira Martins como quien cita a un Padre de la Iglesia; que en asunto tan difícil como la conciliación de la gracia y del libre albedrío no le doy autoridad alguna; y que tampoco hago a los jesuitas pelagianos o semipelagianos para ponderar lo que valían. Sólo afirmo que, sin incurrir en error contra la fe, porque ni el molinismo, ni menos su mitigación por el congruismo de Suárez, fueron nunca calificados de heréticos, los jesuitas defendieron y sostuvieron la libertad del hombre, sin salir fuera del círculo de la creencia católica, y en cuestión la más oscura y difícil de la teología, y aun de todo pensar filosófico, por donde será siempre para teólogos y filósofos manantial y semillero de disputas hasta la consumación de los siglos. No quiero seguir ponderando aquí y recapitulando todo lo que en alabanza de los jesuitas puede decirse y se ha dicho hasta la extinción de la Orden en el siglo pasado. Las acusaciones lanzadas contra ellos y la multitud de enemigos acérrimos que tuvieron, primero entre los protestantes, después entre los jansenistas, y, por último, entre los librepensadores, redundan en cierto modo en elogio de los jesuitas, ya que prueban el extraordinario poder y la importancia que tenían. El mérito de ellos, no obstante, tiene que ser reconocido hasta por sus mayores contrarios, si se precian de candorosos e imparciales. Así, por ejemplo, Mosheim dice: «El candor y la imparcialidad me obligan a confesar que los adversarios de los jesuitas, al mostrar la torpeza y negrura de varias de sus máximas y opiniones, han ido más allá de lo que debían, y han exagerado las cosas para abrir más extenso campo a su celo y a su elocuencia. Fácil me será probarlo con ejemplos sacados de las doctrinas de la probabilidad y de la restricción mental, imputadas como un crimen a los jesuitas; pero esto me apartaría demasiado de mi asunto. Observaré sólo que en la disputa se han atribuido a los jesuitas principios que sus enemigos sacan por inducción de la doctrina de ellos, sin que ellos los confiesen; que no siempre han interpretado sus términos y sus expresiones en el verdadero sentido, y que nos han presentado las consecuencias de su sistema de una manera parcial, que no está de acuerdo con la equidad exacta.»

Esta confesión de Mosheim en favor de los jesuitas los honra mucho, porque es uno de sus más declarados enemigos, y porque, sin nombrarlas, censura de parcialidad y de más o

menos inconsciente falsía las encomiadas Providenciales, de Blas Pascal, obra que, según muchos afirman, ha hecho más daño a los jesuitas que la indignación de los soberanos y que todas las calamidades que han caído después sobre su Orden.

No he de dilatar me yo más, defendiéndola aquí. No ataca ni condena su pasado el autor incógnito del libro de que doy cuenta. Sólo añadiré, para terminar, que nadie puede pretender, ni los más fervorosos jesuitas, que la Compañía estuvo exenta de faltas y que todos sus individuos, que se contaban por miles, fueron unos santos, sin pecado y sin vicio, hasta la extinción de la Compañía en 1773.

Al caer entonces, los jesuitas cayeron como los héroes de una noble tragedia, donde toda la simpatía y el aplauso fue para las víctimas, y la reprobación, en los más elevados espíritus, para los tiranos y opresores; para Pombal, para la Pompadour, para Tanucci y para el conde de Aranda. Las alabanzas de la Orden extinguida se renovaron o surgieron entonces, derramándose sobre ella como sobre fúnebre monumento un diluvio de flores. Los más eminentes personajes de Europa, aun entre los no católicos, habían celebrado o celebraron a los jesuitas: Enrique IV de Francia, Catalina II de Rusia, Rousseau, Diderot, Leibniz, Lessing, Herder y mil otros.

Voltaire dice de ellos: «Tienen escritores de un mérito raro, sabios, hombres elocuentes y genios.» D'Alembert: «Los jesuitas se han empleado con éxito en todos los géneros: elocuencia, historia, antigüedades, geometría y literatura profunda y agradable. Apenas hay disciplina en que no cuenten ellos hombres de primer orden.»

Federico el Grande de Prusia escribía a Voltaire: «Esta Orden ha dado a Francia hombres del genio más elevado.»

Después de suprimida la Compañía, los jesuitas arrojados impiamente de todos los dominios españoles y refugiados en Italia, se esmeraron en dar clarísimo testimonio y brillantes muestras de su valer, redundando así cuanto hicieron en mayor vergüenza y descrédito de sus perseguidores y en alta honra de España, su patria.

Jamás, desde la toma de Constantinopla por los turcos y la venida a Italia de los sabios griegos, había penetrado en aquella península hueste más lucida y docta de extranjeros fugitivos. La historia científica y literaria de los ex jesuitas españoles, que por toda Italia se difundieron, carece todavía de un historiador digno. De esperar es que lo sea con el tiempo el erudito y elegante escritor don Marcelino Menéndez y Pelayo. Entre tanto, no faltan eruditos italianos que se ocupen con amor en ese asunto. Recientemente, la Real Academia de Ciencias de Turín ha publicado sobre él una hermosa Memoria, debida al saber y talento del doctor Victorio Cian. Al dar cuenta de esta Memoria el ya citado Menéndez y Pelayo, en el número de enero último de la Revista Crítica de Historia y Literatura, amplifica y esclarece las noticias del doctor Cian con no pocas más que demuestran la importancia y el valer de aquellos nuestros ilustres compatriotas. Los padres Andrés, Arteaga, Eximeno y Masdáu, son elogiados por el doctor Cian, según su mérito; pero, en cambio, sólo hace rápida mención de Hervás y Panduro, creador de una nueva ciencia: la filología comparativa; el padre Juan Bautista Gener, autor de los seis primeros tomos de una enciclopedia teológica, que implica la renovación de los estudios eclesiásticos; el padre

Tomás Serrano, elegante y sabio humanista; del gramático Garcés, cuyo libro *Vigor y elegancia de la lengua castellana* se lee aún con fruto; del padre Aponte, egregio helenista, maestro del cardenal Mezzofanti; del insigne historiador de Méjico, Clavijero; del naturalista chileno Molina; de Landival, cuyo *Rusticatio Mexicana* es uno de los más curiosos poemas de la latinidad moderna, hasta por lo original y exótico del asunto, y de Márquez, tan benemérito, por sus libros de la arqueología romana y de la historia de la Arquitectura.

Aunque el doctor Cian diga poco o nada sobre los mencionados escritores, todavía basta con los que celebra para hacer que se forme elevadísimo concepto de los jesuitas españoles emigrados en Italia y de cuantos trabajaron y escribieron desde 1767 hasta 1814. Acrecientan la elevación de este concepto las nobles palabras con que el doctor Cian termina y resume su Memoria: «Aquellos hombres -dice-, arrojados de su patria, obligados a vivir entre las desconfianzas, las envidias, los rencores antiguos y recientes, en país extranjero, guardan celosamente el culto de la patria en su corazón, y al mismo tiempo se enlazan en afectuosa amistad con algunos de los nuestros y de los mejores, estudian y adoptan e ilustran la lengua y la literatura del país que les ha dado hospitalidad; pero cuando ven que algún italiano quiere lanzar la más leve sombra sobre el honor literario de España, se levantan con fiereza caballeresca, propia de su raza, y no temen defenderse y pasar muchas veces de la defensa a la ofensa vigorosa y audaz... No podemos menos de sentir una admiración profunda por estos emigrados que, en tan breve período de años, respondieron tranquilos y altivos, con la mejor de las venganzas, a las injurias de la fortuna, a las persecuciones, a los odios de los hombres que pretendían extinguirlos, y se levantaron y se purificaron a los ojos de la Historia, a nuestros propios ojos, a los ojos de aquellos mismos que se creían y aspiraban a verlos aniquilados para siempre. Su producción múltiple, varia y a veces profunda y original, es un fenómeno singularísimo. En vano se buscaría en la historia de las literaturas europeas otro fenómeno semejante de colonización literaria; violenta, forzada en sus causas y en los medios con que fue realizada; espontánea, duradera y digna en sus complejas manifestaciones; útil y gloriosa para aquellos colonos, dotados de extraordinaria flexibilidad y gran virtud asimiladora; no ingloriosa para la madre patria que los desterraba; ventajosa y honorífica para la nueva patria latina que los acogía en su seno hospitalario.»

Harto reconocerá el lector por lo expuesto hasta aquí que yo soy un admirador fervoroso y sincero de la antigua Compañía de Jesús; pero esto no se opone a que yo dé crédito e importancia a las tremendas acusaciones que lanza contra la Compañía el autor anónimo, cuyo libro me induce a escribir este artículo.

No recuerdo quién dijo, tal vez fue Cervantes, que las segundas partes nunca fueron buenas, y yo confieso que me siento inclinado a aplicar el dicho a la Compañía de Jesús, restaurada, desde 1814 hasta ahora.

La primera Revolución francesa, con tantos horrores y tanta sangre, y dando por último resultado a un déspota, que, sin propósito fijo, civilizador y humano, mantiene durante años la confusión y la guerra en Europa; la propensión del pensamiento filosófico hacia el pesimismo y hacia el más grosero ateísmo, y la aparición o la mayor difusión y el más hondo arraigo de espantosas doctrinas, que no sólo tiran a subvertir el organismo social,

sino a arrancar de cuajo los fundamentos en que el orden actual se sostiene, han apocado acaso, con la repugnancia y el terror que inspiran, el espíritu religioso de muchos individuos e instituciones, y entre éstas, las de los jesuitas, sin duda. Lo cierto es que ya no son como eran antes. A mi ver, ya no pueden decir: *Sint ut sunt, aut non sint*. Ya son otros de lo que eran. Antes, al defender la fe católica, de que se hicieron y fueron maravillosos adalides, se pusieron en el camino del progreso, a la cabeza de la Humanidad, levantando el lábaro y apareciendo casi, así por el amor de la religión como por el amor de la ciencia, semejantes a la columna de fuego que guió en el desierto a los israelitas durante la noche.

Hoy, por el contrario, faltos de fe los jesuitas y engañados por el pesimismo, imaginan, sin duda, que la civilización ha descarrilado, que se ha extraviado saliendo de la senda que debía seguir, y, en vez de ponerse delante y servir de guía, se han puesto a la zaga, y hacen todos los posibles esfuerzos porque ceje y retroceda hacia un punto absurdo y fantástico, que jamás existió, y con el que ellos sueñan. De aquí que todo progreso, toda elevada cultura, todo pensamiento sano de libertad y de mejoras, sea tildado por ellos de liberalismo y aborrecido de muerte. Esto es peor que carecer de un ideal; es tener un ideal falso e inasequible, por ser contrario a las ideas y a las esperanzas de la porción más activa, inteligente y hábil de la novísima sociedad humana.

En esta situación, sin verdadero entusiasmo, porque reacción tan disparatada no puede inspirarle, no es extraño que los jesuitas modernos tengan todas las flaquezas y pequeñeces e incurran en cuantos vicios y pecados el autor anónimo les imputa en su iracunda y despiadada sátira.

Todo lo que el autor anónimo nos declara que hay ahora de malo en la Compañía, pudo existir y existió probablemente en ella, hasta cierto punto, desde su origen. No era posible que entre millares de hombres, formando una asociación poderosísima, no se albergasen la ambición, la codicia, el apetito de deleites y regalos y otras mundanas pasiones; pero entonces era tan elevado el propósito, era tan generoso y fecundo el pensamiento capital que informaba a la Compañía, y era tan numerosa y refulgente la falange de sus héroes, de sus santos, de sus exploradores, de sus sabios y de sus mártires, que deslumbraba con su resplandor y no dejaba ver lo vicioso y lo malo que había en la Compañía, y que es tan inherente y propio y tan difícil de extirpar por completo de nuestra decaída naturaleza.

Es asimismo de recelar que el jesuitismo moderno, si bien fustiga con sobrada acritud los vicios del día, se haya dejado, sin sentirlo, inficionar por algunos de ellos, y en particular por los que afean más ahora a las clases medias y elevadas de la sociedad, con las que los jesuitas tratan y alternan frecuentemente. La afición, pues, al regalo, a la pompa, a ciertos refinamientos y elegancias y al dinero, que lo proporciona todo, no deja de ser natural que se haya infiltrado en las almas de los decaídos sucesores de Francisco Javier, de Francisco de Boria y de tantos y tantos gloriosos misioneros, confesores y mártires de la fe de Cristo.

Cuantos hechos, anécdotas y casos refiere el autor incógnito para rebajar y humillar a los jesuitas del día, tienen trazas de verdaderos y dejan harto malparados a los padres. Referidos con notable primor de estilo, desenfado y gracia, entretienen tanto o más que una novela picaresca. Así, los dos capítulos Cuestión de cuartos y Los dineros del sacristán, nos

pintan a los padres sedientos de oro y valiéndose para adquirirlo de mil medios poco decorosos: de la usura, del agio y de la adulación para con los ricos, a fin de conseguir de ellos donaciones y herencias; y nos los pintan al mismo tiempo manirroto, despilfarrado y faltos de juicio, de buen gusto y de previsión, para gastar, o más bien para derrochar, estas poco bien adquiridas riquezas. En el capítulo El politiqueo aparecen los padres como facciosos, excitadores a guerra civil y tan partidarios de don Carlos que cantaban el tedéum cuando ocurría algún suceso funesto para las armas de España; verbigracia: la muerte del caballeroso y heroico marqués del Duero.

Para no fatigar a los que me lean no seguiré extractando aquí el inmenso cúmulo de acusaciones que lanza contra los jesuitas el autor anónimo. Recomendaré, sin embargo, la lectura del capítulo El mujerío, porque tiene muchísimo chiste. Sobre todo en cuanto se refiere a las relaciones espirituales de los padres con las duquesas, marquesas y condesitas, y en la descripción que hace de la devoción elegante, del misticismo cómodo y de la religiosidad high-life y a la moda.

Todo esto, no obstante, por más que sea digno de reprobación y deba ser condenado, en este, en aquel o en el otro individuo, tal vez afecte menos a la Compañía en general de lo que el autor anónimo imagina y pretende. En una asociación tan numerosa y que alcanza extraordinario influjo y crédito, es difícil, es casi imposible evitar que algunos, que tal vez muchos de los que a la asociación pertenecen, no se prevalgan de ese influjo y de ese crédito para lograr provechos y ventajas materiales. Y, por otra parte, el despilfarro de esos provechos, casi siempre en cosas deleitables para la colectividad o que satisfacen y lisonjean su orgullo, prueba que no hay grande egoísmo en el individuo que los ha logrado, e inclina a creer que la codicia jesuítica, más que viciosa, es poco juiciosa.

En mi sentir, pues, los capítulos de mayores culpas del libro del autor anónimo contra los jesuitas son los dos que se titulan De ciencia y santidad, la mitad de la mitad.

Ni en ciencia, ni en literatura, ni en artes, llegan hoy los jesuitas de España a lo que fueron en lo pasado. Quedan además muy por bajo del nivel de los escritores seculares y de los escritores del clero y de los otros institutos religiosos. La fama, al menos, no hace resonar mucho sus nombres ni difunde su gloria.

En este punto, sin embargo, y si hemos de dar crédito al autor anónimo y no tildar de exageración sus alabanzas, él las prodiga de tal suerte al padre Juan José Urraburu, que le coloca muy por cima de todos los filósofos, pensadores y escritores aficionados a la filosofía que ha habido en nuestra nación en el siglo presente. No he de negar yo que sean muy estimables las obras filosóficas de Balmes, del padre Ceferino González, de don Manuel Ortiz y Lara, de Sanz del Río y de la turba de sus prosélitos; pero de ninguno de ellos se podría afirmar sin exagerada benevolencia lo que el autor anónimo afirma de la obra filosófica del padre Juan José Urraburu, declarando que es notabilísima, que hace honor a España y que debe contarse entre las mejores, si ya no es la mejor publicada en Europa, después de la restauración filosófica pregonada por León XIII. Es cierto que el autor anónimo limita luego la alabanza, considerando la obra del padre Urraburu como mera exposición de la sana filosofía escolástica. Pero, aun así, la alabanza es muy grande si la tal exposición es completa y si es la mejor que se ha hecho en Europa, comparando bien

la antigua filosofía, que expone, con todos los ulteriores sistemas, y sacándola ilesa de los ataques, y victoriosa y colocada por cima de todos.

Fuera de los méritos de este padre Urraburu, del que confieso ingenuamente que ni había oído hablar, poco o nada hay que el autor anónimo celebre y estime en algo en el movimiento intelectual de los jesuitas. Y la verdad es que ninguno de sus escritos ha alcanzado en España la popularidad y el aplauso que las obras de otros escritores pertenecientes al clero. No tienen poetas como mosén Jacinto Verdaguer, ni ardientes y fervorosos polemistas como don Miguel Sánchez, ni entusiastas y candorosos moralizadores, de fecunda inspiración popular, como el excelente padre Claret, hartamente injustamente ridiculizado por la pasión política y por la ligereza de liberales y librepensadores.

La revista El Mensajero del Corazón de Jesús está, según el autor anónimo, muy por debajo de La Ciudad de Dios, de los padres agustinos. Y lo que más desgracia dicha revista o Mensajero siempre según nuestro autor, son las novelas y cuentecitos que allí se insertan, «donde hierven tales osadías de ideas y tales arrojamientos de frases y de palabras, y donde se refieren lances y percances tan crudos y poco decentes y situaciones tan escandalosas, que muchos padres de familia, luego que recibían el tal Mensajero, lo escondían con cuidado para que no lo leyese sus hijas».

Son más de extrañar estas libertades si se atiende, según afirma el autor anónimo, a que los padres jesuitas de España han censurado al cardenal Wiseman por su Fabiola, y al inocentísimo Fernán Caballero, por varias de sus novelas, y a que (¡apenas parece creíble!) en un gran colegio de la Compañía celebraron una muy devota procesión y quemaron muchos libros por impíos, liberales y poco decentes, entre ellos el Quijote.

El autor anónimo niega también historiadores a la moderna Compañía de Jesús en España.

En lo que toca a ciencias naturales, no tienen nada de qué jactarse. «No sólo -dice- no pueden presentar una obra como la del agustino padre Blanco sobre la flora de Filipinas, pero ni un observador de la Naturaleza, como el escolapio padre Ainza.»

En mi sentir, hay un punto sobre el cual no vierte bastante luz el autor anónimo, ni nos habilita, fiándonos de lo que dice, para dar una sentencia adversa o favorable. Es este punto la virtud o capacidad docente de los padres de la Compañía. Sobre ello, por tanto, no daremos nuestra opinión; pero sí diremos que la del público en general es muy favorable a los padres, y lo prueban la multitud de colegios que tienen, su prosperidad y el empeño con que muchas personas, hasta opuestas al jesuitismo, liberales y librepensadores, envían a sus hijos a los colegios de los jesuitas para que allí se eduquen. Y no puede negarse que el buen éxito de los jesuitas en este ministerio de la enseñanza de la juventud produce y puede producir los mejores efectos, aunque no sea más que despertando la emulación y excitando el celo de los otros establecimientos pedagógicos, ya por ejemplo, de los institutos oficiales y laicos, ya de otras órdenes religiosas o clericales congregaciones. Los padres agustinos, sin duda, se esmerarán más en sus enseñanzas para competir con los padres de la Compañía y vencerlos, si pueden. Y es probable que, contemplando la prosperidad y crédito de los

jesuitas como cuerpo docente, los canónigos del Sacro Monte se hayan animado y resuelto a ampliar los estudios de su colegio, convirtiéndolo en Universidad católica, donde ya se enseña la jurisprudencia y donde se aspira y se quiere enseñar (como complemento y corona de las asignaturas de teología) griego, hebreo y árabe y otras lenguas orientales, así como muchas ciencias profanas y muchas teorías y descubrimientos novísimos, a fin de ponerlos en armonía con la religión revelada y de que valgan para su sostén y concurran a su triunfo, en vez de parecer, como parecen, un ariete en manos de los incrédulos.

Concretándome ahora al examen del libro del autor anónimo, y expresando aquí sobre él mi parecer, franco y sincero, diré, para concluir, aunque me acusen, como han sido acusados con frecuencia los jesuitas, de tener la manga muy ancha, que los pecados y vicios que saca a la vergüenza el autor anónimo, si bien sería de desear que no los hubiese, no me mueven tanto a condenar la Compañía, compuesta de seres humanos, entre los cuales no puede menos de haber bastantes pecadores, como la carencia del espíritu elevado, amplio, civilizador y progresivo que la inspiró en mejores días. Volver a informarse de este espíritu es, en mi sentir, lo que la Compañía necesita, y no las mejoras y modificaciones de sus institutos, que el autor anónimo propone, manifestando deseo de que la Iglesia las adopte y establezca.

No va por un lado el espíritu del siglo y no va por el lado opuesto el espíritu de la verdadera religión. Ambos caminan y deben caminar unidos, a fin de que la mente y el corazón de los hombres se eleven a superiores esferas. Cristo no enseñó cuanto hay que saber, sino que dejó mucho, aun en las cosas más esenciales, para que los hombres lo averiguasen y lo enseñasen con el transcurso del tiempo. El adelanto, el desenvolvimiento de la metafísica y de toda doctrina social, política y hasta ética, no está reñido con la revelación, que no fue ni pudo ser de una vez, sino que, en cierto modo y altamente aceptada, es progresiva. Las mismas palabras del Redentor lo declaran: *Adhue multa habeo vobis dicere, sed non potesti portare modo*. Lo que entonces no dijo Cristo, porque no hubieran acertado a entenderlo; lo que, aun después de descender sobre los apóstoles las lenguas de fuego, cuando estaban congregados en el Cenáculo, no quiere o no puede revelar San Pablo, constituye la ulterior revelación y presta, digámoslo así, una flexibilidad sublime a nuestro dogma religioso, que le hace capaz de contener dentro de sí, sin romperse ni quebrantarse, toda civilización futura, por grande y maravillosa que sea.

Yo entiendo, pues, que la mejor reforma que pudieran adoptar los jesuitas sería la de inspirarse en tan sublime y fundamental pensamiento, que, sin salir fuera de las vías católicas y sin cobardes condescendencias y transacciones con incrédulos e infieles, hiciese posible la aspiración de Jaime Freeman Clarke al terminar su obra sobre Las diez grandes religiones, y al proclamar la cristiana como la religión definitiva e imperecedera del humano linaje: que no se amengüe la libertad del espíritu; que no se acepte con ceguedad lo que contradiga al sentido común; que no se achique o mutile la ciencia por miedo de que triunfe de la fe; que ningún placer inocente, que ninguna natural alegría de la vida y que nada de cuanto hay hermoso en la literatura, en el arte, en la sociedad y en el hogar doméstico, sea sacrificado, sino que todos los hombres vengan a Jesús y hallen en Él el medio más poderoso de elevarse hasta su eterno Padre y la revelación más cumplida de perdón, paz, esperanza y vida eterna, indispensable para el desarrollo perfecto y completísimo de nuestro ser humano.

En los jesuitas hay en nuestro tiempo una limitación y una estrechez de miras harto contrarias a las susodichas aspiraciones. Se olvidan de que la letra mata y el espíritu vivifica, y se olvidan de que el espíritu de verdad hará resplandecer toda verdad ante los ojos de los que le siguen.

Notas diplomáticas

- I -

El compromiso que contraigo de escribir esta sección de la presente revista me parece difícil y temo salir de él poco airoso. Trátase de contar en brevísimo resumen todo cuanto vaya ocurriendo en los diversos estados, y que importe a las relaciones políticas y comerciales de unos pueblos con otros. Quien acertase a hacer esto bien durante algún tiempo, formaría con el conjunto de sus artículos algo a modo de un compendio de Historia universal, en un breve período; pero, en el día, los casos se suceden con rapidez extraordinaria, y sería menester mucho arte y dichosa facilidad de expresión para exponerlos sin que lo conciso impida o turbe la claridad indispensable.

Supongamos, como punto de partida, que las naciones de Europa y las que se han formado en América de las antiguas colonias europeas están o deben estar unidas, o, al menos, tácitamente confederadas por una alta y superior civilización, cuyo origen es el mismo, por lazos de consanguinidad y por no pocos intereses y aspiraciones, hasta cierto punto idénticos, y que bien pudieran conciliarse, sin dar ocasión a conflictos ni a choques. Ya tenemos casi deslindada y patente la mira capital de eso que llaman diplomacia, en su más noble y humano sentido, y no maleada por patriotismos egoístas.

Por desgracia, estos patriotismos existen, y, a fin de ordenarlos bien y de refrenarlos para que no turben la paz, queremos creer que con el mejor deseo se han aliado desde hace años Alemania, Austria e Italia, las tres grandes potencias del centro de Europa. Para contrapeso que mantenga el equilibrio, Francia y Rusia se han unido también, a lo que parece, aunque de la tal unión, de su término y de sus fines, no alcance ni sepa tanto el vulgo de los mortales.

Hay, además, adyacente a Europa, aunque aislada por el Océano, otra muy rica y fuerte potencia, sobre todo en los mares, la cual campa sola por sus respetos, se basta a sí misma para defenderse y ofender, y sólo se alía temporalmente con quien le conviene.

Las otras potencias europeas de segundo, de tercero o de cuarto orden, procuran permanecer neutrales; pero si sobreviniese un conflicto, la neutralidad acaso sería ilusoria, y cada potencia pequeña tendría que seguir en la lucha a cualquiera de las grandes, aunque fuese la que menos le conviniera o agradara.

Por todos estilos es hoy muy de temer una nueva guerra general. Los hombres de Estado que dirigen los destinos del mundo se desvelan para evitar la guerra y para mantener el equilibrio inestable en que ahora nos vemos. Enormes son los sacrificios que con este objeto se hacen. Cada Estado arma el mayor número de hombres que puede, con frecuencia a cuantos son capaces de sufrir el peso de las armas. Numerosos ejércitos, provistos de todos los medios de destrucción que ahora se emplean, están constantemente apercebidos para pasar la frontera y penetrar en son de guerra en el cercano país enemigo. De aquí una paz nada fraternal, ya que se funda en el miedo que constantemente se inspiran unos a otros. De aquí que lo más brioso, joven y activo de cada nación se ocupa en amedrentar a la nación vecina y hacer ejercicios bélicos, distrayéndose de las útiles tareas de la industria y de la agricultura, con incalculable pérdida en la producción de la riqueza. Y de aquí, por último, que, a fin de sostener este mortífero aparato, los gobiernos gasten más de lo que pueden, tomen prestado y abrumen a los pueblos con exagerados tributos para continuar amenazándose y asustándose.

Las potencias menores se creen obligadas al mismo lujo guerrero y gastan proporcionalmente tanto como las grandes potencias, sin la consoladora satisfacción de tomar parte principal en el gobierno de las cosas humanas y sin la esperanza, si hay guerra y vencen, de hacer pagar al vencido parte, todo o más, de lo que les costó vencerlo.

Siempre fue triste hacer papeles secundarios; pero en este sistema de ahora es más triste que nunca. Las grandes potencias vejan, humillan y ofenden de continuo, y acaso sin querer, a las potencias de segundo y de tercer orden, entre las cuales, desgraciadamente se cuenta España, después de haber sido tan temida y gloriosa. Del gran progreso moral que informa o debe informar hoy las relaciones entre gobernantes y gobernados, metrópolis y colonias, pueblos europeos y pueblos bárbaros o salvajes, ya medio sometidos, ya en lucha con nosotros, las grandes potencias, o de común acuerdo, o cada una por sí, se constituyen en guardadoras y defensoras. Ellas, siempre que les parezca bien y puedan, castigarán con dureza y hasta con crueldad, y no tendrán piedad ni respeto con quien se les oponga o se les rebele, pero vigilarán cuidadosamente a las potencias secundarias para que sean blandas y piadosas con todos sus enemigos, y lanzarán censuras y anatemas contra cualquier transgresión, fingida o supuesta, de la sublime filantropía a que nos hemos encumbrado. Así, las grandes potencias se atribuyen algo a modo de magisterio y empuñan la férula y la palmeta para castigarnos y tenernos a raya. Y todavía es más duro este castigo, y sobre la reprimenda y la humillación hace sufrir a la potencia secundaria penosos sacrificios de dinero, cuando la persona o personas contra quien dicha potencia se dice que se ha extralimitado es o con naturales o naturalizados de la potencia de primer orden que pide y reclama una indemnización cuantiosa.

En Europa ya hemos enumerado y mentado las seis grandes potencias entre las cuales Italia, cuya unidad es reciente, ha logrado ponerse a fuerza de hábil política exterior y de ingentes esfuerzos económicos para sostener una Marina de guerra y un Ejército muy superiores a lo que juiciosamente debiera costear.

En América hay dieciséis o diecisiete estados, y entre ellos uno preponderante, que puede figurar entre las grandes potencias de Europa, colocándose a su altura.

Si todas estas naciones, grandes y chicas, pero cristianas y europeas, o de origen europeo, acertasen a ponerse de acuerdo sobre algunos puntos de importancia, la armonía entre ellas y la confederación tácita no serían difíciles. Nuestro planeta, al cabo, no es tan mezquino y ruin como algunos suponen. Aún hay en él dilatadísimos territorios, apenas poblados, que los europeos pudieran repartirse amistosamente, evitando contiendas, y aún hay no pocas tribus y naciones bárbaras entre quienes difundir nuestra religión y nuestra cultura, buscar y hallar nuevos mercados para los exuberantes productos de nuestra industria y sobre quienes extender nuestro benéfico imperio. Repartido equitativamente el mundo inculto, las naciones europeas no tendrían porqué quejarse unas de otras, y fuera de su gremio acaso no tendrían más que dos grandes naciones capaces de inspirar serios recelos en un futuro más o menos remoto; el Imperio del Japón, que va poniéndose ya al nivel de las potencias europeas, y el de la China, que sería harto temible por los centenares de millones de hombres que contiene, si por un prodigio divino o diabólico saliese del estado fósil en que hoy se halla, se organizase, sintiese ambición y sed de predominio y recobrase el valor de acometer y la conciencia de la fuerza propia.

Las naciones europeas, con todo, no logran avenirse. La avenencia, que ve tan llana el filósofo especulativo, en la práctica está cercada de dificultades con las que los diplomáticos tropiezan a cada paso y a cada instante. Y ¿cómo no han de ser difíciles el reparto del dominio sobre las razas inferiores o atrasadas y la solución de futuros conflictos que pueden surgir entre rusos e ingleses cuando se encuentran en el mismo centro del Asia, si tampoco hay medio de que las grandes potencias europeas lleguen a un arreglo y amistosa concordia sobre otra cuestión gravísima, que se demora y se contiene, pero que resurge cada vez con más brío y pidiendo con más impaciencia el desenlace, y cuyo interesante y codiciado objeto está dentro de los límites de este mismo continente de Europa? Me refiero a la trabajosa existencia del Imperio turco dentro del territorio europeo, existencia anacrónica y antinatural en estos tiempos y sostenida sólo por los celos, opuestas ambiciones e interesadas divergencias entre las seis grandes naciones civilizadas de Europa.

A cualquiera de nosotros, no siendo ruso, ni austríaco, ni francés, ni inglés, ni alemán, y desistiendo del provecho que pudiera sacar del reparto, o no soñando siquiera con el provecho, le sería harto fácil resolver la cuestión de Turquía, acabando por emancipar a los pueblos de Europa que gimen bajo el dominio de los turcos y que aún no están emancipados.

Las horribles matanzas de cristianos en Armenia y en la misma Constantinopla; la tiranía feroz ejercida en Creta por el fanatismo musulámico y la insurrección de los cretenses, que anhelan con sobrada razón sacudir el yugo de los turcos, han venido a turbar el reposo de los principales gabinetes, que se ven apremiados por una pronta solución, cuando no se han puesto de acuerdo sobre ninguna. De esto nace el lastimoso término medio que han buscado, que no puede contentar a nadie, y menos que a nadie a los cretenses y a los griegos, y que parece obligar a las seis grandes naciones a sostener el dominio de los turcos sobre los pueblos cristianos.

El día 3 de marzo, los representantes de las seis grandes potencias en Atenas dirigieron al Gobierno helénico sendas notas idénticas, en las cuales se afirmaba que la isla de Creta,

en las circunstancias actuales, no puede en modo alguno ser anexionada a Grecia, y que, dadas las dificultades puestas por Turquía para la implantación de las prometidas reformas, las potencias habían resuelto, manteniendo siempre la integridad del Imperio turco, conceder la autonomía a Creta.

Para conseguir este propósito exigieron la retirada de la escuadra y de las tropas griegas en el término de seis días, amenazando a Grecia, si a esto se negaba, con tomar las medidas más radicales.

El embajador de Austria-Hungría en Constantinopla, decano del Cuerpo diplomático, llevó el día 3 al Ministerio de Negocios Extranjeros una nota colectiva, anunciando que las potencias habían decidido la concesión de la autonomía a Creta y pidiendo que las tropas turcas abandonasen la isla al poco tiempo de haberse retirado de ella los buques y soldados griegos.

Desde entonces la expectación fue grande; por dondequiera se aguardaba con ansiosa curiosidad el desenlace. Si las tropas griegas no evacuaban la isla de Creta a pesar de las amenazas, ¿sería posible que, coligadas las seis naciones más poderosas del mundo, apelasen a la fuerza y maltratasen a una nación pequeña y pobre, convirtiéndose en defensores de los infieles contra los cristianos y de los asesinos contra las víctimas? Y si se sublevaban o acudían también contra los turcos los macedonios, los epirotas y los albaneses, y las gentes de Serbia y de Bulgaria, lo cual es posible, ¿irían las grandes potencias hasta el extremo de hacerse auxiliares de los turcos para ahogar en sangre la rebelión y el levantamiento?

No era probable que esto sucediese. En el seno de las mismas seis grandes naciones, que hasta cierto punto sostenían a Turquía, se manifestaron por mil medios fuertes corrientes simpáticas en favor de Creta y de Grecia. En Italia se alistan y acuden voluntarios para ayudar a la insurrección. Muchos miembros liberales del Parlamento inglés han mandado al rey de Grecia un telegrama de admiración y aplauso por su conducta en estas circunstancias; y en Francia, en Alemania, en Austria y hasta en Rusia, por medio de la Prensa y por manifestaciones y reuniones, se hacen patentes las simpatías que tiene la causa de los griegos.

España, entre tanto, en medio de tamaña agitación, sigue pecando por modestia y descuido, hoy más disculpable que en otras ocasiones, por las dos costosas guerras coloniales que embargan nuestra atención y requieren nuestros mayores esfuerzos. Bien se puede decir, no obstante, que pecamos de descuidados en demasía y que, al revés de Italia, que interviene en todo, nos esforzamos por no intervenir en nada y porque no se nos tenga en cuenta, con lo cual harto poco vamos ganando.

Tiempo ha que la situación del Oriente europeo tiene despierto el interés de todas las naciones, a pesar de lo cual nosotros, por hacer el mezquino ahorro de seis o siete mil duros al año, hemos suprimido la Legación en Atenas, donde nos representa o debe representarnos nuestro ministro en Constantinopla, que viene a ser como si nos empeñásemos en tener el mismo embajador para el Quirinal y para el Vaticano.

No pocos de nuestros buques de guerra están parados en los puertos y no nos costarían mucho más si en cualquier otra parte estuviesen; pero ni a Atenas, ni a Creta, ni al Bósforo ha ido un solo buque de guerra español en la ocasión presente. Y no se diga que España no tiene por allí derechos que defender, compatriotas que amparar e intereses de que cuidar, mostrando al menos que no los olvida o que no los desconoce.

Algo importan Atenas, Constantinopla, Creta, Jerusalén, Salónica, etc., a la nación que tuvo por allí aragoneses y catalanes en tiempo de los paleólogos, que triunfó en Lepanto, que aún sostiene y conserva misiones en Palestina y que en el día de hoy, si quisiese, sería fácil que inscribiera como españoles a cerca de 130.000 personas que siguen hablando la lengua castellana y que proceden de España, donde sus antepasados puede asegurarse que estuvieron establecidos desde los tiempos de Nabucodonosor hasta fines del siglo XV. ¿Qué motivo o qué pretexto no daría a otra cualquier nación más entremetida que España esta gran multitud de casi conciudadanos, que pudieran serlo sin casi y por completo, para exigir y pedir e intervenir en todo o en mucho? Sólo en Salónica hay 60.000 hebreos españoles, 50.000 en Constantinopla y 15.000 en Andrinópolis. En no pocas poblaciones, son los más activos y ricos de cuantos la habitan. Todos hablan nuestro idioma, procuran conservarlo en su pureza y hacer que sea más conforme cada día con la lengua de Cervantes; lo escriben en más de treinta periódicos y en libros, si bien con caracteres rabínicos, y todavía en 1873 han publicado una nueva edición de la Biblia en castellano.

Sólo con los pequeños derechos que pagasen estos judíos al inscribirse como españoles en nuestros consulados se podrían sostener con desahogo y hasta con lujo nuestras legaciones en Constantinopla y en Atenas y algunos otros gastos que pudiéramos hacer para protegerlos y mirar por ellos.

A fin de que hoy, cuando tantas dificultades nos abrumen, no se tilde de impertinente lo que acabamos de decir, entiéndase que lo decimos para que valga siquiera cuando nuestras circunstancias mejoren.

Por de pronto, de sobra se comprende que absorban toda nuestra actividad Cuba y Filipinas, y que los Estados Unidos nos tengan en constante alarma. Es cierto que en el discurso que el presidente Mac-Kinley dirigió a la nación al tomar posesión de su alto empleo, nada se habla de Cuba y se entrevé la expresada intención de no intervenir en nuestros asuntos; pero también se ve el propósito de mortificarnos y de imponernos mal disimulados y humillantes tributos, reclamando indemnizaciones en favor de yanquis o de cubanos insurrectos disfrazados de yanquis. ¡Dios conceda a nuestro Gobierno la prudente energía y la paciencia que ha menester para aguantar tales exigencias y no ceder a ellas!

Volviendo ahora a la misma cuestión de Oriente, bien claro hemos visto que, si ha habido acuerdo entre las seis grandes potencias, el acuerdo ha sido más aparente que real, pues todas ellas tienen distintas y aun opuestas aspiraciones, que en vez de unir las separan. Y, por otra parte, la discrepancia entre las miras, intereses y cálculos de cada Gabinete y el sentimiento de cada una de las naciones que dicho Gabinete dirige, debe de haber hecho estéril la acción diplomática, ya debilitada y vacilante, por el poco acuerdo entre los gabinetes mismos. Harto de temer era esto si se atiende a que los mal avenidos gabinetes estaban poco apoyados por el pueblo, y tal vez en algunos países iban contra la

corriente de la popular simpatía. Los pueblos, ya por liberalismo, ya por fraternidad religiosa, ya por el amor que inspira Grecia, maestra e iniciadora en lo antiguo de ciencias, letras y artes y de toda cultura, propenden a favorecer a los helenos, mientras que los gabinetes pugnan por mantener el statu quo, ora por evitar peligrosos conflictos, ora por no haber convenido, con harta difícil concierto, en los provechos y ventajas que cada cual podría sacar de una nueva desmembración del Imperio turco o de su completa desaparición de Europa.

En esta situación han pasado muchos días sin que las seis potencias hayan tomado medidas suficientes para evitar la guerra entre turcos y griegos, cada vez más amenazadora. Las plazas principales de Creta fueron ocupadas por fuerzas de las grandes potencias; pero ni los soldados griegos, ni los soldados turcos evacuaron la isla, y apoyando unos a los insurrectos y procurando los otros sofocar la rebelión, siguieron combatiéndose a la vista de los que querían ponerlos en paz, y burlando el reto y haciendo ineficaz el empeño de acabar la lucha.

De esta suerte, el tiempo ha ido pasando. Las notas conminatorias de las grandes potencias fueron contestadas de un modo evasivo. Creció el enojo de los turcos y el entusiasmo patriótico de los griegos. Las tropas regulares de éstos han ido acudiendo a la frontera de Turquía, y sus voluntarios la han traspasado, penetrando en el territorio del Imperio osmanlí y tratando de sublevar contra el poder del Padischah, a los habitantes cristianos del Epiro, de la Albania, de la Macedonia y de otras provincias. Situación tan tirante no era posible que durara. Hubo choques sangrientos primero entre los voluntarios y aventureros armados, después entre las tropas regulares. Acaso sea difícil determinar quién fue el primero que invadió el territorio enemigo y quién rompió las hostilidades.

El Gobierno griego acusa al turco y el turco acusa al griego. Una y otra acusación pueden tener fundamento. La verdad es que el día 18 de abril la guerra fue solemnemente declarada. El Gobierno del sultán dio sus pasaportes al señor Maurocordato, y el Gobierno de su majestad helénica despidió también de Atenas a Assim-Bey, ministro de Turquía. Ambos gobiernos se han dirigido casi simultáneamente a los demás gobiernos de Europa exponiendo y explicando los motivos de quejas que tienen y los agravios que han recibido o suponen que han recibido y tratando de justificar así la guerra que declaran. En Atenas se reunió la Asamblea de los diputados, y el presidente del Consejo, señor Delyanis, aceptó la guerra que supuso promovida y declarada por el turco, y sus palabras fueron acogidas con aplausos estrepitosos y con el patriótico entusiasmo de los representantes del pueblo y del resto de la concurrencia.

La guerra, empezada ya de antemano, prosigue desde entonces con extraordinaria actividad. La escuadra griega bombardea, incendia y casi arruina a Preveza. Una división griega, al mando del coronel o general Manos, invade el Epiro. Un ejército turco, a las órdenes de Edhen bajá, penetra en el territorio helénico, se dirige sobre Larissa y sostiene rudos combates contra los griegos, que en Arta y en otros puntos tratan de cerrarle el paso. ¿Qué harán ahora las seis grandes potencias? ¿Se concertarán, al cabo, y harán, para terminar la guerra, esfuerzo más eficaz que el que hicieron para evitarla, o dejarán que turcos y griegos riñan y se destrocen y que al fin la suerte decida dando la victoria a cualquiera de los dos combatientes, después de mucha sangre y estrago?

Lo probable sería a juzgar por el menor número de soldados y de recursos, que los griegos fueran vencidos si quedan solos y sin ningún auxilio extraño; pero los griegos acaso cuenten o puedan contar en lo sucesivo con gran parte de la población cristiana, sujeta hoy a los turcos, y que tal vez se levante contra ellos. Asimismo pudieran contar los griegos con las simpatías y quién sabe si con el auxilio material y con las armas de varios pequeños Estados, contiguos hoy al Imperio turco, y que no ha mucho formaron parte de él, y que son hoy independientes y soberanos, como Bulgaria, Rumania, Serbia y Montenegro. Indudablemente, si no fuera por el predominio de grandes potencias como Rusia y Austria-Hungría, que ejercen algo a modo de tutela sobre dichos estados, éstos ayudarían a los griegos, y cayendo todos de consuno sobre el Imperio turco, lo desbaratarían y acabarían por repartírselo, con menos dificultades que las que tendrían las grandes potencias si ellas fuesen las que se repartieran los despojos.

Pero como las grandes potencias no consentirán que se traguen al Imperio turco los estados que lo rodean, ni se avendrían tampoco fácilmente con el reparto, aunque tomasen mucho de él, la situación es difícil y el desenlace tan oscuro que nada se columbra ni puede pronosticarse. Veamos lo que dice y si algo pronostica y prevé uno de los más inteligentes y generosos personajes políticos que existen hoy en Europa.

En la carta que ha dirigido sobre el asunto al duque de Westminster, Gladstone simpatiza franca y cordialmente con los griegos y aplaude su heroica conducta, no desprovista, a pesar de su notable arrojo, de circunspección y prudencia. Condena el proceder egoísta de las seis grandes potencias, y principalmente de los emperadores alemán y ruso, a quienes califica de déspotas, inexperto el uno y algo extravagante y desatinado el otro. Contra Turquía se muestra severísimo y llama al sultán el grande asesino.

Se burla de la expresión insensata integridad del Imperio turco, que ha sido desmembrado cinco o seis sucesivas veces, desde 1830 hasta hoy, y que ha perdido en Europa dieciocho millones de súbditos. Reconoce que los habitantes de Creta son tan griegos, desde hace tres mil años, como los del Ática y del Peloponeso. Juzga lo más racional y justo la incorporación de Creta al reino de Grecia. Deja entrever que un plebiscito de los cretenses sería el mejor medio de que dicha incorporación se realizase. Y cree, por último, peligrosa y absurda la autonomía de Creta, permaneciendo dicha isla bajo el dominio de la Sublime Puerta.

Entre tanto, las noticias que nos llegan de la tremenda lucha empeñada en la frontera grecoturca son harto contradictorias, si bien coinciden en que, por una y otra parte, se pelea con extraordinario denuedo. Aventurado sería predecir el éxito de la contienda. La razón y el derecho, los sentimientos de humanidad y las ideas de libertad y de progreso están del lado del pueblo helénico; pero los turcos tienen fuerzas y recursos muy superiores. ¿Dejarán las seis potencias, cruzadas de brazos, que la guerra continúe, y no tratarán, concertándose al fin e interviniendo de un modo activo, de remediar el mal que no supieron o no quisieron prevenir con su indecisa diplomacia? ¡Quién sabe! Acaso la opinión pública, manifestándose por toda Europa con mayor claridad y energía que hasta el presente, obligue a los gabinetes a desistir de las particulares miras que, sobre este punto, los dividen,

a pesar de su aparente concordia, y a proceder de suerte que Creta quede libre y se una a Grecia lo cual, en nuestro sentir y en el sentir de cuantos desapasionadamente lo consideran, es la única solución razonable que tiene el asunto.

- II -

Como todo frío y desapasionado observador presumía y recelaba, las esperanzas de los filohelenos se han frustrado casi enteramente. La población cristiana de la Turquía de Europa no ha hecho movimiento alguno para ayudar a Grecia, sirviendo de importante diversión a las fuerzas militares del turco. Los rumanos, los eslavos del Sur, los estados y pueblos súbditos pocos años ha del sultán, y hoy soberanos e independientes, no se han movido tampoco contra el poder que los tuvo esclavizados durante siglos. Tal vez esta inacción egoísta se deba al influjo de las grandes potencias contiguas y protectoras, Rusia y Austria; tal vez dependa dicha inacción, bastando a explicarla, de la escasa simpatía, celos y opuestas aspiraciones que hay entre griegos, eslavos y rumanos.

Como quiera que sea, abandonados los griegos a sus propios recursos, no han podido resistir el ímpetu, el buen orden y la desmedida superioridad numérica del Ejército turco y han ido cediendo, primero en Larissa y después en Farsalia. El Ejército turco ha obtenido fáciles laureles en una serie de encuentros, desalojando a los griegos de sus posiciones, hollando y dominando parte de su territorio y caminando hacia Atenas.

La escuadra helénica, de la que se esperaba mucho, poco o nada ha conseguido y no ha podido hallar, o no ha querido ni sabido buscar, la escuadra de los turcos, a fin de compensar con alguna victoria marítima el mal éxito de los combates por tierra y a fin de neutralizar así el efecto lastimoso que hacen los vencidos en el ánimo hasta de aquellos que mejor los quieren y que mayor bien les desean.

Aún se advierten contradicción y confusión en las noticias, pero a pesar de todo, se ve claro el triunfo de los turcos y que, si las grandes potencias no se interponen, llegarán hasta Atenas e impondrán la paz con las condiciones que mejor les convengan, quedándose de nuevo con la Tesalia y exigiendo y sacando del exhausto y pobre tesoro helénico una indemnización enorme.

De temer es asimismo que los patriotas de Grecia, los aventureros de todos los países que han acudido a auxiliarlos y aquella parte del pueblo propensa a motines y revoluciones y a dejarse dirigir por los demagogos, exasperados por el infortunio, traten de levantarse contra la dinastía, que es extranjera, y atribuyan a su debilidad o a su traición lo que sólo es producto de la incontrastable fuerza, del mayor número, de la mejor organización y de la disciplina de las tropas regulares.

En el día valen menos que nunca contra ella el generoso heroísmo y la desordenada, aunque tenaz, energía de todo un pueblo que combate y se sacrifica por su libertad e independencia. En el día son más raros que en lo antiguo los Leónidas y los Temístocles:

hechos como los de las Termópilas, Maratón y Salamina no suelen renovarse; las mismas proezas épicas de la última guerra de la independencia de Grecia no es de esperar que se reproduzcan pocos años después de haber ocurrido. Lo probable, lo natural, es que Grecia se dé por vencida y pida socorro.

¿Qué harán en esta ocasión las seis grandes potencias, de cuyo concierto y de cuya acción armónica debieran depender la paz y los destinos del mundo? Por su indecisión, inspirada acaso en el deseo de que el concierto no se rompiera y de que la guerra quedase aislada, se ha creado una situación de la que es más difícil salir ahora que de la situación que había antes de empezar entre turcos y griegos la lucha que hubiera podido evitarse. Hoy ofrece mayores inconvenientes, después de los triunfos del sultán, el exigirle que abandone a Creta, cuyos habitantes hubieran, sin duda, votado en un plebiscito por su anexión al reino helénico. Y hoy surgen, además, grandes inconvenientes para contener a los turcos en su marcha triunfante, para evitar a Grecia mayor humillación y la mutilación de Tesalia y para sacarla a salvo de la ruina y del pago de una grande indemnización de guerra.

¿Cómo esterilizar los sacrificios y esfuerzos de los otomanos? ¿Cómo ahogar, o moderar al menos, el entusiasmo y el engreimiento de los sectarios del Islam, después de las victorias que han obtenido? ¿No clamarán y pugnarán los más fervorosos musulimes porque el Padischah y su Gobierno se desprendan de la tutela que sobre ellos ejercen los gabinetes de las grandes naciones cristianas?

Las dificultades son hoy mayores que antes del 18 de abril, al declararse la guerra. Y la mayor dificultad de todas estriba en sostener el concierto de las seis grandes potencias, más que entonces, discrepantes ahora. A lo que parece, Austria y Rusia se unen. ¿Seguirán Inglaterra y Francia la misma política? ¿Se quebrantará o se romperá la Triple Alianza porque el emperador germánico se muestre menos favorable a los griegos que a los turcos, en contra del intento y propósito de los otros gabinetes europeos? ¿Permanecerá Italia fiel a su alianza con los alemanes, o se irá con Austria y Rusia, si estas potencias protegen a los griegos y si el pueblo italiano muestra por los griegos su natural y antigua simpatía?

Poco o nada acertamos a pronosticar sobre el desenlace que tan enredada cuestión no puede dejar de tener pronto. Lo que sí entrevemos, y quiera Dios que nuestro buen deseo no nos engañe, es que todo ha de arreglarse de un modo o de otro, sin que se turbe la paz general de Europa. En todas partes hay el más vivo interés en que no sobrevenga la discordia. El estrago horrible que traerían consigo tantos poderosos medios de destrucción acumulados y el incalculable derroche y pérdida de riqueza que produciría una gran contienda armada, nos mueven a esperar que la diplomacia será prudente y que la intervención y mediación para poner término a la guerra greco-turca se hará de común acuerdo, violentando algo su voluntad, cediendo y conformándose con la de los otros el emperador de Alemania.

En la diplomacia de las grandes potencias se requiere hoy, además del concierto y del tino, la mayor prontitud. Mientras se tarde más en imponer un armisticio y el mediar en la lucha, mayores serán las dificultades para el arreglo. Dicen que las últimas posiciones que los griegos ocupan son muy fuertes y pueden ser mejor defendidas; que el patriotismo helénico aún puede producir más eficaces resultados; que ya en el Epiro, con auxilio de la

población cristiana, enemiga del Islam, o ya por medio de su escuadra, mejor dirigida y equipada que la turca, los griegos pueden aún tomar el desquite; pero la más general creencia es que sobre este punto debe perderse toda esperanza. Grecia, por tanto, quedará más rendida mientras más tiempo se prolongue la guerra, al paso que los turcos se pondrán más orgullosos y más exigentes. Así se hará cada día más difícil el hallar un buen término y desenlace para todo.

Es evidente que, si el Imperio turco merece contarse en el número y entrar en la Confederación tácita de las naciones civilizadas de Europa, la razón y la justicia están de su lado. Los griegos violaron el derecho de gentes enviando socorros y al coronel Vassos con gente armada en defensa de los rebeldes de Creta. Pero si se atiende a que la diferencia de religión, el atraso de los turcos y su fanatismo no consienten que figure su Estado como igual, ante la ley, a los demás de Europa, y si se atiende a que las últimas crueldades y matanzas de cristianos en Armenia, en Constantinopla misma y en la isla de Creta ponen al Estado turco fuera de esa ley común, será menester, ya que no justificar y glorificar, disculpar el arranque generoso de la nación helénica, y en vez de acusarla de una violación del derecho de gentes, aplaudir por justo o tolerar por irresistible y por inevitable el socorro que dieron contra la tiranía a los rebeldes cretenses, que son de su misma casta, que tienen la misma religión, que hablan el mismo idioma y que desde hace más de treinta siglos son y figuran como hermanos en el libro de la Historia.

Ni las seis grandes potencias unidas ni ninguna de ellas singularmente, ha cuidado de la integridad de España ni ha formulado la menor protesta contra los que, si no envían tropas regulares a Cuba en favor de los rebeldes, envían armas, municiones, dinero, buques cargados de gente armada y otros auxilios, sin los cuales ya estaría allí sofocada la rebelión, o nunca acaso hubiera tenido importante crecimiento. Extraño es, pues, que se mire con tan cuidadoso esmero por la no violación del derecho internacional cuando lo viola, es cierto que abiertamente, una nación pobre y pequeña, y no se haga caso de la misma violación si es hipócrita y solapada y si incurre en ella una nación poderosa, cuya única disculpa es la de que su poder central no tiene las suficientes facultades constitucionales para impedir que sus ciudadanos, en mayor o menor número, falten a lo que se debe a una nación amiga y aliada.

Como las comparaciones son odiosas, conviene dejar a un lado las comparaciones. El arrepentimiento y la enmienda absuelven de la culpa, y es de esperar que, si bien las seis grandes potencias no se declararán arrepentidas para no confesar que su inactiva indecisión, que ha traído la guerra, es una falta, enmendarán esta falta con rapidez y de común acuerdo, para que no nazca la discordia entre ellas y para no incurrir en algo odioso, sometiendo de nuevo a los cretenses al dominio turco, porque los griegos les dieron auxilio y porque los griegos fueron vencidos. Según lo que decidan las grandes potencias, así será el desenlace, al menos por ahora; pero, decídanlo o no, lo que piden en este caso la equidad y la conveniencia es que Creta quede libre del yugo turco y que se interceda por Grecia para que no pague caro su vencimiento. La opinión liberal de toda Europa, representada por Gladstone en Inglaterra, por Crispi en Italia y por hombres eminentes también en otras naciones, empujará sin duda a esta solución hasta a los gobiernos más conservadores.

Acaso los turcos se engrían más si dura más la guerra, alcanzando cada día mayores ventajas. Ya han entrado en Volo, y en la batalla que está próxima a darse, cerca de Gomokos, es de temer que alcancen nueva victoria, a pesar de los refuerzos que los griegos reciben de Atenas, y en los cuales se cuentan mil quinientos aventureros italianos al mando de Ricciotti Garibaldi.

Un buen fundamento hay, sin embargo, para esperar que se mitigue el furor bélico de los turcos, que se detengan en medio de su marcha victoriosa, que sean dóciles a las amonestaciones de paz que la diplomacia les dirija, que no sean grandes sus exigencias sobre los vencidos y que hasta se resignen a abandonar a Creta: el Tesoro público de Turquía está apuradísimo, no puede con los grandes gastos que ha de ocasionar la prolongación de la guerra y ni siquiera tiene la esperanza de recobrase de esos gastos a expensas del vencido, que es más pobre aún y que dará poquísimo de sí por mucho que lo expriman.

- III -

En la realización de todo suceso no se puede negar que concurren siempre tres principales factores: el poder y el saber de los que ejecutan, y si los que ejecutan son hombres, lo que se llama fortuna o acaso, esto es, aquellas contingencias prescritas por Dios o nacidas de la naturaleza misma de las cosas, que no pueden menos de escapar a la previsión humana o que no tienen humano remedio, aunque se prevean. Nosotros, por ejemplo, podemos prever un eclipse, pero no podemos impedirlo; así como si previésemos un terremoto que había de arruinar ciudades y campos, tampoco lo evitaríamos. Esta consideración debe refrenar, o mitigar al menos, el prurito de censurar cuando se ve que alguien que tiene todo el poder y que debe tener todo el saber, hace, al menos en apariencia, tan torpe y desmañadamente las cosas, que aumenta las dificultades en vez de allanarlas o esquivarlas y acaba por dar un resultado ridículo o lastimoso. Se pone aquí todo lo dicho a fin de disculpar y culpar al mismo tiempo a la diplomacia de las seis grandes potencias, que así, a primera vista, y sin acudir para absolverla a los inescrutables designios del Altísimo o a los ineluctables mandatos del hado, no puede haberlo hecho peor de como lo ha hecho en la cuestión grecoturca desde que empezó hasta ahora.

Si bien se reflexiona, la causa de haberlo hecho tan mal no implica separadamente culpa en ninguna de las seis grandes potencias, ya que la culpa y la causa ha estado, y tal vez está aún, en la falta de acuerdo entre ellas para toda resolución eficaz, por donde el acuerdo ha sido sólo para lo ineficaz y lo deplorable. El público espectador y no actor, los que vemos cómo se gobierna el mundo y no lo gobernamos, conociendo todos el poder incontrastable de las seis grandes potencias unidas, no acertamos a comprender cómo no se ha cumplido o cómo no se cumple, derechamente y sin tropezar en nada, el deseo y propósito de ellas, si hubieran coincidido con fe en algún propósito y en algún deseo.

A querer que Creta hubiera sido anexionada a Grecia, tal vez se hubiera conseguido con menos auxilio moral y material que el que se dio a Garibaldi y a otros elementos

revolucionarios de Italia para apoderarse de Sicilia, para derribar muchos tronos y para acabar con el poder temporal del Papa, algo más respetable todo ello que la integridad del Imperio turco.

Si no había la menor intención de auxiliar y favorecer a los griegos en su lucha desigual contra toda la fuerza de los otomanos, no nos cabe en la cabeza que las seis potencias no hubieran podido impedir la guerra desastrosa que ha habido, sin poner a Grecia, como si hubiera estado dominada por la locura, una camisa de fuerza, según ahora se dice.

Si la guerra, por una serie de heroicos milagros, hubiese dado ventajas a los griegos, después de la guerra hubiera sido más difícil que antes de la guerra toda resolución concorde entre las seis grandes potencias. Y habiendo sido, como ha sido, el éxito de la guerra tan favorable a los turcos, no podía menos de hacerse y se ha hecho más difícil un desenlace pacífico sin acceder a las exigencias del sultán, sin que Grecia quedase multada y tal vez mutilada y sin que dichas seis grandes potencias aparezcan haciendo el papel odioso de robustecer, de sostener o de sancionar al menos el dominio sobre los cristianos de un príncipe, de un Gobierno y de unas gentes con razón acusados de recientes y bárbaras crueldades y de horribles matanzas.

Si, como dicen algunos diplomáticos, la insurrección de Creta, el entusiasmo helénico y el prurito de hacer la guerra a los turcos ha sido todo una pequeña y miserable intriga, algo más fácil hubiera sido evitarlo. Si la diplomacia no sirve para esto, ¿para qué sirve? En todo el mundo ha habido el temor de que la tal cuestión grecoturca suscitase un conflicto enorme, una guerra general en Europa. ¿Cómo imaginar y suponer que tan grandes y terribles efectos hubieran podido nacer de las causas ruines y pequeñas con que ahora se explican?

Se dice que una asociación de Atenas, titulada Ethnike Hetairia, con la tolerancia y la complicidad del Gobierno, fue la que produjo la insurrección en Creta, como, por ejemplo, ciertas asociaciones yanquis producen y fomentan la insurrección de Cuba. Para costear la expedición de Vassos y para otros aprestos se acusa al Gobierno griego de haber gastado el dinero que se destinaba al pago del cupón de su Deuda, con lo cual los tenedores de dicha Deuda, a no dudarlo, por filohelenos que fuesen, hubieran de hacerse filoturcos. Y sin contar con el entusiasmo y el afecto de religión, de casta, de sangre y de idioma, se habla de especulaciones de Bolsa y de otras menudas intrigas a fin de explicar lo ocurrido. Pero todo ello nos mueve a repetir: ¿Cómo, si las intrigas fueron tan menudas, no se invalidaron a tiempo evitando el triste desenlace que han tenido?

Para no pocos, el triunfo ha sido y será de Rusia. La diplomacia rusa ha logrado sus fines. El helenismo se ha desacreditado y se ha hundido. Y en el día no lejano de la gran liquidación, cuándo el Imperio turco se desbarate, el eslavismo será quien recoja la preciosa herencia. No la recogerá inmediatamente, sino por medio de los pequeños eslavos, desprendidos ya de Turquía, autónomos o independientes, aunque bajo la tutela de Rusia.

Si la anterior explicación fuese valedera, la astucia diplomática de los rusos sería tan de maravillar como la candidez diplomática de las otras cinco naciones. Pero éstas, en nuestro sentir, llegado el caso del reparto, no consentirían en que Rusia mediata o inmediatamente

se lo adjudicase todo, y por otra parte, ni en lo presente ni en lo por venir vemos nosotros ese crédito de los rusos y esa sumisión en que los esclavos del Sur están respecto a ellos, aunque a veces sufran su tutela, o porque les conviene o porque no hallan quien les preste apoyo para no sufrirlo. En realidad, los esclavos del Sur entendemos nosotros que han de desdeñar a los rusos y que no han de considerarlos como puros esclavos, sino como mezcla de la raza eslava con otras razas inferiores, y todas ellas menos ilustres y menos señaladas en la antigua historia del mundo. Como quiera que sea, nos parece el paneslavismo y todo plan que en él se funde más arduo de realizar que el panlatinismo, en quien nadie sueña, que la unión, fusión o estrecha alianza de Francia, Italia, Rumania, Portugal y España para los mismos fines y propósitos.

Así, pues, si de resulta de la desdichada guerra grecoturca, el helenismo se hunde y el eslavismo se levanta, debemos creer que no es este eslavismo claramente para beneficio de los rusos, y que, en todo case, si sobre las ruinas del Imperio turco se levantase un día otro imperio y no fuese griego, bien podría ser eslavo o, al menos, bien podría predominar en él el elemento eslavo; pero ni Francia, ni Alemania, ni Inglaterra, consentirían en que fuese ruso o en que solapadamente dependiese de Rusia y estuviese bajo su tutela.

Sólo Dios sabe lo que sucedería en el momento en que el dominio turco acabase en Europa, y como no lo sabe ninguna de las seis grandes potencias y cada una de ellas tiene diversas miras, todas sostienen al Imperio turco y prolongan su vida para no disputarse la herencia cuando muera.

Convengamos, pues, en que en el resultado de la guerra entre turcos y griegos y de las gestiones diplomáticas que hoy se siguen para que se logre la paz, no ha sido parte la noble sutileza de la diplomacia de ninguna de las seis grandes potencias, ni siquiera de la de los rusos. Lo que ha habido y hay es la natural indecisión de los que en muchas cosas no pueden ponerse de acuerdo y el recelo de que surjan graves inconvenientes de cualquiera de las medidas que se tomen.

Si las condiciones que se impongan a Grecia para la paz son muy duras, aquella familia real, emparentada con los más poderosos soberanos de Europa, puede atraerse el odio popular y hasta el rey puede ser lanzado del trono, obligando acaso a las seis grandes potencias a ocupar con armas el territorio griego. Por dicha, ni remotamente se han realizado estos temores. Grecia, invadida y vencida, se ha mostrado resignada y juiciosa y ha distado mucho de remedar en Atenas los sacudimientos y convulsiones horribles que hubo en París después de los últimos triunfos de Alemania. Todo desorden ha podido evitarse. Los voluntarios de la misma Grecia han sido reprimidos. Los garibaldinos han vuelto a Italia. Acaso algunos periodistas de Atenas no hagan plena justicia a la habilidad y denuedo de ciertos estrategas y aun del mismo Diadoko, pero la parte más sana del público vuelve por ellos, y nadie en Grecia es acusado de traición, como lo fueron en Francia jefes importantísimos. No comprendemos, pues, al notar tanta moderación, por qué ha de haberse hundido el helenismo. ¿Será menester, para que se no se hunda, que se repitan a menudo las glorias de las Termópilas, de Maratón y de Salamina? ¿Implica descrédito el ser vencido por un poder mucho mayor?

Si, por el contrario, a fin de no lastimar y humillar demasiado a Grecia, las seis grandes potencias escatiman el precio del rescate que Grecia ha de pagar al turco y no ceden a sus exigencias de quedarse con parte de Tesalia o con toda ella y aun de recibir también como premio de la victoria algo de la flota de guerra helénica, los recelos son de otra suerte y acaso mayores. Porque si el sultán se doblaga a las exigencias de la diplomacia, los ulemas, el partido militar y el vulgo de musulmanes fanáticos podrán enfurecerse contra él y derribarle del trono y apresurar la disolución del Imperio y la ruina que tanto se procura retardar. Y todo ello podrá sobrevenir con grandes desórdenes, saqueos y matanzas de cristianos, lo cual sólo bastará para justificar la intervención de la Europa culta. Y si a fin de no despopularizar demasiado al sultán se accede a mucho de lo que pide se corre el peligro de engreírle demasiado y de que sacuda la tutela en que las seis grandes potencias le tienen hoy. Algunos afirman ya que el Imperio turco se ha crecido con las recientes victorias en el concepto del mundo; que debe ser contado como potencia militar de primer orden y que su ejército es formidable, así por la valentía y fanático arrojo de los soldados como por la pericia y saber de los oficiales y jefes, alemanes no pocos de ellos.

No debe extrañarse, en vista de lo expuesto, la lentitud con que caminan hacia su término las negociaciones de paz, empezadas hace más de un mes, el día 10 de mayo.

Aun después de entabladas las negociaciones, no se logró la supresión de hostilidades; siguió la guerra, sufrieron nuevas derrotas los griegos y los turcos alcanzaron nuevas ventajas, así en Epiro como en Tesalia. En Tesalia, sobre todo, se dio el 18 la más reñida y sangrienta acción de toda la campaña. Los griegos perdieron sus posiciones de Domokos, cerca de dos mil hombres y lo mejor de su artillería. Los griegos tuvieron, además, que levantar los sitios de Nicópolis y Prevenza y que evacuar el Epiro. Sólo después de todo esto, que hizo más angustiosa la situación de los griegos y que dio mayor fundamento a las exigencias de los turcos, pudo el armisticio ser efectivo.

Con gran curiosidad y vivo interés esperamos ahora que al cabo las negociaciones terminen, que se orillen los inconvenientes, los peligros se eviten y que, al fin, se firme la paz. De esperar es que Creta, ya que no su independencia o su anexión al reino helénico, consiga una amplia autonomía que la sustraiga de la barbarie otomana.

Después de estos sucesos de Oriente, ninguna otra cuestión internacional es tan importante como nuestras relaciones con los Estados Unidos, en las cuales no han querido ni quieren ejercer el menor influjo esas mismas seis grandes potencias que en los negocios de Turquía y de Grecia, aunque poco hábilmente, hacen el papel de flamantes anfictiones.

Al contemplar a España tan abandonada y tan sola y empeñada en dos costosísimas y largas guerras civiles, apenas nos atrevemos a calificar de flaqueza y de lastimosa condescendencia nuestra política con los Estados Unidos. Tal vez exija la prudencia sufrir mucho de lo que ahora sufrimos, al menos, mientras no termine en Cuba la asoladora insurrección, que no duraría tanto y que tal vez no hubiera empezado sin la excitación y sin el auxilio de los ciudadanos de la gran república. Su Gobierno, no obstante, pretende amparar en la mencionada isla los intereses de la civilización, de cuyos quebrantos y pérdidas los filibusteros yanquis tienen la mayor culpa.

- IV -

Varias veces he querido desistir de escribir estas Notas, y luego he reincide en la tentación y hasta en el pecado de escribirlas. Aunque las escribo no es sin recelo de pecar, recelo que nace principalmente del calificativo de diplomáticas que llevan las tales Notas. Más bien son antidiplomáticas que diplomáticas, por el espíritu que las anima, muy inclinado a censurar la diplomacia de ahora, y por el estilo en que son redactadas, cuya desnudez y cuya rudeza tienen muy poco de diplomático.

Suplico a los lectores que me perdonen esta contradicción o esta falta, y que, a fin de atenuarla, donde dice Notas diplomáticas, lean como si dijese Breve reseña o ligeras consideraciones sobre los últimos sucesos políticos.

Al contemplar la resignada postración de Grecia se me ocurre para explicarla algo a modo de apólogo. Un hombre rico y fuerte tiene dos hijastros: uno débil y pobre, aunque ya emancipado; el otro más débil aún y sometido a su potestad. Abusando de ella, ofende a este hijastro sometido, le azota, le esquilma y le martiriza. El hermano mayor, acaso sin la menor gana de reñir y casi, y sin casi, convencido de que si riñe al padrastro le azotará y le esquilmará también, se cree obligado, por el buen parecer y por la negra honrilla, a sacar la cara por el hermano y a empeñarse en una contienda cuyo mal éxito apenas es dudoso. Hay seis poderosos amigos que pueden evitar la contienda. En el fondo de su corazón, lo que el hermano mayor desea es que le contengan para que no riña. Pero los seis amigos no se ponen de acuerdo para contenerle y él tiene que reñir, y riñe y recibe los azotes y se expone, además, a que el padrastro, para castigar su falta de respeto, le imponga una multa y trate de quedarse con parte de sus bienes. Los seis amigos, que no han impedido nada, acusan entonces de temerario, de soberbio y de presuntuoso al infeliz hermano vencido.

Tal es y tal sigue siendo la situación de Grecia. La paz definitiva con los turcos no se ha logrado aún. Continúan las negociaciones y los aplazamientos. Las seis grandes potencias anhelan remediar el mal causado, pero no pueden desconocer que hoy es más difícil que antes que el turco sea condescendiente y generoso después de la victoria. Si se ponen de acuerdo, conseguirán cuanto quieran: el turco cederá, aunque esté muy engreído, si seriamente se le amenaza; pero el esfuerzo que hoy se emplee tendrá que ser muchísimo mayor que el que se hubiera empleado antes de la guerra con los griegos.

Esperemos, de todos modos, que las negociaciones lleguen al fin que se desea; que Tesalia sea evacuada y siga formando parte del reino helénico y que la indemnización de guerra que Grecia ha de pagar sea bastante módica para que, sin completa ruina, pueda pagarla.

Esperemos también que llegue a buen término la autonomía de Creta y que esta famosa y en otro tiempo próspera isla florezca nuevamente con la autonomía extraña que se le va a conceder bajo la sabia tutela de un señor suizo, llamado Numa Droz, que se impondrá a los

cretenses para que los haga dichosos y para que reproduzca entre ellos, al uso del día, los milagros de su tocayo Numa Pompilio, segundo rey de Roma.

Entre tanto, las dilaciones que el Gobierno turco sigue presentando para la paz definitiva empiezan a fatigar la paciencia de las seis grandes naciones europeas y de sus gobiernos respectivos. Rusia ha sido la primera en mostrar esta fatiga. Después, la Prensa inglesa, manifestando sentimientos semejantes, excita a la opinión pública y al Gobierno británico para que se proceda con entereza y se obligue al turco a aceptar las condiciones para la paz y a desistir del sistema de obstrucción que ha adoptado y con el cual parece que se mofa de los propósitos de las seis grandes naciones y que sacude el yugo de su tutela. El emperador de Austria, Francisco José, ha escrito al sultán una carta en el mismo sentido, aconsejándole que sea dócil y, por último, de conformidad con las instrucciones que han recibido de sus gobiernos, los representantes de las seis grandes potencias en Constantinopla han dirigido al Gobierno de la Sublime Puerta una nota colectiva apremiándole para que prescinda de pretensiones exageradas y remueva los estorbos que obstruyan el camino para llegar a la paz definitiva. De esperar es que el Gobierno turco ceda y que esta paz sea pronto un hecho.

Tan incontrastable es la fuerza de dichas seis grandes naciones cuando, puestas de acuerdo, la dirigen a un fin común, que no sólo la paz entre Turquía y Grecia, sino la paz de todo el mundo y el reinado de la justicia y el más rápido progreso de la prosperidad y cultura de los pueblos todos dependerían de ellas y por ellas se lograrían si para fin tan benéfico se concertasen.

O no lo conocen aún o, si lo conocen, lo disimulan y lo toleran para evitar conflictos; pero día llegará en que sea imposible el disimulo. La ambición invasora de los Estados Unidos de América va creciendo con rapidez y extendiéndose por todas las regiones. El Gobierno federal se excusa, y no sin aparente fundamento, con la extremada libertad de sus gobernados, a la que no puede poner freno. Pero si esta excusa valiera siempre, seguiría justificando las más crueles e hipócritas maquinaciones contra naciones amigas. Podría el Gobierno seguir dando pruebas más o menos aparentes de amistad y de benevolencia, y seguir los gobernados conspirando contra una nación amiga y tratando de enflaquecerla y arruinarla con una guerra larga y dispendiosa, y esto a mansalva y hasta exigiendo costosas indemnizaciones por los males, destrozos y estragos que ellos mismos causan fomentando insurrecciones con su aplauso y su simpatía y sosteniéndolas y procurando hacerlas interminables con todo linaje de auxilios: armas, dinero, municiones y vituallas. La cruel e inexplicable indiferencia de las seis grandes naciones, que así dejan en este punto a España abandonada y sola, no hallará disculpa cuando se escriba con imparcialidad la historia de nuestros días; y tal vez llegue un momento en que dichas seis grandes potencias se arrepientan de no habernos dado el menor apoyo. No sé si es en el derecho o en las costumbres internacionales; pero hay ahora algo vigente de que se usa y abusa de la manera más inicua, y que convendría anular o, por lo menos, modificar y coartar en un Congreso diplomático futuro. Hablo del derecho y del deber que se atribuye y que se impone cada Estado de proteger a sus súbditos que ven o que viven en tierra extraña y de reclamar en favor de ellos contra cualquier agravio verdadero o supuesto y hasta contra cualquier infortunio que les sobrevenga. De aquí que la llegada y el establecimiento de gente extranjera, que debiera ser fausto suceso, porque llevan al país adonde acuden su

inteligencia, su enérgica voluntad para el trabajo y tal vez sus capitales, sea una calamidad, horrible, ya que convierte a estos extranjeros, materialmente domiciliados y conservando su antigua patria, en una clase monstruosamente privilegiada, que puede conspirar, subvertir el orden público, burlarse de todas las leyes, atropellar todos los respetos, robar, incendiar y matar, y después, si el Poder público pone mano en ellos y trata de castigarlos, encontrarse con el veto del Estado de que proceden, el cual Estado, si es poderoso, no se limita a exigir que queden impunes, sino que exige también que se recompensen con dinero sus fechorías, forzando así a los ciudadanos pacíficos del país en que las cometen a que entreguen su dinero para que se lo lleven los revoltosos y los díscolos. Y el horror y la insolencia de todo esto sube de punto cuando tan desgobernado privilegio no se concede sólo a quien, en realidad, es extranjero, sino a los malhechores y rebeldes del país mismo, a quienes fácilmente se les da fuero de extranjería, y con este fuero la venia, el vale y el estímulo para cometer insolencias y crímenes, por lo menos con impunidad y a menudo con recompensa. Tal es el extremo a que ha llegado España, o más bien en el que está España desde hace años en sus relaciones con los Estados Unidos de América. Y no es esto hacer la oposición al Gobierno actual ni a ningún Gobierno español determinado. El mal data de larga fecha. Y siendo causa de él los Estados Unidos, en ellos está la mayor culpa de que podemos acusarlos.

Síntoma de su ambición podrá ser su propósito de anexionarse las islas de Hawai; pero, en mi sentir, aunque la tal anexión no convenga a los intereses y miras de otros estados, no puede decirse que repugne a la justicia ni que sea motivo de escándalo y de censura. Si los hawaianos libremente quieren depender de la Unión, en su derecho están de unirse a ella y en su derecho está la Unión de recibirlos en ella. En virtud de su conveniencia podrán oponerse a esto y reclamar y protestar otras naciones; pero no veo que puedan hacerlo en nombre de la justicia. Y lo que es para la conveniencia general de la civilización, ¿cómo podrá negarse que, las islas de Hawai prosperarán más y serán más útiles para todo el género humano bajo un poder de origen europeo, aunque establecido en América, que independientes y bajo el poder de un Gobierno indígena? Por lo demás, no sé comprende la sorpresa que este propósito de anexión ha despertado. Ya se preparaba y se veía venir desde el año 1875, en que el rey Kalakana, siendo Grant presidente de la gran República, se puso bajo su protectorado. Muerto poco ha el rey Kamehameha III y destronada la reina Lilioukalani por una revolución, ¿qué tiene de particular y que no esté de acuerdo con las ideas modernas que aquel pueblo soberano quiera ser yanqui o lo que se le antoje?

Tampoco veo que deba censurarse ni extrañarse que los angloamericanos, que se derivan de Europa, aunque no estén en Europa, aspiren a gozar en Marruecos de los mismos privilegios para sus súbditos de que las grandes naciones europeas disfrutaban. Así como hallo absurdo, peligroso, expuesto a vejaciones y hasta ocasionado a que se supongan ilícitos logros y ventajas para quienes lo negocian, en la protección que se cree en el deber y con el derecho de dar un Estado civilizado a sus súbditos cuando residen en otro Estado civilizado, casi hallo conveniente a los intereses de la general cultura, y además casi indispensable, que todo Estado civilizado se atribuya y ejerza este derecho de protección de sus súbditos residentes en un país bárbaro. Al discurrir así, yo no condeno, sino que apruebo la reciente pretensión de los Estados Unidos en Marruecos; pero esta misma aprobación hace más clara y patente la magnitud del agravio que nos infieren los Estados Unidos con sus constantes reclamaciones contra nosotros y en favor de sus súbditos. En mi

sentir, el reclamar de cierta manera presupone la declaración implícita, de la barbarie y desgobierno del Estado de quien se reclama. Este uso o este abuso diplomático implica previa injuria: expulsar arbitrariamente y sin autoridad para ello al Estado de quien se reclama de la confederación tácita de los pueblos cultos; suponer denegación de justicia y que es menester que cada cual se la tome por su mano. De otra suerte, no debiera un extranjero conseguir por la vía diplomática sino lo que el natural del país consigue en los tribunales ordinarios litigando contra particulares, o en el tribunal contencioso-administrativo, litigando con el Estado; o, mejor dicho, no debía acudir a la vía diplomática, sino a los tribunales, como los súbditos del país.

Sea por lo que sea, es triste confesar la decadencia y postración y el corto lucimiento de las tres gloriosas naciones y castas de gente cuyas costas territoriales baña el Mediterráneo, fecundo y original fundamento a las ciencias y a las artes de Europa; la segunda, unidad de leyes, lengua e imperio, preparándolo todo para la pronta difusión y triunfo de la religión cristiana, y erigiéndose luego, habilitada para ello con el poder de la cruz, en benéfica y singular maestra y dominadora de bárbaros; y la tercera, por último, agrandando el concepto de las cosas creadas y descubriendo nuevos mundos, para plantar en ellos la cruz y difundir la cultura. Muy decaídos estamos de nuestra antigua grandeza, sin excluir a Italia, cuyo cuerpo, débil, se diría en ocasiones que dificulta sostener el gravísimo peso y balumba de una capital tan grande como Roma, por su historia y por sus recuerdos.

La fuerza, el imperio y hasta el brío militar y la inteligencia política se diría que se han ido con los pueblos del Norte. Tal vez nos desdeñan, olvidando los pasados beneficios; tal vez nos odian, recordando nuestra superioridad pasada, y siempre se enorgullecen y se engríen, no sin bastante fundamento, y cantan y celebran su triunfo.

Ahogando la envidia que pudiera nacer en nosotros, bien digno es de admirar ese triunfo en el jubileo con que la nación inglesa acaba de glorificarse y de ensalzarse a sí propia, ensalzando y glorificando a su reina, emperatriz de la India y soberana de más de doscientos millones de seres humanos de todas las castas, lenguas y tribus que hay sobre la faz del planeta. A ofrecer sus respetos a la emperatriz han acudido príncipes, representantes y magnates ilustres de todos los pueblos independientes, cuyos estados, por remotos que estén, confinan siempre con alguna posesión inglesa; y han acudido también los soberanos tributarios y los jefes de los estados sometidos y subordinados a rendir pleito homenaje, como fieles vasallos, a la superior soberanía de su augusta señora. Extraordinaria ha sido la pompa que en esta ocasión ha desplegado la Gran Bretaña y el magnífico alarde que ha hecho de su poder marítimo. Lo que de tanta prosperidad se deba a la fortuna, lo que se deba a la alta prudencia y a las virtudes de la reina, y lo que se deba al talento, a la perseverancia, al patriotismo y al valer superior de la nación inglesa, acaso la Historia lo deslinde bien y lo marque en lo futuro. Lo único que a nosotros nos incumbe hacer es maravillarnos respetuosamente de poder tan grande, y desear que se emplee, no en menoscabo y ofensa, sino en bien de todo el linaje humano.

No pocos otros puntos pudiéramos y aun debiéramos tocar en esta breve reseña; pero lo dejamos para otro día, porque la reseña va siendo tan extensa, que difícilmente cabe en las columnas de nuestra revista.

- V -

En estas Notas diplomáticas, que ya he dicho, y repito ahora, debieran llamarse Crónica de política internacional, que nunca fue mi intento dar consejos ni alabanzas, ni formular tampoco censuras sobre asunto alguno de aquellos en que el Gobierno español interviene. Para este fin, si yo me lo propusiera, buscaría otro medio de publicación o de divulgación.

Aquí me propongo sólo dar cuenta en brevísimo resumen, de los principales acontecimientos políticos ocurridos dentro de un corto período, y aunque es cierto que, al tratar de ellos, no pueda menos de exponer mi opinión, entiendo que lo hago desechando todo espíritu de partido y procurando no enojar a nadie con mi crítica.

Aquí no he dicho yo ni diré que nuestro Gobierno haya hecho mal en acceder a ciertas reclamaciones de los Estados Unidos, ni que deba y pueda oponerse a otras reclamaciones. He dicho sólo que las reclamaciones existen, y he lamentado y lamento que el Derecho internacional, tal como hoy es entendido y practicado, no sólo faculte, sino que estimule y obligue a los gobiernos, como en cumplimiento, del más sagrado de los deberes, a reclamar, por supuestos o verdaderos agravios, en favor de sus súbditos residentes en país extranjero. Cuando el Estado que reclama es poderoso, y cuando el Estado de quien se reclama es débil, resultan una presión monstruosa, un privilegio irritante en favor del extranjero y en contra del natural del país, y la injuria previa e implícita de afirmar que las leyes y los tribunales del país de quien se reclama no valen ni sirven para hacer la debida justicia. Y, por el contrario, cuando el país obligado a reclamar no es bastante fuerte, suele ser ineficaz, y tal vez irrisoria, toda reclamación diplomática, y suele, además, ser ocasionada a terribles conflictos y aun a guerras costosas.

No quiero yo escudriñar aquí detenidamente las causas de pasados sucesos, pero se me figura que España no hubiese tenido la guerra del Pacífico, ni hubiera enviado jamás con el general Prim una expedición a Méjico, cosas ambas que sólo perjuicios nos trajeron, que odios sólo nos suscitaron, en cambio, tal vez, de alguna gloria harto vana, si de antemano no hubiésemos tenido, así en el país de los aztecas como en el de los incas, reclamaciones que hacer en, favor de los súbditos españoles.

También las tenemos contra el Gobierno de los Estados Unidos, pero es harto lastimoso tener que declarar que dichas reclamaciones nunca se satisfacen. Los yanquis, por ejemplo, perjudicados por secuestro de algodones, durante la guerra de Secesión, valiéndose de los medios que las leyes de su país les conceden, han logrado que se los indemnice, mientras que españoles que se hallan en caso parecido y han tenido que acudir a la vía diplomática, todavía reclaman en balde.

Lo expuesto prueba con evidencia que el deber de proteger a los compatriotas residentes en país extranjero y el consiguiente derecho a reclamar en su favor, viene a ser casi siempre causa de compromiso o de desaire para el débil, que reclama, y ocasión de vejar y de torturar al débil, si quien reclama es el fuerte y pide quia nominor teo.

No dilucidaré aquí, pongo por caso, si el italiano señor Ceruti fue maltratado o no en Colombia, pero bien seguro es que, si al señor Ceruti le hubiera sucedido entre los yanquis lo que en Colombia le sucedió, Italia no hubiera alcanzado de ellos la indemnización que alcanzó de los colombianos. Harto peor tratados que el señor Ceruti fueron mucho más recientemente no pocos italianos en Nueva Orleans, y no creo yo que la indemnización haya sido muy copiosa, ni muy satisfactorio el desagravio.

Por todo lo cual, y por otras mil razones que pudieran aquí exponerse entiendo yo, sin que sea hacer oposición a Gobierno alguno, que toda potencia que no es poderosísima y de primer orden, debe protestar de continuo contra este derecho y contra este deber de proteger a los súbditos que están en país extranjero, porque siempre cuando de ella reclaman, hay previo agravio implícito y luego ofensa y pérdida de intereses, y cuando es ella la que se ve obligada a reclamar, se aventura a menudo a mil peligros y casi siempre el súbdito reclamante queda burlado y su *civis romanus sum* causa risa.

No dudemos, ni siquiera queramos dudar de la buena fe y de la mejor voluntad del señor Mac-Kinley y de su Gobierno. Acaso éstos, empeñados ahora en la anexión, y si no en la anexión en el protectorado yanqui sobre las islas Hawai y en hacer cara a las protestas y arrogancias japonesas, así como en calmar los celos de la Gran Bretaña, manifestados ya con el acto de ocupación de la isla de Palmira, no han de querer cargar con nuevos cuidados dando más favor que hasta aquí y consintiendo que sus gobernados den más auxilio a los insurrectos de Cuba. ¿Quién sabe? Tal vez el señor Woodford, lejos de venir entre nosotros con poco amistosas intenciones, traiga un ramo de oliva en el pico, como la paloma del Diluvio. Pero aun suponiendo todo esto, aun esperando con optimista espíritu que el Gobierno de los Estados Unidos no quiera faltar a la amistad que nos profesa, sino mostrarla en todos sus actos y relaciones con nosotros, todavía es evidente que dicho Gobierno tiene y tendrá que luchar contra la incesante presión de los partidarios que tiene en la gran República, así en el Senado como en la Cámara popular, el separatismo cubano. Apenas hay semana, mientras en Washington están abiertas las cámaras, en que no se declame en ellas contra nuestra dominación en Cuba y en que no se estimule al Gobierno para que pida indemnizaciones en favor de filibusteros y para que exija que sean puestos en libertad y que sean así burladas y escarnecidas la leyes, la autoridad y la soberanía de nuestra patria.

De esperar es que el Gobierno de la Unión no se deje arrastrar de tan absurdas exigencias, que no exija, y que, si exige, España se mantenga firme y no ceda en lo que no sea justo ni razonable. Bueno es, sin embargo, dar la voz de alarma. A los insultos que los oradores del Senado yanqui continúan dirigiendo a España, sería feo, sería rebajarse contestar con otros insultos, pero conviene estar prevenidos.

Como las seis grandes potencias de Europa que ejercen la hegemonía en el Antiguo Mundo, y la gran República que comparte con ellas el predominio, prevaleciendo en el Nuevo, desean evidentemente que no se rompa el equilibrio inestable en que vivimos, lo probable es que cuantas dificultades se presenten aún, se allanen más o menos trabajosamente y que la paz general continúe.

Expuesto es el papel de profeta a quedar, quien lo hace, deslucido y desmentido por los sucesos; pero bien puede decirse, sin arrojarnos a profetizar, que al fin habrá concierto entre japoneses y yanquis y que por ahora no llegarán a las manos. Ya se sometan los hawaianos al protectorado de la Unión, ya ésta se los anexe, lo natural es que los emigrantes o colonos japoneses que hay en la nueva República del Pacífico sean garantizados y que el Gobierno de Washington quite al Japón todos los pretextos o motivos que puede alegar para oponerse a la anexión o al protectorado, si libérrimamente afirman los habitantes de Hawai que quieren ser anexionados o protegidos. No siempre es lo que debe ser, ni lo razonable ocurre porque es razonable. Nuestra previsión puede, por consiguiente, fallar, estallando la guerra entre el Japón y la gran República. Lo único, pues, que afirmamos es que lo más juicioso sería que el Japón imitase a Inglaterra, y que así como Inglaterra se apodera de la isla de Palmira, como en compensación de que los yanquis tratan de extender su Imperio sobre las islas de Hawai, el Japón se apodera también de algunas otras islas o terrenos que aún no estuviesen ocupados y dominados por alguna potencia de América o de Europa.

Mayores peligros de disgustos y de conflictos ofrece aún la cuestión grecoturca, a pesar del cuidadoso esmero y de la prudencia y paciencia con que la diplomacia de las seis grandes naciones sigue tratándola. El concierto entre los gobiernos de dichas naciones persiste, sin alterarse en lo esencial, imponiéndose así al sultán, vencedor de los griegos, cuanto los seis diplomáticos determinan y exigen.

Claro está que Abud-Amid no puede menos de ceder a todo con dificultad y con pena; que su temor de enojar, cediendo, al partido musulmán fanático, ha de ser grande y es harto fundado; y que si el Padischah no se ha vuelto loco, como se ha dicho, aunque después se ha desmentido, tiene causas bastantes para volverse loco si su cabeza no está muy firme.

El Tratado de paz se firmará al cabo, ya que las potencias se empeñan en ello. Pero ¿cómo se allanarán las dificultades que han de quedar en pie? ¿Adelantará o no un Sindicato de capitalistas ingleses y franceses, a cuya cabeza dicen que está un israelita llamado Averof, los millones que han de pagar los griegos a los turcos antes de que éstos evacuen la Tesalia? ¿Garantizarán las seis grandes potencias el pago de la indemnización a fin de que los turcos evacuen la Tesalia en seguida y se evite así el sobresalto constante de insultos y vejámenes del Ejército de ocupación contra los griegos, y de las violencias y venganzas que en su desesperación procuren tomar o tomen los griegos contra los soldados turcos? Si las seis grandes potencias garantizan el pago de la indemnización, ¿seguirán exigiendo que dos o tres comisionados franceses e ingleses intervengan en la administración de la Hacienda helénica, a fin de que no sólo dé para el pago de la indemnización, sino para que alcance también a que los tenedores de la Deuda griega cobren sus intereses? En esto último parece estar muy empeñado el emperador de Alemania, quien tal vez él mismo, y sin duda no pocos de sus súbditos, son los principales acreedores. ¿Se someterá el rey de Grecia a la humillante y vergonzosa intervención de la Hacienda de su reino, dado que persistan en imponérsela? ¿Irá o no a Creta el sabio suizo Numa Droz a establecer allí la autonomía y a competir o a eclipsar a su tocayo el segundo rey de Roma y hasta a Minos y a Radamanto, o será sólo Djevas bajá, flamante gobernador turco de Creta, quien lo componga y arregle todo y se encargue de autonomizar a los cristianos, a quienes los soldados turcos, y sobre todo los Cachibeuzaks, se dignen dejar con vida? Para evitar las matanzas o las riñas sangrientas entre los turcos y los cretenses

cristianos, ¿cuánto tiempo y por qué tropas de alguna o algunas de las seis grandes naciones será y continuará Creta ocupada? ¿Es cierto que soldados ingleses han ido desde Malta a ocuparla ya?

De todo esto se reciben por telégrafo noticias confusas y contradictorias. Y es entre todas la más alarmante la de que los musulmanes fanáticos, en Damasco, en el Líbano y en otros puntos de la Turquía asiática, engreídos primero con las victorias de los osmanlíes sobre los helenos y exasperados e irritados después con el poquísimo fruto que las seis grandes naciones consienten sacar de estas victorias, se agitan y se preparan a cosechar el fruto por ellos mismos, maltratando, robando y tal vez matando a los cristianos de Siria.

Si estos amenazantes rumores llegan a ser un hecho; si sobrevienen desórdenes en Siria; si hay nuevas matanzas en Armenia, y si el sultán es o se declara incapaz para reprimir o castigar a los culpados, ¿qué harán las seis grandes naciones, que en cierto modo le apoyan, aunque teniéndole bajo tutela?

Tal es la situación, muy sujeta aún a contingencias, en que se hallan las cosas de Turquía.

Entre tanto, por todas partes, salvo en España, afligida por dos costosas y ya largas guerras coloniales, reinan en Europa la prosperidad y el sosiego. Hasta la temerosa cuestión social ha desechado en estos últimos días no poco de su carácter amenazador y violento, y ha tomado ciertas formas científicas, académicas y teóricas.

En la Cámara de Diputados de la República francesa ha resplandecido, admirado por su saber y por su elocuencia, el señor Jaurés, gran defensor del socialismo. Sus doctrinas han sido impugnadas con no menos elocuencia y saber por el señor Deschanel, y esta controversia y este certamen o justa de ingenio, con armas corteses, ha traído y ha fijado agradablemente la atención del público en Francia. La mira principal y práctica del socialista Jaurés es la de ganar parciales entre sus compatriotas campesinos, que son en gran número pequeños propietarios y que dejarían de serlo, con harta repugnancia y dolor, si en lo por venir prevaleciese la propiedad colectiva. A fin de quitar a los campesinos el temor de que esto suceda, el señor Jaurés ha acudido al sofisma de que la propiedad, mientras no exceda de lo precisamente necesario para el sustento de quien la posee, no pugna con las suspiradas reformas sociales de los de su partido. El señor Deschanel ha desbaratado con facilidad el sofisma de este socialista transigente, y que, si es lícito valernos de una expresión familiar, podremos llamar pastelero. Los socialistas alemanes, hartos más lógicos, no transigen, ni gustan de semejantes pasteles, no tragados, sino rechazados con asco en el Congreso de Breslau y en otros puntos donde el señor Liebknecht, doctor alemán en socialismo, se atrevió a presentarlos.

En suma: todas estas discusiones pacíficas y hasta divertidas, pueden dar ocasión a que se luzcan el señor Jaurés y otros, vertiendo raudales de poética elocuencia. Lo cual no impedirá que siga habiendo siempre pobres y ricos, y ya que siempre ha de haberlos, más vale que los haya en paz que no en medio de trastornos y convulsiones, que, en nuestro sentir, no nivelarán nunca las fortunas ni asentarán la sociedad humana sobre base distinta de la que tiene hoy. El amor a la propiedad y a la riqueza está en el fondo del corazón hasta

de aquellos que más de ellas maldicen. No van a buscar nivelación, sino encumbramiento en riqueza sobre los demás hombres, los que acuden ahora ansiosos a Colombia, en el Canadá, a buscar y a recoger el oro, que en gran abundancia dicen que allí se ha descubierto.

El término de toda razonable aspiración y de todo deseo, en estos asuntos sociales, no debe pasar, por consiguiente, de que llegue a lograrse que sea cada vez menos acérrima la lucha por la vida (*struggle for life*) y de que el vencedor en esta lucha deba el triunfo a su laboriosidad y a su inteligencia, y no a la fuerza, al engaño o al acaso.

Al terminar el artículo que antecede, lleno de tolerancia para todas las opiniones, de fe en el progreso del humano linaje y de esperanzas optimistas en la civilización del mundo, estaba yo muy lejos de prever la horrible tragedia ocurrida en Santa Águeda, cuarenta y ocho horas más tarde.

Aun prescindiendo de la admiración y del afecto que inspira a sus compatriotas la ilustre persona que allí ha sido víctima, esta tragedia es de lamentar como signo ominoso de los errores de entendimiento y de la abominable perversión de voluntad que fermentan aún en el seno de nuestra sociedad, tan adelantada y tan culta, viciando a muchos hombres y convirtiéndolos en fieras.

Hasta las más audaces utopías, aunque propendan a desbaratar el organismo social, tal como está hoy constituido, y a fundarlo y a recomponerlo sobre bases nuevas, si noto ingenio en quien las inventa, fervoroso convencimiento en quien las divulga y la recta intención en quien las sostiene de hacer que triunfen por buenos medios, todo ha ganado siempre algo de mi simpatía, disculpándolo en mi corazón por lo generoso y tal vez celebrando con la imaginación la ingeniosidad del sistema y la sutileza de la teoría, aun cuando la razón la halle irrealizable y falsa y como tal la condene.

No es esto afirmar que con el andar del tiempo y con la lenta evolución con que crece y se difunde el bienestar sobre toda clase de personas, ya que no trayéndolas al mismo nivel, colocándolas en desigualdad tolerable para el que está por bajo, y justo, por ser merecidos el premio y la posición del que está más alto, no lleguen a realizarse un día cuantos ensueños de transformación y de mejoras sociales se compadecen con la imperfecta condición humana y con los recursos que ofrece el mundo en que vivimos, que la ciencia descubre y de que el arte se apodera.

La libertad omnímoda que se disfruta hoy en España y en otras muchas naciones de Europa presta armas suficientes para que el trabajo luche dentro de la ley con el capital individual, para que le oponga el capital colectivo y para que tal vez lo venza. Es mentira que haya clases cerradas, que nadie goce de privilegios por pertenecer a tal o cual clase, y que en realidad sea clase la burguesía o lo que se llama clase media. Todos en el día de hoy pertenecemos a la clase media de derecho, y quizá antes de un siglo todos serán de hecho

clase media o burgueses, sin que la miseria nos aflija y sin que la dura necesidad los fuerce a rudas faenas, que desempeñarán máquinas prodigiosas y estupendos artificios.

Por lo mismo que yo veo así las cosas y por lo mismo que columbro tan risueño y luminoso horizonte de lo futuro, deploro y maldigo con más energía que otros esa abominable secta, vergüenza de Europa, negra mancha de la civilización ascendente, que se apellida anarquismo o nihilismo. No creo yo que ha nacido en el hondo centro de la más atroz pobreza, de la invencible ignorancia y del abandono en que se supone que yacen y gimen las más bajas capas sociales, sino creo que ha nacido de un saber superficial y pedantesco, de vagas y malsanas lecturas, que se han indigestado o han fermentado en cerebros débiles; de la abjuración de toda religión positiva o de toda alta metafísica, y, por consiguiente, de la moral que en ellas se funda; y, por último, más que de la sed de goces y de riquezas, y más que de la envidia y de la rabia contra quien los tiene, de cierto prurito, de cierto anhelo, origen de las más nobles y brillantes acciones cuando se fundan sólidamente en la bondad, y origen, cuando sus fundamentos son malos, de los crímenes más brutales y atroces.

Para mí es indudable que ni al lanzar bombas de dinamita en Barcelona, ni al esgrimir el puñal contra Carnot, ni al disparar tres veces el revólver contra Cánovas, pensaron mucho los asesinos en acelerar el advenimiento de su sistema social, si alguno tienen. Pensaron en llamar la atención por estilo tremendo, en surgir del seno oscuro de la muchedumbre anónima y en que sus personas y sus nombres, de los que apenas nadie sabía, resonasen con terror por toda la redondez de la Tierra y fuesen pronunciados por aquellos a quienes envidian, no por más ricos, si no por ser conocidos y estimados. Una vanidad satánica, que sería ridícula si no arrastrase al crimen a quienes de ella están poseídos, hace creer a éstos que es injusticia social o ciego capricho de la fortuna apoyado en la iniquidad o impotencia de las leyes, y que no son el valor, el talento, el estudio y otras altas facultades y virtudes las que elevan sobre sus semejantes a determinado individuo y hacen que brille y que sea venerado y amado. La ira del envidioso, y no doctrina alguna social, religiosa o política, arma entonces su diestra. Así es como el asesino de Cánovas, cuyo nombre no recuerdo y me alegraré de no recordar nunca, se movió a poner término a aquella noble y gloriosa vida, llenando de dolor a todos los españoles, que en circunstancias tan difíciles esperaban de él la salud de la patria, y particularmente a los que como amigos le trataban y se complacían en admirar la profundidad y agudeza de su ingenio, la entereza de su carácter, su dominante y varonil elocuencia y todas aquellas altas prendas que así le habilitaban para el gobierno del Estado, como para brillar en los ateneos y academias y deleitar en los salones con su amena conversación, tan rica en chistes urbanos, en ocurrencias originales y en atinados juicios.

El horror que ha causado en todas partes la nueva del asesinato de Cánovas, más que el hecho mismo, se funda en la carencia de motivo y de propósito que la explique y que tenga algo de racional, por muy vicioso que sea. Frecuentes eran, por desgracia, en las edades antiguas, los asesinatos de príncipes, magnates y grandes señores; pero entonces se alcanzaba el Poder por la violencia, y también por la violencia tenía que perderse. Por eso afirmaba el satírico latino que eran pocos los dominadores de pueblos que descendían, a la región de las sombras sicca morte, sine cœde et vulnere. El que anhelaba suplantarle en el Poder, el que se proponía vengar agravios, no recibidos por ministerio ineludible de la ley,

sino por la propia voluntad del tirano, tenía alguna razón, aunque inmoral, para convertirse en feroz instrumento de la muerte. Asesino era; pero no era, además de ser asesino, absurdo y brutal enemigo de la raza humana y del orden social y político en que la raza humana vive. Así son, y por eso espantan y parecen mil veces más monstruosos estos criminales de ahora llamados anarquistas. ¿Qué puede mover el ánimo y el brazo de quien hirió a Cánovas sino la envidia de su elevación y de su brillo el odio a la sociedad entera y el estúpido prurito de llamar la atención de los hombres y de causarles asombro elevándose sobre ellos aunque sea en el patíbulo? A todo hombre de no vulgares aspiraciones, con energía en el corazón y con viva luz en el entendimiento, Cánovas, en vez de ser objeto de enojo, debía ser ejemplo de cuanto valen y pueden en el día tan egregias cualidades y cierto indicio y prueba de que no hay camino cerrado a quien las posea para subir a las mayores alturas y para subir a ellas, no por fuerza ni por engaño, sino por mérito, y para estar en ellas sin agravio ni ofensa de nadie, sino repartiendo favores y mercedes.

La enormidad del crimen de su muerte sube, pues, de punto al considerar que el crimen ha sido inmotivado y que, además, carece de fin y de objeto. La sociedad no puede intimidarse ni arredrarse en vista de tan horribles crímenes; antes bien, redoblará sus esfuerzos para acabar con una secta que está fuera de toda ley y cuyos individuos puede afirmarse que han renegado de su casta de seres racionales y que ellos mismos se apartan y extrañan del conjunto y concierto del linaje humano.

La única infame satisfacción que puede traer a los anarquistas la muerte de Cánovas es la de ver que lo mejor de España, sin distinción de partidos, viste por ella de luto, y que la han deplorado los gobiernos y los escritores de las naciones civilizadas del mundo, rindiendo al eminente estadista espontáneo tributo de altas y merecidas alabanzas.

Yo, que me honré y me complací siempre con ser su particular amigo, se las doy también muy sentidas, y, rechazando suposiciones malévolas, entiendo que, lejos de haber decaído, él valía más y se había encumbrado más en estos últimos tiempos, luchando con las dificultades. Más que la generosidad magnánima con que, después de la Restauración, atrajo a los corifeos revolucionarios, movió al rey a que los llamase a su palacio, a que les tendiese la mano de amigo y a que los sentase a su mesa, y más que la franca solicitud con que les abrió luego las puertas del Congreso y del Senado, poniéndoles la escala con que subiesen al Poder, admiro yo los bríos y el ahínco con que ha defendido la integridad de los dominios de España, y, sobre todo, el paciente sufrimiento, harto pasmoso en él, que por naturaleza era poco sufrido, con que supo disimular y aguantar ofensas e impertinentes pretensiones de un poder desmedido y desproporcionado, contra el cual España, abandonada y sola, era en extremo aventurado que se alzase. Demos gracias a su inmortal espíritu porque no quiso mostrarse sobrado animoso, comprometiendo el pueblo cuyos destinos dirigía y tomando una resolución desesperada, que no debe ni puede tomar el jefe de un partido solo, sino la nación entera y cuantos son los partidos, y esto en el caso tristísimo de que las ofensas duren y crezcan y de que el sufrimiento se agote.

Los obreros aparecen grandes o chicos a nuestros ojos, no por ellos, sino por el punto desde donde los miramos. Con esta hoja de papel, puesta a corta distancia de mi vista, basta para ocultar el sol, el mar, el cielo y todo el Universo visible, en suma. No debe extrañarse, por consiguiente, que en medio de tantos acontecimientos como han ocurrido y ocurren prescindamos de todo, por lo pronto, y empecemos por hablar de la llegada a España del señor Woodford, ministro de los Estados Unidos.

¿Quién sabe, me digo yo, porque la esperanza es lo último que se pierde, si el presidente Mac-Kinley, resistiéndose a la corta aunque agitada porción de partidarios de los filibusteros que hay, por desgracia, en la gran República, nos enviará a este representante suyo para orillar todas las dificultades y acabar con todos los disgustos que puede haber entre su Gobierno y el nuestro? ¿Tal vez venga su enviado a darnos la seguridad de que en su tierra, hasta donde las leyes de allí dan medios para conseguirlo, se impedirán en adelante las expediciones a Cuba de hombres, armas y municiones? ¿Quién sabe, por último, si será falso o exagerado eso que se cuenta y que tanto alarma al pueblo español, de que el señor Woodford viene a pedirnos que indemnícemos a muchas personas de males que se suponen que se les han causado, y trae el propósito de intervenir en la política que en adelante hemos de seguir con los rebeldes de la Gran Antilla?

De todos modos, y aunque tuviese fundamento cuanto se presiente de poco agradable y lisonjero para España, conviene confiar en la sensatez, en la cultura y en la cortesía de los españoles, y dar por seguro que, si ahora ni nunca, suceda lo que suceda, ha de faltar nadie en España a la hospitalidad y ha de olvidar el respeto que se debe a las personas, en cierto modo sagradas, que representan al Gobierno de una nación cerca del Gobierno de otra.

Digo esto porque yo he oído quejas, aunque no diré de quién, contra calificaciones poco benévolas que algunos periódicos han hecho del ministro norteamericano, y aun contra ciertos amagos o conatos de manifestaciones hostiles. Todo ello lo considero completamente infundado, y es de desear que siempre carezca de fundamento. En mi sentir, aunque el señor Woodford trajese por misión exigir de nosotros lo que más nos perjudicase y humillase, todavía su persona debiera ser respetada y acatada por su elevado carácter diplomático y afablemente recibida entre todos nosotros, como huésped ilustre.

A nosotros no sólo nos obliga a esto nuestra antigua nobleza y nuestra cultura secular, sino también la consideración de que en todas las naciones extranjeras el vulgo está, no sé por qué, prevenido contra nosotros, y la menor falta nuestra daría ocasión a interminables diatribas y a que las gentes extrañas se concertasen y aun se conjurasen para hablar en nuestro descrédito.

Las naciones que están en auge pueden incurrir en los mayores desafueros y nadie las critica, y si las critica alguien, no hay quién de la crítica haga caso, mientras que las naciones que fueron grandes y que se hallan decaídas y postradas no encuentran por dondequiera sino despiadados acusadores, y si no injustos, severísimos juicios.

Repito que ya oí quejas contra la recepción hecha al señor Woodford hasta ahora, y quejas dadas por hombres de nacionalidades distintas. Poco se quejaron y censuraron, en

cambio, pongo por ejemplo, cuando, no ya un representante de nuestra nación, sino nuestro mismo rey, fue insultado en París por las turbas, sólo porque había visitado al emperador de Alemania y había aceptado y recibido de éste el vano título de coronel de uno de sus regimientos. La ciudad que se jacta de ser el corazón y cerebro del mundo puede permitirse tales desahogos; pero España, ni puede, ni quiere, ni debe, y más vale que nunca se los permita.

No obsta nada de lo expuesto a que nuestro Gobierno, sea quien sea el ministro de Estado, cuando llegue la ocasión, se resista a toda exigencia impertinente, venga de donde venga. La más extremada fineza y la serenidad, la calma y la templanza suaves, lejos de desautorizar una negativa, le prestan el valor y el vigor de lo que se hace con reposo y con deliberado propósito y no ab irato.

No pocas de las reclamaciones que hará, acaso, el señor Woodford tendrán que fundarse sobre nada sólida base: sobre una base que, a mi ver, tenemos el perfecto derecho de desbaratar, desbaratando así radicalmente todo cuanto sobre ella se levante y se intente en ella. Me refiero a la declaración de 1877, hecha por un ministro de Estado español que ni siquiera era el ministro en propiedad sino ministro interino, que no ha sido ratificada por nuestro Poder legislativo y que no tiene por consiguiente, fuerza alguna, y es, o debe ser, lo que vulgarmente se llama un papel mojado. Por la susodicha declaración, en que convinieron nuestro ministro, de Estado y el representante entonces en Madrid de la gran República, este último concede a los españoles que residen en su tierra los mismos derechos que tienen allí los ciudadanos o naturales; pero, en cambio, por alucinación o por complaciente debilidad de nuestro ministro, nosotros concedemos en Cuba a los yanquis, que allí residen algo a modo de fuero, privilegiado que les hace superiores en todo al ciudadano español, que casi les sustrae al poder de nuestra justicia y que casi les asegura la impunidad para todo lo que hagan con el propósito de subvertir el orden público en la isla y de sustraerla a nuestro dominio.

Hacer, pues, una declaración contraria a la de 1877, o invalidarla, o más bien declararla nula, sería acto justísimo y fácil, el cual quitaría todo valor a las reclamaciones del señor Woodford, dado que las traiga, como se sospecha.

Pero, aun sin ir tan lejos, entiendo yo que el Gobierno español puede defenderse, no ceder en muchos casos a las reclamaciones y tildarlas de injustas.

La gran mayoría de los que en Cuba se llaman ciudadanos americanos no lo son legítimamente: son ciudadanos españoles, son cubanos disfrazados de yanquis. Han residido en Tampa o en Cayo-Hueso sólo algunas semanas o algunos días, sin cumplir con el requisito de cierto número de años de residencia que es indispensable para ser ciudadano de la Unión, se han vuelto luego a Cuba con su carta o su diploma de ciudadanía y, valiéndose de ella, han conspirado, han tomado las armas contra la madre patria, nos han hecho la guerra y han saqueado e incendiado pacíficas poblaciones y bien cultivados y fértiles campos. Después, cuando estos destacados y renegados enemigos han caído en nuestro poder y España ha querido y debido castigarlos, ellos han interpuesto su mal adquirida carta de ciudadanía, han impetrado el auxilio de la gran República y han solido

quedar impunes, cuando no han sido, además, recompensados con dinero e indemnizados hasta de las extorsiones y sustos que el Gobierno español ha podido darles.

Infiérese de lo dicho que, hasta persistiendo en vigor la declaración absurda de nuestro ministro en 1877, muchas de las reclamaciones a que ya hemos cedido o a las que tememos que se ceda en adelante son injustas, atentatorias a nuestro dominio en Cuba y contrarias al crédito y al respeto que debe infundir allí la autoridad de nuestro Gobierno, a quien se deja, cediendo a ellas, burlado y desarmado.

Yo, lisonjeándome de no dejarme cegar por la pasión, tengo muy alto concepto de la gran nación norteamericana, y doy por seguro que si nos resistimos con la debida energía a las reclamaciones infundadas de su Gobierno, la mencionada nación reconocerá al cabo la injusticia de tales reclamaciones y hará que su Gobierno las retire. Es inverosímil, es imposible, en mi sentir, que nación tan poderosa, generosa y rica como la creada por Jorge Washington se alucina hasta el extremo de querer abusar de fuerzas desmedidamente superiores para hacer pasar lo injusto por justo y para seguir fomentando en Cuba una larga guerra civil, que no sólo arruina aquella isla y empobrece y debilita a España, sino que también perjudica al comercio y a la riqueza de otras naciones. Y como no cabe duda de que en Cuba, o no hubiera sobrevenido la rebelión, o no hubiera tomado el incremento que hoy tiene sin el decidido apoyo de no corto número de yanquis alucinados y codiciosos, también es indudable que terminaría la rebelión y le pacificaría al punto la isla no bien el Gobierno del presidente Mac-Kinley procurase, en vez de apremiarnos con reclamaciones, evitar que muchos de sus gobernados sostuviesen en su propio territorio el foco, el arsenal y la reserva de los rebeldes de Cuba.

Lamentan no pocas personas, y he de confesar que me encuentro entre ellas, el aislamiento y desamparo en que está España hace años, sin contar con ninguna potencia amiga o aliada que le preste apoyo y que haga, si no imposible, difícil que otra potencia, con relación a España cinco o seis veces mayor, quiera imponérsele sin fundado motivo. Si en este aislamiento hay falta que censurar, la falta es común a los varios gobiernos que se han sucedido y no a uno solo. Yo convengo, además, en la dificultad extremada que había y que hay en elegir aliados con acierto y contando con la aprobación unánime, ya que ni con el aplauso de los españoles. De ellos habría acaso quien prefiriese la alianza francesa, quien optase por la alemana y quien se inclinase a conservar la neutralidad con relación a las naciones del continente europeo y a buscar y a ganar con empeño el favor de la Gran Bretaña comprometiéndose a pagarle bien en caso necesario. Esto último, dado caso que nuestros hombres de Gobierno no repugnasen el exponer a su nación a peligrosas aventuras, sería quizá lo más atinado, porque nuestros intereses son pocos o ninguno en el día en la tierra firme y centro de Europa, mientras que todas nuestras aspiraciones, miras y aumento y justo empeño de conservar lo que poseemos, o está en regiones ultramarinas o en puntos donde Inglaterra pudiera ser mejor que nadie nuestro sostén y es, indiferente o contraria, la mayor rémora para nosotros.

Como quiera que sea, en un artículo recientemente publicado en la Revista de Ambos Mundos, y donde el señor Benoit hace un brillante, discreto y merecido elogio de Cánovas, se atribuyen a nuestro eminente hombre de Estado una explicación y una justificación, muy ingeniosas, como suyas, de aislamiento en que vivimos. Confieso que el razonamiento

atribuido a Cánovas no me convence, pero voy a citarlo aquí por curioso y porque demuestra, si no la imposibilidad, la dificultad de hallar poderosos aliados. Y esto no sólo por el recelo que inspira siempre la sentencia del fabulista latino, *nunquam est fidelis cum, potente soc etas*, sino también por el papel desairadísimo, que Cánovas exageraba, a que tendría que rebajarse la decaída nación de los Reyes Católicos y de Felipe II, convertida en pretendiente de alianzas y exponiéndose a desdenes y repulsas. Paréceme, no obstante, que esta última razón está contradicha por hechos recientes y que repulsas y desdenes se evitan casi siempre, cuando el que pretende es oportuno y hábil y acierta a dar o a ofrecer algo a su debido tiempo. Valga, por ejemplo, el Piamonte, vencido y multado por Austria, con el erario exhausto, expatriado su heroico rey y muerto luego por el dolor de su derrota; y, sin embargo, el Piamonte pudo enviar y envió treinta o cuarenta mil soldados a Crimea, y esto le valió sentarse en el Consejo de las grandes naciones y echar allí los cimientos sobre los cuales levantó pronto su ulterior grandeza y vino a enseñorearse de Italia toda.

No se extrañe que hable yo de alianzas, porque éste es el asunto que atrae más en el día la atención general. Nadie ignoraba, desde hace ya bastantes años, la existencia de la Triple Alianza. Alemania, Austria e Italia, hace ya años que están unidas, jactándose de ello y asegurando que por virtud de esta unión sostienen la paz en Europa y casi en todo el mundo. Francia y Rusia no han querido ser menos y se han propuesto cooperar con iguales fuerzas al sostén de la paz. No ha sido breve el período, digámoslo así, de flirteo o noviazgo entre estas dos grandes naciones. ¿Habrà al cabo consorcio, o no lo habrá entre ellas? Esto se preguntaban los extraños al notar los requiebros, ternuras y suspiros que se enviaban, a través de Alemania, desde un extremo a otro de Europa. Eran como las palmas, que desde lejos se enamoran. Nadie, con todo, se atrevía a afirmar que Francia y Rusia estuviesen ya aliadas. Ni la visita del zar a París bastó para persuadir a las gentes de que fuese ya un hecho la alianza francorrusa. Ha sido menester la visita del presidente de la república, Félix Faure, para que todos se convenzan de que es un hecho. El entusiasmo del pueblo ruso por los visitantes franceses no ha sido menor que el entusiasmo del pueblo francés por los visitantes rusos. Las fiestas de ahora no han sido menos espléndidas y alegres que las de entonces. Los brindis en los sucesivos festines han sido cada vez más significativos: primero en Peterhov, después en Tsarkoie-Selo y, por último, el que hizo el emperador Nicolás II contestando al señor Faure, que elogiaba al Ejército ruso al terminar una gran revista. El zar llamó camaradas a los soldados franceses. Y esto acaso prueba el propósito del zar de que el consorcio sea eficaz si la ocasión se presenta. De aquí el entusiasmo de los periódicos franceses, cuyos artículos celebrando la unión parecen epitalamios, y ensalzando el triunfo de su diplomacia parecen epinicios.

Preténdese, no obstante, que este triunfo estaba ya preparado por el anterior emperador Alejandro III, ofendido de la política del príncipe de Bismarck y receloso de la alianza de las tres potencias centrales.

Lo que ahora faltaría para colmo de ventura de las cinco grandes potencias de nuestro Continente sería que los emperadores de Alemania y de Rusia echasen, como vulgarmente se dice, pelillos a la mar, olvidasen ofensas o agravios, si los hubo, y acabasen por convertir las dos contrapuestas alianzas, triple y doble, en una sola y quíntuple alianza.

Algo se ha descrito y fantaseado ya sobre esto, columbrándose de resultas un semidesarme general, o sea una disminución de los Ejércitos enormes que hoy se sostienen, con que se amenazan unos a otros, y cuyo sostenimiento es carga tan costosa para algunas naciones, que apenas se comprende cómo pueden llevarla encima y no caen derribadas por el peso de las armas, aunque inactivas, abrumadoras.

Inglaterra, entre tanto, a pesar de estas alianzas dobles y triples, y con la vaga y risueña esperanza de ser quíntuples, todavía queda sola y sin aliarse con nadie. Sin duda, por su riqueza, por su brío, por estar cercada de mar y por tener un inmenso poder marítimo, Inglaterra entiende que se basta a sí propia; pero si no lo entendiésemos bien, pudiera intentar y lograr acaso hacerse el núcleo de otro tercer grupo de aliados, buscándolos en Suecia, Noruega, Dinamarca, Países Bajos, Portugal y España, ya que no también en las repúblicas americanas que fueron un día colonias españolas o inglesas.

Por lo pronto, aunque Inglaterra está separada y no entra en el concierto francorruso, ni en el concierto triple de las tres grandes naciones centrales, se junta con las cinco para determinados fines. Así están concurriendo las seis grandes potencias al dificultoso arreglo de la cuestión grecoturca, en la cual, por ser menester el voto unánime de las seis grandes potencias, cada día se ponen nuevos obstáculos que atajan el camino para llegar al término deseado. Creíamos ya que estaba convenido, siguiendo el parecer de Alemania, que el Ejército turco iría evacuando la Tesalia por partes, según los griegos fueran también pagando por partes y en distintos plazos, la indemnización de guerra; pero ahora se dice que la Gran Bretaña quiere que prevalezca otro método muy distinto. La ocupación de Tesalia y el pago de la indemnización no guardan relación entre sí, según los ingleses. Los turcos deben, pues, evacuar inmediatamente la Tesalia, y después ya se tratará de que paguen los griegos, si pueden. A la verdad en las guerras internacionales persiste una barbarie que en los combates singulares han desaparecido, de suerte que el duelo viene a ser un adelanto, ya que no se evite que los hombres riñan. En el duelo singular, los testigos o padrinos igualan las fuerzas, y luego que los adversarios combaten, no consienten que el vencedor despoje de sus bienes al vencido, ni menos que el vencido, sobre la pena de serlo, tenga que pagar al vencedor lo que éste calcule o imagine que le costó vencerlo y hasta lo que gastó de tiempo y de dinero adiestrándose en la sala de armas y en el tiro de pistola. Verdad es, por otro lado, que esto tiene para las guerras internacionales la ventaja de impedir que sean frecuentes, ya que el vencido, sobre quedar apaleado, tiene que quedar también arruinado y saqueado, aunque de una manera fina y diplomática y no brutalmente, como en lo antiguo.

Y es asimismo, verdad que rara vez las guerras internacionales tienen por motivo, como los duelos, un punto de honra, tornar satisfacción de un agravio. El motivo de las guerras se parece más al de los pleitos que al de los duelos: es para adquirir ventajas materiales o para conservar, recuperar o dilatar el dominio.

Si en esta ocasión, pues, los griegos, por pobres, son poco condenados en costas, y si, además, los turcos no recobran y ganan dominio alguno, no puede negarse el descontento natural de los turcos al considerar que las seis potencias les hacen hartamente infructuosa la victoria.

De aquí la agitación que se nota en Turquía, aumentada ya por los recelos que Bulgaria inspira, ya por los conatos de rebelión de que dan indicios los armenios, ansiosos de vengar los horrores y matanzas que los turcos hicieron en ellos el año pasado. Entre tanto, así el Ejército turco como el partido musulmán, más intransigente, se muestran quejosos del poquísimo fruto que de la lucha y de la victoria han alcanzado. Adoptando el método de los anarquistas, ora sean los agraviados armenios, ora sean los musulmanes fanáticos, arrojan bombas de dinamita en los más importantes edificios de Constantinopla, se temen motines y saqueos de los musulmanes contra los cristianos y, aterrados los mercaderes, no se atreven a abrir las tiendas en aquella capital, y en ella, así como en todo el Imperio turco, reinan la inquietud y la zozobra y se presienten sangrientos y terribles disturbios.

...¡Quiera el Cielo que los presentimientos sean vanos, que el oriente de Europa y el extremo occidente de Asia se tranquilicen y que, ya que el Imperio turco persista, que acabe por civilizarse!

- VII -

En forma de exclamación puso Cervantes en boca de Don Quijote aquella sentencia que dice: «Y sobre todo, Dios te libre de que nadie te tenga lástima.» Triste es, en efecto, inspirar compasión; pero es más triste y es, además, muy cruel el que se atribuyan los males que caen sobre alguien a su imprevisión, a sus vicios o a sus culpas, echándose los en cara y exacerbando los males con la reprimenda. En este caso se encuentra hoy el reino helénico, pobre, vencido por los turcos, ocupada su más fértil provincia por un ejército invasor multado duramente con relación a su pobreza, y censurado además por haber provocado una lucha desigual y por no mostrarse ahora resignadísimo y hasta agradecido a la paz que las seis grandes potencias le ofrecen y cuyos preliminares han presentado para que los aprueben en Atenas los Cuerpos colegisladores.

Nunca mejor que ahora puede citarse la tantas veces citada frase de Virgilio: *Sunt lacrimæ rerum*. Antes de censurar, debiera ponerse el que censura en el caso del censurado, a menudo reconocería entonces que, arrastrado por una fuerza Irresistible, él también hubiera incurrido en las mismas faltas, si faltas pueden llamarse.

Grecia debió calcular que iba a ser vencida por Turquía, y no debió proteger a sus hermanos de Creta, prescindiendo de los lazos de sangre, religión e idioma que a ellos la unen, para no provocar la mencionada lucha.

Convengamos en que esto no era imposible, pero tampoco era fácil. Más fácil hubiera sido quizá que las seis grandes potencias que intervinieron para acabar con la contienda hubieran intervenido antes, a fin de que la contienda no hubiera empezado; Grecia no hubiera sido vencida y el turco no se hubiera engraido tanto con la victoria. Más llano hubiera sido arreglarlo todo antes de la guerra que después de la guerra.

Yo no quiero murmurar de nadie. Me limito a lamentar que el inmenso poder de las seis potencias, puestas de acuerdo, valga para tan poco y dé resultado tan mezquino.

Grecia podrá salvarse y conservar su integridad, pero a costa de grandes humillaciones y de enormes sacrificios, que han de empobrecerla y debilitarla.

Los turcos evacuarán la Tesalia sin aguardar el pago de la indemnización. Inglaterra ha conseguido esto en favor de los griegos, pero ha tenido que ceder a las exigencias del emperador de Alemania, que es más amigo de los turcos; obligando a Grecia a que su Hacienda sea intervenida y casi manejada por seis comisarios de las dichas grandes potencias, a fin de que el pago que se ha de hacer a los turcos sea seguro y pronto, y a fin también de que no falte dinero para pagar sus intereses a los tenedores de la Deuda helénica, en gran parte alemanes.

Muy natural será que estas precauciones y estas medidas se adopten para que el acreedor turco y el acreedor alemán no queden burlados; pero también es muy natural que los griegos se aflijan, se desesperen y estén a punto de perder la paciencia.

Tesalia es el territorio más fértil de Grecia, pero en este año la cosecha se ha perdido. Los campesinos pacíficos no han cultivado el suelo y han emigrado, huyendo de los invasores turcos, que no han de ser con ellos muy cariñosos ni benignos. Ahora se los excita a que vuelvan a sus desolados hogares; pero no volverán mientras los turcos no dejen libre el campo. Y aun así, les será hartamente penoso entregarse de nuevo a sus faenas rústicas, sin recursos acaso para cultivar y sembrar los campos que abandonaron, y que no inmediatamente, sino el año que viene, podrán premiar sus fatigas.

Más deplorable es aún la situación de los griegos, bastante en número, que acudieron a la guerra desde diferentes regiones sometidas al Imperio turco, y de las que eran naturales. Para ellos, las seis grandes potencias han pactado y conseguido una amnistía. Sin duda, la amnistía deberá cumplirse, y ellos, cuando vuelvan a sus casas, nada tendrán que temer del Gobierno de que son súbditos; pero ¿cómo han de abrigar igual confianza en los musulmanes preponderantes, y cómo no han de temer, por parte de ellos, vejaciones, multas y todo linaje de ofensas?

Como quiera que sea, puede inferirse de los últimos telegramas que el nuevo Ministerio griego tiene gran mayoría parlamentaria; que el Parlamento ha aprobado más o menos explícitamente los preliminares de paz, dando un voto de confianza a los ministros, y que uno de éstos, el señor Maurocordato, irá o ha ido ya a Constantinopla para ultimar el tratado de paz que allí será firmado.

De esperar es, asimismo, que la insurrección de Creta acabe de calmarse sin mayores estragos ni efusión de sangre, y que las seis grandes potencias establezcan en Creta un modo de Gobierno algo autonómico, aunque dejando en salvo la soberanía del sultán sobre la isla.

Problema más complicado y más arduo que el de la pacificación de Creta nos parece el de la pacificación de Cuba. La subida al Poder del Ministerio liberal reanima, sin embargo,

nuestra esperanza, así como la aumenta y fortalece la destitución del general Weyler, que ha sido harto poco dichoso y que no ha logrado corresponder a los inmensos sacrificios de hombres y de dinero y a los poderosos recursos que le ha dado España para el logro de su empresa.

En medio de las graves circunstancias en que se halla hoy nuestra nación, lo que más apesadumbra, si se atiende a los males causados hasta ahora, y lo que más nos alienta, si se mira a lo por venir y se busca a dichos males rápido y eficaz remedio, es cierta carencia de causa suficiente para tantos furores.

Digan lo que quieran Merchán, Varona y otros cubanos que han tratado de justificar la insurrección en manifiestos y disertaciones, los insurrectos de Cuba carecen de fundado motivo para la guerra encarnizada que nos hacen. Poco o nada nos ha producido aquella isla en los cuatro siglos que hace que la poseemos. Cuando un peninsular ha vuelto rico a España desde allí, su riqueza ha sido casi siempre a costa del Fisco y nunca ha podido ser ni la tercera parte de la que ha ganado, siendo su cómplice, el contrabandista criollo. La contribución directa que en Cuba se paga es insignificante en comparación de la que se paga en España. Y es, por último, falso, al menos en la intención, que el millón y medio de habitantes que hay en Cuba se vean forzados a comprar los productos de nuestra agricultura y de nuestra industria a mucho mayor precio que el de otros países por efecto del desmedido derecho protector que imponen los Aranceles. Baste recordar, en prueba de esto, el Tratado que el señor Forster negoció en Madrid con el señor Albacete, comisionado ad hoc por el Gobierno de España, Tratado que retiró el señor Cleveland, apenas subió por primera vez a la Presidencia, sin consentir que los Cuerpos colegisladores de Washington deliberaran para ratificarlo. Si este Tratado hubiera obtenido la ratificación, es seguro que no hubiera vuelto a entrar en la Gran Antilla un átomo de harina española y que los tejidos y de más productos de la industria de Cataluña hubieran luchado con los de los Estados Unidos, sin otra desigualdad que la que en favor de estos últimos nace de la mayor baratura del porte que la cercanía proporciona. España se hubiera resignado entonces a sacrificar los intereses de su industria, de su comercio y de su Marina mercante para que todo el azúcar de Cuba entrase en el territorio de la gran República casi libre de derechos, recibiendo, en cambio, los cubanos las harinas y otras sustancias alimenticias y cuanto en los Estados Unidos produce o puede producir la Industria, con franquicias no menores.

Es, pues, evidente que ningún incentivo material mueve a España para la conservación de Cuba bajo su dominio. La mueve un sentimiento más alto, y tan poderoso e invencible, que apenas habría persona, entre las que en el día se lamentan más de la prolongación de la guerra y anhelan que termine de cualquier modo, que no maldijese y abominase del Gobierno que dejase de luchar hasta el último extremo para conservar la isla bajo la soberanía del Estado español y formando parte de la nación en otras edades tan gloriosa, que por vez primera llevó a ella la cultura de Europa, atravesando nunca surcados mares. Este sentimiento será tal vez sobrado poético; tal vez se opondrá a todo lo práctico y útil de la vida moderna; podrá acaso compararse a la terquedad de un príncipe muy noble, aunque empobrecido, cuando se resiste a enajenar una finca de la que no saca el menor provecho, pero que él entiende que debe conservar como timbre y blasón de su ilustre casa. En suma: yo creo que la mayoría de los españoles, salvo algunos mercaderes y salvo algunos empleados, en actividad o cesantes, «no ve la utilidad que nos trae la conservación de Cuba,

pero no hay un solo español que quiera que Cuba se aparte de España, que no esté dispuesto a sacrificarlo todo para conservarla bajo nuestra bandera y que no se sienta inclinado a declarar Indigno y a derribar con furia al Gobierno que sobre este punto vacile. Menester es, por consiguiente, conservar a Cuba a todo trance.

No se opone lo dicho a que España conceda a la Gran Antilla la mayor independencia administrativa de que puede gozar una región o provincia, sin separarse del pueblo de que forma parte, y cuanta libertad política goza este mismo pueblo.

Con este sincero propósito acaba de subir al Poder un Gobierno liberal. ¿Cómo no tener ahora la esperanza de que la rebelión acabe y de que renazca la paz en la Gran Antilla? ¿Qué nueva obcecación puede hacer que la guerra dure todavía? ¿No cederán todos y no se pacificarán, cuando una porción turbulenta y ambiciosa de la vecina gran República deje de sembrar la cizaña, de fomentar la discordia, de amparar a los rebeldes en Cayo Hueso, Tampa, Nueva York y otras ciudades, y de robustecerlos en Cuba, enviando para ellos y contra nosotros aventureros, municiones y armas? Yo creo que sí, y creo que la nación española tiene en el día de hoy esta consoladora esperanza. Los celos que ocasiona la actitud de los Estados Unidos no deben de tener fundamento alguno. Mucho se ha hablado y muchos presentimientos pesimistas se han manifestado sobre la misión, hasta hoy en verdad poco clara, que trae cerca de nuestro Gobierno el ministro y enviado del presidente Mac-Kinley. Se ha supuesto que dicho ministro ha dirigido al que lo era en España de Negocios Extranjeros, en el último Gabinete, una nota que unos califican de conminatoria y que otros llaman ultimátum. De creer es, con todo, que se abuse de las palabras al decir esto. Semejante nota o ultimátum nos parece procedimiento inverosímil y harto impropio del Gobierno de una nación tan noble y generosa como los Estados Unidos. Gobierno que no puede ni debe, por complacer a una fracción injusta y codiciosa de sus conciudadanos, incurrir en injusticia y tratar de intimidarnos con su extraordinario poderío y aprovechándose de las dificultades con que ahora luchamos. Quejarse de los daños y perjuicios que causa a los Estados Unidos la guerra de Cuba, destruyendo o aminorando gran parte la importancia del mercado que allí tienen su comercio y su industria, sería parodiar la fábula de El lobo y el cordero y hacer feamente el papel del lobo. Si las aguas vienen turbias es porque el lobo, que bebe en la parte superior de la corriente, causa la turbación.

En la conciencia de todo el mundo civilizado está que la guerra civil de Cuba, o no hubiera empezado, o no hubiera adquirido grandes proporciones sin el favor y auxilio con que desde los Estados Unidos se la fomenta, sin el apoyo moral que allí se le da, sin las expediciones filibusteras con que se la mantiene y sin la protección y auxilio con que a título de ciudadanos americanos libra la Unión a muchos insurrectos de todo castigo y hasta pretende que los recompensemos.

Si, por una parte, el actual Gobierno liberal concede a Cuba cuantas libertades políticas sean compatibles con la soberanía de España y abre sus puertas al comercio de la gran República como hubieran podido abrirse con el Tratado Forster-Albacete, negociado bajo un Ministerio Cánovas; y si, por otra parte, el Gobierno de los Estados Unidos reprime con mano enérgica, y para nosotros leal y amiga, la incesante conjuración organizada en su territorio contra nuestro dominio en Cuba, es, a mi ver, indudable que la guerra civil

terminará en breves días, sin otros buenos oficios y sin otra intervención más directa y menos decorosa para España por parte del Gobierno de Washington. Éste tendrá entonces toda nuestra gratitud; pero nada más que gratitud podrá con fundamento reclamar de nosotros. Contra la serie de reclamaciones que pudiera presentar, presentaríamos nosotros otra serie, infinitamente más fundadas, porque si algunos daños ha causado, inevitablemente, la guerra de Cuba a ciudadanos americanos, estos daños son, sin comparación, menores de los que nos han causado no pocos ciudadanos americanos promoviendo la guerra y la impotencia o la flojedad, queremos suponer que involuntaria, del Gobierno de Washington para reprimir y castigar a los que, bajo su jurisdicción y llamándose ciudadanos de su República, han venido en armas contra nosotros, sembrando en nuestra tierra la discordia y ansiosos de despojarnos de lo que legítimamente poseemos.

Todavía hay quien supone que el Gobierno de los Estados Unidos alegará, o alega ya, un poderoso argumento contra nosotros: que la libertad de sus instituciones le impide evitar que una parte de sus ciudadanos caigan como enemigos sobre nosotros. Este argumento, no obstante, tiene contestación muy obvia: es, a saber: que deben reformarse en toda bien ordenada República que vive en el concierto de las naciones civilizadas las leyes que establecen la impunidad en un Estado, dejando irresponsable a su Gobierno, de los que convierten dicho Estado en guarida de bandidos y piratas, que desde allí se arrojan contra las naciones vecinas y amigas.

A mi ver, es inevitable que el nuevo ministro de los Estados Unidos, aunque venga algo obcecado y prevenido contra nosotros, se convenza de la razón que nos asiste cuando se le alegue, con la claridad y la firmeza con que debe alegarse y que en manera alguna excluye la calma, la cortesía y hasta los más amistosos y respetuosos sentimientos. Yo me resisto a creer que la nación que en menos de un siglo que lleva de existencia ha realizado tan grandes cosas y ha tenido la gloria de hacer brotar de su seno almas tan egregias y sublimes, tan contrarias a la usurpación y a la violencia y tan enamoradas de la paz y de la fraternidad de todo el linaje humano como las de Channing, Whittier y Rusell-Lowell, quiera emplear un anacrónico y bardo maquiavelismo para perpetuar en Cuba la guerra y conseguir que al cabo la perdamos y para exigir, además, de nosotros indemnizaciones y satisfacciones por imaginarios agravios y perjuicios, cuando los agraviados y los perjudicados somos nosotros.

No; no llegará el caso de que verdaderamente los Estados Unidos nos amenacen. Es imposible que no se convenzan al fin de cuán justa y razonable es nuestra causa y que no nos presten leal y gratuitamente sus buenos oficios para la pacificación de Cuba, no por temor al apoyo que pudiera darnos y que no nos dará la Europa civilizada, a quien nada le pediremos, sino por temor al fallo de la propia conciencia nacional y al fallo de la conciencia de todo el linaje humano, que no podría menos de condenar cualquiera otro proceder contra nosotros por parte del Gobierno de los Estados Unidos.

En el artículo que bajo el mismo epígrafe que lleva el presente escribimos un mes ha en esta revista, dijimos cuanto en nuestro sentir puede presumirse o conjeturarse sobre la futura actitud de los Estados Unidos respecto a España y con motivo de la insurrección de Cuba.

La famosa nota del señor Woodford ha sido ya contestada por nuestro Gobierno, si bien ignoramos aún el contenido de dicha nota y el de la contestación que se le ha dado. Todos convienen, sin embargo, en que la nota no era conminatoria ni ofensiva, aunque sí sobrado arrogante, y en que la contestación ha sido digna, serena y juiciosa, sosteniendo nuestros derechos de soberanía, rechazando toda pretensión de intervenir en nuestras contiendas interiores, y no sólo aceptando, sino pidiendo los buenos oficios de la gran República. Estos buenos oficios no sería menester que fuesen positivos; bastaría con que fuesen negativos, para que la Gran Antilla se pacificase muy pronto. Con no proteger y amparar a los rebeldes repatriados, que en varias ciudades de los Estados Unidos conspiran de continuo contra España, y con impedir leal y noblemente las expediciones piráticas de hombres, de armas y de toda clase de pertrechos, el Gobierno del presidente Mac-Kinley nos prestaría los mejores oficios que puede prestarnos y cumpliría, además, con los deberes que impongan el derecho de gentes, la filantropía y el amor a la paz y a la prosperidad general de los pueblos.

Sea por lo que sea, no contamos, a lo que parece, con el apoyo, ni siquiera moral, de ninguna de las seis grandes potencias de Europa. Casi se puede asegurar ya que si sobreviniese un tremendo conflicto entre los Estados Unidos y España, nadie daría un paso para evitarlo. Acaso si la lucha se prolongase o si nosotros, por desgracia, fuésemos en ella vencidos, las seis grandes potencias acudirían a darnos algún consuelo, combinado con reprimendas, por no haber sido nosotros bastante prudentes, y rogarían con suavidad a los yanquis que no abusasen de la victoria. Esto se manifiesta ya tan claro, que no es menester ser profeta para prevenirlo.

Nos hallamos, pues, en ocasión harto solemne y temerosa; España sola, frente a frente de una nación cuatro veces mayor por el número de sus ciudadanos y desmesuradamente más poderosa por sus grandes riquezas y por sus pasmosos recursos.

No por lo dicho somos aún pesimistas. Confiemos en la prudencia y en el tino de nuestro Gobierno, en la actividad, brío y talento militares del nuevo general que hemos enviado a Cuba, en la constancia y en el sufrimiento del pueblo español, que no se arredrará ante el peligro y que no cejará ante las amenazas, dado que las amenazas se le dirijan, y, por último, en la rectitud y en la generosidad de la mayoría del pueblo angloamericano.

¿Qué interés podrá moverle en nuestro daño, cuando alcancen los cubanos todas las libertades políticas y administrativas que es dable desear, que dando a salvo únicamente la soberanía española en aquella hermosa isla del seno mejicano?

A estas horas deben de estar ya redactados los decretos en que se traza la nueva Constitución de Cuba y de Puerto Rico. A lo que parece, tendrán los habitantes de dichas islas sufragio casi universal, poco menos que completa independencia administrativa, y en lo político, cierta autonomía cuyos límites y términos ignoramos aún hasta dónde lleguen.

Si, a pesar de tales concesiones, los insurrectos no deponen las armas y siguen combatiendo por la separación y por arrojar de Cuba nuestro nombre nuestra bandera, ¿será posible, será probable que los Estados Unidos, a la faz del mundo y sin remordimiento ni sonrojo, continúen atizando la guerra civil y favoreciendo y apoyando a los insurrectos? Francamente, la injusticia, el abuso de fuerza y la violenta enormidad del caso son tales, que hacen inverosímil que el caso ocurra. Cualquier decisión que España tomase entonces hasta la más temeraria, estaría de sobra justificada.

Los males y estragos que sobre nosotros pudieran caer serían, sin duda, grandísimos; pero no sería menor la vergüenza y el patente egoísmo de las seis grandes naciones europeas, que presenciasen impasibles el atropello y el despojo inicuo de que fuésemos víctimas. ¿Quién sabe, por último, si España, abandonada de todo sostén y en lucha con tan formidable y descomunal enemigo, no hallaría sobre el sufrimiento y el valor de sus soldados, que desde hace siglos no le faltan, la pericia militar, la inspiración y la fortuna que sus caudillos y adalides no han tenido siempre?

Lo deseable, con todo, es que el Cielo no nos ponga a pruebas tan rudas; que la situación calamitosa en que nos hallamos termine en paz y decorosamente, y que el Estado y la nación entera se restablezcan y se recobren de los inmensos sacrificios que han hecho y que están haciendo, más que por provecho, por punto de honra.

Cuba, no nos cansaremos de repetirlo, nada nos ha producido en los cuatrocientos años que la poseemos. El día, pues, en que Cuba esté pacificada y autónoma, bien podrá afirmar todo español peninsular que la metrópoli ha hecho con armas y con leyes, con la fuerza y con los halagos, cuanto le cumplía hacer para conservar bajo su gloriosa bandera aquel último resto de nuestro grande imperio en el Nuevo Mundo. En adelante, en nuestro sentir, no debemos imponernos nuevos sacrificios por la conservación de aquella Isla. Esperemos entonces que el amor y la gratitud de sus habitantes, españoles de origen, de religión y de lengua, los conservará tranquilos y fieles a su unión con España; pero si así no fuese y si hubiese nueva sublevación para separarse definitivamente de la metrópoli, ésta haría ya mal en considerar cuestión de amor propio nacional la conservación de aquellas remotas provincias -y no debería hacer la guerra para conservarlas-, sino para que se le pagase, hasta donde fuese posible, todo lo que ha gastado en traer a la vida civil y en transformar en civilizado y culto el país que descubrió y ocupó cuando se hallaba en completo estado selvático. Todo cuanto hay en la isla de templos, palacios, fortalezas, ciudades y general cultura, se ha hecho a costa de España y no a costa de los criollos, que nos lo deben. Al separarse con ingratitud de nosotros, en justicia nos lo debieran pagar. Por dicha, las gentes de sangre española que habitan hoy en la isla no querrán separarse de nosotros si no están tocadas del más extraño frenesí de suicidio colectivo, de odio a su propia casta y de anhelo de hacerla desaparecer de aquella fértil tierra para que prospere en ella sin rival el negro o el yanqui.

Con frecuencia se ha pensado y se ha dicho que la facilidad de comunicaciones que hay ahora, el ferrocarril, el barco de vapor, el telégrafo y el teléfono propendían, por incontrastable manera, si no a la fusión, a la asimilación y a la uniformidad de los diversos pueblos, razas y tribus. No faltaba quien se lamentase ya proféticamente de la insufrible

monotonía, de la pérdida de todo color local y de la identidad desabrida que iba a reinar en el mundo. Por desgracia o por fortuna, bien pueden cesar tales lamentos.

La convivencia y el trato frecuente nos han unificado harto poco y, en cambio, la vanidad y la soberbia o, si se quiere, el amor propio bien entendido, han hecho por dondequiera que las agrupaciones de hombres de mayor o menor distinto origen, idioma e historia reivindiquen el propio ser y traten de separarlo cada vez más de la superior agrupación en que estaban soldados, acaso sin llegar a estar amalgamados. De aquí, en España, esto que llaman regionalismo, que a trueque de enriquecer nuestra literatura nacional, haciendo que retoñen, reverdezcan y florezcan varias hermosas ramas que hacía tiempo habían quedado atrofiadas y daban poca flor y menos fruto, ha restablecido el concepto de la patria chica, infundiendo recelos y tal vez en tibiando el amor a la patria grande. Ha lanzado contra ella mil acusaciones, atribuyéndole todos los males que han sobrevenido o que pueden sobrevenir, y poniendo en la cuenta de la patria chica toda la honra y todo el provecho que se han logrado.

Nada razonable es esto en una tierra donde, desde hace cuatro siglos por lo menos, somos españoles todos, y donde el mayor crecimiento de poder político, de gloria literaria y artística, de general cultura y de expansión por ambos mundos con armas y leyes, artes e industria, todo se ha logrado cuando ya estábamos unidos, así como, si no se ha perdido todo, se ha perdido mucho antes de que la unión se rompa.

Esperemos, pues, que no se rompa nunca la unión; desechemos injustas recriminaciones, y creamos firmemente que la persistencia de la unión es gran consuelo en la adversidad y fundadísima esperanza de resurgir de ella con los antiguos bríos y con la brillante fortuna de nuestros tiempos mejores. Con más hondo fundamento y con motivos mil veces más racionales existen en otras tierras, que forman como España un solo Estado, la indeleble distinción y el antagonismo de razas, causa de perpetua discordia cuando sentimientos más altos y bien entendidos intereses no se contraponen.

Notable ejemplo de esta verdad nos está dando hace años la monarquía austrohúngara, llegada hoy a un temeroso momento de crisis que hace recelar graves trastornos, y cuando no la disolución, una transformación nueva de aquella gran monarquía. Los escándalos de que recientemente ha sido teatro el Reichstag de Viena son síntoma ominoso de mayores males y excitan la curiosidad de cuantos no conocen bien las causas de la agitación y el modo de ser actual de los dominios y pueblos que permanecen aún bajo el cetro de la gloriosa Casa de Habsburgo-Lorena.

Cincuenta años hará pronto que reina el emperador y rey Francisco José. Pronto podrá celebrar sus bodas de oro con la monarquía babel que le reconoce y acata como soberano. Bien puede afirmarse que no hay otro en Europa que sea más simpático que él a sus pueblos, más querido, más venerado y que más merezca serlo. La constancia y entereza de su calma en medio de los mayores infortunios privados y públicos; su constante y paternal desvelo por todos los pueblos cuyos destinos dirige, y su actividad prodigiosa y útil, ora como supremo caudillo para mantener un brillante ejército que puede movilizar en poco más de un mes dos millones de hombres bien armados y regimentados; ora para fomentar la riqueza y todas las artes de la paz, sostienen y acrecientan más cada día el cariño y el

respeto que consagran a Francisco José sus súbditos. No seré yo quien procure disminuir esta gloria; pero no iré, sin embargo, hasta el extremo de afirmar, como afirman muchas personas, que el lazo más vigoroso que mantiene la unidad de tan incoherente monarquía es el propio soberano, cuyo saber y cuya bondad es a modo de iris que serena las tempestades y hace menos rudo el choque y menos acerba la emulación entre las distintas razas que pueblan sus dominios.

El mérito del emperador rey es innegable. Su prudencia, su habilidad su flexibilidad y hasta su paciencia bondadosa no tienen límites. A esto se debe, en gran parte, la conservación de la monarquía; pero, en mi sentir, se debe también a un interés poderosísimo que no desconoce ni uno solo de los diversos y opuestos elementos que la constituyen.

Situada Austria-Hungría en el centro de Europa, aparece, no ya sólo circundada sino como comprimida por cinco grandes estados, los que tal vez comprimiéndola le prestan la cohesión o poder unificante de que carece por no ser una nación sola. Hay quien pronostica que Austria-Hungría se disolverá en cuanto Francisco José muera; pero repito, que sin negar ni rebajar nada el valer del actual soberano, yo creo que ha de persistir su monarquía como no sea completamente indigno de él quien en el trono le suceda. Necesario será allanar dificultades enormes; pero se allanarán, sin duda. Así lo exige el interés vital de las más enérgicas razas que forman hoy dicha monarquía.

Grande es la dificultad que hoy se presenta, y no será la última. Y quién sabe si esta dificultad que hoy se presenta traerá al cabo consigo un conflicto sangriento o podrá resolverse pacíficamente. La prudencia y el tino del emperador hacen esperar que la resolución de la dificultad sea pacífica y dichosa.

Para entender la situación actual de Austria-Hungría es menester volver atrás la cara y recordar algunos antecedentes.

Por motivos irresistibles, y fatales tal vez, Austria-Hungría, centro hoy de la triple alianza, se ve unida a las dos potencias de quienes más agravios ha recibido y por quienes mayores pérdidas ha sufrido en la segunda mitad del siglo presente: con Italia, que, en parte, a costa de Austria, ha formado su unidad, lanzando del trono a varias dinastías austríacas, despojándolas de su influjo al sur de los Alpes y arrebatándole, con auxilio francés, el Milanesado, y con auxilio de Prusia el Véneto; y con el flamante imperio alemán, creado también a expensas de Austria, vencida en Sadova y desposeída de la hegemonía ejercida en la Confederación germánica, disuelta por los prusianos después de vencer y destronar al rey de Hannover.

Alemania, después de vencer más tarde al emperador de los franceses, ocasionando su caída del trono, ha formado nueva Confederación germánica y nuevo imperio, de que Prusia es núcleo y Berlín capital y centro. Sólo han quedado como súbditos del soberano de Austria diez u once millones de alemanes que pueblan el Tirol-Salzburgo, las dos Austrias, la Carintia, la Carniola y otras provincias; pero como la monarquía de Francisco José cuenta más de cuarenta y dos millones de súbditos, resulta que el elemento germánico está en ella muy en minoría y prevalecen el elemento magiar y el elemento eslavo.

Hay en Austria un partido alemán nacional, el cual, más o menos encubiertamente, tira a unirse con los alemanes del nuevo imperio, de quienes está divorciado; pero, en mi sentir este partido es poco numeroso y es indeciso y vacilante en las aspiraciones que le dan razón de ser. Bien puede afirmarse que la mayoría de los alemanes austríacos, ya por peculiar idiosincrasia que de los alemanes del Norte los distingue, ya por tradiciones nobiliarias que no olvidan y aman, ya por mil razones interesadas que corroboran los sentimientos de adhesión a la dinastía de Lorena todos quieren la conservación íntegra del trono que dicha dinastía ocupa. No por eso ha de negarse que la monarquía austrohúngara es hoy más que germánica, magiar y eslava. Desde la tremenda y general agitación que conmovió la Europa en 1848, Hungría ha pugnado por determinar claramente su nacionalidad y restablecer la autonomía del reino apostólico de San Esteban. Kossuth y sus partidarios estuvieron a punto de derrocar el trono secular de los Habsburgo, o al menos de separarse de ellos, haciéndose independientes. Menester fue el auxilio de un poderoso ejército ruso, atraído por el príncipe Félix de Schwartzberg, para vencer a los húngaros, someterlos y aquietarlos.

Las ulteriores desventuras del imperio austríaco, despojado de sus dominios italianos y de su hegemonía germánica, prestaron nuevos bríos y alientos a los magiares y les dieron preponderancia en el imperio desmembrado y vencido.

Fue, pues, si no necesario, conveniente y útil consagrar constitucionalmente en 1867, por obra del conde de Beust, esta preponderancia de los húngaros. De aquí el compromiso que hizo doble la monarquía, dividiéndola en un imperio, cuya capital es Viena, y en un reino, cuya capital es Budapest, doble también, y extendida en ambas orillas del azul y caudaloso Danubio. Este resurgido reino de Hungría no es homogéneo, sin embargo. Los magiares no llegan a componer ocho millones. Pueblos de distintas razas y lenguas forman, además parte de aquel reino. Hay en el muchos rumanos, y en el Sur, croatas y serbios, que conservan cierto carácter autonómico y que, por virtud de un subcompromiso, están unidos al reino de San Esteban. El río Leitha separa a este reino del Imperio austríaco, cuya composición es más heterogénea todavía. En Bohemia, en Moravia y en algunas otras comarcas hay una nación eslava, los checos, no menos numerosa que la nación de los magiares, con lengua propia y con literatura, hoy renacida y floreciente; con larga historia, que se cultiva de nuevo y se hace valer, y con tradiciones épicas y leyendas místicas, como la de la reina Libusa, que sostienen el orgullo nacional y prestan inspiración y acento a los poetas y artistas nacionales. Muchos grandes señores alemanes, y hasta familias y poblaciones enteras del mismo origen, están entreverados y mezclados con los checos en Bohemia y en Moravia. Los alemanes, no obstante, no se dejan chequizar, ni mucho menos se dejan germanizar los checos. Esta es la raíz de la discordia de ahora: los checos quieren emular con los húngaros, y que sea tan independiente y autonómico como el reino de San Esteban el reino de San Wenceslao. El Partido de los viejos checos empezó a manifestar esta propensión, aunque muy moderada, porque los grandes señores alemanes entraron en la formación de dicho partido y refrenaron sus aspiraciones al apadrinarlas.

Pero más tarde ha aparecido y crecido el partido de los jóvenes checos, que ya no transigen, que resucitan pasados rencores, que hasta recuerdan a Juan de Hus, a Jerónimo de Praga y las terribles guerras de Fiska, de los Tabolitas y de los Treinta Años.

Las turbulencias parlamentarias de hoy se fundan en esto. El reino de Bohemia anhela resucitar, como ha resucitado el de Hungría.

El dominio imperial y real de Francisco José propende a ser triple en vez de ser doble.

Nadie puede prever el término que tendrá la agitación presente y si llegará en paz al desenlace o habrá, antes de que llegue, más serias, reñidas y sangrientas batallas en los campos que las que hubo en estos días a bofetadas y a palos en el mismo magnífico palacio del Parlamento.

De todos modos, es más que probable que la ya complicadísima constitución de aquella monarquía tendrá que complicarse más aún. Ahora hay dos cuerpos colegisladores, magnates y diputados en Budapest, y otros dos cuerpos colegisladores, señores y diputados, en Viena. Cada uno de estos dos poderes legislativos da leyes y dirige o influye en la política del reino o del imperio. Para tratar de los negocios que el reino y al imperio son comunes, se reúnen anualmente las Delegaciones, un año en Budapest y otro año en Viena. Las delegaciones están compuestas de magnates y diputados húngaros y de diputados y señores austríacos.

El Poder ejecutivo es uno en Hungría y otro en Austria, y lo forman dos ministerios independientes. Para los asuntos comunes hay un tercer Ministerio, que sólo consta de tres ministros: el de Negocios Extranjeros y de la Casa imperial; el de la Guerra, de quien depende un subministro para la Marina, y el de Hacienda, que apenas ejerce otra función que la de recibir la cuota proporcional con que contribuye el imperio y la cuota proporcional con que contribuye el reino, y la de repartir luego la suma de estos ingresos para acudir a los gastos comunes de toda la monarquía. El ministro de Negocios Extranjeros es hoy un polaco, el conde Goluchowski; así como es también otro polaco el presidente del Consejo de ministros de Austria, conde Badeni. El ministro de Hacienda del Ministerio común es un húngaro, el señor Kallay. Y si bien su cartera no ha de darle mucho que hacer, tiene, en cambio, que cumplir una misión hartamente difícil, y la cumple tan admirablemente hace años, que ha ganado por ello envidiable y gloriosa nombradía.

La Bosnia y la Herzegovina, ocupadas militarmente por el emperador y rey, puede presumirse que quedarán de un modo definitivo incorporadas a la monarquía, si bien no forman, ni acaso formarán, parte ni del imperio ni del reino, pues dependen inmediatamente de su majestad apostólica, la cual, en nuestro siglo, en ninguna comarca merece mejor este título, gracias a los trabajos del señor Kallay, que en los dos mencionados países desprendidos de Turquía. Son famosos los esfuerzos y el éxito del señor Kallay para sacar de la barbarie a aquel millón y trescientos mil nuevos súbditos, o dígame educandos de su apostólico soberano. Caminos, toda otra clase de obras públicas, incentivos y medios para fomentar la agricultura y la industria, colegios y escuelas, todo lo ha creado e improvisado el señor Kallay sin otro recurso que los módicos impuestos de los dos ocupados países, que rápidamente se transforman, civilizan, enriquecen y hermean. Tanto es así, que el señor Kallay tiene la fundada pretensión, que empieza ya a lograrse, de convertir a Sarajevo en una deliciosa y aristocrática residencia de invierno, mejor que Abazzia y no inferior a Niza y a Montecarlo, aunque sin juego.

Dejando a un lado estas digresiones volviendo a nuestro principal asunto, de creer es que, por lo pronto, se calmen las pasiones, soliviantadas ahora con motivo de la revisión decenal del compromiso austrohúngaro, y que al fin se delibere y se decida, sin promover más alborotos, lo que en adelante ha de dar Hungría y lo que ha de dar Austria para los gastos comunes. Las causas del malestar no cesarán por eso, y acaso no terminen hasta que al águila bicípite de la monarquía le nazca una tercera cabeza, hasta que haya tres estados, y no dos, y hasta que sea Praga tan capital como Budapest y Viena.

Por todas las causas aquí indicadas y por otras muchas que sería prolijo indicar, repito que el separatismo y la posible disolución que consigo traería, están, en mi sentir, muy lejos de la monarquía austrohúngara. La agitación, no obstante, podrá continuar, aun después de resurgir el reino de Bohemia, no menos autonómico que el de los magiares. ¿Por qué los eslavos del Sur, dálmatas, croatas y serbios no han de pretender igualmente formar un reino aparte? También ellos tienen historia y tradiciones gloriosas, una rica literatura, erudita y elegante, reflejo, aunque no servil, de la italiana del Renacimiento, y hacia el Oriente, compartiendo este honor con el independiente reino de Serbia, una abundante poesía épica popular, con la que sólo rivaliza en Europa nuestro Romancero.

Croatas y serbios andan divididos, aunque es común el origen. La cultura de los unos, que son católicos, es latina y vino de Roma; la de los otros vino de Bizancio; pero esto no impide que ambas corrientes propendan a unirse y a tomar la misma dirección.

Me he extendido más de lo que debo y acostumbro, por lo curioso y atractivo del asunto que aquí trato. Y aunque tal vez sea menester discurrir sobre él más extensamente en otros números de este periódico, no he de terminar sin indicar aquí otra de las razones del equilibrio en que se sostiene y persiste la monarquía babel, como la hemos llamado. La misma variedad de razas y de opuestas tendencias hace que las fuerzas se contrapesen, se refrenen, se equilibren y hasta rechacen cualquier poder disolvente que de lo exterior pueda venir. Así, por ejemplo, en no pequeña parte del litoral austrohúngaro del Adriático tienen algunos celosos italianos anhelos de reivindicación, y llaman a dicha parte Italia irredenta; pero los eslavos del Sur afirman lo contrario: que los italianos que viven en el litoral de aquella parte son intrusos y que el país no es italiano, sino eslavo.

El reino de Serbia es harto pequeño para que atraiga a los serbios austríacos. El de Rumania, aunque mayor, no tiene tampoco fuerzas bastantes para atraerse a los rumanos de Hungría. Los polacos, sujetos a Austria, se hallan hoy más favorecidos y prósperos que cuando formaban reino independiente, tienen, además, tres millones de rutenos entreverados y algo sometidos, que se revolverían contra ellos si ellos contra Austria se revolviessen. Y, por último, los alemanes de Austria, a no ser en momentos de despecho suicida, no deben ni soñar con ser alemanes del imperio, para que la hermosa y espléndida Viena, admirada y con razón idolatrada por ellos, se convierta en ciudad de provincia, para que sus príncipes y grandes señores vayan a la zaga de la gente más nueva de Berlín y para que el carácter propio del Tirol, de Salzburgo y de Gratz, con la maravillosa hermosura de sus montañas, lagos, bosques, ríos y con las condición de sus habitantes, más artística, más viva y alegre y más semejante a la de los pueblos del sur de Europa que a la de los alemanes del Norte, vaya todo a confundirse, esfumarse y desleírse en una misma masa.

- IX -

Han sobrevenido tantos y tan importantes sucesos desde que no escribimos estas Notas, que será difícil dar cuenta de ellos en resumen y con la claridad conveniente, a no prescindir de pormenores y a no limitarse a señalar sólo lo que más nos interesa.

Empecemos, pues, por el mensaje del presidente Mac-Kinley.

Nuestro Gobierno se ha mostrado casi satisfecho y no le censuramos.

Para nuestro Gobierno lo más prudente, atinado y juicioso es tal vez no haber caso de los puntos negros del documento mencionado, dejando que la ira y el enojo se manifiesten con brío en artículos de periódicos, donde poco o nada se compromete o se aventura. Por otra parte, conviene tener en cuenta, para disculpar a Mac-Kinley, que en el mensaje se dirige a gente apasionada o interesada en favor de los filibusteros, gente que no se atreve él a disgustar y con quien trata de justificarse de no ser contra nosotros más decidido y más tremendo. De aquí que el mensaje tenga en algunos párrafos el carácter de soliloquio, al gusto de los de Hamlet, donde se pesan el pro y el contra de algunas cuestiones y las dudas y dificultades que el resolverlas ofrece. En lo que para el presidente Mac-Kinley no cabe duda es en el indisputable derecho, o más bien en la serie indisputable de derechos y de correlativos deberes que los yanquis se atribuyen Durante la guerra de Secesión y en otras ocasiones, ya contra indios indígenas, ya contra chinos emigrados, pueden ellos haber cometido todo linaje de atrocidades; mas no por eso deben permitir que otros las cometan. Y suponiéndolas cometidas, aunque no sea cierto ni probado, deben clamar contra ellas y amenazar, en nombre de la civilización y de la caridad cristiana, a los presuntos reos, que somos nosotros y no los rebeldes.

En nombre, pues, de la Humanidad nos amenazan con intervenir en nuestra contienda si la contienda se prolonga. Y nos amenazan, asimismo, en nombre de ciertas consideraciones económicas que no carecen de chiste, porque si se queman las plantaciones, si se destruyen los sembrados, si se acaba en Cuba con la agricultura y se empobrecen y arruinan sus habitantes, éstos no tendrán dinero para comprar los productos de la gran República, y su industria y su comercio padecerán notable perjuicio; de modo que nos echan en cara hasta que nos empobrezcamos, cuando la causa del empobrecimiento es la insurrección, promovida, fomentada y sostenida, con todo género de auxilios, por los yanquis mismos.

Con toda imparcialidad, sin dejarnos arrebatar de resentimientos patrióticos, la conducta que los Estados Unidos observan con respecto a España se explica claramente cuando se consideran los principales elementos, de todo punto contrarios, que han venido a formar la nación angloamericana. Sin duda, uno de estos elementos está constituido por hombres de profundo sentimiento religioso y de moralidad elevadísima, los cuales pasaron a América para gozar de amplias libertades, huyendo de tiranías, rancias preocupaciones, injusticias y crueldades de la vieja Europa. De este elemento proceden en los Estados Unidos el afán

moralizador y libertador y el fervoroso celo en pro de la prosperidad, de la paz y del bien de todas las naciones. Sus grandes poetas, como Whittler, y sus egregios escritores religiosos, como Channing, son los apóstoles de tan hermosas doctrinas y de tan nobles sentimientos. Pero como los Estados Unidos tienen un inmenso territorio abierto a la inmigración europea, ofreciéndole derecho de asilo y brindándole bienes de fortuna, hay también allí otro elemento que se contrapone al nobilísimo de que ya hemos hablado. Se compone este elemento de la gente levantisca, desheredada, viciosa y codiciosa de Europa, que no halla en este Viejo Mundo modo hábil de medrar y que se traslada al otro lado del Atlántico, llena de codicia y sedienta de riquezas, sin reparar mucho en los medios que pueden emplearse para lograrlas. Resulta de aquí una mezcla extraña de los más puros conceptos de fraternidad, de humanidad y de amor al progreso de nuestro linaje, con ruines cálculos mercantiles y mal disimulado empeño de dominar, de vejar y de imponerse, cuando se cree que en ello no hay peligro y que puede hacerse a mansalva.

Claro está que el elemento limpio y puro de los Estados Unidos se impondrá y triunfará al cabo; pero, por lo pronto, el Gobierno de aquel país y su presidente necesitan contemporizar, aquietar y contentar al elemento turbio y grosero. Y de esta necesidad procede lo híbrido y confuso de ciertos documentos oficiales yanquis; verbigracia: del mensaje del presidente Mac-Kinley y de las notas del señor Woodford, su ministro en España.

Ni el presidente ni la persona que en España le representa pueden expresarse de otro modo. Si de otro modo se expresasen, descontentarían y enojarían a la bulliciosa y turbulenta democracia, a cuyos caprichos tienen que someterse aparentando que dirigen sus destinos. Considerado así este asunto, se comprende que el Gobierno español no se ofenda, sino que mire con satisfacción y hasta con gratitud lo que ha dicho Mac-Kinley en el mensaje y lo que dice el señor Woodford en sus notas.

El mejor modo de responder a todo ello es protestar suavemente contra toda injerencia que, ora sea en virtud de la doctrina de Monroe, ora en nombre de la Humanidad, ora en pro de los intereses comerciales yanquis, quiera ejercer la gran República con menoscabo de nuestra soberanía en la Isla de Cuba. Y para que nuestra protesta sea válida, conviene también activar las operaciones militares contra los rebeldes y darles dirección acertada para acabar pronto con la insurrección, no sólo por el generoso otorgamiento de la autonomía, sino también por el poder y la virtud de nuestras armas.

Provocar una guerra con los Estados Unidos y romper con ellos sería espantosa calamidad, aunque saliésemos vencedores; aunque, en contra de toda previsión y a pesar de la enorme desigualdad de las fuerzas, o por raro capricho de la suerte, o por energía pasmosa de nuestra nación, obtuviésemos el triunfo. De aquí, que yo aplauda la prudencia, la paciencia y el sufrimiento del Gobierno español en todo este lastimoso proceso de insultos y de atropellos.

Hay quien supone que un rapto de gran energía, una manifestación arrogante de que estábamos ya dispuestos a no sufrir más, haría que los Estados Unidos se arredrasen y hasta desistiesen de sus pretensiones. Pero ¿y si no desistían? Grave sería entonces la responsabilidad del Gobierno que hubiese creado tan colosal conflicto. Ya vemos que los

Estados Unidos se arredran, se callan y aguantan la provocación de Alemania, que, pisoteando la doctrina de Monroe y burlándose de ella, humilla a la República de Haití, la castiga y la insulta, para vengar un agravio, verdadero o supuesto, inferido allí a un súbdito del emperador de Alemania. Pero lo que aguantan los yanquis de los alemanes no es de presumir que de nosotros lo aguantasen; así es que cualquier acto enérgico de nuestra parte (y si por desgracia no hubiera otro recurso que apelar a él, es indudable que todos los españoles aplaudirían) debe ir precedido del convencimiento de que no se limitaría a amagar, quitando ánimos al contrario, y del firme propósito de sostenerlo luego con una lucha costosa y terrible, si el contrario, según todas las probabilidades, no se arredra ni retrocede.

Miradas todas estas cosas bajo sus diversos aspectos y con la serenidad que aquí las miramos, hay que dar gracias a la Divina Providencia porque el furor del general Weyler contra los Estados Unidos haya sido tardío; no haya sobrevenido por ninguna de las ofensas que hemos ido sufriendo y disimulando antes de ahora, y sólo con ocasión del mensaje de Mac-Kinley haya estallado. Ahora sólo puede el mencionado furor producir una desazón o leve contrariedad para el Gobierno de España, mientras que, si la ira del general hubiera llegado a estallar cuando estaba al frente de un ejército de más de doscientos mil hombres, sólo Dios sabe a qué extremo de peligrosos estragos hubiera podido conducirnos. En fin, más vale así; más vale que el general Weyler se haya enojado cuando ya estaba sin mando y en la Península.

Los asuntos de España van poco a poco tomando mejor cariz, y alientan nuestras esperanzas de que todavía, con calma y paciencia y sin aventurarnos en titánicas luchas, hemos de sofocar la insurrección y hemos de conservar la Perla de las Antillas; claro está que porque hacemos de ello, con razón o sin razón, algo como punto de honra, porque lo que es el provecho no se ve dónde está. Siempre lo repetiré, exponiéndome a pecar de pesado: nada nos ha producido Cuba en los cuatro siglos que hace que la poseemos, y nada nos producirá en otros cuatro siglos.

La poseemos, no obstante, y tenemos la firme voluntad de querer seguir poseyéndola.

Lo que, según hemos dicho, ha mejorado nuestra situación en estos últimos días ha sido la rendición de los rebeldes tagalos y la pacificación de Filipinas.

Gloria por ello en primer lugar a las hábiles y briosas disposiciones estrategias del general Polavieja, tan noblemente secundado, por el general Lachambre y por nuestros soldados, y en segundo lugar (entiéndase que no dialéctica, sino cronológicamente) por el esfuerzo guerrero también del general Primo de Rivera, combinado con una política humana y prudente y don el saber y con la destreza dichosa del negociador.

¡Quiera Dios que lo ocurrido en Filipinas sirva de ejemplo y de estímulo a los cubanos!

Mientras que las dos guerras civiles coloniales han absorbido nuestra atención, las grandes potencias de Europa han trasladado la suya de la cuestión del próximo Oriente a la cuestión del Oriente remoto.

Mal o bien, se ha hecho la paz entre Grecia y Turquía. Creta, por cuya libertad se levantó Grecia en armas con harta mala ventura, sigue menos libre que antes, a pesar de la intervención de las seis grandes potencias, que de bien poco le ha valido. Menos felices que los cubanos, los cretenses no tienen aún la autonomía ni nada que se le parezca. El sabio suizo que las grandes potencias iban a enviar por allí a promulgar buenas leyes y a dar paz y justicia, suponemos que sigue en su patria y que no ha aportado aún a la de Minos y Radamanto.

La atención de las seis grandes potencias, según hemos indicado ya, se ha transportado a China. Es caso singular y apenas concebible para la mente de los europeos que imperio tan populoso como el Celeste, que consta de centenares de millones de hombres, sea tan inerme y tan débil a todos los ataques. Alguien, para explicarlo, imagina una muy curiosa filosofía de la Historia. Supone qué cada raza de hombres y que cada civilización concibe y tiene un ideal, término y meta en sus aspiraciones todas. Mientras dura este ideal, aquella raza y aquella civilización están en la edad de la fe; pero no bien el ideal se realiza por completo y se convierte en real, el progreso termina y se para; las aspiraciones cumplidas carecen ya de todo impulso para ulterior movimiento, y, entrada plenamente aquella raza en la edad de su razón, se despoja de entusiasmos y no siente sino apatía y tranquila indiferencia para todo. Así se explica que centenares de millones de chinos se dejen dominar por los europeos, cuyo ideal, por lo visto, no está agotado ni realizado, aunque sería más discreto suponer que nosotros tenemos varios ideales, y que, no bien se realiza uno, imaginamos otro que valga de estímulo y resorte para progresos y adelantos futuros. Como quiera que ello sea, menester es confesar que la tal filosofía de la Historia nada explica, y que los japoneses se levantan y protestan contra ella, aunque son también de raza amarilla como los chinos.

Líbreos Dios de que un día se decidan los chinos a imitar a los japoneses, creen también nuevo ideal, o sin ideal alguno, se defiendan y ofendan. No sería entonces tan llano apoderarse de los puertos y bahías y de mucha parte del litoral del Celeste Imperio, ni se consideraría este Imperio tan próximo a su fin ni tan llamados con urgencia los estados preponderantes de Europa a dividirlo en pedazos y a repartírselo.

A la ruda e imprevista acometida del Imperio alemán contra el Imperio Celeste han dado ocasión los malos tratos inferidos en la provincia de Chan-Toung a varios misioneros alemanes y la muerte de dos de ellos. Para tomar indemnización y venganza, una escuadrilla alemana ha tomado posesión de Kiao-Tcheu, ocupándolo militarmente, sin previa declaración de hostilidades, sin ninguna otra ceremonia y sin resistencia también. Después ha exigido al Tsoug-li-Yamen, Consejo de Administración o de Estado chino, la suma de doscientos mil taels en pago de la preciosa sangre vertida. Y ha exigido también la erección de una catedral en el lugar donde ocurrió el martirio; el pago de todos los gastos de la expedición marítima para apoderarse de Kiao-Tcheu, porque los alemanes, aun cuando trabajan para sí, no quieren trabajar de balde; la degradación del gobernador de aquella provincia; el castigo de los asesinos y de los empleados públicos que han sido cómplices en los asesinatos, y, por último, aunque sea exigencia disparatada o impertinente, por no tener relación alguna con la preciosa sangre de los mártires, el monopolio de los ferrocarriles de Chan-Toung y la cesión benévola del citado puerto de Kiao-Tcheu, que se convertiría en depósito de carbón o en lo que se quiera. Estos procedimientos de los alemanes han dado no poco que pensar y que decir a los periódicos de todos los países,

prestándose a diferentes cálculos y suposiciones. En lo que generalmente se conviene es en que Alemania, antes de dar este paso, se puso de acuerdo con Rusia, que también se ha apoderado ya y se apoderará de otros lugares y territorios chinos. De esperar es que los ingleses y los franceses se avengan y conformen a no ser los únicos y pasen sin aparente disgusto por que los alemanes y los rusos cuenten en el reparto. China es inmensa y tiene para todos; de suerte que será probable que los japoneses y los yanquis pidan también algo, o más bien lo tomen.

Como quiera que sea, el emperador de Alemania logra (y se diría que en ello se complace) atraer así constantemente las miradas y los pensamientos de los hombres. Tal vez dice como su glorioso antepasado Federico el Grande: «Me deleito en ser original.» Es poeta, es compositor de música y es orador entusiasta, que gusta de pronunciar discursos llenos de inspiración mística y remontada. Su aspecto personal presta raro hechizo a sus palabras y le hace aparecer como un caballero de la Tabla Redonda, como uno de aquellos que iban en demanda del Santo Grial, y, sin embargo, en el fondo de cuanto piensa; dice y hace el emperador hay mucho de práctico y de utilitario. Cuando anhela convertir a su nación en gran potencia marítima, de seguro que no será sólo por vanagloria y por lujo; de seguro que se propone abrir ricos mercados a la industria y al comercio en auge de su pueblo y verter en territorio propio y en florecientes colonias el exceso de población que emigra hoy a los Estados Unidos y a otros extraños países donde se sustrae a su cetro y deja de vivir a la sombra de su bandera.

Difícil es conjeturar hasta qué punto infunda todo esto recelos o temores a la poderosa Inglaterra.

Guillermo II, no contento con la ocupación militar de Kiao-Tcheu, envía a su hermano, el príncipe Enrique, a China, mandando una nueva escuadra. La despedida de los dos hermanos en Kiel ha sido sentimental y pomposa y el discurso del emperador y la contestación de su hermano han competido por lo poéticos. El emperador manda a su hermano a aquellos remotos mares para que extienda su escudo imperial y proteja con él a cuantos le pidan favor y auxilio, y el príncipe Enrique contesta que, acostumbrado a leer en los ojos de su hermano desde que ambos eran niños, conoce su secreto, comprende la misión que se le confía y va dispuesto a cumplirla, predicando el evangelio de su augusta persona, así a los que quieran oírle como también a los que no quieran.

Los profanos, que no sabemos leer en los ojos del emperador, ignoramos el secreto que ha leído en ellos el príncipe Enrique, no podemos, explicar la misión que lleva y no sabemos en qué consiste el evangelio de que el príncipe va a ser apóstol en Oriente.

De presumir es que el príncipe haya explicado todos, estos puntos oscuros a la reina Victoria, a quien ha hecho una visita y con quien ha conferenciado antes de proseguir su navegación con rumbo a China, adonde llegará en breves semanas.

Lo que nos complacemos en esperar y lo que parece lícito suponer es que, por ahora, las cuatro principales grandes potencias de Europa instaladas en varios puntos de China (Inglaterra, Alemania, Rusia y Francia), se sientan allí con holgura, y que, al menos por lo pronto, no se disputarán y estarán de acuerdo. No es lo probable que cuando todos han

estado tan mirados y cuidadosos para que no se rompa la concordia en la cuestión de Oriente próximo, vayan a buscar motivos de discordia; en la cuestión del remoto Oriente.

Actos hay que, estimados con arreglo a severa justicia, tal vez merezcan cierta reprobación; pero dichos actos deben considerarse y llamarse impurezas de la realidad, males imprescindibles. Más de tres mil años hace desde la guerra de Troya; desde antes, desde la expedición de los argonautas a Colcos, los pueblos de Europa demuestran su superioridad sobre el resto del mundo y se enseñorean de todo él; en las edades clásicas vencen a los persas, a los egipcios y a los cartagineses; en la Edad Media, a los árabes y a los tártaros; después, a los turcos, y en el día, extienden su dominio sobre todas las gentes y regiones más apartadas.

De esta suerte se va civilizando, educando y mejorando por completo el linaje humano, bajo la tutela y bajo la férula, a menudo algo dura, de los europeos. ¿Y qué se le ha de hacer? Menester es que las cosas sean así, ya que no pueden ser de otro modo.

Para que prospere el comercio; para que la justicia se cumpla; para que vayan a visitar las naciones bárbaras y gentílicas nuestros sabios y nuestros misioneros, y para que la cultura y la verdadera religión se propaguen, es indispensable o, por lo menos, es conveniente que sean protegidos con mano firme los hombres de Europa que se aventuren a ir a tierras lejanas, y que los desafueros que contra ellos se cometan sean rudamente castigados. Nada tenemos que alegar en contra.

No negaremos por eso que se apodera cierta inquietud de nuestro ánimo. Para tranquilizarnos, quisiéramos que, en congresos diplomáticos o por virtud de convenios y tratados, las naciones cristianas y europeas, así como las que fueron colonias de Europa, se consideren hasta cierto punto confederadas y reciban la completa seguridad de que, cuando inmigren en ellas súbditos de las potencias de primer orden, prescindirán éstos de la protección de sus gobiernos respectivos y se allanarán a correr todos los peligros que ofrezca el país donde hayan inmigrado, sin acudir en queja al Gobierno de la nación a que pertenecen. Como algo de esto no se realice, todos los estados europeos de segundo o tercer orden tendrán que estar con el alma en un hilo. Y en vez de mirar como una buena dicha que acudan a su territorio extranjeros hábiles, laboriosos y ricos que, con su saber, su inteligencia y sus capitales, hagan prosperar la nación y traigan a ella riqueza y superior cultura, lo considerarán como grave calamidad, inminente peligro o suceso ominoso, porque, si sigue en auge la moda de proteger a los extranjeros por medios tan expeditos y sumarios, cada inglés o cada alemán que resida en un país de segundo orden será un ser privilegiado que se sobrepondrá, si se quiere, a todas las leyes y a todas las autoridades, amenazándolas con bombardeos, ocupaciones militares, multas y demás castigos, impuestos por los acorazados de su país.

En resolución: el método es disculpable, y si no es disculpable, es conveniente, ejercido contra los pueblos bárbaros, que martirizan misioneros y que difieren mucho de nuestro modo de ser y de pensar; pero, ejercido el tal método contra cualquiera nación civilizada y cristiana, y sólo porque es pobre y débil, sería un brutal abuso de fuerza que pondría negra y feísima mancha en la misma civilización en cuyo nombre hipócritamente se cometiese.

- X -

Se diría que al terminar hace un mes el artículo que lleva el mismo epígrafe que el presente, y que insertó entonces El Mundo Naval, ya preveíamos y recelábamos la venida del acorazado Maine a las aguas de Cuba y su estancia en el puerto de la Habana. Inútil es disimular el disgusto que ha producido esto en los más patrióticos espíritus españoles. Asegura el Gobierno de la gran República que no ha ido allí dicho barco como provocación, ni siquiera para precaverse y ofrecer refugio y socorro a los yanquis que en el caso de un motín pudieran verse amenazados o maltratados. Oficialmente el Maine ha ido al puerto de la Habana para dar una muestra de amistad y de simpatía al Gobierno español en nombre y representación del Gobierno de los Estados Unidos. Más tarde, y aunque sea adelantar los sucesos, se ha dispuesto que vaya también a las aguas de Cuba otro barco de guerra angloamericano: el crucero Montgomery.

Muy de estimar son tales cumplimientos y tales finuras; pero yo, aunque soy confiado y no los enveneno con sospechas, todavía me atrevo a creer que hay cierta notable inoportunidad en lo ocurrido. En la Habana hay un partido muy español, poco conforme con la amplia autonomía que Cuba ha logrado y poco o nada afecto a los yanquis, a quienes suponen fomentadores arteros de la discordia y causa principal de la espantosa guerra civil que está desolando aquella isla. Enviar, pues, un barco de guerra en estas circunstancias, no diremos que sea buscar ocasión, pero es ponerse en ocasión de promover un conflicto. A despecho de las autoridades de Cuba, a pesar de toda la prudencia y paciencia del pueblo y de los voluntarios armados, la gente de la tripulación del Maine, saltando en tierra y paseando en la Habana por calles y plazas, pudiera ser mal mirada y tal vez ofendida. Esperemos que no suceda esto; pero si no sucede, se deberá a la circunspección y al juicio de nuestros compatriotas, que harán estéril la intención aviesa que algunos atribuyen al envío del Maine a Cuba.

Para corresponder a la amable visita que nos hacen en Cuba los barcos de los Estados Unidos, van a visitar barcos de guerra españoles varios puertos de la gran República. No me atreveré yo a desaprobador por completo esta inmediata manifestación de nuestro contento por la mencionada visita, pagándola al punto. Yo preferiría, no obstante, que nuestros barcos no apresuren el pago y se limitasen, por lo pronto, a ir a Cuba, también a fraternizar allí con la Marina de guerra angloamericana. Así se evitaría acaso que los separatistas, muy contra los propósitos del presidente Mac-Kinley, cobrasen nuevas esperanzas, imaginando que los barcos de guerra angloamericanos venían a darles aliento, y hasta a protegerlos e intervenir más o menos directamente en su favor.

Se da asimismo otra circunstancia que propende a quitar a la venida de los barcos de guerra americanos a Cuba el carácter amistoso y fino que sin duda tiene. En esta circunstancia, la multitud, enorme de reclamaciones que de continuo se anuncian como preparadas, en Washington y próxima a caer sobre nosotros. Todo ciudadano de aquella República residente en Cuba tal vez siente el prurito de reclamar, lo considera cómodo y agradable y sueña que tiene derecho a ello. De aquí la mencionada multitud de

reclamaciones que se anuncian, infundadas las más. Es de esperar que el Gobierno español no incurra en la debilidad de acceder a ellas. Si el Gobierno angloamericano las dirige contra el Gobierno español, a pesar de conocer su escaso o ningún fundamento, y a pesar de las simpatías que España le inspira, debemos creer que sólo las dirige para cumplir con sus codiciosos gobernados.

Natural e inevitable es, sin embargo, que en España crezcan, en vista de lo expuesto, la sobreexcitación y el enojo contra los Estados Unidos, y que de estos sentimientos patrióticos se hagan eco y hasta los aumenten con la vehemencia de su pasión algunos de nuestros periódicos más populares. De desear es, no obstante, que se calme pasión tan justa y que el Gobierno y el pueblo españoles sigan observando la misma prudencia que hasta ahora, si bien resistiéndose con enérgica tranquilidad a imposiciones y reclamaciones. Concedida a Cuba la autonomía, y Cuba más libre ya que los mismos Estados Unidos, apenas queda causa ni razón para que la guerra civil continúe. Esperemos que la guerra civil termine en breve plazo. ¿Qué motivo ni qué pretexto podrá tener ya la gran República angloamericana para excitarlos, hasta el extremo de que nos declaremos en guerra contra ella? Esto no podría ser sin escándalo y asombro de cuantas son las naciones civilizadas en el mundo y sin que a la gran República le costase muy cara la victoria, aunque la alcanzase. Y que le costaría cara la victoria, puede decirse hasta sin la menor jactancia por nuestra parte. Muy ricos son los Estados Unidos, pero también por lo mismo necesitan pagar a muy alto precio todos los servicios militares. Aún están pagando cuantiosas pensiones de no pocos millones de duros a los huérfanos y a las viudas de los soldados que murieron en la última guerra contra Méjico. Y calculando que no fuese menor nuestra resistencia que la de los mejicanos, el gasto que tendrían que hacer los Estados Unidos no sería corto, y su Tesoro se vería gravado con nuevas y enormes pensiones. No es, por consiguiente, verosímil que el presidente Mac-Kinley, aun concediendo a la empresa el éxito más dichoso, se lance en una guerra injusta y escandalosísima para dar gusto a algunos codiciosos aventureros y a varios atrevidos e ilusos capitalistas, que sin duda han adelantado dinero a los rebeldes y que han de quedar burlados cuando se restablezca la paz en Cuba.

Seamos, pues, optimistas todavía; rechacemos, hasta con finura cariñosa, cualquiera exigencia ridícula; tratemos con la más afable cortesía a todo representante o enviado de una potencia extranjera, aunque se conduzca después peor que el señor Taylor, y esperemos que, al expirar el siglo XIX, y cuando ya el humano linaje ha llegado a un grado eminente de decantada cultura, la nación creada por Jorge Washington, y que se jacta de ir en la vanguardia de la civilización y del progreso, no ha de querer abusar de la fuerza, aunque esté segura de que la tiene, para ir contra nosotros con manifiesta injusticia y para quitarnos lo que legítimamente poseemos.

Arduo es decir y declarar lo que cada individuo quiere o no quiere. Toda conciencia individual es más oscura de lo que vulgarmente se cree, y no siempre el ser humano que examina su conciencia lee en ella con la conveniente claridad. Si esto ocurre con las conciencias individuales, ¿qué no se podrá decir de una conciencia colectiva creada por y en el conjunto de setenta millones de almas?

De aquí, a mi ver, lo aventurado y lo vano que es tanto el afirmar como el negar que los estados anhelan anexionarse la isla de Cuba y lo difícil que es marcar el límite del sacrificio, del gasto y hasta del menoscabo de la buena reputación de leales, de buenos y de juiciosos, que están dispuestos a hacer para conseguir dicho anhelo. Todo induce a creer que, si el anhelo existe, no debe estar en la mayoría, sino en una minoría turbulenta y avara de la gran República, y que ésta, para que el anhelo se logre y para que dicha minoría quede contenta, no debe de estar muy decidida a hacer grandes sacrificios ni gastos, a arrostrar peligros, que algunos hay, por inermes que se nos suponga, y a desafiar la general reprobación de toda Europa, que no podría menos de mirar con disgusto y recelo ambición tan desenfrenada.

Tengamos, pues, confianza en nosotros mismos y calma y firmeza. Y, sobre todo, no nos quejemos ni nos demos por agraviados, como no formemos antes la firmísima resolución de que el agravio sea vengado o sea satisfecho.

La gran República, que sufre con paciencia el alarde de fuerza que Alemania ha hecho en Haití burlándose de la doctrina de Monroe, y ciertas medidas que recientemente ha tomado el Gobierno alemán, muy en perjuicio del comercio yanqui, no es de creer que se sienta con disposiciones muy guerreras.

Los senadores y los representantes del pueblo desahogarán y desahogan ya en Washington su ira contra Alemania en vehementísimos discursos; pero lo probable es que esta ira se disipe como el humo, dejando que brille el iris de la paz en el cielo de la política, despejado y sereno.

Las seis grandes potencias siguen de acuerdo en la cuestión de Creta, pero sin tomar una resolución definitiva, por cuya tardanza tiene no poco que padecer aquella isla. Acaso se remedien sus males cuando a ella vaya un gobernador impuesto por las grandes potencias y aceptado por el Padischah.

Sucesivamente, han sido designados para dicho cargo y desechados luego los señores Numa Droz, coronel Schoefer y Voivode Bojo Petrovitich. Ahora se designa al príncipe Jorge de Grecia, y si esto se lograra, consintiendo en ello el sultán, sin duda sería lo más conveniente, porque iría allanando el camino para la futura y natural anexión al reino de los helenos, de la clásica y antigua patria de Minos y de Ariadna.

En el Extremo Oriente siguen, también en aparente armonía y en pleno acuerdo tácito, apropiándose las grandes potencias europeas lo que mejor les conviene del inerme y quebrantado Imperio chino. Como los rusos ocupan a Port-Arthur y los alemanes están enseñoreados de Kiao-Tcheu, los ingleses no quieren quedarse atrás, sino más bien adelantarse, y negocian con el Gobierno del Celeste Imperio para obtener nuevas ventajas comerciales, adquirir mayor extensión de territorio en el Valle de Yang-Tse-Kianch y hacer que el puerto de Ta-Lieu-Wau se abra al comercio europeo.

Entre tanto, toda Europa estaría en agradable y pacífico sosiego si no fuese por una pequeña cuestión que ha dado en Francia ocasión o motivo, en estas últimas semanas, a graves agitaciones, tumultos y motines. El tristemente famoso capitán Dreyfus ha

encontrado defensores que le consideran inocente y que apelan de la sentencia dictada contra él, considerándola infundada o injusta. El célebre y popular novelista Emilio Zola ha sido el más fervoroso defensor de Dreyfus. Se ha supuesto que en su vehemente defensa calumnia e injuria al Ejército, y por ello se le procesa. Zola, además, a despecho de su gran popularidad literaria, se ha hecho blanco de las iras patrióticas de sus conciudadanos.

Lo cierto es que los que somos profanos e ignorantes en las artes y ciencias militares, apenas acertamos a comprender que haya secretos de tal valor que pueda darse por su revelación gran suma de dinero, para que, cegado por la codicia de adquirir dicha suma sea alguien traidor a la patria y se le exponga al horrible e infamante castigo a que Dreyfus se ha expuesto y de que Dreyfus ha sido víctima. Por otra parte, aunque la nación francesa es una de las más cultas, ingeniosas y valientes naciones del mundo, no se ha de negar que su orgullo corre parejas con sus nobilísimas cualidades. Y aunque en toda lucha, si alguien ha de ser vencedor, tiene que ser el otro vencido, Francia no gusta de confesar que la vencida ha sido ella, o por decreto injusto de la caprichosa fortuna, o porque en determinado caso ha tenido menos mafia, recursos o bríos que la nación vencedora. De aquí el suponer que la traición ha sido causa del vencimiento. Ya hace años que el mariscal Bazaine fue víctima de esta suposición, y persistiendo luego el prurito de buscar y de hallar traidores, tal vez ha venido a descubrirse, a exagerarse o a inventarse la traición del capitán judío. Tremenda ha sido la pena que se le ha impuesto por ello. Y por mucho que deba respetarse la autoridad de la cosa juzgada, no podemos menos de reconocer la generosidad y la nobleza con que protesta Zola contra el juicio y considera inocente al condenado como reo.

La exaltación de los ánimos ha subido de punto en tales circunstancias y ha venido a poner de manifiesto el odio que hay en Francia contra los israelitas; odio anacrónico y menos justificado en este siglo de poca fe que en el siglo XV, por ejemplo, en que el fervor cristiano enfurecía a las muchedumbres y las sublevaba contra el pueblo deicida. Ahora apenas se comprende el odio antisemítico, como no se funde en la envidia que causa la pasmosa habilidad que tienen los judíos para hacerse ricos y para dominar y prevalecer en el mundo con el poder, el crédito y el influjo que el dinero proporciona.

Como quiera que sea, el antisemitismo ha venido a combinarse en Francia con el socialismo, con el exagerado amor a la patria y con el orgullo nacional, que necesita, a fin de quedar satisfecho, imaginar Ganelones para todos los Roncesvalles.

Al presente, el espíritu vulgar en Francia ha convertido en Ganelones a los judíos.

Exaltadas así las pasiones y exacerbado el antagonismo entre los varios partidos políticos, y particularmente entre socialistas y legitimistas, se ha dado en la Cámara de Diputados franceses, el 22 del último mes de enero, el más lastimoso espectáculo. No hay aquí espacio para entrar en pormenores. Baste decir que el recinto de aquella Asamblea legislativa se convirtió en feroz y grotesco campo de Agramante, donde los padres de la patria peleaban a puñadas y a coces, se tiraban de las barbas y del pelo, se pisoteaban, se maceraban las carnes y se rompían las costillas. Las deplorables grescas han trascendido del Parlamento a los mítines populares y a las manifestaciones tumultuosas en plazas y calles. Y no sólo en París, sino también en varias ciudades de Francia, así como en Argelia, han sido amenazados y aun maltratados los judíos.

Aunque no gustamos, al referir los sucesos, de sacar de ellos lo que familiarmente se llama moraleja, nos atrevemos a manifestar en este caso un hartoso penoso sentimiento: nuestra quebrantada fe en el progreso de la juiciosa serenidad y de la ilustración de las muchedumbres y en el incremento constante de la general filantropía. Cuando en pueblo tan adelantado, discreto y rico como el francés ocurren semejantes desmanes, todo puede deberse aún en los demás países, y sólo queda el necio consuelo de que nada podemos echarnos en cara.

- XI -

Si no fuese porque las actuales relaciones entre España y los Estados Unidos pueden acarrear enormes infortunios y calamidades sin cuento, los que no ocupamos posición social y no consideramos necesario ser muy mirados y circunspectos en nuestras afirmaciones y juicios, no podríamos menos de hallar y de mostrar en dichas relaciones algo de extremadamente cómico y poco digno de la grandeza y de la elevación moral de la patria de Jorge Washington, de Franklin, de Emerson, de Channing, de Whittier, de Lincoln y de tantos otros varones eminentes, ya por la acción, ya por el pensamiento, fervientes predicadores de la fraternal concordia de los pueblos y decididos adversarios de la ambición y de la guerra.

Todavía me resisto yo a creer que la mayoría del pueblo angloamericano anhele para su República la anexión de Cuba. En el inmenso territorio que aquel pueblo posee cabe con holgura doble número de almas de las que allí viven ahora. Cuba es fértil, rica y hermosa; pero, sin duda, no tienen menos valor extensas regiones de los Estados Unidos, apenas cultivadas y beneficiadas aún por el saber, la inteligencia y el trabajo humanos. ¿Para qué, pues, ambicionar la posesión de Cuba, con tan extremada codicia que excite a la gran República a promover contra nosotros una guerra injustísima, que no le daría gloria, sino vergüenza, aunque saliese vencedora? En número son los angloamericanos cuatro veces más que nosotros; en riqueza, en poderío y en todo linaje de recursos son incomparablemente mayores. El empleo de cualquier acto violento en nuestro daño implica, pues, una falta de generosidad y una carencia de sentido moral tan enorme, que yo no me atrevo a sospechar que se resuelva a incurrir en ellas ningún angloamericano que se respete. Hay, sin duda, una porción malsana y viciosa de aquella democracia que desea a toda costa apoderarse de Cuba, saltando por cima de la razón y del derecho; pero no se debe perder aún la esperanza de que el presidente Mac-Kinley, su Gobierno y la gran mayoría de los hombres de probidad y de juicio sabrán resistir y resistirán las excitaciones y maquinaciones de los que quieren, sin motivo y hasta sin pretexto ya, despojarnos de nuestra propiedad secular. De aquí que persistamos aún en cierto relativo optimismo, a pesar de los tristes sucesos recientemente ocurridos y que propenden a demostrar lo contrario. Poseedora Cuba de la autonomía, es tan libre o más libre que los Estados Unidos. Las simpatías en favor de los separatistas no pueden ya fundarse en el aborrecimiento de las tiranías y en el amor a la libertad y al progreso de las otras naciones. La soberanía nominal que España se reserva en Cuba no merece el trabajo, el dispendio y tal vez la efusión de

sangre que tendrían que hacer los Estados Unidos para despojarnos de ella. Lo inútil, lo sin objeto de la guerra, nos mueve a no temer la guerra. La guerra, si hoy los Estados Unidos se resolviesen a hacérsola, apenas se fundaría en cálculo y sólo nacería de irracional aborrecimiento contra España.

En esta situación, y después de lo mucho que hemos sufrido y aguantado ya, no seré yo quien solivianta los ánimos españoles para que acaben de perder la paciencia y rompan por todo.

Muchos siglos de gloriosísima historia atestiguan la valentía y la constancia de nuestra nación. España tiene hoy el derecho de ser hasta el último extremo prudente y sufrida, sin merecer la nota de pusilánime. ¿Quién censuraría o denigraría a un anciano y noble caballero, cuyas pasmosas hazañas en diversos países y ocasiones fuesen conocidas y celebradas de todos, porque se desatendiese de los insultos y amenazas de un zafio y plebeyo ganapán y rehuyese hasta donde fuese posible entrar con él en innoble riña? El anciano y noble caballero haría muy bien en evitar todo choque con el jaque amenazador, procurando, empero, salvar la corta hacienda que le queda de las uñas rapaces de su injustificado enemigo.

Valga lo dicho para disculpa de la evangélica mansedumbre de nuestro Gobierno, puesta cada día a pruebas más duras y crueles.

Toda reclamación, toda queja de los Estados Unidos contra nosotros, envuelve ofensas más difíciles de sufrir cada día. Sigamos, no obstante, sufriendolas aunque sólo sea para ver hasta dónde pueden llegar nuestra longanimidad y la soberbia de quien se prevale de ella para tratar de vejarnos y de humillarnos.

En ambas cámaras de los Estados Unidos y en otras reuniones públicas, donde toda palabra tiene estruendosa resonancia, que el eco multiplica y que la fama difunde, hemos sido insultados y vilipendiados por personajes yanquis que ocupan posición oficial, por senadores y por representantes del pueblo. Taylor, que estuvo en España como enviado y ministro de su Gobierno, se ha desatado contra España en feroces diatribas. El mismo Mac-Kinley, en su mensaje a las cámaras, nos trata con arrogancia desdeñosa, erizada de agravios, y hasta procura intimidarnos con mal disimuladas amenazas. Nosotros, ni por eso hemos exhalado una queja. Oficialmente al menos, el Gobierno español se muestra satisfecho y agradecido a Mac-Kinley y no duda un punto de su amistad sincera y generosa. Pero nuestro representante en Washington, acaso en una mala hora de abatimiento y de tristeza, deposita con todo sigilo, en carta confidencial dirigida a una persona amiga, algunas quejas amargas y el poco favorable concepto que de la energía, firmeza y otras virtudes políticas del presidente Mac-Kinley tiene formado. Alguien intercepta la carta, y, violando el secreto de la correspondencia, la abre, la lee y la publica en los periódicos. Prescindiendo de los delitos de hurtar y de publicar la carta, bien puede asegurarse que la ofensa pública inferida por ella a Mac-Kinley es obra del que publica la carta y no de la persona que recatadamente le ha apreciado y juzgado con arreglo a su conciencia, ocultando al público, por respeto a la posición social de Mac-Kinley, la poco lisonjera opinión que de él tiene.

No calificaré aquí de imprudente la conducta del señor Dupuy de Lome, ni procuraré tampoco demostrar que hubo mucha más desventura que ligereza en el autor de la carta. De todos modos, él mismo se impuso la pena y la aceptó gustoso, abandonando la Legación de Washington, donde su posición era ya insostenible. Después de esto, sobraba, era impertinente, era absurda toda satisfacción que se pidiese al Gobierno de España. ¿Qué podía decir el Gobierno de España de oficio que no hubiese dicho ya y repetido mil y mil veces? No podía decir y no dijo sino lo que la cortesía exige que se diga: que el presidente Mac-Kinley y su Gobierno son muy sinceros y leales amigos de nuestra nación. Si cada uno de los individuos que componen el Gobierno español hubiera tenido la desgracia de pensar sobre el particular de modo parecido al del señor Dupuy, no hubiera podido declararlo, por sincero que fuese, aventurando los destinos de la patria y empeñándola en una tremenda lucha, y dando ocasión a mil estragos y muertes por una tontería que importa poquísimo al linaje humano: por si se cree o no se cree que el señor Mac-Kinley es más o menos contemporizador, pastelero o indeciso.

Todavía es más irritante la queja de que alguna persona oficial no pensase en España muy bien de Mac-Kinley y hasta lo dijese en secreto, cuando se considera la amplia libertad de que gozan los yanquis para decir en público contra su presidente y contra toda criatura humana cuanto se les antoja.

Sea como sea, el Gobierno español hizo lo que debía hacer: dijo, como es la verdad, que oficialmente y en su conciencia de Gobierno, el presidente Mac-Kinley no tiene tacha. Y no es menester para esto acudir a la restricción mental y a las distinciones jesuíticas. El Gobierno español, como Gobierno, sigue pensando así. De lo que piensen en su fuero interno cada uno de sus individuos, y de lo que puedan decir en conversaciones o en cartas confidenciales, sólo a Dios tienen que dar cuenta.

En fin: el ridículo incidente que ocasionó la carta del señor Dupuy vino a quedar zanjado. Y no duró poco, si se considera los millares y hasta los millones de incidentes parecidos que sobrevendrían si se interceptasen y se publicasen las cartas de los diplomáticos acreditados en cualquier país, y donde, con no menor ligereza, aunque sin tropiezo ni desgracia, dicen cuanto se les antoja contra el Gobierno cerca del cual están acreditados. Por dicha, la Correspondencia confidencial y sigilosa de los diplomáticos no se da a la stampa sino como documentos históricos y mucho tiempo después de haberse escrito. No por eso afirmamos que no convenga y que no sea muy de desear que todo diplomático estime en gran manera a las personas que forman el Gobierno con quien trata, y hasta que las crea cumplidísimos dechados de espirituales excelencias. Así debe ser, pero lo que debe ser no siempre es; y no sería difícil, si no temiésemos cansarnos y cansar a los lectores, sacar citas de correspondencias ya publicadas de antiguos diplomáticos, en que tratan de éstos con más dureza y acritud que el señor Dupuy a Mac-Kinley, a las personas que componían el Gobierno cerca del cual se hallaban acreditados, sin que a causa de tales desahogos, que explico y no disculpo, se alterasen las buenas relaciones internacionales. No hace muchos años salió a luz pública la correspondencia de un ministro de cierta gran nación del Norte acreditado en Madrid reinando doña Isabel II, donde se dicen mil horrores contra varias personas, y sobre todo contra el que era entonces en España ministro de Estado, sujeto de mucho fuste y respeto entre nosotros. Nadie entre nosotros hizo caso de lo

que el diplomático decía. Y no de otra suerte debió proceder el Gobierno de los Estados Unidos, después de la publicación de la carta del señor Dupuy.

La verdad es que ni este señor ni la generalidad de los españoles desestiman ni odian al pueblo angloamericano, a pesar de los reiterados agravios que de él últimamente han recibido. Nos los explicamos por algo a modo de lamentable fatalismo que deja a salvo la moralidad y el amor al bien y a la justicia que debe informar el espíritu de aquella gran nación y prevalecer en los consejos, deliberaciones y actos de su Gobierno.

A pesar de la elevación de miras que dicho Gobierno quiere y debe tener, hay dos corrientes impetuosas de opinión pública que nos son contrarias, y por las cuales pudiera dejarse arrastrar el Gobierno angloamericano. Nace una de estas corrientes de un concepto injustísimo que de nosotros ha formado el vulgo de la gran República, ya dando oídos a las calumnias con que los insurrectos emigrados cubanos han tenido la tenacidad de difamarnos, ya prestando fe a las vanas declamaciones de no pocos escritores populacheros que han querido retratarnos con las más negras tintas, impulsados por un estrecho liberalismo y por una falsa filantropía. Nos han pintado como crueles y feroces, como el pueblo de la Inquisición y de los toros, sin considerar que sin toros y sin Inquisición se han cometido más crímenes, se ha quemado más gente, se ha vertido más sangre y se han presenciado más espantosos suplicios en cualquier otro país que en el nuestro. Cuestión es ésta puramente estadística, no de declamar, sino de sumar. Y tal vez, si hiciésemos la suma, los actos inhumanos y crueles cometidos en los Estados Unidos resultarían tres o cuatro veces más en número que los cometidos en España en igual transcurso de tiempo. Como quiera que ello sea, este odio contra nosotros no se ha de negar que puede provenir de error involuntario, error en que fácilmente caen hasta los más elevados espíritus cuando se educan con las estrechas preocupaciones del protestantismo. Todavía en medio de las alabanzas que Irving y Prescott nos conceden se nota la propensión a exagerar nuestra codicia, nuestra tiranía y nuestro fanatismo, propensión mucho más manifiesta en Motley, como si en la época que describen las historias que ellos compusieron hubieran sido más dulces, amorosos y despreocupados los hombres de las demás regiones y castas.

En otros escritores angloamericanos se nota más la curiosidad que la afición simpática a nuestras cosas. Ticknor, por ejemplo, pasa revista a nuestros tesoros literarios, pero dista mucho de comprenderlos y de estimarlos en lo que valen. Acaso sus prevenciones de protestante o de racionalista enturbian, tuercen o embotan su juicio estético. Más tarde, las mismas prevenciones exageradas ya han encendido en ira contra nosotros el ánimo de Draper, escritor muy popular, y le han movido a pintarnos como el pueblo más abominable y monstruoso que ha existido sobre la Tierra, híbrida combinación de Torquemada y de Calígula reproducida en unos cuantos millones de seres humanos.

La otra corriente que en los Estados Unidos prevalece contra nosotros, y a la que esperamos aún que se resistan Mac-Kinley y los importantes hombres políticos de acrisolada probidad, germina y fermenta en cierta porción de la plebe yanqui, que no puede menos de ser como es cuando se atiende a que aquella república viene a ser a modo de enorme asilo donde acuden a remediarse y a medrar millares de aventureros audaces, originarios o nacidos en las ínfimas capas de la sociedad europea. Estos, que son o que fueron desheredados y menesterosos en Europa y que se hacen o aspiran a hacerse ricos en

América, no suelen pararse en escrúpulos para alcanzar dicho fin, y si algunos tuviesen, los ahogarían en el odio que la vieja Europa les inspira, odio que temen manifestar contra poderosas naciones y que dedican y consagran íntegro a España, porque la juzgan débil y decaída. Para tales hombres es un buen negocio el apoderarse de Cuba, y a fin de que el buen negocio se logre, atropellan todo respeto.

Sin duda que el Gobierno angloamericano combate con lealtad y energía a fin de no dejarse arrebatar por las dos mencionadas corrientes; pero algo tiene que ceder a ellas, no oponiéndose de firme en los momentos y lugares en que su ímpetu y su furor son más violentos y ciegos.

La autonomía que España concedió a Cuba para lograr la paz hubiera debido hacer, si las dos corrientes no existieran, que el Gobierno de los Estados Unidos se esmerase en auxiliarnos para que la paz se lograra. No ha sido así, por desgracia. El Gobierno de los Estados Unidos, a su despecho acaso y movido por la fuerza de la opinión pública que nos es contraria, se diría que aumenta los estorbos para que la paz se logre. Las expediciones filibusteras siguen llevando armas, municiones y gente de guerra a los insurrectos de Cuba. La amenaza de intervenir en favor de ellos si la guerra dura no puede menos de alentarlos para que la guerra dure y para no rendirse ni presentarse a indulto. A fin de darles mayores alientos y esperanzas, se hacen en los Estados Unidos mal disimulados aprestos bélicos de toda laya. Y, por último, la mayor escuadra de la Unión viene a apostarse no lejos de la Gran Antilla. Otra menor escuadra se encuentra en Hong-Kong y se pone como en acecho para caer sobre Manila. Y alguno de los más poderosos acorazados yanquis entra en la bahía de la Habana, aunque para hacernos una amistosa visita, prestando confianza a los rebeldes, que le miran como poderoso amigo, que la más ligera ocasión puede convertir en eficaz y tremendo aliado.

El Gobierno español por nada de lo dicho se mostró enojado ni receloso siquiera. Con pasmoso candor envió el acorazado Vizcaya a pagar la visita que en la Habana nos hizo el Maine. Este barco, su tripulación y sus oficiales fueron recibidos entre nosotros con la afabilidad más amistosa y hospitalaria. Pronto desechamos hasta el más leve temor de que pudiese sobrevenir disgusto alguno entre los tripulantes del Maine y los más ardorosos parciales de España en la capital de la Gran Antilla.

Entonces, por desgracia, sobrevino la horrorosa catástrofe que todos lamentamos: la voladura, sin duda fortuita, de aquel magnífico barco de guerra. Las autoridades y el pueblo de la Habana lamentaron el caso y se esmeraron en prestar auxilio y consuelo a los que conservaron la vida después del trágico suceso. Los españoles todos lo deploramos, ahogando en el pecho toda queja, si alguna teníamos, contra la nación angloamericana, y no viendo sino seres humanos, prójimos nuestros, en las víctimas de la catástrofe. Esto, sin embargo, ha dado ocasión a los Estados Unidos a nuevos insultos y a las más desatinadas e injuriosas sospechas contra la nación española.

El Maine se voló probablemente porque iba sobrecargado y atestado, sin las debidas precauciones, de sustancias explosivas; acaso por torpeza o descuido de los que cuidaban el buque; acaso por fatalidad inexplicable hasta ahora, que tal vez nunca se explique, y de la que nadie debe ser responsable. Aunque científicamente se demostrase la posibilidad de

haber volado el buque por un agente exterior, todavía sería absurdo recelar que ningún español, constituido en autoridad o dependiente de ella, hubiera cometido crimen tan abominable, que tanto nos perjudicaba a todos y que ninguna ventaja ni provecho traía al criminal, ni siquiera la infame gloria de haberlo perpetrado, ni siquiera el feroz prurito de notoriedad que arma en nuestros días con tan deplorable frecuencia las manos de asesinos anarquistas. ¿Podría la voladura del Maine ser obra de un loco rabioso fanático aborrecedor de los angloamericanos, o de un parcial de los insurrectos con el propósito de enemistarnos con dicha gran nación? También esto nos parecía punto menos que imposible. Pero aunque no lo fuese, sobre España y su Gobierno no caería ni la menor sombra de culpa. Nada más distante de los nobles y generosos sentimientos del pueblo español y de los hombres que lo gobiernan que el hacerse cómplices, ni con un mal nacido y momentáneo deseo, de traición tan miserable. Vergonzoso empacho nos causa el proferir estas breves palabras de defensa. Ninguna diríamos, por estar España muy por cima de toda sospecha, si no fuese por los burdos recelos y suposiciones que en los Estados Unidos han manifestado algunas personas, y si no fuera porque en la investigación que se está haciendo sobre las causas de la voladura del Maine no notásemos cierto prurito de que España, ya que no pueda salir tildada de sospechosa, aparezca al menos tildada de negligente y de falta de cuidado, a fin de poner en esto un fundamento aunque a todas luces irracional, para exigirnos dinero que jamás debe pagar el Gobierno español, porque nos denigraría. Tal indemnización sería para nosotros tan ofensiva y humillante, que antes de darla serían preferibles todos los peligros, los estragos y la ruina de la más cruel y sangrienta de las guerras.

Tengamos confianza en Dios y en nuestro derecho. Esperemos aún y confiemos también en la rectitud, en la nobleza y en la generosidad de todo el elemento sano del pueblo de la gran República. Aún es posible que sea lo que debe ser: que la vacilante amistad de España y de los Estados Unidos se afirme y se consolide; que en Cuba se restablezca por completo la paz; que Cuba, libre y autónoma, vuelva a ser o sea con creces un espléndido y provechoso mercado para la industria y la especulación angloamericana, y que España se rehaga y salga de cuidados y de apuros, contentándose con la soberanía nominal e inútil de la Gran Antilla. Fácil sería demostrar que hoy es casi imposible que prescinda España voluntariamente de esta soberanía, aunque se la comprasen a peso de oro, aunque cada español sintiese en el fondo de su alma que se libertaba de una carga abrumadora, y que Cuba, aunque siga otros cuatrocientos años bajo nuestro dominio, no nos traerá más provecho que el que nos ha traído hasta el día presente, o sea ninguno. Hay deberes, y si no deberes, consideraciones de orden muy elevado, contra los cuales nada valen o valen poco el provecho y la conveniencia. Si sólo a la conveniencia y al provecho se atendiese, y si pudiese buscarse en un plebiscito la solución del problema, casi no me atrevo a decir cuál sería el resultado de la votación. Diré sólo lo que preveo y, no obstante, como no son el provecho y la conveniencia los únicos móviles que apasionan y mueven a los pueblos de gran ser, aunque decaídos y postrados, lo más probable es que España siga luchando en Cuba con infatigable pertinacia y hasta que responda a las provocaciones y acepte al fin el reto de más poderosos enemigos, si éstos se obstinan en apurar nuestra paciencia. Entre tanto, bueno es que nuestro Gobierno siga ejercitándola. No seré yo quien le estimule para que la pierda y provoque el más grave de los conflictos.

Todavía en el último artículo que el día 15 de marzo publicamos con este mismo epígrafe en la presente revista no nos había abandonado del todo la esperanza de evitar la guerra con los Estados Unidos. Todavía confiábamos entonces en que la porción sana y honrada de los habitantes de aquella gran República se opondría a una lucha contra España, que verdaderamente no tiene ya motivo, ni fin, ni objeto.

Absurdo era culpar a España de la catástrofe del Maine, nacida indudablemente de la incuria o torpeza de sus tripulantes, o de un caso fortuito. En todo lo demás, no quedaban ya contra España ni la más leve sombra de motivo, ni el menor pretexto de queja. España, por amor a la paz, había sufrido con sobrada paciencia injurias y calumnias, había disimulado crueles agravios y había ido cediendo a las exigencias y pretensiones de los yanquis, que no cesaban de acosarla hasta quedar como arrinconada por ellos con un vergonzoso y negro abismo a su espalda, en el cual hubiera caído si hubiera retrocedido algunos pasos más. España retrocedió, no obstante, hasta llegar al borde del abismo. Movida por los consejos y amonestaciones del Padre Santo, que anhelaba conservar la paz, y deseosa de no parecer arrogante ni díscola con las seis grandes potencias que asimismo se interponían, España concedió tregua limitada a los rebeldes para ver si se acogían a indulto y si en Cuba se restablecía la concordia bajo el régimen ampliamente liberal de la autonomía. Y, finalmente, nuestra nación y nuestro Gobierno, con no fingida filantropía, dieron libertad a los reconcentrados campesinos para volver a sus tierras y los ampararon y socorrieron con sumas cuantiosas y con todo linaje de recursos. De esta suerte deshizo España el único fundamento sobre el cual la hipócrita codicia de los políticos norteamericanos podía aún, fingiéndose llena de caridad cristiana, cohonestar su propósito de intervenir en nuestras contiendas civiles con desdoro y mengua de nuestra soberanía.

Todo lo dicho hizo lucir aún para los pacíficos un débil rayo de esperanza. Durante breves días creció su luz y se aclaró un poco la oscuridad del horizonte, merced al paternal y solícito desvelo del Padre común de los fieles, ansioso de impedir los horrores y estragos de una tremenda lucha. También las seis grandes potencias de Europa han tratado de impedir la, pero todo ha sido en vano. La guerra puede decirse que está ya declarada.

España debe tener el consuelo de haber despertado algunas fervientes simpatías en los pueblos civilizados del mundo; pero lo poco que hasta ahora han hecho en su favor las seis grandes potencias, no sólo ha sido estéril, sino contraproducente. Causa de este mal ha sido, sin duda, la dificultad, la casi imposibilidad de coincidir en un mismo plan y propósito las seis grandes potencias mencionadas. Comprendemos, aunque nos aflija, que era harto difícil para cualquiera de ellas romper, para favorecernos, el equilibrio inestable, la insegura concordia que hoy las mantiene en armado y vigilante sosiego. Como quiera que sea, y sin negar nosotros que algunas potencias estaban seriamente deseosas de auxiliar a España, sus gestiones han sido tan inhábiles, que han logrado lo contrario de lo que deseaban. La nota idéntica del 6 de abril, dirigida al Gobierno de Washington, fue tan míseramente tímida, que la única conclusión que de ella podía inferirse era que Europa estaba decidida a no valernos ni protegernos. Así lo entendieron en Washington, y de aquí el inmediato desbordamiento de la insolencia yanqui. ¿Cuánto mejor hubiera sido que las

potencias se hubieran callado, que no dar un paso y hacer una manifestación con la cual indicaban a la gran República que podía permitírsele todo a mansalva y sin el menor recelo? Para el furor de los yanquis apenas quedaba una sombra de pretexto en sus infundadas sospechas, más fingidas que reales, sobre las causas de la voladura del Maine; pero esta misma sombra de pretexto se desvanece, dejando ver a las claras la decidida resolución de los jingoístas de romper con nosotros, cuando se atiende a que España estaba dispuesta a someter el asunto al arbitraje de las potencias marítimas desinteresadas. De presumir es que los políticos norteamericanos están convencidos de que es mentiroso el informe de su Comisión investigadora cuando no han querido someterlo a un fallo imparcial, ellos que han abogado tan a menudo por que en los conflictos internacionales sea el arbitraje quien decida.

Al cabo, el presidente Mac-Kinley presentó a las cámaras su mensaje, descargando cuanto pudo sobre ellas la responsabilidad de las trascendentales decisiones que iban a tomarse, y dejándose arrastrar sin brío para resistir las por las corrientes de la opinión del populacho, concitado contra España y soliviantado por las más inverosímiles y atroces calumnias. Hay además en el mensaje la más peregrina afirmación del supuesto derecho que tienen los yanquis de apoderarse de parte de nuestro territorio, de despojarnos de nuestra soberanía y de quitarnos nuestra legítima propiedad, que poseemos hace cuatrocientos años con el mejor de los títulos y como último documento que descubrimos, colonizamos y civilizamos ese Nuevo Mundo sobre el cual quieren hoy dominar los yanquis sin rivalidad alguna, en virtud de la doctrina de Monroe, ampliada hasta el más arrogante extremo del absurdo. De un modo implícito, se atribuyen hoy los yanquis la soberanía eminente sobre todas las tierras y naciones de América, y afirman que les basta promover y fomentar una insurrección para justificar la intervención a mano armada con el fin de apaciguarla.

Es tan odiosa esta conducta de los yanquis, y tan opuesta a los nobles y generosos principios que prevalecieron en aquella República en su origen y en los primeros años de su existencia, y es, además, esta conducta tan repugnante a las ideas y sentimientos de los antiguos hombres de Estado angloamericanos y de sus egregios pensadores, escritores y poetas, que todo el mundo se siente inclinado a imaginar que aquella democracia se ha pervertido, convirtiéndose en una oclocracia sin sentido moral que la refrene. La joint resolution que han tomado las cámaras de Washington es un acto de fuerza contra todo derecho, y es, además, un arrebato de ira y de aborrecimiento contra nosotros que no tiene razón de ser ni fin práctico alguno. Cuba era ya libre, e iba a ser más libre aún sin los estragos de una guerra internacional y sin que se disparase un cañonazo. España estaba ya harta de luchar por la posesión de Cuba. Darle la autonomía, aunque había sido para sostener allí izada nuestra bandera, suponía, sin duda, que esta bandera había de seguir izada en adelante por la fidelidad y por el afecto de los cubanos a la metrópoli, y no por un numeroso ejército de ocupación y por una poderosa Armada.

De cierto que, otorgada ya la autonomía, Cuba, de hecho y de derecho, quedaba libre. Y su ulterior dependencia de España pendía sólo en adelante de la voluntad de los cubanos. Así la independencia de aquella isla, si sus naturales la anhelaban unánimes, hubiera podido lograrse en breve plazo, en paz y sin el menor desdoro nuestro.

Por desgracia, la impaciente codicia de los yanquis no lo ha querido así. Las cámaras angloamericanas, conviniendo al fin en una misma resolución y sancionándola Mac-Kinley con su firma, no exigen sólo de nosotros el abandono de Cuba; no nos despojan sólo de lo que legítimamente nos pertenece, sino que nos afrentan y nos humillan, imponiéndonos que retiremos nuestro Ejército de aquella tierra y nuestras naves de guerra de aquellos mares.

Esto no podía ya sufrirse sin vergüenza. Así es que, apenas se supo en Madrid lo determinado por las cámaras angloamericanas y sancionado luego por Mac-Kinley, el Gobierno español ordenó al señor Polo de Bernabé, su representante, que pidiese sus pasaportes y saliese del territorio de la República. Así lo ha hecho el señor Polo de Bernabé, retirándose al Canadá, donde ahora se halla. Nuestras relaciones con la Unión americana están rotas.

Pronto llegó a Madrid la noticia de este rompimiento y de sus causas. El general Woodford, representante de los Estados Unidos, también la recibió oficialmente. Y con ella recibió el ultimátum que Mac-Kinley le comunicaba y que él debía transmitir a nuestro Gobierno, para que, en el término de cuarenta y ocho horas, se decidiese a renunciar a lo que había poseído durante cuatrocientos años y a desalojar tímidamente a nuestros valientes soldados de la Gran Antilla y a nuestros barcos de los mares que la circundan.

El Gobierno no podía hacer sino lo que hizo, no aguardar siquiera a recibir tan insolente ultimátum, que era un nuevo y brutal ultraje. A fin de impedirlo, se dieron al general Woodford sus pasaportes en la forma acostumbrada. Ayer tarde salió, por dicha, de Madrid este para nosotros infausto personaje, que ya estará en Francia, sin que pueda acusarnos de haber infringido con él en lo más mínimo los deberes de un pueblo culto con relación a la persona que le envía como representante una nación extranjera.

En las críticas y lamentables circunstancias que hoy nos afligen, el pueblo español, sensato y prudente, ha sabido refrenar sus sentimientos de indignación, y apenas ha dado muestras de su enojo y de su cólera contra sus arteros e injustos enemigos. En muchas ciudades ha habido manifestaciones patrióticas, pero casi todas han sido inocentes. Sólo en Málaga se ha extremado un poco la ira del pueblo, arrastrando y rompiendo el escudo del Consulado americano, cuando todavía no se habían roto de oficio nuestras relaciones con aquella República. Este exceso, no obstante, tuvo el conveniente correctivo, recibiendo el cónsul angloamericano en Málaga cumplida satisfacción de la primera autoridad de aquella provincia.

En el mismo día en que se supo en Madrid la determinación del presidente Mac-Kinley que implicaba la declaración de guerra, tuvo lugar el acto solemne de la apertura de las nuevas Cortes, acto celebrado con la pompa y el aparato de costumbre. La reina regente y el rey niño acudieron, con su espléndida comitiva, al palacio del Senado, donde se celebró la sesión regia, el día 20 del mes actual.

El breve discurso leído por la augusta madre de nuestro soberano tiene la majestad decorosa y la digna severidad que conviene para rechazar los insultos que Mac-Kinley y sus cámaras nos prodigan y para hacer resaltar con sus términos decorosos la grosería villana y la destemplada procacidad de nuestros contrarios.

Acaso no nos valga de nada la superior estimación que con nuestro proceder nos hemos atraído de las naciones extranjeras; pero tal estimación, aunque no nos sea útil, será para nosotros consoladora.

El Gobierno español, sin jactancia y sin presuntuosa soberbia, ha cumplido sencilla y modestamente con su deber. Sólo ha tenido o tiene en estos momentos cierta desconfianza de sí mismo, disculpable sin duda en la ocasión en que nos hallamos y cuando es inmensa la responsabilidad que pesa sobre él.

El presidente del Consejo de ministros ha acudido a la reina, no para libertarse del empeño en que se ha puesto, sino para que su majestad corrobore el testimonio de la confianza que en él tiene y para que los prohombres de los otros partidos sean consultados y escuchados y vengan, igualmente, a corroborar esta confianza.

Lo que más conviene, lo que hoy debemos todos desear, es que el señor Sagasta continúe al frente del Gobierno mientras dure la guerra, y hasta que, si es posible, no haya en el Gobierno modificación alguna; pero este Gobierno no debe hoy ser sólo considerado un Gobierno de partido, sino como un Gobierno nacional que cuente con el apoyo de los partidos todos. A este fin, sin duda, se dirigió el acto del señor Sagasta, que, así explicado, en vez de censura merece elogio; acto, por otra parte, indispensable, si, llegado el caso de mayor peligro, en que haya mucho que aventurar y en que importe acudir a la salud de la Patria con esfuerzos supremos, fuese menester revestir al Gobierno de facultades extraordinarias, pues aunque las Cortes las legalicen con el voto de una gran mayoría, mayor autoridad y crédito tendrán y mayor acatamiento inspirarán sancionadas por las demás parcialidades políticas y por sus más ilustres jefes y adalides.

En el día y en la hora en que escribimos estas líneas, que en nuestra revista no pueden menos de aparecer con retraso, aún no han empezado las hostilidades, pues no debe contarse como principio de ellas un acto de piratería ejercido por un buque de guerra yanqui apresando un vapor mercante español antes de la previa declaración de guerra.

La escuadra angloamericana zarpó ya de Cayo Hueso y se dispone a bloquear a Cuba. La Habana y otros puertos de aquella isla se hallan amenazados de bombardeo y hasta de desembarco del enemigo. Por todo el dilatado territorio de la República que nos es contraria se advierte agitación febril, alistamiento de voluntarios, movimiento de tropas, acumulación de aprestos bélicos y afanosos trabajos para proveer de medios de defensa los más importantes puntos de la costa, desde la frontera del Canadá hasta el extremo sur de la Florida.

En este solemne y trágico momento, lo primero que importa es que España no desmaye y conserve la serenidad y la entereza que en más peligrosas y grandes ocasiones ha tenido y mostrado.

Las manifestaciones en Madrid y en otras ciudades de la Península están ya de sobra, porque todo peligro aún está de ellas bastante remoto, y porque dichas manifestaciones poco significan ya y a nada conducen. Las verdaderas manifestaciones de patriotismo

consisten ahora en olvidar recriminaciones y agravios políticos para estar unidos todos, en esperar que Dios favorezca la justicia de nuestra causa, en confiar en el valor y en la pericia de nuestra Marina y en nuestro Ejército y en ofrecerlos que no combatan, con generoso desprendimiento, el sacrificio, en aras de la Patria, de su bienestar y de su riqueza.

No es esto decir que reprobemos todas las manifestaciones tumultuosas como inoportunas. Las hay, a no dudarlo, oportunas y convenientes. Así lo será, y ojalá llegue pronto el caso de que lo sea, la que celebremos cuando venga a nosotros la nueva de alguna victoria de nuestras armas.

Entre tanto, y mientras que recomendamos aquí la calma y el animoso sosiego, ¿cómo no celebrar y admirar la magnánima y noble manifestación que hubo ayer en la Habana, en presencia de grandísimos peligros y casi a la vista ya de la escuadra enemiga? En todo aquel pueblo unánime parecía arder el heroico espíritu de la raza española. Los soldados, los voluntarios, los hacendados y comerciantes y los que viven del trabajo de sus manos o de las tareas y esfuerzos de su mente, todas se comprometieron a resistir la invasión y a combatir por la Patria común: España. Las hermosas y heroicas palabras que el general Blanco dirigió a la muchedumbre han tenido en España altísima resonancia, avivando nuestra fe y acrecentando el vigor de las almas españolas.

- XIII -

Desde el día 20 del último mes de abril, en que se abrieron las Cortes del Rino, puede afirmarse que España está n guerra con la poderosa República de los Estados Unidos. La aceptación del reto, dirigido a España del modo más humillante y ofensivo, era de todo punto ineludible. No hay ni pudo haber Gobierno que, al saber el ultimátum del presidente Mac-Kinley, no hubiera hecho lo que hizo el Gobierno presidido por el señor Sagasta.

Si debió preverse mejor este rompimiento; si antes de él el Gobierno presidido por el señor Sagasta debió estar más apercebido; si convenía culpar al anterior Gobierno, presidido por el señor Cánovas, de habernos traído a tan peligroso extremo por sus condescendencias y debilidades; si era causa de tanto mal la corta ventura o la escasa habilidad del general Weyler, que, a pesar de los inmensos recursos, de los extraordinarios sacrificios y de la ingente multitud de soldados que se le enviaron, no logró sofocar la insurrección y apaciguar la isla de Cuba, o si de todo ello debemos acusar al destino adverso, a la naturaleza de las cosas y no a los hombres, puntos son que la historia crítica y filosófica discutirá y dilucidará en su día, cuando las pasiones se calmen y la nebulosa oscuridad del horizonte se despeje. Por lo pronto, y desde el 20 de abril en adelante, fue y es, en nuestro sentir, no ya inútil, sino tremendamente nocivo el exigir responsabilidades y el desatarse unos contra otros en violentas recriminaciones y en miserables quejas.

Aunque el Gobierno presidido por el señor Sagasta hubiera sido culpado, el patriotismo bien entendido debió absolverlo y no mirar atrás y no examinar el camino recorrido hasta entonces para buscar y señalar las huellas de los tropiezos que en él se habían dado.

Aunque se prueben las faltas, probarlas no es remediarlas. Nada se remedia con lamentaciones o con injurias. El Senado de Roma, perdida la batalla de Cannas, dio las gracias al cónsul Varrón porque no había desesperado de la salud de la patria. Y en manifestación evidente de que nadie desesperaba tampoco, se vendió en pública subasta el terreno donde acampaba Aníbal, elevándolo los que competían por adquirirlo al más exorbitante precio. No soñábamos nosotros con análogas muestras de serenidad ni de esperanza; pero tampoco temíamos tanto abatimiento y tanto enojo como han sobrevenido, haciéndolos más dolorosos y crueles de la misma sorpresa.

Al presenciar el lastimoso espectáculo que se está dando, se nos ocurren comparaciones muy duras, algo a modo de apólogo satírico que no podemos resistir a la tentación de poner aquí. Las oposiciones, cayendo fieramente sobre el Gobierno actual, parecen bandadas de cuervos y de grajos que creen oler la carne muerta y se abaten sobre ella para devorarla. Pero no es esto lo peor; lo peor es el provecho que de los infortunios públicos anhela sacar cada partido para desacreditar e invalidar a los otros y alzarse por cima de ellos, aunque sea desquiciándolo todo. No van los tiros de cada bandería solamente contra el Gobierno actual; van contra cuanto aquí ha prevalecido y prevalece no siendo ella. Ciegos por la pasión, quieren imprudentes oradores buscar remedio para las guerras civiles coloniales y para la desastrosa guerra internacional en el caos interior, en la más horrible discordia, en el seno y centro de la nación misma.

No diremos que se acusen unos a otros sin motivo; pero los motivos son tales y pesan sobre todos con tan abrumadora pesadumbre, que se destruyen como se destruyen fuerzas contrarias, y lo noble y lo generoso sería olvidarlos ahora y perdonarnos y absolvernos de anteriores pecados y unirnos en el peligro común para corregirnos, para ser mejores en adelante y para buscar y hallar juntos una resolución pronta y salvadora.

Cualquier Gobierno apoyado así por todos los partidos se trocaría de débil en fuerte, y ya no sería el Gobierno de partido alguno, sino el Gobierno de la nación entera.

Figurémonos a una venerable anciana que tiene en su casa varios hijos imprudentes, revoltosos o poco felices. Los hijos salen a la calle, les roban y los maltratan de palabra y de obra. Vuelven a casa robados y maltratados, y en vez de unirse para salir en armas a vengar la afrenta y a recobrar del robo, riñen entre sí, se insultan y tal vez se disponen a romper y a destruir cuanto hay en la casa, a poner pesadamente en la madre las manos impías y a trastornarlo todo, convirtiéndolo en un caos espantoso.

Todavía, si alguno de los partidos que hoy disputan lo hubiera hecho muy bien cuando gobernó, o si jamás hubiera gobernado y estuviese por probar su fortuna y su pericia, acaso tendrían alguna excusa su vanidad y su empeño en condenar por malos o por torpes a los otros, a fin de reemplazarlos, en el Poder, salvando a la Patria con su habilidad y energía notorias, y ya probadas, o con raras y pujantes aptitudes, profundamente sentidas en el alma, aunque nunca puestas a prueba.

Pero ¿dónde está ese partido ilustre por su buen gobierno en lo pasado, o poderoso y robusto y no desacreditado aún por no haber alcanzado jamás el poder? ¿Dónde está el

discreto que tenga derecho a arrinconar a los otros por tontos y por incapaces? ¿Dónde está el inocente que pueda sin escrúpulo tirar la primera piedra a los pecadores?

Los partidarios del absolutismo democrático frailuno prevalecieron en el Poder y gobernaron casi sin interrupción a España durante el primer tercio del siglo presente, y gobernados por ellos fuimos entregados, atados de pies y manos, al dominio extranjero, naciendo de aquí una sangrienta y larga, aunque gloriosa guerra; aquel partido envió a presidio o hizo morir en el patíbulo a no pocos varones ilustres de los que habían contribuido heroicamente a la salvación de la Patria; entre las manos de aquel partido perdió España toda la extensión del territorio descubierto, colonizado, conquistado y dominado por ella desde Tejas y California hasta el estrecho de Magallanes, y aquel partido nos legó, por último, al expirar quien lo sostenía, una desoladora guerra civil de muchos años y gérmenes de miseria, de discordia y de grosero fanatismo que duran hasta hoy.

No se comprende, pues, cómo el desmedrado retoño de tan calamitoso partido se atreve a acusar a nadie de que gobierna mal y a suponer ni por un instante que irían mejor las cosas si él gobernara.

No menos se deslució aún, si cabe, el partido republicano en el corto tiempo que pudo y no supo gobernar. La nación estuvo al borde del abismo para caer en él rota, deshecha en menudos trozos, casi desmenuzada y en peor y más bárbara situación que en tiempo de los moros y de los reyezuelos de taifas, cuando había en cada lugar un tiranillo berberisco.

Resulta, pues, hecha la debida eliminación, que, aun suponiéndolos plagados de defectos y merecedores de penitencia y hasta de castigo por sus pecados y por sus errores, los partidos liberales monárquicos de varios colores y matices valen más y tienen más aptitud para gobernar que los partidos extremos. Y, por otra parte, como dice el refrán, siempre vale más lo conocido que lo por conocer, y más en el presente caso, cuando para crear Gobierno distinto sería menester producir una conmoción honda que en vez de traer la panacea trajese la muerte.

La ocasión para debates políticos, para tratar de suplantarse unos a otros y para echarse en cara las desventuras convertidas en crímenes, es hoy menos a propósito que nunca.

Aparecen todavía más odiosos los ataques que se dirigen hoy al Gobierno, cuando nadie acierta a fundarlos y a justificarlos, exponiendo a las claras, sin misterios, pleguerías y nebulosidades, lo que él haría si gobernase. Toda acusación la apoya el acusador en lo que él hubiera hecho y no hizo ni pudo hacer hace años o hace meses. Sobre lo que hoy haría, se calla o lo envuelve en tan enmarañada hojarasca de flores retóricas, que nadie lo entrevé ni lo descubre, aunque tenga ojos de lince y sea zahorí de pensamientos ajenos. ¿Dónde está el programa, dónde el plan, dónde las ideas de los que se presentan como posibles y futuros salvadores de la Patria? Algo menos vago hubieran podido decir, aunque mucho de lo que pueda y deba hacerse en lo sucesivo dependa de casos que han de sobrevenir providencial o fatalmente, y que no está ya en manos ni en el arbitrio de nadie apresurar si han de ser prósperos o evitar si han de ser desdichados.

En todos los sucesos de una guerra no entra sólo el tino o el desacierto del Gobierno central que la dirige, sino que hay que contar también con la buena o mala fortuna, con el arrojo y la capacidad de los contrarios y con el mayor o menor cuidadoso desvelo de los propios agentes, aunque de su abnegación y de su heroicidad no se dude.

Como quiera que ello sea, y sin negar la importancia de la derrota que sufrido en Manila, todavía conviene asegurar que no por eso debemos exclusivamente culpar a alguien, sino disculparnos a todos y tratar de tomar el desquite, si esto no se considera imposible, o procurar alguna ventaja con la que la paz deseada sea luego menos costosa y menos dura. Y si desesperásemos de todo, si desfalleciésemos por completo, tener siquiera el valor de confesar unánimes nuestro desfallecimiento y nuestra desesperación. Porque muy mala sería una paz costosa y más lamentable y peor la pérdida de algunas de nuestras colonias; pero sobrepujaría a todos estos males y, se pondría por cima de todos, amenazando, hasta con la disolución a este reino secular y glorioso, el furor con que pudieran caer sobre los hombres que hubieran tomado una resolución todos aquellos que hubieran huido la responsabilidad, excusándose de tomarla y no apoyándola y autorizándola con su voz y con su voto.

A todo Gobierno, en circunstancias normales, le basta con que lo sostenga su partido. En las circunstancias presentes, cuando están en juego la honra, la integridad del territorio, el crédito futuro y el bienestar de la nación, menester es que todos apoyen y sostengan al Gobierno, cualquiera que sea, y le infundan bríos si es débil, y le iluminen si anda a ciegas, y le inspiren prontas y eficaces resoluciones si él no las tiene. Todos, sin duda, anhelamos la paz; pero, a fin de llegar a ella por el camino más corto y menos áspero, necesitamos unirnos y agruparnos en torno del Gobierno, sea el que sea, y fortalecerle y escudarle con nuestro propio parecer contra los tiros de la malevolencia. De lo contrario, sin que tratemos de penetrar en las intenciones de nadie, bien pudiera sospecharse que las oposiciones están espiando cuanto el Gobierno hace o cuanto no hace para condenarlo luego, no bien se vea que el éxito no lo corona.

Peligrosísima es en estos momentos una crisis total y hasta parcial; pero si ha de haber cambio o modificación de Ministerio, importa que sea cuanto antes. Baste ya de inaguantables e impertinentes discursos de tres horas, de sesiones tempestuosas en el Congreso, de controversias políticas bizantinas, cuando un enemigo injusto y poderoso cae sobre nuestras colonias con el intento de quitárnoslas, amenaza nuestras fuerzas navales con otras muy superiores y excita y fomenta la rebelión, no ya solapadamente como antes lo hacía, sino a cara descubierta, enviando armas y municiones a los rebeldes, mientras no se decide a enviarles soldados o no acaba de hallarlos o de reunirlos. Vótense, pues, los recursos extraordinarios para la guerra; concédase al Gobierno el bill de indemnidad por la otorgada autonomía a Cuba y a Puerto Rico, y venga al punto la crisis y resuélvase rápidamente y con el menor trastorno posible. Pero téngase en cuenta que el nuevo Gobierno que de la crisis ha de surgir, si ha de valer algo, necesita la plena confianza y el apoyo y sostén de todos los buenos españoles. De otra suerte, con oposiciones y ataques violentos, con miserables quejas y con interiores disturbios, nada conseguiremos sino perder crédito en el concepto de Europa y dar la razón, al menos en apariencia, al poco filantrópico discurso y a la despiadada sentencia de lord Salisbury. Sólo nos quedará entonces el vano y triste consuelo de responder a la sentencia del honorable lord con otras

no menos duras, acusando a las grandes naciones de Europa de lo inútil que es su incontrastable poderío para sostener la justicia y para oponerse a la iniquidad codiciosa. Porque el triunfo de más de setenta millones de hombres ricos, provistos de todos los medios de destrucción y en lucha con dieciséis o diecisiete millones, empobrecidos y quebrantados por largas y tremendas guerras civiles, no honra ni ensalza la habilidad y la valentía del triunfador, ni basta a demostrar la ineptitud y la degradación del vencido, por doloroso que le sea su vencimiento. Esto demostraría sólo, si las grandes naciones no se interpusieran a tiempo, un cruel egoísmo por parte de todas ellas.

Como quiera que sea, ora el Gobierno actual, ora el Gobierno que salga de la crisis, ya totalmente renovado, ya sólo modificado, tiene penosos deberes que cumplir: es el primero resistir solo y luchar contra la ambición de los Estados Unidos hasta donde se pueda, y mientras se conserven fuerzas y medios para la lucha y alguna leve esperanza de victoria, aunque sólo sea por milagro; y es el segundo, si nos vemos obligados a la paz y ésta exige grandes sacrificios y pérdidas, hacer que el pueblo las acepte con resignación y con calma, sin lanzarse desesperado en el desorden y en la anarquía, que serían todavía peores y más dañinos que todos los males de la guerra; procurar en el reposo la curación de las heridas y la renovación de los antiguos bríos y no perder nunca la fe en los destinos inmortales y excelsos de nuestra nación y de nuestra raza, cuyo idioma, cuya antigua y castiza cultura y cuyo gran ser subsisten aún, no sólo en esta Península, sino en muchas islas de ambos océanos y en muchos estados libres y repúblicas que ocupan aún la mayor extensión del Nuevo Mundo. No: no nos ha llegado aún la última hora. Bien podemos esperar, si los mejores días no vienen pronto, que vengan un poco más tarde. De más pasmosas y radicales mudanzas hay ejemplos en nuestra historia. Peor que en el día de hoy estábamos en el reinado de Enrique IV de Castilla, y una mujer, reina admirable, acertó a colocar a España a la cabeza de todas las naciones de Europa, invalidando, no la sentencia inspirada sin duda por el Cielo, sino la perversa interpretación de la sentencia del profeta Isaías, citada en el Congreso por el diputado carlista señor Mella.

Nuestra confianza optimista en la tenacidad de la vida de esta nación no flaquea ni se quebranta fácilmente; pero, a la verdad, si los carlistas y los republicanos se dejan mover y arrastrar por los sentimientos que inspiraron los discursos de los señores Salmerón y Mella, la regeneración de España estará muy distante, y gracias a que, en vez de aplicar bálsamo saludable a las heridas que hoy recibe la patria, no las emponzoñen y tiren a producir en ellas la gangrena.

- XIV -

Puede afirmarse que la crisis ministerial se ha resuelto por lo pronto de una manera satisfactoria. El señor Sagasta continúa en la Presidencia de Consejo de ministros, modificado este Consejo con la salida de los señores Moret, Bermejo, Gullón y conde de Xiquena, a los que reemplazan: en Marina, el señor Auñón, en quien cifra el público muy lisonjeras esperanzas; en Ultramar, don Vicente Romero Girón, en cuyo claro talento todos confían, y cuyas doctrinas democráticas garantizan la estabilidad y el desenvolvimiento del

régimen autonómico en Cuba, y en Fomento, el señor don Germán Gamazo, cuya aceptación de una cartera debiera probar la unión y concordia del partido fusionista y disipar el recelo de que hubiese o pudiese haber disidencias más o menos ocultas entre importantes fracciones de dicho partido, porque sería chiste pesado que el señor Gamazo hubiese entrado en el Ministerio, permítasenos lo vulgar de la frase, sin decir oxe ni moxte, esto es, con tales planes y propósitos tan contrarios a la opinión de otros ministerios, que trajesen preparada y como incubada nueva crisis para dentro de dos o tres semanas o para antes.

Quedaba sólo por decidir quién había de ser el personaje que se encargase de la cartera de Estado, importante como nunca en las actuales circunstancias. Con gran insistencia se ofreció esta cartera a nuestro actual embajador en París, don Fernando León y Castillo; pero éste, según por todas partes se cuenta, se negó a aceptarla, alegando para ello la conveniencia de ciertos tratos y negociaciones que lleva adelante en París y que requieren allí su permanencia. Alguna censura, no del todo infundada, se dirigió al Gobierno con este motivo, o bien porque ignorase estos tratos y negociaciones, como si el señor León y Castillo se emplease en ellos por su propia iniciativa y campando por sus respetos, o bien porque, teniendo perfecto conocimiento de dichos tratos y negociaciones, llamase de París al negociador, no sólo suspendiéndolos, sino rompiendo también el conveniente sigilo en que, por lo pronto, deben estar envueltos, dado que los haya. Posible es también que no haya tales negociaciones ni tales tratos; pero, de todos modos, ora el descubrir, ora el suponer que los hay, es muy ocasionado, si los hay, a invalidarlos, y si no los hay, a suscitar sospechas y a producir alarmas diplomáticas. Lo mejor, pues, hubiera sido buscar otra excusa para la no aceptación de la cartera de Estado por el señor León y Castillo.

La de los tratos misteriosos, ya que no ofrezcan el peligro de dar la voz de alerta, puede inducir a incrédulas burlas, por anacrónica e inverosímil. En tiempos pasados y bajo el antiguo régimen, los diplomáticos hábiles, simpáticos y muy curtidos y traviesos en las intrigas cortesanas podían sin duda hacer maravillas. Un pacto de alianza, un tratado provechoso o una concesión utilísima, acaso surgía a la luz desde el seno del Ministerio, porque el embajador había logrado ganarse la voluntad del confesor, del privado o de la amiga del rey; pero en nuestros días, y más aún en una república como la francesa, todo se discute y se resuelve sin misterio, influyendo en la decisión la opinión pública, o sea el interés bien o mal entendido o las pasiones y aspiraciones de la muchedumbre. No diremos que estén de sobra ahora las simpatías que un hábil diplomático sepa captarse ni la habilidad y travesura que despliegue; pero sí diremos que no hay tanta ocasión de lucirlas en nuestro tiempo como en los pasados, por donde no nos parece tan indispensable ni tan útil la continuación de un agente diplomático en determinado puesto.

Como quiera que sea, lo cierto es que el señor León y Castillo no ha aceptado. En su lugar ha sido nombrado y ha jurado ya como ministro de Estado el duque de Almodóvar del Río, de quien, aunque no sepamos que haya ocupado hasta ahora ningún puesto oficial, se oyen por todas partes extraordinarias alabanzas. Le preconizan de muy inteligente, de muy versado en cuestiones diplomáticas, económicas y políticas; de atinado conocedor de miras, propósitos e intereses de los principales estados de Europa, y, por último de muy hábil para escribir y hablar varias lenguas, y particularmente la francesa y la inglesa, lo cual, aunque parezca cualidad secundaria, no lo es en realidad, porque facilita las conferencias

inmediatas y directas con los diplomáticos extranjeros y evita equivocaciones lamentables y hasta cómicas, que suelen nacer de no expresar bien lo que se dice o de no entender e interpretar con claridad y exactitud lo que otros han expresado.

Al constituirse el nuevo Ministerio y al presentarse después en ambos cuerpos colegisladores, se ha disertado no poco sobre un punto que no acertamos a entender, si hemos de hablar con toda franqueza. Se dice que el señor Gamazo, ya no queriendo aceptar sino la cartera de Fomento, ya manifestándolo con terminantes palabras, no acepta la responsabilidad de los actos del anterior Gabinete. Y decimos que no comprendemos esto, por parecernos excusado rehuir la responsabilidad de todo acto en que no se ha intervenido. ¿Quién ha de exigir al señor Gamazo que sea responsable como ministro de lo que no hizo ni aconsejó como ministro ni como tal consintió en que se hiciese? De tal irresponsabilidad, aunque no se parapete contra ella, bien puede el señor Gamazo estar seguro. Para lo que no valen parapetos, ni defensas, ni refugiarse en el Ministerio menos comprometido en el día, es para aceptar, al aceptar una cartera del actual Gabinete, todas las consecuencias que puedan traer las faltas, las imprevisiones y los errores, si los hubo, del anterior Gabinete. En nada de esto se puede heredar a beneficio de inventario, porque desde el día en que el señor Gamazo juró, el señor Gamazo será tan responsable de cuanto ocurra como los demás ministros, sin que valga alegar que ocurre lo que ocurre como inevitable conclusión de premisas sentadas antes. Tales razonamientos se quiebran de puro sutiles. Prescindiendo, pues, de ellos, harto bien puede asegurarse que, así como nadie pedirá cuenta al señor Gamazo de lo que no hizo antes de entrar en el Ministerio, así podrán pedírsela de cuanto en adelante en el Ministerio se delibere, se decida y se haga.

El desastre de Cavite fue, sin duda, glorioso para los marinos que supieron morir allí como héroes o como mártires; pero no se ha de negar que fue lamentable en extremo, que defraudó grandes esperanzas, acaso concebidas con infundada ligereza, y que abatió y contristó los ánimos de los españoles, a pesar de nuestra frase peculiar y característica: No importa. Por fortuna, en el océano Atlántico no nos va tan mal, hasta el día, como en el Pacífico. En Cuba y en Puerto Rico hemos resistido los inútiles bombardeos de la escuadra yanqui, retirándose sus buques, tal vez maltrechos y con algunas averías. Los varios conatos de desembarco han sido rechazados. Y el bloqueo de la Gran Antilla ha resultado inefectivo, ya que no pocas embarcaciones españolas han logrado burlarlo, entrando en aquellos puertos, descollando en esta arriesgada empresa el Montserrat, de la Compañía Transatlántica, que llegó a Cienfuegos con caudales, armas, víveres, municiones y soldados, y que luego volvió a La Coruña, como si tal bloqueo no existiese.

Ha venido a coronar todas estas pequeñas ventajas, induciéndonos a dudar de la pericia de los marinos norteamericanos y a concebir orgullosa confianza en la aptitud, en el brío y en la serenidad de nuestros marinos, el arribo feliz y triunfante a Santiago de Cuba de la escuadra española que manda el almirante Cervera.

No por lo dicho es menor la ansiedad del público en el día. Multitud de barcos norteamericanos acuden a perseguir nuestra escuadra, proponiéndose obligarla a un combate, en el cual la desmedida inferioridad de nuestras fuerzas haría para nosotros poco probable la victoria, a no ser por un prodigio de valor, de destreza y ventura.

Contribuye a tenernos más ansiosos todavía la ignorancia en que nos hallamos del paradero de la escuadra, desde que se supo que entró en Santiago. Sobre su paradero han circulado después los más contradictorios rumores. Lo más creíble, sin embargo, es que la escuadra siga en Santiago. Si allí está segura y no se deja sorprender; si atina a salir de allí en un momento propicio y a caer sobre fuerzas navales inferiores, derrotándolas; si logra escapar nuevamente de la vigilancia de los enemigos y llegar a la Habana, dado que así convenga, o caer de repente sobre Cayo Hueso u otro puerto de la Unión, o si, por último, somos tan desventurados que fuerzan a nuestra escuadra a un combate desigual y la vencen y destrozan en dicho combate, casos son todos muy posibles, sobre cuya mayor o menor probabilidad decidirán los técnicos. Nosotros, como profanos, no debemos ni queremos pronosticar nada. Sólo con la debida modestia nos atrevemos a indicar que tenemos grande confianza en la pericia y en el brío del general Cervera y de la gente que está bajo su mando. Y creemos, además, que si evita todo combate con fuerzas superiores, sin salir de Santiago, como no se dé ocasión muy propicia, puede sernos útil distraendo y dividiendo las fuerzas enemigas y teniéndolas en perpetuo jaque y en incesante alerta. Tal vez la segunda escuadra española, al mando del señor Cámara, pueda ir a reforzar la escuadra que está en Santiago. Entonces, reunidas ambas, harán menos ardua la lucha con las fuerzas navales norteamericanas. Lo que no se sabe aún es si la escuadra del señor Cámara zarpará con rumbo hacia Cuba o si se encaminara, por el canal de Suez, en socorro de Filipinas. Esperemos que el señor Auñón decida lo que ha de ser pronta y acertadamente. Por ahora es grande la expectación y mayor la duda.

Tampoco es grande, sino pequeñísimo, el entusiasmo bélico de los españoles. Si hacemos la guerra, es contra nuestra voluntad y contra nuestro deseo, forzados en ella por las inaguantables insolencias de los Estados Unidos y por la apatía y vergonzosa neutralidad de las grandes potencias europeas, que ven impasibles el inicuo despojo de que nuestros injustos agresores quieren hacernos víctimas.

El Libro Rojo, que acaba de publicarse, es la más evidente prueba de que los Estados Unidos nos combaten contra toda razón y contra todo derecho. La sola censura que sería lícito dirigir al Gobierno de España es la de que extremó su paciencia, llevándola hasta los límites de tan evangélica humildad, que apenas parece compatible con el decoro; pero no seremos nosotros los que censuremos por esto al Gobierno de España. En tocante a decoro y a puntos de honra, nunca es un Gobierno como un individuo particular, porque el individuo particular sólo aventura su vida, y un Gobierno aventura la vida y la hacienda de los otros y todo el ser presente y hasta el porvenir de la nación, cuyos destinos custodia y dirige.

Debe asimismo entenderse que la honra de las naciones no es como la de los individuos, porque para éstos, en cualquier lance en que se apela a las armas, se igualan las fuerzas y las aptitudes y no se sufre que uno de los combatientes vaya bien armado y mal armado el otro, ni que uno debilitado y herido por anteriores contiendas, tal vez en su propia casa, luche contra seis o siete sanos y robustos. Ni se sufre tampoco que, terminado el duelo, quede en la miseria el vencido y toda su familia, y que se apodere el vencedor de parte de sus bienes en una o en otra forma. Bueno es entender, por tanto, que hemos abusado no poco de los términos honor nacional, al hablar de la guerra. En lo que respecta al honor nacional, bien podemos estar tranquilos. Vencedores o vencidos, el honor será para

nosotros, y la vergüenza y la infamia para quien, sin justo motivo, nos acomete con fuerzas desmedidamente mayores y acechando, además, alevosamente, la ocasión de estar nosotros empeñados en dos tremendas guerras civiles coloniales.

Extraño es que los periódicos españoles, que tantas noticias traen y que exponen tantos juicios sobre la guerra extranjera que hoy sostenemos, hayan dicho poco o nada acerca del interesante escrito del señor Phelps, ex ministro en Londres de la Unión americana. Este escrito está dirigido, en forma de carta, al señor Morton, vicepresidente que fue de la República, y contiene, en nuestro sentir, más elocuentes y sentidas frases, razones más claras y argumentos más poderosos en defensa de España y en contra de la agresión yanqui, que todos los despachos, notas y telegramas españoles que el Libro Rojo contiene. La sinrazón, la injusticia y hasta la cobardía de los Estados al movernos guerra están demostradas por el señor Phelps enérgica y palmariamente. Esto nada probaría si la voz del señor Phelps fuese una voz aislada; pero prueba mucho si se atiende a que en los Estados Unidos, según el señor Phelps asegura, son más los que piensan como él que los que piensan en sentido opuesto. De aquí la esperanza de que, si acertamos a permanecer a la defensiva, si tenemos serenidad, resistencia y medios para no rendirnos pronto y fácilmente, como los belicosos demagogos yanquis imaginaban, tal vez los partidarios de la paz, la porción sana y honrada de los ciudadanos norteamericanos, logre, al fin, sobreponerse a los mencionados demagogos, a los usureros que han prestado dinero a los rebeldes, a la ignorante y ciega muchedumbre que les sigue y al presidente Mac-Kinley y a su Gobierno, que, quizá por debilidad, les obedece, y tal vez podamos obtener aún una paz no muy costosa.

Cuba autonómica y libre, si siguiese entonces bajo el dominio de España, dominio en cierto modo nominal, seguiría porque la fidelidad y el amor de sus hijos, y no nuestros ejércitos y nuestras escuadras, conservarían allí izada la bandera española; pero si Cuba, libre y autónoma ya, volvía a levantarse en armas para ser independiente, de esperar y de desear es que no tuviésemos nueva guerra civil, ni menos extranjera, para conservarla. Entonces tendríamos que reconocer la independencia de Cuba. La cuestión que quedaría en pie, aunque única, gravísima, sería la deuda de Cuba, de la que somos fiadores; pero ¿por qué los Estados Unidos, que tanto desean, al menos aparentemente, la independencia de la Perla de las Antillas, no habrían de descargarnos de esa fianza, echándola sobre sus hombros? Así tendrían pretexto o motivo para intervenir en el arreglo de la Hacienda de Cuba, para vigilar la administración de sus aduanas y para ser allí de hecho los verdaderos amos.

Claro está que nosotros decimos esto en la hipótesis de que los cubanos no quisieran, ni libre ni autonómicamente, ser de España, porque, si quieren seguir siendo de España, libre y autonómicamente, nuestro deber, por más que sea arduo y hasta ruinoso su cumplimiento, es seguir combatiendo por la conservación de Cuba en nuestro dominio hasta donde nuestras fuerzas alcancen. Y repetimos que no es éste punto de honra, sino de más o de menos, según se entienda. Punto de honra en un caballero será reñir en desafío con armas iguales y con otro caballero como él; pero, volviendo a la comparación que antes se hizo, si un hombre enfermo y mal armado es acometido por numerosa partida de bandoleros con buenas armas, su honra no padece aunque le vengzan y aunque se rinda sin pelear. No pelea, pues, por la honra: pelea porque le interesa y le importa que no le roben o que le roben lo

menos posible. Ésta y no otra debe ser para nosotros la causa de la guerra. Ni un átomo de honra nos pueden quitar los yanquis aunque quedemos vencidos o nos confesemos rendidos. Procuremos, pues, con paciencia, no salvar la honra, que está en salvo, sino procurar con maña, con arte, con el brío que es propio de nuestra nación y con la serenidad y con la calma, difíciles de conservar en tan angustiosas circunstancias, perder lo menos posible o no perder nada. Lo primero que se requiere para esto es, sin ser jactanciosos, no deplorar de antemano los infortunios, no desesperarse y no convertirse en apocadísimo coro de Jeremías.

- XV -

La corriente de opinión pública que pide la paz va creciendo más cada vez, mostrándose muy impetuosa, y presumiendo los que la siguen de ser los sensatos, los discretos y los sabidores y videntes. El razonamiento de estos fervorosos amantes de la paz se funda en el más negro pesimismo. Para ellos, más tarde o más temprano, es indudable que hemos de ser vencidos, y mientras más tiempo dure la lucha que nos lleva a la derrota, más cara nos hará pagar la paz el vencedor engreído.

Acaso no discurran mal los que así discurren a fin de justificar su deseo de que la guerra termine; pero esto lo deseamos todos. En lo que no se ve que discurren ni mal ni bien es en los medios hábiles que han de emplearse para llegar al fin deseado. Examinemos nosotros la cuestión, cuando no con mayor perspicacia, con desapasionada serenidad y con el debido reposo.

España no pelea hoy por la honra, sino por la vida; no ha sido voluntario, sino forzoso en ella, el acudir a las armas; y si en la lucha desigual en que está empeñada queda, por desgracia, vencida, de todo se la podrá acusar más que de vanidosa jactancia. Durante años ha sufrido y aguantado de los Estados Unidos cuantos insultos, amenazas, manejos desleales y desmedidas reclamaciones pueden sufrirse y aguantarse en el mundo. En vez de comparar a España con Don Quijote, bien pudiéramos compararla y personificarla, con el prudente Ulises, caído en poder de aquel gigantón antropófago, hijo de Neptuno, que quería hacerle pasto de su voracidad y comérsele de tres o cuatro bocados. Sin caballerías andantes, por tanto, y sin el más leve asomo de quijotismo, lo natural, lo sencillo y lo inevitable es que España procure, como Ulises, por fuerza o por astucia, que el insolente y desvergonzado gigantón no se la coma. Y es lo peor y lo más feo del caso que las grandes potencias de Europa, capaces de interponerse y de impedir los actos de iniquidad, de violencia y de despojo que propenden a realizar los Estados Unidos, lo contemplan todo con impasible curiosidad, ya que alguna de ellas no manifieste a las claras su indigna simpatía por el agresor injusto.

En tan angustiosa situación, España no tiene más recurso que el de su propia energía, ni más esperanza que la que pueden darle el valor y la inteligencia de sus hijos. Dejémonos, pues, de recriminaciones sobre lo pasado; de decir, a mi ver sin fundamento, que hubo tal o

cual ocasión en que pudo evitarse el conflicto y no se evito, y hasta de exigir o de pensar en exigir responsabilidades por descuidos en aperebirmos para una lucha que debió preverse.

No he de disculpar yo a los que no la previeron, a los que juzgaban imposible la guerra y segura la paz; pero alguna atenuación tiene su culpa si se atienden estas consideraciones: es la primera que parecía absurdo que sufriesen las grandes potencias de Europa, a fines del siglo tan ilustrado como el que va a terminar, el atentado contra toda razón y contra todo derecho de los Estados Unidos; y es la segunda, la inverosimilitud de que en esa misma gran República prevaleciese la opinión interesada de algunos especuladores y la pasión ciega de parte del populacho sobre el parecer de la gente honrada y decente, que no quería, sin duda, una guerra injusta y casi sin motivo ni pretexto, desde que quedó Cuba libre y autónoma, y cuyo éxito, aunque fuese favorable para la gran República, siempre había de serle harto costoso y todo lo contrario de glorioso.

Como quiera que sea, no es dable negar que se engañaron míseramente los que tuvieron la paz por segura. En guerra estamos, contra nuestra voluntad, forzados por las circunstancias, sin que nadie pueda acusarnos con justicia de presuntuosos ni de soberbios. Menester es, por consiguiente, resistir con firmeza hasta donde nuestras fuerzas alcancen para lograr, al fin, sin mucho quebranto, la paz que deseamos todos.

Cuando llegue el día dichoso en que esta paz se logre, no considero yo desacertado que para consuelo y remedio de nuestros males, y para recobrar nuestras antiguas fuerzas, tratemos de ser más industriosos, según los pacíficos a toda costa nos aconsejan.

Con frecuencia recuerdo yo ciertas frases discretas y profundas del famoso Campanella. Decía que los varios inventos, recientes en su edad, habían hecho prevalecer la inteligencia y la maña sobre la fuerza bruta, dando así a los españoles, más inteligentes y mañosos que otros pueblos, indiscutible predominio en el mundo. Entonces descubrimos, colonizamos y civilizamos la América, dominamos en Italia, quebrantamos el imperio del turco, que en toda su pujanza amenazaba a la Cristiandad, y, haciéndonos adalides y propugnadores de los altos principios que informaban y unificaban la civilización europea, hicimos retroceder el protestantismo en su marcha triunfal y avasalladora.

Tal vez si nuestro predominio duró poco fue porque también cesaron las causas a que lo atribuye Campanella. Dejaron de ser causas de predominio la inteligencia, la maña y el valor heroico. Y volvió la fuerza bruta a ser causa de predominio, ordenada ya de un modo plebeyo y rastrero, pero poderoso e invicto. La industria y el trabajo manual aumentaron desmedidamente la riqueza de otros países. Con los medios de subsistencia y de bienestar, creció en ellos la población. Cada día pudieron sostener ejércitos más numerosos. El dinero vino a ser el nervio de la guerra, cada vez más dispendiosa. La moralidad internacional se relajó y se pervirtió, en lugar de elevarse. Y los pueblos trabajaron con gran afán en sus talleres y fábricas para consumir no pequeña parte de lo producido en inventar instrumentos de destrucción más y más caros, en sostener millones de hombres regimentados y haciendo ejercicios militares y en amenazarse de continuo unos a otros, conservando con zozobra y con ruinosísimos gastos un equilibrio inestable interrumpido a me nudo por guerras sangrientas y crueles, cuyo término es multarse sin piedad unos a otros, sin que se descubra,

sino como pretexto mentiroso, el fin desinteresado y noble de que triunfe esta o aquella idea.

En esta nueva faz que ha tomado nuestra civilización no se puede negar que España ha venido muy a menos. Casi todos los españoles lo reconocen con humildad grandísima. Hasta hay no pocos que exageran tétrica y pesimistamente nuestra lamentable decadencia.

No vale ya discutir si España puede o no puede contra el colosal enemigo que se le opone. Lo que importa saber es si tiene o no tiene fe en su propio poder para continuar en una contienda tan difícil y desproporcionada.

Hay un verso del príncipe de los poetas alemanes que me enamora y seduce. Dice el verso:

Y no es esto afirmar que yo desee lo imposible. Esto es afirmar que el desfallecimiento y la desesperanza dan por imposibles muchas cosas que no lo son en realidad para quien confía. Raro es el milagro, pero no es tan raro que ya en esta edad que llaman de la razón no lleguen a darse nunca casos milagrosos. Por milagros pueden tenerse, por ejemplo, el triunfo de la primera República francesa contra Europa, coligada en su daño; el triunfo de Prusia sobre el imperio de Austria y sobre casi todos los otros estados de la disuelta Confederación germánica, y, más que nada, el éxito del Piamonte, que, humillado, multado y castigado duramente por Austria, hasta el punto que su rey muriese en la desesperación y en el destierro, viniera en brevísimo tiempo a colocarse entre las grandes potencias de Europa, a destronar a no pocos príncipes, a echar de Milán y de Venecia el águila austríaca y a enseñorearse de toda Italia unida, realizando un sueño persistente en los espíritus durante quince siglos y no realizado nunca, sino por corto número de años, bajo el duro cetro de un rey bárbaro y extranjero.

Prueba lo dicho que la voluntad y la fe hacen milagros todavía y que la creencia en ellos no es irreflexivo disparate. Pero sin fe y sin voluntad no hay milagro que valga. Nada de sobrenatural se realiza. Lo mejor entonces es resignarse y bajar la cabeza. Todavía al que escribe un mal drama o una mala novela, por carecer de la inspiración y del ingenio que se requieren para escribirlos bien, se le puede acusar de que voluntariamente y sin que nadie le obligase se hizo novelista o dramaturgo, sin ser ni Calderón ni Cervantes. Pero generales y hombres de Estado es indispensable que los haya, y si Dios no suscita ni nos envía Gonzalos de Córdoba ni Cisneros, no hay más que conformarse con lo que el país produce y esperar tranquilamente días mejores.

Malo será que perdamos ahora todas nuestras colonias o la mejor parte de ellas; pero mucho peor será que nuestro furor, si es impotente contra los enemigos extraños, hierva y se desenfrene contra y entre los propios, desgarrando tal vez en contiendas civiles el seno de la madre patria. Si la pelea contra los enemigos extraños no ha de dar fruto, procuremos que cese la pelea; mas no para empezarla entre nosotros, sino para vivir en paz y ver si recobramos las fuerzas perdidas. Todavía, por mal que quedemos y si tenemos juicio, no es de temer que el suelo que nos sustenta se hunda bajo nuestros pies. Si no esperamos triunfos, y si auguramos sólo y por lo pronto derrotas y desventuras, esperemos y creamos

siempre en la vida inmortal de la nación española y no demos crédito a los fatídicos juicios y poco lisonjeros pronósticos de lord Salisbury. Hagámonos industriales, si no atinamos a ser guerreros; probemos a los ingleses, contra la opinión de Buckle, que los frecuentes terremotos que hay en esta Península, infundiéndonos un hondo temor de Dios, no nos han hecho inhábiles para la civilización moderna; y tratemos de probar a los angloamericanos, ya que no podamos vencerlos que la Inquisición y los toros, contra la opinión de Draper, no han hecho de este pueblo un monstruo híbrido de Calígula y Torquemada, sino un pueblo que será capaz todavía de inventar máquinas tan ingeniosas como la máquina de coser, y que, en todo caso, si vuelve a adquirir las antiguas energías, será para civilizar y reducir en vida ordenada y política a las tribus salvajes, y no para exterminarlas en América o para sublevarlas contra la civilización en Filipinas, como los yanquis han hecho.

Mal nos trata Europa en la ocasión presente. Aislados y sin el menor apoyo nos deja contra un enemigo inmensamente superior. Lo que hasta ahora ha hecho, o, mejor dicho, lo que ha dejado de hacer en nuestro auxilio, implica infundado desdén, es como si nos expulsara y arrojara del gremio de los pueblos cultos; mas no por eso debemos nosotros guardar rencor a Europa, sino demostrar, cuando se agote nuestro vigor del momento para proseguir la lucha empeñada, que sufrimos con tranquila energía el presente hartamente inmerecido infortunio, y que, lejos de morir de pena o de suicidarnos por medio de convulsiones interiores, nos recogemos para sanar de nuestras heridas y para recobrar el vigor que dé en lo futuro a nuestros bríos la conveniente eficacia.

Generalizando, con sobrada vaguedad se han presentado en nuestra mente las ideas que dejamos expuestas, en momentos de ansiosa expectación para todos los españoles. En Filipinas tenemos que lamentar espantosos desastres que ya tal vez no se remedien nunca, pero en la Gran Antilla la suerte puede sernos aún menos adversa. Tal vez el aguerrido ejército que allí tenemos y los bien regimentados y fervorosos voluntarios resistan con vigor la invasión de los yanquis y logren castigarlos y escarmentarlos. Tal vez así se persuada la población belicosa de los Estados Unidos de que no es tan fácil la empresa. Y tal vez entonces toda la parte sana de aquella gran República haga eficaz su deseo de llegar a la paz, deseo que no ha de ser allí menor que entre los españoles. Algunos éxitos dichosos en nuestra resistencia, algunas ventajas inmediatas obtenidas ahora allanarían el camino para negociar una paz para España que no fuese ni muy costosa ni muy dura. Las grandes potencias de Europa, si nos viesan resistir con firmeza y defender con ahínco nuestro derecho, acaso lo reconocerían mejor, saldrían de su egoísmo e interpondrían sus buenos oficios entre nosotros y los angloamericanos para que concertásemos la paz, aunque fuese a costa de algún sacrificio de nuestra parte.

Alejado yo de la vida política activa y de las regiones oficiales, bien puedo expresar sin rodeos ni disimulos, y como singular opinión mía que a nadie compromete, el máximo de sacrificio que en aras de la paz podría hacer España.

Cuba, del todo dependiente, nada ha producido a la metrópoli, sino gastos, desazones y sacrificios desde el día en que fue descubierta hasta el día presente. Cuba autónoma, bien puede afirmarse que seguirá siendo para España no menos improductiva, aunque tal vez menos costosa. ¿Por qué, pues, no ha de consentir España en que Cuba sea independiente, si esto puede proclamarse sin desdoro, en virtud de un plebiscito en el que los habitantes de

la isla voten libremente en pro de la independencia, si es que la desean? Pronunciado este voto, y si fuese en favor de la separación, sancionándolo España, ¿qué otro motivo podía haber para que la guerra entre España y los Estados Unidos continuase?

La deuda de Cuba, de cuyo pago España es fiadora, debería seguir siendo deuda de Cuba, y no convertirse en deuda de España. Merchán y Varona y otros cubanos quieren demostrar en sus escritos que gran parte de esta deuda no es de Cuba, sino de España, porque proviene de los gastos causados por nuestra harta impolítica guerra del Pacífico, por la que nació de la impremeditada anexión de la República dominicana y por la expedición a Méjico; pero aunque estas razones fueran fundadas, bien valen las obras de civilización costeadas en Cuba por España, los monumentos, fortificaciones y edificios públicos que pertenecen al Estado español, y de los que el Estado español se desprendería, la suma que dicho Estado gastó en las ya mencionadas guerras, aun suponiendo, y ya es mucho suponer, que Cuba, mientras formó parte de nuestra nación, era extraña y no tenía que responder de tales gastos, y podía considerarlos inútiles o nocivos a sus intereses. Lo menos que podría España exigir, a trueque de la independencia de Cuba, sería que Cuba cargase con el pago de su propia deuda, ya porque dicha deuda es propia suya, ya como compensación de cuanto en Cuba es de dominio público y que el Estado español perdería.

Sin duda, la gran República, que tan fervorosamente desea la independencia de los cubanos, no pondría ya inconveniente en salir por fiadora del pago de dicha deuda, en el caso de que Cuba no pudiese pagar, caso que evitarían los Estados Unidos vigilando la buena administración de la Hacienda de la futura República cubana, la cual, pacificada y libre, prosperaría con rapidez para poder pagar los intereses de dicha deuda sin interrupción y sin apuros.

Tal es, en mi sentir, el máximo de sacrificio que en el día de hoy puede en favor de la paz hacer España. Ruinosa, terrible será la continuación de la guerra; pero si más se nos exigiese ahora para lograr la paz, ¿cómo aceptar la paz a tanta costa?

Mil veces lo he dicho: no es, en realidad, punto de honra lo que nos llevó a la guerra y lo que la mantiene. Es punto de interés y de vida. Si un hombre debilitado y ensangrentado por luchas que ha sostenido en su propia casa se ve acometido por gente de fuera que acude a robarle sus bienes, este hombre no tiene que considerar como caso de honra el luchar hasta la muerte con el nuevo enemigo; este hombre puede decorosamente ceder a una fuerza mayor y dejarse robar sin resistencia. Pero, desgraciadamente, lo que llaman Derecho internacional, y que puede haber adelantado mucho en teoría, sigue siendo letra muerta en la práctica. En la práctica apenas ha dado un paso desde aquella edad primitiva que la prehistoria llama hoy Edad de la Piedra no pulimentada. Lord Salisbury dio claro testimonio de esta verdad en un famoso y ya mil veces citado discurso. Entre individuos hay deberes y derechos. Entre naciones no hay más deber que el de someterse y resignarse a la que es débil, ni más derecho que el que da la fuerza a quien la posee.

Por lo expuesto aunque sea dolorosísimo y peligrosísimo, debemos refrenar nuestro deseo de paz y no quererla sino dentro de ciertos límites. No es sólo la conservación o pérdida de nuestras colonias lo que se aventura en la contienda. Se trata también de nuestro

derecho a la vida como nación, de nuestro crédito y valer, que no tienen otra medida que la fuerza que manifestemos y de que mostremos aún ser capaces.

En este sentido, entiendo yo que quedaríamos mejor, en más alto puesto y más atendidos y considerados en el concierto de las naciones europeas si perdiésemos las colonias después de una lucha obstinada que si las conservásemos rebajándonos.

De todos modos, y suceda lo que suceda, lo que más importa es que, no bien tengamos la paz exterior tan ansiada y tan deseable, nos amnistiemos unos a otros dentro de España o nos absolvamos mutuamente de las pasadas culpas, como si fuésemos culpados todos, sin echárnoslas en cara y sin venir al deplorable término, ora de la guerra civil y la anarquía, ora de una dictadura despótica que nos prive de libertad para darnos sosiego.

Opiniones acerca de Cánovas
Señor don Miguel Moya.

Mi distinguido y querido amigo: Me pide usted con insistencia que le escriba algo sobre las anécdotas que yo sepa de Cánovas y sobre los dichos agudos que haya oído yo de sus labios. Mucho me cuesta, casi puedo afirmar que no sé decir que no, sobre todo a personas tan amables como usted; pero lo mejor sería que yo nada escribiese sobre esto, porque, aunque yo estimaba mucho a Cánovas y él me quería bien, al menos me lisonjeo de que así era, no puedo jactarme de haber sido nunca de sus íntimos, por donde es evidente que lo que yo sepa de Cánovas todo el mundo lo sabe. Recelo, además, defraudar las esperanzas de parte del público, que tal vez espere leer una serie de epigramas cruelmente graciosos contra determinadas personas, en lo cual se supone que Cánovas sobresalía; pero como yo donde más le he tratado y le he oído ha sido en reuniones íntimas y tertulias de damas, le conozco menos por lo satírico que por lo galante, pues él lo era en extremo y tenía muy amena y apacible conversación con las mujeres, mostrándose, no duro censor, sino indulgente y blando con las que merecían censura y con las que le agradaban y entusiasmaban, que no fueron pocas, antes de su segundo casamiento, entusiasta y fervoroso panegirista.

Lo epigramático hubo de guardarlo Cánovas para otras ocasiones y lugares. Y como él, desde su primera juventud, estaba seguro de descollar y de elevarse, y como no temía que nadie le atajase el paso, entiendo yo que si él gustó de decir y dijo, epigramas, no fue por odio ni por enojo, sino por amor al arte, en el calor de la improvisación y sin la acritud que algunos de sus encomiadores le han atribuido. Quizá provenía esta actitud de que ellos aguzaban y enarbolaban las flechas que Cánovas había disparado o que más bien habían saltado de la aljaba, corriendo luego y divulgándose rápidamente, arrebatadas por el raudal copioso de las frases, agudezas, chistes con que esmaltaba los diálogos en que intervenía.

Pretenden los franceses que la lengua y el ingenio de ellos son los más propios, casi los únicos, para la causerie; pero si hubieran oído a Cánovas en español y le hubieran

entendido, sin duda que no se mostrarían tan orgullosos. Yo de mí sé decir que nunca hallé por esos mundos causeur más afluente y divertido.

No he de llegar que Cánovas solía ser epigramático. Lo que niego es la malevolencia. El epigrama se le escapaba sin querer. Recuerdo que en cierta ocasión habíamos hablado ambos con un señor que tuvo fama de discreto en sus mocedades, y que ya maduro nos parecía tonto. Cánovas habló de las interminables disputas que tienen los filósofos acerca de los destinos y esferas adonde vuela el espíritu después de la muerte, y extrañó, haciéndome reír, que nada se hubiera disputado sobre los destinos y esferas de no pocos espíritus que han residido, según opinión general, en algunos seres humanos, y que los han abandonado a lo mejor sin aparente lesión orgánica y dejándolos tontos de capirote.

En medio de los afanes y cuidados de su fecunda y activa vida política, Cánovas no ha prescindido nunca de sus aficiones literarias, y como tenía gran facilidad y tiempo para todo, ha escrito bastante de literatura y aun de ciertas cuestiones filosóficas, muy por cima de los asuntos y problemas inmediatamente prácticos, por no calificarlos de menudos, que suelen preocupar a los políticos en España.

No es mi ánimo exponer y aquilatar aquí el mérito de Cánovas como literato, pensador, historiador, crítico y hasta poeta. Básteme decir que su extraordinario valer como fácil, brillante e imperioso orador y sus altas prendas de hombre de Estado, han contribuido a eclipsar las otras facultades especulativas que él poseía y hasta han estorbado que las ejercite asiduamente, sacando de ellas mayor abundancia de sazonados frutos. Añádase a esto que el enconado espíritu de partido y tal vez la envidia de ver a Cánovas en la más elevada posición, han pervertido el criterio de muchos juzgando a Cánovas como escritor, casi siempre con severidad extremada y muy a menudo con injusticia patente y absurda.

Sin duda que él tenía un defecto; pero este defecto se ha hecho constar con sobrada acritud y se ha exagerado. Extraño parece, pero es, sin embargo, muy frecuente en personas como Cánovas, de tan prodigiosa afluencia y energía de palabra, la cual brotaba de sus labios semejante a inexhausto venero y a raudal impetuoso, que parezcan al escribir algo enmarañadas en el estilo. Pero hay que notar que la tal maraña no suele estar en el que escribe, sino en el que no sabe leer, y, sin embargo, lee. Del mismo defecto, y con menos razón todavía, se acusaba a don Antonio Alcalá Galiano, siendo en este caso más evidente aún la culpa de los lectores, porque algunos años hace, escribir castizo era más raro que hoy, y la generalidad de las gentes, cuando leían algo en castellano puro, se enredaban y hasta llegaban a no entenderlo, como si leyesen en griego o en hebreo. La culpa de Cánovas en esto del estilo, pues yo no he de negar que como escritor tenía alguna culpa, nacía del sobrado esmero, de su anhelo de perfección en la forma y de su afán de ser pulcro y atildado. Si Cánovas no hubiese corregido nunca las pruebas de imprenta y hubiese confiado esta tarea a cualquier secretario suyo, su estilo nos parecería a todos mucho más natural y espontáneo. Al corregir las pruebas, no he de negar yo que él lo viciaba un poco. Aun así, la mayor parte de sus obras, y singularmente las políticas, históricas y filosóficas, se leerán siempre con agrado, hallando en ellas quien sea capaz de entenderlas, sutiles y profundos pensamientos y el sello magistral de una inteligencia alta y clarísima y de un saber nada común, adquirido por el estudio.

No he de sostener yo que fuese Cánovas muy notable poeta; pero él no pretendió serlo tampoco. Su galantería de hombre de mundo, el afecto vehemente con que solía prendarse de algunas mujeres y su constante amor a todo lo poético en la forma y en el fondo, le inspiraron algunos versos, contra los cuales se han lanzado, sin fundamento, mil injurias. Y esto, si en absoluto es injusto, lo es mucho más cuando se consideran sin pasión las desmedidas alabanzas que se prodigan a tantas vulgaridades y prosaicas y ramplonas simplezas como en versos se componen. Ciertamente que los versos de Cánovas, aunque Cánovas careciese de estilo poético, tendrían que ser mejores que no pocos de los que hoy se elogian, como obra, al cabo, de una persona discreta, instruida, y cuyo entendimiento ve con claridad las cosas, y cuyo corazón es capaz de sentir y de apasionarse con la mayor energía.

Puede que alguien me acuse de sobrado parcial de Cánovas; pero mi parcialidad favorable dista infinito de igualarse a la desfavorable parcialidad con que Cánovas ha sido tratado.

Yo, aunque separado de él en política, no olvidaré nunca la buena correspondencia y los favores que le debo literariamente y como particular amigo. Hace ya medio siglo que le conozco. Empecé a verle y a tratarle en casa de su tío don Serafín Estébanez Calderón, a quien yo admiraba mucho y me complacía en llamar mi maestro. Cánovas y el piadoso y erudito don Francisco Javier Simonet, muerto poco ha en Madrid, eran considerados por mí como condiscípulos.

Desde entonces han sido constantes, aunque no frecuente, mis amistosas relaciones con Cánovas. Me complazco en recordar que él escribió en 1858 un artículo encomiástico del tomo de versos que publiqué entonces; que en 1867 hice yo de Cánovas un breve panegírico, al contestar a su discurso de recepción cuando entró en la Real Academia Española; que él escribió y autorizó con una introducción elegante y benigna mis cinco primeras novelas, publicadas en la colección de don Mariano Catalina; que más tarde tuve el gusto de dedicarle mis Cartas americanas, y que, por último, sé yo que él leía y celebraba mis escritos con bondadosa indulgencia, lo cual, aunque parezca extremado candor en mí el declararlo, me lisonjeaba en extremo. Así es que Cánovas era quizá la primera persona a quien yo enviaba un ejemplar de todo libro mío, no bien salía de la imprenta. Recientemente le había enviado hasta cuatro. Y yo me forjo la ilusión de que no entraban mis cuatro libros en el número de los trescientos que, cuando él hizo dimisión la última vez, tenía por leer sobre su mesa. De seguro que, por lo menos, los había hojeado, o quién sabe si los había leído a medias.

Es singular: donde y cuando yo viví más constante y amistosamente con Cánovas fue en los mismos baños de Santa Águeda, en 1868, poco antes de estallar la revolución que arrojó de España a los Borbones. Allí fuimos rivales de una rivalidad muy inocente. Cánovas capitaneaba una compañía para hacer charadas en acción, y yo capitaneaba otra. Las dos primeras damas de nuestras compañías eran Anita Becerra y mi hermana la marquesa de Caicedo. Y no faltaron ocasiones en que, al representar aquellos dramas fingidos, alguien tuviese que matar a Cánovas. ¿Quién había de pronosticar entonces, entre las personas que allí asistíamos, y cuyos retratos conservo en fotografía, formando grupo que Cánovas, veintinueve años después, había de morir de tan desastrada aunque gloriosa muerte?

He tratado y hablado a Cánovas lo bastante para creerme autorizado a negar cierta mala condición de carácter de que no pocas personas le acusan. Siendo de advertir que la tal mala condición es muy común entre los hombres, y casi siempre con menos disculpa y motivo que en Cánovas, dado que él la tuviese. Hablo de la estimación en que se tiene cada uno, la cual, si se emplea y consume toda en estimarse uno mismo, no nos deja ni un átomo de ella con que estimar a los otros, de donde nace el desdén y el desprecio con que miramos a los que nos rodean, a la nación a que pertenecemos y a veces a todo el humano linaje, salvo el individuo excepcional y teratológico que en nosotros vemos. Digo con franqueza que nunca advertí que resaltase este defecto en Cánovas, aunque, según dejo expuesto, es defecto muy humano y tan particularmente propio de los españoles, que de él, en mi sentir provienen nuestras mayores desventuras. Como ya lo declaraba el insigne poeta Camoens, los españoles somos

De aquí, natural y forzosamente el echarnos unos a otros la culpa de cuantos males ocurren: el regionalismo, el separatismo y las interminables guerras civiles. Como cada cual cree que por sí solo vale mucho, imagina que para su prosperidad, su grandeza y su gloria le estorban los demás, con quienes está unido, y se empeña o en separarse de ellos, o en dominarlos por la fuerza. El defecto es, pues, muy español, haciéndolo más odioso la hipocresía con que procuramos encubrirlo, dando en público hiperbólicas alabanzas a las mismas personas, instituciones y colectividades a quienes en secreto vilipendiamos. No gustamos del término medio. Cuando la rabia no nos arrastra a injuriar desafortunadamente, alabamos por tan pomposo estilo, que la alabanza parece burla: todo poeta es pasmoso; todo general, invicto; todo literato, eximio, y todo catedrático, un pozo de ciencia, salvo el decir luego en voz baja que no hay uno que valga para su oficio y que no sea un majadero.

Ahora bien: yo creo que Cánovas carecía de esta doblez, que elogiaba con moderación y con pulso, juzgando de las personas y de las cosas del mismo modo en voz alta que en voz baja, en público que en privado. Y no se complacía tampoco en adular ruinmente a las colectividades, poniendo por las nubes, ya al pueblo, ya al Ejército, para buscar el apoyo del uno o del otro. Y no sacaba de continuo a relucir nuestros laureles de Garellano, Pavía, San Quintín, Otumba y Lepanto, para ensoberbecer vanamente al vulgo y para hacerle creer que nuestra decadencia y postración de ahora dependen sólo de unos cuantos malos gobernantes que hemos tenido. Cánovas creía que las raíces del mal eran más hondas y que las naciones tienen de ordinario, ni más ni menos, el Gobierno que merecen.

Y como él era gubernamental y algo autoritario, defendía de no pocas inculpaciones a los gobernantes, no sólo del día, sino también de aquella edad en que se supone que ellos, con sus vicios, torpezas y maldades, causaron la rápida decadencia de nuestro Imperio.

A la verdad, yo no me atreveré a sostener que Narváez, O'Donnell, Prim, Serrano, Sagasta o el mismo Cánovas, valgan tanto como Cavour o como Bismarck, que son los dos hombres políticos que han hecho cosas más grandes en estos últimos tiempos; pero sí me

inclino a creer que si cualquiera de ellos hubiese venido a gobernar a España no se hubiera lucido mucho más que nuestros ya citados y egregios compatriotas.

¿En qué consiste esto? Yo no quiero ni debo creer en el acaso. Creo, no obstante, en leyes providenciales que se sustraen a toda previsión humana y por cuya virtud se suceden los casos, y suben o se abaten los pobres de la Tierra, sin que dependa todo del entendimiento y de la voluntad de los hombres que dirigen aquellos poderes.

Cánovas (y no pocas veces, y más que nunca en Santa Águeda, he discutido con él sobre esto) era para las colectividades menos determinista que yo: creía menos que yo que el curso de los sucesos fuese tan independiente de la voluntad humana como el de los astros; en el mal éxito y en el bueno, hacía entrar como factor más al valer que a la fortuna. No dilucidaré aquí sobre quién, él o yo, estaba más en lo cierto. Lo que sí confesaré es que su doctrina era más dura que la mía, cruel acaso, pero útil. Y no por seguir esa doctrina, aunque la hubiera extremado mil veces más, debemos tildar a Cánovas de carencia de patriotismo. Para las nobles empresas no suele nadie salir del letargo con caricias y lisonjas, sino con amonestaciones severas.

No fue adulando a su nación, sino censurándola ásperamente, como Parini, Leopardi, Foscolo, Balbo, el mismo Cavour y tantos otros, la despertaron, moviéndola a formar la unidad con que soñaba en vano desde los tiempos del rey bárbaro Teodorico, y a transformarse, de mera expresión geográfica, en potencia de primer orden. Cánovas, por consiguiente, lejos de ser poco patriota, lo era tanto como ellos, cuando, por dicha, formaba de España menos favorable concepto del que formamos todos en público, aunque en secreto, por desgracia, y esto prueba nuestro hipócrita abatimiento, cualquiera es más maldiciente que él y más desesperado.

Veo que, en vez de contar chistes y anécdotas de Cánovas, me he metido en honduras que usted no me pedía. Esto tiene un remedio: rasgue usted mi carta y no la publique. Casi preferirá que así sea su afectísimo amigo.

Prologo de la obra «Vida de Carlos III»
Escrita por el conde de Fernán-Núñez

Con sobrada razón nos quejamos a menudo del errado y poco favorable concepto que forman los franceses de las cosas de España. En efecto, la generalidad de las gentes en Francia sabe muy poco de España y nos trata mal. Contribuye a esto la turba de escritores populares, novelistas, poetas y viajeros, que todo lo ven en nuestro país a través de un prisma que lo tuerce y lo cambia y que, hasta cuando quieren alabarnos, nos adornan o nos revisten de una originalidad grotesca, que es casi peor que el vituperio desenfadado y terminante. Víctor Hugo, Teófilo Gautier, Alfredo de Musset, el marqués de Custine, Dumas y el mismo Zola, han fantaseado una España extravagante de toreros, majos,

mujeres con puñal en la liga y curas y frailes lascivos, todo ello en una escena de un país desolado, pobre, sin árboles y sin hierba e infestado de un olor a aceite rancio que llena el aire desde que se pasan los Pirineos.

Esto es lo que el vulgo francés piensa de España, si de España algo piensa. De nuestras artes y de nuestras letras, han oído hablar de Cervantes, de Calderón, de otros dos o tres autores dramáticos, y de Murillo, de Velázquez y tal vez de Goya. Hablan también mucho y abominan más, sobre todo si presumen de ilustrados, del fanatismo español, de la Inquisición, de los muchos judíos y herejes quemados vivos, de la miseria de nuestros hidalgos y de la soberbia con que se envuelven en sus harapos hasta para pedir una limosna. Los escritores franceses del siglo pasado son los que más se han encarnizado contra nosotros. El señor Massón, que escribió el artículo España de la Enciclopedia, es quien lleva a mayor extremo la diatriba.

Es muy singular y contradictorio, mirado superficialmente, que, a pesar de lo dicho, sea posible citar no pequeño número de autores franceses que conocen tan bien nuestra historia, nuestras costumbres, nuestra civilización y todas nuestras cosas como los más doctos españoles; pero estos autores serios son los menos leídos en Francia. Dumas o Gautier tienen millones de lectores, mientras que Puibusque, Dámaso Hinard, Antonio de Latour, Vielcastel, Puymaigre, Rossiew de Saint-Hilaire, Gounon-Loubens, Jurien de la Gravière, Pablo Rousselot, Próspero y Ernesto Mérimée y otros discretos hispanófilos, sólo son estudiados por pocas personas eruditas y curiosas.

En el día descuella entre estos hispanófilos, tal vez como el más profundo conocedor del idioma, de la historia y de la literatura de nuestra nación, el señor Morel-Fatio. Entre muchos trabajos que ha dado ya a luz, son claro testimonio de lo que decimos sus Estudios sobre España.

En el primer tomo de estos Estudios hay uno que trata del asunto que tocamos rápidamente al empezar este escrito: el concepto que en Francia han formado de España desde el siglo XV, o desde antes, hasta ahora. Durante los siglos XVI y XVII, a pesar de la rivalidad que entre ambas naciones había, el concepto ha sido casi favorable; y, por el contrario, durante el siglo pasado, cuando casi siempre estábamos unidos y reinaba la misma familia real en ambos países, es cuando más los franceses se han desencadenado en diatribas contra nosotros, creyendo, sin embargo, que ellos tenían la misión de civilizarnos, de pulirnos y de sacarnos de la barbarie y del atraso en que habíamos caído.

Nuestra decadencia, a fines del siglo XVII, es lastimosa y evidente a todas luces. La causa de ella es harto difícil de explicar, y lo que han dicho para explicarla no pocos autores no satisface ni convence. Como quiera que sea, durante el siglo XVIII hubo en España como un renacimiento, como un esfuerzo para salir de la pasada postración. Los franceses creían que esto era debido al influjo de ellos, y en España, a fuerza de oírlo y de leerlo, llegamos a creerlo también. Vino después una reacción patriótica. Tal vez las guerras napoleónicas produjeron por toda Europa el efecto contrario al que los franceses querían producir. Todos admirábamos, imitábamos y seguíamos a los franceses, algo olvidados y aun desdeñosos de nuestro propio ser; pero la ambición de Francia hizo revivir con más brío que nunca el sentimiento de las nacionalidades, así como en Alemania, en España.

Mirado ya el siglo XVIII con este nuevo criterio de nacionalidad exclusiva, en combinación, además, con el sentimiento y con las doctrinas del romanticismo que vino más tarde, nos hizo creer que hubo durante el siglo XVIII menos originalidad que nunca en España; que todo lo que era español estaba dormido o aletargado y que lo que vivía y brillaba era un remedo del pensamiento y del saber de Francia. De aquí que hayamos nosotros despreciado y estudiado poco nuestro siglo XVIII como nada castizo. Considerado esto con menos pasión, no han faltado escritores que nos han hecho comprender la injusticia con que mirábamos nuestro modo de ser en el siglo pasado, respecto a la literatura, señalándose entre ellos el marqués de Valmar en la erudita historia que ha escrito de ella como introducción a los poetas del siglo XVIII en la colección de Rivadeneyra.

Como en España se han escrito pocas Memorias, género de literatura que tanto abunda en Francia, sabemos poco del trato social y de las ideas y costumbres de nuestros abuelos, y lo poco que sabemos suele ser por relaciones de viajes y por noticias de autores franceses, que rara vez nos lisonjean.

El señor Morel-Fatio ha hecho a esta parte, en el día tan esencial de la historia en España, un señalado servicio con la publicación del precioso segundo tomo de sus Estudios.

Este segundo tomo contiene la obra que da ocasión a la publicación del presente libro. El príncipe Manuel de Salm-Salm, cuya hermana era mujer del duque del Infantado, vino a servir como militar al rey de España y contrajo íntima amistad con don Carlos Gutiérrez de los Ríos, sexto conde de Fernán-Núñez. Los dos amigos mantuvieron, cuando estaban ausente el uno del otro, una correspondencia de cartas que duró muchos años. El príncipe de Salm-Salm pasó a servir al rey de Francia, Luis XVI, dejando el servicio de España. Cuando sobrevino la Revolución, el príncipe, que mandaba en Francia un regimiento, tuvo necesidad de emigrar y sus papeles fueron secuestrados, conservándose casi todos ellos en las bibliotecas y archivos públicos de París. El señor Morel-Fatio ha encontrado entre estos papeles multitud de cartas del conde de Fernán-Núñez y, además, algunas de sus otras obras.

Las cartas, que evidentemente jamás pensó su autor en que habían de ser publicadas, están escritas con notable sencillez y naturalidad de estilo y con una franqueza y un abandono familiar que las hace más interesantes. Estas cartas, sin embargo, a pesar de lo bien escritas que están, no serían de fácil lectura para la generalidad de los lectores, poco o nada al corriente de las personas que las cartas citan y de los sucesos a que aluden. El señor Morel-Fatio, uniendo, a su diligencia y erudición paciente de investigador, el arte y el buen gusto de escritor elegantísimo, ha puesto en orden las cartas, o, por mejor decir, se ha valido de ellas, engarzándolas en un comentario, y ha compuesto así un libro amenísimo, una divertida narración que tiene todo el atractivo de la novela y que además nos traslada en espíritu al siglo pasado y nos hace vivir en medio de la sociedad más elegante y aristocrática de las cortes de Madrid, París y Viena, y nos da a conocer los usos, las costumbres, no pocas intrigas amorosas y políticas, las creencias y el modo de ser de la grandeza española, de los príncipes de Austria y de otros puntos del Imperio alemán, y de notables señores franceses, inmediatamente antes de la Revolución.

El conde de Fernán-Núñez escribiendo tiene el encanto del hombre de gran mundo y de talento que no tiene por oficio escribir, que se ha ocupado en negocios públicos y que los explica y trata de ellos con una claridad y una concisión que tal vez el literato y escritor de oficio, poco práctico en estos negocios, no llega a encontrar nunca.

La lectura de las cartas y del comentario a que las cartas dan lugar, inspirarían el deseo, aunque el señor Morel-Fatio no nos excitase a que lo tuviésemos, de ver publicadas la Vida de Carlos III y la Memoria de la expedición a Argel, que puede considerarse como complemento de dicha vida, obras que el conde de Fernán-Núñez escribió y que han permanecido inéditas hasta ahora. De ambas obras, y singularmente de la Vida de Carlos III, se han aprovechado ya y han tomado bastante algunos historiadores, como, por ejemplo, don Antonio Ferrer del Río; pero estas citas, lejos de hacer menos deseable la publicación íntegra de las obras de que se han tomado, despiertan mayor curiosidad de conocerlas por completo.

En cierto modo, es una casualidad que yo intervenga en la publicación de este libro. Escribí a Morel-Fatio contándole que di noticias a la actual duquesa de Fernán-Núñez de que él acababa de publicar las cartas del antepasado de ella, con un tan discreto comentario, que no sólo nos pintaba su vida, sino que nos ofrecía un cuadro fiel y agradabilísimo de la alta sociedad española y francesa de entonces. La duquesa quiso ver el libro que acababa de llegar a Madrid, y yo tuve el gusto de enviárselo. Con mucho placer lo leyeron la duquesa y asimismo su hija la de Alba, tan aficionada y entendida en cosas de Historia. Cuando Morel-Fatio supo todo esto se alegró y se sintió lisonjeado, y me dijo que, pues yo conocía a ambas duquesas, me rogaba les pidiese permiso para publicar la Vida de Carlos III, que hiciese yo sacar copia del manuscrito original, que está en Londres, en el Museo Británico; que buscase en Madrid un editor, y que él se encargaría de ilustrar la Vida con notas y apéndices, publicando asimismo, como complemento, la Memoria sobre la expedición de Argel.

Editor, hallé pronto. Don Fernando Fe se prestó gustoso a publicar la obra en la colección titulada Libros de antaño, y ambas duquesas tuvieron la bondad de darme la venia para la publicación. Es más: no fue menester escribir a Londres para sacar la copia de la Vida. En casa de Fernán-Núñez tienen un manuscrito de ella, y ambas duquesas hicieron sacar copia y me la entregaron. Estos escritos del conde de Fernán-Núñez, merced al esmero y al saber del dicho señor Morel-Fatio, auxiliado del laborioso e inteligente bibliotecario señor Paz y Meliá, están ya tan bien y tan correctamente impresos e ilustrados con las notas que requieren o conviene que lleven, que un prólogo mío es casi inútil. ¿Qué puedo decir yo que no esté ya dicho? Y, sin embargo, esta obra, considerada y estudiada en unión con la obra anterior de las cartas del conde de Fernán-Núñez y del discreto comentario del escritor francés, dan ocasión a tantas y a tan importantes consideraciones, que no sólo un breve prólogo, sino un largo discurso pudiera escribirse sobre ellas.

La figura del conde aparece, más que como en retrato, como en fiel espejo en las cartas y en la Vida misma, donde con tanto candor, con tanta sencillez de estilo y con tanta nobleza elogia a su querido soberano, sin que por eso su espíritu pierda la libertad y sin que su juicio se tuerza o se debilite para juzgar y estimar los sucesos de aquel reinado.

El modo de pensar y de sentir de los hombres toma inevitablemente cierta dirección y cierto carácter en cada época, casi con completa independencia de lo que puedan decir o de lo que digan los grandes escritores, que parece como que dirigen el movimiento de las ideas y que, sin embargo, no son acaso sino aquellos que aciertan a reflejarlas y a expresarlas con más claridad, elegancia y energía. Quiero decir con esto, sin negar la preponderancia intelectual de Francia en el siglo pasado, como la tuvo antes y como la tiene ahora, y sin negar tampoco el poderoso influjo de los enciclopedistas, de Rousseau y sobre todo de Voltaire, que había algo en el ambiente espiritual del siglo pasado que inspiraba a los hombres el sentimentalismo, la filantropía, la tolerancia religiosa, una filosofía llana y rastrera, casi sin metafísica, y tal vez, a menudo, cierta propensión anticristiana y hasta antirreligiosa. De esto último se salvaron en España los espíritus. Hubo menos irreligión de lo que se piensa; pero hubo tolerancia y cierto filosofismo sentimental. Tal vez nuestros nobles y grandes señores, sobre todo cuando iban a Francia, presumían de irreligiosos más de lo que eran, y luego se arrepentían de haber presumido. Iban en peregrinación a visitar a Voltaire, porque era moda, pero con menos entusiasmo del que los anima hoy cuando van a Lourdes. Los franceses han tenido siempre el arte de atraernos, ya de una manera, ya de otra.

Bien puede afirmarse que el conde de Fernán-Núñez es un verdadero dechado del gran señor y noble caballero español de aquel siglo, así como su rey, a quien el conde retrata con tan cariñoso esmero, es el verdadero dechado de los reyes filántropos, benignos y profundamente convencidos de que la divina Providencia, al colocarlos en tan elevada posición, les prescribía el deber ineludible de velar por la felicidad de sus vasallos; de procurar su bienestar material con el fomento de la agricultura, la industria y el comercio; de desenvolver la general instrucción y la moralidad pública, fundando escuelas y facilitando por todos los medios la divulgación de los conocimientos científicos y todo linaje de buenos estudios; y de promover el esplendor elegante y la magnificencia de la patria, protegiendo la literatura y las bellas artes. Lo que Carlos III hacía en mayor escala, erigiendo hermosos y magníficos monumentos, construyendo caminos y canales, creando fábricas, favoreciendo a los artistas y a los escritores y afanándose porque todo floreciese en España, era lo que el conde, imitando a su rey, hacía en menor escala en su estado de Fernán-Núñez, sin dejar por eso de prestar su auxilio, como no pocos otros ilustres validos y favorecidos del rey, el benéfico impulso que éste daba a la civilización española. Y no puede tildarse este impulso de poco castizo, de inspirado por las ideas francesas y de imitación servil de lo extranjero. En consonancia estaba España con el pensamiento general de Europa y con la corriente de ideas del siglo XVIII; pero, movida por esta corriente, jamás se dejó arrebatar por ella hasta olvidarse de su propio ser y de su glorioso pasado, defendiéndolo contra injustos ataques, como los de Massón, Betinelli y Tiraboschi en los elocuentes y apasionados escritos de Forner y de los abates Serrano, Andrés y Lampillas. España, a pesar de ferrocarriles y de telégrafos, fuerza es confesarlo, se halla hoy más remota que entonces del concierto europeo. Menos aislada que en el día estaba entonces del resto del mundo, sin que por eso hubiese solución de continuidad en su cultura y desapareciese en punto alguno la propia inspiración de su genio.

Nuestros poetas líricos y épicos y nuestros juriconsultos y hombres políticos siguieron siendo originalmente españoles, y hasta en el teatro, donde siempre influye más la moda, donde las reglas y preceptos franceses se hicieron sentir tan tiránicamente que nos llevaron

al extremo de despreciar nuestros grandes dramaturgos del siglo XVII, se sostuvo y perseveró la originalidad antigua, aunque modificada para no ser anacrónica, y resplandeciendo en las obras de García de la Huerta, de don Ramón de la Cruz y, posteriormente, de don Leandro Fernández de Moratín y del gran Quintana.

Al leer la Vida de Carlos III, escrita por el conde de Fernán-Núñez, se siente la suave impresión de algo apacible y bondadoso. España, señora aún de inmensos territorios, es respetada y considerada entre las primeras naciones del mundo. Por todo él prevalece el antiguo régimen todavía. Y entre nosotros este antiguo régimen da lucida muestra de sí, merced a un monarca a quien no podemos calificar de grande ni de genio, pero sí de bienhechor, de excelente. Así como en Roma se deseó para todo príncipe que fuese más feliz que Augusto y mejor que Trajano, bien hubiera podido desearse entre nosotros para cualquier rey la felicidad de Isabel y de Fernando, y como bondad la de Carlos III.

Comprendiéndolo así, el conde de Fernán-Núñez lo deja curiosamente expresado en uno de sus planes o proyectos. Este plan, que tiene más que ningún otro de los del conde el sello y carácter del siglo pasado, es el de una especie de juicio de reyes muertos, a semejanza de los juicios de Egipto y del Panteón, en que el conde quería colocar las estatuas de los reyes que, después de juzgados, se considerase que las merecían. Él era fervorosamente monárquico; pero no se puede decir que fuese adulator. Claro está que a los Reyes Católicos les da estatuas; a Carlos V, también; a Felipe II ya con menos entusiasmo. De los otros reyes de la Casa de Austria sólo deja las peanas, y, por último, eleva la mejor estatua, y no sin razón, a su muy amado monarca.

Al contemplar nosotros su valer moral y político en el retrato fiel, aunque trazado por mano amiga, que este libro ofrece, en esta vida suya, con tanta sencillez y sinceridad contada, y en su reinado, cuyo término casi coincide con el comienzo de la terrible y grande Revolución francesa, nos asalta duda semejante a la que surge en nuestro espíritu al pensar en el Renacimiento y en el brillante y glorioso reinado de aquel Sumo Pontífice que dio nombre a nueva edad casi en el punto en que empezaba la Reforma protestante. Rompiendo el lazo que unía a las naciones cristianas, negando o desconociendo el principio superior que informaba la civilización europea y le prestaba unidad armónica, y haciendo brotar enemistades, persecuciones crueles y prolongadas y sangrientas guerras, tal vez el protestantismo retardó el progreso en lugar de acelerarlo, e hizo que esta civilización europea se apartase del punto a que anhelaba llegar, crease dificultades y peligros y se expusiese más a perderse, dando un salto mortal y tomando por el atajo, que yendo a paso lento por camino trillado y seguro. De la misma suerte, si miramos la pintura del antiguo régimen como Fernán-Núñez nos la presenta de buena fe en su Vida de Carlos III, y si comparamos aquella paz relativa con el desorden, tumulto y estrago que sobrevino a poco nos parece que un suave idilio se cambia en tragedia horrorosa y que se retarda, en vez de acelerarse, el movimiento de las sociedades humanas hacia más altas esferas de ilustración, de paz, de igualdad posible, de libertad y de justicia. El rápido encumbramiento de algunos despierta y solivianta la ambición de todos; el triunfo de la clase media mueve la envidia en el proletariado y hace germinar absurdas doctrinas de nivelación radical o de venganza y exterminio; y las victorias de la Revolución y del déspota nacido de ella reavivan la enemistad y las rivalidades de los pueblos y el espíritu belicoso, y difunden entre las gentes, con vigor y descaro insólito, la convicción de que no hay más derecho que la fuerza. Es

verdad que los hombres, valiéndose de artes útiles y de nuevas e ingeniosas invenciones, elaboran hoy inmenso cúmulo de productos; pero al ver y codiciar las enormes riquezas reunidas en pocas manos, la miseria de la gente trabajadora es esfinge que, lejos de morir, se agiganta, que pone mayor grima que nunca y que plantea pavorosos problemas. Entre tanto, la desconfianza de unas naciones contra otras apenas conserva la dispendiosa paz, manteniendo millones de hombres y empleándolos sin otro provecho que amenazas y preparativos para titánicos duelos a muerte. De aquí que todo ciudadano se vea obligado a empuñar las armas y a costear su importe y el gasto que ocasionan, malográndose así la suspirada paternal concordia y la dulce libertad por la que tanto se ha combatido. Con la difusión pacífica de las luces y con el pausado adelanto y modificación de leyes y costumbres, ¿no se hubieran logrado mejor que revolucionariamente la extirpación de abusos, la atenuación en el rigor y crueldad de las penas, la desaparición de no pocos defectos de que el antiguo régimen adolecía, y el advenimiento de la libertad y de la fraternidad verdaderas?

Tales son los pensamientos y las dudas que sugiere este libro del conde de Fernán-Núñez, inspirado por la gratitud y por el cariño respetuoso a su bienhechor y a su príncipe, y tan candorosamente escrito. Pero la noble pasión que mueve la pluma del conde no le ciega ni le impone silencio para ver y censurar, sin menoscabo de la veneración que debía a su rey y culpando a sus consejeros responsables los errores, las faltas y hasta los delitos que afearon aquel reinado. Sea ejemplo de esta franca imparcialidad del conde el generoso ardor con que censura la expulsión de los jesuitas; da testimonio de que nunca enseñaron doctrina contraria al orden público y a la legítima constitución de los poderes, y, sobre proclamar la inocencia de los padres de la Compañía, celebra la gloria que para ellos y para su nación alcanzaron en Italia, el ingenio y el saber de que dieron tantas y tan admirables pruebas y el patriotismo que mostraron ensalzando y defendiendo a la nación que con tan ruda violencia los había expulsado de su seno.

Muchas otras justísimas alabanzas, si no temiese pecar de prolijo, me complacería yo en consignar aquí, así para la Vida de Carlos III como para el talento y el carácter de su autor el conde de Fernán-Núñez. No se extrañe, pues, la satisfacción de amor propio que siento yo por haber contribuido a la publicación de obra tan útil e interesante, lo cual no me impide reconocer que mucho mayor merecimiento es el de los señores Morel-Fatio y Paz y Meliá, que tan sabia y elegantemente la ilustran. Y es mayor, en mi sentir, el merecimiento del señor Morel-Fatio, porque, siendo extranjero, escribe con facilidad y elegancia nuestra lengua y ha compuesto y publicado en francés el libro de que hablé ya, con la correspondencia de Fernán-Núñez y de Salm-Salm, y que fue como precedente y fundamento de esta obra española que viene a completarlo.

De todos modos, el señor Morel-Fatio, el señor Paz y Meliá y yo también, aunque apenas he tomado parte en el trabajo, porque si al principio serví de estímulo, he sido después, por mi desidia, estorbo y rémora para que se logre, los tres estamos profundamente agradecidos y nos complacemos en encomiar a la amable duquesa de Fernán-Núñez, tan celosa del honor y de la gloria de su linaje, y a su simpática hija, la gentil y elegante duquesa de Alba, que acrecienta el valer de las mismas prendas con su amor a los estudios históricos y con los preciosos libros que ha publicado. Ambas señoras, accedieron generosamente a mis ruegos, no bien acerté a expresarlos; hicieron sacar con

prontitud, y me entregaron, copia de los manuscritos; manifestaron vivísimo interés en su publicación, y dieron al señor Paz y Meliá franca entrada en los archivos de su ilustre casa para que investigase cuanto pudiera importar y adornase y completase con curiosas noticias el texto de la obra principal, que, al fin, sometemos al público, esperando merecido aplauso póstumo para su autor, justos elogios para el sabio extranjero que tan bien conoce y estima nuestras cosas y benévola aprobación y favorable acogida para nosotros, los editores españoles.

Las conferencias de la Paz

- I -

Muy pronto se cumplirán diecinueve siglos desde aquel instante en que acudieron reyes y pastores a prestar rendida adoración al recién nacido Salvador del mundo, y en que se abrieron los cielos y bajaron los ángeles a celebrar el venturoso nacimiento cantando en coro: «Gloria a Dios en las alturas, y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.» La paz, sin embargo, no se ha logrado todavía. Las guerras siguen siendo frecuentes y tremendas. Y como los artificios bélicos y los medios de destrucción son cada vez más eficaces, ingeniosos y complicados, no se puede decir que las guerras cuesten en el día menos sangre y menos dinero que en las edades pasadas, ni que, a pesar del refinamiento de la cultura y a pesar de la humana y fraternal suavidad de las costumbres, sean hoy los estragos mucho menores.

Debe, con todo, consolarnos cierta previsión optimista, fundada en el examen de la situación actual de los diversos pueblos que componen el linaje humano.

No seré yo quien niegue la unidad y hasta cierta igualdad en los seres de nuestra especie; pero no puedo negar tampoco, sin investigar aquí las causas, que ha habido y hay razas superiores que prevalecen sobre las otras, y que parecen destinadas a dirigir las y a ejercer sobre ellas civilizador y benéfico dominio. Desde hace cerca de tres mil años estas razas pueden asegurarse que tienen asiento en Europa, y por misión extender su imperio, sus leyes y su influjo sobre las demás gentes, lenguas y tribus.

Importa poco a nuestro propósito el decidir aquí si las naciones de Europa son superiores a las otras porque son cristianas, o si son cristianas porque son superiores. Bástenos afirmar la superioridad, hoy indudable más que nunca. El Imperio romano tuvo en contra multitud de pueblos bárbaros, que, al cabo, lo destruyeron, y poderosísimos reinos que rivalizaban con él y que se formaban en Asia, como el de los sasánidas, por ejemplo.

Cristianizados más tarde los bárbaros, constituyendo reinos europeos e informados del espíritu cristiano, todavía Europa tuvo que luchar largo tiempo por el predominio. El éxito de la lucha estuvo muy dudoso. El islamismo, primero, bajo la hegemonía de los árabes, parecía capaz de triunfar y prevalecer sobre la Cristiandad toda. Y más tarde, turcos y

mogoles, creando en Asia grandes imperios, amenazaron con frecuencia a Europa, invadieron gran parte de ella, subyugaron naciones nobilísimas y hasta pusieron el centro de su rudo poderío en los mismos lugares que habían sido brillante foco de la civilización cristiana.

Harto se comprende así que toda Europa estuviese en armas durante siglos, preparada siempre a la guerra y apercebida a defender su preponderancia.

En el día todo ha cambiado por completo. Las naciones de Europa no pueden temer ya ni a los bárbaros del Norte, que se hicieron cristianos y cultos, y que son hoy la mejor parte de ellas, ni mucho menos tienen que temer a los árabes, a los turcos, a los mogoles ni a ningún otro pueblo idólatra o mahometano.

El Primado de Europa no puede estar más seguro. Sus hijos han dilatado su poder por antes no surcados mares y por islas y continentes inmensos, desconocidos antes, y donde florecen hoy colonias y repúblicas, cuyos ciudadanos llevan nuestra misma sangre en las venas, participan de nuestras mismas creencias y doctrinas y hablan nuestros mismos lenguajes.

Fuera del conjunto de naciones cristianas, ya europeas, ya procedentes de Europa, no hay en el día más que el Japón que pueda considerarse como poderosa y materialmente civilizada. No hay, pues, quien rivalice con las potencias cristianas. Sólo en muy remoto porvenir puede columbrarse peligro imaginando que se apodera de los chinos un entusiasmo guerrero y conquistador de que hoy distan mucho, y que los chinos adquieren la inteligencia y la astucia conducentes a hacer que ese entusiasmo produzca efecto, valiéndose diestramente para ello de la maquinaria destructora que los europeos emplean en el día en los combates. Si esto ocurriese, si esto fuese posible, la contienda sería espantosa y harto dudoso el triunfo definitivo, ya que todos los pueblos cristianos, aunque estuviesen estrechamente confederados, necesitarían vencer a trescientos o cuatrocientos millones de hombres. Pero esto no sé por qué, se halla tan lejos en el tiempo, y parece, además, tan inverosímil, que no merece que lo tengamos en cuenta.

Resulta, pues, que Europa domina e impera sin rival sobre todo el globo terráqueo. Y como en Europa hay naciones decaídas, pobres o de escaso y no muy poblado territorio, que pesan poco o nada en la balanza que se quiere poner en equilibrio, es evidente que en el día de hoy la paz y la guerra, los destinos de la Humanidad y la senda que ésta ha de seguir en su progreso, todo, en mi sentir, depende de cuatro o cinco voluntades o, a lo más, de siete. El toque, de la dificultad para obtener el desarme, o al menos la disminución de los ejércitos de mar y tierra, y una paz duradera y firme, cuando no perpetua, estriba, pues, en que dichas voluntades lleguen a estar conformes.

Como quien esto escribe ni desea ya, ni espera ser parte de ningún Gobierno ni agente diplomático, ni cosa parecida, quien esto escribe puede hablar con franqueza, sin temor de enojar a nadie. Hablando, pues, con franqueza, digo que bastaría la conformidad de sólo cinco voluntades para arreglarlo y disponerlo hoy todo en el mundo, realizando una paz muchísimo más que octaviana, así por su duración en el tiempo como por su extensión en el espacio, porque abarcaría todo el planeta. Si Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia y los

Estados Unidos se pusiesen de acuerdo, ¿quién contrarrestaría sus decisiones, o quién opondría su veto a lo que ordenasen, sobre todo si era razonable y conveniente, y si no humillaba ni exasperaba demasiado a otras potencias, aunque respetables, menos fuertes?

Mucho disto yo de creer que Austria-Hungría persista sin disolución por el amor que inspira a aquellos pueblos el emperador actual, cuya bondad, talento y demás dotes de mando reconozco y admiro. El interés de hacerse respetar y temer y de competir o de estar al nivel de las grandes potencias de que se halla Austria-Hungría rodeada, bastan a explicar la persistencia y la firmeza en la unión de tantos pueblos, distintos y aun opuestos por su origen, por su historia, por la extraña diversidad de sus idiomas y hasta por las encontradas direcciones que han traído y que siguen aún su cultura y sus artes. Pero no puede negarse que esa combinación o amalgama de tan opuestos elementos es causa de relativa flaqueza y despoja a Austria-Hungría de cierto vigor para la iniciativa.

Italia, por milagros políticos y diplomáticos de sus hábiles hombres de Estado, y singularmente de Cavour; por el crédito y por el amor que inspiran sus antiguas glorias, no superadas aún por nación alguna, y también por el favor de la suerte, que se ha declarado por ella y ha coronado sus esfuerzos, logró la unidad anhelada en balde desde hacía siglos y la independencia de invasores pueblos extraños, a quienes seguían llamando bárbaros, aunque ya no lo fuesen. Pero Italia, elevada por su habilidad a la condición de gran potencia, hace, con mil apuros, angustias y quebrantos, papel tan costoso, y si se procurase con disimulo no lastimar su vanidad nacional y darle completa garantía de que no volverá a fraccionarse y de que conservará su capital en Roma, creo yo que se alegraría de no tener que andar tan armada, gastando en soldados, en barcos y en otros pertrechos e instrumentos de asustar o de matar muchísimo más de lo que tiene.

El toque, pues, de la dificultad, vuelvo a repetirlo, está en el concierto de Francia, Rusia, Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos.

Nada hay en el mundo imposible; pero tal concierto, si no es imposible, es harto difícil. Por él debió empezar el joven emperador Nicolás II, cuando movido de los más humanos, piadosos y nobles sentimientos, pensó en fundar y establecer la paz, no sobre la desconfianza ni sobre la amenaza constante y costosísima de unos y de otros pueblos, sino en un desarme proporcional, fundado en algo a modo de confianza y hasta de concordia, si no completa, mediana.

Después de este concierto de las mencionadas cinco grandes potencias, que sólo hubiera podido hacerse confesando cada una sus miras y propósitos ambiciosos, y marcando y señalando bien los límites hasta donde podían ir sin molestar unas a otras, hubiera sido llana y fecunda en resultados la convocatoria a consejo o congreso de todas las demás potencias, grandes y chicas para conferenciar sobre la paz y lograr que al fin bajase del Cielo, cumpliéndose lo que expresan las hermosas palabras que en Belén, hace diecinueve siglos, cantaron los ángeles en coro.

Sin concierto previo de las cinco grandes potencias, y reunidos en La Haya los representantes de todas para tratar de la paz o del desarme, lo natural y lo previsto era que se lograra muy poco. Y lo que es yo, lejos de lamentarme o de quejarme de lo poco que se

ha logrado, todavía celebro el buen éxito de las conferencias, aplaudo, concibo esperanzas que pueden realizarse en otro Congreso diplomático y me pasmo de lo mucho que en este último se ha logrado.

- II -

Prolijo de escribir, cansado de leer y sobrado extenso para las dimensiones de este periódico, sería contar aquí con todas sus circunstancias las deliberaciones y conferencias de la Paz y la historia del Congreso que acaba de celebrarse en La Haya, sin pasar siquiera en silencio los banquetes y bailes con que se ha amenizado, combinando lo agradable con lo útil, según el precepto de Horacio, y la hermosura, trajes, joyas y demás elegancias y galas con que las damas le han prestado esplendor y hechizo. Me limitaré, pues, a exponer aquí, en resumen, prescindiendo de pormenores y hasta sin tocar, o indicando apenas puntos de no escasa importancia, los principales resultados del referido Congreso. El zar lo ha convocado, movido por el generoso arranque de su alma, sin previo acuerdo con otros soberanos y siguiendo el ejemplo filantrópico de sus augustos antecesores. Ya Catalina II, en 1780, con ocasión de la guerra de la independencia americana, hizo la famosa declaración sobre el libre comercio marítimo de los neutrales. A fines de 1868, a propuesta del Gabinete imperial de Rusia, firmaron en San Petersburgo los representantes de diecisiete potencias un a modo de convenio, por el que se prohibía el uso de ciertos proyectiles sobrado mortíferos. En 1874, el emperador Alejandro II, afligido, sin duda, por los horrores de la guerra francoprusiana, logró convocar en Bruselas una Conferencia internacional, a la que asistieron estados de Europa, los cuales redactaron un proyecto de Convenio para marcar y prescribir los usos y costumbres que debían adoptarse en las guerras. Este proyecto, que contenía cincuenta y seis artículos, trataba de la autoridad militar en territorio enemigo; de las personas que se podían considerar como beligerantes; de los medios lícitos de atacar y causar daño; de los asedios y bombardeos; de las relaciones del ejército invasor con los particulares residentes en el territorio invadido; de las contribuciones y requisas; de las capitulaciones y armisticios, y de otros puntos sobre los cuales se tomaron resoluciones fundadas en muy humanos principios, que hubieran mitigado no poco el horror de las contiendas armadas; pero los gobiernos representados en las conferencias no se obligaron nunca a respetar tales resoluciones, si bien espontáneamente cumplieron con algunas en guerras posteriores.

Por último, el joven emperador Nicolás II, dejándose llevar de su buen deseo y, como ya hemos dicho, sin ponerse de acuerdo con otros soberanos y sin consultar más que a sus familiares y amigos íntimos, tomó la iniciativa para convocar nuevo Congreso con el objeto de procurar la conservación de la paz o de mitigar en las guerras los desastres y las crueldades.

Sorpresa grandísima causó en todo el mundo la nota circular que en 24 de agosto de 1898 dirigió el conde Muraviev, ministro de Negocios Extranjeros de Rusia, a los embajadores y ministros acreditados en San Petersburgo, y en la cual, tomando por base la declaración de 1868, se proponía la reunión de un nuevo Congreso Internacional de la Paz. Los propósitos que la nota rusa expresaba fueron recibidos con general aplauso, pero con

grande incredulidad acerca del resultado práctico de la futura Conferencia, si por dicha llegaba a celebrarse. La ocasión no parecía propicia para hablar de paz, arbitraje y desarme. Muchos países proyectaban entonces nuevos armamentos y mejoras navales y militares. Implantado el servicio obligatorio en casi toda Europa, se han triplicado o cuadruplicado las fuerzas permanentes de los ejércitos. Suponiendo en el conjunto de las naciones diez millones de guerreros y otros diez millones de hombres empleados en producir alimentos, bebidas y vestidos para los guerreros, y otros diez millones empleados en fabricar cañones, fusiles, armas blancas, pólvora y otras sustancias explosivas de más vigor y eficacia, barcos acorazados, fortificaciones y demás ingeniosos pertrechos de ofensa y de defensa, lícito es calcular que en el presente estado, de los países cultos hay, por lo menos, treinta millones de hombres que nada producen para comodidad, deleite y regalo de los otros hombres; que gastan mucho y que sólo se emplean en tenerse en jaque, en amedrentarse unos a otros, en andar armados y en aprender a matar, si llega el caso, con la debida ilustración científica. Al cabo de tantos siglos de experiencias y estudios políticos, como término de tantas predicaciones religiosas y filosóficas, filantrópicas y caritativas, y después de haber escrito Leibniz, Kant, Bentham, Saint-Pierre, Cobden, Federico Passy, el conde León Tolstoi y otros, este sosiego inestable y esta ominosa paz armada en que vivimos tendrían mucho de ridículo si no tuvieran más de lastimoso y de poco lisonjero para la civilización y el progreso moral de nuestro linaje. Tamaño mal, no obstante, tiene difícil remedio o no tiene remedio alguno. Los hombres de Estado se muestran aún más escépticos que el vulgo de los mortales, Lord Salisbury declaró en un discurso que la idea del zar era sublime; pero añadió en seguida que las circunstancias no eran favorables y que el mundo iba por otro camino harto distinto. Sin embargo, más o menos a disgusto, aunque al parecer de buen grado, las potencias se adhirieron en principio a la proposición de celebrar la Conferencia.

Cinco meses después, a fines del 98, el conde Muraviev dirigió a las potencias otra nota circular en la que desarrollaba y precisaba los deseos o proyectos de Nicolás II. Menos confiado se mostraba ya en esta segunda nota que en la primera, porque los armamentos habían crecido en los cinco meses; porque Francia e Inglaterra habían estado a punto de declararse la guerra por la cuestión de Fashoda y por los recelos y encontradas aspiraciones que había sobre China y sobre otras cosas. El conde Muraviev, sin embargo, señalaba en su segunda nota los ocho asuntos principales que en las conferencias debían discutirse, si bien excluía de la discusión lo único que, discutido y concertado, pudiera tener grande eficacia: el estado de las relaciones internacionales existente en virtud de los tratados.

Como quiera que ello fuese, acordada la celebración del Congreso, se determinó el lugar en que debía celebrarse. Para evitar piques y celos se desechó que este lugar no fuese la capital de ninguna de las cinco o siete más poderosas naciones, y al cabo fue elegida La Haya.

El Gobierno de la reina Guillermina envió las invitaciones oficiales, y el día 18 de mayo último se reunió el Congreso, y empezaron las conferencias de la casa o palacio del Bosque, situado cerca de la capital, en sitio muy ameno. Habían acudido representantes o delegados de Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Bulgaria, China, Dinamarca, España, Francia, Grecia, Gran Bretaña, Italia, Japón, Méjico, Montenegro, Países Bajos, Persia, Portugal, Rumania, Rusia, Suecia y Noruega, Siam y Turquía.

Las repúblicas hispanoamericanas, salvo Méjico, no se hicieron representar, aunque estaban invitadas todas.

Dicen que Inglaterra se opuso a que fuesen invitados los gobiernos del Transvaal y de la República de Orange. Tampoco estaba representada la Santa Sede. Ésta había sido invitada por conducto del ministro residente de Rusia cerca del Vaticano, por no haber nuncio en San Petersburgo. El representante del zar transmitió al cardenal Rampolla la primera circular de Muraviev. El Papa aceptó la invitación, mostrando en su respuesta vivísimo deseo de que se lograsen los propósitos del zar y elogiando su conducta. En enero del 98, y por el mismo medio, recibió el cardenal Rampolla la segunda nota de Muraviev. El cardenal contestó en nombre del Papa, en una larguísima nota inspirada o dictada por éste, diciendo que la Santa Sede no podía emitir juicio alguno sobre los siete primeros artículos de la nota rusa, pero adhiriéndose con mucho calor a lo que se proponía en el octavo y haciendo extensas consideraciones sobre el papel de pacificador que siempre había desempeñado el Padre Santo desde la tregua de Dios hasta nuestros días.

Entre tanto, se alborotaba el partido radical en Italia con este motivo, y la Prensa se desataba en artículos furibundos, y el Gobierno italiano, a pesar de lo estipulado en las notas de Muraviev sobre la prohibición de tratar asuntos políticos resueltos por pactos internacionales, procuró por todos los medios y logró, según dicen, con el apoyo de Alemania, que el Gobierno de la reina Guillermina no mandase invitación oficial al Papa. Éste, sin quejarse, dispuso que su internuncio en La Haya, monseñor Tarnassi, estuviese en el Gran Ducado de Luxemburgo durante la Conferencia.

Sin duda fue esto lo mejor y lo más decoroso para el Sumo Pontífice, cuyo representante en aquel a modo de Congreso, no ocupando el lugar eminente que debía corresponder a la cabeza visible de la Iglesia y al Vicario de Cristo, se exponía a hacer papel tan desairado como el del representante de los principados de Liechtenstein o de Mónaco, de la República de Andorra o del margraviato de Hamburgo, si todavía conservase su independencia soberana. Bien es verdad que yo abrigo la sospecha (que me atrevo a declarar con sigilo) de que no había de hacer papel mucho más airoso, ni importar mucho más en las decisiones que se tomaran, ninguno de los otros representantes, salvo los cinco o los siete de las potencias principales. Todos, a mi ver, y ojalá me equivoque y me engañe aparecen a mis ojos como coro y campana para prestar mayor solemnidad y pompa a aquella reunión egregia y para decir que sí y aprobar sus resoluciones.

- III -

Tres clases de resoluciones había de tomar el Congreso diplomático, o como queramos llamarlo. Para la primera clase, la resolución fue completamente negativa. Se trataba en primer lugar de contraer el compromiso de no aumentar durante cinco años los ejércitos de mar y tierra ni los presupuestos de gastos consiguientes. Y se propendía después al desarme gradual y proporcional. Los representantes de las grandes potencias no sólo se resistieron al propósito de desarme, sino también al contraer el compromiso de no aumentar el armamento durante los cinco años. A pesar de las finuras y del eufemismo diplomáticos,

dichos representantes tuvieron que dejar entrever las desconfianzas, los recelos y las rivalidades de sus gobiernos respectivos, que los inducían a seguir cada vez más armados. Alemania, por ejemplo, juzgaba indispensable conservar su primacía militar por tierra, y manifestaba el temor de que Francia no desistiese de su empeño de reconquistar a Lorena y Alsacia, mientras que Inglaterra alegaba que Rusia se proponía gastar aún en una flota en los mares del Extremo Oriente, para defender sus posesiones y sostener sus pretensiones en el Celeste Imperio, la enorme suma de once millones de libras esterlinas, y que, por tanto, ella tendría que gastar también otros once millones y construir más barcos que Rusia con más fuertes corazas y con mayor aptitud destructora. A fin de seguir predominando en los mares, no era posible que se parase o que cejase Inglaterra. En fin, sobre la primera clase de resoluciones sólo se convino en que no se podía convenir en nada.

Sobre la segunda clase de resoluciones, sobre los medios de hacer la guerra menos inhumana, pudo convenirse en algo. Se prohibió servirse de balas explosivas, lanzarlas desde globos aerostáticos y emplear proyectiles conteniendo gases deletéreos y asfixiantes. Por desgracia, no quedó prohibido el empleo de las endiabladas balas dum dum por la decidida oposición de Inglaterra y los Estados Unidos, que las hallan muy útiles y eficaces y convenientísimas para sofocar las frecuentes sublevaciones en la India, porque destrazan de tal suerte la carne y los huesos, abriéndose en picos puntiagudos y arrojando destellos casi tan mortíferos como el proyectil principal de que brotan, que son el más poderoso medio de represión y de pacificación que puede emplearse contra razas inferiores y que conviene que vivan sometidas para que la Humanidad siga progresando. No se convino tampoco en la reprobación del uso de barcos submarinos, tal vez porque Francia cree haber inventado recientemente unos muy primorosos y bien dispuestos, con los cuales, ya que Inglaterra prevalece y reina sobre el haz del agua, podía contrarrestar su poder si acertase al cabo a enseñorearse del fondo.

En la tercera clase de resoluciones, en la creación de un Tribunal de arbitraje, es en lo que hubo menos desconcierto y en lo que se alcanzaron resultados más prácticos y satisfactorios. De todas maneras, la utilidad del Congreso diplomático de La Haya y las ventajas que ha traído al género humano más deben estimarse por la flor que por el fruto. En realidad, el fruto no ha podido recolectarse ni gustarse, porque no está maduro ni sazonado todavía; pero la flor abunda, y la flor promete que el fruto llegue a su sazón y a su madurez en otro o en otros congresos diplomáticos futuros que procedan del celebrado últimamente en La Haya por la noble y filantrópica iniciativa del zar Nicolás II.

Lo que se ha discutido, proyectado y resuelto sobre arbitraje, que es lo más positivo e importante de las conferencias, merece y requiere detenida y particular atención; y así, si hemos de dar cuenta de ello en este periódico sin cansar demasiado a sus lectores, lo suspenderemos por hoy y lo tomaremos por asunto de otro artículo.

- IV -

En el artículo que hace un mes escribí sobre el Congreso de la Paz, recientemente celebrado en La Haya, por invitación e iniciativa del emperador de Rusia, expuse los

escasos resultados prácticos que dicho Congreso había producido. Me limité, no obstante, a tratar de los siete primeros puntos de la segunda nota del conde de Muraviev, dejando el punto octavo, o dígame lo relativo al arbitraje, para tratado singular y exclusivamente en nuevo escrito.

El Congreso de La Haya se había dividido en tres secciones, para deliberar sobre los ocho puntos sometidos a su discusión. La Sección primera estuvo presidida por el conde de Münster, embajador de Alemania en París. Tuvo la honra de ser uno de los presidentes de la segunda Sección nuestro representante el duque de Tetuán. Y el señor Bourgeois, ilustre político, ex presidente del Consejo de ministros y ministro de Negocios Extranjeros de Francia, fue quien dirigió con notable acierto la Sección o Comisión tercera.

Para presidente honorario de todo el Congreso había sido elegido el señor Beaufort, ministro de Negocios Extranjeros de los Países Bajos; pero quien lo presidió efectivamente fue el barón de Staal, embajador de Rusia en Londres.

Si fuésemos a juzgar el éxito del Congreso por las resoluciones adoptadas sobre los siete primeros puntos, y aceptadas por todos o por la gran mayoría de los representantes congregados, comprometiéndose a cumplirlas en nombre de sus respectivos gobiernos, de muy poco tendríamos que felicitarnos, y muy leves, ya que no vanas, serían las esperanzas que concebiríamos. Pero la empresa es tan trabajosa y tan erizada de dificultades, que el intento sólo de llevarla a cabo está lleno de promesas y es de buen agüero. Cuando las más importantes potencias del mundo se han reunido de buena fe y han buscado con empeño los medios de mitigar el horror de la guerra o de hacer la guerra menos frecuente, fausto indicio tenemos del gran deseo que anima a todas de conservar la paz, y mucho debe esperarse de otros congresos futuros, ya que en éste se ha logrado tan poco.

La tercera Comisión, que deliberó sobre el octavo punto, llegó a redactar una Convención de arbitraje, celebrada y aplaudida por casi todos los representantes, si bien por ninguna aceptada con carácter obligatorio.

Rusia había presentado un proyecto compuesto de sesenta y cuatro artículos, con carácter obligatorio en muchos casos; pero la Convención nuevamente propuesta perdió ese carácter, siendo ya potestativo para los estados firmantes el acudir o no a la mediación, buenos oficios o arbitraje de otros.

En la mencionada Convención se establecen un Tribunal permanente de arbitraje y comisiones internacionales de información sobre los asuntos que en adelante puedan estar en litigio, y se faculta a las potencias neutrales para intervenir, sin perder la neutralidad, en los conflictos armados, ofreciendo sus buenos oficios y mediación para poner término al estado de guerra.

Es de notar que ni Alemania, ni Austria, ni Italia, ni Inglaterra han firmado adhiriéndose a la Convención, como tampoco han firmado los otros acuerdos. Los Estados Unidos han firmado la Convención de arbitraje, así como España, Francia, Rusia, los Países Bajos, Portugal, Bélgica, Dinamarca, Grecia y otros países.

Aun así, aun careciendo la Convención de arbitraje de carácter obligatorio, Italia e Inglaterra se han opuesto a la libre e ilimitada adhesión de las potencias no representadas a lo que en dicha Convención se determina: Inglaterra, para excluir a las repúblicas del Sur de África, con las que está en litigio, y sobre las que tiene acaso miras ambiciosas; e Italia, por recelo de la Santa Sede, a la que desea excluir e impedirle que firme los acuerdos del Congreso. Con este propósito quería el conde Nigra que cualquier potencia no representada y que aspirase a prestar su adhesión a los acuerdos, lo anunciase previamente y no pudiera adherirse hasta que pasase cierto tiempo sin oponer su veto ninguna de las potencias que en el Congreso hubiesen tomado parte. Esta cuestión no ha llegado a resolverse, y será objeto de ulteriores negociaciones; pero con harta claridad patentiza las dificultades que ofrecen para su cumplimiento hasta las decisiones que no obligan, sino que meramente se recomiendan.

Nada sería más humano, más filantrópico, más conducente a ahorrar dinero y sangre y a evitar al linaje humano mil calamidades, quitando estorbos y tropiezos y allanando el camino que sigue en su marcha progresiva, que el establecimiento de un Tribunal a cuyo fallo se sometiesen los conflictos internacionales, en vez de resolverlos por medio de las armas. No cabe la menor duda de que no puede haber nación ni individuo que no desee con sinceridad el establecimiento de Tribunal semejante. Y, sin embargo, es de temer que pasen aún años, cuando no siglos, antes que dicho Tribunal llegue a establecerse con la eficacia debida y anhelada.

Han imaginado algunos candorosos y bienintencionados pensadores, y hasta han escrito sobre el caso circunstancial dos proyectos, como, por ejemplo, el del señor Nelidov, ex embajador de Rusia en Turquía, que para resolver contiendas o satisfacer agravios entre dos naciones podrían emplearse medios parecidos a los que se emplean por los padrinos en los lances de honor que entre individuos ocurren.

La primera objeción que, en mi sentir, hay que oponer a esto es que apenas hay o ha habido, desde hace mucho tiempo, guerra internacional que pueda equipararse por sus causas y motivos a un lance de honor entre particulares. En el estado actual de la civilización europea, casi no hay motivo análogo al que origina una guerra internacional, que se resuelva por medio de un duelo entre personas medianamente bien educadas. Todas ellas acudirán a los tribunales y dejarán a los bandidos o forajidos, que están o se ponen fuera de la ley, el tomarse la justicia por su mano apelando a la fuerza. Quiero decir con esto que, por lo general, casi nunca guerrearán las naciones por cuestión de honra, sino por cuestión de intereses. Y la curiosa estadística que se entretuvo en formar el señor Leroy-Beaulieu nos da la razón en todo. Según él, desde el siglo XI hasta ahora, ha habido (supongo que sobre poco más o menos) cerca de trescientas guerras memorables. Pues bien: entre tantas guerras, apenas podrá atribuirse la causa de cinco o seis a cuestión de honor, como en un desafío; cuarenta y cuatro han sido para aumentar el territorio; veintidós, para exigir tributos; veinticuatro, de represalias; seis, sobre la posesión de territorios; cuarenta y una, por pretensiones a una corona; treinta, con el pretexto de apoyar a un aliado; veintitrés, por rivalidad de influjo; cinco, por disputas comerciales; cincuenta y cinco guerras civiles; veintiocho guerras de religión y ocho por cuestiones de honor o prerrogativas, lo cual, bien mirado, no es, ni en estos pocos casos, semejante a lo que entre particulares promueve y aun obliga a un desafío. No respondo yo de la exactitud de la estadística formal por el

señor Leroy-Beaulieu; pero basta con que tal estadística se aproxime a la exactitud para que se reconozca que la honra de las naciones no se parece en esto a la de los caballeros particulares, y que rara vez las naciones pelean por la honra, sino movidas por la ambición o la codicia para adquirir mayor riqueza y lograr el predominio o el imperio. Ni es esto negar que un pueblo, en las guerras que emprende o acepta y lleva a cabo, deje de acreditarse de ágil, robusto y valiente, o de torpe, débil y pusilánime, según se conduzca. Es como si un individuo cualquiera se viese acometido por otro que tuviese la pretensión, y tal vez creyese tener el derecho de servirse de él como criado, de apoderarse de su hacienda o de someterle a su tutela. Si no había tiempo ni ocasión para acudir a un tribunal a que decidiese sobre tales puntos, el acometido tendría que resistir la fuerza con la fuerza, mostrándose valiente y brioso o todo lo contrario; pero esto no implica que hubiese aquí nada parecido a un lance de honor o riña en desafío. De casi todas las guerras internacionales puede afirmarse lo propio. Se necesita acudir a épocas remotas para hallar cuestiones meramente de decoro que den motivo o pretexto para una guerra. La ambición basta a explicar, pongamos por caso, la que hubo tres o cuatro siglos antes de Cristo, entre tarentinos y romanos, por la que vino a Italia aquel consumado y hábil capitán Pirro, rey de los epirotas. Pero la afrenta recibida por los romanos, y que éstos juzgaron necesario vengar, casi no se concibe en el día. Los embajadores de Roma fueron recibidos en el teatro de Tarento, donde estaba congregado el pueblo, donde los silbaron y burlaron y donde un comediante sobrado chistoso, encaramándose en lo alto de una puerta, que los embajadores debían atravesar, vertió sobre ellos inmundicias y manchó sus venerables togas. Ningún caso semejante puede sobrevenir ahora, como no se suponga entre el pueblo que agravia y el pueblo agraviado un gran desnivel de cultura. Y aun así, el caso sería tan ridículo, que su misma ridiculidad se opondría a que tuviera trágico desenlace.

Recuerdo que, siendo yo oficial en el ministerio de Estado, hubo un asunto por el estilo, que fue el primero sobre el que tuve que informar. Soulouque o Faustino I, emperador de Haití, había mandado que todo el que pasase por delante de su palacio se quitase el sombrero o hiciese una profunda reverencia. Pasó por allí nuestro cónsul, y por inadvertencia u olvido dejó de cumplir lo mandado y no saludó. El emperador estaba entonces, sin duda por casualidad, atisbando detrás de una celosía o persiana, y vio la irreverencia de nuestro compatriota. Allí fue ella. El emperador salió furioso al balcón, y con descompuestos ademanes y voces, y con los más feos y groseros vocablos que hay en lengua francesa, colmó de improperios y denuestos al que imaginaba que le había ofendido. Este negocio no podía menos de terminar, y terminó, pacífica y satisfactoriamente. El ministro plenipotenciario que Soulouque tenía en París vino a Madrid y dio cumplida satisfacción a nuestro Gobierno.

De todos modos, yo creo que conviene que no sean los estados muy vidriosos en puntos de honra o en los que juzgan tales. Los poderosos pueden, de lo contrario, hallar a cada paso motivo aparente para quejarse de los débiles, vejarlos y humillarlos, y exigirles satisfacción de ofensas o desacatos más imaginarios que reales. Los Estados Unidos, que durante años han puesto a prueba nuestra paciencia, tocando para ello todos los registros, no han dejado de emplear el de las quejas por falsos agravios, pidiendo la satisfacción que suponían debida. Ejemplo reciente de ello se dio con ocasión de una carta de nuestro ministro en Washington, donde dicho ministro, en el seno de la confianza y con sigilo, no apreciaba al presidente de la República como dechado de altas prendas de entendimiento y

de carácter. El que en esta ocasión ofendió al presidente fue el periodista que publicó la carta, el cual ofendió también al que la había escrito sin la menor intención de que se divulgase, y como, no faltando a la cortesía y a las conveniencias sociales, nadie tiene obligación de tener en muy subido aprecio a las personas con quien trata, y de callarse y de no revelar en la intimidad la triste idea de que dichas personas forma, todas las quejas y reclamaciones que hubo o pudo haber sobre este punto fueron, a mi ver, tan infundadas e irritantes como las del lobo al cordero.

En suma: salvo rarísimas excepciones, todo caso de guerra que sobrevenga en el día es propio de litigio y no de duelo. Puede ser pleito o causa criminal, pero no lance de honor, y si no se resuelve por un tribunal de justicia, tendrá que decidirse por las armas, mas no sujetándose a reglas, como en los desafíos, sino por estilo primitivo y selvático; esto es, sin que los padrinos o testigos procuren igualar la habilidad y las fuerzas de los combatientes, sino dejando que el que tal vez es mil veces más poderoso aplaste y extermine al débil. Ni tampoco en las contiendas internacionales termina todo como en los duelos, con que un combatiente quede vencedor y vencido el otro, sino que siempre el vencedor se apodera de la hacienda del vencido, y le deja pobre y esquilado, cuando no le arruina.

Por todo lo expuesto, aparece más conveniente aún, no que haya para evitar las guerras algo que se parezca a los testigos o padrinos de un duelo, sino que haya un Tribunal permanente de arbitraje como el que ha de establecerse con arreglo a la Convención del Congreso. Lo que es de temer es que sólo los pequeños y desvalidos se sometan a este Tribunal, y nunca se sometan a él los poderosos y los fuertes. No han de esperar que se les dé por sentencia lo que con facilidad y prontitud pueden tomar alargando la mano.

Hay asimismo razones de dignidad y decoro, que no carecen de fundamento, que estorban, ya que no impidan por completo, que ciertos estados o sus jefes se sometan al Tribunal de arbitraje, por respetable que sea. Ya en el Congreso alegó algunas de estas razones el representante del Padischah, Turkan bajá, considerando impropio de la alta soberanía e infalible juicio de su augusto amo, sucesor del Profeta y fuente de verdad y de justicia, el someterse a la decisión y fallo de unos caballeros particulares, por muy condecorados, doctos e imparciales que sean. Las cinco grandes potencias podrían reírse de estas pretensiones del sultán y obligarle a someterse al Tribunal; pero sería necesario que las cinco estuviesen de acuerdo y que Alemania no apoyase al turco.

Por lo demás, yo no concibo aún como posible, sino en muy remoto porvenir, que Francia y Alemania, por ejemplo, sometan una nueva cuestión que surja entre ellas y la decisión del Tribunal de arbitraje. Y casi concibo menos que no siendo por fuerza, sino de grado, el Sumo Pontífice, Vicario de Cristo y cabeza visible de la Iglesia católica, haya de someterse al fallo de unos cuantos diplomáticos, legos, en cualquiera cuestión que, aun prescindiendo de la del poder temporal pudiera surgir entre la Santa Sede y el rey de Italia u otro Estado. Esta cuestión sería posible y aun probable que afectase la disciplina eclesiástica o los mismos dogmas religiosos, y no estaría bien que el Padre Santo lo hiciese depender todo del profano arbitrio de los señores del Tribunal.

Se infiere de todo que el Tribunal de arbitraje, si es que llega a constituirse, sólo valdrá por lo pronto para los estados pequeños y para las cosas menudas. Los estados grandes

seguirán confiando sólo en sus fuerzas respectivas, manteniendo la paz a costa de enormes gastos para prepararse a la guerra e infundir respeto, y decidiendo al fin por las armas toda cuestión que no tenga fácil arreglo pacífico. Como quiera que ello sea, no he de negar yo, y me complazco en repetirlo, que algo se ha adelantado, merced al Congreso de La Haya, en el camino que ha de guiarnos al templo de una paz menos insegura y costosa que la que se disfruta en el día.

Lo que yo no puedo menos de extrañar es el silencio insignificante que han observado en el Congreso los delegados de las potencias de segundo, tercero y cuarto orden. Se diría que no fueron allí para formar coro, sino para hacer comparsas. Y verdaderamente, es lástima que no hayan aprovechado tan buena ocasión para pedir algunas seguridades o garantías de que dichas potencias, secundarias o menos que secundarias, no serán vejadas, multadas y mortificadas de continuo.

Hay, en mi sentir, un punto sobre el cual las potencias secundarias debieran tener la misma aspiración y formular idénticas pretensiones o protestas.

Quiero y debo convenir en que persiste aún la desigualdad de las razas humanas, en que hay pueblos dominantes y docentes, y otros dominados por ellos y sujetos a su férula o a su tutela; pero, por mucho que cavilen, discreteen y agucen el ingenio lord Salisbury y otros políticos por el estilo, tal diferencia no debe existir entre los pueblos europeos o procedentes de europeos, poseedores todos de la misma civilización, cimentada desde muy antiguo en la clásica sabiduría de Grecia y Roma, e informada e impregnada por el espíritu del cristianismo durante diecinueve centurias. Algunos estaremos quizá atrasados o decaídos, pero no hasta el extremo de que sea enorme el desnivel intelectual y moral entre ingleses y españoles, por ejemplo, o entre yanquis y mejicanos o argentinos. Sostengo, pues, que, si no hay, debiera haber algo a modo de vaga confederación o hermandad entre todos estos pueblos, y la presunción de que en cada uno de ellos puede y debe vivir el extranjero garantizado sólo por las leyes del país, sin necesidad de la constante protección del Estado de cuyo territorio procede. Conveniente es, aunque tal vez no sea muy justo, que, valiéndonos del poder de nuestros gobiernos respectivos, nos hagamos respetar y nos impongamos al ir a vivir entre bárbaros; pero no es justo ni conveniente que persista este derecho y el correspondiente deber y la inveterada costumbre de que cada Gobierno proteja y apoye a sus súbditos en cuantas reclamaciones y quejas se les antojen formular contra el Gobierno del país donde residen.

No negaré yo que para todo país pobre y poco ilustrado es altamente beneficiosa la inmigración en él de extranjeros hábiles y cultos, que deben y pueden traerle el auxilio de su saber, de su habilidad, de su talento y de sus capitales. Si estos inmigrantes no gozaran de más derechos que los que gozan los naturales del país en que inmigran, su venida a dicho país debiera considerarse siempre como ventaja, como acontecimiento próspero, casi como una bendición del Cielo; pero, francamente, si el extranjero cuenta con la protección de un Gobierno poderoso, se considera ser privilegiado y desprecia o se mofa de la autoridad del país adonde ha venido, su inmigración en este país debe considerarse como una calamidad insufrible. Para vengar o satisfacer cualquier agravio que se le haga o que él imagine que se le hace, no acudirá a los tribunales del país, sino a su poderoso Gobierno, el cual amenazará con bombardeos o con otras medidas violentas al Gobierno débil, hasta que

le fuerce a dar humillantes satisfacciones, tal vez a un delincuente o a un forajido, y hasta que le haga pagar cuantiosas sumas para indemnizarles de perjuicios a menudo supuestos o casi siempre exagerados, galardonando sus desafueros e insolencias con premio en vez de castigo.

Durante muchos años España ha sido víctima en Cuba de este linaje de protección dada al extranjero por un Gobierno poderoso, protección extendida además a los mismos cubanos rebeldes, que fácilmente se proporcionaban para ello cartas de naturalización, que eran vales no ya de perdones, sino de recompensas y ganancias.

Por otra parte, tal protección de los compatriotas en país extraño al llegar a considerarse como una obligación de todos los gobiernos, suele comprometer y empeñar a los que no son muy fuertes en enojosas reclamaciones, fundadas o no fundadas en justicia, pero que pueden acarrear graves disgustos, conflictos, gastos y hasta guerras. Si bien se mira, no hubiera tenido España la deplorable expedición a Méjico, mandada por el general Prim, ni la costosa e impolítica guerra del Pacífico contra las repúblicas peruana y chilena, si antes no hubiera habido reclamaciones de dinero en favor de particulares.

Muchísimos inconvenientes y males se evitarían si los gobiernos renunciasen a este imaginario derecho a la protección de sus súbditos en país extraño, aunque civilizado y cristiano, y no se creyesen obligados a ejercer dicha protección a toda costa. Al que inmigra a un país cristiano y civilizado, sólo deben ampararle y protegerle las leyes del país en que inmigra. Y si en dicho país las leyes no fueren eficaces, con no acudir a él, ni con capitales ni con trabajo inteligente, ya se le impondrá condigno y no pequeño castigo, mientras no se le repudie de la confederación o hermandad de las naciones cultas, se le degrade y se le coloque entre los pueblos bárbaros.

Nada entiendo yo que sería más a propósito que este punto para tratado y dilucidado por las potencias secundarias en un Congreso como este último que ha habido en La Haya para procurar la pacificación del mundo: evitar la explotación de los débiles por los fuertes y hacer que sobre la fuerza prevalezca el derecho.

Discurso leído en los Juegos Florales de Segovia
El 21 de septiembre de 1902

Respetables señores y bondadosos amigos: Profundamente agradecido, y en extremo lisonjeado me sentí yo por el honroso cargo que me conferisteis nombrándome mantenedor de estos Juegos Florales. Nada podía ser más grato para mí, así porque halagaba mis aficiones literarias, como por ser prueba de cierta simpatía y crédito que debía yo de alcanzar entre vosotros, tan apartados de la provincia en que he nacido, cuando me otorgabais vuestra confianza y me juzgabais digno y capaz de tomar parte tan principal y lucida en la fiesta que preparabais, y de ser juez íntegro y atinado en los fallos que habían

de darse en el consiguiente certamen. No es de extrañar, pues, que aceptase yo muy gustoso un nombramiento que tanto me ensalzaba, aunque debo recordar, a fin de que valga para mi disculpa, que lo acepté cediendo a reiteradas instancias, y no sin sentir las dificultades casi insuperables que se oponían a que saliese yo airoso de la empresa.

Harto imprevisor y confiado en demasía anduve en aquella ocasión, y por ello os he pedido ya y vuelvo a pedir mil perdones. Mi edad, avanzada y decadente, lo quebrantado de mi salud y la pérdida casi total de mi vista, no consienten que asista yo a la junta solemne que vais a celebrar, sin exponerme a ser en ella enojoso objeto de lástima, en vez de añadir algo a su importancia, atractivo y decoro.

La imprevisión y la inconsecuencia que dejo ver al no asistir, bien merecen castigo; pero yo os aseguro que ninguno mayor podríais darme que el de no cumplir mi deseo de hallarme entre vosotros en día tan festivo y en fiesta tan espléndida, junto a mi venerado y querido director, entusiasta y acertado intérprete de los más grandes poetas épicos, dechado de generosa cortesía y clarísimo espejo de nobles caballeros y de valerosos capitanes.

Esta poética ciudad de Segovia siempre atrajo, además, mi atención y cariñoso afecto, como si yo me contase entre sus hijos.

Algo veo en ella de mi familia y de mi casa, ya que muchos de mis más cercanos y amados parientes, que llevan mi propio apellido, se han educado en su seno y han aprendido y han enseñado en su Real Academia cuanto es menester para el ejercicio de las armas en lo que tiene de más científico.

Los grandes recuerdos históricos y los hermosos monumentos de esta ciudad me han encantado siempre; pero, en el día, ciego como estoy, me atormentaría no poder ver ni admirar nada, estando cerca de los arcos del airoso y magnífico Acueducto, don acaso que os hizo el mejor de cuantos emperadores ha habido en el mundo; en el soberbio y elegante Alcázar, morada predilecta de no pocos de nuestros más gloriosos reyes, y dentro del sagrado recinto de vuestra Catedral o de algún otro de los templos, claro testimonio de la piedad religiosa de nuestros mayores, de su exquisito buen gusto y amor a las artes y de la floreciente prosperidad, poder y riqueza que habían alcanzado, merced a la industria de sus tejedores y a los bien entendidos y recompensados afanes de sus agricultores y ganaderos.

Con honda melancolía retraigo yo al presente a mi memoria la agradable visita que hice a esta ciudad, bastantes años hace, en ocasión y con motivos no menos grandes y faustos que los que en esta junta os reúnen.

Permitidme que me complazca en recordar que yo estuve aquí en compañía del inspirado poeta dramático don Manuel Tamayo y Baus, secretario de la Real Academia Española, albergados ambos por el ilustre conde de Cheste, para dar a una laureada poetisa el premio que alcanzó al celebrar, en elocuente y bellísima oda, las virtudes y excelencias del más sublime de nuestros místicos, después de Santa Teresa de Jesús, su iluminada y gloriosa maestra.

Al abrir y llevar a buen término aquel certamen, dio ya la ciudad de Segovia gallarda muestra de su amor a la poesía y tino dichoso para la elección del asunto. Difícil hubiera sido hallar otro más patriótico ni más regional, ya que se intentaba hacer que reverdeciesen el lauro y la palma de uno de los más claros varones, nacidos en el centro mismo de Castilla, ni más encumbrado tampoco, ya que se pretendía preconizar de nuevo las elevadas prendas, las virtudes y la santidad de un hombre, cuyo puro entendimiento, iluminado y arrebatado por el divino amor, logró penetrar en los abismos del alma y unirse allí, durante la vida mortal, con su eterno y soberano principio.

Muy acertados son también los asuntos que habéis propuesto ahora para las composiciones en verso y en prosa que deben premiarse. Bien merecéis por ello que vuestras esperanzas se logren.

Bien merecéis que estos Juegos Florales no sólo obtengan el mayor lucimiento, sino que también contribuyan a la difusión de las luces, y sean estímulo para que se fomente el bienestar material y renazcan, en proporción al mayor desenvolvimiento de la riqueza de nuestro siglo, el antiguo esplendor y el gran valor de la industria segoviana.

Aun prescindiendo de mi amor a la literatura, gusto yo de los Juegos Florales por una consideración que es política a fuerza de ser antipolítica. Se diría que la vida intelectual de España, desde hace más de cien años, quiere refluir o pretende reconcentrarse en la capital, abandonando las provincias o regiones. Tal vez haya en el día en nuestra Península más ciudades, villas y lugares que carezcan de una librería o tienda donde principalmente se vendan libros, que ciudades, villas y lugares que carezcan de plazas de toros y de reñideros de gallos.

Todo el que posee o cree poseer ciencia o talento, procura ir a Madrid en busca de celebridad, de encumbramiento o de bienes de fortuna, que considera mucho más difíciles de encontrar en su tierra. Nuestra política sin tregua tiene en esto la mayor culpa.

Desde principios del siglo XIX noto yo en mi país dos movimientos contrarios que en cierto modo se perjudican ya que no se neutralicen por completo.

Uno de estos movimientos es ascendente. Por dicha, no hemos dejado de pertenecer a las naciones civilizadas de Europa, que conservan desde hace cerca de treinta siglos la hegemonía entre todas las razas, lenguas y tribus del humano linaje. De aquí que las invenciones peregrinas, los descubrimientos científicos y el dominio adquirido sobre poderes o fuerzas naturales, ocultas o no domadas antes y útil instrumento ahora para mejorar y endulzar la vida, dando auge y facilidad al comercio y a cuantas producciones el comercio difunde, concurran a que España esté en el día más floreciente, más próspera y más rica que un siglo hace.

Pero, en cambio, hay otro movimiento retrógrado que tira a hundirnos, que impide que la prosperidad económica sea mayor y que políticamente nos ha llevado a la postración y no muy lejos de la total ruina: nos ha hecho perder nuestro inmenso imperio colonial y, lo que es peor, no poco de nuestro crédito y alta fama. En mi sentir, este movimiento deletéreo que tan funestos resultados engendra, proviene de una incesante manía de reformar, de

legislar y de cambiar cuanto existe. Es como si el período constituyente no terminase nunca. Cuando imaginamos alcanzar un momento de estabilidad y de reposo, nunca falta quien promueva antiguas o nuevas cuestiones, ya políticas, ya sociales, ya religiosas, sin más motivo a menudo que el prurito de remedar a Francia o bien a otro país extranjero, donde la inoportuna cuestión se ha puesto de moda, donde tal cuestión no es acaso tan inoportuna, y donde, aunque lo sea, hay menos peligro en promoverla, y más energía y vitalidad para resistir las alteraciones y discordias que pueda traer consigo.

Y no sólo nacen o nacieron de todo lo dicho incesantes contiendas, motines, pronunciamientos, guerras civiles y conatos separatistas, sino también enormes dispendios y un continuo derroche de saber y de ingenio, que en algo más útil pudiera y debiera emplearse.

¿No bastarían, pongamos por caso, si saciásemos o nos aliviásemos al menos, del afán de renovar y de reformar; no bastarían, repito, con cuatro meses de sesiones de Cortes? Tiempo de sobra habría, a mi ver, para pronunciar bellísimos discursos, para lucirse como oradores egregios los que de tanto fueron capaces y para pedirle al Gobierno cuenta de su conducta y suministrarle recursos.

Así se conseguiría que mucha gente acomodada pudiera desertar de Madrid, sin el menor inconveniente, durante ocho meses del año, e irse a vivir en su región o patria chica, cuidando allí y mejorando su hacienda y difundiendo el bienestar material y la cultura de los espíritus, tanto como en el centro, en los extremos y por dondequiera.

Una de las más evidentes ventajas que estas fiestas llevan consigo es la de atraer a no pocos sujetos ilustrados al punto en que se celebran y llamar la atención de ellos sobre las glorias históricas de dicho punto y sobre los hermosos monumentos que las conmemoran. Así pensasteis sin duda cuando ofrecisteis premio a la mejor descripción poética del Acueducto, y también a una disertación en prosa sobre el Alcázar, su importancia histórica, su valer artístico y su futuro destino.

Yo no puedo menos de lamentar el descuido y la indiferencia con que por lo común miramos tales cosas en España. Las descuidamos, las abandonamos y hasta las olvidamos. No parece sino que el abatimiento que nos aqueja y el injusto desdén o corto aprecio con que miramos lo presente, trasciende y se dilata sobre nuestro pasado, que fue tan brillante, y que tanto influyó, marcando nueva Era en la civilización del mundo. Lastimosamente se contraponen nuestro descuido a la veneración religiosa y al incesante y cuidadoso esmero con que en otras naciones se conservan y se restauran monumentos, acaso de mucho menos mérito, considerándolos como ricos objetos de arte y como precioso relicario y abundante tesoro de memorias gloriosas.

¿Por qué nuestro Alcázar, considerado como de alto interés nacional, no habría de conservarse y restaurarse por el Estado con toda la esplendidez que conviene? ¿Vale más acaso el castillo de Pau, donde se guarda y custodia hasta el antiguo menaje, de tal suerte, que si resucitase el simpático bearnés y heroico monarca Enrique IV de Borbón, podría albergarse en él sin advertir ni extrañar mudanza?

¡Cuánto se contrapone, repito, nuestro abandono de tales asuntos con la estimación y con el desvelo que en otros países se les consagra!

No me olvidaré nunca de que, hallándome en Francfort, acreditado como ministro cerca de la Dieta germana, vencidos ya los austríacos por el rey de Prusia y desbaratado después el ejército de Hannover, los prusianos vinieron sobre la ciudad libre, y la Dieta tuvo que huir a Augsburgo, siguiéndola el Cuerpo diplomático en su fuga.

Allí nos hospedamos todos con holgura, en el grande y antiguo palacio de los Fúcares, convertido en posada. Pero una parte de aquel palacio era mirada como santuario venerando, que sólo podría visitarse para manifestar su admiración y respeto. Era la cámara en que aquellos príncipes capitalistas habían hospedado a Carlos V. Allí se ven aún los ricos tapices, las sillas en que el emperador se sentó, la cama en que durmió y el bufete y recado de escribir de que ciertamente hubo de servirse. Pero ¿qué mucho cuando en otras ciudades se conservan con igual o con mayor efecto menos soberanas reliquias de antiguas grandezas?

En Salzburgo, es la casa de Mozart un museo, donde todo persiste limpio y primorosamente ordenado como cuando el autor de Don Juan y de Las bodas de Fígaro allí vivía.

Y la casa de Plantin, en Amberes, es otro museo que contiene aún los muebles y alhajas de aquel hábil impresor, selectos ejemplares de cuantos libros dio a la estampa, retratos de su familia y amigos, entre los que figuran Arias Montano y las prensas y los tipos con que se imprimió la Biblia Poliglota bajo la protección y por la ilustrada y regia munificencia de Felipe II.

¡Cuán maravilloso museo no pudiera encerrar nuestro Alcázar, si en ello se mostrase y se emplease el conveniente empeño! ¡Con cuánto vigor y viveza no evocarían las alhajas que en él se guardasen y los restaurados primores de su arquitectura, ya el recuerdo del santo conquistador de Córdoba y de Sevilla, ya las hazañas y triunfos de los valientes tercios segovianos, ya las sombras de los Alfonsos, desde el Sabio, cuya jactanciosa blasfemia se supone que castigó el Cielo, hasta el que con firme y dura mano echó los cimientos del poder real sobre la bulliciosa anarquía de los magnates, conquistó a Algeciras y venció a los benimerines en el Salado, compartiendo con la gente de esta ciudad sus inmarcesibles laureles! Tal como está el Alcázar, desprovisto de ornato y mutilado por el incendio, todavía posee la mágica virtud de reanimar en la mente de quien lo contempla a los más ilustres personajes de nuestra grande historia y de renovar por estilo fantástico los sucesos de su vida, las empresas que acometieron y los propósitos que realizaron.

Don Juan II, con su lucido séquito de poetas cortesanos y de ardidos y diestros justadores, y los Reyes Católicos, que lograron la unidad de España, que se apoderaron del reino granadino y merced a cuyo favor logró el mundo antiguo descubrir y civilizar otro nuevo, así como no pocos otros monarcas, adalides y caudillos, acuden a nuestra memoria, reviven en nuestra fantasía al entrar hoy por los desmantelados y desiertos salones de ese edificio. Conviene también los Juegos Florales, cuando se celebran en el centro de la Península, para que se reconozca que toda actividad mental, salvo la que en la corte puede

suponerse artificialmente promovida, no ha ido a refugiarse a los extremos y para que se mitigue cierta manía de regionalismo que cunde ya demasiado.

Castilla, poniendo dique con sus fronteras a la vigorosa expansión de otras gentes españolas, impulsó a unas a extenderse y a enseñorearse del celebrado mar en cuyas costas y en cuyas islas surgieron las primeras civilizaciones y se revelaron al espíritu las más altas creencias, y movió a otras a la contemplación del Océano Tenebroso, inspirándoles en el Promontorio Sacro el deseo y la tenaz y secular porfía de surcar aquellas inexploradas ondas hasta llegar al remoto imperio de un soñado monarca y pontífice cristiano y traer desde allí en triunfo a las floridas márgenes del Tajo

Todo esto consiguieron solas aquellas gentes. Pero cuando Castilla tomó parte en la empresa, la empresa se agrandó recibiendo por premio el conocimiento experimental de la magnitud y forma de nuestro planeta, idea más clara y cumplida de lo creado y grandes y fértiles islas y un nuevo e inmenso continente por donde extender su dominio, sus creencias, su civilización y su idioma. Tales consideraciones deben servir para que se corrija y no tenga mal resultado aquella soberbia emulación que ya notaba Camoens al afirmar que eran los diferentes pueblos de España

No pretendan ser mejores; pero no se den tampoco por decaídos los castellanos. Su lengua, hermoçada, enriquecida y embellecida por Garcilaso, Cervantes, Calderón y Lope, si no es hablada por mayor número de gentes, prevalece y se dilata más que ninguna otra sobre la vasta superficie de la Tierra. Justo es que aquí la cultivemos y la honremos. Noble lazo de unión es, no sólo para cuantos hombres viven desde Irún hasta Cádiz, sino también para los ciudadanos de las diecisiete repúblicas o estados independientes.

Mucho importa, pues, que no se desbarate ni se manche este lazo, sino que se conserve limpio, puro y con toda su conquistada riqueza de brillantes y de colores. Los Juegos Florales pueden y deben contribuir a tan buen propósito.

No falta quien los tilde de anacrónicos y de vanos, sobre todo al considerarlos como justa poética. Acaso los aficionados a lo práctico y a lo positivo pretendan que la poesía produce sólo ensueños y quimeras que apartan y distraen de toda acción útil y conducente al desenvolvimiento de la riqueza y del poder de las naciones; pero ¡cuán groseramente se engañan!

Pocas naciones más prácticas y más poderosas en el día que Inglaterra. Y allí, sin embargo, brilla en nuestra edad, más que en otra alguna, extraordinario número de elegantes e inspirados poetas, cuyos versos son allí aplaudidos y admirados con entusiasmo y patriótico orgullo.

Siempre ha sido y seguirá siendo la poesía bálsamo para las heridas del alma, consolación para los tristes, y para los abatidos alientos. Grande es su potencia redentora. Por ella liberta a Prometeo el propio hijo del dios que le encadena y castiga, y por ella la suprema sabiduría ahuyenta a las Furias vengadoras, que atormentaban a Orestes. Potencia tan benéfica no disminuye en nuestra edad. En las naciones postradas reaviva a la esperanza y hace nacer los bríos para que se logre.

Hollada Alemania por los victoriosos ejércitos de Napoleón I, su independiente actividad literaria y la novísima y prodigiosa labor filosófica que la informa y sostiene son los patrióticos y fatídicos cantos de los augures que predicen y preparan el triunfo de Sedán y el tremendo desquite. En los versos de Parini, Alfieri, Manzoni, Nicolini, Leopardi y Foscolo aparece en germen y en flor la independencia y la unidad de Italia, que pronto se realizan al cabo.

Ni se diga tampoco que la vena poética se ha agotado ya, que las musas nos abandonan, que la fuente Hipocrene se seca. El moderno saber no rompe el encanto. Oscuridad misteriosa nos parece que envuelve más la sustancia de cuanto vemos y tocamos, mientras mejor percibimos por los sentidos sus más someros accidentes y mientras con mayor habilidad dominamos algunas de sus energías para emplearlas en nuestro deleite o en nuestro provecho. Lo mismo en las ilimitadas profundidades del Cielo que en los insondables abismos de nuestra alma persisten el misterio, el milagro, lo sobrenatural y lo que no se explica. La fe y la imaginación siguen, pues, teniendo un campo infinito por donde espaciarse y desde donde traer el mundo real, revistiéndolos de forma sensible, por medio de la palabra, genios, ninfas y divinidades; en suma: nuestras más puras concepciones de la ideal belleza. Y todo ello sin contar con las bellezas reales, corpóreas y vivas, que hechizan los ojos y que cautivan y enamoran los corazones. Con sobrada razón decía Gustavo Adolfo Bécquer:

No dudo yo que habrán de dar irrefragable prueba de la verdad de la mencionada sentencia las damas que se reúnan y resplandezcan en el estrado donde celebre la solemne y pública junta vuestro Consistorio.

Bienaventurado y digno de envidia será, el vate, maestro de gay saber y amador de gentileza, que merezca y alcance el mayor lauro y obtenga el derecho y la facultad de elegir en la reunión a la reina de la Corte de amor, legítima princesa de la hermosura y de la elegancia.

El tormento de no poder ver a tan soberana señora es también uno de los motivos que tengo para no asistir a la magnífica fiesta que estáis preparando.

Vuelvo a rogaros con toda humildad que me lo perdonéis. Y os ruego asimismo que ofrezcáis el homenaje de mi más profundo respeto a dicha soberana señora, que el poeta

laureado proclamará y hará subir al trono, y que me pongáis a sus pies y a los de las lindas y discretas damas que forman su Corte.

Discurso leído en los Juegos Florales de Córdoba
El 29 de mayo de 1903

Ha sido tan lisonjera y tan honrosa para mí la distinción de que fui objeto, cuando me nombrasteis mantenedor de estos Juegos Florales, que no acerté a disculparme, como debiera, no admitiéndola por inválido y nada a propósito para el caso. El haber aceptado yo algunos meses ha empleo semejante que me dieron los segovianos, es una de las razones que he tenido para no negarme ahora.

Bien considerado todo, ni ahora ni entonces debí aceptar. Mil medios tuve para manifestar y probar mi gratitud, sin llegar a la aceptación, incurriendo en gravísima falta. Harto bien sabía yo que mi ancianidad y mi quebrantada salud habrían de impedirme venir entre vosotros.

Desprovisto yo de las excelentes prendas que para ser buen orador se requieren, nunca, ni en la flor de mi edad, me hubiera atrevido a pronunciar un discurso, digno de vosotros, ora improvisado, ora confiado a la memoria. En el día, tal dificultad es mayor porque los años han debilitado en mí el vigor de la mente y hasta el brío sonoro de la voz, que se ha vuelto trémula y fatigosa. Cuando era yo joven, si el amor propio no me engaña, creo que tenía yo una habilidad que compensaba, hasta cierto punto, otras deficiencias. Yo leía muy bien lo que había escrito. Ahora que estoy ciego, ni siquiera puedo leer. La pérdida de mi vista, además, combinada con el decaimiento general de mi persona, no consiente que yo me presente en público con el debido desenfado y sin lastimosa torpeza.

Bastaba y aun sobraba con todo lo expuesto para justificar mi renuncia y dejaros en libertad de nombrar otro mantenedor más apto. No lo hice porque me sentí muy halagado y porque no supe decir que no a vuestros ruegos. En este momento, el único recurso que me queda es triste, es harto poco airoso. Tengo que pedirlos y os pido que me perdonéis el haber aceptado ser mantenedor, enviando a otra persona para que me represente en ocasión tan importante. Yo espero que mi hijo cumplirá con gusto y bien este encargo que le confío, y espero que vosotros le recibiréis y acogeréis con la misma generosa benevolencia que me habéis mostrado.

La elección que de mí hicisteis para mantenedor en este certamen literario, tiene más valer y es favor de mayor precio en Andalucía que en cualquier otra región de la Península, porque, a decir verdad, no hay región alguna en España donde el amor de la patria chica se sobreponga menos que entre nosotros al amor de la patria grande, y donde por ser hijo de la región sea alguien predilecto sin atender mucho al mérito, y sea alguien más estimado que otro español cualquiera.

No entiendo yo que proceda de frialdad de alma esta carencia de superior estimación con que los andaluces miramos a nuestros paisanos; antes bien procede de afecto menos exclusivo y egoísta y de amor más amplio y de más alto sentimiento de solidaridad fraternal hacia los hijos todos de la madre España.

Si no nos estimamos en más, no es porque falte motivo o fundamento para mayor estimación, sino porque nos dicta la conciencia, y ya por reflexión, ya por instinto, comprendemos que todo triunfo, toda gloria, toda nombradía que alcanza un hijo de este suelo, es producto y resultado de nuestra peculiar civilización, del espíritu nacional entero, de cuantas son las energías y virtudes de nuestra casta o de nuestra raza en toda la prolongación de su historia.

¿Quién no siente y no comprende el amor de la Patria? Pasión es generosa y pura, germen de nobilísimas y grandes acciones. Pero ¿cuál es el verdadero objeto de este amor? Aun sintiendo el amor con vehemencia, es harto difícil, a mi ver, definir y explicar el objeto que lo inspira. Si es el suelo mismo en que nacemos, ¿hasta dónde se extienden sus límites? Y si estos límites son los de un Estado autonómico e independiente, ¿se agranda o empequeñece el objeto del amor cuando por cualquier evento político dichos límites avanzan o retroceden? ¿Deja de existir cuando ya el Estado no existe o tal vez no existió, o no pudo existir el amor cuando todavía no exista el Estado?

Hablando con mayor claridad y llaneza, antes de que España no fuese más que una expresión geográfica, ¿hubo o pudo haber españolismo?

Cuestión es ésta difícil y complicada, y sería temerario el propósito de resolverla en una disertación que debe ser muy breve. Nada afirmaré, pues, ni nada negaré sobre lo que fue o pudo ser el amor de la patria española, seis, diez o veinte siglos hace. No dilucidemos aquí lo que el patriotismo fue en otras edades. Tratemos sólo de cómo es o de cómo debe ser en el día.

Las diferentes razas que sucesivamente han inmigrado en nuestra Península han llegado a fundirse en una sola. A pesar de los diversos dialectos y lenguas que antes se hablaban o que se hablan aún, una sola lengua ha prevalecido y ha predominado dilatándose por todas las regiones de España, por la mayor parte de un inmenso y nuevo continente por los españoles descubierto, ocupado y civilizado. Valiéndose, además de esta lengua, el ingenio español ha producido obras inmortales, que, si no superan, compiten dignamente con las mejores de los pueblos extraños, más inteligentes e ingeniosos. Y bien puede asegurarse, por último, que desde hace cuatrocientos años al menos, unidas casi todas las gentes de la mayor parte de España en un solo cuerpo de nación, han acometido y llevado a feliz término gloriosas empresas, y, si han sufrido reveses, y si en ocasiones se han visto decaídas y postradas, también han alcanzado victorias cuyo triunfante y frondoso lauro, extiende sus hermosas e inmarcesibles ramas sobre cuantas son las regiones españolas y los hombres que en ella viven.

El españolismo, o sea el amor de la patria española, tiene, pues, en el día, un objeto real y poderoso, fundado en razones claras que sobre todo examen y sobre toda duda

prevalecen. La raza de hombres, reducida a unidad desde hace siglos, el habla común con que la raza se reconoce y distingue y el mismo suelo en que por amalgama y cruzamiento de diferentes pueblos y tribus se ha formado, ha crecido y ha prosperado dicha raza, son la causa y el objeto de nuestro amor patrio.

Aunque no aceptemos, dentro de ninguna religión positiva, un numen tutelar, un arcángel, un santo o un dios especial y nacional que sea nuestro patrono, todavía la imaginación se resiste a que no se personifique de modo alguno la unidad colectiva, ser del pueblo, y a que se reduzca la personificación de esta unidad a mera figura retórica, símbolo o alegoría.

No se disipa como vano ensueño, sino que vive y seguirá viviendo en nuestra mente, sustancial e imperecedero, el genio español, el genio de nuestra raza.

Ni en el tiempo ni en el espacio acierte yo, ni creo que acierte nadie, a marcar el término de su actividad y de su vida. De aquí que en el suelo de España, aunque sea siglos antes que fuese España una nación sola, nos enorgullecemos de los héroes y de los sabios que España tuvo y los consideramos como cosa nuestra; como nuestro abolengo honroso, aunque debiesen su origen a diversas castas, tuviesen opuestas creencias y hablasen distintos idiomas. Por muchas dudas y vacilaciones que forje nuestro espíritu crítico, siempre nos jactaremos y siempre se regocijará nuestra alma, saludándolos como a compatriotas, lo mismo a Lucano que a Góngora, lo mismo a Séneca, Averroes, Maimónides, Ibn Gebirol y otros sabios gentiles, israelitas y musulimes, que a Luis Vives, Suárez y Melchor Cano; lo mismo a los defensores de Sagunto y de Numancia que a los de la moderna Zaragoza; lo mismo a Viriato que al Empeinado y a Mina, y lo mismo a Trajano y a Adriano que a San Fernando, a don Jaime el Conquistador, a Pedro III, el Grande; a don Alfonso V, el Magnánimo, y a otros egregios monarcas de Aragón y de Castilla.

De igual manera que el amor de la patria o de la raza repugna y rompe todo límite en el tiempo, en el espacio también lo repugna y lo rompe. Separados están ya de nosotros, después de sangrientas luchas fratricidas y de mortales odios, cuantos vivieron sometidos al imperio español y al cetro de nuestros reyes durante cerca de cuatro siglos, desde Tejas y California, hasta el estrecho de Magallanes; pero la filiación persiste, y todavía miramos y celebramos con ventura propia el bien o la prosperidad que logren los habitantes de aquellas tierras remotas, y todavía nos gloriamos de los ilustres varones que, por allí han nacido, tanto o casi tanto como si fuesen naturales de nuestra provincia, de nuestra ciudad natal o de nuestra aldea. Valgan para ejemplo y prueba de esta verdad el venezolano Andrés Bello, ambos Caros, de Colombia; los argentinos Mármol y Andrade y la poetisa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, por nosotros estimados y queridos como los andaluces Lista y Tassara, pongamos por caso. Y no pongo por caso a otros, no por tibieza de amor, sino porque la severa justicia no lo consiente. A demostrar la imparcial equidad de nuestro afecto basten el anhelo que sentimos y la esperanza que tenemos en que la América española produzca en lo futuro poetas, sabios y hombres de Estado que compitan con los más eminentes de España y de toda Europa.

Esta idea, tan vasta y tan comprensiva, objeto del amor de la patria grande, o, mejor dicho, del amor de la raza, no debe de oponerse, ni en realidad se opone, al íntimo y eficaz

amor de la patria chica, del cual amor procede un legítimo regionalismo, hermoso y útil cuando no se pervierte.

Al pensar yo en estas cosas, voy más allá todavía. Se me figura que sin el amor de la patria chica, sin un regionalismo recto y bien entendido, el amor de la patria grande es pura vanidad, da por único fruto estéril jactancia. Es menester amar con toda el alma la provincia, la ciudad natal, la aldea y hasta la casa o la choza en que nacimos para dilatar luego este amor y hacerlo fecundo, difundiéndolo sobre cuantas regiones forman o formaron la patria a que pertenecemos y sobre cuantos hombres la habitaron o la habitan. Es indudable que si no hubiera habido cordobeses que abandonasen esta ciudad y fuesen a Alejandría y a Creta, ni aragoneses y catalanes que pasasen a Oriente a combatir contra turcos y griegos, ni Pinzones y otros andaluces atrevidos que acompañasen a Colón o siguiesen más tarde su rumbo y sus huellas, ni Gran Capitán en Italia, ni Cortés, Pizarro y Jiménez de Quesada en las Indias, ni tantos otros enérgicos aventureros que abandonaron la patria por sed de gloria, de nombradía y aun de bienes de fortuna, ni hubieran sido nuestros padres los que descubrieron, conquistaron y civilizaron el Nuevo Mundo, ni hubieran prevalecido en el antiguo llenándolo con el estruendo de sus armas y procurando conservar en él sin rompimiento ni quebranto el alto principio informante, unidad radical y estrecha lazada de la civilización europea.

Hoy los tiempos son otros; la suerte, las circunstancias, el destino, o hablando religiosamente, según debemos hablar, la Providencia del Cielo, conduce por otros medios y lleva por otra senda el humano linaje.

Como quiera que ello sea, y aunque nos cumplierse representar hoy idéntico papel al que hace tres o cuatro siglos representamos en el drama de la Historia, no todos, sino muy pocos, están llamados y menos aún son elegidos para representantes.

Y no es la villa y corte de Madrid el teatro más adecuado para que tal representación logre buen éxito y merecido aplauso.

Ya se entiende que yo condeno como perniciosa manía el prurito que sienten hoy muchos de los que valen o creen valer algo, de abandonar el lugar que los vio nacer y de irse a Madrid en busca de reputación, de mando o de influjo.

No para censurar a los otros, sino porque desengañado yo y cargado de años, así lo siento, empiezo por censurarme a mí mismo. ¡Cuánto más me hubiera valido, cuánto más útil hubiera sido yo a la patria grande, si nunca hubiera salido de la patria chica, si hubiera vivido siempre en mi lugar sin mezclarme en nuestras cuestiones políticas, casi siempre estériles, cuando no dañinas, cuidando de mi corta hacienda, acrecentando algo la riqueza pública por virtud de este cuidado y tal vez plantando vides y olivos y creando algún bonito huerto!

El prurito de notoriedad, el afán de lucirse, es mal gravísimo cuando se apodera de muchas personas y viene a ser a modo de epidemia. Se busca lo inaudito para llamar más la atención cuando se habla; y, cuando quiere convertirse en acción el pensamiento y la palabra hablada, se pugna por derribar leyes, creencias y seculares instituciones y por

fundar y establecer otras nuevas, monumento donde quede grabado nuestro nombre con indelebles caracteres. De aquí el empeño de hallar mal todo cuanto existe y de querer reformarlo; de aquí que no se cumplan las leyes vigentes, porque ya se han desacreditado y se espera que muy pronto han de ser derogadas y reemplazadas por otras mejores; de aquí la inestabilidad del poder, el súbito encumbramiento, la rápida caída y la disolución de los partidos, y de aquí, por último, la larga serie de mudanzas, novedades y reformas en constituciones, leyes orgánicas y dirección y administración de los públicos intereses.

Durante todo el siglo que terminó poco ha, se han sucedido sin vagar ni reposo las novedades y mudanzas aludidas, pocas inventadas o imaginadas entre nosotros, muchas importadas de países extraños y adoptadas por moda. Y como apenas hubo nada nuevo que se aceptase y plantease sin resistencia, hubo de tomarse como motivo o pretexto para resistir y hubo de servir como arma de partido, ya el conjunto mal interpretado de venerandas doctrinas de procedencia sobrehumana, ya el fingido modo de ser de edades pasadas, que nunca fueron como hoy se sueñan, y que si tales fueron, son irrevocables y no volverán nunca.

Tanta divergencia de opiniones y tanto furioso empeño de que cada una prevalezca en la práctica han sido causa de incesantes trastornos y de prolongadas contiendas civiles en las que se ha consumido mucha riqueza, se ha creado una deuda enorme y se ha derrochado la actividad de muy claros y briosos entendimientos y voluntades, que sin duda en mejor empleo hubieran dado sazonados frutos. ¿Y cuáles son los que han dado durante todo el siglo XIX? Prolijo sería enumerarlos. Baste recordar el más amargo: la pérdida de nuestro inmenso imperio colonial, el mayor que ha tenido en el mundo nación alguna.

Imposible parece que después de lección tan cruel no haya sobrevenido el saludable escarmiento; que todavía no nos aquietemos; que, descontentos todavía de lo que a fuerza de variaciones y de ensayos hemos creado, anhelemos loca y tercamente que se cambie o que se reforme; que todavía se propale como salvadora y profundísima sentencia que es menester hacer la revolución, ora sea desde arriba, ora sea desde abajo. Pues qué, ¿no sería mejor, hartos ya y escarmentados de revoluciones, que nos estuviésemos quietos, para que, con el sosiego y la paz, recobrase la nación la fuerza perdida, se hiciese más próspera y rica y lograse con el sentimiento de la recobrada fuerza la fe que va perdiendo y la enérgica confianza en sus altos destinos?

Nadie ha censurado más que yo el vicio, llamémoslo así, de injerir consideraciones políticas en discursos que debieran ser meramente literarios, y de que tales consideraciones puedan calificarse de terapéuticas, ya que propenden a curarnos de enfermedades de que se supone a toda la nación poseída. Yo, sin embargo, me disculpo de esta acusación, que parece tener apariencia de justa, afirmando que mi panacea consiste en no tener ninguna; en que no haya y en que no nos propinemos más medicamentos que el reposo. Con él y sólo con él curará la naturaleza al cuerpo social si está enfermo, levantará su ánimo si yace postrado y le infundirá vigor y aliento para nuevas y altas empresas cuando, reposando, vuelva a adquirir la robustez pasada.

Tales pensamientos no deben calificarse de extrañas divagaciones, si se considera que los hace nacer en mí el concepto que tengo de la riqueza natural de nuestra fértil provincia,

de lo salubre y templado de su clima, de la privilegiada disposición que hubo siempre para las letras y las artes en la tierra natal de Juan de Mena, de Fernán Pérez de Oliva, de Ambrosio de Morales, de Pablo de Céspedes y de Ángel de Saavedra, y de la aptitud y de la actividad infatigable de que están dotados los cordobeses para la industria y la agricultura. Este concepto aparece más vivo en mi alma y mucho más rico de esperanzas cuando me figuro y represento la animación, el lujo, la alegría y la importancia de los contratos que suele haber en nuestra espléndida feria. ¡Cuánto mayor no sería el auge de tales bienes si no abandonásemos el generoso suelo que los produce y si nos dedicásemos con mayor afán a fomentarlos, empleando en ello tanta labor, tanta inteligencia y tanto tiempo hoy en la política malgastados y perdidos!

Con dos meses de cada año, si deseamos el prurito nefando de legislar, de cambiar o de reformar, habría de sobra para pedir cuenta al Gobierno del dinero gastado y para presuponer los nuevos gastos y los nuevos ingresos. Con esos dos meses, aprovechándolos bien, habría igualmente de sobra para que los sabios y oradores de veras pronunciasen discursos útiles, luminosos, bellos y hasta inmortales. ¿Por qué no habríamos de refrenar un poco la desmedida facundia?

Si bien se mira, todas las oraciones que nos quedan de Demóstenes y de Cicerón caben en un solo número del Diario de Sesiones, aunque se las ilustre con notas críticas, escolios y comentarios.

Por lamentable estilo suele abusarse en el día de los epítetos, y a fin de que los partidos no tengan sólo razón de ser en la diversa conducta, más o menos atinada, de los hombres que los dirigen, se presentan y suscitan problemas sociales y religiosos cuya pronta y definitiva resolución se supone en manos de cada partido, y que cada partido ha de resolver a su manera.

De aquí las interminables discusiones, la imposible avenencia, la constante inquietud y tal vez la guerra civil, por último; pero si nos conviniésemos en vivir bajo una legalidad común, en renovar poco las leyes, no legislando sino lo absolutamente indispensable, y en exigir de los poderes del Estado, no leyes nuevas, sino el estricto y severo cumplimiento de las que ya hay, de seguro que bastaría y aun sobraría con dos meses cada año de debates parlamentarios en las Cortes del reino. ¡Cuánto más eficaz y tranquilamente se resolverían esos tremendos problemas sociales y religiosos, no discutiendo con vana profundidad o sutileza, ni menos altercando frenéticamente, sino trabajando en su lugar cada individuo, y procurando el aumento de la riqueza pública, del bienestar, de la ilustración, de las buenas costumbres y de la enérgica y salubre vitalidad de la raza de que forma parte!

Los más arduos problemas han de resolverse aquí con trabajo e ingenio, y no legislando o promoviendo discordias en la capital de la monarquía. Oradores tan admirables como en Francia, Inglaterra y Alemania hemos tenido en nuestro país durante el siglo XIX, y de nada o de poco nos han valido.

En otras artes y ciencias, menos brillantes, pero más útiles, hemos sido hartamente infecundos. De fuera nos han venido casi todos los inventos que suavizan la aspereza de la vida

humana, la sumisión a nuestra voluntad y a nuestra inteligencia de fuerzas naturales ocultas antes o no dominadas por el hombre, y con cuyo auxilio y virtud fijamos las imágenes, conservamos la voz y la palabra, la transmitimos a larga distancia con la rapidez del rayo, logramos cierta ubicuidad conversando unos con otros desde remotos países, y acortamos las distancias que nos separan transportándonos corporalmente y transportando nuestras mercancías con velocidad increíble desde un extremo a otro de la Tierra. Nada de esto se ha conseguido perorando en los clubs y discutiendo y legislando en los parlamentos.

España, fuerza es confesarlo, si bien en elocuencia, en poesía y tal vez en bellas artes está hoy al nivel de las demás naciones, en cultura material, en riqueza y en el consiguiente poderío que de ella nace se ha quedado muy atrás y va como a remolque, con angustiosa fatiga. De aquí nuestra postración y abatimiento.

¿Cómo no he de aplaudir yo y ver con simpatía y con deleite estos Juegos Florales, certámenes abiertos al saber y al ingenio? Grato indicio dan de la persistente y fecunda civilización de nuestra raza. La prueba, sin embargo, será más clara y más evidente cuando estas justas mentales, gala y flor de la cultura, sean complemento y corona de renacida prosperidad o de adelantos materiales que, haciéndonos más ricos, nos hagan más fuertes y nos infundan más confianza en el valer propio.

Los problemas sociales y religiosos de que tanto se habla en el día, sobresaltándonos y enemistándonos con la amenaza de su violenta y disparatada resolución, sin duda que no son para puestos de continuo en tela de juicio. Tal vez pretenda el hombre, en su vanidosa demencia, resolver lo que está prescrito y trazado providencial y naturalmente y dentro de lo cual, sin mutación alguna, cabe todo progreso. Pero si es menester que se resuelvan y han de resolverse algún día tales problemas, ya los resolverá Dios con lentitud suave y con infinita y bondadosa sabiduría; ya suscitará para ello, cuando llegue la hora, en vez de embaucadores o ilusos Dulcamaras, apóstoles o videntes maravillosos.

Otros son los problemas que nosotros tenemos a nuestro alcance y que nos toca resolver: que de nuevo y en mayor abundancia se planten y den fruto nuestros viñedos, destruídos por la filoxera, y que los vinos de Montilla y de los Moriles compitan, venzan y logren más precio y más fama que los del Rin, Borgoña y Burdeos; que nuestro aceite sea más y mejor que el de Niza y Marsella, que, fecundada nuestra flora por hábil empleo de regadíos y de abonos, produzca en profusión sazonadas frutas, legumbres y flores; que industrias desaparecidas o decaídas ya entre nosotros, como la de orfebrería y la de los famosos cueros o guadamecés, o reaparezcan o sean reemplazadas por otras; que en nuestras dehesas no se críen sólo toros bravos para la lidia, sino también mansas y ubérrimas vacas que nos den sabrosa leche y exquisita manteca; que nuestros caballos tengan o vuelvan a tener más hermosa estampa que los ingleses y sean más ágiles y veloces en el salto y en la carrera; que se procure que se multipliquen y vuelen más por nuestros campos las perdices y los zorzales que la langosta; que en vez de feos sapos en charcas sucias, el arte del piscicultor haga bullir en los cristalinos arroyos y limpias acequias millares de truchas asalmonadas y de apetitosos cangrejos; que haya entre nosotros menos reformadores políticos, menos sociólogos, como se dice ahora, y muchos más mineros zahoríes que descubran los subterráneos escondidos tesoros y los saquen a la luz del claro día, y, por último, que las discretas y gentiles mujeres cordobesas cuyos encantos y excelencias he

celebrado yo años ha, en el más entusiasta y menos malo de todos mis escritos, no necesiten para vestir con primor y elegancia hacer venir de París o de Londres casi todos sus adornos, tocados, trajes, cosméticos, perfumes, joyeles y modas. Tales venturas y otras mil por el estilo deseo yo y me atrevo a vaticinar, con ocasión de estos Juegos Florales, para mis amables paisanos y lindas paisanas, a quienes, ya que no puedo corporalmente hallarme entre ellos, envío el más cariñoso saludo con toda la efusión de mi alma.

Deseo igualmente que las obras presentadas en el certamen, así en prosa como en verso, vayan más allá de las esperanzas que hemos concebido, y no sólo merezcan el premio, sino general aplauso de todos los españoles y gloria duradera en las edades futuras.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

